Baldomero Sanín Cano en La Nación de Buenos Aires (1918-1931)



Prensa, modernidad y masificación

Transcripción, selección y prólogo
Rafael Rubiano Muñoz
Andrés Felipe Londoño

Universidad del Rosario
Universidad del Rosario Editorial

MEMORIA *viva*
COLECCIÓN BICENTENARIO
ANTIOQUIA



Baldomero Sanín Cano en *La Nación* de Buenos Aires (1918-1931)

Prensa, modernidad y masificación

Baldomero Sanín Cano en *La Nación* de Buenos Aires (1918-1931) Prensa, modernidad y masificación / Estudio introductorio, transcripción y selección de textos Rafael Rubiano Muñoz y Andrés Felipe Londoño. —Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2013.
xii, 388 páginas.—(Colección Memoria Viva, Bicentenario Antioquia)

ISBN: 978-958-738-413-0 (rústica)
ISBN: 978-958-738-414-7 (digital)

Sanín Cano, Baldomero, 1861-1957 / Sanín Cano, Baldomero – Biografía / Periodismo – Historia – Argentina / Sanín Cano, Baldomero – Pensamiento político / I. Rubiano Muñoz, Rafael / **II.** Londoño, Andrés Felipe / **III.** Título / **IV.** Serie.

920.5 SCDD 20

Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. Biblioteca

amv Octubre 17 de 2013

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Baldomero Sanín Cano en *La Nación* de Buenos Aires (1918-1931)

Prensa, modernidad y masificación

Estudio introductorio, transcripción y selección de textos

Rafael Rubiano Muñoz
Andrés Felipe Londoño



Colección Memoria Viva, Bicentenario Antioquia

© 2013 Editorial Universidad del Rosario
© 2013 Universidad del Rosario
© 2013 Universidad Externado de Colombia
© 2013 Rafael Rubiano Muñoz, Andrés Felipe Londoño, Estudio introductorio, transcripción y selección de textos

Publicado con la debida autorización de la Universidad Externado de Colombia, entidad dueña de los derechos de la obra de Baldomero Sanín Cano

Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 Nº 12B-41, oficina 501 • Teléfono 297 02 00
http://editorial.urosario.edu.co

Primera edición: Bogotá D.C., noviembre de 2013

ISBN: 978-958-738-413-0 (rústica)
ISBN: 978-958-738-414-7 (digital)

Coordinación editorial:
Editorial Universidad del Rosario
Corrección de estilo:
Rodrigo Díaz Lozada
Diseño de cubierta y diagramación:
Precolombi EU-David Reyes
Imagen de cubierta:
Baldomero Sanín Cano. Caricatura de Elkin Obregón, 1992. Cortesía Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Sala Antioquia.
Impresión: Xpress. Estudio gráfico y digital

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Fecha de evaluación: 25 de julio de 2013
Fecha de aprobación: 04 de septiembre de 2013

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de la Editorial Universidad del Rosario.

Contenido

Agradecimientos ..... **ix**

Estudio introductorio **1**

Baldomero Sanín Cano: un intelectual transeúnte en el siglo xx 3

Sanín Cano y sus lazos con el diario La Nación de Buenos Aires 13

Sanín Cano y los artículos de La Nación de Buenos Aires:
una obra periodística de alcances universales 25

Sanín Cano: vínculos intelectuales y redes culturales.
De Buenos Aires a Colombia, un periplo abrupto 53

Bibliografía 76

Baldomero Sanín Cano en *La Nación* de Buenos Aires **81**

La América española 83
La mudanza es aparente. Reflexiones sobre la posibilidad
de que los laboristas británicos alcancen el poder 89
Los animales sabios 94
La Justicia inglesa declara la guerra a los adivinos. Algunas
consideraciones sobre la facultad de predecir el futuro
y el derecho a profetizar 99

La sanción de los tiempos 103
La novela americana en España. A propósito del último libro de Carlos Reyles 105
La tierra del mañana 109
Canje de civilizaciones 114
Un humorista sudamericano 118
Una amenaza universal 121
Recorriendo Madrid: barrios nuevos y casas señoriales 125
Memorias de un inconforme 134
Síntomas de decadencia del Jurado en Europa 142
Bárbaros del siglo x y místicos del presente 147
El periodismo y las artes literarias 153
Bibliografía 157
La verdadera historia del hombre 159
Palabras. De cómo podría hacerse un diccionario de la lengua que fuese diccionario de veras sin dejar de ser español 164
"Ocre" de Alfonsina Storni 170
Los irresistibles 174
El snob. Tipo universal 180
Rene Quinton. Calculador a lo Inaudi 185
"El capitán Vergara". De Roberto J. Payro 189
" L'ombre du cloitre". Roman de la vie hispano americaine 194
Tres niños prodigios 198
Ser, parecer 204
El diluvio que nos amenaza 209
Waldo Frank en España 218
La suerte del libro y del cadáver 224
Impresiones fugitivas 228
Estandardización 232
La gente y el aspecto de Nueva York 237
La Rusia de los Zares 242
El vitáfono 248
Compre usted, y calle 253
Zogoibi 258
Un peregrino apasionado 262
El comején 268
El mal del trópico 273

Kodak argentino 278
Kodak argentino II 292
Una conquista frustrada 298
Indiscreciones en el paraíso 310
Dostoiewski y el regreso eterno 314
El centauro de América 319
Ante el obstáculo 325
"El judío Suess" 330
Andar 335
La escuela y la vida 341
Una burla del hombre invisible 345
Los autores y las obras 352
Kodak argentino 357
El guácharo. Un abnegado servidor público 362
Kodak argentino: la señora N 369
Cultura incaica 374

Índice onomástico 379

Agradecimientos

Este libro es producto de la investigación de tesis doctoral que se realiza en la ciudad de Buenos Aires desde el año 2011 en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y se enmarca en el Doctorado en Ciencias Sociales de dicha institución. Para su realización se ha contado con el apoyo comprometido, íntegro e invaluable del sociólogo y amigo Andrés Felipe Londoño, quien ha contribuido a que este libro se culmine, gracias a su trabajo minucioso de fotografiar los artículos en las bibliotecas de Buenos Aires: la Biblioteca Nacional, la Biblioteca Pública de La Plata, el Cedinci, entre otros lugares, a la selección y transcripción de los artículos y los comentarios a los resultados aquí escritos, y a la revisión y contribución al prólogo que se entrega. Es indispensable agradecer al profesor Gonzalo Cataño quien nos facilitó la bibliografía completa de Sanín Cano y por su disposición a la atención y a la conversación sobre este imponente personaje.

Al Grupo de Investigación GELCIL (Grupo de investigación de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana), en cabeza del profesor Dr. Juan Guillermo Gómez García, a quien igualmente se le deben los justos agradecimientos. Esta investigación ha sido posible gracias al apoyo del GELCIL mediante el rubro de sostenibilidad otorgado por la Universidad de Antioquia en el 2012, donde obtuvimos recursos para poder emprender la labor de levantar fotográficamente los textos de *La Nación* de Buenos Aires. Naturalmente, agradecemos a la Universidad de Antioquia y a la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, que en su calidad de institución académica y administrativa nos ha prestado toda la colaboración y nos ha proporcionado, irrestrictamente, todas las condiciones para realizar la comisión de estudios para lograr la titulación y la investigación de esta tesis doctoral que lleva por título: *Baldomero Sanín Cano: un intelectual humanista en el siglo XX. Prensa,*

modernidad y masificación. Agradecimientos especiales al Dr. Andrés López Bermúdez y al Dr. Rodrigo García Estrada por su apoyo e impulso incondicional para la publicación de esta obra, e indudablemente a la Dr. Adriana María Álzate Echeverri y al Dr. Juan Felipe Córdoba de la Universidad del Rosario. Igualmente agradecimientos al Dr. Luis Mariano Sanín y a Adriana Sanín quienes han apoyado irrestrictamente el desarrollo de esta obra.

De igual forma es importante reconocer el trabajo de Laura M. Quintero M., politóloga de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín y Filóloga hispánica de la Universidad de Antioquia, quien organizó el índice onomástico.

Estudio Introductorio

Estudio introductorio
Baldomero Sanín Cano: un intelectual transeúnte en el siglo xx

Al cumplir 85 años, Baldomero Sanín Cano (1861-1957) quien vivía en Bogotá fue entrevistado en dos ocasiones para el periódico *El Tiempo*.[1] Al leer el contenido de estas entrevistas, se perciben los avatares de su vida y quedan unas huellas sobre las circunstancias de su existencia que conmueven e igualmente atraen por lo fascinante de su personalidad intelectual.

Si bien es cierto que algunos aspectos y facetas de su vida son desconocidos y contienen un halo enigmático o de cierta confidencialidad, se puede constatar que muchos de los rasgos del "Maestro de América" —como se le llamó a lo largo del siglo xx en el continente por parte de reconocidos escritores, críticos, intelectuales, artistas y pensadores en diversos homenajes— se conocieron de su propia mano, se hicieron públicos y los consignó en su autobiografía con el título *De mi vida y otras vidas* (1949), publicada tres años después de las entrevistas concedidas.

Algunos interrogantes rodean el aura de este personaje: ¿Cómo llegó a establecerse como corresponsal del diario *La Nación* de Buenos Aires?, periódico que fue uno de los más importantes del continente y del mundo en su momento. Desde otro ángulo quizás podría indagarse sobre: ¿Cuál fue el tipo de contrato que entabló durante esos años con esta publicación continental?, y tal vez, considerar una inquietud que resulta mucho más imperiosa:

---

[1] El lado humano de los personajes. Baldomero Sanín Cano. En: *El Tiempo*, Bogotá (10 de noviembre de 1946); p. 3, sección 2. Entrevista realizada por Jorge Cabarico Briceño, y Baldomero Sanín Cano, su vida y su obra: un reportaje de Jaime Posada para el Tiempo. En: *El Tiempo*, Bogotá (jueves 27 de junio de 1946); p. 15.

¿Cuáles fueron las opiniones, las discusiones o los debates que encaró como periodista?, en una producción que se extiende a década y media hasta el año de 1931[2], cuando escribe su último artículo para este diario.

Frente a dichas preocupaciones, lo cierto es que la labor periodística del colombiano en *La Nación* de Buenos Aires todavía espera a ser dimensionada a profundidad, junto a otras actividades que realizó en una extendida temporalidad de casi setenta años. Tratar de darle una justa valoración a esta inabarcable producción parecería tarea "utópica", por lo ilimitado de los registros que dejó y acerca de los cuales es necesaria una profunda reflexividad por la diversidad de los contenidos que tiene esa dilatada creación intelectual.

Por ejemplo, Sanín Cano antes de publicar la Revista *Contemporánea (1904-1905)*, un impreso del que fue director y que se constituyó en un proyecto editorial concebido como una empresa publicitaria de interés cultural y de divulgación artística, científica y literaria, ya tenía vínculos establecidos con el mundo periodístico, literario y político en Europa y en específico en el mundo español. Se puede constatar que publicó en 1890,[3] 1891,[4] 1902,[5] 1903[6] y 1904[7] –e igualmente a lo largo de las dos primeras décadas del siglo

---

[2] SANÍN CANO, Baldomero. "Cultura incaica". En: *La Nación*, Buenos Aires, (domingo 25 de enero de 1931).

[3] Escribe un cuento titulado "Horrible historia" donde realiza una inspección del tema psicológico de la envidia, las reacciones humanas ante el problema de la riqueza y la pobreza, y además analiza el carácter psicológico de los personajes a principios de siglo en Londres. En: *La Ilustración- Revista Hispanoamericana*, Madrid, no. 521 (26 de octubre de 1890); p. 678 y En: *La Unión Ilustrada*. Málaga, no. 299 (domingo 6 de junio de 1915); pp. 6-7.

[4] En el diario *La Época* en su sección titulada publicaciones se realiza una nota reseña sobre la *Revista Literaria* publicada en Bogotá y dirigida por el señor Laverde Amaya. En el escrito se menciona con especial atención el artículo de Sanín Cano titulado "El estilo" y se hace hincapié en la literatura colombiana que aparece en dicha publicación. (*La Época*, *últimas noticias y telegramas de la tarde*. Madrid (sábado 20 de junio de 1891); p. 4).

[5] Uno de los temas más recurrentes del pensamiento y la obra de Sanín Cano se refiere al de la unión latinoamericana a través de la literatura. En esta ocasión se constata que un artículo suyo fue muy leído, reseñado y discutido en Latinoamérica y en el ámbito europeo. El artículo se titula: "Papel de la literatura en la fraternidad hispanoamericana". En: *Nuestro Tiempo*, r*evista mensual ilustrada, ciencias y artes-política y hacienda.* Madrid, no. 14 (febrero de 1902); pp. 212-221.

[6] En la Revista *Nuestro Tiempo* de Madrid se indica que en las dos mil páginas de sus dos tomos del año 1902 han publicado importantes y reconocidos escritores. Entre muchos intelectuales de la época, aparece señalado el nombre de Sanín Cano (Madrid, no. 30 (junio de 1903), p. 1).

[7] Artículo publicado por Sanín Cano con el título de "La lengua internacional". En: *Nuestro Tiempo*, Madrid, no. 39 (marzo de 1904); pp. 352-357.

xx en Madrid – en diversas revistas, en la que se indica el carácter de vínculo intelectual como asiduo colaborador y escritor. Vale resaltar esta experiencia de Sanín Cano por la relevancia que guarda en el conocimiento que se le iba teniendo en el exterior y ante todo, cómo desde Londres ya tenía sólidos contactos con la intelectualidad española y bonaerense más destacada del siglo. Londres para Sanín Cano fue un punto de interacción no solamente como diplomático, sino también como escritor y se puede corroborar que en diversas ocasiones estuvo invitado a los banquetes[8] que ofrecían las más reconocidas personalidades políticas e intelectuales del momento. Inclusive hizo parte del cuerpo profesoral del curso de español que ofreció en 1920 la Universidad de Cambridge y fue un evento ampliamente reseñado en los diarios de la prensa española.[9] Todo lo anterior es un registro que evidencia la sociabilidad intelectual que fue constituyendo el colombiano con las letras mundiales, aspecto que como se indica ya se había empezado a erigir antes de salir del país enviado por el presidente Rafael Reyes,[10] su amigo y mentor en los cargos públicos que le delegó.

Sobre las obras y el pensamiento de Sanín Cano hay estudios y compendios meritorios. Son elaboraciones que descubren parcialmente lo que él produjo; con todo, esos trabajos no bastan para aprehender el espíritu completo de este intelectual, porque existen muchos registros que son imprescindibles y no se conocen hasta el día de hoy; vasta reiterar sus escritos en diarios o revistas

---

[8] En diversos diarios se reseñan homenajes otorgados a las personalidades más destacadas de la época con celebraciones que dan cuenta de las relaciones de amistad y de admiración entre políticos e intelectuales. Por ejemplo, fueron frecuentes la realización de banquetes ofrecidos a distinguidos personajes como presidentes, diplomáticos, artistas, escritores, intelectuales o políticos, entre quienes se encontró Sanín Cano. Uno entre otros sucesos reseñados fue el banquete-cena en conmemoración del Día de la Independencia de La Argentina. En una reseña se publica la foto de Sanín Cano junto a personalidades políticas y diplomáticas del gobierno argentino (*Caras y Caretas*. Buenos Aires, no. 1087 (2 de agosto de 1919)). En otro periódico se reseña con una publicación fotográfica otro banquete en la Casa de España en Londres, lugar al que asistió Sanín Cano (*La Voz. Diario Independiente de la Noche*. Madrid (25 de septiembre de 1920); p. 6).

[9] *La Época*. Madrid (martes 13 de julio de 1920); *La Acción*. Madrid (viernes 23 de julio de 1920); *La Ilustración Española y Americana.* Madrid, no. 28 (30 de julio de 1920); *Nuevo Mundo*. Madrid, no. 1395 (8 de octubre de 1920); *Cosmópolis*. Madrid, no. 30 (junio de 1921).

[10] Sanín Cano hizo una defensa vehemente de la presidencia y de la personalidad de Reyes, a quien observadores de la época consideraban una especie de caudillo dictador. En una de esas polémicas en que terció Sanín Cano, el antioqueño le envió una carta a Luis Bonafoux, asiduo escritor de la revista *Hispania,* dirigida por Pérez Triana en Londres, en la que valora con creces la obra y la influencia política del político boyacense. (*El Heraldo de Madrid*. Madrid, Año XXV, no. 8569 (lunes 18 de mayo de 1914); p. 1.

de Estados Unidos, Londres, España, Buenos Aires, Cuba, Costa Rica, o de muchos otros países del continente latinoamericano. Este material es referido por el mismo Sanín Cano en su epistolario o en sus artículos de prensa, que pueden ser objeto de una investigación más completa para desenterrar los contornos del antioqueño.

Es sabido que cuenta con once libros publicados. Se le realizaron en vida varios homenajes nacionales y extranjeros. Además, tuvo un intercambio epistolar con muchas personalidades reconocidas a nivel nacional y mundial. No obstante lo anterior, ignoramos cómo se desenvolvió en muchas de las actividades que emprendió, por ejemplo, las de diplomático en Londres[11] y en Buenos Aires.[12] Su perfil como analista político a partir de sus contribuciones en la prensa nacional e internacional es otro campo desconocido y no ha sido investigado, pese a que abordó una variedad de análisis e inclusive sus opiniones fueron agudas reflexiones sobre los problemas políticos principales de la época. Se constata que ya a finales del siglo XIX y en particular en el siglo XX publica tres artículos en la sección de crónicas internacionales en la revista *Hojas Selectas*[13] de Barcelona, y en la revista *España*,[14] impreso que dirigió su amigo y colega Luis Araquistáin, y fue esta una publicación en la que aparecen muchos otros artículos que son desconocidos en nuestro medio.

---

[11] Nombrado subsecretario del Ministerio de Hacienda de Rafael Reyes en 1905, se casó con Josefina Piedrahita ese año. Fue designado ministro de Hacienda interino en 1908 y el 12 de febrero de 1909 llegó a Londres como representante del Gobierno colombiano en la junta directiva de una compañía inglesa explotadora de esmeraldas. En 1911 fue nombrado cónsul en Londres y en 1918 corresponsal del diario *La Nación* de Buenos Aires. Regresó a Colombia en 1924 como representante a la Cámara por el Partido Liberal.

[12] En noviembre de 1933 regresó a Buenos Aires nombrado como ministro plenipotenciario de Colombia en Argentina hasta el año de 1935.

[13] Sanín Cano publicó en esta revista tres crónicas internacionales que fueron muy comentadas y leídas en los medios masivos europeos: "Dos pueblos absorbidos. Finlandia y el Imperio de Corea" (no. 106, octubre de 1910, pp. 945-949), "Nueva campaña de Mr. Teodoro Roosevelt" (no. 108, diciembre de 1910, pp. 1131-1133) y "El incidente Savarkar" (no. 109, enero de 1911, pp. 321-323).

[14] Revista España, No. 223, 17 de julio de 1919, artículo de Sanín Cano titulado: "La aurora de un mundo nuevo. Nostalgia del campamento", pp. 6-8; revista *España*, No. 235, 9 de octubre de 1919, "justicia Rerum", pp. 8-9; Revista España, No. 359, 3 de marzo de 1923, artículo de Sanín Cano titulado: "Un humorista sudamericano",pp. 4-5; revista *España*, No. 351-352, 6 de enero y 13 de enero de 1923, "la poesía de la mendicidad", pp. 7-8; revista *España*, No. 387, 15 de septiembre de 1923, "La actitud de Lugones. Réplica a José Gabriel", pp. 5-6.

De otro lado, entre las fuentes de investigación necesarias para elaborar el perfil intelectual del hombre de letras es imprescindible contar con el epistolario. En el caso de Sanín Cano, la dispersión de su correspondencia es inaudita. Ella yace esparcida en una variedad de publicaciones —diarios, revistas, folletos, ensayos, escritos o en bibliotecas privadas, donde reposan incontables cartas que no han visto la luz pública— que a lo sumo, las pocas que se han encontrado, son apenas descritas como un rastro efímero de sus innumerables contactos e intercambios personales.

Por lo tanto, es forzoso recordar que como periodista, diplomático, crítico y analista político que fue, logró ocupar un notable lugar en diferentes instituciones jurídicas, políticas y culturales.[15] Y este registro constituye una fuente más, cueste decir, inagotable de los servicios prestados por Sanín Cano a diversas organizaciones donde se erige otro de esos escenarios de la vida intelectual hispanoamericana.[16]

Destaquemos una vez más que fue nombrado miembro honorario de la Sociedad de las Naciones,[17] parlamentario por el Partido Liberal y rector de la Universidad del Cauca,[18] entre muchos otros importantes lugares a los que arribó. Estos escenarios son importantes para esbozar la figura del intelectual desde la óptica de la sociología y la historia de los intelectuales en el siglo xx. En el caso de Sanín Cano, conformaron los contextos institucionales desde

---

[15] Le escribió una carta a José Ingenieros donde lo invita a discutir las bases para componer el cuerpo de la Sociedad Argentina de Escritores Argentinos (Carta a José Ingenieros. Buenos Aires, octubre de 1925. Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CEDINCI), Fondo Samuel Glusberg, Buenos Aires, Argentina).

[16] GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX. Maryland: University of Maryland at College Park, 1990; El intelectual y la historia. Caracas: La Nave Va, 2001.

[17] La Séptima Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones se realizó en Buenos Aires del 11 al 16 de septiembre de 1936. El señor Antonio Aita, secretario del PEN Club Argentino, propuso al Instituto Internacional de Cooperación Intelectual la organización de una reunión con motivo del XIV Congreso de la Federación Internacional de PEN Clubes. Así, se organizó una reunión que convocaba a escritores de América y de Europa. El evento enmarcado en los importantes encuentros fue dirigido por Baldomero Sanín Cano en calidad de presidente. (Europa-América Latina. Buenos Aires: Comisión Argentina de Cooperación Intelectual, 1937).

[18] En carta enviada a Samuel Glusberg le confiesa que por solicitud de las élites de Popayán, se le había pedido asumir la rectoría de la Universidad del Cauca, a lo que inicialmente rehuyó, sin poder renunciar a la petición (Carta a Samuel Glusberg, Popayán, 18 de diciembre de 1942. Cedinci, Fondo Samuel Glusberg, Buenos Aires, Argentina).

los que ejerció la dirección y el liderazgo. Ellas constituyen ineludiblemente áreas obligadas de estudio e investigación para descifrar el papel del letrado en las sociedades latinoamericanas.[19] Sin embargo, resulta prioritario mencionar que apenas se han intentado analizar estos rasgos institucionales sobre este memorable hombre de letras del país.

Con todo, no constituye una exageración decir que son numerosos los escritos que todavía se desconocen de Sanín Cano en Colombia. Basta indicar que en 1948, según Joaquín García Monge, el director de la revista costarricense *Repertorio Americano*, en la que contribuyó de modo asiduo Sanín Cano, existían por lo menos 155 artículos[20] que pulsaban el carácter, la cosecha y el espíritu continental del eminente maestro. Este es otro aspecto se ignora de Sanín Cano, referido a sus contactos intelectuales en Centroamérica y podemos asegurar que no se ha realizado un estudio sobre los vínculos que estableció el antioqueño con la vida intelectual y cultural de Cuba y Costa Rica.

Por lo anterior, debemos agregar que no conocemos todavía, incluido el anterior aspecto, los muchos escritos publicados en revistas de España, Inglaterra, Argentina y Cuba, por solo mencionar estos países. Se puede verificar que en Argentina, Cuba, Estados Unidos, y en especial en España, se hicieron múltiples reseñas de sus libros publicados. Podemos indicar por lo menos la de su amigo y colega Luis Araquistáin, quien comentó el libro *La civilización manual y otros ensayos;*[21] la de Herschel Brickel,[22] que se ocupa de *Letras colombianas;* y las de Andrés Iduarte[23] y Emir Rodríguez Monegal,[24] quienes se centran en comentar el libro *El humanismo y el progreso del hombre*.

---

[19] ALTAMIRANO, Carlos. Historia de los intelectuales en América Latina: I. La ciudad letrada, de la Conquista al Modernismo. Buenos Aires: Katz, 2008; Historia de los intelectuales en América Latina: II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo xx. Buenos Aires: Katz, 2010.

[20] Lo comenta en su ensayo homenaje titulado Mi deuda con Baldomero Sanín Cano. En: Revista *Iberoamericana*, México. Vol. 13, no. 26 (15 de febrero de 1948); p. 269.

[21] ARAQUISTÁIN, Luis. Un filósofo de la risa. En: periódico *La Voz*, Madrid (9 de abril de 1926); Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, Bogotá (domingo 20 de marzo de 1932); y Revista Babel, Santiago de Chile. No. 59 (1951); p. 157.

[22] BRICKEL, Herschel. Letras colombianas. Revista Hispania, Madrid. Vol. 28, no. 3 (agosto de 1945); pp. 449-451.

[23] IDUARTE, Andrés. El humanismo y el progreso del hombre. Revista Hispánica Moderna, Madrid. Año 22, nos. 3-4 (julio-octubre de 1956); p. 321.

[24] RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. Sanín Cano en su torre de papel. En: Lecturas Dominicales de El Tiempo, Bogotá (domingo 21 de octubre de 1956); p. 10.

Otros colombianos hicieron valiosas reseñas de sus obras y en diferentes ocasiones de la vida del colombiano se le rindieron homenajes, con números especializados en los que colaboraron sus más cercanos o lejanos conocedores y admiradores. En 1932,[25] 1940,[26] 1948,[27] 1951[28] y 1952,[29] por mencionar algunas fechas de las efemérides más reconocidas. No obstante lo anterior, los escenarios de la vida intelectual del colombiano están por ser redescubiertos. Así lo advierte Eva Klein en uno de los artículos destinados a situar al polígrafo en la larga senda de la cultura latinoamericana. Su opinión se puede ampliar hasta la actualidad cuando dice:

> El lector latinoamericano se familiariza con el nombre de Baldomero Sanín Cano a través de alusiones y citas. Raras veces se encuentra directamente con sus libros o artículos, en cambio sí verá su nombre mencionado con relativa frecuencia en los trabajos de críticos literarios y pensadores ya consagrados. Mariátegui, Henríquez Ureña, Portuondo, Marinello, Briceño Iragorry, Rama, Miliani, Gutiérrez Girardot, Cobo Borda —por nombrar sólo algunos— le declaran unánime admiración y reconocimiento, muchos lo llaman "maestro" y se hace evidente que lo conocen y respetan.
>
> Esta situación despierta el interés y casi obliga al investigador a realizar la revisión de la obra de Baldomero Sanín Cano. ¿Quién fue en realidad este escritor? ¿Cuál es la línea de su pensamiento y qué circunstancia pudo permitir que, en un continente que a principios de siglo estaba internamente bastante incomunicado, su nombre se conociera desde México hasta el Sur?

Y con posterioridad agrega:

---

[25] Homenaje en las Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, Bogotá (domingo 20 de marzo de 1932).

[26] Homenaje en la *Revista Nosotros*, Buenos Aires. Nos. 46-47 (enero-febrero de 1940).

[27] Homenaje en la *Revista Iberoamerican*a, México. No. 26 (15 de febrero de 1948).

[28] Homenaje en la *Revista Babel*, Santiago de Chile. No. 59 (1951); y ese mismo año en noviembre en la Habana, organizado por Juan Marinello.

[29] Homenaje de la Revista *Repertorio Americano*, San José-Costa Rica. No. 16 (sábado 15 de abril de 1952).

> El primer problema que se le presenta al estudioso interesado en resolver estos problemas es conseguir los textos del escritor. Por lo abundante y constante es relativamente fácil encontrar la bibliografía indirecta de Sanín Cano; existen muchos artículos que lo mencionan, estudian y le hacen homenaje, pero su producción directa es difícil y en algunos casos imposible de localizar, puesto que se encuentra dispersa en decenas de periódicos y revistas latinoamericanas y europeas.[30]

El acceso íntegro a la obra de Sanín Cano, compartiendo la perspectiva de Klein, aun de sus libros más representativos, no es tarea fácil. El lector que desee ahondar en la profundidad de su pensamiento en ocasiones debe hacer un largo rodeo; a veces yendo inicialmente a los estudios secundarios y a las investigaciones sobre el personaje y luego, con cierta minuciosidad y con alguna destreza, acercándose a cada uno de sus libros y desde allí a lo más peculiar de su producción periodística, e incluso —ya lo hemos mencionado— al mundo epistolar.

Sin embargo, la escasa pero valiosa correspondencia de Sanín Cano con eminentes personalidades ofrece una ponderación de sus opiniones más cimentadas que, si se contrastan con sus opiniones públicas, permiten conocer a cabalidad la valía de sus opiniones sobre problemas del nivel local e internacional y de muchos otros aspectos que no figuran de modo corriente sobre su pensamiento.

Se sabe que tuvo una efectiva comunicación personal con importantes escritores de Antioquia y del país;[31] con el presidente antioqueño Carlos E. Restrepo;[32] con el presidente Eduardo Santos; con Guillermo Valencia y Germán Arciniegas; con los argentinos Leopoldo Lugones, José Ingenieros,[33]

---

[30] KLEIN, Eva. Baldomero Sanín Cano: crítico literario del periodo de modernización colombiano. En: *Revista de la Universidad Nacional*, Bogotá. Vol. 3, nos. 14-15 (1987); p. 41.

[31] En su obra *Letras colombianas* aparece un intercambio de ensayos y de cartas con algunos escritores del país: Tomás Carrasquilla, Luis Carlos López, Fernando González, León de Greiff, Ciro Mendía, Octavio Amórtegui y Hernando Téllez (véase: SANÍN CANO, Baldomero. Letras colombianas. Medellín: Universidad de Eafit, 1984).

[32] Le escribió ocho cartas a este presidente antioqueño, quien fue jefe de Estado entre 1910 y 1914. Su gobierno estuvo fundado en el proyecto del Republicanismo y en la Reforma Constitucional de 1910.

[33] Le envió varias cartas al eminente argentino, fechadas respectivamente el 22 de agosto de 1923 y en octubre de 1925.

Roberto Giusti,[34] Samuel Glusberg[35] porque nacieron en Italia y en Polonia respectivamente, aunque vivieron en Argentina y con Antonio Aita; con el danés Jorge Brandes; con el costarricense Joaquín García Monge; con los peruanos José Carlos Mariátegui[36] y Luis Alberto Sánchez; con Max Henríquez Ureña,[37] por mencionar algunos al azar y, por supuesto, con muchos otros personajes de relieve en el contexto mundial.

De lo publicado se conocen las cartas enviadas y respondidas con el mexicano Alfonso Reyes,[38] pero es de notar que esta profusa comunicación, la que se haya igualmente fragmentada, es comentada muy ocasionalmente y al paso, de modo aislado en libros o en algunos ensayos. Podemos comprobar que una de las fuentes que más puede irradiar una perspectiva renovada de la relación de Sanín Cano con la vida del país, o con la Argentina y el mundo, con libros, obras, autores e incluso con los avatares de sus libros publicados, se encuentra en las cartas que envió a Samuel Glusberg.[39] En ellas se revelan algunos eventos inusitados o poco conocidos relacionados con el colombiano.

Con Glusberg existe una correspondencia que cubre los años que van de 1923 a 1956. En ella Sanín Cano comenta sobre la recepción de sus libros, las lecturas que hizo en un amplio marco de su vida, sus opiniones sobre la situación local, nacional y mundial, los personajes que conoció, la experiencia argentina, los intelectuales, la modernidad, la masificación y la prensa de su tiempo, entre otros aspectos, e incluye además sus situaciones personales, su salud y muchas de sus cuitas cotidianas. Desde el anterior enfoque argüimos entonces que el epistolario completo de Sanín Cano facilitaría su investigación de manera renovada e impulsaría a pensar sobre aquellos enlaces que fundó a través de las redes e intercambios en su vida. Sería una fuente indispensable

---

[34] En la revista *Nosotros*, de Buenos Aires, aparecen fechados los envíos de las respectivas cartas: Londres, 30 de junio de 1921 y Madrid, 18 de septiembre de 1924.

[35] Existen al menos unas 112 cartas sobre el intercambio y el nexo de los dos intelectuales.

[36] Sanín le envió dos cartas a Mariátegui: una el 19 de agosto de 1928 y la otra el 21 de marzo de 1929 (véase: Revista Amauta, Lima. No. 24 (junio de 1929)).

[37] HENRÍQUEZ UREÑA, Max. Breve historia del modernismo. México: Fondo de Cultura Económica, 1978; pp. 8-9.

[38] Alfonso Reyes y los intelectuales colombianos: diálogo epistolar. Bogotá: Siglo del Hombre-Universidad de los Andes, 2009.

[39] También conocido con el pseudónimo de Enrique Espinoza, director de la revista argentino-chilena *Babel*.

porque abriría una veta para la valoración y comprensión de su obra en su totalidad.

A las dificultades en el acceso a su obra se une su clasificación como intelectual, pues Sanín Cano no es propiamente modelable en alguna categoría específica o particular. Su larga vitalidad y sus incontables escritos impiden plasmar una radiografía precisa de su actividad intelectual, pues su existencia discurrió de un siglo a otro, esto es, del siglo XIX a mediados del siglo XX. Presenció y fue consciente de muchos traumatismos históricos y de procesos que condujeron al avance y declive de la civilización occidental. Sin embargo, por su experiencia personal y su composición analítica, es seguro percibir que fue un intelectual nómada, en la denominación específica que se le ha dado a muchos otros intelectuales,[40] pues compartió una existencia que estuvo marcada por una formación intelectual con rasgos que fueron propios de algunas inteligencias europeas y latinoamericanas.

La diversidad de oficios emprendidos, el autodidactismo, el exilio, la aventura, los viajes, los contactos culturales, el periodismo, la crítica, los idiomas, las empresas editoriales, o a veces el desprecio, la marginalidad y la exclusión hicieron parte de un periplo de vida compuesto de avatares y de contrastes. Lo cierto es que su pensamiento y su experiencia estuvieron sellados con la marca del nómada o del transeúnte, por la capacidad que tuvo de estar entre muchos mundos y situarse íntegramente en ellos sin desagregarse. De modo que si se le pudiera rotular fue un intelectual transeúnte, quien con entereza iba de la calle al olimpo de la inteligencia, de la observación diaria a la cúspide del pensamiento más sistemático, es decir, utilizó su saber y conocimiento para hacer de sus opiniones o pensamiento un acervo humano. Humanizar el mundo frente al horror de las catástrofes fue quizás su mayor consigna.

---

[40] TRAVERSO, Enzo. Siegfried Kracauer. Itinerario de un intelectual nómada. Valencia: Alfons el Magnánim, 1998.

Sanín Cano y sus lazos con el diario *La Nación* de Buenos Aires

Pese a lo anterior centramos la mirada en el periodismo. Como se sabe, la vida de Sanín Cano pasó a través de la actividad de la prensa. En sus opiniones combinó muchos conocimientos e igualmente alternó su saber con la reflexión de su época. Obtuvo una experiencia y confrontó las consecuencias de los desastres y las catástrofes del siglo xx. Vivió las dos guerras mundiales y el ascenso de los regímenes totalitarios, presenció la era de la violencia bipartidista en Colombia, y su existencia se cerró con este particular acento, pues murió en Bogotá el 12 de mayo de 1957, dos meses antes de la firma del pacto liberal-conservador que dio origen al Frente Nacional.

Empezó a escribir como corresponsal para *La Nación* de Buenos Aires en la primera década del siglo xx. Su periodismo fue especializado, porque supo conjugar con destreza la reflexión política con profundos conocimientos históricos, literarios, filológicos, culturales y filosóficos, incluidos algunos de las ciencias naturales. Desentrañó el siglo xx y eso se puede observar en los contenidos de los artículos que se conocen y que publicó en el diario argentino. Si se hace un seguimiento de los componentes de la centena de artículos que escribió en *La Nación*, y su resultado se reporta de manera sintética, lo primero que sorprende al lector es la versatilidad, por la diversidad de los conocimientos. Asombra su capacidad para descifrar el momento desde una perspectiva que armoniza la erudición con la opinión del instante.

Su estilo periodístico fue el ensayo. En sus artículos se desvela el presente mediante un diálogo que contiene una capacidad analítica sobre el pasado. Otras de sus características periodísticas es cómo sus artículos contienen un pronóstico, acaso una observación provisional del porvenir. Es perceptible en Sanín Cano cómo se renueva una tradición de la inteligencia latinoamericana

y se constituye una herencia renovada que parte de Andrés Bello, José Martí y Manuel González Prada y sigue en Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y José Luis Romero, así como otros ilustres maestros de América, en quienes se estableció una comunión sin igual de la relación entre prensa y cultura.[41]

En el talante periodístico del antioqueño hay una empresa que no claudica jamás a través de su escritura: aquella de la dignificación y la edificación del continente latinoamericano como un territorio libre, autónomo y en igualdad de condiciones con los demás poderes políticos del mundo. Concibió una prensa libre de cualquier tipo de poder. En su denodada actividad y en igualdad de condiciones frente a otras tierras. Sanín Cano concibió una prensa libre, le dio la distinción de ser un instrumento para la justicia, la paz, la tolerancia, el desarrollo y el progreso de las sociedades e incluso de la humanidad. En el marco de esa tendencia, defendió la unión y la integración del pueblo latinoamericano como un territorio político, económico y cultural soberano. Se opuso a la intervención de los poderes extranjeros en la vida de los países[42] de América.

Como ratificación de lo anterior, hallándose en España, dio una entrevista que desnuda la concepción que tuvo sobre el periodismo que ejerció en *La Nación* de Buenos Aires y cómo articuló esa actividad con sus preceptos u opiniones intelectuales. En el artículo titulado "Un gran diario argentino" se le hace una entrevista que comienza con el siguiente encabezado:

> Lo que fue y lo que es la "Nación" de Buenos Aires –Reflexiones del periodista–. Firmas argentinas y españolas –Quiénes y cuántos leen "La Nación"?– Programa y bandera del patriarca Mitre que mantienen sus descendientes–
> De una entrevista con el representante de "La Nación", en Madrid.[43]

---

[41] GÓMEZ GARCÍA, Juan Guillermo. Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica: siglos XIX y XX. Medellín: Universidad de Medellín, 2010.

[42] De los temas centrales de la reflexión política nacional e internacional de Sanín Cano se refieren al problema de la Primera Guerra Mundial y su impacto en Latinoamérica: la Doctrina Monroe y sus incidencias en Latinoamérica y la pérdida del Canal de Panamá, las polémicas y las confrontaciones que el suceso tuvo en el siglo XX ("El primer libro de Araquistáin" y "La literatura de la guerra". En: revista *Hispania*, Londres, nos. 47-48 (1º de diciembre de 1915); "Unión Pan-Americana". En: *Hispania*. Londres, no. 4 (abril de 1912), pp. 110-116).

[43] LÁZARO, Ángel. Un gran diario argentino. En: Periódico La Libertad, Madrid (sábado 24 de mayo de 1924); p. 5.

Inmediatamente debajo del encabezado aparece la fotografía de Sanín Cano, en su oficina de Madrid, y a un lado a la izquierda de la foto una columna con la introducción que elaboró el entrevistador para el diario español y que contiene la siguiente presentación:

> Hemos llegado a las oficinas que el gran diario "La Nación", de Buenos Aires, tiene establecidas en Madrid, en un magnífico entresuelo del primer trozo de la Gran Vía.
>
> D. Baldomero Sanín Cano, Jefe de estas oficinas, nos recibe cortésmente. Representa este caballero unos cincuenta años, es alto, ancho de espaldas y sobrio de ademanes.
>
> ¿Va bien la persona de este escritor con su prosa de pura ascendencia clásica, la que nos ha dado tan interesantes consideraciones sobre el alejandrinismo en el arte? El autor del prólogo a la edición definitiva de las obras de José Asunción Silva posee una excelente cultura humanística. Reposadamente, sin alteraciones de tono en la palabra, el Sr. Sanín Cano habla —respondiendo a preguntas nuestras— del periódico cuya representación en esta corte le ha sido confiada.[44]

Sobre la figura de Sanín Cano su imagen era de amplio conocimiento en España[45] y sus dotes intelectuales altamente apreciadas. Sus artículos fueron muy leídos desde principios de siglo y en especial se prestó mucha atención a su divulgación de las obras de Guillermo Valencia y José Asunción Silva en los escenarios culturales hispánicos, como lo revela el encabezado de la entrevista.

A reglón seguido, Sanin Cano hace un recuento de la fundación del diario argentino; habla de sus dueños, de su fundador y expresidente de la república Argentina Bartolomé Mitre, y del consejo directivo. Avanza la

---

[44] *Ibíd.*

[45] Hay muchas referencias a Sanín Cano como crítico continental y se lo reseña en diarios y revistas españolas de manera constante. Por ejemplo, se le tiene como un connotado crítico americano en el artículo titulado: "El poeta de América (José Santos Chocano)". En: *Nuestro Tiempo*, Madrid, no. 99 (10 de mayo de 1907); pp. 220-237. Se le menciona y califica como escritor de América en *Nuestro Tiempo*. Madrid, no. 19 (noviembre de 1908); pp. 285-287.

entrevista detallando los pormenores del papel que cumple el diario, para lo cual amplía diciendo que es un espacio de intercambio, de comunicación y de lazos entre los hispanoamericanos en Europa. La entrevista continúa de la siguiente manera:

> Calla un instante el Sr. Sanín Cano, como si quisiera dejarnos discurrir acerca de este ejemplar esfuerzo periodístico. "La Nación" es hoy uno de los primeros periódicos de habla castellana. Además de esta Delegación, que estableció en Madrid el año 1921, tiene otras en París, en Berlín, en Londres... Son estas oficinas a la manera de consulados, donde los suramericanos que viajan por Europa inquieren y obtienen noticias de sus países respectivos.
>
> –Vea usted el salón de lectura –nos dice nuestro entrevistado–. No solamente todo el que quiera puede leer "La Nación", en esta casa; aquí tenemos a disposición del público las principales publicaciones de la América española.
>
> Sobre la amplia mesa que hay en el centro de la espaciosa sala, destacan diarios y revistas hispanoamericanos: "La Prensa", "Nosotros", "Social". "Inicial", "Diario de la Marina", "Plus Ultra"...[46]

Las oficinas de *La Nación* constituyeron un contacto cultural directo de Sanín Cano con los escenarios y la vida intelectual europea e hispanoamericana. Por ello, la descripción del salón de lectura que presidía la oficina de *La Nación* en Madrid se complementa con la magnitud del papel que desempeñaba esta publicación en Europa. Admite que era una especie de consulado, donde incluso había cartas que llevaban los argentinos para que fueran enviadas a su lejana patria. Interpelado sobre el financiamiento y el sostenimiento de semejante empresa editorial y periodística, sostiene que durante la Primera Guerra Mundial: "Pasaba por Londres para 'La Nación' un millón de palabras cablegráficas. Ponga usted que costara una peseta cada palabra…".[47]

El relato que Sanín Cano hace en este artículo-entrevista resulta capital para comprender y estimar su labor, en una época en que la prensa de masas

---

[46] *Ibíd.*

[47] *Ibíd.*

variaba y con ella se afirmaba su especialidad y profesionalidad. Por eso este registro es de vital importancia para el lector que pretenda conocer los artículos publicados por este apreciable intelectual colombiano en un medio editorial como el diario argentino, que vinculaba a Latinoamérica con el mundo.

La empresa editorial del diario –explica– exigía compromiso y entrega. Advierte cómo ella reclamaba también sacrificio y recuerda sus inicios, que relata con escrupulosidad, puntualizando lo que ha sido su sala de redacción, los avatares de la impresión y cómo fue creciendo esta admirable empresa. Como si rindiera cuentas ante un juzgado o examinador fiscal, confirma con vehemencia lo que obligaba a cumplir esas funciones periodísticas en el siglo xix y en el xx:

> Se sufren fatigas, apremios del sastre y del casero; alguna vez un redactor no tiene blanca en el bolsillo y se olvida de que ha llegado la hora de comer [...] No importa; lo esencial es tener periódico, y oír cómo los vendedores lo pregonan, y contemplar cómo los transeúntes leen fruiciosamente aquella hoja que unas horas antes se estaba elaborando entre cuatro paredes llenas de humo, de palabras fraternales, de sabrosos comentarios, al propio tiempo que las plumas zigzagueaban sobre el papel nerviosamente, acordadas al ritmo del cerebro y el corazón.[48]

No es de extrañar la defensa que hace en la conversación de la labor del periodismo y del periodista, frente a la presión de la sociedad de masas, cuando dicha actividad se ve sometida al vaivén del poder político, a la manipulación de clases o al capricho del mercado. Por ello, líneas más adelante habla de la importancia de la pluma y de la opinión en las sociedades civilizadas, lo que reafirmará con los años, en el sentido de la influencia o la incidencia que tiene la información en una sociedad masificada.

Continúa la entrevista y se llega al centro de lo que consideramos constituye una declaración inigualable, por cuanto es muy poco lo que se sabía de las opiniones de Sanín Cano sobre sus funciones y actividades en el diario argentino que dirigía Jorge Mitre, a quien justamente le dedicó el primer

---

[48] *Ibíd.*

libro que le publicaron en Buenos Aires, titulado *La civilización manual y otros ensayos,* en 1925. Hay que recordar que esta entrevista es de 1924, por eso constituye una primicia, por lo que ella descubre de uno de los escenarios esenciales de la vida intelectual de Sanín Cano. Siguiendo los interrogantes, amplía varias consideraciones:

> –¿Podría usted decir –preguntamos al señor Sanín Cano– en qué época logró "La Nación" esa plenitud de que hoy puede ufanarse? –Se ha dicho que nuestro periódico atravesó una difícil situación económica pocos años antes de la guerra europea. No sé hasta qué punto será ello cierto. Lo que sí puedo decir es que durante la guerra conquistó una gran prosperidad, que se ha ido reafirmando día tras día. "La Nación" era acaso, el periódico que publicaba diariamente las más amplias informaciones de aquella contienda, merced a los numerosos corresponsales que tenía repartidos por los países europeos.
>
> –¿Qué cantidad de ejemplares, poco más o menos, imprime diariamente su periódico?
>
> –Esto varía según los acontecimientos. Cuando el golpe de Estado que dio Primo de Rivera, y que coincidió con la lucha entre el boxeador argentino Firpo con el norteamericano Dempsey, "La Nación" llegó a alcanzar tiradas de más de cuatrocientos mil ejemplares. Ahora bien; su tirada normal debe ser alrededor de los doscientos mil ejemplares, sobrepasando más bien esta cifra.[49]

Sus apreciaciones constituyen un registro de la labor que desempeñó, si se tiene en cuenta que ningún otro colombiano —quizás se deba mencionar al cartagenero Pedro Sondereguer,[50] pues también fue corresponsal de *La Nación* por la misma época de Sanín Cano— hizo parte de la planta editorial del diario más respetable del siglo xx en Latinoamérica. Este espacio de opinión tuvo una influencia tal que allí concurrieron y contribuyeron con sus opiniones y trabajos gloriosos latinoamericanos, además de célebres

---

[49] *Ibíd.*

[50] ESQUIVIA VÁSQUEZ, Aníbal. "Pedro Sondéreguer y la civilización de ayacucho". En: *Universidad*, Bogotá, no. 74 (24 de marzo de 1928); p. 259.

españoles, franceses, ingleses, daneses, rusos, argentinos obviamente y de otras latitudes, distinguidos intelectuales y pensadores del siglo xx. Por lo tanto, la pertenencia a la prensa mundial es de un honrado significado para el colombiano.

Insistimos en la importancia de la entrevista. Ella nos da la pauta del sentido que tiene el hecho de haber sido Sanín Cano, el colombiano que con manifiesto esplendor dialogaba con la inteligencia europea y argentina más sobresaliente de los años veinte del siglo pasado, y que no solamente por su presencia en estos cuadros sociales, sino también por las funciones públicas y administrativas que cumplió, fue merecedor de importantes reconocimientos. Se le declaró admiración y fue celebrado por su obra y pensamiento, incluso en una época que como la suya vio grandes cataclismos y catástrofes.

Lo anterior se puede ratificar recordando cómo en su honor se ofreció un banquete de despedida en Madrid en 1924, con motivo de su viaje a Buenos Aires para incorporarse al diario argentino. En aquella ocasión se recreó el evento y se publicaron las palabras de Sanín Cano ante sus compañeros del periódico madrileño *El Sol*:

> El Sr. Sanín Cano agradeció la manifestación amistosa, y dijo que la aceptaba como símbolo de fraternidad entre los colaboradores de una misma obra.
>
> Añadió que "La Nación" se había adelantado al pensamiento de quienes buscaban desde fines del siglo pasado el advenimiento de la paz entre los pueblos. "La Nación" ha hecho obra de pacificación universal, acercando a hombres de todas las razas y de todas las nacionalidades, que exponen en sus columnas las propias opiniones en una atmósfera de exquisita tolerancia. Poner en contacto unos pueblos con otros, confrontar las ideas y sentimientos de razas apartadas, es un valor cultural que le abonarán a la Argentina y a "La Nación" los historiadores del porvenir. Insistió el Sr. Sanín sobre la magnitud de la obra de paz y de fraternidad entre las naciones llevada a cabo por el periódico bajo sus actuales directores, y terminó agradeciendo a sus amigos y colaboradores, al embajador argentino y al secretario

> de la Legación de Colombia el honor de que le hacían objeto con su presencia.[51]

La entrevista se cierra con la mención de asuntos cardinales, narrados por su propio protagonista. En efecto, Sanín Cano presenta un listado de los colaboradores españoles, todos ellos de renombre, exalta a los argentinos y enaltece las columnas que componen el rotativo. Un dato de invaluable consideración: estima el tipo de lectores que tiene el diario y los ubica entre las clases medias. Pondera tanto sus propias concepciones como los compromisos que tenía con el diario bonaerense y describe cómo se enlazaba esa actividad periodística con la vida intelectual, cultural y política de Europa y Argentina.

El relato-entrevista constituye una coordenada esencial con la que se puede tantear el calado de la figura no solamente periodística, sino también intelectual y personal del maestro antioqueño. Al final de la entrevista se expresa inquietud por la posición política del diario, a propósito de lo cual Sanín Cano aclara:

> –Y de política, ¿qué política hace "La Nación"?
>
> –Cuando un periódico alcanza la expansión que el nuestro, no puede mostrarse exclusivamente adepto, como usted sabe, a un determinado grupo. No quiere esto decir que el periódico no tenga sus simpatías políticas; pero puesto que no necesita de la política para vivir, puede prescindir de ella cuando se le antoje. Nuestro programa es corresponder con nuestros lectores, ofreciéndoles buenos servicios periodísticos, lectura capaz de elevar su espíritu moral e intelectualmente y noticias que lo familiaricen con el extranjero. "La Nación" procura, y lo consigue, a mi juicio –añade el Sr. Sanín Cano– tener una fisonomía democrática, un espíritu liberal abierto a las vanguardias del pensamiento.
>
> Entre el Sr. Sanín Cano y nosotros ha mediado una pausa. Hemos vuelto a contemplar el retrato del general Mitre, un poco desvanecido

---

[51] Banquete a don Baldomero Sanín Cano. En: periódico *El Sol*, Madrid (21 de octubre de 1924); p. 2. En el diario *El Heraldo* se detallaron las circunstancias del banquete que se realizó en el hotel Savoy con nutrida asistencia de reconocidos personajes españoles e hispanoamericanos, entre los que se destacan los escritores y los agentes diplomáticos (Madrid, septiembre 20 de 1924).

> en la suave luz que un ancho vitral deja llegar hasta él. Tal vez iba a ocurrírsenos una nueva pregunta, en el instante que leemos en un libro de Rubén Darío, tomado de la mesa de este salón de lectura, estos versos de la "Oda a Mitre":
>
> Pues él era el varón continental. Y era el amado patriarca continental.
> ¡Patriarca que conservó en sus nobles canas la primavera, que soportó la tempestad más dura,
> y a quien una paloma llevó una rosa al arca,
> rosa de porvenir, rosa divina,
> rosa que dice el alba de América futura,
> de la América nuestra de la sangre latina![52]

La entrevista finaliza con este comentario de Sanín Cano sobre la estrofa de Darío que solemniza la figura de Bartolomé Mitre. El colombiano se refiere con insistencia a la importancia del diario argentino, el cual en su misión se hace eco de esa promesa de la utopía de América que se propagó desde las Independencias a lo largo de los siglos XIX y XX, en un esfuerzo por constituir nuestra propia identidad y nacionalidad. No se puede olvidar que los intelectuales latinoamericanos iniciaron empresas editoriales publicando revistas, diarios, folletos, etc., y utilizaron la propaganda y la opinión pública como herramientas predilectas de realización de estos proyectos.[53]

Los intelectuales entonces concibieron que mediante la palabra y la escritura compondrían la unidad e integridad de un continente. Por ello, el lema predilecto fue "Gobernar es educar", y educar a través de las letras era el empeño para constituir buenos gobiernos y ciudadanos ilustrados. Años atrás Sanín Cano había defendido este principio de fe en la prensa, al rendirle honores a la figura intelectual y periodística de Bartolomé Mitre en el centenario de su nacimiento, con su corto pero sentido registro titulado "La sanción de los tiempos",[54] en el cual corrobora esta convicción latinoamericanista.

---

[52] *Ibíd.*

[53] OTERO, Gustavo Adolfo. El periodismo de América. Lima: Empresa Editora Peruana, 1946.

[54] SANÍN CANO, Baldomero. La sanción de los tiempos. En: *La Nación,* Buenos Aires (domingo 26 de junio de 1921); p. 64.

Ya se ha mencionado que esta postura la concibió Sanín Cano desde el año 1902 cuando escribió su artículo aquí citado "Papel de la literatura en la fraternidad Hispano-Americana" y que constituyó el referente de su conferencia de 1924 debatida y criticada en Europa e Hispanoamérica titulada: "Las revoluciones hispano-americanas".[55] A lo largo de los años, reafirmó este principio. La idea del papel que cumplía la dirección del diario *La Nación*, tanto en la opinión a nivel local y continental como a nivel mundial, era su distinción y prestigio. Esta firme creencia no era una ficción, porque el "decálogo" del diario argentino —añade sin reservas— estaba presidido por los valores que buscaban en palabra y en acción: la paz, la democracia y la igualdad de los pueblos latinoamericanos y del mundo.

De ahí que no se pueda olvidar que el diario fue un espacio de mediación para otros intelectuales que como Sanín Cano, no solamente erigieron sus obras a través de él, sino que también consolidaron sus opiniones y su pensamiento con las múltiples columnas, compuestas de ensayos, reseñas o artículos que publicaron a lo largo del siglo xx. Importa reseñar el caso extraordinario del español Francisco Ayala, el exiliado y emigrado a Buenos Aires, cuya experiencia, como él mismo lo indica,[56] estuvo influida por el diario y la vida bonaerense.[57]

A su regreso de Buenos Aires, fue un asiduo periodista en nuestro país. Del periodismo que ejerció en Colombia se conocen sus escritos para el diario *El Tiempo* (1927-1956) y muchos artículos que aparecen en el *Suplemento Literario Ilustrado del Espectador* (1924-1928), algunos de los cuales incluso

---

[55] Esta conferencia de Sanín Cano pronunciada el 12 de abril de 1924 en el recinto de la Unión Iberoamericana en Madrid, a la que asistieron destacados pensadores e intelectuales, diplomáticos y políticos de Europa y Latinoamérica, es uno de los escritos esenciales de la imagen de América que tuvo el antioqueño a lo largo de su vida. En ella establece una estrecha relación entre la emancipación y la construcción de nación en nuestro continente. Otorga especial papel en el proceso de la Independencia a la prensa y la literatura, construye incluso un nexo analítico entre política y literatura en una dimensión liberal e ilustrada. La exposición fue ampliamente reseñada en los diarios de España. (*La Voz*, Madrid (jueves 10 de abril de 1924); *La Correspondencia*, Madrid (viernes 11 de abril de 1924); *La Época*, Madrid (viernes 11 de abril de 1924); *La Acción*, Madrid (viernes 11 de abril de 1924); *Nuevo Mundo*, Madrid (18 de abril de 1924); *El Sol*, Madrid (miércoles 7 de mayo de 1924) y comentado minuciosamente por Luis Araquistáin en *El Espectador*, suplemento literario ilustrado, Bogotá (domingo 31 de agosto de 1924); p. 2).

[56] AYALA, Francisco. Recuerdos y olvidos: 2. El exilio. Madrid: Alianza, 1983; pp. 31-33.

[57] EMILIOZZI, Irma. Francisco Ayala en La Nación de Buenos Aires. Madrid: Pretextos, 2012.

fueron editados en *La Nación*; muchos fueron publicados en otros impresos a nivel continental.

Es de destacar que la Universidad Externado de Colombia ha impulsado la publicación de la obra de Sanín Cano. En la actualidad se han imprimido seis tomos de las editoriales del diario bogotano, lo cual constituye un referente esencial para una relectura del "Maestro". En esos artículos vistos en su integridad se logra delinear el arco de la labor incansable del antioqueño, trabajo que abarca casi tres décadas. Se les dio el título de *Ideología y cultura* (1998). Juan Gustavo Cobo Borda en una reseña de dicha compilación encomia su tarea en el diario *El Tiempo*, que se conjuga con el esbozo de su perfil intelectual:

> Los cuatro primeros volúmenes, las 2000 páginas que tenemos ahora entre manos, con las editoriales que Baldomero Sanín Cano (1861-1957) escribió en El Tiempo, a partir de 1927 hasta 1945, son desconcertantes. Primero, por el agrado con que todavía se dejan leer, segundo, por la extraña sensación de que el tiempo no ha transcurrido, en ninguna forma, y como el problema de los Balcanes, para citar un solo ejemplo, de Serbia y Montenegro, sigue siendo el mismo conflicto irresoluto que marcó todo el siglo. De Sarajevo a Kosovo la perenne tensión entre Occidente y Oriente.

Lo mismo podría decirse de sus artículos de *La Nación*, por su ingeniosa contemporaneidad. En ese sentido, Cobo Borda con relación a la forma de periodismo que cultivó Sanín Cano, agrega:

> Al leer con cuidado estas páginas podemos rastrear, con admiración la capacidad de Sanín para estar informado y su don de conjugar esos datos en el marco del conocimiento y de la política internacional […] Sufrió al vivir un tiempo donde muchos exaltaban a Hitler, Mussolini y Franco y quemaban los libros de sus amados Thomas Mann y Stefan Zweig. Pero siempre propugnó por una vida más justa y equilibrada al intentar, con sus trabajos, una intercomunicación americana y al ser, en definitiva, un humanista con visión mundial.[58]

---

[58] COBO BORDA, Juan Gustavo. Sanín Cano en *El Tiempo*. En: Boletín de la Academia Colombiana, Bogotá. Tomo LI, nos. 207-208 (enero-junio de 2000); pp. 137-139.

En Sanín Cano el periodismo no fue artificio ni ornamento. Antes bien, lo consideró una actividad cuya función ética debía ser empleada para el mejoramiento de la civilización, es decir, incentivar la ilustración en la experiencia y en la conciencia de los hombres. En sus artículos captó varias catástrofes, las guerras mundiales, el fracaso de las relaciones diplomáticas, la decadencia de la cultura ilustrada y la crisis de la democracia. Pero en otros horizontes de su periodismo, como muchos otros de la época, indagó acerca de problemas como la masificación del público lector, la industria del libro, la cultura de masas, el espectáculo y el entretenimiento de masas, entre muchos otros fenómenos del siglo xx.

Sanín Cano y los artículos de *La Nación* de Buenos Aires: una obra periodística de alcances universales

Otros problemas que detectó, como agudo sensor de las tragedias de la modernidad que fue, se refieren a la "reproductibilidad técnica" del arte, las transformaciones musicales y la cultura popular, el retroceso del teatro a causa del avance del cine, la diversión y la presión de los medios masivos de comunicación, asuntos estos vistos con su ojo crítico y abordados a través del periodismo analítico. Su desvelo fue, concretamente, identificar las nuevas condiciones sociológicas que la modernidad imponía a los lectores. Pero también sondeó la forma y los instrumentos —artefactos técnicos— que transformaban los hábitos de la lectura.

Hay varios artículos suyos a este respecto, en los cuales da las razones y mide los alcances desastrosos que según él traían los nuevos medios técnicos para el arte y para los públicos. En este sentido se pueden mencionar los siguientes: "Cadenas de … estuco",[59] "Shakespeare amenazado",[60] "La suerte del libro y el cadáver",[61] y "El vitáfono",[62] todos ellos aparecidos en *La Nación*.

Desde otro ángulo, resulta singular la manera como su periodismo captó ese momento transitorio de la sociedad masificada: el de la industria cultural y el aplastamiento de la ilustración y las ideas liberales en la modernidad del siglo xx. A Sanín Cano le preocupó con frecuencia el problema de las masas.

---

[59] *La Nación*, Buenos Aires (martes 1º de enero de 1918).

[60] *La Nación*, Buenos Aires (miércoles 29 de junio de 1921).

[61] *La Nación*, Buenos Aires (domingo 19 de septiembre de 1926).

[62] *La Nación*, Buenos Aires (domingo 16 de enero de 1927).

En sus artículos cita a Gustav Le Bon, Sigmund Freud, Osvald Spengler, Dostoievski, Bernard Shaw y Bertrand Russell, y a través de ellos como recursos analíticos de su opinión, centra muchas de sus reflexiones periódicas en el problema de la relación del individuo con la sociedad de masas. Para el antioqueño, factores como el mercado y el consumo, los *trust* y los monopolios, los regímenes totalitarios, la mediocre diplomacia, la falta de liderazgo y de gobernabilidad, las burocracias enquistadas y cierta irracionalidad, poco a poco habían acabado con las banderas liberales de la libertad e igualdad de los pueblos.

Vio la tragedia de la razón occidental, entre otros presupuestos de lo que fueron sus años como periodista especializado e internacional. Esta "cristalización", término que utiliza con frecuencia en sus observaciones analíticas de la modernidad y la masificación del siglo xx, se adelanta con mucho a los análisis marxistas sobre la *cosificación* o la *reificación* que fueron objeto central de las investigaciones de la conocida Escuela de Frankfurt,[63] la cual se constituyó a partir de las postulaciones científicas del marxismo en el siglo xx, y cuyos miembros en los años treinta fueron los abanderados de la "teoría crítica de la sociedad".[64] Sanín Cano muestra afinidad con los análisis que a finales de los años veinte hicieron pensadores como Sigfried Kracauer,[65] Max Horkheimer[66] o Walter Benjamin.[67]

Escribió muchos de sus artículos entre 1914 y 1931, muy específicamente para el público internacional y argentino. Consideraba que así existieran diversos medios de información en la sociedad de masas, esto no necesariamente garantizaba una adecuada y oportuna comunicación. Afirmaría incluso que no se propiciaba una educación y formación ilustrada de los ciudadanos. La manipulación o la ilustración sesgada y a medias las combatió denodadamen-

---

[63] JAY, Martin. La imaginación dialéctica. Una historia de la escuela de Frankfurt. Madrid: Taurus, 1986.

[64] HORKHEIMER, Max. Teoría tradicional y teoría crítica. Buenos Aires: Amorrortu, 1974.

[65] KRACAUER, Sigfried. La fotografía y otros ensayos. El ornamento de la masa I. Barcelona: Gedisa, 2008; Construcciones y perspectivas: El ornamento de la masa 2. Barcelona: Gedisa, 2009. Publicados originalmente en 1927.

[66] HORKHEIMER, Max. Ocaso. Madrid: Anthropos, 1986. Escrito como notas de viaje entre 1926 y 1931.Publicado originalmente en 1934.

[67] BENJAMIN, Walter. Calle de dirección única. Madrid: Abada, 2011. Publicado originalmente en 1926.

te, de ahí el rasgo característico de la manera cómo entendió el periodismo: primordialmente era necesaria la exigencia de calidad en los artículos y, a su vez, esto implicaba la obligación en la misma magnitud respecto a sus lectores en cada trazo escrito.

No buscó ensalzar lo momentáneo o fugaz ni se adhirió a los dogmatismos o a los fanatismos de la época. Por el contrario, criticó la apelación a las razas como movilización política, o a la discriminación étnica o cultural para sustentar una forma de poder. Se opuso decididamente a la utilización de la guerra para reactivar o imponer el progreso o desarrollo en cualquier territorio. En cada rasgo de sus líneas trató de desenmascarar lo falso de la realidad, o dicho de otro modo, pretendió con terco rigor desmonopolizar la opinión y la palabra de las formas de poder y de autoridad convertidas en formas de representación dictatoriales.

En medio de las presiones de las catástrofes de la humanidad, de las guerras, los conflictos internacionales, las desgracias sociales y los cataclismos cotidianos que lo compelían a diario, constituyó un acervo cuyo ejercicio reflexivo se orientaba a exigirle al lector conocimiento —mediante la lectura de sus artículos— para descubrir lo deforme y velado de la realidad, a través de un diálogo continuo y solvente con el pasado.

En el año de 1920 se celebraron los cincuenta años de existencia del diario *La Nación*, fundado el martes 4 de enero de 1870, suceso que fue registrado por la revista argentina *Caras y Caretas,* en la que publicó el antioqueño asiduamente y se presenta el espíritu de los valores de democracia y justicia que guiaban al diario bonaerense, lo que a un mismo tiempo fueron las convicciones que regían el periodismo de Sanín Cano. Así se presentó en ocasión de su aniversario cincuenta a *La Nación:*

> Diario esencialmente político, *La Nación* jamás se redujo a su acción política: desde sus orígenes fué también un diario intelectual, como se dice ahora. Son legión los escritores argentinos que han publicado sus escritos en *La Nación,* siempre hospitalaria para todos; y más de una bien merecida fama no existiría, si acaso las columnas del diario de Mitre no se hubiesen abierto a sus primeros trabajos, en aquella época de la vida en que se resuelven las vocaciones […] Entre sus colaboradores y corresponsales en el extranjero, puede asimismo *La Nación* alinear muchos nombres ilustres, desde Emilio Castelar hasta

> la condesa de Pardo Bazán, desde Remy de Gourmont hasta Viviani, desde Guillermo Ferrero hasta Olindo Malagodi, desde Sanín Cano hasta García Calderón. Estos dos últimos son hispanoamericanos: de Colombia el primero, del Perú el segundo, y ya que los hemos nombrado, cabe aprovechar la oportunidad para recordar que La *Nación* fue siempre hogar para los escritores de Hispano América.[68]

En ese sentido, dispuso de algunos recursos de su saber casi en la línea del más erudito, porque cita a obras, autores, datos estadísticos; utiliza sin afección conocimientos variados, de las ciencias naturales, por ejemplo; y se explaya en el conocimiento de la diplomacia y de las grandes corrientes del pensamiento de los siglos XIX y XX, entre otras destrezas periodísticas.

Volviendo a las circunstancias de su producción y al legado que dejó a los lectores del futuro, es de apreciar que aun contando con la reedición de algunas de sus publicaciones en los últimos años, sus artículos se encuentran dispersos en una variedad de impresos dentro y fuera del país, lo que le añade una sensación de gran magnitud, de universalidad, pero al mismo tiempo conlleva una brecha en el conocimiento pleno del faro que sigue siendo este humanista del siglo pasado.

Sanín Cano fue un intelectual transeúnte con una capacidad de mediación cultural y ello se evidencia en ese diálogo entre países, épocas, lenguas, culturas, acontecimientos y sucesos, respondiendo como un censor agudo a las catástrofes del siglo XX, que puede verse en sus artículos. Su lente o sus varias ópticas logran detectar de modo diáfano en la escritura, las destrucciones y los destrozos que dejó el siglo pasado, lo que se constata de manera contundente en sus artículos hasta 1931, en lo que atañe al diario argentino.

Para valorar esa tendencia periodística de Sanín Cano se hace obligatorio y necesario conocer plenamente los contenidos de sus escritos. En esta compilación se hace una selección de los artículos del diario *La Nación* desconocidos por el público colombiano. Son 56 artículos que encaran desde diferentes frentes temas en apariencia discordantes. Ante todo son artículos que van de 1918 a 1931, esto es, en una época de conflictos, discrepancias, rivalidades y en especial, dogmatismos, prejuicios y polarizaciones raciales y culturales. El

---

[68] "Una dinastía de periodistas. Cincuentenario de la Nación". En: *Caras y Caretas*, Buenos Aires, no. 1109 (3 de enero de 1920).

libro abre la selección con el titulado: "La América Española"[69] y se cierra con el último que publicó para el diario argentino, titulado "Cultura incaica".[70]

En ese arco de producción Sanín Cano se enfrentó a temas relacionados con la defensa de la cultura y el pensamiento hispanoamericano; abordó con minuciosidad el problema de la guerra y su injerencia en los procesos sociales, económicos, políticos y culturales. En muchos de estos artículos destaca desde la perspectiva de la sociología urbana, los cambios de la ciudad y su injerencia en las actitudes, costumbres y mentalidades; se detiene por lo demás en su experiencia de intelectual transeúnte, en las influencias que tienen la ciudades a partir de los cambios infraestructurales o estructurales en las actitudes de los individuos y de las colectividades; igualmente, encara con destreza temas del orden político sobre la exclusión, la marginalidad, el conflicto racial, étnico y en especial los temas referidos al cataclismo de la civilización.

Desde otros ángulos, cifra su mirada en los temas vinculados con la sociología de la literatura, se aproxima mediante reseñas y análisis de obras, autores, escritores, al tema del papel de la literatura en la sociedad; indaga en cómo la literatura es un instrumento histórico para pensar la sociedad y se enfoca con especial detenimiento en la reivindicación de la literatura criolla y regional, la examina en su relación con la literatura universal y el valor que ella tiene en la construcción de la identidad de los pueblos, en especial el hispanoamericano. Y en esa perspectiva hay una línea transversal en estos artículos, la que se refiere al intercambio o diálogo entre la cultura y civilización de Europa e Hispanoamérica.

Sus opiniones y pensamientos están dirigidos a un rescate sin afectación ni apología, de los bienes hispanoamericanos con el mundo europeo occidental, a partir de la huella que han dejado maestros de América como Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña. Este derrotero que se cifra al afirmarque "Herencia no es hurto", es decir, Hispanoamérica tiene derecho "a disfrutar de la cultura occidental" y ese derecho no es "robo ni menos substracción",[71]

---

[69] SANÍN CANO, Baldomero. "La América Española". En: *La Nación*, Buenos Aires, (martes 5 de febrero de 1918).

[70] SANÍN CANO, Baldomero. "Cultura Incaica". En: *La Nación*, Buenos Aires (domingo 25 de enero de 1931).

[71] UREÑA HENRÍQUEZ, Pedro. *La Utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989, pp. 3-11.

sino más bien, equidad e igualdad cultural. Para Sanín Cano se nota que su esfuerzo es brindarle al lector conciencia de la obra del pensamiento hispanoamericano, y es perceptible en sus escritos la lucha por poner al lector común en consonancia con esta conciencia, con su legado, con su riqueza y con su acumulación cultural.

Todo lo anterior se desenvuelve en un estilo periodístico de defensa, no de modo extremo, o como apología o detracción de la cultura europea; por el contrario, establece una mediación histórico-política que se puede dar a partir de los procesos culturales. La cultura es un instrumento de mediación política, social e histórica entre los mundos, y esta afirmación rodea, o mejor, es la esencia de su producción periodística en dos décadas en el diario argentino.

Por lo pronto, aseveremos que si ha habido un rostro que de Sanín Cano se ha forjado es el de crítico, y esa silueta ha sido la predilección de los conocedores o de los admiradores del nativo de Antioquia. No cabe duda que ningún manto de incertidumbre cubre su figura como crítico literario y cultural en los innumerables registros conocidos —para deslucirlo o para enaltecerlo—, ya que se ha destacado en mayor medida este panorama del intelectual, y a través de este perfil de escritor sobrio y analítico de las letras continentales se ha visto parcialmente saciado.

Sin lugar a dudas, fue un pionero cultural por la mediación que estableció entre varios mundos y fue un centinela de la letras hispanoamericanas sin misticismos o exotismos. El lector que lea estos 56 artículos podrá valorar y examinar los alcances y las posibilidades que ofrece el pensamiento, la producción y la creatividad de dos continentes; pues no reclama injustamente —como lo hacen muchos— en el desbalance mediante recurrencias prejuiciadas, ni menos aún afectadas de dogmatismo o polarización; por el contrario, ninguno de los lados culturales —Hispanoamérica o Europa— son utilizados como banderas ideológicas, más bien, busca la igualdad cultural de Hispanoamérica con el mundo en su totalidad.

Con esta selección de artículos y con el material que se dispone al público lector, esperamos que se cumpla con el objetivo de impulsar una relectura de la figura de este distinguido periodista y humanista del siglo xx. De modo que se puede asegurar que estos escritos, desconocidos para el lector —no solamente el colombiano—, permitirán incluso a los investigadores y especialistas precisar muchas de esas facetas ignoradas de quién en el siglo xx se dijo que cumplió con la misión de crear un espacio cultural: "América Latina"

y de quien se dijo también que su maestría radicaba en la capacidad analítica interdisciplinaria, en la versatilidad para captar las tragedias de la civilización en el siglo xx a partir de sus columnas para el diario argentino.

Los artículos de *La Nación* aparecieron editados en sus obras principales: *La civilización manual y otros ensayos;* también se publicaron en 1926 en la obra *Indagaciones e imágenes;* en 1932 en su oportuno libro *Crítica y arte*; en 1934 en *Divagaciones filológicas y apólogos literarios;* en *Tipos, obras, ideas*, de 1949; y en *El humanismo y el progreso del hombre,* de 1955. Otros artículos del diario bonaerense y de otros impresos, incluso de épocas anteriores, ya se han reeditado —por ejemplo: de la *Revista Contemporánea*, la *Revista Hispania*, la *Revista Universidad*, la *Revista de América* o la *Revista de las Indias*— en otras compilaciones tituladas *Escritos* y *El oficio del lector*, elaboradas y prologadas estas dos últimas por Juan Gustavo Cobo Borda.

Además de esos libros publicados en el siglo pasado, la Universidad Externado de Colombia ha publicado de nuevo algunos libros considerados como clásicos de Sanín Cano,[72] prologados por quien en la actualidad es un persistente e incansable divulgador y estudioso de su obra, el profesor Gonzalo Cataño, una autoridad reconocida de la obra del antioqueño. Su empeño se ha consolidado mediante la edición y elaboración de estudios preliminares y prólogos, impulsando así la relectura del rionegrino en nuestro contexto. La bibliografía de Sanín Cano elaborada por el profesor Cataño es la más completa que se tiene en la actualidad.

Dados estos precedentes, resulta importante reconstruir el recorrido de Sanín Cano como periodista y precisar algunos de los aspectos que él definió de lo que era la prensa y el ejercicio del periodismo en el siglo xx. Lo que se sabe es que viajó a Londres en 1909. Este hecho resulta significativo, porque muchos de nuestros "maestros de América" —desde las Independencias y a lo largo del siglo xix— tuvieron como morada política e intelectual la capital británica, centro de formación en el periodismo, escenario de conspiración y de autonomía sensorial y mental.

---

[72] Las obras que ha vuelto a publicar la Universidad Externado de Colombia son *Revista Contemporánea (1904-1905)* (2006); *Tipos, obras e ideas* (2001) e *Indagaciones e imágenes* (2010). Como algunos ensayos de divulgación y de estudio sobre la obra de Sanín Cano, dirigidos por el profesor Gonzalo Cataño, basta destacar al cumplirse los 150 años del maestro: Baldomero Sanín Cano: ensayista de nuestro tiempo. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011.

Se radicaron en aquella cosmópolis, ciudad donde emprendieron actividades de intercambio comercial, pero ante todo alentaron empresas del orden político y cultural. Es imprescindible recordar a Andrés Bello y a Juan García del Río con su *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano*, respectivamente, e incluso a algunos de los liberales radicales del siglo XIX que fueron amigos de Sanín Cano, como por ejemplo los hermanos Pérez Triana, Cornelio Hispano, Camacho Roldán o Alejandro López, entre muchos otros. Bello, García del Río, Bolívar y Miranda fueron quienes desde este hogar transitorio alentaron la independencia de nuestro continente, la política y la cultural. Este espacio urbano acogió a una generación ávida de cambios o de transformaciones, dependiendo de las circunstancias y de los móviles personales o públicos. Cien años después, o más exactamente un año antes del centenario de las independencias latinoamericanas, arribó Sanín Cano a Londres.

Llegó a Londres entonces y emprendió un camino de experiencias que lo vincularon no solamente con el periodismo internacional, después de haber realizado una diversidad de actividades, sino también con el mundo político, diplomático, cultural, científico, universitario y artístico de la época, que se registró en revistas y diarios españoles, y así lo hace notar en su "Autobiografía". Pero dicha experiencia le vinculó con un entorno de intercambios y de nexos intelectuales, culturales, políticos y sociales que ampliaron e impulsaron de manera estimulante su curiosidad que ya había erigido en Colombia en sus años más precoces, ensayándose en el periodismo nacional e internacional, pues publicó en revistas españolas antes de viajar a Europa, como se ha indicado aquí.

Así lo ratifica Juan Gustavo Cobo Borda en el prólogo de *El oficio del lector* (1978), comentando y resaltando su arribo a la capital londinense y la novedad que ello significó para Sanín Cano:

> Cuando cayó Reyes, Sanín, en Europa, debió pensar que su intensa labor al frente de la administración pública había sido tan estéril como su rebeldía verbal, en compañía de Silva. Pero no era tiempo para autocríticas: el brillante funcionario público deberá convertirse, en Londres, en profesor particular de español, para subsistir. Más tarde, retomaría su contacto con el periodismo y, desde allí, desde Inglaterra, llegará a ser el agudo crítico literario, reconocido en todo el continente. Primero en la Revista Hispania que funda en Londres

> Santiago Pérez Triana y que dura de 1912 a 1915; y a partir de 1914, como corresponsal de La Nación, de Buenos Aires. Colaboró también en los 7 números de *La revue Sud-Américaine*, aparecida en 1914, y que dirigió Lugones. Más tarde, La Nación lo encarga de fundar su oficina En Madrid y así, en 1922, conocerá a los escritores españoles del momento y verá con satisfacción, el influjo que sobre las letras de la península ejercían los latinoamericanos. Antes, en el 18, y por 18 meses ejerce el cargo de profesor de lengua y literatura española en la Universidad de Edimburgo y allí, en Inglaterra, traduce libros sobre literatura española, compila antologías de escritores hispanoamericanos y prepara un diccionario bilingüe, español-inglés.[73]

En la revista *Hispania*, que se publicó en Londres entre 1912 y 1916, Sanín Cano analiza los graves e inesperados sucesos de la conflagración mundial y se especializa en la actividad de reseñas y comentarios, e incluso realiza sesudos análisis sobre el movimiento literario y cultural de Europa y América Latina. Esta primera experiencia de periodismo internacional y el provecho que obtuvo de ella, le fueron dando una consistencia, indudablemente, pero lo particular y destacable es el entorno y las condiciones desde las cuales empieza a enfrentarse a una prensa y a un periodismo que exigen la especialización, en medio del proceso de masificación del siglo xx. Justamente en las dos entrevistas concedidas, ambas al periódico *El Tiempo,* el mismo Sanín Cano comenta sobre lo que constituyó para él esta ardua labor, en ocasiones ingrata, incómoda y para algunos insulsa.

Es perceptible, inmediatamente, la relación entre la formación intelectual y las condiciones sociales de origen del "Maestro", a lo cual se refirió en la entrevista concedida a Jorge Cabarico Briceño. En aquella oportunidad aludió a su "autodidactismo" y a las múltiples ocupaciones que tuvo que realizar antes de viajar a Londres en 1909, evento este que como símil resulta algo parecido a la situación personal de Domingo Faustino Sarmiento, como lo destaca el venezolano Mariano Picón Salas acerca del célebre argentino.[74]

---

[73] COBO BORDA, Juan Gustavo. Prólogo. En*: El oficio del lector*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978; p. 27.

[74] PICÓN SALAS, Mariano. Sarmiento, Lugones, Mallea. Buenos Aires: Publicaciones de la Embajada de Venezuela, 1977, pp. 35-40.

A pesar de la precariedad de la situación personal, las dificultades y las exigencias de la formación intelectual, en Sanín Cano se puede advertir el esfuerzo individual de "autorrealización" y cómo respondió o reaccionó ante la adversidad, lo que se manifiesta en las entrevistas. Los obstáculos no fueron impedimentos. Por el contrario, lo fortalecieron y fueron un incentivo que más allá de la mera supervivencia, le dieron un carácter singular. Dichos aspectos se registran en sus propias palabras, del siguiente modo:

> –Llama mucho la atención su dominio de varias lenguas, don que usted alcanzó sin profesores, según tengo entendido.
>
> –Verdad que propiamente no los tuve nunca; llegué a estudiarlos durante los ratos de ocio, que otros suelen dedicar al bridge, al billar…
>
> –¿De cuándo acá data esa afición?
>
> –A los nueve años sabía francés y leía algunas novelas. Después, al abandonar los claustros de la Escuela Normal de Rionegro, por mi propia iniciativa y disciplina mental que me impuse, llegué a conocer satisfactoriamente el alemán, el danés, el italiano y el latín.
>
> –¿Cuál habla y escribe mejor?
>
> –Indudablemente el de mi tierra –una sonrisa guasona se interpone, y terminaba– el antioqueño.
>
> –¿El inglés?
>
> –Claro que lo hablo y escribo; figúrese, ¡14 años de permanencia en Inglaterra! Allí tuve que hacerme un práctico, pues me ganaba la vida escribiendo en el suplemento semanal de "Time", publicación que aún existe y además en "Modern Lenguague Review".[75]

En esta misma entrevista confiesa que lo que le llevó al periodismo fue una inclinación natural, y justamente fue en Medellín donde hizo sus primeras armas, enviando artículos al diario *La Consigna*, que dirigía Fidel Cano.[76] Como él mismo lo menciona, dominó varios idiomas, ocho en total, dato que se enlaza de manera indestructible con su experiencia y con su carácter intelectual. No es casual destacar esta curiosidad del "autodidactismo" de Sanín

---

[75] CABARICO BRICEÑO, Jorge. El lado humano de los personajes. Baldomero Sanín Cano. En: *El Tiempo*, Bogotá (10 de noviembre de 1946); p. 3, sección 2.

[76] *Ibíd.*

Cano en los idiomas, porque tres años después de concedidas estas entrevistas, cuando publica su Autobiografía, hace referencia a ellos y sobre este esfuerzo individual remarca su importancia en todos los momentos de su vida.

En una carta reveladora de las muchas circunstancias inconvenientes que enfrentó en Colombia, Sanín Cano recuerda cómo el aprendizaje de los idiomas extranjeros era tenido por desocupación, cuando no por indigna dedicación. Por eso le comenta a Samuel Glusberg, su amigo argentino, a propósito de la muerte de Jorge Brandes, lo siguiente:

> La muerte de Brandes me sorprendió en el campo a tres días de Bogotá, en momentos en que releía su "Shakespeare" con gran deleite en la bella edición danesa ilustrada que Ud. Conoce […] Vivimos en una triste época, mi querido amigo Glusberg. No he logrado conseguir aquí el libro acerca del hombre de Damasco y de Tarsi. Bogotá, en el centro del mundo, está; para el mercado de libros, más lejos de Copenhague que de Buenos Aires, y más cerca de la luna que de las literaturas escandinavas. En Buenos Aires hay tres librerías danesas, un club que posee su biblioteca y facilidades para mantener al corriente de lo que pasa en la patria de Tycho Brahe y de Bohr. En Bogotá no creen que una persona disipe su tiempo aprendiendo danés para leer a Brandes, a Höffding, a Kierkegaard, a Paludan Müller, a Peter Nansen, a Gustav Wied y a otros, y creen que se trata de una mera actitud mistificativa, con S.[77]

Desde otro ángulo y en consonancia con la entrevista de 1946, recuerda en su "memoria de los otros"[78] como llama a su autobiografía, a importantes periodistas de su época en Europa: Salvador de Madariaga —quien lo recomendó siendo corresponsal de la *Nación* en Londres para cubrir la guerra—,[79] Leopoldo Lugones, Fernando Ortiz Echagüe, Luis Araquistáin, Enrique Larreta, Luis Bonafoux, Miguel de Unamuno, Francisco García Calderón, Azorín, Ramón Pérez de Ayala, Leopoldo Lugones, Rufino Blanco Fom-

---

[77] Carta a Samuel Glusberg, Bogotá, 2 de julio de 1927. Cedinci, Archivo Samuel Glusberg, Buenos Aires.

[78] SANÍN CANO, Baldomero. *De mi vida y otras vidas*. Bogotá: A.B.C., 1949; p. 8.

[79] *Ibíd*., p. 179.

bona, Mariano Picón Salas, Alberto Gerchunoff, Roberto Giusti y Ramiro de Maeztu, quienes fueron entre muchos otros a quienes conoció. De ellos obtuvo esa sociabilidad de los "periodistas intelectuales", sin lugar a dudas, y fueron quienes le influyeron en el periodismo, como lo reconoce de manera admirativa evocando a Fernando Ortiz Echagüe, en su artículo titulado: "Los autores y las obras. 'Pasajeros, correspondencia y carga'".[80] Sanín Cano lo describe con precisión en su estancia en Londres y amplía en su exposición, lo que esos encuentros, diálogos y debates revelaban a su mirada, en especial, a su modo de relatar y de leer:

> Como corresponsal de ese diario, estaba entre mis obligaciones la de leer diariamente en su parte editorial, de noticias y de información literaria, el mayor número posible de los diarios londinenses. De rigor tenía que enterarme de cuanto decían sobre estas materias *The Times*, *The Dialy Mail, Dialy Express y Morning Post*. Contemplada de lejos ésta diaria tarea puede parecer un entretenido y aun deleitable ejercicio […] La prensa europea de los años anteriores a la primera guerra mundial pasará en la historia por uno de los adornos más severos y característicos, de una civilización declinante, sin saberlo. En Londres, en un rincón de "Piccadilly Circus", no lejos del "Café Royal", había una humilde tienda donde se ofrecían diariamente a la venta todos los diarios de Europa acabados de llegar. Los había en todas las lenguas y dialectos, de esa por entonces supercivilizada parte del mundo. Allí acudían los rusos en busca del *Golos*, los checos a comprar el *Narodny Listy*, los suecos a enriquecer su conocimiento con el *Dagens Nyhetter*, los catalanes iban a comprar la *Esquela de la Torraxa*, y todo el mundo salía contento.[81]

A renglón seguido Sanín Cano afirma que esta experiencia de lectura de los periódicos del mundo, es decir, su aproximación a la dirección de la opinión pública del orbe, no se limitaba a su contacto con la lectura. Esta actividad consolidaba un intercambio de vínculos intelectuales que lo favorecía,

---

[80] *La Nación*, Buenos Aires (domingo 7 de octubre de 1928).

[81] *Ibíd*., pp. 224-226.

por los diversos idiomas que conocía y practicaba. Un elemento más que se debe señalar es que esa faceta de su periodismo le permitía una amplitud de miras, así como una capacidad analítica que fue muy poco frecuente entre los intelectuales colombianos del siglo xx. Por ello, en sus memorias añade:

> El autor de este libro también concurría habitualmente a aquel despacho de la prensa extranjera en busca de tres diarios de su devoción. *El Corriere della Sera*, de Milán, *Politiken* de Copenhague, y *Berliner Tageblatt*, de Berlín. Leía también regularmente el *Manchester Guardian*; pero éste se lo procuraba en la mañana con los diarios de Londres, en un quiosco vecino de su habitación. Los tres primeros nombrados eran un autorizado y lisonjero testimonio de la civilización. *El Corriere*, llamado así lacónica y cariñosamente por los sudamericanos que lo leíamos en Londres, era una publicación independiente, cuyo dueño, el senador Albertini, le había dado una envidiable reputación por sus cualidades de respeto a la verdad en la presentación de los hechos, por su valor frente a la necesidad pretenciosa y sobre todo por la calidad literaria de sus escritos. Lo mismo la parte editorial que las noticias, la crítica literaria, las correspondencias del exterior, eran la obra de experimentados y concienzudos poseedores de la lengua italiana. Entre los firmantes de la crítica literaria había verdaderos maestros del estilo.[82]

Como se puede ver, periódicos de Italia, de Dinamarca y de Alemania eran la fuente nutricia de su lectura predilecta. A través de ellos erigió la sociabilidad y fue afinando como también depurando un estilo de opinión que tenía relación con la forma y con los contenidos de esa prensa mundial. Él mismo lo menciona a propósito del prestigioso periódico italiano *Corriere della Sera*, al describir su formato que fue muy parecido al de *La Nación* de Buenos Aires, al que Sanín Cano estaba vinculado por esa época.

Junto a ese periodismo especializado, se integra a su estilo el acumulado de su amplia trayectoria de viajero por Europa y de su actividad de diplomático

---

[82] *Ibíd*., pp. 227-228.

en Inglaterra (1911-1914).[83] Dichas experiencias le proporcionaron a Sanín Cano —viajero, extranjero, diplomático y lector de la prensa mundial— distinción y finura en la escritura, aspectos que son perceptibles en muchos de los artículos enviados a *La Nación*, en los que precisa el lugar y fecha desde donde los escribió.

Pero hay un dato que es de mayor relevancia en esta perspectiva de la prensa de Sanín Cano: el vínculo con la literatura y con el derecho internacional, porque en medio de ese mundo que empieza a quebrarse, en el torbellino de la modernidad y la masificación, en medio de las guerras mundiales y de las catástrofes de la civilización, sus recursos analíticos debían concurrir con fuentes inusitadas. Lo demuestran sus comentarios sobre los problemas de la política internacional y la diplomacia. En ellos establece con pericia múltiples referencias con los conflictos mundiales, sirviéndose de la actitud y de las decisiones de sus líderes y gobernantes, a quienes conoció personalmente.

Sanín Cano consideró que la prensa debía estar constituida por la ecuanimidad del periodista, la objetividad y la reflexividad, la búsqueda de la verdad mediante la consistencia de las fuentes, y además consideró que su función —la de la prensa y el periodista— no era solamente el relato descriptivo de los hechos, esto es, la descripción a ultranza, sino por el contrario, el escritor de diarios debía tener la audacia, la imaginación, la comprensión para quien opina y generar la claridad en lo escrito.

La crisis mundial había desatado experiencias aterradoras e insospechadas hasta entonces: el desarraigo, la desilusión, la incertidumbre se conjugaban con la manipulación, el entretenimiento y la superficialidad de la información. Es muy claro cómo Sanín Cano consigue confrontar estos fenómenos a través de los contenidos de sus artículos de *La Nación*. Un ejemplo concreto del modo periodístico que asumió se puede descubrir en el artículo que titula "El periodismo y las artes literarias".[84] Allí defiende la virtud de los conocimientos literarios para el periodista. Como corroboración de esta perspectiva, es digno de registrarse a través de dos cartas en las que un año antes de su muerte, le confiesa a Glusberg algunas circunstancias especiales relacionadas con sus problemas de salud, la prensa y la decadencia de esta:

---

[83] *Ibíd*., p. 83.

[84] *La Nación*, Buenos Aires (domingo 15 de febrero de 1925).

> De Colombia no saben ustedes nada porque aquí no pasa nada digno de ocupar los cables submarinos. Cualquiera diría que somos felices. Pero el refrán inglés "no news, good news", aquí no se cumple. El único consuelo es pensar que podríamos estar peor […] No puedo leer sino a cortos ratos y he dejado de escribir en absoluto para el público […] La prensa periódica en mi sentir pasa en este momento, en todo el mundo por un periodo de bajo nivel. Quiero saber si ese nivel no es inferior al de la cultura del siglo xx, preocupado principalmente en las alturas del estudio y de la invención, por el empeño de descubrir nuevos métodos de "destrucción" en masa, para no olvidarse del xix que creó las industrias de la "producción" en masa.
>
> No sé a dónde vamos, pero el camino parece conducir al abismo.
>
> No me olvido. Soy siempre su amigo y sincero admirador. B. Sanín Cano.[85]

El abismo social, la destructividad y la propensión al declive, a la ruina de la civilización fueron percibidos con acritud por Sanín Cano en los últimos años de su vida como se coligue de la cita anterior. Aún más, a un año de su muerte expresa cruda y realmente, una vez más a Glusberg, su lejanía con el periodismo por problemas físicos y confiesa el no poder escribir más para la prensa del país: "Mi salud no mejora y continúo y tendré que continuar alejado del periodismo por consejo del médico, acaso en interés de los lectores de periódicos. En verdad no me cuesta trabajo este silencio porque creo haber dicho todo lo que tenía que decir y acaso un tanto más".[86]

Sanín Cano advirtió el cambio de la prensa mundial en las tres primeras décadas del siglo xx. Algunos de sus artículos son un termómetro y exploración de esa percepción. En el diario de *El Tiempo* consigna observaciones sobre el declive de la prensa responsable y seria. Por ejemplo, se pueden mencionar los siguientes: "Vicisitudes del progreso",[87] "Maximiliano

---

[85] Carta a Samuel Glusberg, Popayán, 28 de mayo de 1956. Cedinci, Fondo Samuel Glusberg, Buenos Aires, Argentina.

[86] Carta a Samuel Glusberg, Popayán, 15 de mayo de 1956. Cedinci, Fondo Samuel Glusberg, Buenos Aires, Argentina.

[87] SANÍN CANO, Baldomero. Vicisitudes del progreso. En: *El Tiempo*, Bogotá (23 de febrero de 1927). Citado en: SANÍN CANO, Baldomero. Ideología y cultura. Vol. 1. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1998; pp. 163-166.

Harden",[88] "El año literario",[89] "La observación desprevenida",[90] "La era en que vivimos",[91] "La prensa antigua y la de hoy"[92] y "La oficina de información en Londres",[93] entre los más destacados.

En el diario *La Nación* aparecen comentarios y enunciados parecidos sobre el declive de la prensa en la sociedad, pero desde la óptica de un estado de guerra y crisis cultural. Son representativos de este enfoque: "El criterio de la nacionalidad",[94] "¿Cómo pagará Europa los gastos de guerra?",[95] "La Reconstrucción",[96] "La aurora de un mundo nuevo II. La prensa en la conferencia de la Paz",[97] "La carga del hombre blanco",[98] "El Vitáfono", ya citado aquí, entre mucho otros más.

Teniendo como antecedentes los anteriores presupuestos, encontramos que en los artículos bonaerenses hay una insistente crítica al papel de la prensa en la sociedad de masas, su disminución como órgano censor, como medio de conciencia y de pensamiento, como instrumento de clarificación de la vida y la sociedad. Todo ello por la inclinación al entretenimiento, a la divulgación efímera y a medias y la obsesión con el espectáculo, incluida su sumisión a lo superficial y lo ornamental.

Con estos calificativos Sanín Cano acierta a rotular a la prensa de masas en el siglo xx, a la cual acusa de cierta irresponsabilidad con la verdad y la

---

[88] *El Tiempo*, Bogotá (2 de noviembre de 1927). Citado En: SANÍN CANO, Baldomero. Ideología y cultura, op. cit., pp. 233-235.

[89] *El Tiempo*, Bogotá (31 de diciembre de 1927). Citado En: SANÍN CANO, Baldomero. Ideología y cultura, op. cit., pp. 245-248.

[90] *El Tiempo*, Bogotá (5 de marzo de 1928). Citado En: SANÍN CANO, Baldomero. Ideología y cultura, op. cit., pp. 278-281.

[91] *El Tiempo*, Bogotá (12 de marzo de 1928). Citado En: SANÍN CANO, Baldomero. Ideología y cultura, op. cit., pp. 281-284.

[92] *El Tiempo*, Bogotá (10 de junio de 1928). Citado En: SANÍN CANO, Baldomero. Ideología y cultura, op. cit., pp. 319-321.

[93] *El Tiempo*, Bogotá (15 de agosto de 1928). Citado En: SANÍN CANO, Baldomero. Ideología y cultura, op. cit., pp. 333-335.

[94] *La Nación*, Buenos Aires (viernes 1º de septiembre de 1916); p. 5.

[95] *La Nación*, Buenos Aires (miércoles 26 de diciembre de 1917); p. 4.

[96] *La Nación*, Buenos Aires (martes 29 de enero de 1918); p. 2

[97] *La Nación*, Buenos Aires (jueves 13 de marzo de 1919); p. 5.

[98] *La Nación*, Buenos Aires (sábado 21 de enero de 1922); p. 2.

crítica. Esto lo menciona con contundencia, por ejemplo, en el escrito "Vicisitudes del progreso". Este además de ser un artículo que explora la tragedia de la modernidad, en lo relacionado con el impacto en la sociedad de masas del progreso técnico y material, se refiere también al avance de la modernización industrial en las vidas de los ciudadanos. El autor concluye insistiendo sobre las consecuencias negativas que para el lector del siglo xx tienen la industria cultural y el espectáculo de masas.

Volviendo a la entrevista de 1946, desde esa perspectiva responde a la pregunta sobre lo que significó para él la prensa de masas en la modernidad. A este respecto se expresa enfáticamente:

> –Del periodismo moderno, en cuanto tiende a su estilo sintético, ¿qué opina?
>
> –Tal género me parece poco notable, pero la siguiente anécdota le servirá muy bien como respuesta a esa pregunta. Lord Northcliffe fundó en Londres el mundialmente conocido "Daily Mail" con este criterio de la brevedad, y en su primer editorial dijo que su periódico no dedicaría a un tema sino a lo sumo media columna para los grandes hechos y dos pulgadas para todas las demás noticias. En aquel entonces los periódicos ingleses tenían a lo sumo ediciones de 700 mil ejemplares. Posteriormente se fundó otro, el "Daily Mirror", que sólo tenía fotografías y como texto único una pequeña nota en página interior. Lord Salisburg, que era cáustico para comentar las cosas, dijo entonces: El uno es un periódico para gentes que no piensan y el otro para los que no saben leer; eso es cuanto se ha logrado. Sin embargo, a los dos o tres años tenía el primero, o sea el conciso, una circulación de dos millones de ejemplares por día.[99]

No resulta exagerado seguir entonces estas huellas para aprehender la esencia de las valoraciones que sobre la prensa en la modernidad y en la sociedad de masas elaboró Sanín Cano. Los contornos de sus opiniones en las columnas editoriales de *La Nación* quedan así delineados. Volviendo a

[99] CABARICO BRICEÑO, Jorge. El lado humano de los personajes: Baldomero Sanín Cano, op. cit.

"Vicisitudes del progreso", artículo que escribió para el diario *El Tiempo*, en este el autor explica cómo se introduce la prensa masiva en la vida cotidiana y de paso cómo repliega al libro a ser artículo de lujo o instrumento nostálgico y de colección. Dicha reflexión la repetirá en otro artículo publicado en *La Nación*: "La suerte del libro y el cadáver", citado aquí y que se publica en esta oportunidad.

Con esos criterios, la prensa en la sociedad de masas convierte las opiniones de la civilización en su verdad y en su oráculo. Muchos diarios tienden a alterar la percepción de la realidad y, por lo tanto, el rotativo por su manejo y facilidad se convierte en un divulgador ligero. Sanín Cano habla desde esa perspectiva sobre la dialéctica paradójica del progreso de la civilización en el siglo xx, el que se constituye en un fenómeno cultural generalizado:

> … centenares de miles y aun por millones de ejemplares, satisfacen la curiosidad científica, la curiosidad malsana del público, le alimentan sus anhelos metafísicos, les propinan las obras de arte literario que estén a su alcance, les indican día por día las medicinas de que debe hacer uso, la ropa interior más adecuada a su temperamento, las salsas menos perniciosas, los títulos de la deuda en que debe invertir sus fondos, los lugares de recreo lícitos e ilícitos a donde puede concurrir durante la noche […] Cualquiera puede hacer la experiencia. En los magazines y semanarios ilustrados de New York, de Chicago y de Boston se encuentran muchas noticias importantes sobre lo divino y lo humano en la sección de anuncios, lo cual no es de sorprender. Todo se explica según la inteligencia y sensibilidad de los lectores. Conocí una señora que sacaba de los ensayos de Emerson consejos prácticos para el gobierno de la casa, y un curioso lector de Nietzsche halló en *Humano, demasiado humano* la manera inequívoca para distinguir de los malos lo mejores huevos de gallina.[100]

Con base en estas opiniones captó ese tránsito de la prensa político-cultural del siglo xix a la prensa de masas en el siglo xx y profundizó en detalle en ese momento de cambio. Incluso si se revisa con cuidado la manera como

[100] SANÍN CANO, Baldomero. Vicisitudes del progreso, op. cit. p. 166.

titula sus artículos y se repara en los contenidos de su reflexión, no asombrará su capacidad escrita de innovación. Solo por dar un ejemplo, a sus impresiones sobre personalidades, obras y la experiencia en Buenos Aires, las titula "Kodak Argentino". Serie de la que escribió cinco extensos artículos. Esas instantáneas son un testimonio de su estancia rioplatense, pero evidencian su altura intelectual que pese a la fugacidad, a lo contingente de la realidad inmediata, plasma con plasticidad los problemas y las bondades humanas comunes a toda sociedad.

La banalidad mata la riqueza ya acumulada y los propósitos originales del papel que tienen los diarios como medios de ilustración y de civilización. Según Sanín Cano, el periodismo moderno es igualmente un instrumento que conecta al hombre moderno con la realidad y lo ubica a partir del permanente intercambio con la percepción que se tiene de los problemas de la sociedad. Y aunque la fragmentación es inocultable, ella es resuelta mediante la información que ofrece el diario, así sea aspirando a la totalidad, desde las parcialidades, o desfigurando ambas. Otro de los contornos analíticos que examina Sanín Cano es el de las consecuencias de la modernidad y la masificación, en las que el progreso cultural lleva en sí sus tragedias, además de muchas contradicciones.

El autor explica con dureza cómo fue el cambio del papel de la prensa, que de valioso instrumento de reflexión y análisis pasó al entretenimiento, es decir, a ser parte de la industria cultural. En efecto, la prensa en la sociedad de masas tiene este contradictorio efecto: informar a gran escala pero segmentar o parcializar la información. El diario de masas ilustra a medias y en ciertos casos sin profundidad.[101] Por ello, Sanín Cano dice lo siguiente sobre la divulgación de la información masiva:

> El hombre moderno pierde por instantes la capacidad de pensar por sí mismo, y la excesiva movilidad de la civilización contemporánea tiende a extirpar un gran número de las funciones que la naturaleza le había adscrito a la voluntad del individuo. El periódico reemplaza

[101] *Ibíd*., p. 165.

> estas funciones en la mayor parte de los casos con gran ventaja para la mayoría de sus lectores.[102]

Esta perspectiva la ampliaría al indicar que la prensa se había convertido en un medio imprescindible del trato de los hombres con la vida diaria. Su injerencia en las formas de representación y de construcción de la realidad era determinante, sustituyendo inclusive aquellas funciones propias del esfuerzo del conocimiento, del proceso de ilustración individual. El ciudadano del siglo xx era mediado por las informaciones y las opiniones de los diarios y de los periodistas. De ahí la insistencia de Sanín Cano en exigir responsabilidad y ética al periodista e indudablemente a las líneas editoriales de los diarios.

Sanín Cano también se refiere a la pérdida de objetividad y de seriedad, de reflexividad y análisis en los diarios, y en algunos casos, porque no los critica a todos, realza la pulcritud, la mesura y la calidad de la escritura y de la opinión que se despliega. Por ejemplo, en el artículo sobre "Maximiliano Harden",[103] al que cita con frecuencia en los contenidos de los artículos argentinos, examina y celebra la función crítica y polémica del periodista. No sorprende el modo como califica a Harden, porque es prácticamente un "autorretrato". Así, alaba la objetividad, la imparcialidad y la libre expresión del periodista alemán, que para él significan evitar la "propaganda" o la inclinación partidista —no la visión política— que desvía o altera la realidad mediante opiniones superficiales.

En el artículo en mención Sanín Cano ataca con moderación, sin abandonar la firmeza e ironía, la pérdida de la fuerza intelectual del periodista, su actitud de "conciencia vigilante" y de escritura punzante, que son fortalezas de la labor informativa en el siglo xx. En ese sentido, sobre Harden afirma —como bien se podría decir de él mismo— lo siguiente:

> Fue crítico literario, escritor político, biógrafo ocasional, cronista de los grandes sucesos de su tiempo con una penetrante visión de las flaquezas humanas y un menudo conocimiento del gusto literario predominante entre los lectores de cultura superior a la media, entre

---

[102] *Ibíd*., p. 164.

[103] Periodista y crítico alemán (1861-1927). Nació en Berlín. Se apodaba el "Apóstata". Liberal, vinculado con el periódico *Berliner Tageblatt* editado por Rudolf Mosse, editó el periódico *Zukunft* desde 1892.

> quienes circulaba su agresiva y abundante literatura. Su gran cualidad como escritor y su mayor defecto procedían de la misma fuente. Dependían de su maravillosa capacidad asimilativa y de su ingente vanidad, las cuales le hacían olvidarse del tema en que se ocupaba para mostrar su copiosa información sin que las circunstancias la pidiesen. Vicio resultante de no haber recibido educación completa. Saliendo del liceo apenas tenía un barniz de cultura. No la ensanchó en las tablas, pero al surgir en la prensa con el seudónimo de "Apóstata", escribiendo crónicas políticas en el *Geginwart*, midió el fondo de su ignorancia y se puso a leer con una avidez frenética.[104]

Esta semblanza del periodista alemán es realmente un "relato" casi biográfico, con excepción de algunos detalles, del antioqueño. En esta se hace una radiografía de lo que el mismo Sanín Cano fue como periodista. En los artículos del *Tiempo* y de *La Nación*, evalúa los rasgos fundacionales del periodismo moderno en el siglo xx, tratando de mostrar sus diferencias con el periodismo del siglo xix y señala que son propias de la prensa de masas la contratación de profesionales, la especialización en los ramos del periodismo y la formación intelectual de quienes escriben.

Admite así que lo que cambia en la prensa de masas es que ella orienta con intereses específicos. Alienta los rasgos partidistas y propagandísticos y acentúa la necesidad de la libertad en algunos casos y la independencia respecto a las autoridades en otros y el poder. Sin embargo, como nota amarga, los diarios se inclinan a la manipulación de las corporaciones, de los *trust* que los van dirigiendo como sostenedores del periodismo de masas. En la entrevista de 1924 en Madrid, a la que nos referimos previamente, Sanín Cano defiende la independencia del diario como un valor incuestionable e incontrastable. Pero en la era de las guerras mundiales y de los totalitarismos ello parecía un eufemismo.

En últimas, atestigua que otros aspectos —contratación, profesionalización y especialización— comportan para los diarios modernos, no solamente riesgos, sino también muchas de las contrariedades que se harán más notables en el proceso de masificación. Con la carencia de objetividad y de reflexión, poco a poco los diarios son carcomidos por la publicidad, la propaganda

---

[104] SANÍN CANO, Baldomero. Maximiliano Harden, op. cit., pp. 234-235.

pagada e interesa menos la información. En las tres primeras décadas del siglo xx, Sanín Cano ya intuía cómo se iba extendiendo la prensa publicitaria, la prensa para el consumo de masas, a la que denuncia en muchos de los artículos aquí mencionados, pero con mayor precisión en el titulado: "La prensa antigua y la de hoy". En ese artículo expone los aspectos que mencionamos:

> Al hacer la historia de la prensa, como aparece en los últimos años del siglo xix y en los primeros del presente, los cronistas desapasionados de la idea van a encontrarse frente a frente de una curiosa transformación. La prensa verdadera, la que no se contenta con reflejar opiniones sino que aspira a dirigir el pensamiento público y a corregirlo, aumenta en circulación, ejerce cada día mayor influencia sobre las gentes y se convierte en un instrumento de dirección y de progreso. Hasta mediados del ochocientos la mayor parte de los periódicos, especialmente de la América Hispana, servían los intereses de una asociación determinada, de un partido político, de alguna empresa industrial vastamente masificada.[105]

A propósito de la objetividad y la libertad de opinión, Sanín Cano se refiere al uso de las fuentes y la importancia para los lectores de tener opciones y alternativas en la información de variados e igualmente diversos órganos de difusión de la opinión. Esto siempre que ellos sean competentes porque, según afirma, cuando la información se centra en una fuente – monocentrismo– la prensa pierde su capacidad analítica como su aproximación a la verdad.

De allí que examine el tema en su artículo "La observación desprevenida",[106] en el que menciona que el monopolio de la prensa, el hecho de que exista una sola fuente de información, una empresa editorial, o una agencia, acaba con la libertad (de información y de pensamiento). Por lo tanto, en esas circunstancias no se logrará el nivel de objetividad y de imparcialidad. Más grave aún es la cuestión cuando la prensa monopolista utiliza perversamente inclinaciones partidistas o sentimientos personales, lo que lleva como conse-

[105] SANÍN CANO, Baldomero. La prensa antigua y la de hoy, op. cit., p. 319.

[106] SANÍN CANO, Baldomero. La observación desprevenida, op. cit., p. 278.

cuencia que mate la perspectiva crítica de los diarios. Por eso, considerando la objetividad, expresa:

> Hacerlo es muy fácil, pero suponemos que los directores de esas agencias y los individuos que las sirven en las diferentes comarcas del globo conocen el riesgo de manifestar proclividades sectarias o de mero sentimiento en la divulgación de noticias. Ellos saben que al cabo de corto tiempo los dueños de publicidad y los lectores mismos […] a pesar de que la mayoría de ellos es lenta para percibir estos matices, acabarían por mostrar desconfianza, estado de ánimo fatal a quienes han asumido la tarea de informar al mundo sobre lo que pasa en sus diversas comarcas. Creemos en el esfuerzo constante de algunas agencias noticieras para convencer a sus servidores de la necesidad y sobre todo de la conveniencia para ellas de atenerse a los hechos y usar de la más rigurosa objetividad en las relaciones que de ellos hagan. No basta decir la verdad; es menester decir toda la verdad y nada más que la verdad, según la fórmula usada en los juramentos.[107]

En el artículo en mención se exploran los diferentes problemas de la prensa masificada. El autor afirma lo que es la defensa de la labor periodística. Por ejemplo, dice que la omisión voluntaria, la falsedad de las fuentes, la exageración o la alteración de los hechos narrados, se conjugan con la incapacidad del periodista para desenmascarar la realidad a partir de recursos literarios. Los artículos de Sanín Cano son ensayos que tienen un gran valor por su escritura, la cual se sitúa en la síntesis. En ellos son notorios la polémica y el alegato en la forma de enfrentar los problemas diarios, bien se refieran estos al mundo internacional, o bien al contexto latinoamericano o colombiano.

Sanín Cano apela con suficiencia al debate histórico o político, a los recursos históricos y literarios, e incluso al saber de las ciencias exactas: geografía, biología, matemáticas, física o geometría, para lograr un acercamiento nítido y trasparente a la realidad desnuda y compleja, además de conflictiva.

---

[107] *Ibíd*., pp. 278-279.

Lo anterior lo menciona con insistencia en su autobiografía, en el acápite titulado "Un personaje de mil rostros: la prensa".[108]

Reconoce que así como el periodismo ejercido con solvencia produce una alta calidad de ilustración, lo que desde esta perspectiva puede empañar la influencia o la función de la prensa en la sociedad de masas, es la vulgarización de la información o su utilización inadecuada. De ahí que la responsabilidad mayor sea de los periodistas. En virtud de ello, admite sin reservas:

> No se asombre nadie: de la lectura de diarios, hecha con la debida preparación y las reservas que el género impone, una mente sana puede sacar enseñanzas y conocimientos. Muchos periodistas estiman en poco su trabajo, porque por lo común se dan con empeño y no siempre con limpio y desprevenido criterio a machacar sobre unos mismos temas, de cuya verdad no están convencidos. Su obra resulta deficiente y es a menudo olvidada, porque los lectores acaban por penetrar en la intención o por descubrir la inanidad de las predicaciones sin fondo. No quiere esto decir que el periodista deba ser un escéptico en busca de nuevas orientaciones o en solicitud cambiante del favor del público. Su misión es pensar sobre los sucesos diarios, aplicarles una tabla de valores honrada y usar de claridad, si es posible de lucidez, para ponerlos delante de sus lectores, con el valor necesario para reconocer el error o la desviación del criterio cuando acaso ocurran.[109]

Las entrevistas de 1946, de las cuales hemos hecho mención antes, tienen un especial valor documental si se tiene presente que, además del interés que el trabajo de este intelectual antioqueño despertó en vida, interés que no ha menguado con el paso del tiempo, sus consideraciones personales exteriorizan aspectos que en la actualidad solicitan ser expuestos a la luz pública y que están estrechamente conectados con sus diversas actividades.

En el reportaje realizado por Jaime Posada hay un dato que resulta bastante particular, pero que tiene una importancia por lo que corresponde a la pregunta de cómo se inició en el diario *La Nación*. Sanín Cano hace alusión a dos experiencias: una cuando vivía en Londres y fue convocado a formar

---

[108] SANÍN CANO, Baldomero. De mi vida y otras vidas, op. cit., pp. 219-229.

[109] *Ibíd*., pp. 37-38.

parte del cuerpo de redactores para cubrir el desenvolvimiento de la Primera Guerra Mundial. Se inició entonces como un "corresponsal de guerra" y en Madrid tuvo la ocasión de relacionarse con gran parte de la intelectualidad liberal del momento. Y la segunda, cuando llegó a Buenos Aires, puesto que no era su arribo el de alguien quien llega sin pergaminos o prestigio, en el más gris anonimato y en la indiferencia.

Veamos mejor estos dos acontecimientos. Del primero, en la segunda entrevista publicada en 1946 —la cual le hizo Jaime Posada— es visible lo que expone con propiedad Sanín Cano sobre la experiencia del intercambio y de los lazos intelectuales creados en la capital española:

> **La república literaria.**
>
> En literatura, Sanín Cano se mueve en terreno propio. Distante de la vanidad, sereno, imparcial, el suyo es un espíritu crítico que ha sabido guardar el justo equilibrio en la calificación de la obra ajena.
>
> –Cuando actuaba en España como corresponsal de "La Nación", me relacioné con todos los periodistas y literatos de la época: Valle Inclán, Díez Canedo, Ortega y Gasset, Julio Camba, Rivas Cheriff; en fin, todos los que lograron prestigio en ese momento. La inquietud política de España era entonces extraordinaria. Sentíanse los amagos de una gran transformación social, estimulada por la obra de sociólogos y literatos; pero no pude menos de notar con satisfacción el influjo que sobre la Península ejercían las letras americanas, animadas por José Asunción Silva, Rubén Darío, Rufino Blanco Fombona, José Santos Chocano, Gómez Carrillo, Gutiérrez Nájera. De Madrid fui llamado por "La Nación" para que formase parte de su cuerpo de redactores. En Argentina tuve la impresión de hallarme en mi propia tierra y el halago de respirar un ambiente inquieto, cosmopolita, donde se desconocía el vocablo "extranjero". "La Nación" no era un simple rotativo, sino una fortaleza intelectual que acogía el pensamiento y el arte del mundo entero y animaba con su hospitalidad la conciencia latinoamericana. Allí tuve la honra de trabajar con inteligencias de primera categoría como la de Luis Murature, Alberto Gerchunoff, Alfonso de la Ferrere, Enrique Loncán y Gustavo Cancela.[110]

[110] POSADA, Jaime. Baldomero Sanín Cano, su vida y su obra: Un reportaje de Jaime Posada para El Tiempo. En: *El Tiempo*, Bogotá (jueves 27 de junio de 1946); p. 15.

Fue mientras trabajaba en Madrid —comenta Sanín Cano— que se le fue conociendo en Buenos Aires. Al llegar a la capital argentina en 1925, no lo hacía como un aparecido ni menos como un transeúnte cualquiera, pese a que se no se conocía bien su nombre de pila, por la firma con que solía enviar sus artículos al diario argentino desde Londres y Madrid, con la sola B., que muchos, es importante recalcarlo, interpretaron como Benjamín o Bartolomé:

> El año de 1925 cuando fui por primera vez a Buenos Aires, amigos e indiferentes me decían Benjamín para convencerme y convencerse de que sabían mi nombre de pila. Pocas personas me decían Bartolomé y algunos individuos que trataban de hacer coincidir mi nombre con mis inclinaciones me decían Benigno. Estas equivocaciones no tienen importancia, pero puede tenerla su origen.[111]

Salvador de Madariaga, el español cercano al antioqueño, le invitó a seguir y cubrir personalmente la ofensiva contra los alemanes como corresponsal, a lo que Sanín Cano respondió, en lo que constituye un testimonio muy importante de esta experiencia, con las siguientes consideraciones:

> Como jefe de propaganda hispanoamericana Madariaga me hizo llamar a sus oficinas en Londres el mes de junio de 1918. Quería, según me lo dijo al recibirme, que como huésped del estado mayor británico visitara el frente y me diera cuenta por inspección personal de cómo andaban las operaciones de guerra. Contesté que personalmente no me interesaba ir a ver de qué manera se complacía la especie humana en eliminarse por grados, y que el espectáculo del sufrimiento humano, careciendo yo de los medios de aliviarlo o hacerlo desaparecer del todo, antes me parecía doloroso que interesante. "Sin embargo, añadí, soy corresponsal de un diario latinoamericano en Londres; si ese diario quisiere que como su corresponsal vaya yo al frente y telegrafíe mis impresiones para sus lectores, visitaré el campo de las hostilidades para complacerlo. Desde luego, estoy muy agradecido por la invitación".[112]

---

[111] SANÍN CANO, Baldomero. Las memorias de los otros. En: Revista de las Indias, Bogotá. No. 1 (enero de 1939); p. 16.

[112] *Ibíd*., p. 17.

El telegrama, enviado con la firma cuya inicial era la be sola, produjo ese equívoco con el nombre de Sanín Cano; sin embargo, hay que aclarar que ese error se fue desvaneciendo con el tiempo, a través del contacto con los latinoamericanos en Europa, especialmente con los españoles y los argentinos. Pese al malentendido su continua aparición en el diario despejó el enigma que cubría su personalidad.

Debemos advertir que en la entrevista de Posada citada arriba, es necesaria una corrección: Sanín Cano se refiere a Arturo Cancela, no a Gustavo, de quien hará mención recurrente en los diversos escritos argentinos y sobre quien publicó un artículo en *La Nación* titulado "Un humorista sudamericano",[113] acerca de su libro *Tres relatos porteños.* Valga decir que entre ambos se entabló una relación cultural e intelectual de largo aliento, siendo Cancela un periodista, escritor y crítico argentino de prestigio.

[113] *La Nación*, Buenos Aires (domingo 17 de julio de 1923).

Sanín Cano: vínculos intelectuales y redes culturales. De Buenos Aires a Colombia, un periplo abrupto

Sanín Cano viajó en 1925 y residió en Buenos Aires hasta 1931, en un vaivén de ausencias y retornos. Sintió con nostalgia las dos ausencias, la de Colombia y a su regreso definitivo al país de la ciudad de Buenos Aires, como le confiesa a Glusberg en carta fechada el día 19 de septiembre de 1932: "… pensé mucho en ud. durante la permanencia de Berta Singerman en esta escondida capital de una república inverosímil. Vi al través de sus recuerdos y opiniones muchos ángulos de la vida intelectual y sentimental de Buenos Aires que la piedra pómez de la experiencia diaria había casi borrado de mi memoria… Esto le dará a Ud. una idea de la enorme distancia material y espiritual a que me hallo sin quererlo de la inolvidable para mi vida de Buenos Aires".

La presencia de Sanín Cano se fue consolidando entonces al desvanecerse el enigma de su nombre, en la medida que tuvo trato con las personalidades más representativas de la época y con su forma de habitar Buenos Aires. Vale la pena recordar a este respecto, como lo comenta Germán Arciniegas, con humor y anecdóticamente, la manera como su imagen era conocida del ciudadano de Buenos Aires:

> Un momento. Aquí hay que decir algo de la cabeza de Sanín Cano. Es la cabeza más conocida de todo Buenos Aires. La más hermosa cabeza conocida en Buenos Aires. Dio con ella uno de los grandes fotógrafos del mundo, y el retrato quedó tan bien hecho, que se tuvo desde el primer momento por obra maestra. El fotógrafo había sido dos veces listo: primero para ver a Sanín y saber que en esa frente, en

> esos ojos, en esos labios finos, había materia para una gran fotografía; luego, para estar cierto de que la fotografía que había hecho no habría de superarla en la vida. No se cómo haría para pedirle a Sanín Cano permiso para usarla como su anuncio de su arte. Ya he dicho que era un listo. A Sanín le dio mucha risa aquello, y dijo que sí. La cabeza de Sanín anda pues, ahora, hasta en los tranvías. A lo menos, así era cuando yo estaba en Buenos Aires.[114]

Conforme se iban conociendo sus artículos, el equívoco de su nombre se resolvía y también el de su nacionalidad. Como legado de esta curiosa casualidad, basta relatar que el artículo titulado "Entrevistas imaginarias", de *La Nación*, del domingo 5 de febrero de 1922, se le publicó con el nombre de Benjamín, y al final de su carta a Alberto Palcos titulada "El genio de Alberto Palcos", en la revista *Nosotros,* con fecha 7 de octubre de 1920, de Londres, se le publicó como B. Sanín Cano, el gran crítico venezolano.[115]

En Buenos Aires obtuvo un reconocimiento de alcances continentales. Basta ahondar en algunas de las consideraciones que se publicaron en varios impresos de la argentina para medir el impacto de su recepción en los círculos y en las redes de la vida cultural bonaerense. Ante todo esto, se insiste en la consideración según la cual cómo un colombiano llega a Buenos Aires y se convierte en una de las personalidades más destacadas de la vida intelectual, no solamente del sur, sino a lo largo de todo el continente. Trataremos de hacer un registro de la valoración que de Sanín Cano se hizo como periodista en *La Nación* y cerraremos con algunas consideraciones sobre los contenidos de los artículos que aparecerán publicados aquí.

Indiquemos que a su llegada a Buenos Aires se publicó una nota en la revista *Nosotros* que daba este saludo de bienvenida al colombiano y que demostraba ya el aura de prestigio que rodeaba su nombre:

---

[114] ARCINIÉGAS, Germán. Sanín Cano. En: revista *Iberoamericana*, México, Vol. 13, no. 26 (15 de febrero de 1948); pp. 232-233.

[115] SANÍN CANO, Baldomero. El genio de Alberto Palcos. En: revista *Nosotros*, Buenos Aires. No. 140 (enero de 1921); p. 117.

NOTAS Y COMENTARIOS

Baldomero Sanín Cano

Con verdadero regocijo saludamos como a nuestro huésped que piensa radicarse en la Argentina y esperamos que sea por siempre, a Baldomero Sanín Cano. Después de haber representado a *La Nación* en Londres, primero, y luego en Madrid, viene a incorporarse a su redacción local.

La presencia en Buenos Aires de tan alto espíritu y la acción que aquí podrá desplegar como publicista, han de redundar sin duda en beneficio de nuestra cultura. Porque Sanín Cano se encuentra entre los escritores de América más vigorosos, más sólidos, más modernos y más independientes. Él es del linaje espiritual de Montalvo, Martí y Rodó. Hombre de edad madura, vinculado desde varios decenios atrás al movimiento literario americano, hombre que hizo sus primeras armas en la patria, Colombia, con José Asunción Silva, Guillermo Valencia y otros literatos ilustres, nos da hoy todavía severas lecciones de clarividente juventud en el juicio de juzgar a los hombres y acontecimientos de la hora presente. Ahí están para certificarlo, para nosotros los argentinos, sus correspondencias de varios años a *La Nación*, que no vacilamos en calificar como las más serenas, independientes y actuales que hayamos leído en el diario de Mitre en estos últimos años que han tenido lamentable virtud de extraviar a tantos ingenios.

NOSOTROS espera que la juventud argentina sabrá apreciar en todo su significado lo que representa la presencia entre nosotros de Sanín Cano, y de éste que querrá acercarse a esa juventud para aconsejarla y sostenerla con su culta palabra de maestro.[116]

Contrasta con estos reconocimientos que el dominicano Pedro Henríquez Ureña no lo considerara entre los grandes de América. Lo califica escritor de ocasión,[117] circunstancia esta que luego se reconvendrá en su ensayo sobre Sanín Cano para la revista argentina *Sur*.[118] Llama la atención en el registro

---

[116] Baldomero Sanín Cano. En: revista *Nosotros*, Buenos Aires. No. 189 (febrero de 1925).

[117] HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. Ensayos diminutos: Extraídos de la obra de Sanín Cano. En: Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, Bogotá (marzo 20 de 1932); p. 3.

[118] HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. Dos valores hispanoamericanos. En: revista *Sur*, Buenos Aires. No. 23 (1936); pp. 133-134.

de bienvenida a Sanín Cano, los diversos calificativos que se utilizan para rodear su figura; por ejemplo: la de gran periodista, escritor americanista, moderno e independiente.

Es significativo el que se lo compare con grandes escritores e intelectuales del continente como Montalvo, Martí o Rodó, como lo reivindica también Juan Marinello en su ensayo homenaje de 1948.[119] El cubano, además de recalcar la importancia de su labor en el periódico *La Nación* y elogiar su producción escrita en el prestigioso diario, lo ve como uno de los grandes maestros del continente. Meses después de la llegada de Sanín Cano a Buenos Aires, se le rindió un homenaje y se celebró su incorporación a *La Nación*, en los siguientes términos; esta vez lo hace el director de la revista *Nosotros*:

> ¿Cuándo, más que ahora, que una sociedad, un mundo, una civilización se deshace y desmorona ante nuestros ojos espantados, hemos necesitado de guías expertos? […] Hijo de América, no teméis la democracia ni la libertad. Podéis condenar, habéis condenado sus errores y parodias, pero nunca renegaríais de ellas. Los valores caducos de Europa, sus extravíos presentes, no os alucinan ni seducen. Siempre fuisteis un severo censor del militarismo, de la diplomacia enredista, de los turbios manejos financieros, de la venalidad de la prensa, de la concupiscencia, inmoralidad, frivolidad, anarquía de esta sociedad decadente… Vuestra cultura es aquélla, universal, que sólo son capaces de atesorar con juvenil avidez, sin exclusivismos, los espíritus esclarecidos de América cuando dirigen sus miradas hacia el saber del viejo mundo. Singularmente modesto, habéis dejado dispersa en los periódicos vuestra múltiple y riquísima labor con la cual podrán y deberán formarse muchos libros orgánicos, sólidos, henchidos de ideas, noblemente inspirados y sabrosamente escritos. ¡Qué exquisita cultura se muestra en ellos y aun en la más pasajera expresión de vuestro pensamiento! A través de los años, antes de que colaborarais en La Nación y después que os incorporasteis al cuerpo de sus corresponsales, nos habéis hablado de política, de economía, de historia, de ciencia, de arte, de letras, siempre con criterio seguro de hombre que

[119] MARINELLO, Juan. Baldomero Sanín Cano, Sabiduría libertadora. En: revista *Iberoamericana*. No. 26 (15 de febrero de 1948); p. 283.

> ha acrisolado su cultura y madurado su pensamiento […] ¿Qué más se necesita para hacer un maestro? Talento, ilustración, carácter, clarividencia, afán de bien, todo lo tenéis. Por eso, señor, los intelectuales argentinos rendimos este homenaje de afecto y camaradería al ilustre colega colombiano.[120]

Este elogio hecho por Roberto Giusti,[121] seguido por muchos otros intelectuales a nivel mundial que conocieron la obra de Sanín Cano, se conecta con la serie de homenajes que recibió en vida y que proyectan la medida de la valoración que se le tenía en esa época en Buenos Aires. Incluso en la respuesta que de inmediato da Sanín Cano a sus concurrentes, sintetiza de manera magistral el perfil que le dio a su trabajo de periodista y las convicciones o principios que lo guiaron en Buenos Aires. Por eso su contestación no puede ser más manifiesta y elocuente:

> Faltando a mi natural timidez y exagerando un tanto vuestra penetración, me atrevo a decir que acaso me hacéis esta manifestación porque habéis descubierto que soy un escritor sin rival. En efecto, no tengo rival entre los poetas porque jamás he escrito versos; no le tengo entre los novelistas porque, incapaz de mirarme introspectivamente para adjudicarles en seguida mis ideas y sentimientos a personajes imaginativos, no he inventado ni publicado novelas; me ha fascinado la luz de las candilejas, pero, hombre extraño a las grandes emociones y profundamente débil ante las expectativas ansiosas, he preferido contemplar esa luz desde las butacas, no detrás de bastidores, donde se colocan los autores dramáticos y donde la vida late con un ritmo dionisíaco; tampoco tengo rival entre los ensayistas, porque no hay quien pueda decir que conciliara el sueño o prolongara la vigilia leyendo un libro de ensayos que yo haya perpetrado; considero, por último, plausibles todos los sistemas filosóficos, y tengo por ociosa la tarea de

---

[120] GIUSTI, Roberto. Nuestra demostración a Sanín Cano. En: revista *Nosotros*, Buenos Aires. No. 191 (abril de 1925); pp. 513-516.

[121] Fundador y director de la revista *Nosotros* (1907-1943). Además, influyente humanista y pensador liberal argentino, nacido en Italia (GIUSTI, Roberto. Visto y vivido. Anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas. Buenos Aires: Losada, 1965).

> crear nuevas explicaciones del entretenido y enrevesado enigma del universo. No tengo, por lo tanto rival entre los filósofos. Por último no tengo rival entre los periodistas porque, como vosotros sabéis, en esa bella profesión que es más bien un apostolado donde se aspira al martirio, la rivalidad está ausente y es incomprensible.[122]

De igual manera, como ya hemos mencionado, esta demostración y honra se amplío a otras geografías, con diversidad de notas de admiración que no se limitaron a los amigos argentinos. Veintitrés años después lo hizo la revista mexicana *Iberoamericana*, publicación que contiene un registro paradójico, habida cuenta de los sucesos que rodearon el intento de editar las obras completas del maestro.

Más adelante mostraremos las circunstancias de esa iniciativa cuando Sanín Cano se encontraba en Colombia y lo que ella implica para la recepción de su obra y pensamiento. Lo cierto es que estas opiniones tan elogiosas sobre el autor, no ahorran la admiración, pero sobre todo la justa medida de sus actitudes intelectuales: la de la crítica y la del censor liberal de su tiempo. Desde esta óptica, vale la pena considerar la percepción que se tuvo de Sanín Cano como periodista.

En 1939 la intención de realizar un homenaje a Sanín Cano estuvo acompañada de un interés muy específico: la publicación de sus obras completas. La carta que en este sentido se dirigió al presidente Eduardo Santos constituye un suceso fundamental para comprender y examinar el ambiente en que se desenvuelve su regreso a nuestro país. La misiva fue enviada a muchos intelectuales para que la firmaran y fue difundida en muchas revistas del continente para ser reproducida y apoyada decididamente por quienes le tenían aprecio y reconocían su labor. Pero en el fondo lo que esta solicitud reveló fue el grado de admiración y de consideración en el que se le tenía:

> Los Ángeles, Calif., 12 de septiembre de 1939.
> Excmo. señor doctor Eduardo Santos,
> Presidente de Colombia.

---

[122] SANÍN CANO, Baldomero. Nuestra demostración a Sanín Cano. En: revista *Nosotros*, Buenos Aires. No. 191 (abril de 1925); pp. 514-515.

> Señor:
>
> Es para mí un motivo de particular satisfacción hacer llegar hasta S. E. la adjunta carta firmada por un respetable número de los más ilustres intelectuales de ambas Américas y de Europa [...] Los subscritos, con el mayor respeto y movidos por hondo sentimiento de amor a las glorias de América, nos dirigimos a S. E. para encarecerle que ponga su entusiasmo generoso y los recursos que le da su alta posición oficial, en el empeño que todos perseguimos de rendirle un homenaje a don Baldomero Sanín Cano, maestro de las juventudes americanas.
>
> Todos los pueblos cultos del mundo han experimentado siempre legítimo orgullo y sin par regocijo al honrar en una forma u otra a sus hijos más ilustres, y al hacerlo, se han aprovechado del momento oportuno. La América vive un momento decisivo de su historia, y, en la paz y en el honor, busca con afán la manera de afirmar categóricamente su unidad espiritual y cultural. Por eso la América entera sabe que es preciso rendirle ahora el homenaje debido a uno de sus más preclaros conductores, don Baldomero Sanín Cano, varón ejemplar por sus muchas virtudes, apóstol vigilante de la paz, la verdad y la justicia, maestro insigne si los hay por su sabiduría y por la sencilla autoridad purísima de su mensaje de liberación social, espíritu noble que posee y expresa las más genuinas aspiraciones de los pueblos americanos.[123]

En la publicación de la revista homenaje de 1948 en México figuran muchos de los más destacados pensadores, escritores, artistas e intelectuales europeos y latinoamericanos de todas las tendencias. Esta constituye uno de los manifiestos de reconocimiento de mayor alcance que haya tenido en vida el maestro, no solamente por la petición de la carta, sino también por las imágenes, rastros, rostros, perfiles, enfoques y semblanzas que se incluyeron allí. Por el interés que esos gestos tienen para indagar en el papel de periodista de Sanín Cano, y en especial por el modo como fue conocida su labor

[123] Antecedentes de este homenaje. En: revista *Iberoamericana*, México. Vol. 13, no. 26 (15 de febrero de 1948); p. 335. Y aparece de nuevo publicada por Roberto Giusti y algunos de los miembros de la vida intelectual argentina de la época y la Sociedad de Escritores de Argentina (Homenaje continental a Baldomero Sanín Cano. En: revista *Nosotros*, Buenos Aires. No. 46-47 (enero-febrero de 1949; pp. 157-160)).

de corresponsal en *La Nación*, resulta pertinente y oportuno reproducir una imagen esculpida del célebre antioqueño. Entre las que despuntan hay una que reluce, por lo que cuenta de lo que este intelectual y periodista significaba para el continente: la de José Antonio Portuondo, que aparece en la revista *Iberoamericana* y luego en su libro *Heroísmo intelectual.* Dice Portuondo:

> BALDOMERO SANÍN CANO pertenece a cierta clase de escritores que suele desconcertar a críticos e historiadores desvelados por la precisión de las clasificaciones. De ahí las cosas peregrinas que se han dicho y que se siguen escribiendo sobre él […] El propio Sanín Cano ha contado cómo, en 1887, a los 26 años de edad –había nacido en Rionegro, Antioquia, el 27 de junio de 1861– y apenas a dos de su llegada a Bogotá, arrojado de su puesto de maestro provinciano en Medellín por la revuelta conservadora, "años, explica él, en que empezaba a rehacer penosamente mi educación literaria y filosófica", un escritor cubano vinculado estrechamente a la cultura de Colombia, Rafael María Merchán, lo empleó en la formación del índice de su biblioteca. Dicha labor, que en aquel caso trascendía sus límites habituales para realizar una síntesis de cada libro y de cada artículo de posible utilidad polémica para el crítico antillano, puso a Sanín Cano en contacto con las obras y las revistas de Varona.

A esto añade, recurriendo a las palabras de homenaje que escribió Sanín Cano sobre el respetado y reconocido cubano a propósito del cincuentenario de su primer curso de filosofía y que el antioqueño tituló "Un rayo de luz en la penumbra",[124] en cuya manifestación expresa y explica los orígenes de su periodismo:

> Era como he dicho —afirma— la época más penosa de mi formación literaria. Salido de los claustros, con un título en mi poder y con una acerba experiencia de profesor y maestro que había durado tres o cuatro años, se me imponía el convencimiento de que no sabía cosa alguna […] En ese preciso momento llegó a mis manos para mi ventura y

[124] SANÍN CANO, Baldomero. Un rayo de luz en la penumbra. En: *El oficio del lector*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978; pp. 253-256.

> deleite la obra de Enrique José Varona. Al lado de sus artículos de revista estaban sus conferencias sobre la filosofía moderna. Recuerdo con verdadera complacencia la impresión que hicieron en mi ánimo las primeras páginas de este para mi remoto mentor espiritual. La primera lección derivada de mi contacto con esa inteligencia de selección fue la del respeto a las ideas y a la ciencia. Aprendí en Varona, sin darme cuenta, los primeros rudimentos de la probidad intelectual. No que él lo dijera textualmente pero yo leía entre líneas este consejo: "importa como paso principal trazar la línea divisoria entre lo que sabemos y lo que ignoramos"… Esta primera enseñanza tuvo para mí un valor reconfortante. Después he descubierto que no siempre es posible trazar esa línea divisoria entre lo sabido y lo por saber, más el ejercicio constante en esa labor interminable afina la inteligencia, exalta la integridad mental y nos evita innumerables desengaños. En Varona, antes de leer al tozudo autor de la filosofía sintética o evolucionista, tropecé con los fundamentos y sospeche los alcances incalculables de ese método fecundo de investigación. Varona me enseñó el camino. Por entonces yo había menester una fe. El noble espíritu del escritor antillano vino a suministrarme, por lo menos, la fe en el método y en la experiencia. Mi gratitud no tiene límites.[125]

El contacto con la forma periodística de José Enrique Varona tal y como queda manifiesto en la cita que utiliza Portuondo, sembró una semilla en el ejercicio periodístico de Sanín Cano —con una alta dosis de ética, objetividad, rigor y consistencia— en las formas de opinión que cultivó en *La Nación* y en muchos rotativos con los cuales contribuyó. El año de 1951 fue significativo para Sanín Cano. Sus noventa años fueron celebrados y consagrados a través de variados homenajes. La revista *Babel,* de su entrañable amigo Samuel Glusberg, dedicó un número entero a la valoración de su producción intelectual y de su existencia, para lo cual expresó Ernesto Montenegro en su artículo: "Periodismo y universalidad", lo siguiente:

> DESDE la muerte de Pedro Henríquez Ureña no queda en nuestra América otro escritor comparable a Baldomero Sanín Cano. Ambos

[125] PORTUONDO, José Antonio. El heroísmo intelectual. México: Tezontle, 1955; pp. 61-67.

> descuellan como ensayistas y críticos por la austeridad moral que se traduce en autoridad indiscutida, por la amplitud y solidez de su saber, y por su conciencia social… Dos rasgos salientes caracterizan la labor literaria de Sanín Cano. El primero es su universalidad. Como buen humanista, su espíritu vuela confiado y desaprensivo por sobre las fronteras, bien apertrechado como está para esas aventuras por el conocimiento de media docena de lenguas modernas… El otro rasgo distintivo de su obra está resumido en su concepción del alto periodismo. Su inteligencia tan bien nutrida de lecturas y experiencias cosmopolitas pudo encaminarle por la vía de la especialización en que suele embalsamarse más de un talento promisor.[126]

De otro lado, en noviembre de 1951 se le rindió un homenaje a Sanín Cano en Cuba, alabando entre otros hechos el que hubiese sido un promotor de la paz, un crítico del intervencionismo de los grandes imperios y un defensor de la cultura latinoamericana, valoraciones que Juan Marinello[127] recoge en su conferencia dedicatoria a exaltar las figuras de Sanín Cano y de Enrique González Martínez en esa fecha emblemática.

En 1955 se le otorgó el premio "Lenin de la paz", que recibió luego Jorge Zalamea (1968) y más adelante Luis Vidales (1984). Es importante mencionar las circunstancias de cómo llegó a ser galardonado el maestro y de las consecuencias de este evento en la recepción y en su imagen en el país, en un contexto y contorno de conflictividad extrema. Indiquemos cómo llegó entonces a obtener el galardón:

> "He pensado proponer el nombre de Baldomero Sanín Cano para el Premio Internacional de la Paz". Quien dijo estas palabras en tono de consulta a Luis Vidales era miembro del Consejo que discierne el galardón, se llama Pablo Neruda. El lugar, Moscú. El año, 1954. El mes, diciembre. Se hallaban en el Segundo Congreso de los Escritores soviéticos. "¿Qué te parece?". Excelente, le respondió Vidales. Es nuestro Presidente Honorario del Consejo Colombiano de la Paz.

---

[126] Homenaje a Sanín Cano. En: revista *Babel*, Santiago de Chile, no. 59 de 1951.

[127] MARINELLO, Juan. Sobre Enrique González Martínez y Baldomero Sanín Cano. En: Contemporáneos: Noticia y memoria. La Habana: Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1976.

> Aunque no se le puede ubicar en nuestra escuela marxista, en su obra es permanente su confianza en el destino del hombre.
>
> Días después le dijo a Vidales: "está aceptado el nombre de Sanín Cano. Ahora, debes hacer dos artículos: uno para 'Izvestia', otro para la radio destinada a la América Latina" y así se hizo.
>
> Dos años después, en 1956, se presentó Neruda a la casa de Vidales en Santiago de Chile. "Hay preocupación por la entrega del Premio, por la salud precaria del maestro. Fui designado para ello y no me dieron la visa. Tampoco a Isabel Blume. Te proponen a Ti, ya que por ser colombiano no podrán impedirte la entrada al país". Y este le entregó el premio al maestro Sanín. El diploma, la medalla y un cheque por 35 mil dólares.
>
> Al presentarle el artículo de "Izvestia", leyó la firma. "Ah!, es suyo", le dijo y lo leyó de corrido. "Maestro, le dijo, ¿usted sabe ruso"?. "No, apenas lo leo" le respondió al asombrado poeta.[128]

Indudablemente, este reconocimiento demuestra la estimación que en diversos ámbitos de la vida social, a nivel mundial, se le tenía al gran maestro Sanín Cano, desde posiciones políticas e incluso ideológicas diversas. Se aclamaba su personalidad, forjada en años de esfuerzo y de autorrealización por construir la tolerancia, la justicia, la paz y la libertad. Pero aquí vale la pena tener en cuenta una de las posibles interpretaciones de la postergada divulgación de su obra y pensamiento: el exilio, para decirlo de algún modo, tanto debido a su larga ausencia del país como a su desconocimiento por parte del público lector hasta el día de hoy.

Sanín Cano salió del país en 1909 y regresó definitivamente en 1935, en unas condiciones diversas. Por lo que muestran muchos de los artículos fechados era un "trotamundos", o mejor dicho un "transeúnte" y estuvo en un ir y venir del país en sucesivos periodos así como en mudables permanencias. Lo que al parecer contribuyó a forjar una percepción de su figura que raya en la controversia, más aún para quien durante siete años prácticamente se estableció en Buenos Aires, la cosmópolis y ciudad más avanzada del momento en el continente latinoamericano.

---

[128] ROJAS DE LA ESPRIELLA, Álvaro. Tres humanistas colombianos ganan la paz. En: revista *Hojas Universitarias*. Vol. 3, no. 24, Bogotá: Universidad Central (enero de 1986); p. 93.

Lo cierto es que el intelectual es observado de manera diversa, no solamente por su personalidad, sus actitudes y formas de ser, sino también por lo que opina, por lo que dicen sus obras y lo que puede llegar a expresar su pensamiento a través de sus múltiples publicaciones. La admiración y la detracción, el reconocimiento y la descalificación constituyen los modelos de interpretación que han determinado la imagen y las visiones sobre las que se tejen las obras y el pensamiento de los intelectuales en el siglo xx.

Sanín Cano no fue la excepción. Su regreso y permanencia en el país hasta su muerte —que no se ha caracterizado ni se ha ahondado en él— fue paradójico, si se tienen en cuenta los móviles y las controversias políticas que habían sumido al país en una *guerra civil* que tuvo como trasfondo el fracaso de la Revolución en Marcha (1934-1938) y la instauración de un proyecto político de extrema derecha con la llegada al poder del dirigente conservador Laureano Gómez en 1950.

Esta es la coyuntura en la que retorna el "Maestro", quien en sus cartas a Glusberg comenta con ironía y de manera minuciosa sobre la actitud de los personajes políticos de aquella época. Este contexto se completa con los sucesos que llevaron al asesinato de Jorge Eliecer Gaitán el 9 de abril de 1948 y el golpe militar de 1953, encabezado este último por Gustavo Rojas Pinilla. El proceso se cierra con la firma del pacto del Frente Nacional en 1957, justamente el año de la muerte de Sanín Cano.

No nos es dado por la extensión de este estudio revisar los pormenores de las relaciones que tuvo Sanín Cano con los avatares del mundo político colombiano, del momento aquel en que salió del país y del otro, más duro, en el que regresa y se establece definitivamente. Podemos ubicar al lector diciendo que cuando Sanín Cano llega a Argentina, a diferencia de lo que ocurría en Colombia, se encuentra con una sociedad marcada por el arribo de migrantes, la modernización y el desarrollo acelerado en todos los niveles. Sin embargo, el entorno es de profundos conflictos políticos y sociales, especialmente referidos a la democracia, el ascenso de las clases obreras, la incidencia de las guerras mundiales, los dilemas de la política internacional, la divisoria entre la Revolución Rusa de 1917 y el ascenso de los totalitarismos. En fin, vive en una era de convulsiones, o de "crisis de la civilización", como prefería llamarla.

En los años que van de 1914 a 1925, en los cuales escribe desde Londres o Madrid, París a veces, u otras capitales europeas, es conmovido por la tragedia del mundo, la falta de liderazgo racional, la manipulación de la prensa,

la magnitud de la desgracia, los asesinatos masivos, el hambre y el desplazamiento humano, entre otras tragedias o desgracias que se relacionan con la desconfianza respecto a los modelos políticos e incluso con los contornos y los preceptos de la vida misma: liberal, burguesa y democrática.

El carácter de descomposición de una "parcialidad del alma humana" es la nota común aunque discordante de la naturaleza humana. Sanín Cano alude con insistencia que estaba en juego no solamente el presente, sino también el porvenir. Si algo más nos dicen los artículos de *La Nación* es cómo a través de su papel de "censor de las catástrofes" no se huye o se cae indefectiblemente en la dimisión o renuncia nihilista e irracional. Por el contrario, inspecciona y confronta. El antioqueño no fue en este sentido un pesimista indomable. Antes bien, si deja traslucir algo de la desconfianza respecto al mundo y los hombres, en contraste imprime siempre notas de optimismo, esperanza y utopía, las cuales se deslizan entre líneas en sus múltiples escritos en el diario argentino, defendiendo la "magna patria": América.

Sanín Cano llega entonces al sur del continente en medio de una sociedad progresista que encara ya los problemas universales del siglo xx: el conflicto de la democracia, los azotes de la industrialización y la masificación, la emergencia del mundo obrero y la controversia de las ideas políticas, además de una urbanización y una modernización que se van acelerando. Así lo explica Ricardo Sidicaro en su exploración analítica sobre el diario *La Nación*, haciendo referencia a aquella época:

> En la década del 20 la visión moderna de la política, según la entendía el matutino, suponía un protagonismo estatal para orientar la economía y el desenvolvimiento de lo social, que los radicales antipersonalistas no estaban dispuestos a asumir. En tanto lugar de organización intelectual de una concepción intervencionista del Estado fragmentaria y parcialmente compartida por los principales sectores y, más aún, al gobierno.
>
> El antiliberalismo económico de La Nación tenía una clave en el paralelismo que siempre había trazado entre las innovaciones de ingeniería institucional de los países centrales y su necesaria adopción en el nuestro. El espejo europeo confería a su pensamiento una dimensión prospectiva. Las ideas favorables al intervencionismo estatal acordaban con los intereses de la gran burguesía agraria, preocupada en la época

> por el problema de los mercados e inclinada a un "antiimperialismo" coyuntural frente a los frigoríficos extranjeros.[129]

En la Argentina de la década de los veinte, según lo menciona Sergio Bagú desde otro presupuesto, las élites modernizadoras habían optado por la integración al mercado mundial, la disposición a construir una industria nacional en medio de la competencia mundial de los productos, pero se enfrentaban (tenían que adaptarse) a los retos de la modernización. El diario (*La Nación*) subsistía en un contexto de nuevas ideas y posturas ideológicas contradictorias y controversiales. Acusaba la tensión entre las élites y las masas, tensión que configuraba una serie de conflictos visibles no solamente en las posturas que desde antaño le dieron vida al diario, esto es, el liberalismo de su fundador el general Bartolomé Mitre, sino también en las de sus herederos directores, quienes tuvieron que fijar su posición editorial en el vaivén de los cambios de gobierno y al calor de los conflictos internacionales y las transformaciones de Argentina en los años sucesivos.

A contracara, no podemos pasar por alto el suceso que comentamos arriba, cuando la revista *Iberoamericana* tuvo la iniciativa de hacerle un homenaje a Sanín Cano. Como se recordará al presidente Eduardo Santos le fue enviada una carta en la cual se solicitaba su colaboración para publicar las obras completas del maestro en 1939. La respuesta fue el silencio. En aras de la síntesis, citamos un escrito en el que se hace referencia al debate sobre la circunstancia del regreso de Sanín Cano al país y el contexto de su muerte en 1957.

En su ensayo titulado *Del modernismo al régimen gramatical: lecturas de Baldomero Sanín Cano en Colombia,*[130] Alejandro Quin escribe que en los funerales de Sanín Cano en mayo de 1957, las élites intelectuales y políticas de turno, en el contexto del despuntar del Frente Nacional, convinieron en mostrar la figura del antioqueño como la de un intelectual neutral con una personalidad reconciliada con la unidad nacional. Esto era contrario a su talante intelectual, pero así estas élites intentaban reparar la recepción no del

---

[129] SIDICARO, Ricardo. La política mirada desde arriba: Las ideas del diario *La Nación*, 1909-1989. Buenos Aires: Sudamericana, 1993; pp. 103-104.

[130] QUIN, Alejandro. Del modernismo al régimen gramatical: Lecturas de Baldomero Sanín Cano en Colombia. En: Literaturas, prácticas críticas y transformación cultural. Bogotá: Universidad Javeriana, Jalla, 2008; pp. 39-53.

todo favorable que se le hizo a Sanín Cano a su regreso al país en los años treinta, tono que parece haberse mantenido parcialmente hasta su desdichado deceso. Por ello afirma el autor:

> ¿Cómo fue posible que la muerte de Sanín Cano diera lugar a la escenificación del acuerdo de los corifeos del Frente Nacional? La pregunta importa porque Sanín Cano ha sido sin duda uno de los más celebrados promotores del pensamiento crítico, moderno y progresista en Colombia, y de alguna manera los intereses de quienes en ese entonces se encargaban de redefinir el mapa político colombiano estaban en conflicto con los valores que el ensayista defendió durante toda su vida. Lo cierto es que el funeral de Sanín Cano es contemporáneo e incluso parece estar conectado con una tendencia neutralizante presente en ciertos sectores de la crítica literaria colombiana, para la cual el aporte de este autor se reduce a su participación en el surgimiento del movimiento modernista colombiano, pese a que el grueso de su producción ensayística se inscribe con más precisión en el campo de la crítica ideológica y cultural.[131]

Lo que se puede decir es que los discursos en el funeral del maestro,[132] pronunciados por Guillermo Valencia, Alberto Lleras y Jaime Posada, se enfocaron en utilizar la imagen de Sanín Cano como eje de una reconciliación partidista y se centraron en su virtud humanista como medio "neutralizador", para destacar su mediación en los conflictos que afligieron al país por varias décadas. Todo esto parece corroborarse si se tiene presente el comentario del distinguido crítico literario Rafael Maya sobre el libro de Sanín Cano *Letras colombianas*.[133] Desde la perspectiva de Maya, se trata de una obra de reconciliación donde el antioqueño hace una valoración positiva e imparcial de la obras de todos los escritores que comenta. En particular de los conservadores.

En ese contexto, habría que examinar el porqué de esta actitud y de otras con relación a Sanín Cano ¿Fue un asunto personal, o se debió a su carácter, influido por el humor inglés que asimiló en su estancia en Londres, y a la figura

---

[131] *Ibíd*., p. 40.

[132] El Independiente (martes 14 de mayo de 1957).

[133] SANÍN CANO, Baldomero. Letras colombianas. México: Fondo de Cultura Económica, 1944.

de censor equilibrado, como se ha escrito con frecuencia?, o ¿Esas actitudes se debieron a circunstancias que todavía subyacen ocultas para investigarse y son más propias del entorno colombiano? Lo que se puede aseverar es que Sanín Cano experimentó un doble extrañamiento: el de su salida del país como diplomático y periodista y el de su regreso a Colombia como colaborador del diario *El Tiempo*.

Sanín Cano fue rector de la Universidad del Cauca en 1942 y se le reconoció como pensador de América. Es inevitable expresar cómo el antioqueño hizo mención de su estado de ánimo a su regreso al país de vuelta de la Argentina, acusando un sentimiento que es lánguido. Este sentimiento lo delatan con frecuencia sus cartas a Samuel Glusberg, donde es reiterativo en la confesión de su aburrimiento y desazón por haber vuelto definitivamente a la patria.

Pero estas confesiones no empañan la vitalidad y la generosidad, la pasión y el rigor de su obra de pensador y crítico latinoamericano. Si se sentía exiliado fue por razones de comunicación, intercambio e incluso lazos, que fueron las bases de su movilidad y de su energía intelectual en las décadas que estuvo por fuera del país. El exilio, como se ha investigado en el caso de otros intelectuales latinoamericanos, no fue necesariamente una desdicha para el colombiano. Por el contrario, fue incentivo y estímulo intelectual, ocasión de reconocimientos en muchos casos[134] y de agria y amarga oposición o descalificación en otros, lo cual implicó para Sanín Cano ora la paradoja, la ingratitud, ora la feliz alabanza.

Recordemos que en 1948 los animadores y los entusiastas miembros de la revista *Iberoamericana* hicieron una publicación homenaje dedicada a Sanín Cano, esfuerzo que contrastó con el silencio del gobierno de Eduardo Santos ante la petición de publicar sus obras completas, a lo que hicimos referencia previamente. Esto tiene gran importancia. La petición de homenajear a Sanín Cano data como sabemos de 1937, por interés de la revista *Bimestre Cubana*. A esta petición, repetimos, no se le prestó ninguna atención.

Los reconocimientos internacionales a su trabajo habían iniciado veintitrés años atrás, cuando la revista *Nosotros* lo encomió en la sección titulada

---

[134] MYERS, Jorge. El intelectual-diplomático: Alfonso Reyes, sustantivo. En: Historia de los intelectuales en América Latina: II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo xx. Buenos Aires: Katz, 2010; pp. 82-97.

"Nuestra demostración a Sanín Cano", la cual hemos citado aquí. La revista costarricense *Repertorio Americano*,[135] tres años después que la revista mexicana (1948), expresaba su honra y admiración por el maestro colombiano. Estas demostraciones fueron opacadas y de ello queda constancia en el homenaje de la revista *Iberoamericana*:

> Las circunstancias parecían propicias debido al hecho de que por aquellos días regían los destinos de la nación colombiana algunos de los más caracterizados representantes de la vida cultural del país, tales como don Eduardo Santos que ocupaba la presidencia de la república, y en los ministerios Luis López de Mesa, Lozano y Lozano y otros. Esperanzados por lo que estimaban feliz coincidencia, los gestores del homenaje decidieron aprovechar la coyuntura confiados en que los elementos oficiales lo calorizarían y harían suyo ya que se trataba de honrar al valor más universal y de más fina calidad que Colombia ha producido y en él al país mismo […] "Honrar honra", decía José Martí, y en la exaltación de su máximo ensayista y crítico, los gobernantes —creían los ingenuos proponentes de la idea— se sentirían orgullosos y honrados ellos mismos, máxime cuando el impulso venía desde fuera y lo respaldaban unas sesenta firmas de Europa y América de máxima solvencia intelectual […] ¿Cómo acogió el gobierno colombiano la solicitud? ¿Cuál fue la reacción de los hombres de letras que en aquel instante ocupaban las más altas magistraturas del país ante un hecho tan inusitado y lisonjero para Colombia? Este es un capítulo penoso y desilusionante, no sólo para los que intercedieron en pro del honor que se pedía, sino para cuantos nos preocupamos por los destinos de la cultura americana. Porque debe señalarse aquí el hecho de que con aquel frustrado proyecto —como con el más modesto que ahora cristaliza— se perseguían dos propósitos: el primero consistía en testimoniar al glorioso anciano la admiración y la gratitud que todos hemos sentido siempre por él y reconocer públicamente la trascendente significación cultural de su labor; el segundo y acaso más provechoso fin era rendir un notable servicio a la cultura americana recogiendo

[135] Revista *Repertorio Americano*. Cuadernos de Cultura Hispana, San José de Costa Rica. No. 19 (15 de julio de 1952); pp. 289-292.

> en volúmenes la obra dispersa del maestro para hacerla circular por América como un modelo digno de emulación y un estímulo para las nuevas generaciones.[136]

Lo inesperado de la respuesta más que conllevar un tono negativo para la recepción de Sanín Cano, al día de hoy ha de incentivar o desvelar las tramas desde las cuales se tejen las relaciones entre los intelectuales y la vida social, los contextos y las épocas que marcan la vida, la producción y el pensamiento de las grandes personalidades. Son entonces un acicate para sopesar el modo cómo se divulgan y se vuelven familiares al público lector, tanto en nuestro país como también en el mundo, las figuras intelectuales que como la de Sanín Cano, respiran el humanismo, en el sentido no solo de una postura por lo humano, sino también la construcción de una percepción crítica de lo que es irracional y del combate argumentativo contra toda actitud que vaya contra los ideales de la humanidad racional.

De modo premonitorio, Sanín Cano le escribía a Mario Santa Cruz —amigo de Joaquín García Monge director de la revista costarricense *Repertorio Americano*— sobre su regreso al país de vuelta de Argentina:

> Buenos Aires,
> 30 de septiembre de 1931.
>
> Señor don
> Mario Santa Cruz
> San Salvador, C.A.
> Mí querido Amigo:
>
> … Estoy preparándome para regresar a mi país, a vivir alejado y tranquilo en el campo, frente a la naturaleza y al amor de los libros. Este mundo se deshace. Un viaje rápido por los principales países de Europa me ha convencido de que se prepara una transformación en todos los aspectos de la vida; en lo económico, en lo moral, en las relaciones de unos pueblos con otros.

---

[136] Antecedentes de este homenaje, op. cit., p. 330.

> El hombre se ha modificado en forma todavía más significativa que en tiempos del Renacimiento, verbigracia; pero sus directores actuales en Europa occidental y en América no quieren darse cuenta del cambio o no lo comprenden. Tal incomprensión le está dando giro trágico a la transformación y antes de poco se verán escenas deplorables. En tanto la gran prensa de todos los países en vez de preparar la mente de sus lectores para una vida nueva, se aferra a las viejas costumbres, continúa propagando nociones caducas y desvirtuando la realidad de hechos palpables temerosa de que la verdad sea conocida sin velos intencionados. Por otra parte un nacionalismo de envidias y recelos se opone con tenacidad de beodo, al sentido ecuménico de la civilización y exacerba los odios raciales, las competencias comerciales, base del llamado progreso material. Esa temeraria lucha de intereses sin freno ideológico ni cristalino va causando la ruina de los sistemas monetarios y así como bajan también los valores morales, por un plano inclinado de incomprensiones y miserias.
>
> ¡Perdone el sermón!
>
> Con lo dicho verá usted que pensar en colaborar en diarios de aquí o de allá es inútil en este momento. Sería necesario cambiarles la orientación y tratar de pararlos en la carrera que llevan todos hacia el desastre económico. Usted que tiene su diario debe usarlo en la tarea de decir la verdad o su verdad, para esto tiene pluma, preparación y sobre todo carácter.
>
> Le deseo todo género de felicidades y espero sus órdenes en Bogotá.
>
> B. SANÍN CANO[137]

La carta, que se publicó en el número homenaje de la revista *Repertorio Americano*, revela el momento espiritual de la civilización y el contexto sociopolítico, que sin duda no era alentador ni menos aún de sosiego en esos años en Colombia. Un premonitorio sentimiento de decadencia y de declive de Occidente, se advertía en Colombia por las circunstancias políticas

[137] Revista *Repertorio Americano*, Cuadernos de Cultura Hispana, San José de Costa Rica. No. 19 (martes 15 de julio de 1952); p. 292.

que llevaban al país a una violencia sin precedentes hasta ese momento y a una serie de eventos que la envolvían, como Sanín Cano lo dice con frecuencia a Samuel Glusberg, en la penumbra, la desazón y la desesperanza sin retorno.

Para finalizar con este periplo sobre Sanín Cano podemos expresar que el lector encontrará en estos artículos, inusitadas y reveladoras reflexiones sobre el siglo xx. El antioqueño fue un intelectual humanista y moderno. Desde esa perspectiva y a partir de su sensibilidad, no solamente por el modo como escribe, sino también por la cualidad del pensar, el lector de este libro se encontrará, si no ha leído a Sanín Cano, con muchas motivaciones para entrar en su mar abierto, en su insondable zona de saberes, pero muy cercano a los graves cuestionamientos del hombre y la sociedad.

Todavía más, si es ya un lector familiarizado, quizás tendrá la ocasión para desde una óptica diferenciada —o desde esta otra atalaya, dependiendo del modo en que juzga— glorificar con justicia, quizás con mayor propiedad, los atributos encomiables de este contendor y censor intelectual del siglo xx. No se podrá tener mala fe y deducir de esta compilación o contenidos de las opiniones de Sanín Cano del diario argentino un empequeñecimiento o apocamiento de su pensamiento, si se hace un contraste con sus compilaciones u obras ya conocidas. Consideramos que se trata de una rama más en el frondoso bosque de esta cima del pensamiento del siglo xx, un escenario mucho más holgado de su fina y contundente mirada.

El lector podrá valorar los artículos de Sanín Cano y sus análisis sobre el siglo xx. Esperamos que sea así, y que en últimas, el goce, el placer sea justamente el sentimiento final de quien culmine la lectura total de los artículos consignados en este libro.

La selección que se ha hecho aquí se orienta a dar a la luz pública muchos de los artículos de crítica política, histórica, cultural, literaria y social que desarrolló Sanín Cano. Acaso pueda ser arbitraria la selección, pero su composición y su estructuración se deben a que son artículos publicados originariamente en *La Nación* de Buenos Aires. Su significado y sentido aún son inéditos para el público en general.

La aproximación de Sanín Cano al siglo xx desde esta parcialidad constituye un valor para la cultura del país y para el pensamiento latinoamericano. La especialización y el trato de la palabra escrita, el pensamiento y la opinión que desenvuelve son un instrumento que en su capacidad sensorial y mental

permiten recomponer los trazos rotos del mundo y de los vaivenes de la humanidad en las tres primeras décadas del siglo xx.

Estos escritos para *La Nación* de Buenos Aires no se dirigen exclusivamente al público lector de su presente. Antes bien, trascienden esa eventualidad, porque le hablan al vasto público de todos los tiempos, del futuro y en ese sentido se publican aquí, para confrontar al lector de hoy. Leídos con atención, estos contenidos se dirigen a los más variados públicos, de todas las geografías, tierras y razas. No ahorra ni menos aún se reservan su pensamiento y su opinión a un público restringido, por el contrario, la pasión intelectual que revelan da cuenta de las dotes de generosidad que tuvo Sanín Cano y riegan con su sabiduría el modo de entender las catástrofes del siglo pasado.

Para finalizar, Sanín Cano no olvida a Colombia ni a Latinoamérica. Ambos contextos son referidos con asiduo interés o preocupación constante. No recurre a estos espacios culturales para reivindicar la condición lastimera de la dependencia o la inferioridad de un pueblo, ni los utiliza desde la tribuna propagandística del exotismo. Menos aún cae en el extremo de la reclamación, que es común en todos los tiempos de un sustrato cultural, sea por la vía de la identidad, o por la de la etnia, la raza, los grupos y las ideologías.

El lector encontrará una dimensión diversa de Sanín Cano. Hallará una variedad de ventanas abiertas a la reflexión y el análisis del mundo contemporáneo. Los contenidos de sus artículos, si bien son parte de su amplia y extendida producción que se vincula con su obra publicada, aquí presentan nuevos enfoques, e incluso se exhibe con maestría una diversidad novedosa de temas que no se habían conocido, por la circunstancia particular ya mencionada del difícil acceso a los innumerables escritos dispersos del autor.

Es esta una ocasión adecuada para actualizar su figura, en un marco de diálogo con la valiosa inteligencia del continente. Es necesario expresar que es obligatorio que el lector de los artículos editados en esta compilación haga un esfuerzo para estar en consonancia con los pormenores de las obras, autores y conocimientos desplegados por el antioqueño. No es una arbitrariedad y por el contrario, como se ha reiterado la calidad de los escritos de Sanín Cano no fue unilateral, ni unidimensional, ya que escribió para exigirse a sí mismo y también al público lector.

Por ello quizás valga la pena una vez más mostrar cómo se le veía entre quienes fueron sus más cercanos amigos, y se convirtieron en examinadores de su obra y pensamiento, esto es, sus censores más familiares.

En este sentido citamos a Hernando Valencia Goelkel, quien a propósito del libro *Pesadumbre de la belleza y otros cuentos y apólogos,* y publicado el 8 de septiembre de 1957, elabora una reseña donde comenta con lente crítico su relación con el país. Asimismo, recordamos las palabras de Antonio Aita, de quien el antioqueño había elaborado un retrato extraordinario, titulado "Un crítico argentino: Antonio Aita", el cual apareció en la revista *Nosotros* en 1936. El primero describe y construye un retrato de Sanín Cano, pero plantea el contorno de su obra en el marco de la vida social colombiana:

> Sanín Cano experimentó claramente la sensación de su pertenencia frente a un país cuya pobreza intelectual amenazaba con frustrarlo, y expresó su inconformidad no sólo en forma expresa, sino a través de silencios y de reticencias mucho más siniestros aún. Pero, finalmente, aceptó de grado vínculo forzoso, y las páginas todas que escribió tienen en mira un auditorio con el cual resolvió re-ligarse conscientemente, y confirmar en libertad los nexos del atavismo y de la formación. Cuando Sanín escribe, lo hace para un público casi inexistente, de cuya efectividad él mismo tendría excelentes razones para sospechar: el público, entre analfabeto y semi-letrado, de Colombia. Y le habló un lenguaje serio, un idioma para adultos, severo y sin halagos, nacido de un entrañable respeto que no podía incurrir en la pedantería pero tampoco podía caer en la adulación […] De todas formas, su obra ilumina esa constante terrible, no sólo de las letras sino de las faenas todas del colombiano, y que consiste en sacrificarlo todo ante la exigencia de los más cotidiano, vecino presuroso; y el resultado suele ser el mismo porque la zozobra es idéntica ante ese pánico primitivo frente al tiempo, y da igual que los impulsos sean la avidez y la codicia, o, como es el caso con Sanín Cano, la generosidad.[138]

El segundo, argentino, realiza una valoración desde una óptica que no resulta tan polémica sin tanta acritud como la del colombiano:

> Sanín Cano asistió a la transformación de la sociedad colombiana. Tuvo que combatir contra los que creían en la infalibilidad de la retórica,

[138] VALENCIA GOELKEL, Hernando. Crónicas de libros. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1976; pp. 9-18.

> tuvo que soportar la pedantesca suficiencia de tanto maestro de aldea que alababa "el buen gusto de Nisard". Y tuvo que soportar la incomprensión de los "intelectuales". Era uno de esos "solitarios" empeñados en llevar a la discusión algunas de las ideas que empezaban a conmover a los mejores espíritus. Este solitario es un talento reflexivo "cuyo deleite máximo consiste en examinar sus propios emociones, haciendo el recuento de las mudanzas que causan en su mente las ideas ajenas" […] Se ha abusado tanto en nuestra América de la palabra ensayista, para juzgar la obra de más de un periodista despreocupado, que me intimida tener que usarla para clasificar la obra de Sanín Cano, por temor de que se le confunda. Todos sus estudios son admirables ensayos, escritos en un estilo personalísimo, por su nitidez y claridad, matizados con metáforas inesperadas, y un penetrante espíritu humorístico, que no le hace olvidar el sentido de las proporciones. Hay en sus ensayos observaciones tan finas, y caracteres tan diestramente expuestos, que denuncian un temperamento sorprendente para la narración. ¿No habrá en Sanín Cano, un novelista frustrado de periodismo? [...] Sanín Cano es algo más que un escritor de ideas, puesto que esta categoría es común en los centros cultos, de fecunda actividad espiritual, es una robusta personalidad de maestro. Maestro no por su acción pedagógica, cosa que desdeña todo espíritu de esa calidad, lo es porque cada estudio que escribe despeja una incógnita en nuestras ideas, aclara un concepto en nuestra cultura, y lo es, porque sin quererlo –su modestia que es tan grande como su conocimiento lo rechazaría–, consigue suscitar en nuestra inteligencia la contradicción y la duda.[139]

Por último, es importante informarle al lector que entre los criterios concebidos de transcripción de los artículos de Sanín y de las entrevistas que se presentan a continuación se decidió dejar intacto el contenido y no alterar su originalidad, toda vez, que se procura rescatar su esencia y autenticidad tal y como fueron fotografiados de las bibliotecas, por lo que en ocasiones se podrán notar diferencias ortográficas o gramaticales, propias del modo de escribir para la época. O incluso, encontrar algunos nombres que se publicaron o se editaron en el diario *La Nación* con su aclaración correspondiente.

---

[139] AITA, Antonio. Expresiones. Buenos Aires: La Bonaerense, 1933; pp. 81-93.

Bibliografía

Obras de Baldomero Sanín Cano

A Key an Elementary Spanish Grammar. Oxford: The Clarendon Press, 1920. 63 p.

Administración Reyes (1904-1909). Lausana: Imprenta Jorge Bridel & Co., 1909. 401 p.

An Elementary Spanish Grammar. Oxford: The Clarendon Press, 1918. 342 p.

Collins, Spanish-English, English-Spanish Dictionary. London: Collins, Clear Type Press, 1921? 448 p.

Crítica y arte. Bogotá: Librería Nueva, 1932. 338 p.

Crítica y arte. Medellín: Universidad de Eafit, 2011. 246 p.

De mi vida y otras vidas. Bogotá: Ediciones Revista de América, 1949. 254 p.

Divagaciones filológicas y apólogos literarios. Manizales: Arturo Zapata Editor, 1934. 250 p. Segunda edición corregida y aumentada. Santiago de Chile: Editorial Nascimiento, 1952. 287 p.

EL humanismo y el progreso del hombre. Buenos Aires: Editorial Losada, 1955. 260 p.

El oficio del lector. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978. 505 p.

Ensayos. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942. 215 p.

Escritos. Bogotá: Colcultura, 1977. 792 p.

Ideología y cultura. 6 volúmenes. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1998.

Indagaciones e imágenes. Bogotá: Ediciones Colombia (no. 22), 1926. 182 p.

Indagaciones e imágenes. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2010. 190 p.

La civilización manual y otros ensayos. Buenos Aires: Editorial Babel, 1925. 213 p.

La Revista Contemporánea (1904-1905). Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2007. 757 p.
Letras colombianas. Medellín: Universidad de Eafit, 1984.
Letras colombianas. México: Fondo de Cultura Económica, 1944. 213 p.
Pesadumbre de la belleza y otros cuentos y apólogos. Bogotá: Ediciones Mito, 1957. 101 p.
Pesadumbre de la belleza y otros cuentos y apólogos. Bogotá: Seix Barral, 1997.
Spanish Reader. Edited with Notes and Vocabulary by Sanin Cano. The Clarendon Press, 1920. 139 p.
Tipos, obras, ideas. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2007.
Tipos, obras, ideas. Buenos Aires: Ediciones Peuser, 1949. 284 p.

Obras citadas

AITA, Antonio. Expresiones. Buenos Aires: La Bonaerense, 1933. pp. 81-93.
Alfonso Reyes y los intelectuales colombianos: diálogo epistolar. Bogotá: Siglo del Hombre-Universidad de los Andes, 2009.
ÁNGEL, Lázaro. Un gran diario argentino. En: periódico *La Libertad*, Madrid (sábado 24 de mayo de 1924); p. 5.
ALTAMIRANO, Carlos. Historia de los intelectuales en América Latina: I. La ciudad letrada, de la Conquista al Modernismo. Buenos Aires: Katz, 2008.
_____. Historia de los intelectuales en América Latina: II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX. Buenos Aires: Katz. 2010.
ARAQUISTÁIN, Luis. Un filósofo de la risa. En: periódico *La Voz*, Madrid (9 de abril de 1926); revista *Babel*, Santiago de Chile. No. 59 (1951); p. 157; y Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, Bogotá (domingo 20 de marzo de 1932).
ARCINIÉGAS, Germán. Sanín Cano. En: revista *Iberoamericana*, México. Vol. 13, no. 26 (15 de febrero de 1948); pp. 232-233.
AYALA, Francisco. Recuerdos y olvidos: 2. El exilio. Madrid: Alianza, 1983.
BAGÚ, Sergio. La realidad argentina en el siglo xx: Argentina ante el mundo. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1961.
BENJAMIN, Walter. Calle de dirección única. Madrid: Abada, 2011. Publicado originalmente en 1926.
BRICKEL, Herschel. "Letras Colombianas". En: revista *Hispania*, Madrid. Vol. 28, no. 3 (agosto de 1945); pp. 449-451.

CABARICO BRICEÑO, Jorge. El lado humano de los personajes: Baldomero Sanín Cano. En: El *Tiempo*, Bogotá (10 de noviembre de 1946); p. 3, sección 2.

CATAÑO, Gonzalo. Baldomero Sanín Cano: Ensayista de nuestro tiempo. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011.

_____. Baldomero Sanín Cano. Origen de la crítica moderna en Colombia. En: revista *Credencial* Historia, Bogotá, no. 113 (1999).

_____. Un analista de nuestro tiempo. En: Indagaciones e imágenes. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2010.

COBO BORDA, Juan Gustavo. Sanín Cano en *El Tiempo*. En: boletín de la Academia Colombiana, Bogotá. Tomo LI, nos. 207-208 (enero-junio de 2000); pp. 137-139.

_____. El oficio del lector. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

ESQUIVIA VÁSQUEZ, Aníbal. "Pedro Sondéreguer y la civilización de ayacucho". En: *Universidad*, Bogotá, no. 74 (24 de marzo de 1928); p. 259.

EMILIOZZI, Irma. Francisco Ayala en *La Nación* de Buenos Aires. Madrid: Pretextos, 2012.

Europa-América Latina. Buenos Aires: Comisión Argentina de Cooperación Intelectual, 1937.

GARCÍA MONGE, Joaquín. Mi deuda con Baldomero Sanín Cano. En: revista *Iberoamericana*, México. Vol. 13, no. 26 (15 de febrero de 1948); p. 269.

GIUSTI, Roberto. Visto y vivido: Anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas. Buenos Aires: Losada, 1965.

GÓMEZ GARCÍA, Juan Guillermo. Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica: siglos XIX y XX. Medellín: Universidad de Medellín, 2010.

GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX. Maryland: University of Maryland at College Park, 1990.

_____. El intelectual y la historia. Caracas: La Nave Va, 2001.

_____. Nuestra demostración a Sanín Cano. En: revista *Nosotros*, Buenos Aires. No. 191 (abril de 1925); pp. 513-516.

HENRÍQUEZ UREÑA, Max. Breve historia del modernismo. Medellín: Fontamara, 1978; pp. 8-9.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. Ensayos diminutos: Extraídos de la obra de Sanín Cano. En: Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, Bogotá (marzo 20 de 1932); p. 3.

_____. Dos valores hispanoamericanos. En: revista *Sur*, Buenos Aires. No. 23 (1936).

HORKHEIMER, Max. Teoría tradicional y teoría crítica. Buenos Aires: Amorrortu, 1974.

_____. Ocaso. Madrid: Anthropos, 1986. Publicado originalmente en 1926.

IDUARTE, Andrés. "El Humanismo y el progreso del hombre". En: revista *Hispánica Moderna*, Madrid. Año 22, nos. 3-4 (julio-octubre de 1956); p. 321.

JAY, Martin. La imaginación dialéctica. Una historia de la escuela de Frankfurt. Madrid: Taurus, 1986.

KRACAUER, Sigfried. La fotografía y otros ensayos. El ornamento de la masa I. Barcelona: Gedisa, 2008. Publicado originalmente en 1927.

Construcciones y perspectivas: El ornamento de la masa 2. Barcelona: Gedisa, 2009. Publicado originalmente en 1927.

KLEIN, Eva. Baldomero Sanín Cano: Crítico literario del periodo de modernización colombiano. En: *Revista de la Universidad Nacional*, Bogotá. Vol. 3, nos. 14-15 (1987).

MARINELLO, Juan. Sobre Enrique González Martínez y Baldomero Sanín Cano. En: Contemporáneos: Noticia y memoria. La Habana: Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1976.

MAYA, Rafael. Baldomero Sanín Cano. En: Baldomero Sanín Cano. Medellín: Academia Antioqueña de Historia, 1973.

MYERS, Jorge. El intelectual-diplomático: Alfonso Reyes, sustantivo. En: Historia de los intelectuales en América Latina: II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo xx. Buenos Aires: Katz, 2010.

OTERO, Gustavo Adolfo. El Periodismo de América. Lima: Empresa Editora Peruana, 1946.

PICÓN SALAS, Mariano. Sarmiento, Lugones, Mallea. Buenos Aires: Publicaciones de la Embajada de Venezuela, 1977.

PORTUONDO, José Antonio. El heroísmo intelectual. México: Tezontle, 1955.

POSADA, Jaime. Baldomero Sanín Cano, su vida y su obra: Un reportaje de Jaime Posada para el Tiempo. En: *El Tiempo*, Bogotá (jueves 27 de junio de 1946); p. 15.

QUIN, Alejandro. Del modernismo al régimen gramatical: Lecturas de Baldomero Sanín Cano en Colombia. En: Literaturas, prácticas críticas y transformación cultural. Bogotá: Universidad Javeriana-Jalla, 2008.

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. Sanín Cano en su torre de papel. En: Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, Bogotá (domingo 21 de octubre de 1956); p. 10.

ROJAS DE LA ESPRIELLA, Álvaro. Tres humanistas colombianos ganan la paz. En: revista *Hojas Universitarias*, Bogotá. Vol. 3, no. 24 (enero de 1986).

SANÍN CANO, Baldomero. "Horrible historia". En: *La Ilustración, revista Hispanoamericana*, Madrid, no. 521 (26 de octubre de 1890); p. 678 y En: *La Unión Ilustrada*, Málaga, no. 299 (domingo 6 de junio de 1915); pp. 6-7.

_____. "Papel de la Literatura en la fraternidad hispanoamericana". En: *Nuestro Tiempo*, r*evista mensual ilustrada, ciencias y artes-política y hacienda.* Madrid, no. 14 (febrero de 1902); pp. 212-221.

_____. "La lengua internacional". En: *Nuestro Tiempo*, Madrid, no. 39 (Marzo de 1904); pp. 352-357.

_____. "Dos pueblos absorbidos. Finlandia y el Imperio de Corea". En: *Hojas Selectas*, Barcelona, no. 106 (octubre de 1910); pp. 945-949.

_____. "Nueva campaña de Mr. Teodoro Roosevelt". En: *Hojas Selectas*, Barcelona, no. 108 (diciembre de 1910); pp. 1131-1133.

_____. "El incidente Savarkar". En: *Hojas Selectas*, Barcelona, no. 109 (enero de 1911); pp. 321-323.

_____. "Londres en tiempo de guerra". En: *Hojas Selectas*, Madrid, no. 145 (enero de 1914); pp. 1139-1141.

_____. "El primer libro de Araquistáin" y "la literatura de la guerra". En: revista *Hispania*, Londres, nos. 47-48 (1º de diciembre de 1915).

_____. "Unión Pan-Americana". En: *Hispania*. Londres, no. 4 (abril de 1912); pp. 110-116.

_____. Las memorias de los otros. En: *Revista de las Indias*, Bogotá. No. 1 (enero de 1939).

_____. Carta dirigida a José Carlos Mariátegui. En: revista *Amauta*, Lima. No. 24 (junio de 1929).

_____. La vida intelectual argentina juzgada en el extranjero. En: revista *Nosotros*, Buenos Aires. No. 140 (enero de 1921); p. 117.

SIDICARO, Ricardo. La política mirada desde arriba: Las ideas del diario *La Nación*, 1909-1989. Buenos Aires: Sudamericana, 1993.

TRAVERSO, Enzo. Siegfried Kracauer. Itinerario de un intelectual nómada. Valencia: Alfons el Magnánim, 1998.

VALENCIA GOELKEL, Hernando. Crónicas de libros. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1976.

Baldomero Sanín Cano en *La Nación* de Buenos Aires

Buenos Aires, martes 5 de febrero de 1918

La América española
Londres, 1917

Una de las consecuencias de la guerra para los europeos empeñados en ella ha sido el descubrimiento de que hay fuera de Europa otros países, unos de los cuales están en guerra del lado de los aliados, mientras otros guardan una actitud benévola para con este grupo de beligerantes, otros hacen protestas de neutralidad absoluta, sin dejar de ser amigos de los aliados, y otro u otros, muy pocos, encubren con esa protesta de neutralidad sus veleidades tudescas. Antes de la guerra se decía de los ingleses que conocían muy bien la geografía de la Gran Bretaña y de sus colonias, pero sabían apenas de la situación o límites de las otras comarcas del mundo. Es preciso convenir en que para tener en la memoria la geografía de las posesiones británicas hay que recargarla considerablemente y refundirla por todos los rumbos de la rosa náutica hasta cubrir casi un tercio de los territorios habitables o inhabitables del globo. Desgraciadamente, a pesar de la vieja sentencia de que "el saber no ocupa lugar", la memoria tiene sus límites como cualquiera otro receptáculo y no es posible conocer la geografía del globo con la misma minuciosidad de pormenores con que se conoce el barrio en que uno habita. El niño de las escuelas en la Gran Bretaña sabe la posición de Edimburgo con respecto a Londres y es capaz de decir, tal vez, qué parte de la Nueva Guinea es británica u holandesa; mas en cuanto le apuren para que diga si la Grande Inagua pertenece a la Gran Bretaña o a los Estados Unidos, vacila unos instantes y acaso se dirige a su hermano que viene de Jamaica o a su primo que fue secretario del gobernador de las islas Bermudas para resolver la importuna demanda. No es posible tener al dedillo la geografía de todas las colonias y dependencias inglesas, y, por lo tanto, hay que conformarse con ser muy ignorante en la de las otras regiones del globo. Y si no, ¿cuántos españoles o sudamericanos que no han viajado en la Gran Bretaña pueden decir cuáles son los límites del condado de Middlessex? No sólo en el dominio de la filosofía sino en el de los hechos prácticos hay más cosas de las que puede conservar nuestra limitada y frágil memoria.

La cual, sin embargo, es susceptible de acomodos y remiendos. No es posible guardar en ella todo el saber humano; pero es factible, aunque difícil, arrumbar ciertas nociones y adquirir otras nuevas. En esto la mente sigue rumbos no siempre al alcance de nuestra investigación, pero la pertinacia del sabio puede indicarlos, según lo muestra el profesor Freud en su "Psicopatía de lo cotidiano" (*Psycophatie des Alltags*-

lebens). Siguiendo la línea de la menor resistencia la mente británica (y seguramente la francesa o la italiana), se ha difundido por regiones del planeta que antes no le eran tan familiares. La guerra le ha sugerido la conveniencia de estudiar al sur y al oeste territorios que antes estaban un poco abandonados por sus facultades de investigación. Hispano-América es una expresión que no se ha fijado de un modo preciso en la mente europea. Ella comprende una gran parte del continente americano desde el Canadá hasta Magallanes y no pocas de las numerosas islas adyacentes, excluyendo los Estados Unidos, el Brasil, las posesiones europeas, y Haití. Prefieren los europeos (menos el español, por supuesto, que lleva aquí los honores de la tradición) el término América latina, más comprensivo, en sentir de ellos, pero igualmente impreciso, porque el elemento latino no predomina allí sino del punto de vista de la civilización, del mismo modo que en una gran parte de Europa, Sud América, una expresión que aun en España empieza a usarse en vez del término castizo América Meridional no representa en el ánimo del europeo sino la Argentina, Chile, acaso el Uruguay y Sao Paulo o Río de Janeiro. El Perú queda por allá. Colombia y Venezuela pertenecen a la Tierra Firme (el *Spanish Man* de los tiempos de Drake), están más cerca de la América Central que de la Argentina (lo cual es cierto) y caen al norte del Ecuador. Todas estas deliciosas vaguedades han ido desapareciendo con la guerra. Hispano-América, Ibero-América, la América latina o la América del Sur, son denominaciones que se van arrumbando. El Brasil sale adelante como una nación de primer orden, con una gran población y una extensión territorial comparable a la de los Estados Unidos. No es Sud América, ni América Latina, es el Brasil, a secas, uno de los beligerantes y aliados del "Cuádruple Acuerdo". Antes era el país de dónde venían las nueces, el café, la goma elástica, y gentes riquísimas y manirrotas. Hoy es un aliado. La Argentina, el mejor conocido de los países hispano-americanos en Europa tiene siempre un puesto de preeminencia. Además de eso la resonancia del incidente provocado por las asechanzas de Luxburg, ha hecho de la política argentina un tema interesante durante varios meses. La Argentina tampoco es Sud América en estos días de agitación y de prueba. Es uno de los pocos grandes países que todavía no ha declarado la guerra a Alemania, pero que ya ha hecho sentir el peso de sus decisiones en uno o dos incidentes marítimos en que Alemania ha tenido que morder el polvo, o para hablar con menos impropiedad, libar la amargura de las aguas marinas. Argentina es la nación ante cuya dignidad ofendida Alemania cedió, tratándose de los mismos principios por los cuales se fue a la guerra con los Estados Unidos.

Es posible que la vaguedad de las nociones geográficas no se haya aclarado; pero hoy tiene el europeo algo más que los meridianos y paralelos para representarse en

su imaginación los diversos caracteres de los países que se extienden en el continente americano desde Méjico hasta la Argentina. No es raro dar con un caballero para quien las palabras Ecuador, Honduras, Paraguay no evocaban antes de la guerra más que una idea imprecisa que los ingleses designan con la palabra "abroda" (el exterior, el extranjero). Este señor puede darnos hoy clase a los americanos del sur sobre la actitud que cada una de esas repúblicas ha tomado en el presente conflicto. Esta, dice, ya ha declarado la guerra, la otra ha roto relaciones diplomáticas, la de más allá se ha declarado neutral a secas, a tiempo que su vecina ha manifestado, al hacer la misma declaración, que simpatiza con los Estados Unidos en su actitud definida de beligerante o con el Brasil; otras han protestado en términos generales contra el bloqueo submarino; de otras, en fin, muy pocas en verdad, no se sabe a ciencia cierta si se inclinan platónicamente a un lado o al otro de los beligerantes, o si son, en efecto, neutrales por necesidad o por convicción.

Este modo de clasificar parece arbitrario, pero no lo es más ni menos que el fundado en las latitudes o en los orígenes de la raza o razas habitadoras de esas prósperas regiones en cuyas entrañas palpita la "inagotable juventud de un mundo", como dijo épicamente Andrade. Clasificar las naciones por los principios que representan o por los ideales de su predilección sería la mejor manera de confiar a la memoria de los niños las varias designaciones geográficas: Francia, la nación que proclamó la igualdad entre los hombres y la fraternidad de los pueblos; Inglaterra, el campeón de los derechos individuales, de la libertad, y del gobierno por medio de las mayorías; Italia, el símbolo de la redención de las razas sometidas a yugo extraño y del principio de las nacionalidades; Alemania, la creadora del dios Estado, ante cuyos altares se han sacrificado las razas, las ideas de que suelen vivir las naciones, y ha desaparecido la libertad individual. La memoria del adolescente bendeciría estos signos, delante de los cuales podría detenerse a recapacitar para dar figura ideológica a los diversos países. Esta clasificación como he dicho, no es más arbitraria que las otras y señala, de un modo sumario, los lazos que median entre un pueblo y otro. Ya sabemos, por la actitud de esas naciones, de qué lado se inclina el pensamiento sudamericano en estos días de prueba. Era fácil presumirlo antes de la guerra. La prueba se ha presentado de modo irrecusable. Y no es el pensamiento tan sólo el que ha hecho acto de presencia, el corazón ha hablado en su lenguaje de modo no menos franco y categórico. La América latina no tiene lazos con el pensamiento teutónico, si es que hay, en efecto, un pensamiento que merezca tal nombre. Los pensadores alemanes no se crearon a sí mismos. Ellos proceden rigurosamente de la cepa greco-latina, y pugnan con la civilización occidental, precisamente en aquellas formas y conceptos en que pretenden

separarse de las otras naciones europeas. Las tradiciones de libertad en lo político, de armonía y proporción en el pensamiento y en la representación de las formas no se han desviado de su curso a los embates del germanismo contra la tradición clásica. Lo esencial en los ideales clásicos era profundamente humano y contra ellos no pudo prevalecer ni siquiera el cristianismo que, al ponerse en contacto con el mundo antiguo, le infundió vida nueva, lo enriqueció con ideas orientales; pero no lo sacó de sus cimientos como han pretendido sacarlo la ciencia y la organización alemanas. El individuo ha salido victorioso con esta nueva intentona del monstruo hegeliano contra las libertades públicas. En los organismos políticos latino-americanos, en donde persiste no sólo la forma, sino el concepto republicano, el conflicto entre el individuo y el estado no ha llegado a su periodo de crisis como en Europa. El individuo es más libre allí donde la naturaleza, o benigna o pródiga, le ofrece todos sus dones en retribución de un esfuerzo mínimo. Las codicias de pulpo que han puesto de presente los imperios centrales en esta guerra apocalíptica son inconcebibles en un continente donde hay valles hondos, todavía intactos, y llanuras a medio cultivar en la cumbre de las cordilleras cuya explotación intensa bastaría para suplir todas las necesidades de medio mundo.

La esclavitud según nos lo enseña la historia del género humano anterior a las crónicas escritas, nació en el sur del viejo mundo, en los países de clima benigno y duró más en esas comarcas que en los países del septentrión. ¿Era acaso porque los hombres del norte tuvieran en más la libertad del individuo? La respuesta es fácil. En el sur el hombre era libre, porque la naturaleza lo convidaba a serlo. El suelo ubérrimo, fecundizado periódicamente por las avenidas de los grandes ríos, producía con un mínimo esfuerzo cuanto era necesario para las necesidades del individuo. Al desarrollarse las sociedades, cuando se formaron los reinos rivales, cuando nació el lujo y sobrevino la necesidad de conservar las comodidades adquiridas, el individuo no podía con su solo esfuerzo procurarse los objetos necesarios para una vida de regalo. Tuvo entonces necesidad de comprar el trabajo de sus semejantes. Pero en los países de suelo fértil y de clima benigno, en Babilonia o en Egipto, el hombre se resistía a vender su tiempo y su brazo, que, aplicados a una obra cualquiera en beneficio propio, le procuraban, sin exterminar su fuerza muscular cuanto él había menester para satisfacer necesidades rudimentarias. Fue preciso para esto destinar los prisioneros de guerra a la obra de crear objetos de lujo, y, cuando no hubo prisioneros, el estado dejó que naciera la esclavitud para poder sostener su propio lujo y el lujo de los magnates. En el norte, sin embargo, la fuerza no era necesaria para traer al hombre a alquilar su brazo y su tiempo en beneficio de otro hombre. El

clima áspero, el aire inclemente, los largos inviernos, la tierra ingrata, la necesidad de llevar pesados abrigos cuando el sol se apartaba de Cáncer, en su rumbo hacia el sur, le habían enseñado al individuo que era menester colaborar con otros hombres para defenderse de la naturaleza inmisericorde. El estado y los poseedores del suelo no tenían para qué crear la esclavitud con el objeto de producir las cosas suntuarias: las condiciones del suelo y del clima forzaban al hombre a vender su trabajo y su inteligencia. El individuo era sumiso por necesidad, el estado era omnipotente por naturaleza. Sin necesidad de proclamar la esclavitud, el estado exigía de sus súbditos en el septentrión la sumisión y los servicios del esclavo. La institución vino al norte, por contagio del sur; pero existía, en la práctica. Aun bajo el régimen de la esclavitud, el hombre se sentía más dueño de sí en el sur, porque consideraba posible llegar a incorporarse delante de los astros como hombre libre y volver a usar sus brazos y su mente para su solo beneficio o deleite. En el sur era posible la rebelión de Espartaco. En el norte las reformas procedían de los magnates o de los pecheros que en ellos se apoyaban. Esa actitud de hombres y pueblos persiste. El hombre ha acabado por ser en el norte, es decir, en Alemania y Austria, una pieza del estupendo mecanismo que teníamos por endriago de mentes utópicas y que florecía ocultamente antes de la guerra en aquellos países, y se ha revelado más tarde bajo las especies del "estado servil", precursor ominoso de ciertas formas de socialismo. En el sur y al occidente, bajo climas benignos, el individuo existe todavía y se hace presente. Si el individuo hubiera existido en Alemania en 1914, la guerra no habría sido posible. Los hombres como Liebknecht no se producen bajo ese sol, o si brotan, el cierzo los destruye; está destruyendo a Liebknecht, el hombre más valeroso de Europa.

Hecha esta división de temperamentos nacionales no es difícil decir de qué lado caen en la América del Sur las simpatías en esta contienda de las razas. Tampoco resulta muy recóndito el origen del interés mostrado por los europeos en la actitud de la América latina. Antes de ahora ese interés era puramente comercial o económico. Se ligaba a cuestiones de producción, a problemas de hacienda y en ocasiones hacía caso omiso de los individuos. En América, al sur de los Estados Unidos, había para la mente y la educación del hombre promedial europeo un cierto número de repúblicas independientes, cuyas deudas de estado, contraídas en Europa, constituían la renta de algunos representantes de las clases medias acomodadas. Eran también campos de virtual actividad para el empresario de la City. Más no se sabía de ellas. Que allá hubiera habido pensadores, filósofos, poetas, naturalistas, investigadores de los secretos de la lengua o de las vicisitudes de la corteza terrestre, no le había ocurrido a nadie. En años pasados un célebre diplomático y escritor británico al terminar una

disertación académica sobre Sud América, dijo a alguno de los que le felicitaban: "Sin embargo, una de las cosas que no hallé por esos mundos, fué interés por los estudios filológicos". "Procúrese usted, le dijo su interlocutor, las obras de Bello, de Rufino Cuervo, de Caro, de Juan María Gutiérrez, de la Peña". Todos estos eran nombres que habían pasado inadvertidos para el gran diplomático durante su estada en América.

He aquí que la guerra trata de invertir la corriente o de desviarla. A medida que los cambios económicos se hacen más difíciles, se activan y popularizan los canjes de valores literarios o culturales. El español empieza a ser un vehículo de civilización, no tanto porque su historia está ligada a los orígenes de la cultura cristiana en Europa, sino porque ésa es la lengua de la América latina. Ya existen en inglés historias de la literatura hispano-americana, los periódicos suelen descubrir de cuando en cuando escritores y pensadores de que antes no había ni noticia. Don Juan Montalvo pasó a la posteridad sin que los europeos de habla inglesa, francesa o alemana se dieran cuenta de que hubiera existido tamaño temperamento. No sé que la muerte del Verissimo hubiera merecido el honor de una mención pasajera en la prensa inglesa, aunque ocurrió, según entiendo, al principio de la guerra. Hoy las revistas especiales solicitan artículos sobre la obra de poetas hispano-americanos recientemente fallecidos, y un semanario que es el vocero de los intelectuales en Londres le ha dedicado a Rodó con la firma de Havelock Ellis, unas páginas de condolido análisis, en que prueba el veterano explorador de la conciencia contemporánea cuán cerca están unas de otras, cualquiera que sea la latitud en que se agiten, las almas entregadas a la contemplación de lo bello. Rodó es una figura literaria de proporciones mundiales, pero, seguramente, si hubiera su desaparición ocurrido antes de la pavorosa conflagración que estamos presenciando, el Viejo Mundo habría dejado pasar inadvertida la enorme pérdida que con ella hicieron las letras y el pensamiento hispano-americanos. En una hora de congoja, Europa sobrecogida por la más tremenda de las crisis que haya habido en su historia, abre los brazos, abre los ojos del alma y descubre a la América española moral y espiritualmente.

Buenos Aires, domingo 7 de marzo de 1920

La mudanza es aparente
Reflexiones sobre la posibilidad de que los laboristas británicos alcancen el poder
Londres, enero de 1920

El cielo de la política está lleno de signos ominosos en los cuales cree leer el astrólogo de profesión la próxima llegada de los laboristas al poder. Para muchos políticos la cosa es deseable; consideran que los actuales procedimientos administrativos están desacreditados y exigen renovación. Opinan estos mismos profetas que toda máquina, sea política, sea industrial, se envejece y se deteriora con el uso constante, por lo cual es necesario al cabo de cierto tiempo, o renovarla en absoluto o poner otra en su lugar. Por mi parte no creo tal cosa. La república y la monarquía, la democracia y la dictadura son mecanismos tan viejos casi como la historia documentada del mundo, y aunque es cierto que alternan unos con otros, no por eso se renuevan en absoluto, como se renueva un arado cuando ha durado muchos años. Y a este respecto puede también decirse que los sistemas de gobierno avanzan menos que las máquinas ordinarias. Hay una diferencia entre el arado que se usaba en tiempo de Pericles y las grandes máquinas de vapor de la hora presente destinadas a esa labor en los Estados Unidos; pero va poca diferencia de la democracia de aquel país y de aquellos días a la democracia de los estados europeos en el siglo xx. Degeneraba aquélla como las actuales, en oligarquía más o menos desenvuelta; y si la envidia fue, como lo afirma Burckhardt en su descripción de la vida griega, la carcoma de aquellas repúblicas, no es de creer que dijera lo contrario estudiando la psicología de las democracias modernas. Los laboristas, desde luego, llenos de fe en sus destinos y en sus capacidades, se preparan para anunciar al día siguiente de ganar las elecciones (si las ganan), el principio de una nueva era de felicidad y bienandanza. El concierto no es universal: hay notas que desafinan. No faltan quienes afirmen que la llegada del partido laborista al poder por medio de un triunfo en las elecciones sería el principio de un total derrumbamiento, de una inversión de todos los valores, morales, económicos, sociales.

En mi humilde sentir el triunfo del partido laborista en las próximas elecciones generales tendrá bien poca significación desde el punto de vista de las reformas substanciales. Los socialistas están interesados, como es natural, en hacerle creer al mundo que fuera de las ideas políticas por ellos preconizadas, no hay salvación, y de afirmarlo con insistencia algunos de ellos, los menos ladinos, han acabado por convencerse a sí mismos. Haciendo delante de un espejo la mueca del terror, acabamos por crear

verdaderamente dentro de nosotros la emoción que de ordinario se exterioriza con tales gestos. Pero es fuerza convenir que las ideas morales o políticas a pesar de su fuerza innegable, no bastan para fundar transformaciones fundamentales en el progreso del espíritu. Es menester que el impulso provenga de un sentimiento general dirigido por grandes caracteres. En el curso de tres mil años ha habido en la historia dos movimientos que la han hecho cambiar de rumbo; con Cristo de una manera substancial; con Lutero en una proporción relativamente modesta. La Revolución Francesa no cumplió con su destino: destruyó el predominio de una clase social y puso el dominio en manos de otra clase más ambiciosa, más inteligente que la otra, pero menos escrupulosa. La revolución produjo muchos hombres grandes; pero el único que tenía proporciones realmente superiores llegó tarde, renegó de las ideas revolucionarias y acabó por acomodarse al viejo sistema.

Es una ilusión imaginarnos que la gran transformación que se está elaborando en los espíritus quedará realizada con sólo que obtengan mayoría en los parlamentos los partidos socialistas. Faltan los hombres que encaucen a las multitudes en álveos nuevos. Hay algo peor que esto: la magnitud de la presión que hoy ejercen sobre el individuo las condiciones sociales es de tal naturaleza que aun en los más grandes, exacerbando el sentimiento de la responsabilidad, destruye o a lo menos limita en sumo grado el vigor de la iniciativa. Hoy está probado que ese excesivo sentimiento de la responsabilidad fue una de las causas que paralizaron la acción del presidente Wilson en la conferencia de la paz. Si hubiera sido tan imperioso su carácter, como algunos quieren representarlo, es de presumir que el mundo habría asistido a una verdadera transformación.

Pero volvamos a las probabilidades de cambio de sistema político en Inglaterra, en caso de un triunfo del partido laborista. En tres sentidos principalmente anuncian la reforma los directores de ese partido. Exigen que se reconozca el derecho del operario a nombrar representantes en las juntas administrativas de las grandes empresas industriales. Piden que se nacionalicen los servicios ferroviarios y que el estado adquiera la propiedad de las minas. Por último, recomiendan un impuesto sobre el capital o, para decirlo más claro, una confiscación parcial de las fortunas privadas con la mira de amortizar con el producto de ese recurso fiscal parte de la deuda de guerra o toda ella si fuere posible.

La primera de estas exigencias estaba en el ambiente desde antes de la guerra. Las sociedades gremiales que han estado haciendo obra de educación en la mente de las nuevas generaciones hace ya cosa de quince años y que al par de la obra educativa ejecutan un formidable trabajo de zapa, no solamente piden la participación del obre-

ro en la dirección de su propia industria, sino que van hasta declarar que es el obrero quien debe poseer todos los medios de producción y administrarlos. Parece que la idea ha calado en más de una capa social, porque lord Robert Cecil y otros lores de oratoria menos eficaz o de inteligencia menos ágil, aunque igualmente oportunista, han declarado ya que esa demanda del obrero está fundada en razones de absoluta justicia. Es posible que la acepten también por sus méritos de carácter práctico. La verdad es que en el pacto con que se ha cerrado la disputa entre el gobierno y los directores de las compañías ferroviarias por una parte, y los operarios de estas empresas por la otra, se ha provisto lo necesario para que los obreros tengan una apariencia de participación en la dirección de los ferrocarriles. No era, pues, necesario para esto que los laboristas fuesen gobierno. Es dudoso, además, que, siendo ellos gobierno, la medida se hubiese implantado con tan poco rozamiento. Y, por mi parte, conociendo el régimen interior de esas juntas, me asaltan dudas tremendas sobre la utilidad que puedan los obreros derivar del hecho de estar representados en ellas. A una minoría la oprime en esas corporaciones no sólo el mayor número de los miembros que votan contra ella, sino la presión de los intereses en juego. Nada importa que haya un miembro o dos en una junta administrativa, mientras no se haya reformado la legislación que preside el manejo de las compañías.

La nacionalización de los ferrocarriles y de las minas de carbón figura entre las exigencias del partido laborista; pero hay un gran número de liberales que están por una de las dos medidas o por ambas. El punto no ha sido debatido en toda la extensión de sus posibles derivaciones. Con toda franqueza, la nacionalización de un solo servicio y de uno solo de los medios de producción me parece un expediente inepto. Si el gobierno, o liberal, o conservador, o socialista, adquiere la propiedad de las vías férreas y deja la producción de carbón al arbitrio de la iniciativa privada bajo el régimen inmisericorde de la competencia, el gobierno queda a merced de los productores de carbón; éstos podrán arruinar a su talante el servicio ferroviario o imponerle condiciones o abrumadoras o asfixiantes. Puede argüirse que, por su parte, el gobierno está en capacidad de ejercer presión sobre los carboneros rehusando transportar su carbón; pero hay que tener presente que los propietarios de las minas se mueven dentro de la esfera amplísima de la competencia en cuyo favor se ha estado legislando hace muchos años, en tanto que el gobierno entrará a regir el sistema ferroviario acomodándose a las prescripciones modestas de la cooperación. De otro lado, si el gobierno asume el papel de competidor ante los dueños de las hulleras, habrá cambiado el poseedor, pero se conserva el sistema, que es justamente lo que se quiere reemplazar en beneficio de la paz industrial. Lo que se dice de la competencia

entre el gobierno y los productores de hulla, podría decirse de los fabricantes de acero, de los armadores, de las grandes empresas textiles. De lo cual se desprende que la nacionalización de uno o dos servicios, llevada a cabo por el gobierno, antes complica que simplifica el actual estado caótico de los transportes y de la producción industrial.

Las anteriores consideraciones simplifican el estudio de la posible llegada al poder del partido laborista. Si asume este gobierno, cuando en realidad exista, la tarea de nacionalizar unos pocos servicios, la iniciativa privada le mina el suelo bajo sus pies; si pretende nacionalizarlo todo gritan "socialismo" sus opositores desde el cabo Land's End hasta las Hébridas, y con ésa palabra o la de "comunismo" o "bolchevismo" pasa a la región del oprobio el partido gobernante. No hay país donde las palabras tengan el poder corrosivo y disolvente que en Inglaterra.

Falta todavía por considerar otro aspecto del problema. El partido laborista en el gobierno será una institución democrática, burguesa y, sin poder remediarlo, capitalista. El día en que Thomas, Smillie, Henderson, Larkin, Landsbury, y acaso Webb u Orage lleguen al gobierno como resultado de las elecciones, empezarán seguramente, como Próspero en el drama de Renán, a saborear las dulzuras del poder y a considerar muy seriamente la ventaja que para el gobierno se derivaría de obtener la cooperación de los lores, los grandes terratenientes, la alta y para ellos pecaminosa banca, la prensa y los varios episcopados. "L'etat, decía Próspero, doit chercher a étre just; il doit surtont chercher a étre aimable". Esto no es inconsciente sino humano. No es la primera vez que el partido socialista llega al poder en una entidad nacional regida por instituciones democráticas. Lo hemos visto en Australia; lo hemos visto en Francia. Al día siguiente del advenimiento socialista "il n'y avait rien de changé en France, il n'y avait qu'un ministere de plus". O para decirlo en español proverbial: la calentura no está en la sábana.

Queda por analizar otro aspecto del problema. De cincuenta años a esta parte la burocracia europea ha complicado los sistemas administrativos en una forma que puede servir de tortura a los espíritus metódicos. Baste un ejemplo. Desde 1910 está sancionada en Inglaterra la ley que establece un fuerte impuesto sobre el incremento espontáneo en el valor de la propiedad raíz. Cuando el ministro de hacienda en aquellos días tempestuosos explicaba la justicia y la necesidad de ese impuesto, sus admiradores creían que era tan fácil crearlo como percibirlo. Una comisión ha estado trabajando diez años en la valuación de este incremento y, según me dice un abogado que debe saberlo, ésta es la hora en que no ha podido fijar cifras ningunas. De aquí en adelante no podrá fijarlas la bienaventurada comisión porque, con el valor de la moneda en estado de perpetua oscilación, el dueño de la propiedad tiene en su favor

el argumento de que el alza de precio no es sino aparente porque el signo de cambio se ha depreciado.

Y por último en cuanto a la nacionalización de ferrovías y hulleras en la Gran Bretaña hay un argumento "ad hominem" o si se quiere "ad patriam" de que los laboristas no podrán desentenderse porque con todo su saber y rigorismo ellos no dejan de ser humanos, entre discurso y artículo de periódico. Los ingleses poseen muchas vías férreas, algunas hulleras, no pocas fuentes de petróleo fuera de Inglaterra, en países donde ha cundido la nueva interpretación de los fenómenos económicos. En esos países las gentes observan muy cuidadosamente las medidas legislativas con que los países europeos reglamentan la propiedad; y observan con cuidado no porque allá no hayan llegado ya los partidos avanzados a conclusiones más o menos firmes en este punto, sino porque saben que hay allí propiedades extranjeras que será necesario tratar con toda especie de miramientos. El ejemplo de Inglaterra en materia de nacionalización serviría de pauta en Méjico, en Colombia, en Chile, en la Argentina, si llegara a caer ahí el gobierno en manos de las gentes que sostienen las teorías de los laboristas británicos. Y como seguramente habrá entre los propietarios de los ferrocarriles ingleses tal cual extranjero, a título de accionista, la conducta del gobierno que llevase a cabo la nacionalización sentaría un precedente de valor inestimable para los financistas de ese lado del mar que piensen en resolver el tremendo problema de la nacionalización de los servicios. El temor de sentar tamaño precedente hará cautos a los laboristas como a cualquiera otro partido a quien no le sean indiferentes los intereses de sus compatriotas.

Ya veremos que el partido laborista en el poder, favorecido anticipadamente con la buena opinión de algunos lores, y halagado en sus rosadas esperanzas por las macizas frases de los editoriales del "Times", será una cosa neutra, gris, indiferente, con puntas de burocratismo pedante y a la postre, tal vez, innocuo y versátil. Hoy tiene sobre los demás partidos una gran ventaja: no se ha ensayado en el poder. A los seis meses de mando tendrá un pasado como las mujeres verdaderamente interesantes y habrá dejado de ser temible.

Buenos Aires, domingo 29 de mayo de 1921

Los animales sabios
Londres, marzo de 1921

La notoriedad adquirida súbitamente por una sabia hipopótama que acaba de morir, ha renovado en algunos diarios, naturalmente inclinados a lo sentimental, la vieja disputa, al parecer inexhausta, sobre la crueldad con los animales. Como resultado de esta interesante discusión, acaso habrá pronto leyes encaminadas a proteger las llamadas criaturas "irracionales". El que ponga mientes en las esferas de donde proviene a veces este calificativo de conmiseración, no podrá menos de comparar la inteligencia de las abejas, verbigracia, o de los perros de caza, con la de algunos oradores parlamentarios del mundo occidental. Los espíritus maleantes dicen que la indignación reciente contra la crueldad de que son objeto los animales sabios, es un pretexto para darle salida a un sentimiento de rivalidad profesional. La dichosa hipopótama que se exhibía diariamente en las vecindades del Palacio de Cristal, ante las miradas curiosas e inocentes de un público desocupado, había sido traída a Londres por contrato. Periodistas indiscretos, que presumían conocer los términos de este documento, aseguraban que Nora, cuyo era el nombre de la sabia paquiderma, había venido a exhibirse mediante una remuneración semanal de trescientas libras esterlinas. Otras personas se exhiben en Congresos, Asambleas, Parlamentos, y no reciben ni la décima parte de tan robusto estipendio. Novelistas, viajeros, poetas líricos, filósofos sentimentales, menos discretos que la hipopótama, muestran su espíritu en largas páginas impresas, al paso que aquella no hacía ostentación sino de su cuerpo y de sus actitudes materiales. Los escritores epidérmicos del género confidencial, le enseñan al público, sin la menor sombra de pudor, sus más ocultos y venerables sentimientos. El dolor por la muerte de una esposa da lugar a que un bardo delicuescente ponga en libros una serie de poemas comunicativos en que analiza todas las formas de su acerba pena. Tennyson documenta durante tres años en una serie de poemas el dolor y el vacío que dejara en su vida sentimental la muerte del amigo Hallam. Sin embargo, ni los novelistas como Lamartine, ni los artistas de su propia disección espiritual como Stendhal, el cínico, o Amiel, el sublime; ni los poetas líricos como Baralt, ni los creadores de nuevas filosofías, han ganado nunca con la exhibición de sus sentimientos, la parte más noble de su ser espiritual, lo que ganaba Nora divirtiendo al público, con piruetas meramente exteriores, en los arrabales de Londres. Acaso en esta irritante desigualdad, en esta inferioridad del "homo sapiens" ante las

habilidades del "hipopótamos amphibius", pueda hallarse la explicación del interés con que se ha renovado en el público la compasión por los animales que sufren, y el deseo de ponerles fin a estas ferias de la animalidad inteligente.

Los que piden a voz en cuello que se suspendan y prohíban para siempre las exhibiciones de animales sabios, parten del principio de que, para enseñarles tales habilidades, los domadores someten a estas criaturas a un tratamiento en que la dureza y la brutalidad son los primeros elementos educativos. Esto puede ser cierto, o puede ser mentira; pero el reproche en todo caso no es aplicable a los domadores de fieras exclusivamente. Cuando el público ve una foca que se pasea en el circo llevando en equilibrio sobre la trompa en posición vertical una vara de madera en cuyo extremo superior hay un plato que da vueltas, no puede menos de pensar en las torturas a que fue sometida la inteligente criatura para adquirir estas habilidades. Se dice que el hambre es la mejor disciplina para educar a estos anfibios, eminentemente voraces. Puede ser. Me sorprende, sin embargo, que cuando un concurso de oyentes benévolos se deja conmover por la elocuencia de un orador sagrado o por la caudalosa prolación de un tribuno popular, el pensamiento de los encierros que padecieron en la escuela estos artistas de la palabra, o los palmetazos o reprimendas de que fueron víctimas para llegar a dominar la lógica en todos sus recovecos, no venga a perturbar la pura sensación de arte que los oradores desean comunicar.

Hay además un error de hecho en la generalización acogida por el público, según la cual es la fuerza el único sistema de educación usado por los domadores de fieras. No siempre es la crueldad el mejor método de domesticar a la bestia bravía. La paciencia suele ser más eficiente, sobre todo si viene acompañada de gran tenacidad en la dulzura. Voy a dar un resumen de la vida de un domador de fieras, leída en mi niñez en un libro tudesco, cuyo título y autor han desaparecido de mi memoria. Esta vida enseña lo que pueden la paciencia y la suavidad en la educación de las bestias. El domador, a quien llamaré Cipriano, era un chico de familia humilde que habitaba una aldea italiana del lado septentrional. Vagando por los caminos que conducían a su aldea, topó una vez el niño Cipriano con una caravana de saltimbanquis. Se le ofreció de repente a la imaginación el espectáculo de los grandes circos luminosos, llenos de bote en bote, rumorosos, profusamente decorados con banderas de todas las Naciones del globo, en los cuales galopaban al son de músicas insinuantes soberbios corceles blancos, gordos, lustrosos, de mirada inteligente, sobre los cuales iba de pie, como una diosa, la grande equitadora de la época, haciendo graciosas piruetas y ostentando bajo mallas indiscretas la abundancia de músculos, característica de este género de artistas.

Cipriano cedió a la fascinación de las imágenes evocadas en su mente infantil por la tropa errabunda de acróbatas y payasos, de caballos, elefantas, monos sabios, enanos, japoneses, tamborileros y gigantes de feria. Se acercó a uno de los carros que pasaban y dijo que deseaba ver al director. Lo llevaron a un hombre obeso, afeitado al rape, bonachón, rubicundo e inclinado a la guasa. Era a un mismo tiempo empresario del circo y payaso circunstancial. Ejercía este noble oficio, cuando estaba de buen humor, cuando el público era numeroso y daba señales de entusiasmo. Acogió con benevolencia al chico, y al saber que deseaba incorporarse a la tropa le dijo, entre burlas y veras, que para personaje tan importante como él no tenía en ese momento ningún oficio adecuado. Si quería, sin embargo, venir con ellos, podría barrer las cuadras, mientras se le ofrecía ocupación más propia de sus capacidades. Cipriano no vaciló un instante.

A los seis años de vida errante era ya un artista del trapecio; mas como sucede con los grandes talentos, esa no era su vocación; el mundo del arte le llamaba por otros caminos con fascinación irresistible. Era ya hombre y estaba enamorado de la hija del empresario. Una noche en que los íntimos comentaban con el dueño del circo el resultado del espectáculo, Cipriano, tímidamente y con dulzura, dijo que deseaba hablar secretamente con el amo. El empresario se imaginó que le iba a proponer algún negocio y despidiendo a los circunstantes se quedó solo con él. Cipriano estaba emocionado, vacilaba para expresar su pensamiento; pero al fin pudo más su corazón que la costumbre y se atrevió a decir que quería casarse con Adela, la hija del empresario. Soltó la carcajada el viejo payaso, de facha sacerdotal y vientre monástico y le hizo saber al artista de los trapecios que la idea de casarse con Adela era una temeridad, una pretensión inexcusable. "Mi hija es rica", dijo el padre medio ofendido, "y a más de eso, aquí donde me ves yo procedo de buena familia. El día que deje este oficio me compro un palacio en Dresde y me voy a gozar allí de la tranquilidad y las consideraciones a que tiene derecho un hombre próspero, enriquecido honradamente". Cipriano insistió en su demanda con humildad y discreción. No creía que el empresario fuese capaz de dejar aquella vida. Un hombre que llegaba a ponerse en contacto directo con el público y a sentir el aura del aplauso en la atmósfera cálida y artificial de teatros y circos, estaba irremediablemente condenado a perecer buscando nuevas aclamaciones. El empresario necesitaba un hombre joven que se interesase como él en la prosperidad general de la empresa. Hacerlo su yerno era el mejor modo de crear y mantener ese interés. El viejo pletórico escuchaba con una mueca de ironía que iba tomando por instantes el pliego del desprecio. Acosado por el largo silencio con que Cipriano, sin querer retirarse puntuaba sus empeños, tiró el cigarro que estaba

fumando y dijo: "He notado que te gusta enredar con las bestias del circo. Me estoy volviendo viejo y necesito un domador que me reemplace. Si te metes en la jaula del tigre de Bengala que compré hace dos meses y te quedas allí con él un cuarto de hora, te daré a mi hija".

–"¿Cuántos días me da Ud. para tentar la experiencia?", interpuso el solicitante. "¿Puedo tomarme dos meses?". "Te daría hasta tres", replicó el *clown* indiferentemente: "no tengo interés ninguno en que desaparezcas del número de los vivientes, como no insistas en tus pretensiones, ni sigas intranquilizando a la chica". "Acepto la oferta", dijo Cipriano, y en aquella atmósfera brumosa de humo de cigarro, de vapores fuliginosos emanados de una lámpara de petróleo, por encima de una mesa desnuda, los dos hombres se dieron un apretón de manos que antes parecía señal de desafío que prenda de futura alianza.

Dos meses más tarde, un medio día de verano en una ciudad del sur de Francia, el empresario despertó de una siesta anticipada a los gritos de un mozo de cuadra que venía a anunciar premuroso y consternado cómo había visto a Cipriano penetrar en la jaula del tigre de Bengala donde se había tendido inopinadamente al lado del ocupante. El empresario, su familia, los artistas independientes se precipitaron por entre los maderos, cuerdas y pasadizos a un patio enorme donde estaban las jaulas de las fieras. En efecto, allí se veía a Cipriano, tendido a un lado del tigre, cuya mirada fosforescente se paseaba por los rostros de la multitud con aire de expectativa. De cuando en cuando se volvía a mirar a Cipriano, como quien contemplaba un objeto a cuya presencia estuviese acostumbrado. Pasó un cuarto de hora de angustia, de curiosidad irritada por el silencio de los actores en ese drama espeluznante. Cipriano sin incorporarse, tendió la mano hacia la puerta de la jaula, se apoyó a un barrote, la abrió con maña y deslizándose como una serpiente salió al patio, después de correr las barras y cerrojos de aquella siniestra morada.

Hubo un silencio solemne. Ni felicitaciones, ni reproches, ni aspavientos. Cipriano se acercó al empresario y mirándolo de frente esperó que le hablase. El viejo no soltó palabra. Le hizo señas a su hija Adela, sacudida todavía por la sensación de terror y por los restos de la angustiosa expectativa. La hija se aproximó confusa y anhelante. Guardando un silencio que hacía la ocasión todavía más imponente, el empresario juntó una de sus manos con las de su hija y las de Cipriano, y con la otra bendijo aquella unión, ante una concurrencia extática, bajo el cielo ardiente y sereno a la hora de que solía aprovecharse el dios Pan para aterrorizar a los pastores. Un elefante doméstico que paseaba con solemnidad en ese momento, su mole enorme por los ámbitos del patio silencioso como una iglesia desierta, alzó la trompa por

sobre las cabezas de los circunstantes y añadió su consentimiento a la seriedad de la ceremonia, acariciando la cabeza y el cuello del venturoso Cipriano.

Este hombre reemplazó a su suegro en la dirección del circo de que vino a ser dueño; adquirió fama de gran domador de fieras y en los últimos años de su vida escribió las Memorias de donde he sacado esta relación. Allí mismo he leído que un repórter, interesado en saber cómo lograba Cipriano domar las fieras salvajes, pues se decía que ninguna había resistido al prestigio de su voluntad, recibió por corta respuesta: "Es punto de paciencia. La fuerza no doma, amedranta a la fiera y la convierte en un peligro constante. La paciencia vence a los violentos, convence a los rebeldes, consuela a los tristes, les inspira valor a los tímidos; desarrolla la inteligencia en quienes la poseen. He domado leones, tigres, elefantes, cebras, serpientes, caimanes, sin usar de la violencia, sin un latigazo, sin un grito siquiera. No ha habido sino una fiera que no he podido domesticar" y haciendo un mohín de afecto señaló con todo el rostro a la señora Adela, que estaba sentada a su lado, haciendo calceta.

Buenos Aires, domingo 19 de junio de 1921

La Justicia inglesa declara la guerra a los adivinos
Algunas consideraciones sobre la facultad de predecir el futuro y el derecho a profetizar
Londres, abril de 1921

Hasta hace pocos días los Tribunales ingleses hacían diferencia entre los adivinos que ejercían su profesión a sabiendas de que engañaban a sus clientes y los vaticinadores del futuro que procedían de buena fe, convencidos de que está entre las capacidades del espíritu humano la de prever el futuro. De hoy en adelante, los Tribunales ingleses que se rigen de ordinario por el precedente se negarán a hacer diferencia entre el impostor que vende sus pronósticos y el iluminado de buena fe que se hace pagar modestamente, en la seguridad de que el hombre tiene una segunda vista para distinguir en las brumas del futuro los sucesos de importancia.

Esta solemne decisión arguye un mecanismo cerebral envidiablemente falto de complicaciones. El discurso natural nos enseña que está en las capacidades de la mente humana predecir el futuro dentro de ciertos límites. Antes de que los chinos y los caldeos hubiesen descubierto la regularidad en la aparición de las estrellas y calculado el curso periódico de algunos planetas, predecir un eclipse era tenido por obra de hechicería. Anunciar la conjunción de los astros y explicar con anticipación las consecuencias que de ella pudieran resultar, era cosa tan recóndita para los que vivieron antes de los computadores babilonios, como lo es hoy el profetizar sobre la forma en que se va a hacer la guerra en el año 2000. La experiencia, el conocimiento, la observación, acumulando datos y descubriendo nuevos instrumentos, hacen posible la comparación de unos hechos con otros y ponen al hombre en capacidad de prever el futuro. En suma, hay ciencias que no llegan a serlo, sino cuando pueden ofrecerle al hombre los medios de hacer pronósticos dignos de aceptación. La astrología era una superstición que pretendía señalar el curso de los astros y revelar los secretos del porvenir; la astronomía es una ciencia, porque conoce las leyes que rigen el movimiento de los cuerpos celestes y puede señalar su posición con absoluta certeza. La ingeniería dejó de ser una especie de temeridad ciega el día en que el hombre tuvo a su disposición todo el embolismo de las curvas, del cálculo de resistencias, del poder expansivo de los gases y otros enmarañados enigmas. El salvaje se aventuraba sobre el vacío cortando un árbol y haciéndolo caer al través de un río; vaticinaba a tientas que ese tronco podría recibir, sin romperse, la masa de uno, de dos, de muchos hom-

bres; y el día en que el tronco se doblaba o se rompía bajo el peso de los años o de una excesiva carga, decía que los demonios habían tenido influjo en suceso tan triste. El ingeniero moderno, cuando ve hundirse entre las ondas del río la mole enorme de los tirantes de acero que había hecho preparar para resistir el peso del puente colgante, no habla de los demonios, como el salvaje, sino de su mala suerte, porque ya la ingeniería tiene honores y categoría de ciencia.

Va en verdad poca diferencia de la astucia del charlatán a las profecías del hombre de ciencia. La hechicería de Picadilly toma en sus garras la mano desnuda y graciosa de la baronesa, una mano leve como el hálito de las flores, y ponzoñosa en ocasiones como el manzanillo; la mira de hito en hito y en vez de decir que esos dedos largos y sutiles van a ser la ruina de muchos hombres venturosos que se acerquen a besarlos, le augura, entre dientes, a la dueña de esa arma peligrosa, que está muy bien defendida (cosa que sabía la baronesa); que va a recibir una carta muy importante de un hombre moreno (según es de presumir, la joven esperaba media docena); que va a hacer un viaje (al continente, o a Irlanda, o simplemente a Folkestone, piensa para su capote la adivina); que ha encontrado hoy un hombre rubio que desea conocerla. La baronesa paga media corona, se retira, y por la noche, jugando brigde con sus amigas, dice que no cree en adivinos, pero que le ha salido cuanto le pronosticó la hechicera de Picadilly.

El profesor de psicología comparada de la Universidad de Leipzig es menos cauto que la hechicera. El pronosticó en 1914 el triunfo de la raza fuerte de Alemania sobre las razas degeneradas y egoístas de Francia y de Inglaterra, y anunció con seguridad inconmovible la destrucción de la flota británica por las aeronaves tudescas. Entre la hechicera y el profesor, a más de la falta de cautela, no había más diferencia que en los honorarios.

Pero, dejando a un lado las bromas, es cierto que el hombre no puede prever todo el futuro; está solamente en capacidad de revelarlo en parte, si se pone a estudiarlo. A todo hombre puede anunciársele con seguridad que un día u otro va a desaparecer de entre los vivos. El médico afirma, con todo el peso de su ciencia, que, si el paciente se niega a cambiar de vida, va a captarse una enfermedad mortal en el curso de pocos meses. El padre cariñoso le pronostica a su hija una vida de miserias, si persiste en casarse con un primo liberal e irresoluto.

No conocemos el porvenir, acaso, afirma Maeterlinck, porque lo hemos declarado insondable y no hemos querido dedicarnos a estudiarlo con seriedad y con fe desinteresada. Un novelista francés muy llevado y traído entre banqueros y cortesanas de alto renombre, asegura que la psicología es una ciencia y que llegará en su día a pronosticar la época en que la religión cristiana le cederá el puesto al Islam, y el día preciso en que los ingleses van a evacuar la India.

Acaso el temor a lo futuro contribuya también a la ignorancia en que vivimos sobre las cosas venideras. La obscuridad del porvenir es una condición de su existencia. Si tuviéramos a nuestra vista, como en un libro o en un espejo, las alternativas de nuestra vida en una serie de años por venir, la existencia perdería para nosotros gran parte de su atractivo. Indagar el futuro es un placer que los dioses se negaron a sí mismos. No comprendo que sea un privilegio y menos un placer tener presente el pasado y el porvenir, como si fueran un libro o un cuadro de pintor futurista.

De otro lado supone gran presencia de ánimo, a más de una envidiable sencillez de parte de los jueces, el decidir por regla general que el adivino se engaña a sí mismo o está engañando maliciosamente al público. Sin esta capacidad de vaticinar lo futuro, el hombre no habría podido crear las religiones ni hacerlas prosperar en el curso de los siglos. Es raro que en Gran Bretaña, el país más respetuoso de las religiones y de las creencias del individuo, haya tribunales que condenen al desprecio de las gentes, sin limitación alguna, a los hombres o mujeres que se creen capaces de prever el porvenir y que tratan de ganarse la vida vendiendo el resultado de sus previsiones. No me atrevo a pensar que los jueces pongan en duda el mérito de los vaticinios hechos por los profetas, según da cuenta de ellos el Viejo Testamento. Hay, sin duda, gentes que rehúsan dar crédito a las profecías de la Biblia; mas no es de suponer que entre los guardianes de la ley haya en Gran Bretaña personas resueltas a hacer pública su incredulidad, por lo que respecta a los textos sagrados. En este libro, tesoro de un pueblo, como dijo Donoso Cortés, hay testimonio de que un hijo de profeta vaticinó la forma de muerte que había de tener Jezabel, la fenicia mujer de Acab, y añadió que de su cuerpo habrían de hacer pasto los perros. Pocos días después perecía esta desgraciada a manos de los conjurados, y de su cuerpo no quedó sino el esqueleto, porque, arrojada a la calle, los perros vagabundos saciaron, en ella su hambre. Es una de las muchas y edificantes profecías que corren en las páginas de la Biblia, testimonio de los siglos, libro en que se basan muchas religiones y sobre el cual extiende la mano en los juzgados el testigo al afirmar la verdad de las palabras que va a pronunciar en presencia del juez.

¿Cómo se le niega al adivino el derecho de vaticinar el futuro sin herir con la misma excepción al político inspirado de los parlamentos y de los comicios que anuncia con voz estentórea el derrumbamiento de la civilización si se consiente en la llegada al poder de un partido determinado? Ha poco asistimos en Gran Bretaña a la profecía del eclipse total de la civilización. La amenaza se cierne aún sobre el haz del mundo culto en la forma del credo sindicalista. O se quebranta la cabeza del dragón comunista o va a perecer toda la cultura recibida, clama un profeta; o se

destruye el sistema capitalista, dice una voz fragorosa del campo opuesto, o vamos a contemplar dentro de poco el fin del mundo. Así se expresaban también los profetas mayores y menores, de quienes dijo Renán, en un momento de buen humor, que eran los radicales de los procelosos tiempos descriptos por la Biblia.

En los diarios políticos, en los semanarios destinados a la propagación de ideas determinadas, en las revistas, en los libros baratos para edificación de la humanidad ignorante o adormecida en el error, hay a cada paso tremendas y ensordecientes profecías. Ellas suelen referirse a la suerte de individuos designados con sus nombres, al porvenir de colectividades, al destino final de naciones y pueblos enteros. Los que hacen de profetas en negro sobre blanco no quedan comprendidos en las graves decisiones de los tribunales ingleses sobre los adivinos. Es una fortuna. ¿Qué sería de la prensa si no tuvieran los periodistas el derecho de vaticinar el futuro? El pasado pertenece a los historiadores y a los sastres de viejo; el presente es inasible, porque desaparece antes de que lo hayamos fijado; nuestro reino es el porvenir, y para hablar del futuro es necesario poseer un firme temperamento de profeta.

La tendencia manifiesta del mundo occidental va contra las libertades del individuo. Los dos regímenes que se han puesto a reñir con el objeto de dominar las conciencias siguen los mismos métodos de supresión. Allí se prohíbe por los comunistas el uso del vodka, después que los capitalistas habían convertido en delito el uso del ajenjo, unos grados más abajo. En un país cierran todas las cantinas definitivamente y en otros señalan las horas precisas en que el ciudadano puede comprar licor por azumbres o por tragos, en beneficio de la pública moralidad. Ahora le quitan al profeta, al adivino, el derecho de ejercer su comercio, y a los limpios de corazón el privilegio de gastar su dinero tratando de prever el porvenir. Un gobierno liberal debía estimular en lo posible la tendencia del género humano a sondear el abismo tenebroso del futuro y fundar observatorios en que se pueda estudiar el tiempo venidero, así como subvenciona los institutos destinados a rastrear en las profundidades del cielo la historia de los astros y su curso sinuoso. Pero está escrito que los Gobiernos fueron por una fatalidad de su destino, enemigos de los profetas, como lo apuntó Ernesto Renán. Hubo, sin embargo, excepciones. En la antigua Roma, el Gobierno cultivaba la ciencia de la adivinación, y atendía cuidadosamente al sostenimiento de los augures, sin hostilizar en el lleno de sus funciones a las pitonisas o las sibilas. En nuestros días la ciencia de la adivinación ha pasado, por ministerio de los Gobiernos, a convertirse en un género literario nuevo que lleva el nombre de propaganda. En manos de quienes lo cultivan está el privilegio de vaticinar el porvenir, que es de rosa o de plomo, según el punto de vista de los adivinos.

Buenos Aires, domingo 26 de junio de 1921

La sanción de los tiempos
Londres, mayo de 1921

El tiempo es la prueba suprema de los grandes caracteres. A cien años de distancia de su venida al mundo y a los cincuenta de aquellos días en que el general Mitre desplegó su mayor actividad, los sucesos de más trascendencia hacen justicia a sus dotes de estadista. La organización de la paz universal, que está en el ambiente y que es la consigna de las más nobles inteligencias en la hora presente, fue una de las ideas por las cuales se hubiera sacrificado el soldado de la guerra del Paraguay. Su gestión diplomática en 1874 conjuró el peligro de una ruptura con el Brasil, y su actividad en la prensa en 1899 contribuyó a apaciguar los ánimos de sus compatriotas y a resolver pacíficamente las diferencias fronterizas con la República de Chile.

No se forjaba ilusiones sobre el género humano, cuyos apetitos había estudiado de cerca y había tenido que contrarrestar en la prensa y en el campo de batalla; pero creía en la paz universal como aspiración digna de ser cultivada. Respetó el sentimiento nacional de los diversos pueblos y reconoció valerosamente el derecho de sus enemigos "a disponer de sus propios destinos". Al marchar con los Ejércitos argentinos sobre el Paraguay proclamó sin lugar a equívocos que no iba a intervenir en la política del país enemigo ni a imponerle Gobierno determinado, sino a pedir satisfacción por un agravio hecho a su país, obtenida la cual, el Paraguay quedaría libre de escoger su forma de Gobierno y sus mandatarios. Era el estadista que se adelantaba en la práctica a los teorizantes de 1919, incapaces de sostener en la práctica, ante circunstancias adversas, lo que habían sostenido antes de la victoria.

Fue amigo, con amistad inviolable, de todos los países americanos, y no cesó de utilizar en beneficio del pueblo argentino su conocimiento de las Naciones puestas en Europa por un hado benigno a la cabeza de un movimiento civilizador. Amó a Francia con predilección cerebral y admiró con crítica severa la política de Estados Unidos. Tenía presente a todas horas la vida de los grandes estadistas británicos y de ellos tomó el consejo e imitó la prudencia.

El diario fundado por él en 1870 es una de las adquisiciones de que puede gloriarse la cultura americana. El general Mitre se envanecía de haber sido impresor, de haber corregido pruebas para sostener diarios fundados en el destierro. Dedicó todas sus energías a engrandecer su patria, y cuando vio acercarse su última hora tuvo el

placer de contemplar un pueblo libre que había adquirido la noción de su valer en la vida americana y cumplía su destino sin arrogancia y sin vacilaciones.

Su actitud ante el vasto y complicado problema de la inmigración, fija uno de los rasgos salientes de su carácter y de su previsión de estadista. Fiel al principio eminentemente liberal de conservarle al individuo el mayor número posible de iniciativas en contraposición a las tendencias absorbentes del Estado, mantuvo con elocuencia en la Cámara de Senadores las ventajas de la inmigración espontánea sobre la que pudiera obtenerse por medio de la intervención oficial. Los problemas que la inmigración favorecida por medios artificiales y aun artificiosos, ha suscitado en América, tanto al norte como al sur del continente, dan testimonio de la capacidad del general Mitre para prever el futuro.

"LA NACIÓN será una tribuna de doctrina", dijo en el primer número de su diario, y acaso por haber mirado siempre la política desde el punto de vista de la doctrina, no llenó en el escenario político de su patria el papel a que le daban derecho su valor, su generosidad, su visión de los tiempos, su conocimiento de los hombres. "Nos conocimos en el aula de Matemáticas", decía el general a Juan Carlos Gómez en una carta de 1869, "resolviendo problemas algebraicos y trazando usted curvas, como ahora y yo rectas, como usted dice". La recta para Paul Louis Courier, no es en política, el camino más corto entre dos puntos dados. Cuando el general llegó a la completa madurez, la ciencia y la práctica del Gobierno, se habían convertido en Europa y en América en una serie de transacciones, de apaciguamientos, de liquidación de intereses en que la doctrina parece ocupar un puesto en el plano de segunda línea. Sin embargo, en las horas tremendas en que se decide la suerte de los pueblos, el principio, los ideales generosos, la doctrina adquieren de nuevo su poder con caracteres de fuerza cósmica. Así han venido a evidenciar los tiempos la previsión del general Mitre y a justificar su fe inalterable en la eficacia de la doctrina y en la línea recta.

Perteneció a aquella escuela de estadistas que han menester el alivio de las letras humanas para reposar del ajetreo y de los sinsabores anexos a la política militante. Gladstone reposaba de las faenas parlamentarias traduciendo algún clásico latino o componiendo versos en la lengua de Dante; Ruggiero Bonghi abandonaba por instantes la pluma cáustica del polemista o las labores ministeriales para explicarles a las gentes por qué la literatura Italiana no era popular en Italia, o para enternecerse comentando los sonetos acorazados del "Ca ira" de Carducci, sobre la suerte impía que corrieron las victimas augustas de la Revolución Francesa. Mitre traducía a Horacio en sus horas de ocio, y ponía en verso castellano la "Divina Comedia", como buscando en ese tesoro de la sabiduría medioeval un lenitivo a los azares de la vida presente.

Buenos Aires, domingo 4 de junio de 1922

La novela americana en España
A propósito del último libro de Carlos Reyles
Madrid, abril de 1922

Carlos Reyles, a quien conocen de larga data y en virtud de una producción sincera, personalísima y de mucho significado esotérico los lectores de LA NACIÓN, publica en España una hermosa novela de costumbres andaluzas, un estudio racial basado en la observación directa de los tipos y en el contacto inmediato con un pueblo de vida intensa, de arraigadas tradiciones, colocado en el sur de Europa como para servir a un mismo tiempo de valla a la endósmosis africana y de punto de contacto histórico entre dos civilizaciones.

Reyles no es un mero narrador. En obras anteriores ha dejado la flor de su pensamiento analizando los caracteres determinantes de la vida contemporánea, el influjo del oro, el valor ético de la fuerza, la asoladora irrupción del pesimismo en las sementeras del espíritu humano. Su visión del mundo es acre y sana como las medicinas francas. Huye de las soluciones acomodaticias con el mismo cuidado con que se aparta de los entusiasmos doctrinados. Prefiere los azares del camino en busca de la novedad a las llanuras fáciles en que hacen demora las convenciones innumerables y las convicciones soñolientas. Apenas hay aspectos de la vida intelectual que le sean indiferentes; puede decirse que ninguno de ellos le es extraño. Su inteligencia señoril, su curiosidad cerebral se han paseado por todos los ámbitos del pensamiento. Se niega a reducir su campo visual. Su pasión de comprender es tenaz y valerosa. En este libro, en que las virtudes del pensador resaltan en la intención y en el poder analítico, Reyles da muestra de sus capacidades para penetrar en el fondo emotivo del espíritu humano y para representarlo en sus fases más interesantes. Se hacen visibles, además, sus talentos de escritor descriptivo y de narrador fácil y discreto.

La obra da testimonio de una inviolable probidad intelectual. Reyles ha vivido a Sevilla con intensidad y regocijo espiritual antes de empeñarse en la tarea de pintar las costumbres andaluzas. Sin duda hay lazos estrechos de consanguinidad entre el autor de esta novela y la raza que en ella está descripta, con todos sus anhelos, sus pasiones vehementes, su amor a la vida y su indiferencia ante el peligro. El concepto general de la novela es la afirmación de los caracteres raciales del pueblo andaluz y, por extensión, de toda la gente peninsular. No hace el autor diferencia entre virtudes y vicios. Admira las unas y acepta los otros como elementos naturales e irreductibles

del alma de cada pueblo. Si se tratara de eliminar de la raza lo que en concepto de la moral corriente lleva el nombre de vicios, el pueblo perdería su carácter, su originalidad, su razón de ser específica. Y, al perderlos, no sería un pueblo, sino una mera agrupación de hombres. Los anhelos, los ideales, las costumbres determinan mejor el alma de una raza que el curso de los ríos, los riscos o las playas de una costa, la dirección y la altura de las cordilleras. Con palabras semejantes a éstas manifestaba un pensador francés sus dudas respecto a la influencia tiránica del medio físico y del momento histórico según la explicaba el autor de "La Inteligencia".

Los personajes principales de la novela expresan, cada uno a su modo, el alma de Sevilla. Paco, el joven patricio que abandona sus preocupaciones de rango para rehacer la fortuna de su familia en los azares del redondel, personifica el valor de la raza, su amor a la vida libre, los rezagos de nomadismo que dejó el árabe en aquel paraíso de los musulmanes. Pura trata inconscientemente de representar, por medio de las danzas y el canto propios de la región, el espíritu de la tribu. Algo que bulle en sus entrañas la hace comprender que es posible mantener vivo en su gente el espíritu a que la raza debe las cualidades históricas que se han hecho manifiestas en los pintores, en los hombres de espada, en los que llevaron a mundos desconocidos toda una civilización. Los espectadores del baile afirman su noción de lo andaluz en las flexibilidades del canto hondo y en las actitudes livianas a un mismo tiempo y dolientes de ese cuerpo que obedece a la música como las vértebras de la serpiente domesticada. "Aquel baile –dice Reyles– trasunto fiel de la voluptuosidad mora y del orgullo español, les revolvía en los antros más recónditos del alma los instintos obscuros, las levaduras extrañas de abandono e imperio, de dolor y placer, de vida y muerte que fermentan en el fondo de todo erotismo". Estas palabras parece que fueran el lema, la intención oculta, la medula espiritual del libro. Pitoche, enfermo, arrepentido de sus desvíos, dominado como Pura y Paco por la fiebre histriónica y por el amor, expresa en su vida y en sus cantos la incoercible melancolía de la raza, aquella tristeza sutil que ha hecho nacer en Andalucía los grandes líricos españoles, de Góngora a Bécquer, y los pintores que han expresado con mayor eficacia el dolor espiritual y los tormentos de la carne. Por último, Cuenca, el filósofo de la novela, cubierto con las apariencias de pintor moderno, pitagoriza con natural encanto y señala el puesto que a cada personaje le corresponde en la resurrección del viejo carácter español. Aparece de cuando en cuando, como el coro de la tragedia griega para explicar el significado moral de los personajes. Es el cemento que separa y mantiene en sus puestos las piedras vivas de la estructura sentimental e ideológica.

En estas páginas queda un lujoso análisis del alma de Sevilla; una visión intelectual del pueblo más ardiente y apasionado entre los que forman el acervo español. Aunque la novela tiene un hondo sentido filosófico y abunda por dondequiera en rasgos donosos de pensamiento original y profundo, no adolece del vicio común en libros parecidos a éste de convertir la narración en una excrecencia de las teorías morales o amorales que el autor ha querido poner de manifiesto. Me vienen a la memoria aquellas ficciones de una mente juvenil en que Maurice Barrés quiso fijar los caracteres del alma lorenesa. Son obras en que la vivacidad de la emoción queda un tanto velada por el aparato pedantesco de una construcción filosófica. En el "Jardin de Bérénice", tan lleno de símbolos, tan rico en paisajes espirituales, la narración se pierde a veces, como el hilo de agua en los arenales sedientos, bajo el cúmulo de las generalizaciones inadecuadas. Para aturrullar a los burgueses de una época enferma de insensibilidad cutánea parece que hubieran sido imaginadas aquellas argucias de pensador que ya denuncian la despótica influencia de Hegel, ya se presentan a la manera de las composiciones de lugar a que fue tan afecto Ignacio de Loyola. No es maravilla que espíritu tan voluble haya venido a fijar sus complacencias de la edad madura en los "tostados y estériles arenales" del nacionalismo intransigente.

Por una feliz combinación de cualidades literarias, el libro de Reyles es a un mismo tiempo argumento en favor del "criollismo" y piedra de escándalo para quienes pretenden llevar esta aspiración o teoría a sus conclusiones extremas. Por ser un libro de observación directa, por referirse a las costumbres de un pueblo que tiene grandes semejanzas y afinidades con la patria del autor, "El embrujo de Sevilla" cae bajo las exigencias del "criollismo". Sin embargo, los más fervientes apóstoles de esta doctrina literaria deplorarán que Reyles, en vez de pintar las selvas uruguayas o las llanuras del Plata, haya venido a complacerse en las fascinaciones irresistibles con que le atraen de consuno la naturaleza y las gentes andaluzas. Es el colmo de la intransigencia. Objeto del arte literario es pintar caracteres y hacerlos moverse en el ambiente de donde han surgido. Lo que importa es conocer el medio, haber observado los tipos humanos que en él se mueven y, si es posible, haber participado de sus alegrías y dolores.

Hacer poesía descriptiva de los jardines de Tiflis sin haber visitado la comarca, es flaqueza propia de poetas a quienes punza el contacto con la realidad. Pero no hay región, no hay entes humanos que no puedan caber en el cuadro de la novela cuyo autor se ha dado el trabajo de estudiar la una y vivir la vida de los otros. Menos exigentes fueron los contemporáneos de Corneille que recibían "El Cid" sin averi-

guar de dónde sacaba el poeta su conocimiento de las costumbres españolas muy anteriores a su época.

Aun en el uso del vernáculo andaluz ha gastado Reyles una solicitud tenaz y vigilante. Sin duda ha hecho larga demora entre los tipos que ha descripto su pluma exigente, porque a menudo es preciso recurrir a los expertos para descifrar el sentido de algunas palabras, las cuales no vienen, en boca de los personajes, a manera de ilustraciones del habla regional como en las descripciones de Borrow, el misionero de la Biblia protestante, sino que se acomodan admirablemente al estado de alma sugerido o descripto por el narrador. La lengua pura, el castellano vivaz y riquísimo de Carlos Reyles no ha menester encarecimiento. Su estilo fluye natural, sobrio o copioso, para ajustarse a las exigencias del pensamiento. Es de una elasticidad orgánica. Rivaliza en ocasiones con la paleta de los impresionistas cuando quiere comunicar la impresión de los colores vivos o de los más delicados matices; y no les va en zaga a los más atormentados escultores de la hora presente cuando se pone a sugerir el movimiento en sus más frenéticos arrebatos, describiendo las actitudes imposibles, las languideces, la liviandad y el desenfreno con que expresan sus anhelos las gentes del tablado.

Buenos Aires, domingo 11 de junio de 1922

La tierra del mañana
Madrid, abril de 1922

Ante un público internacional, abigarrado y manifiestamente atraído por la fama del conferenciante, leyó ayer en español el profesor Meyer-Lübke un curioso estudio encaminado a señalar la influencia de los grandes centros culturales sobre la evolución de las lenguas. Al decir que leyó en español exagero un poquillo. El acento era netamente alemán, como podía esperarse. La construcción era manifiestamente española mientras el profesor leía; mas cuando abandonaba las cuartillas y se ponía a ampliar por medio de ejemplos la teoría que llevaba entre manos, la lengua de Castilla le cedía modestamente y contra la voluntad del orador, el puesto a la italiana, con la cual está más familiarizado, según todas las apariencias.

En el Centro de Estudios Históricos había todo género de oyentes: alemanes sólidos y formales como su raza; inglesas tenues, correctamente interesadas en las vicisitudes de la lengua y de los pueblos latinos; americanos y americanas de Estados Unidos, en cuyos rostros se adivinan la salud física y la alegría de vivir; españoles de las actuales y pasadas generaciones que venían a rendir homenaje a la ciencia alemana. Acaso había sudamericanos en el concurso, pero no alcanzó a distinguirlos entre las diferentes nacionalidades mí escaso conocimiento de los caracteres raciales.

El profesor siguió las huellas de algunas palabras al través del tiempo y del espacio para indicar de qué manera los centros de cultura suelen obrar modificaciones substanciales en el lenguaje. Mostró, por ejemplo, que la palabra francesa "cercueil" y la tudesca "sarg" son voces cultas, procedentes del griego e impuestas por los eruditos de Colonia y Treves, a despecho del uso popular. Pero la tesis más importante del señor Meyer Lübke y la que motiva esta correspondencia es la relativa a la desaparición del futuro latino en las lenguas románicas. Es un hecho filológico presente en todos los idiomas de origen latino y en muchos de los indogermánicos de otra índole, que la inflexión del futuro en las lenguas sabias dejó de existir en el momento de la gran transformación lingüística a que se debe la formación de la mayor parte de los idiomas modernos de Europa. Acaso sea conveniente explicar, más al por menor, el pensamiento del filólogo alemán. El futuro del verbo latino desapareció al popularizarse esta lengua en las comarcas que habían formado parte del imperio romano. Suele hablarse del latín como lengua madre, dándoles el carácter de hijas a las romances. La imagen es impropia. No hubo lengua madre que muriese y de cuyos

despojos surgieran nuevos dialectos. El hecho histórico y racional se explicaría mejor diciendo que los españoles, los romanos, los galos, los italianos y los portugueses, al desaparecer el imperio romano, continuaron usando a su modo la lengua que Roma les había impuesto. Los que hablamos hoy español estamos hablando un mal latín sin percatarnos de ello. En los tiempos de eclipse cultural, del siglo quinto al duodécimo, la gente rústica, la soldadesca, los esclavos, los mendigos y bandoleros satisfacían sus necesidades de expresión con muy pocas palabras y menos inflexiones. En ese período se perdieron las formas que para expresar el futuro tenía en abundancia el verbo latino. El pueblo inculto no sentía la necesidad de usarlas porque el porvenir le tenía sin cuidado o no lo entendía absolutamente. Cuando los monjes y los eruditos intervinieron en la fijación y enriquecimiento del habla vulgar notaron la falta y, para suplirla, echaron mano de circunloquios que luego se fundieron en una sola palabra, completamente distinta del vocablo latino correspondiente.

La ausencia del futuro en el verbo primitivo de las lenguas románicas es, pues, de acuerdo con los datos de la filología, un signo manifiesto de pobreza intelectual. El hombre capaz de concebir el mañana es el hombre que creó la lengua griega, la filosofía de Platón, la noción romana del derecho, la frondosa vegetación de las declinaciones y conjugaciones latinas. Los hombres incultos que del Gades al Tanais y de las Gallas al Ponto Euxino quedaron dueños por unos siglos de la suerte de Europa, en la obscuridad de los tiempos medioevales, no concebían ni tenían medios orales de expresarlo. Vivían como los paletos humildes de nuestros días en la hora presente, que, al escapárseles, se convierte en pasado, por el cual suspiran considerándolo superior a las realidades inmediatas que lo van reemplazando de continuo. La capacidad, por lo tanto, de pensar en el futuro es un distintivo de inteligencia más penetrante, y, lo que es más significativo, un elemento cultural de vasta trascendencia. Hasta aquí el Sr. Meyer-Lübke.

A este punto deseaba yo traer a los alemanes e ingleses y a los sajones de América en cuyas actitudes vivaces o reposadas estudiaba ayer el vivo interés que les producían las teorías filológicas del conferenciante. Las razas que se llaman a sí mismas sajonas, para enorgullecerse de su superioridad sobre los pueblos marcadamente latinos, están reprochándoles a los españoles de España y de América su actitud ante el mañana. Los viajeros intonsos que pasan de Estados Unidos a Méjico, llevando en el magín anticipadamente las teorías sociológicas por desarrollar en una obra de viajes, empiezan por denominar, con aire de protección, a la república del Sur, "la tierra del mañana". Los ingleses que vienen a España y cometen en seguida la indiscreción de confiarle al libro sus impresiones de viaje, casi nunca resisten la tentación de hacerles a

los españoles el cargo de que lo dejan todo para el día siguiente. Sería grave injusticia no decir que los españoles han acabado por someterse a este juicio de los extranjeros. Larra, contagiado por educación y por influencias atmosféricas del concepto extranjero sobre la procrastinación de los españoles, bordó aquellos alamares caricaturescos de "Vuelva Vd. Mañana", artículo de costumbres en que se basan todavía las gentes de otros países para sostener que España es la "tierra del día siguiente".

No dudamos que lo sea, pero eso probaría, a ser justa la doctrina, del grande hispanista alemán, que la Península es el pueblo más culto de Europa, ya que al través de los siglos conserva y desarrolla una noción que se hubiera eclipsado totalmente, a no haber habido en las tinieblas de la Edad Media, eruditos, filósofos, monjes aficionados al culto de las letras, que tratando de renovar la ciencia de los antiguos, restablecieron, por medios artificiales, el concepto de lo futuro, de que no querían enterarse las gentes rústicas, empeñadas en atender solamente a, las exigencias cuotidianas de la vida.

A más de las razones de estrechez mental, de que rinde pleno testimonio la filología, hay otras que se relacionan con la actitud que el hombre asume en presencia de la muerte. La incapacidad de mirar al futuro era también en los principios de la Edad Media el resultado del pavor a la muerte. No sólo influía el miedo a la cesación de la vida individual, sino a la desaparición de toda la especie. Los poetas que son siempre los vaticinadores del mal inmarcesible y ubicuo, habían logrado convencer a las pocas gentes capaces de prever el futuro, de que en el día primero del siglo XI todas las cosas iban a perecer y el hombre con ellas. A medida que esa época se acercaba, crecía el temor y con el miedo la repugnancia, entre las personas sanas, a hablar del fin próximo. La única visión del futuro que cabía en la mente de aquellos hombres era la del total aniquilamiento de la especie. La imaginación de profetas y evangelistas había fijado en palabras de fuego aquella terrible coyuntura. Es natural que el campesino, amante de la vida, ligado a ella por lazos estrechos, contento de poseer la tierra en unión de su mujer y sus hijos se negara a poner el pensamiento en la visión de Ezequiel: había espectáculos más cercanos y más afables que ése para atormentarse el espíritu con las creaciones de una inteligencia morbosa. El futuro era la muerte y el juicio final. No es extraño que en las lenguas nacientes de aquellos días faltase la inflexión verbal destinada a representarlo. En la Inglaterra supercivilizada del siglo XX el hablar de la muerte es indicio de mala educación y de gusto extraviado.

Al español que hizo revivir el futuro en su lengua de una manera orgánica, incorporando el giro nuevo en un solo vocablo, al revés de los teutones y escandinavos que persisten en valerse de tímidos rodeos para representarlo, la muerte, como

espectáculo, no le arredra. Parece que se complace en representarla con delectación artística y filosófica. El aparato de la muerte es la nota más viva y más genuinamente nacional de sus grandes pintores. La pasión de Cristo, los descendimientos, los tintes pálidos, los verdes obscuros, las carnes amoratadas, las heridas abiertas, la angustia mortal de los santos y de los condenados al último suplicio, la meditación en las postrimerías de la existencia, según las concibieron los padres de la Iglesia, tales son los temas, los rasgos predominantes del arte nacional que cuenta entre sus grandes figuras a Ribera, a Valdés Leal, al Greco y a Francisco Goya.

Si la preocupación del futuro es el signo preclaro de la cultura intelectual, el mañana de los españoles, indica, sin lugar a duda, que este pueblo ha sido el puente entre una civilización moribunda y un nuevo concepto de la existencia. Si el horror a la muerte y al sacrificio son señales de flaqueza física y moral, el pueblo que se complace en la representación de estas miserias inherentes a la humana naturaleza, tiene de las realidades una noción sana y precisa. Teófilo Gautier se desesperaba y gemía protestando contra los pintores que espaciaban en telas de una realidad imponente la tristeza del vivir y las desgarradoras imágenes del sufrimiento físico y de 1a muerte conquistadora. Era el franco primitivo que se negaba a contemplar el futuro.

La civilización industrial, que denominamos cristiana por temor a la precisión en el uso de los vocablos, ha confundido las nociones elementales, las ideas básicas del espíritu humano. Merced al influjo español, los otros pueblos europeos han acabado por adoptar el culto del mañana. Hace tres años que están empeñados en crear la paz, y, de conferencia en conferencia, no hacen otra cosa que prolongar la guerra o, sus consecuencias hasta el día siguiente o el próximo congreso. Un celta sin letras, que acaso por la raza y por la escasa cultura se niega a percibir el futuro, pugna hace tres años por llegar a un entendimiento con los sármatas y cimerios, en tanto que sus colegas, más imbuidos que él en las ciencias nuevas y en el culto del porvenir, aplazan para el día venidero la solución de ese problema y otros de no menor significación y urgencia.

"Mañana, dicen los ingleses, es el talismán de los españoles". Según los prácticos habitantes de las Islas Británicas, de este lado de los Pirineos todos los hechos importantes se verifican en la aurora o más bien en la tarde del día siguiente. Esto lo dice un pueblo que en cincuenta años no ha podido llegar a una decisión precisa para hacer un puente submarino de sus islas al continente. Así se expresan los residentes en la ciudad más poblada del globo cuyas habitaciones tienen todavía el sistema de calefacción que usaron los súbditos de Boadicea. Continúan hablando del mañana español en Londres y en el Mánchester los representantes de la raza imperial que no

han logrado formarse una idea clara y documentada de la manera más eficaz de evitar las brumas cargadas de hollín que hacen del día noche en varios meses del año y representan un costo de 25 duros anuales para los pacientes sujetos que se han resignado a sumergirse en ellas y aun suelen exaltar su belleza en cuadros incomparables y en prosas de valor descriptivo obvio y permanente. "En verdad, en verdad" –nos dice la filología moderna–, la Europa de los tanques, de los gases mefíticos, de la geometría non-euclídea y de las flamantes enseñanzas de Einstein sobre el principio de la relatividad. La Europa novísima, al supercivilizarse vuelve a ser la "Tierra del mañana".

Buenos Aires, domingo 11 de marzo de 1923

Canje de civilizaciones
Madrid, febrero de 1923

Con toda la solemnidad de sus tradiciones políticas y literarias, invita la "Gaceta de Colonia" en su número de 30 de diciembre de 1922 a una determinada República de la América Meridional a que envíe el mayor número posible de estudiantes a las universidades alemanas. La maternal "Gaceta" y su corresponsal sudamericano desean benévolamente ofrecernos la ocasión de absorber en grandes cantidades y sin el intermedio de la acción británica o de las explicaciones francesas toda la ciencia alemana de que seamos capaces. Pero esa benévola intención no es el único objeto de la oferta. Hay en ella un fin más o menos interesado y grandemente patriótico. "Lo que habemos menester", dice la "Gaceta", "es aprovechar la ocasión de hacernos conocer para destruir las fábulas y quimeras acerca de nuestra barbarie. Hagamos fácil esta obra de rectificación recibiendo alumnos extranjeros a quienes hacer partícipes de la fastuosa ciencia alemana y de las ventajas de nuestra cultura. Es éste nuestro buen derecho, en el ejercicio del cual nadie puede ponernos trabas".

No cabe, pues, en el cerebro de la gente alemana, ni la más leve duda de que la América del Sur tiene mucho que aprender y recibir de los sabios tudescos. Ello es la verdad. También es cierto que desde 1870 está en el interés de los alemanes y de otros pueblos europeos destruir en la América del Sur y en la del Norte ciertas nociones relativas a la barbarie del antiguo continente. No vaya a imaginarse que resulte fácil esta obra de eliminación después de las revelaciones que ha hecho la prensa de todo el mundo acerca de la manera de cómo se condujo cada beligerante en la guerra de 1914. Tampoco es muy propicia la historia de la paz desde 1919 a 1923 para destruir las "fábulas y quimeras" con que la imaginación de los americanos ha vestido el concepto de la "civilización europea". Los alemanes continúan creyendo que Sud América y Méjico fueron creados especialmente por la Providencia para servir de campo a la enseñanza de los sabios formados en las viejas y nuevas Universidades del imperio. En esta creencia los acompañan las demás Naciones europeas y cada una de ellas reclama naturalmente el primer lugar en la categoría de la capacidad civilizadora. Que Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Suecia, Dinamarca, Suiza y Bélgica tienen mucho que enseñarnos, apenas habrá quien lo dude entre los habitantes de estas sabias agrupaciones humanas. Sin embargo, profesores, estudiantes, periodistas, obreros, toda la Europa civil y pensante, manifestaría una gran sorpresa

si les dijera algún sudamericano, poco temeroso del ridículo, que hay una cultura del otro lado del Atlántico y que de ella pueden aprender cosas útiles los europeos y descubrir nociones sobre la vida en cuyo análisis y confrontación pueden gastarse años con gran provecho.

De regreso de China en 1921, empezó Bertrand Russell, el sabio matemático inglés, a dictar unas conferencias sobre la civilización del Extremo Oriente. Acudían a estos regocijos públicos de la inteligencia las personas que en Londres bucean el alma de otros pueblos. Llamo regocijos públicos de la inteligencia a estas conferencias porque el filósofo de "Principia Mathematica", es, aunque decirlo parezca una salida de ingenio, hombre que tiene del mundo una visión plácida, en la exposición de la cual suele hacer uso apropiado y sobrio del procedimiento humorístico. Es costumbre en Inglaterra conceder al auditorio, al fin de las conferencias, sobre todo cuando se ha pagado, la entrada, el derecho de hacer preguntas sobre el contenido de la enseñanza impartida por el conferenciante. En una de las dictadas por Russell acerca de la civilización oriental y de las actuales relaciones de China con los poderes europeos, uno de los oyentes pidió permiso para formular una pregunta. Se lo concedieron. El postulante era una mujer que parecía bien informada. La pregunta era un tanto abstrusa. Empezó la señora por recordar que un excéntrico millonario inglés había fundado un censo para que se enviasen de China a las Universidades europeas gran número de estudiantes y preguntó en seguida al conferenciante si en beneficio de las buenas relaciones entre los dos pueblos no sería conveniente iniciar una copiosa subscripción popular destinada a traer todavía más estudiantes chinos a las Universidades inglesas.

Bertrand Russell en su réplica dijo que tenía por acertada y muy oportuna la idea de levantar una gran subscripción en beneficio del mutuo conocimiento del Imperio británico y de la República chinesca, pero en esta ocasión el conferenciante juzgaba más adecuado enviar a los ingleses a estudiar a China que traer chinos a estudiar en Inglaterra. Rieron algunos oyentes a carcajada suelta; otros sonrieron con aire de superioridad, todos nos regocijamos con lo que parecía un rasgo de humor, característico en el más tenaz escudriñador del mecanismo del conocimiento. Pagamos caro nuestro regocijo. El conferencista observó, cuando los más estrepitosos habían dejado de reír: "Esta es la última de las conferencias que dicto acerca de la vida y la civilización en China. La han precedido otras cinco. Las carcajadas y las manifestaciones de buen humor con que han contestado los oyentes a mi propuesta de enviar ingleses a estudiar en China, prueba que el sentido íntimo de la enseñanza que he estado tratando de comunicar no ha sido comprendido. Europa tiene mucho que aprender

del Lejano Oriente y muchas de nuestras miserias acaso no tengan otro correctivo que rectificar nuestro concepto general de la existencia, siguiendo en muchos pormenores el ejemplo de aquel gran pueblo". Ya no era el caso de reír. El auditorio estaba formado por gentes ansiosas de aprender cosas nuevas y de ensanchar el horizonte de su comprensión intelectual; pero en su mayor parte eran británicos y no podían deshacerse de la pátina de tradiciones depositada por los siglos en la superficie moral de la raza. No hubo más risas. Podría decir que a los que rieron primero les queda todavía en el paladar intelectual un dejo de amargura al recordar aquella reprimenda.

Es muy gentil la oferta de los alemanes a los estudiantes sudamericanos. Importa que las Naciones del otro lado del Atlántico se apresuren a aceptarla; no sin ofrecer, por supuesto, en reciprocidad, nuestras universidades y colegios a la juventud alemana. Y es inútil y aun de mal gusto sonreír. La Europa más culta y mejor dotada de Universidades, de institutos técnicos y de museos, puede también rectificar su concepto de la vida, y ello en beneficio de su propia cultura, enviando jóvenes estudiantes a las Universidades americanas del sur y del norte. Enviar profesores es muy útil, y no estaría de sobra que algunos de ellos viniesen también a Alemania de la América Meridional; pero en ese canje de cerebros cristalizados apenas hay que poner nuestra esperanza. El profesor no se modifica y lo que importa hoy substancialmente es lograr una transformación en el estado de espíritu general de los pueblos y de las razas. Se deben enviar estudiantes, muchos estudiantes alemanes, a la América del Sur y no hay Nación europea que no gane considerablemente con un éxodo abundante de su juventud estudiosa al otro lado del Atlántico. El cerebro estudiantil es plasmable. Antes de los treinta años el hombre no ha fijado en principios concretos o en líneas netamente definidas su concepto de la vida. Apenas a esa edad puede decirse que ha acumulado suficiente experiencia para tomar una actitud razonada y razonable ante el conflicto vital. Sería deseable por lo tanto que una corriente ininterrumpida de jóvenes europeos en busca de las Universidades americanas viniese a formar un aspecto de las relaciones entre los dos mundos. Europa tiene mucho que aprender, pero sobre todo tiene mucho que olvidar. Es menester que archive sus odios; la están disolviendo. Ha de modificar sus costumbres burocráticas bajo cuyo peso cristaliza en formas monstruosas la noción de privilegio.

De América traería la juventud europea un concepto más sereno de la vida, y en el contacto con la mente de aquellos pueblos jóvenes que no se sienten rodeados de enemigos y que tienen el sentimiento de la unidad del género humano, se irían esfumando los viejos rencores góticos, exacerbados durante generaciones y generaciones por los textos de historia en las escuelas del Estado, por los monumentos públicos,

por la nomenclatura de calles y plazas, y, para que no falte nada, por la prensa y por los partidos políticos que han hecho de la propaganda y exacerbación de los odios nacionales su táctica de "panem lucrando". En América aprendería la juventud europea, siguiendo los cursos de las Universidades, que es posible vivir durante medio siglo en paz perfecta con los vecinos. No se necesita una gran capacidad generalizadora para llegar a la conclusión de que los grandes armamentos navales o terrestres no son una necesidad de los pueblos; pero la razón sola no ha podido enseñarlo a gentes tan comprensivas como los franceses o los alemanes. De vivir años en América el adolescente se americanizaría en el concepto de la seguridad resultante del respeto al derecho de todos y en el no menos cristiano de no codiciar los bienes ajenos.

En las Conferencias de la Paz celebradas en La Haya en 1899 y 1907, las grandes potencias, ufanas con el recuerdo de recientes victorias, no retrocedían ante el uso de argumentos encaminados a probar la necesidad y aun la importancia de la continua preparación a la guerra. Ya existía, sin embargo, el precedente sentado por la Argentina y Chile sobre limitación de armamentos. El desquiciamiento general de la vida europea, como resultado de aquella preparación y vigilancia, no les ha enseñado nada a los Gobiernos de Europa. Dos grandes poderes que forman parte de la Sociedad de las Naciones han mantenido durante seis meses a Grecia y a Turquía en guerra, suministrando a hurtadillas elementos materiales y morales con el mayor empeño de hacer vencer a una de ellas en detrimento de la gran potencia rival. Ante ejemplo tan esplendoroso de inmoralidad política, séanos permitido creer que la juventud europea, destinada a regir los destinos de estos países, saldría ganando si se la sometiera por unos años a la disciplina de nuestras Universidades, en donde podría evitar el influjo corrosivo de estos ejemplos y olvidar, con un mediano esfuerzo, en beneficio de su higiene mental, los últimos cincuenta años de la vida política, en la parte más culta del Viejo Continente.

Buenos Aires, domingo 17 de julio de 1923

Un humorista sudamericano
Madrid, marzo de 1923

El Sr. Arturo Cancela, escritor argentino de buen nombre en la prensa bonaerense, acaba de publicar un volumen de cuentos cortos, bajo el título de "Tres relatos porteños". Es un libro netamente americano, y por su forma y contenido, saludablemente original. Su americanismo resalta en la gran capacidad observadora de su autor. Siempre fue mérito sobresaliente de la novela americana, desde "Inocencia" y "María" hasta "Channan" y "Frutos de mi tierra", la verdad con que en ella está vertido el ambiente dentro del cual se mueven los personajes. Gran virtud es la imaginación e imprescindible compañera del novelista; pero muy ocasionada a tropiezos como no le preste su apoyo una visión directa y minuciosa de las cosas exteriores.

Cuando hablo de la visión minuciosa de los objetos, no quiero dar a entender que sea el señor Cancela un descriptor prolijo a la manera de los naturalistas franceses y del lamentado Marcel Proust. El autor de los "Tres relatos porteños" posee más bien la virtud eminentemente artística de sorprender en el hombre o en el paisaje el detalle característico, por medio del cual quedan los personajes o los aspectos de la naturaleza grabados indeleblemente y con adecuada suficiencia en el ánimo del lector. El arte descriptivo no ha de ser una violenta acumulación de detalles, sino un procedimiento de eliminación en que la pupila del artista conserva sólo lo esencial, el rasgo que ilumina toda una fisonomía, que encarna el significado de un suceso, y puede llegar, según la felicidad de la escogencia, a señalar el rumbo de una vida.

Es, además, el Sr. Cancela un narrador cautivante. Desaparecen su pluma y su persona en los "Tres relatos" como si las arrebatara el torrente cristalino de la narración. Hay recodos en esta corriente, y nos detenemos en ellos con visible complacencia, dándoles gracias a los hados benéficos por habernos puesto en contacto con un talento literario que no tiene la obsesión de lo rectilíneo, ni se ha dejado dominar tampoco por las tiránicas imposiciones de la simetría. El autor desaparece de tal manera que al lector no le queda la desagradable impresión de que están contándole un cuento, sino la suave conciencia de que lo está inventando él mismo. El eclipse del autor en el libro del Sr. Cancela no es la mórbida preocupación de Flaubert de ocultar la personalidad, tentativa frustrada en el autor de "L'education sentimentale" o de "Trois contes", porque el lector percibe el esfuerzo de despersonalización en tamaño temperamento; ni es tampoco la aristocrática y un tanto insincera actitud

de Próspero Merimée, cuyo empeño parecía cifrarse en no hacer al público partícipe de los sentimientos más íntimos del autor, esfuerzo inútil también, porque es notorio que en cuanto ponemos la pluma sobre el papel, aunque sea para disfrazar la verdad, a sabiendas estamos entregándole al que sepa de veras leer parte más o menos considerable de nuestro ser espiritual. Así dice Brandes, en su introducción a la vida de Shakespeare, que un autor se pone todo en sus libros y que, si no logramos llegar a conocerlo en su completa florescencia leyendo su obra, la culpa está en que son limitadas nuestras facultades de interpretación.

Arturo Cancela no podría, aunque lo pretendiese, echar un velo sobre sus propios sentimientos. Me parece que una de las características de su ingenio es una vasta onda de piedad que envuelve a los hombres, a los animales, y se extiende generosamente a las cosas inanimadas. Su exhibición de las miserias burocráticas está embellecida por un sentimiento de conmiseración para con las flaquezas de la especie humana. La imbecilidad característica del sabio especialista, género Dr. Herrlin, es objeto de las mismas ternuras que la especie leporídea, contra la cual va armado en guerra un representante de la ciencia europea, producto curioso de un ambiente senil, así como el conejo es el brote de una naturaleza exuberante y generosa.

Esta piedad y simpatía que se advierten en el fondo de la obra de Cancela le ponen al lado de los escritores humoristas propiamente dichos, de los que impregnan sus obras con ese preservativo milenario llamado por Höffding el "grande humor" (1). En su análisis del estado del espíritu así designado, el filósofo dinamarqués establece que el "grande humor" no es una disposición de ánimo transitoria, sino el resultado de un concepto general de la existencia. El hombre no es humorista a ratos y ocasionalmente; lo es, si acaso, porque lo lleva en su sangre y en su temperamento. El escritor que es humorista de grande estilo en una de sus obras deja ver en todas ellas el rastro de esa piadosa manera de contemplar el mundo. El humorismo de Shakespeare es perceptible así en "Hamlet", en las comedias donde figura Falstaff y en "Lo que tú quieras", como en sus poemas y sonetos. Cervantes es humorista en el "Quijote" y en las "Novelas ejemplares", sin dejar de serlo en "El viaje del Parnaso" y en los prólogos y dedicatorias a que era tan afecto. Las injurias de Avellaneda no le hacen salir de quicio: a ellas contesta con el sano espíritu del hombre que ha acomodado su vida a una noción general de las cosas. Ni siquiera la emulación que le inspiraban los triunfos de Lope de Vega le hizo perder la ecuanimidad cuando hacía alusión en sus obras al Fénix de los Ingenios, al "monstruo de la naturaleza".

La burla y el sarcasmo, la sátira intencionada, son el resultado de estados de espíritu transitorios. Los grandes satíricos suelen acabar por ser místicos o historia-

dores complacientes del despotismo. La misma ironía, más duradera y proveniente de un estado general más arraigado en el alma humana, no corresponde a lo que llama Höffding un "Totalfölese", o en el vocabulario menos preciso de Ribot, una pasión, en contraste con la mera emoción. Por esto no van clasificados los escritores satíricos como Larra, ni los ironistas a la manera de Heine, entre los maestros del humorismo. Hay en el sarcasmo de estos escritores algo extremadamente personal, un resentimiento contra aspectos especiales de la vida; acaso un rencor que se transparenta en la vehemencia de la expresión o en la excesiva amargura del concepto, y lastima aquel equilibrio ponderado, base y substancia del verdadero humorismo. En este concepto, tampoco cae el "deán" Swift dentro de la categoría de los grandes humoristas. Su obra es el ejercicio de venganzas personales contra los hombres de su tiempo y, a pesar de las virtudes literarias de que está adornada, no cumple todo su destino, porque la empece, con el andar de los tiempos, la acción corrosiva del sarcasmo.

Por último, el humorismo de Cancela se acomoda a la ley fundamental de no apoyarse en el mero vocablo sino en los sucesos y accidentes de la vida. En esta hora en que los escritores premurosos se exprimen el seso para hacer risible la vida, haciéndola ludibrio de retruécanos forzados, obran como sedativo estos "Tres relatos porteños" en que contrastan los hechos, son antinómicas las escenas, pero el hilo de la frase rehúye con atento estudio lo que llama el viejo Musset "los oropeles de la antítesis".

Como lo ha observado tinosamente D. Luis Araquistain, los "Tres relatos porteños", a pesar de su título y a pesar de referirse a sucesos ocurridos en Buenos Aires, tienen valor universal y son de aplicación a todos los medios sociales. En efecto, la obra literaria de significado profundamente local resulta casi siempre de aplicación a todos los ambientes; porque la planta humana es la misma dondequiera que brote y porque sus aspiraciones y miserias le dan color y carácter moral al medio en que la planta desenvuelva su equívoco destino.

(De la revista "España", no, 359, Madrid).

(1) Harald Höffding, "Den store Humir", Kjobenhavn, MCMXVI.

Buenos Aires, sábado 30 de junio de 1923

Una amenaza universal
Madrid, mayo de 1923

Antes de 1914... Es conveniente anotar que el espíritu humano se complace en dividir la historia de la humanidad en periodos que empiezan y terminan por una gran guerra. Las Cruzadas señalan el paso de la Edad Media. Las guerras de la República Francesa marcan una época nueva en los tiempos modernos. El año 48 con sus levantamientos en varias Naciones europeas inicia la mayor edad del movimiento social. Los Estados Unidos no tendrían periodos en su corta historia si no tuvieran a su disposición la guerra de 1861, que divide en dos actos el drama cultural de ese pueblo. Pasarán siglos antes que el año 1914 pierda su eficacia como límite entre dos épocas de la historia humana y, acaso, entre dos conceptos de la vida.

Antes de 1914 solía hablar la prensa con grandes apariencias de superioridad y desprendimiento de un problema remoto y para los europeos de importancia refleja solamente. A pesar de su lejanía y de sus proyecciones oblicuas sobre la política europea, no dejaban de tratarlo con alguna frecuencia. Me refiero a lo que solía llamarse el "peligro yankee". Los Estados Unidos eran la amenaza posible, y los Estados ibero-americanos y Haití las víctimas probables. No se hablaba, naturalmente, de que Jamaica, tierra fértil, colocada en uno de los sitios de acceso al mar de las Antillas, corriese el peligro que las Repúblicas del Sur, Martinica y Guadalupe, bellos puntos de escala para salir del Caribe y Trinidad, emporio que atisba y domina las bocas del formidable Orinoco; San Thomas y Santa Cruz, pertenecientes a una Nación débil, no merecían la piedad que les inspiraba a los diarios europeos el futuro incierto de la América Española y del Brasil. El tema venía con frecuencia, a la imaginación benévola de los internacionalistas. Más o menos remotamente, aquellas tierras iban a caer en manos de Estados Unidos. Era una figura retórica inventada para representar un hecho material. Los Estados Unidos no tienen manos, pero tienen una política continental. La conmiseración de que daban muestras aquellas publicaciones era meramente ficticia. Cuando los Estados Unidos se apoderaron de la zona del canal por medios ya definidos en la historia, Francia se apresuró a reconocer la nueva República, procedente de aquella combinación, y franceses interesados en e1 movimiento no anduvieron menos solícitos cuando se trató de vender las acciones de la antigua compañía del canal.

Vino la guerra de 1914. Los aliados comprendieron que la victoria sin el auxilio de Estados Unidos era o problemática o demasiado tardía. Podría llegar cuando la Europa occidental hubiese bajado al nivel de Rusia. Los Estados Unidos tomaron parte en la guerra y evitaron así la rusificación total del Continente europeo, precipitando a un mismo tiempo el desenlace del enorme conflicto en favor de sus asociados. Desde entonces la prensa europea, tan discreta cuando la indiscreción no da resultados inmediatos, no ha vuelto a hablar del peligro yankee. Los países en cuyo beneficio entraron a la guerra Estados Unidos no pueden por razones de cortesía y fidelidad mencionar el peligro yankee. Los que sufrieron las ignominiosas consecuencias de aquella intervención, callan como peces, no porque el peligro haya desaparecido, sino porque aguardan otra intervención, esta vez pacífica. Los periódicos guardan silencio acerca del peligro yankee, porque, además de las razones enumeradas arriba, consta en el Pacto de la Sociedad de las Naciones un artículo subrepticio, en que la doctrina de Monroe queda reconocida por las potencias signatarias, ayunas mentalmente del significado de aquel artículo, mas no por inconscientes menos empeñadas. Sí: la prensa europea calla desde 1914 respecto al peligro yankee porque desde ese año en adelante la República sajona del Nuevo Mundo, que antes era deudora de los países europeos, comenzó a tornarse en su acreedor inexorable. A Inglaterra le debía Estados Unidos antes de 1914 cosa de seiscientos millones de libras esterlinas, los cuales se fueron, como dijo Buttler, por el camino de la carne. Hoy debe Inglaterra a sus sobrinos de la vieja colonia unos mil millones de libras. De modo que no son seiscientos sino mil seiscientos los que tomaron la vía del segundo enemigo del alma. No sé lo que Estados Unidos debiera antes de la guerra a Francia, Bélgica e Italia. Lo que se sabe a ciencia cierta es que, según el "Statesman's Year Book", la deuda de Francia para con Estados Unidos ascendía en mayo 31 de 1921 a tres mil doscientos treinta y siete millones de dólares. No se paga interés sobre esta suma, de modo que de entonces a la fecha ha crecido considerablemente. En estas circunstancias no es buena educación hablar del peligro yankee... en público o en letras de molde.

Sucede con esta amenaza lo que suele acontecer con las grandes calamidades, especialmente con las epidemias. Cuando se teme su llegada, todo el mundo pone los gritos en el cielo, exagerando voluntariamente los caracteres de la vecina catástrofe. A1 saberse que hay ya casos numerosos, el ruido es menor, aunque los comentarios siguen siendo públicos. Cuando el azote se difunde por la ciudad y empieza a ejercer el estrago en todos los barrios, parece como si se hiciera un pacto de silencio. Para decir que la casa de un vecino ha sido invadida, e1 poseedor del secreto baja la voz y se acerca al oído de su interlocutor.

Durante la guerra las potencias europeas se dieron cuenta de las infinitas posibilidades y del poder ilimitado que encerraba la gran República americana. Por el número de sus habitantes, por la variedad y abundancia de sus productos podía, en caso de necesidad, poner sobre las armas y equipar a la moderna un Ejército mayor que el de Inglaterra, Francia, Bélgica e Italia juntos. Estos países al cabo de tres años de guerra se declararon exhaustos y pidieron auxilio a Norte América. Los Estados Unidos al cabo de dos años de esfuerzos para sí mismos y para sus numerosos aliados apenas notaban en su población y en sus recursos el sacrificio que les imponía la guerra. Ya no se habla del peligro yankee en la prensa. Pero en cuanto se toca el tema privadamente con ingleses o franceses, ya se sabe que con un gran sigilo, en un rincón de la pieza, y con aires de misericordia y protección, le dicen al sudamericano en voz baja: "El peligro es inminente, es enorme y, hasta donde puede llegar la previsión humana, irremediable. Ustedes nos inspiran una piedad ilimitada, pero, por desgracia, están demasiado lejos y tienen al enemigo muy cerca de casa". Antes de ahora solían justificar anticipadamente los posibles zarpazos del águila americana haciendo notar con aire de predicador benévolo las continuas resoluciones de esos países americanos, la falta de Gobiernos serios y, sobre todo, la falta de cumplimiento en el pago de sus deudas. "La nuit porte conseil", dice el refrán, y puede añadirse en romance que los años son a su turno buenos consejeros. Poco se habla ya de revoluciones sudamericanas. Para este género de entretenimientos el circo está abierto a todas horas y está muy cerca. La entrada es libre en Irlanda, en Hungría, en Portugal, en los países balcánicos, en las Repúblicas del Báltico, y hay espectáculos para todos los gustos. A los que no gusten de revoluciones, se les recomienda Moscú; a los que estén fastidiados de Silesia, Vilna o Memel, se les abren nuevas perspectivas en el Ruhr. Tampoco se hace frecuente mención, como en los tiempos de Porfirio Díaz, de que esas Repúblicas colocadas al sur de la que mandaba, el impávido general no pagaban el interés de sus deudas, lo cual era verdad, y, según todas probabilidades, ocurre todavía esporádicamente. Pero la experiencia de días no muy lejanos en materia de pago de intereses hace discretos a unos y olvidadizos a otros.

El "peligro yankee" no es hoy tema de actualidad periodística en Europa, y no es difícil atinar con su desprestigio como asunto explotable por los chicos de la prensa. La razón es que la guerra les ha hecho ver a los europeos la enormidad de la amenaza. Es un alud suspendido sobre las cabezas de los sudamericanos, los europeos y los asiáticos. Y si me apuran, yo podría decir que los Estados Unidos, puestos a conquistar, y si tal fuere su empeño, pondrían los ojos preferentemente en Europa. Ya han estado aquí, ya conocen el camino, las posibilidades y flaquezas de sus asociados. De Nueva York

al Harve de Grace hay seis días. De Nueva York a Cartagena de Indias o a la Guayra hay doce, a Río de Janeiro quince o diez y seis, a Buenos Aires veinte o veintiuno. En Francia encuentran una civilización de mil años, un botín suntuoso, un clima benigno y todas las ventajas de una cultura superior. En los países del mar Caribe, que son los más vecinos, el soldado estadounidense tendría el enemigo formidable del clima y los insectos, que hacen en esas costas la vida intolerante. Una expedición militar a la parte austral de América, sea por el Atlántico, sea por el Pacífico, resultaría más difícil que una invasión a Europa, saliendo de Nueva York o Baltimore. No hay comparación, tratándose de una guerra de conquista, entre el botín que ofrecerían Londres, París y Berlín, y el que puede sacarse de Río de Janeiro o Valparaíso.

Ni se puede argumentar diciendo que Estados Unidos necesita, territorios y materias primas. En Estados Unidos hay territorios intactos más grandes que las seis Repúblicas de Centro América Juntas. En un área de 265.896 millas cuadradas, el Estado de Tejas tiene 4.663.000 habitantes. Poblado como Bélgica, podría contener 17.7 millones. ¿Para qué busca territorios Estados Unidos?

Los Estados Unidos no hacen guerras de conquista hoy, como solieron hacerlas en tiempos pasados, porque la experiencia o la mera sanción del hecho cuando no se hace uso de la razón inclinan al pacifismo en estos días de prueba. El criterio económico les demuestra que la guerra es un error solemne. El resultado moral de su empresa contra Santo Domingo y Haití es un grito unánime de reprobación en Hispano-América, y entre los intelectuales de Estados Unidos voces de censura que hienden las carnes. Los Estados Unidos no hacen guerra de conquista en 1923, porque, además de ser eso un mal negocio, tienen ellos en su propia casa una multitud de problemas peligrosamente exacerbables con la sola perspectiva de un conflicto internacional. La intervención de Estados Unidos en la guerra europea les ha costado a sus habitantes la pérdida de un tanto por ciento no despreciable de sus libertades cívicas y una recrudescencia áspera del americanismo. El "peligro yankee" existe, un poco morigerado por la experiencia; y no es menos real para Europa que para la América Española y el Brasil.

Buenos Aires, lunes 26 de noviembre de 1923

Recorriendo Madrid: barrios nuevos y casas señoriales
Madrid, octubre, 1923

Recorro a Madrid a pie, en compañía de un buen amigo recién llegado a España, cuyos moradores, paisajes, monumentos, costumbres, observados por primera vez, le interesan apasionadamente. Mi amigo es inglés; ha viajado en Europa de Oriente a Occidente, de Sur a Norte. Pero no había estado en España. Andando por las calles de Madrid le sorprenden los barrios viejos porque no tienen aspecto de antigüedad y los barrios nuevos porque lo son en demasía. Las edificaciones se le antojan demasiado nuevas. En los barrios modernos, mirando hacia las casas, sin fijar la vista en el pavimento, la ciudad le produce al viajero procedente de Londres, de Hamburgo, de las ciudades humeantes de Westfalia, la sensación de la limpieza. El color blanco predominante en las paredes y esa luz de una fuerza extraordinaria, difundida en el aire purísimo y tan árido como las llanuras por donde circula, exaltan la nota de limpieza, en cuanto no se mire hacia el suelo.

Este viajero tiene la preocupación de la belleza arquitectónica. Le choca en algunos edificios nuevos el exceso de adorno al exterior. Afirma que con un adarme de sobriedad esas fachadas producirían un efecto soberbio en las calles anchas, soleadas, luminosas, como la inteligencia del meridional. Buscando en sus excursiones dónde reposar la vista, suele detenerse con infinita complacencia en el negro de algunas puertas suntuosas, talladas unas en acero, estampadas otras, macizas y graves las de más allá, todas ellas dispuestas como para darle al que entra la sensación de la confianza. Las miraba de arriba abajo, analizaba los detalles, quería tocar, para cerciorarse de si estaba en presencia de una obra de talla florentina o simplemente de artefacto belga o tudesco. Admiraba el gusto predominante en esas bellas puertas de hierro y se complacía en aplaudir el buen gusto de algunos constructores, que, aprovechando las esquinas, ponían tres puertas de entrada, una cortando el vértice del ángulo que forman los muros de la casa, las otras dos a los lados, en diferentes calles, para llenar de luz un espacioso vestíbulo, de cuyo fondo partía, a la vista maravillada o absorta del transeúnte, la espaciosa escalera, símbolo de la vida reposada y del amor a lo superfluo, porque a su lado mostraba el ascensor las preocupaciones del mecánico para no afear aquel espacio. Miraba el viajero, volvía a mirar con más espacio, sacaba su libro de notas y con lápiz de dibujante experto, trazaba líneas, ponía sombras y prorrumpía: "Soberbio, admirable efecto, enteramente original" y, volviéndose a su silencioso

acompañante, observaba: "Es éste un detalle de la edificación madrileña, que asombra a los ingleses. No hay este lujo en las construcciones modernas de carácter privado en Inglaterra. Excepcionalmente suele encontrarse en las antiguas o en hoteles y tiendas de construcción reciente. Por otra parte, cuando existen estos pórticos, están allí dispuestos de tal modo que se adivina en el propietario la intención premeditada de ocultarlos. La humedad, la atmósfera fuliginosa conspiran allí para borrar los contornos y quitarles vibraciones a los colores, con la eterna pátina de Londres. De esta suerte, las contadas puertas bellas que hay en aquella metrópoli desaparecen bajo la eterna uniformidad y la aparente pesadez de las edificaciones urbanas".

Pasa adelante con el libro abierto y el lápiz en la mano. La tentación es más fuerte que la curiosidad de ver otros sitios. Estamos en una de las calles modernas, ancha, sombreada de árboles, bajo los cuales unos bancos de tosca madera, como de un monasterio de la Tebaida, no convidan al reposo, pero reciben al viandante sin protestas de flaqueza. Son recios y pacientes. El inglés se acomoda, vuelve los ojos al pórtico, cuya abertura intermedia está cerrada, mientras las laterales ofrecen vasto acceso a los moradores y visitantes. Dibuja, dibuja con atención y perseverancia. Como para que le excite al trabajo, a la manera que el conductor de camellos a las bestias que conduce, hace a su acompañante preguntas breves en demanda de largas respuestas. "¿Por qué será –interroga– que no hay puertas como ésta en las nuevas casas de Londres o París?". El cicerone ocasional calla por unos segundos, vacila, busca una respuesta como para no sentar plaza de descomedido y observa con toda clase de limitaciones: "Es difícil generalizar. Jamás me había ocurrido profundizar este problema que, acaso y después de todo no lo sea. Me parece que la razón principal es la hospitalidad reconocida de la raza y su amor a lo grandioso". Sin quitar la vista de sus diseños, con una sonrisa imperceptible que se escurría como un vago suspiro por la comisura izquierda de los labios, replicó, midiendo mucho las palabras: "Vdes. imaginan que son más hospitalarios que nosotros; pero, con el debido respeto a una tradición milenaria, me permito argüir que los ingleses, los escoceses principalmente, son acaso el pueblo más hospitalario de Europa. Ustedes van a Londres o a Mánchester, o a Liverpool, disipan años de su vida en esos presidios de la inteligencia y del arte viviendo en hoteles o comiendo siempre en restaurantes, sin tratar gentes distintas de las que en Inglaterra hacen esa misma vida y no tienen casa. Naturalmente, al volver a su país de origen traen en los baúles de la inteligencia el dicho de que los ingleses no son hospitalarios. No me sorprende. Pero lleve usted a Inglaterra cartas de introducción: no vaya a vivir a Londres, lugar de cita de todos los aventureros del sistema planetario, donde cada uno espera tropezar en la calle, en el

teatro, en el museo, en el hotel o la casa de huéspedes, con un sujeto que va a vender las minas de esmeraldas del Paraguay, con una señora que representa a las sufragistas de Abisinia, o un poseedor del mejor secreto para filtrar el agua de mar y limpiarla de sa1 y de otras impurezas. Vaya Vd. con sus cartas de introducción a una ciudad pequeña, lejos de Londres, y si quiere probar la hospitalidad de los ingleses, hallará ocasión de ensalzarla sin ningún género de reservas". Iba diciendo esto sin levantar los ojos del papel en que estaba dibujando, como si el expresarse no le costara trabajo intelectual ninguno. Su acompañante se atrevió a endilgar una indiscreta observación: "Pero, si esto es así, ¿por qué se dice que está en Inglaterra tan arraigada la xenofobia y tan difundida en todas las clases sociales?".

Dejó de hacer bocetos; me miró de arriba abajó con el aire y la expresión de quien va a privar de su vestidura lógica a un error estupendo y replicó: "La hospitalidad y la xenofobia no son incompatibles. Antes podría sostenerse que es la primera una manifestación de la segunda. Mientras más franca y generosa sea la hospitalidad, más se le hace sentir al huésped la necesidad de ponerle fin a la visita, si el huésped es persona discreta. Es un error de observación suponer que la hospitalidad es en todo caso, el resultado de un sentimiento de benevolencia. El dueño de casa en muchos casos ve en la persona a quien le ofrece hospitalidad un benefactor más bien que un protegido. En las pequeñas ciudades el hombre de preocupaciones intelectuales se siente un tanto aislado. El círculo social en que se mueve está compuesto de gentes cuya mentalidad se apacienta de tres o cuatro ideas y de la crónica escandalosa del lugar. Si el dueño de casa en una de estas ciudades es persona enferma de lo que llaman los portugueses, con palabra muy pintoresca, "tagarelice", o sea intemperancia de vocablo, el acogido paga muy caro los honores de la hospitalidad.

"Inocencia", novela brasileña del Vizconde de Taunay, contiene la creación inolvidable de un campesino parlanchín cuyo carácter hospitalario no era más que un aspecto de su indomable tendencia a buscarse un auditorio. El coeficiente del amor a lo grandioso podría suministrar una explicación plausible del cuidado que pone el español en hacer vistosos pórticos; pero los sajones, como usted sabe, tienen predilección no solamente por lo grandioso, sino también, con gran falta de gusto, por lo enorme. La verdadera razón, en mi sentir, de esta florescencia del propileo fastuoso en la edificación española, se encuentra en dos fenómenos sociales. Para el inglés, como dice un refrán muy frecuentemente citado en aquella lengua, "su casa es su castillo", esto es, un lugar de defensa contra los enemigos exteriores. Es el refugio donde el propietario está al abrigo de todo riesgo, aun de la intromisión de los agentes de la ley. Poco importa que una fortificación tenga una hermosa fachada. Para el latino,

muy especialmente para el español, la casa es mansión de reposo y, hasta donde sea posible, de deleite. Parte del principio, erróneo sin duda, de que las luchas terminan en la puerta de casa, donde va a buscar expansión para sus afectos y solaz para su inteligencia. La vieja noción heredada de los señores feudales sobre que la casa es el castillo, se ha disipado en la atmósfera cultural española, más prontamente que en Inglaterra. El español se complace en recorrer las calles, vive fuera muchas horas del día y de la noche, tiene repetidas ocasiones de ver y, si es bella, de admirar la fachada de su casa en compañía de sus amigos. El inglés apenas vive fuera de casa o del club. Solamente los negocios o el sport le sacan de su castillo. Muy raras veces lo mira de afuera. Por eso concentra en el interior todas las cosas bellas, cuya contemplación puede exaltar el alma, al paso que se cuida poco del aspecto exterior. En esta sobriedad de las fachadas ha influido considerablemente la intolerancia de algunas sectas religiosas que en los siglos XVI y XVII tuvieron predominio en las costumbres y ocasionalmente hicieron sentir su voluntad en el Gobierno de Inglaterra. Algunas de esas sectas, haciendo de la tierra un valle de lágrimas, llegaron en el rigor de la idea cristiana, a convencer a sus adeptos de que la vida plácida y la contemplación de la belleza eran cosas vituperables.

Las celosas miradas del público seguían con malevolencia a las gentes que trataban de satisfacer adecuadamente las simples necesidades de la existencia, y les hacían desagradable la vida a los que ostentaban lujo o se vanagloriaban de usar en su casa de los placeres legítimos. Los que amaban el placer se hicieron hipócritas, escondiendo mañosamente su ejercicio de las miradas importunas. Dos siglos de esta porfiada intransigencia dejaron su huella en el carácter nacional. Para vivir era necesario hacer fingimiento de virtud. Mostrar la belleza exteriormente era cosa nefanda. El hombre opulento enriquecía su casa en el interior, favorecido por el principio de que la casa del inglés era su castillo, adonde nadie penetraba por fuerza; mas tenía cuidado de que al exterior las puertas y ventanas, las líneas generales de construcción fuesen sobrias y sencillas, feas en caso necesario, para no atraer ni las miradas ni el malquerer de vecinos o transeúntes. En España el puritanismo no llegó a ser nunca principio social ni regla general de conducta. Había ascetas, sin duda, pero no fueron una mayoría. Hubo místicos en muy pequeño número, de los cuales, a juzgar por el cuidado con que pulían la frase, y por las realistas sugestiones de algunos de ellos, no puede decirse que ejercieran la mortificación de la carne sistemáticamente y por principio, sino a manera de excepción y en concepto de penitencia pasajera. De otro lado, es indudable que se ha exagerado el carácter y el número de los místicos españoles. Este pueblo no es naturalmente ascético ni se inclina al misticismo, porque

las condiciones de la naturaleza ambiente le señalan otras vías espirituales. Pasado aquel período de la mística española no se ha vuelto a ver en la península esa actitud espiritual, en tanto que otros países en el torbellino del siglo XIX y del siglo XX, todavía dan testimonio de ella. El español sufrió grandes escaseces en el período que siguió a los errores económicos de Carlos V y del segundo Felipe, pero nunca miró el placer con ojos de asceta. Al contrario, la magnificencia, la belleza le llevaban tras sí los sentidos. Es latino. Esta gente ama la contemplación de la belleza. Acaso esta contemplación es para ellos no solamente una necesidad, sino una función moralizante. Anatole France dice en alguna parte que si a él le forzaran a vivir en contacto diario con la fealdad le harían criminal sin duda alguna. Cuando uno recorre en Londres las dos o tres millas de Harrow Road, de esa interminable carrera de edificios iguales los unos a los otros, igualmente inarmoniosos, de aspecto voluntariamente revelador de sordidez o avaricia, se pregunta uno, pensando en el dicho de Anatole France, cómo pueden conservar el sentido moral los niños que viven en esas calles y no contemplan otro espectáculo que la monótona perspectiva ideada por un arquitecto empeñado con tenacidad en edificar barato sin preocuparse de acariciar la mirada de los transeúntes. Fue en Inglaterra donde nació William Morris y donde quiso propagar la enseñanza de que la belleza estaba al alcance de las más humildes fortunas. Pero su obra de apóstol vino en un momento en que ya el daño estaba hecho. La arquitectura victoriana de Cromwell Road y de Regent Street, dura más que la obra evangélica de Morris. Las generaciones posteriores han tratado de reaccionar. Acaso las clases pobres sean hoy más aptas para apreciar la belleza; pero las demás categorías sociales, si acaso han ganado en sensibilidad artística, se ven obligadas a esconder su lujo por razones de puritanismo, que todavía tiene raíces en el carácter de la raza; y más que todo por razones de envidia social, fenómeno que se hizo visible en Inglaterra antes que en otras naciones de Europa. En España la envidia roedora y disolvente ha dejado su huella en la vida del Estado, en la historia literaria, en el destino de las grandes familias. La envidia consume aquí grandes energías espirituales que amenazan, como en la antigua Grecia, la existencia del Estado. En Inglaterra el individuo consume la mitad de sus reservas de energía en esconder sus emociones. Sin embargo, la razón histórica, de las desemejanzas entre Inglaterra y España acerca del punto que examinamos es la actitud de las clases obreras en presencia de los propietarios y los patronos. En España, hasta fines del siglo XIX, el antagonismo de clases, si existía, no se hizo presente. En España no ha habido propiamente revolución social. En Inglaterra apareció con caracteres graves esta dolencia desde 1832, cuando la introducción de las máquinas. No pudo entonces el potentado substraerse a la in-

fluencia del peligro que lo había amenazado. El pueblo rugió de cólera en presencia de la enorme desigualdad de las fortunas y el magnate reconoció en su interior que la desigualdad existía, si bien no aceptaba que ello constituyera una injusticia. Pero aun creyendo que todo estaba conforme con la moral corriente, el propietario que levantaba su casa tenía cuidado de no exacerbar el sentimiento que suscitaba en los menos favorecidos el espectáculo de la abundancia en otros sectores de la esfera social. Para eso aglomeraba en el interior todo género de objetos de lujo, cuidando de que la fachada no se diferenciase grandemente de la sordidez predominante. El español de las clases trabajadoras no ha hecho acto de presencia contra la desigualdad de las fortunas. Acaso es menos sensible en ese respecto: acaso la religión le ha convencido de la necesidad, tal vez de la conveniencia de que tales desigualdades existan, y se ha sometido a ellas con resignación y mansedumbre. He aquí, terminó diciendo el dibujante, "cómo las apariencias de una puerta revelan el alma de un pueblo o dan la clave de sus luchas, de sus aspiraciones, de su sentido estético, de su imaginación religiosa", y se encaminó pausadamente y sin necesidad de cicerone hacia las ambiguas tiendas del Rastro.

Las ciudades-jardín

Mucho se ha hablado en los últimos años de la posibilidad de llegar a planear ciudades-jardines, con un criterio racional y sanitario encuadrado dentro de los principios técnicos y de urbanismo más recomendables. Los proyectos han abundado, y lo cierto es que en esta materia se ha adelantado bastante, en lo que respecta a la faz teórica de la cuestión, sin que el desarrollo y la aplicación práctica de las ideas universalmente aceptadas haya tenido un alcance hasta hoy satisfactorio. Es que, por encima de las conveniencias colectivas, prima siempre en todo el mundo, y en especial en los grandes centros urbanos, el criterio comercial, que es el que comúnmente comunica su fisonomía particular a todas las ciudades contemporáneas. Y hablar de jardines en lugares en los cuales la tierra ha alcanzado un valor muy alto resulta a veces una utopía irrealizable, cuando no una nota de lirismo simpática, pero poco eficaz.

Entre nosotros las tentativas para implantar barrios-jardines han encontrado dificultades de índole económica por demás conocidas. El único ejemplo llamado en un plazo más o menos largo a convertirse en una realidad visible hállase en el presente estacionado y con miras a no ser imitado nuevamente. La acción comunal en el sentido de fomentar su creación es nula cuando no contraproducente, como en el caso del gravamen reciente impuesto a los jardines privados. A todo lo cual se

agrega el legendario carácter criollo, enemigo de todo lo que signifique plantación de árboles y cuidado y arreglo de arbustos y de plantas florales.

En la reconstrucción de las ciudades devastadas por la guerra se ha procedido con un criterio amplio, digno de ser tenido en cuenta entre nosotros, como prueba de lo mucho que es fácil hacer en materia de constitución de ciudades y barrios-jardines. El punto de partida de la labor realizada por los arquitectos franceses, por ejemplo, ha consistido en la preparación de grandes planos de conjunto, tendiendo a la conservación de los elementos existentes y a la adopción de reglas fundamentales, mediante las cuales fácil resulta coordinar el esfuerzo de los distintos proyectistas, llegando a una obra de conjunto armónica y práctica. Fijada la proporción de la superficie edificada en las poblaciones a reconstruirse, con relación a los espacios libres, impusiéronse programas de construcciones sencillas, en las cuales túvose en cuenta, ante todo, la orientación de los locales, su aislamiento y la perfecta vinculación de los servicios generales con los internos de las viviendas proyectadas. De tal modo, un conjunto considerable de arquitectos pudo colaborar en una obra vastísima, sin que su labor fuese contradictoria y en ciertos casos perjudicial, y sin que se abandonase en ningún caso la idea de dar a los pueblos y ciudades un aspecto pintoresco y simpático, mediante la disposición de innumerables jardines y arboledas.

Emplazadas, pues, en un marco apropiado, las casas reconstruidas se inspiraron todas en una serie de modelos ajustados a las exigencias claras y precisas de las ciudades-jardines. A tal objeto, en la preparación de los proyectos se idearon variaciones fundamentales en los detalles decorativos y externos, llegándose a satisfacer la condición de que ninguna de las casas en un mismo barrio fuese visiblemente igual a otras análogas.

Todas las pequeñas viviendas ejecutadas constan de un pórtico de entrada que da acceso a un pequeño patío cubierto, llegándose luego a las habitaciones dispuestas en una o dos plantas, pero procurando siempre la reducción al mínimo de la superficie edificada y el aprovechamiento racional de todos los rincones y elementos de la construcción.

En la decoración de los frentes y a fin de armonizarlas con la vegetación circundante, se buscaron notas alegres y muy singulares, disponiendo ventanas amplias con entramados distintos en todos los casos. Los techos, ejecutados con tejas mecánicas, tienen una coloración atenuada, eliminando intencionalmente los rojo-gualdas tan difundidos entre nosotros y que resulten hirientes por su profusión en la serie interminable de muestrarios de tejas que tanto se infiltran actualmente en nuestras campañas y en los alrededores metropolitanos.

Las nuevas ciudades-jardines de Francia han confirmado en los pocos años de su implantación uno de los principios higiénicos más preconizados por sus defensores. La mortalidad, en general, ha mermado, como también el número de víctimas ocasionado por enfermedades infecto-contagiosas. A este respecto son interesantes las estadísticas publicadas por las autoridades sanitarias, en las cuales se destaca el hecho sugerente de que el índice de mortalidad infantil, en especial, haya disminuido en forma considerable.

Debe estimularse la fabricación de pinturas en el país

La fabricación de pinturas en nuestro país no ha alcanzado aún el grado de adelanto que, por circunstancias que hemos de analizar, debiera adquirir en un plazo relativamente breve. Ha faltado hasta ahora decisión entre los industriales para acometer la elaboración en gran escala y esto contribuye, por cierto, a que los artículos de procedencia nacional luchen desventajosamente con los similares extranjeros. Y lo curioso es que la Argentina es una de las primeras Naciones productoras de lino, con el que fácil sería preparar excelente aceite de linaza, substancia que es fundamental en toda suerte de pinturas. El desarrollo de las manufacturas existentes ha resultado lento y se ha basado en el empleo de colorantes y de blanco de plomo importados del exterior. La industria de la pintura, aun en sus renglones más rudimentarios, tarda en arraigarse entre nosotros, con lo cual los precios se mantienen elevados y los trabajos de conservación de las casas y estructuras se hacen de tarde en tarde y en onerosa desproporción con el costo real de las casas.

En la actualidad las pinturas disueltas que se utilizan en los trabajos de construcción proceden de Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica y Alemania. El incremento constante de las importaciones se ha acentuado en los últimos años, en virtud del mayor número de los edificios que se construyen y del largo período correspondiente a la guerra, en el cual fueron muy reducidos los gastos efectuados para renovar y conservar las obras existentes.

Las pinturas que en general se introducen de los países anteriormente indicados se clasifican conforme a los dos elementos principales que las constituyen: el pigmento, o sea el color, y la substancia transparente, o sea el líquido en que aquél se mantiene en suspensión. Este líquido, por lo general, es siempre el aceite de linaza, puro o mezclado con otros aceites, pero indispensable en todos los casos para la disolución del colorante y para la perfecta aplicación de la pintura a las superficies de madera, yeso, mampostería o hierro correspondientes. Los pigmentos más usados son el blanco de plomo y el óxido de cinc, uno y otro de sencilla obtención en el país,

pero que aún permanecen inexplotados, a pesar de que en Mendoza, por ejemplo, existe plomo en abundancia y la facilidad del empleo de las caídas de agua para la producción de fuerza motriz destinada a mover las usinas elaboradoras.

Una buena pintura, hecha a base de aceite de linaza y de blanco de plomo y óxido de cinc, adicionados con trementina y con el colorante adecuado, bastaría para labrar en nuestro país la fortuna de hombres emprendedores que se resolviesen a plantear las bases de una producción en gran escala, como para proveer a las necesidades crecientes de la población en semejante renglón industrial. Y si a esto se agrega que muchos de los pigmentos accesorios y colorantes son asimismo de sencilla preparación directa, como es el caso de la baritina y del litopone, claro está que toda tentativa nueva para aumentar la producción hoy día incipiente de pinturas nacionales puede contar con el apoyo comercial y con el estímulo inmediato de los Poderes Públicos.

Cualquier pequeña fábrica, montada con un capital de treinta mil pesos y con instalaciones relativamente reducidas, llega a producir 1000 litros de pintura por día. El plantel mecánico consta de mezcladoras para los pigmentos y para aceite y de molinos en los cuales se desmenuza el colorante y se llega a homogeneizar la pintura. La elaboración es muy simple y se halla al alcance de operarios de mediana experiencia, salvo los casos en que se desea llegar a producir materiales de calidad superior o de manipulación química complicada.

Buenos Aires, domingo 23 de diciembre de 1923

Memorias de un inconforme
(Hermann Bahr: "Selbstbildniss", Berlín, 1923)
Madrid, noviembre de 1923

Al cumplir sesenta, en julio de este año, creyó Hermann Bahr llegado el caso de escribir sus Memorias, a las cuales ha querido ponerles el título inconfundible de "Autorretrato". El pintor es bueno, el original es interesante, aunque no es hermoso. Importa observar antes de hacer el análisis de la fisonomía espiritual que el famoso crítico de Linz ha prodigado su retrato físico en libros, revistas, diarios más o menos efímeros, con marcada complacencia. En su libro de crítica sobre los modernos aparece de frac, con el bigote recto y atezado, en actitudes de crítico teatral. En la colección de sus artículos, dada al público bajo las especies isomorfas del "Libro de Hermann Bahr" se muestra en vestido humilde y llamativo de pobre campesino; hace pensar en la fotografía de Tolstoi en su aspecto de "mujik". En este volumen de recuerdos hay una fotografía del autor, en traje de patriarca, que parece sugerida por las ilustraciones bíblicas de Gustave Doré. Ha poco un suplemento ilustrado de la "Vossische Zeitung" nos lo hacía ver ataviado como un campesino bávaro, al lado de su esposa, en las vecindades de Münich. Hermann Bahr cree, sin duda, en el interés de muchos lectores suyos por enterarse de las diarias alteraciones de su fisonomía y de su cuidadosa indumentaria. Acaso se imagina también que los admiradores de sus ensayos críticos, de sus dramas y novelas, experimentan una viva curiosidad sobre las alteraciones de su inquieta vida literaria. O tal vez suponga, como Benvenutto Cellini, antecesor y modelo en el arte de escribir Memorias, "que todos los hombres, cualquiera que haya sido su condición, siempre que hubiesen acabado acciones virtuosas o dignas de compararse a la virtud, deberían, siendo verídicos y honrados, escribir de su mano la propia vida" ("Vita", Lib. Primero, 1).

Es verdad que la tendencia a escribir Memorias es en el escritor tan imperiosa como en el resto de los mortales la inclinación a hablar de sí mismos en la plática de todos los días. Suele creerse que esta inmoderada complacencia en hablar de su pleito, de sus enfermedades, de sus cuitas y propósitos es señal de pobreza mental más que de inmoderada estimación de sí propio. Parece que no hay tal; o, a lo menos, puede acotarse en contra el dicho de Leopardi sobre que "los jóvenes son más incapaces de guardarse del vicio de hablar de sí mismos cuanto es más viva su naturaleza y superior su mente al nivel de la mediocridad. Hablan los tales de las cosas propias

con un candor extremo, firmes en la creencia de que importan tanto a quien los oye como a quien los ha experimentado" ("Pensieri", XI). Todo el libro de Hermann Bahr da testimonio de que, a la manera de Cellini, escribe por estar convencido de haber ejecutado hazañas dignas de memoria, y no escasean tampoco las señales de candor y viveza de genio, que, según Leopardi, nos mueven con frecuencia, y sin malicia, a hablar de nosotros mismos.

Los literatos que han consagrado lo mejor de sus potencias y de sus años a la tarea de criticar obras ajenas no suelen, de ordinario, escribir libros de memorias. En verdad, la tarea vendría siendo casi superflua. De todos los hombres que ocupan su tiempo en ilustrar o entretener al público es el dado a la crítica literaria el que más cede de su propio espíritu en beneficio de la ilustración general. El crítico hace ostentación frecuente y a veces inmoderada de sus propios gustos, de sus más íntimos sentimientos, de sus aspiraciones en materia de estética. La parte más noble de nuestro ser moral y sin duda, la más digna de respeto, es la estructura sentimental. Enseñarla a cada momento, como lo hacen los críticos, supone una falta de pudor, contra la cual no ha legislado todavía la conciencia pública. Sería inconducente, por ejemplo, que Anatole France escribiese sus memorias. Es suya la máxima de que hacer la crítica de Shakespeare o de Cervantes es tomar de pretexto obras de estos ingenios para contar nuestras propias aventuras sentimentales o ideológicas. No hay, pues, objeto en que los críticos escriban sus Memorias; las están redactando hora por hora. De los que me vienen a la imaginación en este momento tan sólo Jorge Brandes ha puesto en negro sobre blanco los recuerdos de su vida; pero ni Sainte Beuve, por cuyo campo de observación pasaron hombres y sucesos dignos de memoria, en una época literaria de las más fecundas que haya visto el género humano; ni Lamaitre, tan apasionado por las cosas del espíritu y tan afecto a la indagación de lo característico en los hombres; y en los tiempos; ni Faguet, ante cuyos sentidos, aparentemente impasibles, se desenvolvieron fenómenos literarios y políticos bien dignos de reflejarse en aquella inteligencia fría y luminosa como las lunas venecianas, han querido contar menudamente las peripecias de su vida. Y, sin embargo, es a Brandes a quien debemos la osada teoría de que un autor se pone todo en sus obras, y que basta saber leerle para dar con todos los pormenores de su existencia. Con esta norma espiritual emprendió el gran crítico danés el temerario empeño de sacar la vida íntegra de Shakespeare, obscura e impenetrable como es, del mero contexto de sus obras. La "Tempestad", "Hamlet", los sonetos y poemas han suministrado luz suficiente para fijar detalles de la vida y costumbres de Shakespeare, que él acaso no hubiera puesto en sus Memorias si las hubiera escrito. Brandes, propugnador de la

teoría sobre que cada autor se pone todo en sus obras, ha creído, con razón que no todos los lectores están dotados de la penetrante visión de las cosas pasadas y presentes con que la naturaleza quiso favorecerle. Debió imaginarse que en sus poemas juveniles, en las suculentas obras de crítica, en sus biografías de grandes hombres, en sus descripciones de viajes y en sus penetrantes estudios políticos sobre los hombres de su tiempo y los sucesos que los empequeñecen estaba lo mejor de su vida, lo que de ella es más importante para sus discípulos y admiradores; pero no confió en que todos ellos pudieran extraer de aquellas obras la biografia completa del autor como la sacara Brandes mismo de la obra de Shakespeare.

Hermann Bahr no estaba cohibido por ningún principió filosófico al escribir sus Memorias. La sentencia pascalina, según la cual "el yo es odioso", queda rectificada con el pensamiento de Leopardi, alma tan excelsa y atormentada como la de Pascal. De modo que podemos leer este libro sin hacerle reproches al autor de exagerada estimación de sí mismo, no sin afirmar, conforme al dicho de Brandes, que cuanto dice de importancia "Selbstbildniss" sobre los aspectos mentales de Hermann Bahr podría sacarlo de sus obras más conocidas una mediana penetración.

No hay duda que el autor de este libro se sentó a escribirlo con ánimo sincero. Oía con frecuencia excitaciones a emprender la tarea. "Que yo, antes de que se haga demasiado tarde, debo narrar los hechos de mi vida, es parecer que escucho con frecuencia". Esta es la primera frase del libro y una de las pocas, expresadas en tan pocas palabras, que contiene. Con una delectación morbosa, el autor, que, hace treinta años, cuando leía yo sus críticas, en la "Zeit" de Viena, caracterizaba su estilo con la precisión, la firmeza y la cortedad del período, se aprovecha ahora de los inagotables y tortuosos recursos de la sintaxis alemana para prolongar la frase, ornamentarla con exceso, diluir el concepto y aturrullar a los lectores, sin que puedan quejarse de obscuridad o superabundancia. El decir es claro, pero tiene algo de la pompa oratoria. Se puede seguir la idea sin dificultad, atisbando, para no perder ningún detalle de su curso, todos los meandros del período; mas como la palabra principal, que es el verbo, no se muestra sino al fin, es imposible evitar en esos largos períodos la sensación de sorpresa, y más a menudo la de cansancio.

Digo que el autor empezó a escribir su obra con ánimo de sinceridad. No era difícil asumir y conservar ese estado de espíritu. Hermann Bahr tiene de sí mismo, honradamente, una buena idea; sus libros no le parecen reprochables del todo; sus cambios de actitud en materia religiosa le parecen absolutamente justificados; sus opiniones literarias, aunque variables en el detalle, se le antojan muy saludables, porque son las que inspiraron, en su concepto, las obras más famosas de la antigüe-

dad griega. Esto nos dice su libro, y acaso está de sobra, porque hubiéramos podido sin ajeno auxilio, descubrirlo en sus obras de crítica y en sus nóvelas y dramas. Pero Hermann Bahr ha tenido contacto durante su vida con gentes obscuras, con hombres célebres, con creadores de valores morales, con tenaces cinceladores de la historia y con gentes insignificantes, aunque estrepitosas y relucientes. También ha sido sincero hablando de estos personajes. De sus progenitores habla con mucha, acaso con excesiva sinceridad. Su pobre madre, que detestaba los libros, las personas que los hacían y los que daban a la circulación, temió acaso que el hijo, a quien los libros atraían vivamente desde su niñez, hubiera de poner algún día en páginas indiscretas el odio de su madre a los plebeyos, su desprecio por las artes, su incomprensión absoluta ante el espectáculo de la naturaleza. El padre hace mejor figura. Comprendía el soberano desprecio de que su mujer le hacía objeto por no ser noble, por no vivir en la Corte y por tener ideas liberales; sobrellevaba este desprecio leyendo a los escritores franceses de su devoción y escapándose de tarde en tarde a Viena, con la mira puesta en las representaciones del Burgtheater, su capilla del arte, la meta de sus ensueños en materia de arquitectura.

El hijo era un rebelde y al mismo tiempo un inconforme: cuanto veía a su alrededor, excepto la bondad de su padre y el espectáculo de las montañas vecinas, le parecía bueno sólo para abandonarlo. Mientras vivió en Linz, aspiró con violenta curiosidad a hacer de Viena su centro espiritual y su residencia. Desde que llegó a Viena, de estudiante, se dio a escarmentar su conciencia para descubrir los numerosos detalles por los cuales resultaba para él inhabitable la fastuosa capital austriaca. Ejerciendo allí la crítica, parece haber puesto de su parte todo lo posible para que liberales y hombres de mundo le devolvieran con creces aquel odio razonado, aquella repulsión indomable que le inspiraba la ciudad de los "buenos vientos". Es tan viva su repugnancia como lo son de ordinario los sentimientos que no tienen causa ni fundamento. Dura todavía, y dura con tal intensidad que de los seis o siete años durante los cuales ejerció en Viena su actividad literaria apenas dice cosa alguna. Tropecé con el nombre de Hermann Bahr en 1892, en Bogotá, leyendo una revista de Viena titulada "Die Zeit", en donde él parecía estar encargado de la sección de crítica literaria y teatral. La originalidad de sus ideas, la frescura de su estilo, una cierta impertinencia ante los problemas graves de la vida le hicieron popular en aquel medio. Pedimos su obras, discutíamos sus paradojas, nos fascinaba en ocasiones su desenfado. Tan popular llegó a ser entre los liberales que una poesía de José Asunción Silva, que se ha perdido, contenía alusiones a Hermann Bahr. Pues bien: en el "Autorretrato" no ha querido este señor decir una palabra sobre "Die Zeit" ni sobre el significado del

cenáculo literario importantísimo que ha debido formarse alrededor del semanario, porque allí escribían Hofmannsthal, Schnitzler, Peter Altenberg, Zweig, Alfred Gold, Grossmann y muchos de los que figuran en las estrepitosas "Hojas para el arte" (*Blaeter für die Kunst*), cuya acción fue tan honda como duradera y cuya influencia llegó hasta modificar no solamente el estilo de una generación literaria, sino también su concepto de la belleza.

En Viena, Hermann Bahr tenía los ojos puestos en Berlín, porque Berlín era la residencia de Bismarck. La asociación de ideas resulta peregrina, casi increíble. No hay punto de contacto entre la inteligencia agria, rectilínea de Bismarck y la noción artística de la vida, la mentalidad agilísima, el temperamento variable de Hermann Bahr. Sin embargo, ahí están sus palabras: "Todavía siento palpitar mi corazón con el mero recuerdo de que en abril de 1884 descendí del tren en la estación de Anhalt. ¡Estar en la misma ciudad que Bismarck: serme permitido respirar el mismo aire que Bismarck! Me habría parecido menos fantástico recibir una invitación a comer con Semiramis o con Alejandro el Grande" (pag. 166). A este pináculo del mal gusto pueden llegar los literatos fascinados por una notoriedad política.

Todo se explica, sin embargo, dentro de nuestra visión del carácter de Hermann Bahr. Era un inconforme. Era un rebelde. Por temperamento reaccionaba violentamente contra el medio en que estuviera sumergido en un momento dado. En 1884 era de moda en Austria execrar la conducta, las ideas, la política de Bismarck. Bahr mismo lo dice: "El nombre de Bismarck no sonaba en casa sin acompañamiento de imprecaciones". No había menester más el joven insurgente para acariciar en su ser afectivo una viva simpatía intelectual por este objeto de execración en su patria y en su familia. Oía Bahr en su casa, antes de conocer a Viena, las alabanzas continuas de la gran ciudad, colocada por el destino entre dos culturas en pugna. La calle del Ring pasa por ser una de las más bellas y suntuosas de Europa. Suntuosa tal vez, dice Hermann Bahr, que se ha puesto a detallar sus conocimientos arquitectónicos para demostrar que aquello no está bien, y antes empequeñece que acrecienta la belleza general de Viena. La "Neue Freie Press", otra institución vienesa, cuya fama de tía regañona y complaciente, según las circunstancias, ha pasado las fronteras para representar la inteligencia promedial de la noblesa austríaca y el gusto predominante entre los burgueses de capital saneado, la "Neue Freie Press" es otro testigo de la rebeldía y la inconformidad del hombre de Linz. Es la "Neue" un diario respetable, según el significado que suelen dar en Inglaterra a este opaco y dudoso calificativo. Pues contra la popularidad de la "Neue Freie Press" refiere Hermann Bahr la siguiente anécdota: "Habiendo desaparecido un día cierto príncipe austriaco de fama depor-

tiva, gran bailarín, notoriamente mujeriego y jugador empedernido, corrió por los salones la especie de que había buscado refugio en un claustro. Se habló de ello una semana con maligna curiosidad. A los quince días ya todos se habían olvidado del príncipe, cuando un amigo suyo topó con él en Kaerntnerstrasse, vestido de paisano. "Ya suponía, dijo el amigo, que no habías de estar largo tiempo en el claustro. ¡Qué extravagancia! ¡Enterrarse vivo un hombre como tú! No, no era posible; me felicitó". El príncipe contestó: "Te engañas. Estaba muy contento; no me he arrepentido ni un instante de haber puesto las paredes del claustro entre mi vida pasada y mis aspiraciones de hace quince días. No hay nada más bello que la vida claustral. Quien tiene la culpa de mi salida es el prior, una excelente persona, sin duda alguna, pero de exigencias inmoderadas para con los novicios. Suponte que ha suprimido mi suscripción a la "Neue Freie Press" y, como tú sabes, sin leer la "Neue Freie Press", la vida es inconcebible".

En todo orden de ideas Hermann Bahr reacciona contra las anteriores con fervor y en ocasiones con violencia. En su casa eran todos gente piadosa, a pesar del liberalismo paterno y de la literatura francesa. Al venir a Viena, lo primero que quedó definitivamente establecido entre los estudiantes asiduos al café donde empezaba a pontificar el hombre de Linz era que Dios no existía; pero como resultaba necesaria su existencia, ellos, los estudiantes, lo creaban, para volver a suprimirlo y tornar a procurar su existencia en una continua actividad de la función creadora; lo cual no impide que a los sesenta años, endoctrinado por la experiencia, ya sin patria y con menos ilusiones, declare su adhesión al catolicismo, no sin agregar que nació católico y que no es posible, cuando uno ha pertenecido alguna vez a esa confesión, abandonar los principios y los sentimientos que de ella formar parte.

En una actitud espiritual ha persistido razonadamente desde los días remotos de su intimidad con Viena; sigue detestando al París Oriental, y en cuanto a la patria de sus padres, al Austria "josefina", como él la llama, no tiene para ella, en recuerdo de su vida sentimental, ni una frase de simpatía, ni un gesto de compasión, en estas horas en que los restos del viejo Imperio están absorbiendo el filtro, de la ansiedad.

Los devaneos bismarckianos, la fe wagneriana, llevada al extremo de hacer demostraciones antiaustriacas para honrar la muerte del maestro, fueron causa de que Hermann Bahr saliese expulsado de la Universidad de Viena. Su rebeldía era de temperamento y se manifestaba en estallidos intermitentes de una fuerza arrasadora. Odiaba a los italianos por italianos. Un día, sin embargo, en que hombres de esa raza, sometidos al yugo de Austria, discurrían en un café sobre las miserias de su situación bajo el imperio de Francisco José, Hermann Bahr, después de provocar una injusta

querella, acabó, al llegar la policía, por reconocer que tenían razón los italianos, porque él era también irredentista como ellos... aunque alemán.

Libros de crítica, novelas, dramas, cuentos, novelas cortas ha escrito este fogoso y feracísimo ingenio, que a los sesenta años ha venido a ser un pacífico ciudadano sin patria, según sus doloridas palabras. Tengo por más significativos sus estudios literarios que el resto de su obra, y en ellos, como en todas las formas de su actividad, el cambio es perpetuo y, casi pudiera decir, necesario. En literatura vivir es transformarse. Sus primeras armas fueron esgrimidas en favor de Zola. Dice (página 131), hablando del teatro: "Me dejé convencer de ir a ver a Mitterwurzer en el "Assommoir", más por la pieza, más por Zola, de quien no había leído entonces cosa alguna, pero que me inspiraba simpatía, por la contumelia que sobre él se amontonaba alrededor mío". De "Germinal" afirma que traía en forma tangible lo que fermentaba en la juventud de su tiempo. Esto pasaba en 1882 o 1884. Un poco más tarde caía Maeterlinck en sus manos, y empezaba una transformación de que hay evidencia en la "Suplantación del naturalismo" (*Ueberwindung des Naturalismus*). Por último, vinieron los impresionistas de Viena y de Berlín, y cerró con ellos filas en la gran batalla contra el mundo viejo de las ideas y de las formas. Ha visto muchas otras escuelas y ha sufrido transformaciones; ha vivido empeñado en crearse como Barres "mille ames successives"; pero de aquel período llameante le quedan, según su propia confesión, dos grandes e imperecederas devociones; ama con amor intelectual la obra sincera, nobilísima, hondamente personal, refinada, y a un mismo tiempo varonil y severa de Hofmannsthal, y siente admiración inefable por el pincel atormentado, sabio y penetrante de Gustavo Klimt, cuya obra parece destinada a documentar de aquí a mil años lo poco bueno, lo fundamental y permanente del alma del hombre en la aurora del siglo xx. A estos dos afectos justificados y lógicos puede añadirse su pasión por la obra y la vida de Barrés, a quien cita con extensión y con frecuencia, y de cuya insufrible transformación reciente no quiere darse cuenta el admirador de "Un homme libre".

Por su obra de crítico vivirá Hermann Bahr en la memoria de los hombres más que por sus novelas y dramas. Acaso tiene su vida, su actividad exterior más importancia que toda su obra literaria. En los comienzos de su vida universitaria fue un "agitador". La palabra es ingrata y tiene concomitancias políticas, esfera en la cual no ejercieron influencia la persona ni la actividad mental de este hombre de letras. Yo diría que su mejor papel ha sido el de un "excitante" de las inteligencias que le rodeaban. Con sus actos, con sus dichos no impresos, con el ejemplo de su vida pueden los hombres ejercer un influjo más trascendental sobre sus contemporáneos que

con obras literarias de grande alcance. Tal fue Sócrates. La Nueva Edad no favorece la aparición de esta especie. Son demasiado vivas y estridentes las solicitaciones de la prensa, de las ediciones numerosas, favorecidas por el rigor de la censura y por el cuidado con que atienden a la perservación del honor nacional los varones encargados de condecorar el mérito. Hermann Bahr, sin resistir las solicitaciones de la publicidad y sin negarse a recibir los fulgores de las candilejas, ha hecho más en favor de las letras con su vida y sus hechos que con toda su actividad de novelista y dramaturgo. Según sus propias palabras, la naturaleza le había dotado del olfato necesario para percibir el talento dondequiera que apareciese. Descubrió a Hofmannsthal, a Klimt, a los impresionistas vieneses de la pluma y de la paleta. Le llamó por eso "el descubridor", con su acostumbrada malignidad, Maximiliano Harden, el cronista del escándalo y el evangelista de la destrucción de un Imperio.

Además, prueba este libro de confesiones que es un hombre bueno su candoroso autor. A pesar de la vehemencia de su genio, no hay aquí seña de odios personales. Abundan las muestras de entusiasmo, algunas inconciliables con la bondad de su naturaleza y la delicadeza de su gusto, como la que da para documentar su admiración ante el falsificador del telegrama de Ems. Su odio lo reserva para las cosas, para los vicios, según lo enseña la doctrina cristiana. Y este hombre que hizo llegar hasta el ambiente pacífico, interplanetario de la capital colombiana, el eco de sus vivaces campañas literarias; este varón intrépido que ligó su nombre a las asonadas estudiantiles, que propagó las ideas de Ibsen y de Nietzsche, en un tiempo en que el burgués pacífico las creyó disolventes, preparándose para aceptarlas, llegado el turno, como el último grito de la moda, este buen europeo nos dice, al principio de su "Autorretrato", que la obediencia ha sido el secreto de sus éxitos. Cuanto hizo, afirma, obedeciendo a las circunstancias, dejándose llevar por fuerzas ocultas, movido por el destino incierto, fue en beneficio de su desarrollo moral. Al tratar de imponerse, de regir la marcha de los sucesos, una voluntad exterior, más poderosa que todas sus energías combinadas, le encaminaba al fracaso.

Quiso hacer suyas todas las ideas modernas que llevaban en sí un germen de combate; pero miró siempre hacia el pasado, y así exalta el recuerdo de sus profundas emociones en la primera lectura de Sócrates, como cita un griego las palabras del Evangelio o las de San Dionisio Areopagita. Por eso dijo de él Maximiliano Harden que era el "hombre de pasado mañana"; y por eso anota Hermann Bahr su llegada al mundo bajo el signo del Sagitario, "representado en los viejos tiempos con un centauro que va acezando hacia adelante, pero con la cara vuelta hacia atrás".

Buenos Aires, domingo 10 de febrero de 1924

Síntomas de decadencia del Jurado en Europa
Madrid, enero de 1924

Una serie continua de hechos parece mostrar que el Jurado, de cuya creación y sostenimiento estaba ufana la civilización occidental, va perdiendo prestigio, y acaso se encamine a una reforma substancial, como no sea a su desaparición completa. No hay que olvidar que, a pesar de la obscuridad que prevalece en cuanto a los orígenes de esta manera de juzgar al culpable, hay razas, hay Naciones que se enorgullecen de haber sido las primeras en ponerla en práctica. Los pueblos escandinavos reclaman el honor de haber sido ellos los fundadores del procedimiento que se extendió a Europa mediante el prestigio de las armas y la ciencia del Norte. Francia hace datar de las capitulares redactadas por los reyes francos el origen del Jurado. Inglaterra se ufana de ser la Nación que estableciera en sus leyes antes que nadie el principio de que el delincuente ha de ser juzgado por un grupo de sus conciudadanos, escogidos de manera que den garantía de absoluta imparcialidad, y hay escritor en cuya exagerada opinión el objeto primordial de la Constitución inglesa "es reunir doce hombres honrados en un banco" (*to get twelve good men into a box*).

En estas líneas no se va a hacer la historia ni la crítica del Jurado; esa es labor de jurisconsultos. Tampoco se pretende mostrar de qué manera el Jurado ha contribuido a levantar el nivel moral de los pueblos europeos, a disminuir en ellos la frecuencia del crimen o a hacer más firme el sentimiento de la seguridad personal en los asociados. Para esto se requieren las aptitudes de un impasible humorista. Ocurre, además, que la exhibición cómica de las limitaciones del espíritu humano, cuando se aplica al juzgamiento de los supuestos criminales por medio del Jurado, está hecha por León Tolstoi en "Resurrección" con toques de una realidad y amargura insuperables.

Aquí vamos a señalar una serie de hechos, como suele presentarlos un experimentador, no con el objeto de formular conclusiones sobre el estado social de que son síntoma penoso, sino más bien para poner al lector en capacidad de formularlas. En 1914, al estallar la guerra, moría asesinado Jaurés a manos de un inconsciente, un mero ejecutor, acaso de obra planeada en más altas esferas. El asesino permaneció en la cárcel y fue juzgado después del armisticio. Quiso el irónico Destino que casi al mismo tiempo se celebrara el juicio del individuo que había atentado contra la vida de Clemenceau. Un Jurado declaró benemérito de la patria al asesino de Jaurés por

medio del veredicto absolutorio; otro condenó a muerte al que había atentado contra la vida del jefe del Gobierno francés.

En tierras latinas hay una ley que exculpa al cónyuge matador de la esposa adúltera. En Inglaterra ni la ley ni las costumbres justifican este género de homicidio. En un país eminentemente sentimental, acostumbrado al cabo de una disciplina milenaria a aceptar las soluciones prácticas, es más usual perseguir ante los tribunales al seductor (muy frecuentemente seducido), hacerle pagar indemnización, no sin arrancarle la promesa de que deje tranquila a la mujer, por si el esposo ofendido resuelve continuar con ella la vida matrimonial. Después de 1914 acaeció que un marido engañado encontró a su esposa en las habitaciones de un noble húngaro, nacionalizado en Inglaterra, y le dio muerte en presencia de la infiel. El Jurado a quien hubo de tocarle decidir sobre la culpabilidad o inculpabilidad del marido hizo pública declaración de que no había delito. "La ley no escrita", que dicen los ingleses, se aplicó esta vez, no sin suscitar grandes inquietudes en la conciencia pública. Que los jueces de hecho se hubieran apoyado en un sentimiento para pronunciarse en favor de la inculpabilidad ante un asesinato manifiesto y tal vez premeditado alarmó al legalismo británico. Se pensaba, en efecto, que tomando por ese camino, el Jurado aplicaría otras leyes no escritas en delitos de otro género, obedeciendo a un sentimiento que no debía inspirar las decisiones de los jueces.

Hace unos meses un empleado francés de una compañía americana domiciliada en París se apropió furtivamente medio millón de francos pertenecientes a la sociedad de cuyo personal formaba parte. Había gastado con su mejor amiga toda aquella suma, cuando se descubrió la estafa, y la ley puso, figuradamente, la mano sobre el ladrón. Durante el juicio todo indicaba, oyendo al fiscal, que el joven estafador iría a dar con su cuerpo tras de los hierros de una prisión; pero desde el momento en que comenzó a hablar su defensor, el cual tenía a su disposición un maravilloso acopio de argumentos para embaír a los jurados, se modificó substancialmente la opinión de los circunstantes. El primer argumento era falaz, pero novedoso, y pareció influir vivamente sobre el ánimo de los jueces y de la multitud que se había congregado a escuchar los debates. Con el objeto de hacer ver que en estos tiempos ser joven es más costoso que lo era antes, el defensor hizo hincapié sobre los pocos años de su defendido. Los oyentes se miraron unos a otros como para afirmar la verdad de aquella observación y manifestar sorpresa por no habérsela formulado en mejor ocasión. En efecto, ser joven en 1923 cuesta más que haberlo sido en 1914. En seguida la defensa puso la vista en los negocios de la empresa defraudada. Era, en primer lugar una sociedad mercantil extranjera era, además, inmensamente rica para colmo, parte de

sus negocios rodaba sobre el cambio de monedas, en lo cual ganaba mucho dinero con detrimento del franco, símbolo de la riqueza de Francia. Afirmó, con empeño, que la sociedad acusadora poseía un capital mayor del que en opinión del abogado era saludable poseer en estos momentos. En suma, ser joven había encarecido, ser sociedad mercantil resultaba ahora más barato que antes. El argumento parecía indicar que mermarle sus provechos a una empresa mercantil fraudulentamente era cosa útil al Estado, útil a la misma compañía, al estafador, desde luego, y a la señora de sus pensamientos en última instancia y no menor escala. Al cabo de una corta y, sin duda, poco tormentosa deliberación, el Jurado fue de concepto que el joven no era responsable del delito de hurto. Algunos curiosos de los que presenciaban el juicio se sorprendieron de que no hubiera habido alguna pena para los directores de la compañía.

Leo en "Politiken" de Copenhague un caso todavía más característico. Un joven y una joven que se amaban y vivían juntos en condiciones de extrema pobreza, resolvieron antes de tener el primer hijo que le arrebatarían la existencia, acaso para que no sufriera las miserias por las cuales estaba pasando la joven pareja. En efecto, al nacer el niño condenado a muerte, los padres ejecutaron la sentencia, fríamente, y tal vez en la creencia de que si no cumplían una acción loable, escogían, entre dos males, el menor. Descubierto e1 delito, los jóvenes no trataron de ocultar las circunstancias de su ejecución ni menos el sentimiento a que habían obedecido para cometerlo. La defensa invocó también el argumento de la juventud. Entre los dos no llegaban los delincuentes a juntar cuarenta años y eran de una edad. Grandes recursos oratorios puso en práctica también el abogado defensor para hacer valer como atenuante la extrema pobreza de los reos. El Jurado no hubo menester muchas horas para decidir que no había delito, y el padre y la madre fueron puestos en libertad.

La prensa de ambos mundos ha hecho tanto ruido alrededor del Jurado en el caso de los asesinos de Vorowsky que no hay necesidad de relatar aquí los incidentes de esa causa en que por razón de haberse dividido las opiniones de los jurados el asesino fue absuelto. Está fresco el caso de Germaine Berton. Lo menciono, sin describirlo, para agregar uno ruidosísimo a los muchos incidentes de víctimas que van quedando inultas entre la ferocidad de los tiempos, la morbosa excitación de las pasiones y el acicate de la miseria.

Hay un factor común en todos estos procesos, menos uno. El patriotismo exagerado, la pasión de partido predetermina la decisión de los jueces. La conciencia pública ha experimentado en Europa transformaciones de bulto, a causa de la exasperación que la guerra y una paz incierta, iluminada a trechos por el ziszás reverberante de

nuevas luchas armadas, han obrado en la noción de patria. Donde el patriotismo no se ha exacerbado, el antagonismo de los partidos ha llegado a obscurecer el firmamento de la justicia.

En el caso especial de la sociedad defraudada por un empleado surge un síntoma alarmante. El concepto heroico de la existencia sobre el cual parece basada la estructura histórica de las naciones desde la edad clásica supone un magnífico desprecio de la vida humana, especialmente de la ajena. Hay quienes se dan importancia aparentando frialdad ante el homicidio, ya se cometa en tiempo de paz, ya se lleve a efecto durante la guerra. Pero es otra la actitud de las gentes en presencia de los delitos contra la propiedad. Parece que la estructura de las sociedades modernas tiene por base principal la necesidad de darle seguridad al individuo en la posesión y uso de sus bienes. Donde la noción de propiedad se desquicia, vacila el orden social. Este sacrosanto derecho, unido a alguna superstición, ha hecho posibles la creación y el mantenimiento de la entidad llamada Estado. La superstición del fetiche, la superstición religiosa, han durado milenios apoyando al Estado; pero la primera, sin desaparecer por completo, ha perdido de su importancia acosada por la divulgación del sentido histórico y por la aplicación del criterio científico al estudio de los caracteres. De la segunda dijo Núñez de Arce que es moribunda lámpara que oscila sobre el sepulcro de la edad pasada.

Por si continúan perdiendo de su prestigio aquellas dos supersticiones, el Estado busca una nueva con la cual pueda reemplazarlas. Ensayó la superstición de la ciencia. No pudo ser más desventurada la intentona porque la ciencia se destruyó a sí misma como base de sentimiento místico, no sin lastimar profundamente las otras supersticiones. Mermada la importancia del fetiche, puesta en tela de juicio la religión, fracasada la ciencia, el Estado trata de convertir el patriotismo en un género de aspiración mística, para apoyarse en ella y en el instinto de posesión. Pero es el caso que este instinto también se afloja como aparece de la revolución rusa y de intentonas frustradas en otras partes de Europa. El veredicto del Jurado en el proceso contra el defraudador de la compañía americana en París agrega una nota fragorosa a esta orquesta de malos augurios. Parece como si en el pueblo francés empezaran a debilitarse las nociones rudimentarias de lo "tuyo" y de lo "mío" con la deplorable circunstancia de ir ligado el patriotismo enconado al desconocimiento del derecho de propiedad. Poseer demasiado ya es cosa vituperable, si el francés es el poseedor, parece que insinuara el abogado de la defensa; pero las riquezas excesivas en manos de un extranjero son cosa vitanda. El que se apodere de ellas por la fuerza o la astucia resulta inocente de culpa según el Jurado.

De todas estas absoluciones concluye el criterio corriente que el Jurado es una institución malsana. En España, cansado el Gobierno de ver absueltos por el Jurado a hombres que habían atentado contra la propiedad y la vida de los demás, resolvió suspender su funcionamiento. Ni el cielo se ha caído ni la tierra se ha abierto, a lo menos en España. En concepto de muchos, el Jurado había venido a ser el instrumento más socorrido para obtener la impunidad. Estos protestaban contra la institución misma. Los jurisconsultos opinan que el mal no está en el instituto sino en la manera cómo ha llegado a funcionar. Lo que importa no es suprimirlo sino regularizar su actividad, moralizar sus funciones.

Indudablemente la decadencia, la creciente invalidez del Jurado son apenas el síntoma de un proceso continuo de caducidad en casi todos los principios y leyes que rigen a la sociedad moderna. Un espíritu profundamente conservador como Mr. Baldwin dijo, al encargado del Gobierno en Inglaterra, que era un error achacarle a la guerra las grietas que se abrían en el conglomerado social y político de Europa. En su concepto los anhelos de renovación se habían hecho visibles antes de la guerra, cuya influencia ha venido agravando la situación y magnificando aquellos anhelos. El caso es que con el jurado vacilan otras instituciones, ligadas en la mente de los historiadores a la felicidad del género humano como necesarias premisas de todo adelanto. El Jurado es ineficaz, porque en el criterio de las tribus europeas hay una chocante y burda discrepancia entre las leyes por las cuales deben juzgarse las relaciones entre los hombres y el juicio y la inteligencia y sobre todo la sensibilidad de éstos. Una humanidad que vuela, que sondea a su placer las profundidades del océano, que entabla conversación familiar entre dos continentes, que puede ver al través de los cuerpos opacos, que ha inventado, con el sistema de acciones de compañías y de obligaciones hipotecarias, la manera de movilizar el valor de la propiedad, subdividiéndola hasta donde sea necesario para ofrecerlo en venta al público, esta humanidad se enorgullece todavía de estar regida por las nociones de justicia que pusieron en tablas los israelitas, por las que un pueblo rapaz hubo de poner en vigor para asegurar su conquista del mundo o, a lo sumo, las que debemos a los bárbaros destructores en apariencia del Imperio romano. Es la contingencia, señalada recientemente por un político más maduro que su tiempo, del dentista moderno empeñado en hacer su obra con los utensilios del herrador. Y en este momento histórico, el presidente de los Estados Unidos pone por condición para reconocer a un Gobierno "la vuelta a las antiguas veredas", como si la ruta no estuviera ya casi completamente obstruida por la magnitud y sobre todo por la calidad de los escombros.

Buenos Aires, domingo 23 de noviembre 1924

Bárbaros del siglo x y místicos del presente
(Ferdinand Ossendowski. "Bêtes, hommes et dieux". París, 1924).
Tenerife, octubre de 1924.

El Asia misteriosa y laberíntica está llena de sorpresas para los que se aventuran en la profundidad de sus senos, o se atreven escalar las montañas de cumbres inmaculadas, adonde no ha llegado todavía la incansable planta del hombre. De allí trae maravillas verbales André Cheorillón, embelesado con las arideces de la Tierra Santa y con la gama infinita de colores vivos y de matices indefinibles que les ofreciera la India a sus pupilas de impresionista.

Sven Hedin aporta de las mesetas centrales nuevos mensajes para la Europa crédula y atónita. Ossendowski, huyendo del bolshevikismo, y combatiéndolo, según parece por medio de una propaganda metódica y sutil cuyo origen estaba en París y Londres, ha descubierto una humanidad más semejante a los bárbaros del siglo x que a esta "generazioncelluccia di stoppa, ricoperta d'una mano di gesso tinta a color di ferro", según describió Carducci a la pintoresca humanidad de su tiempo.

Las siguientes líneas no son crítica literaria aunque lo parezcan. La obra a que me refiero, debida a autor polaco, ha sido escrita en inglés. A mis manos no ha llegado sino la traducción francesa del inglés, llevada a cabo por el Sr. Robert Renard. Hacer el examen de una obra literaria sobre la traducción de una traducción puede conducir a yerros considerables sobre puntos de hecho y aun en cuestiones rigurosamente estéticas. Cuanto se diga de este libro se entenderá como aplicable tan sólo a la traducción francesa, cuyo mérito literario es, por lo menos, elusivo y recóndito.

Ante todo conviene prevenir al lector sobre los escasos conocimientos del crítico en lengua y literatura polacas. Es también de importancia decir que los habitantes de Polonia pertenecen a una variedad de la especie humana tan rica en materia de caracteres que bien puede considerarse esta nueva República como un pequeño universo. Sobre Polonia y los polacos circulan opiniones de todo género algunas de ellas contradictorias. No eran del gusto de Heine los descendientes de Segismundo; es muy desfavorable, es casi cruel la pintura que hace de ellos Dostoievski; Brandes, en su libro de memorias, escrito antes de la guerra, nos da una visión halagüeña de la nacionalidad oprimida por los zares, por el imperio alemán y por la Casa de Habsburgo. Después de la guerra las opiniones de Brandes han variado considerablemente. El mundo europeo ha experimentado también cambios substanciales.

La riqueza emocional del pueblo polaco y su posición entre rusos y germanos ha dado origen a las más variadas construcciones psicológicas sobre sus costumbres, su modo de comprender la vida y de juzgar a las otras razas. Son los polacos capaces de atraer la atención de Europa sobre acontecimientos que parecen interesar tan sólo a los habitantes de su bella comarca. Los fenómenos sociales netamente polacos tienen valor universal. La emigración del polaco dio lugar a la leyenda del judío errante en las postrimerías de la Edad Media. La sujeción a Rusia de la mayor parte del antiguo reino de Polonia fue, durante un siglo, causa manifiesta de malestar europeo; y el polaco sometido al Austria de los Habsburgos llegó a desempañar por momentos en la Monarquía ducal papel de señor dueño. En Alemania el polaco hacía reír en el sainete y aun en la calle; pero políticamente era un problema de tan difícil solución que ni siquiera estaba planteado al empezar la guerra de 1914.

El polaco conoce sobre todo el arte gentilísimo de hacerse tomar en cuenta. Es posible odiarlo; es fácil hacerle objeto de escarnio; le han oprimido con fiereza durante siglos razas afines y razas extrañas; oprimido, vilipendiado, escarnecido, siempre ocupa un lugar prominente en la conciencia de Europa, si damos por sentado que tal conciencia existe. La siguiente anécdota es de valor simbólico y caracteriza las relaciones existentes, antes de la guerra, entre el polaco y el resto del mundo. La anécdota que es hoy tan cierta, seguramente, como en los días en que solía referirla en los cafés de Londres un eslavo de mucha trastienda, dice que la Academia de Ciencias de Estocolmo había ofrecido un premio de diez mil coronas a quien escribiese el mejor libro sobre el elefante. Un inglés, al enterarse del concurso, se compró una escopeta, se equipó dignamente para la caza del proboscidio y se marchó a la India con ánimo de estudiar allí las costumbres de la inteligente criatura. Pasó en Asia unos meses, y al regresar a Inglaterra escribió entre burlas y veras un libro titulado "El elefante tal como yo lo he visto (*The elephant As I Saw Him*); un francés tomó parte en el concurso visitando el Jardín de Plantas durante algunas semanas, al cabo de las cuales salió con un libro titulado "L´éléphant á París" el alemán, a quien le ocurrió la idea de ganarse el premio, recogió cuanto libro se había escrito sobre el elefante desde la antigüedad hasta sus días y produjo tres gordos volúmenes bajo el título opresivo de "El elefante al través de los siglos" (*Der elefand in der Geschichte*); el polaco, a su turno, no se tomó el trabajo de viajar, ni de leer libros ni siquiera de visitar los jardines zoológicos y sacó de su imaginación un bello libro al cual puso por título: "L´éléphant et la question polonaise". No dice la anécdota si a este último trabajo le fue adjudicado el premio. No sería extraño porque las obras debidas a autores de esta nacionalidad suelen recibir del público de ambos mundos la más generosa acogida. Hace veinte y tantos años una

novela mediocre de escritor polaco realizó en pocos meses la conquista del mercado literario en Europa y América, con tal intransigencia y amplitud que aun teniendo la novela por cosa de poco momento era necesario leerla para vivir al corriente y no hacer figura desairada en salones y tertulias. El mundo elegante de aquella época risueña no admitía componenda entre haber leído "Quo Vadis" o saberse excluido de toda comunicación con el mundo de los refinados intelectuales. Más tarde un viajero polaco, a quien la suerte privó por unos meses del uso de una pierna en las faldas del Himalaya, dijo haber descubierto, en la biblioteca del monasterio donde curaron la fractura, un manuscrito en el cual, según los huéspedes, se contenía la vida privada de Jesucristo. El viajero polaco usó los ocios de su invalidez para aprender la lengua en que estaba escrita la vida de Jesús y traducirla en francés. Ese libro corrió por el mundo, se ganó la atención de los aficionados, fue objeto de alabanzas desinteresadas hasta el día venturoso en que alguna persona seria tuvo por bien empleado su tiempo en hacer generalmente conocida la enorme superchería.

En "Bestias, hombres y dioses" (los animales se habrán quejado ya de este lugar de preferencia) Ossendowski relata las miserias de su paso por el Asia Central en una carrera desenfrenada a que le obligaban enemigos francos y perseguidores ocultos. Se nos dice que el autor de este libro es hombre de ciencia, persona digna de crédito, cuyos conocimientos especiales han estado al servicio del Gobierno británico en ocasiones de gran trascendencia. Ello muestra una vez más cómo el sabio tiene resistencia mayor ante la maldad de los hombres y las inclemencias de la Naturaleza que el hombre ordinario de pocas letras. Enseña también que en presencia de grandes males y de calamidades inevitables la moral del europeo vacila, sobre todo en lo que dice relación con la inviolabilidad de la vida humana. En cosas de menor predicamento existe la misma variabilidad de funciones, como puede verse en "Boule de suif", novela corta, de sabor astringente, con la cual quiso darnos idea de la sólida base moral de las costumbres francesas Guy hace fuego en tierra extraña, sin haber declarado la guerra, sobre gentes sospechosas, con el mismo heroísmo con que los marinos estadounidenses descargan sus rifles sobre los habitantes de Haití. A veces no dispara él mismo y se contenta con dar la voz de "fuego" a las gentes sumisas que le acompañan.

Aprendió la manera de disponer entre sí dos troncos de árbol, con trozos de carbón en medio, para procurarse un hogar y conservar el fuego durante muchas noches. En una lucha con bandidos tibetanos el autor acudió, según es usanza entre viajeros, a su conocimiento de algunas drogas, para hacerse pasar por hechicero. Parece que entre mongoles y tibetanos el médico es una especie de sacerdote milagroso; en

efecto, "Fa Lama", según el autor significa médico o gran sacerdote. Las lenguas del Asia Central son en este punto, más precisas que las de Occidente.

La profecía, el misterio y la muerte se ciernen sobre las páginas de este libro como para darle carácter a la civilización de que su autor quiere ofrecernos una precisa imagen. Visitó el Sr. Ossendowski sacerdotes, profetas, marambas solitarios, panditas, y, por último, al "Buda viviente", para recibir de unos y otros profecías cumplidas y profecías que habrán de cumplirse, cuando Buda sea servido. En un monasterio le relataron el pronóstico de la guerra europea hecha con algunos años de anticipación. Para su Gobierno y para edificación de sus lectores recibió el autor de boca de una altísima virtud profética el anuncio de que la civilización presente va a ser destruida en absoluto por la revolución, en pos de la cual vendrá el gobierno del bien y de la razón por ministerio de un pueblo que habita en este momento las regiones subterráneas de Asia. Se siente, leyendo esta profecía y recodando la perfecta realización de las otras, el calofrío… viejo.

Un general tudesco, empeñado en cerrarle el paso al bolshevikismo más allá del lago Baikal, es protector, amigo y camarada de viaje de Ossendowski, se llama o le llaman el Barón de Ungern, como quien dice "mala gana". Es un bárbaro del siglo x. Tiene todos los apetitos desenfrenados de aquellas gentes, su moral sencilla y acomodaticia, su fe ilimitada en todo género de supersticiones. Este refinado europeo, de origen húngaro y alemán, hijo de cruzados y de corsarios, se había absorbido toda la ciencia europea que no resultaba incompatible con las hechicerías del Oriente y con la sabiduría de sus filósofos. Leyendo los libros del budismo el Barón de Ungern había previsto "la maldición desconocida que conquistando el mundo, barriendo toda la civilización, acabaría con la moralidad y destruiría los pueblos. "Su arma es la revolución. Durante toda revolución la inteligencia creadora, ayudada por la experiencia del pasado, será reemplazada por la fuerza joven y brutal del destructor. Este colocará y mantendrá en el primer rango las pasiones viles y los bajos instintos… La gran guerra probó que la humanidad debe elevarse hacia un ideal siempre más alto" (pág, 97). Sin embargo, la demostración no está al alcance de todas las inteligencias: muchos estadistas europeos no han podido entenderla.

La narración corre fácilmente, sin adornos, con tono de oratoria popular, matizada a trechos con anécdotas adecuadas al tema. A veces el estilo es tan escueto que una persona bien intencionada podría tomar ciertas páginas por un parte de batalla o por un informe oficial de lo que llaman los ingleses "intelligence department", sin ánimo de fastidiar a los inteligentes. Leamos: "La situación se agravaba, las relaciones entre los chinos de un lado, los mongoles y los rusos de otro, se hacían más precarias.

En esa época, el comisario chino en Uliatutai era Uang Jsao Fsoung y su consejero Fu Hsiang, los dos muy jóvenes e inexperimentados. Las autoridades chinescas habían depuesto al Sait de Uliasutai, el patriota mogol, príncipe de Chulton Beili y habían nombrado en su lugar un príncipe lama, amigo de China, antiguo subsecretario de guerra en Urga".

Así avanza la narración de página en página, con nombres nuevos de ciudades y de hombres en cada párrafo, unos más enredados y exóticos que los otros. La sensibilidad del autor se agudiza a medida que sus nociones morales y su capacidad crítica se van embotando, sin poder remediarlo. Esta afirmación pugna con los principios de la psicología moderna, según la cual, la fineza del criterio moral corresponde a un refinamiento de la sensibilidad, principio tan extendido que ha llegado servir de tesis a uno de los dramas elementales del popularísimo Sudermann. Pero en Ossendowski la anomalía es visible. Su sentido moral se eclipsa, según ocurrió siempre a los exploradores de comarcas habitadas por tribus salvajes.

Viajeros alemanes empeñados en estudiar las costumbres del África tenebrosa, acabaron por apaciguar el hambre con carne de sus semejantes. Hasta el pudor elemental desaparece cuando el hombre civilizado se pone en contacto con esquimales o con indios del Putumayo. Pero que esto ocurra al mismo tiempo que los sentidos se hacen más perspicaces es lo que no puede aceptar la moderna psicología. Sin embargo, tal es el caso del señor Ossendowski. Ya hemos visto que su moral europea vacila por momentos. Su vista, empero, adquiere una virtud nueva, en sus excursiones por la Mongolia y en las vecindades del Tíbet. En las páginas 44 y 45 de su maravilloso relato describe el paso del Jenisei a caballo durante la noche y dice: "La nuit était absolument noire, sans une étoile au ciel". Así se lanza a la corriente hasta llegar a la mitad del río donde la fuerza de las aguas extremadamente rápidas comenzaba a llevarse caballo y caballero. En ese punto observa que "dans la nuit lugubre le ovyageur entendit les cris de ses compagnons et les sourds génissements de terreur et de souffrance des Chevaux". Un poco tarde, cayó en la cuenta Ossendowski, de que abandonando el caballo y asiéndose a los estribos o a la cola de la bestia, según hemos hecho cuantos hemos llegado a un trance parecido, se aumentan las probabilidades de salvación, disminuyendo el esfuerzo del vehículo. Y en este punto dice Ossendowski: "Un moment il flotta (el caballo), lês lévres entrouvertes et les dents sérrees. Dans ses yeux largement ouverts se lisalt une indescriptible terreur". Cómo podía ver los dientes apretados, los labios entreabiertos y la expresión de terror indescriptible en los ojos del caballo, siendo la noche absolutamente negra, sin una estrella en el cielo, tan solo puede explicarse como un caso de hipersensibilidad proveniente de vigilias y

privaciones. No se crea, sin embargo, que éste es un lapsus lingual o un mero ejemplo de amnesia tan común en los escritores premurosos o en los políticos desocupados. En la página 140 hace de nuevo manifiestas sus capacidades de nictálope diciendo: "En la obscuridad vi cuando grandes yourtas y dos centinelas mongoles, armados de fusiles rusos". Yourta, según el glosario, adjunto a la obra, es "tienda o casa mongol, hecha de fieltro". No es imposible al común de los mortales percibir el contorno de una casa o de una tienda en la oscuridad de la noche. Es más difícil divisar centinelas en medio de las tinieblas; un poco más arduo resulta distinguir la raza de éstos y descubrir que estén armados; pero lo más inverosímil es poder atinar, sin ponerles la mano encima, con la manufactura de las armas.

Tal es el libro de que se habla en España con grande entusiasmo; que en otros países traducen apresuradamente, poniéndolo al igual de la obra inmortal de Defoe, como si diera testimonio de un género nuevo de sensibilidad literaria.

Buenos Aires, domingo 15 de febrero de 1925

El periodismo y las artes literarias
Por B. Sanín Cano
Bogotá, diciembre de 1924

Cuando se deseaba, hace diez años, desconceptuar una novela o un drama, acudía siempre a la memoria del crítico una frase destructora y temida entre los artistas de cada género. Bastaba decir que un trabajo literario era "periodismo", para arrojarlo sin derecho a defensa en la calígine de la incompetencia. Una novela en que apareciesen huellas de "periodismo" incurría en el feo defecto de la confusión de los géneros. No sé que estuviera entonces definido, ni según la retórica ni de acuerdo con el sentido común, el género periodístico que se ha dado en contraponer a los demás géneros literarios. Se le miraba con desprecio; había quienes trataban de aprender sus secretos para evitar el uso de ellos. Es cierto que en aquellos tiempos era más fácil llegar a la notoriedad y aun a la verdadera celebridad en otras formas de la actividad literaria que en el periodismo. Se dio el caso de Renán, de Faguet, de Barrès, de H. G. Wells, que después de haber conquistado el mundo de las letras con bellas obras de crítica y de historia, con novelas de original invención y sutilísimo análisis, vinieron a parar en el periodismo, como si fuera éste la suma y compendio de las formas literarias. Ocurre también que literatos menos estupendos han recorrido la misma derrota en sentido contrario, pasando del periodismo a la novela o al teatro. Las dos rutas servirían tal vez para demostrar la unidad del entendimiento humano y la estrecha conexión existente entre los géneros literarios.

Estas consideraciones asaltan la mente desprevenida de los lectores al recorrer las páginas de algunas obras novelescas de publicación reciente. El periodismo ha invadido la novela y lleva trazas de identificarse con ella, por lo que hace a las formas literarias de que uno y otra hacen uso en sus vastos dominios. Sorprende, sin embargo, que se trate de disociar estos dos géneros, especialmente desde la época literaria en que los novelistas establecieron como canon de su trabajo el enfrenar los vuelos de la imaginación y la fantasía por medio de la observación. El análisis vino enseguida a cercenar más la capacidad expansiva de la invención humana. Se llegó en tiempo del naturalismo y del vigor tiránico de lo que se llamó con cierto énfasis "novela psicológica", a darle carácter de ciencia a este género de obras imaginativas. Zola se creyó hombre de ciencia leyendo a Claude Bernard, y trasladó ingenuamente a sus novelas el método experimental. Bourget se dejó cautivar (parte por anglomanía, parte por

sus entusiasmos científicos), de los psicólogos ingleses de la edad victoriana, y escribió novelas de tendencia científica, sensiblemente morigerada, en comparación con los arrestos semi-irresponsables del autor de "L'oeuvre". Con todo, Bourget trabajaba en el análisis psicológico sin desprenderse de la convicción de que estaba preparando datos para que llegase un día en que los psicólogos del porvenir pudiesen prever, por ejemplo, con absoluta certidumbre, la fecha en que Gran Bretaña había de desocupar la India. Es duro pensar que en "Mensonges" o en "Cosmópolis" hubiese datos para la solución de tamaño problema, pero la fe de los novelistas es más firme y más amplia que la del común de los mortales.

Queda siempre inviolable, a pesar de las exageraciones en que incurrieron psicólogos y novelistas, una verdad saludable: la observación precisa, la capacidad de dividir en sus partes componentes el resultado de la observación, y describirlas con orden y método, son cualidades dignas de embellecer todo género literario. El repórter, el corresponsal, dueño de estas capacidades, así puede llenar las columnas de un diario como las páginas de una novela. En el primer caso hace periodismo aceptable, y en el segundo buena novela, aunque a su trabajo le pongan el mote de "periodismo".

Las dificultades en esta labor de clasificación se acrecientan si consideramos que hay tantas clases de "periodismo" como de poesía. Con la difusión de la enseñanza ha aumentado el número de gentes deseosas de ensanchar sus conocimientos o modificar su concepto de la vida por medio de la prensa diaria. Pero como la difusión del arte de leer corre pareja con las exigencias de la vida en otros de sus aspectos, el hombre tiene cada día menos tiempo para leer y va perdiendo rápidamente la capacidad de recordar lo leído o de meditar sobre su significado. Cuando el creador del "Daily Mail" dio a luz el primer número de su diario, con los editoriales de un cuarto de columna en tipo gordo, con las noticias concentradas en cuatro renglones y una ausencia casi completa de comentarios, dicen que Lord Salisbury sentenció con palabra cáustica que había aparecido un diario para las gentes que no podían pensar. Más tarde, al aparecer el flamante "Daily Mirror", con sus ocho páginas de grabados, sus dos o tres cuentos en imágenes y su escasa labor editorial, anunció el mismo ingenio punzante la salida de un periódico para los que no saben leer.

No será, pues, tenido a mengua, decir que una novela es periodismo, si el que lo dice piensa en las vehementes invectivas contra la vida moderna, que suelen aparecer en el "Morning Post", o en los excelentes folletones de "El Sol", o en la tercera página del "Corriere della Sera", sin acordarnos del piso bajo de ciertos números de "Politiken"; pero la novela vendría a quedar en nivel muy inferior si la comparasen con los valores intelectuales de que hacen cosecha cotidiana los diarios, a quienes el público

llama "ilustrados" sin la más leve intención irónica. Dicho todo esto, se puede hablar de novelas que parecen trabajos periodísticos, entre las cuales hay para todos los gustos y de muy variada significación artística. Es más: hay novelistas que hacen "periodismo en sus novelas", conscientemente a veces, y otras por la premura del tiempo, que los fuerza a llenar páginas con material ya preparado de antemano. En "The Woman Who Did", novela muy discutida en su tiempo, Grant Allen puso en boca de alguno de sus personajes, artículos ya publicados como folletón de la "Westminster Gazette", y en cierta novela medio desnuda de Guido da Verona se siente, aun teniendo poca malicia, que ciertas disquisiciones filosóficas, menos profundas que extensas, parecen resultado de una antigua costumbre de escribir para los diarios. Hay, sin duda, un cierto modo de expresar el pensamiento, que corresponde a lo que literatos y gentes de pocas letras llaman "periodismo". La tarea del hombre que conversa diariamente con el público exige rapidez de pensamiento, fineza de observación, capacidad de sacar consecuencias en el tiempo que media entre la oración y la media noche, de los hechos observados o conocidos en el tráfago del día. El novelista puede usar de más tiempo en la preparación, pero el andar despacio no quiere decir siempre andar bien. No sé cuánto tiempo disipó Jean Paul Richter en hacer un libro titulado "Sibenkäs", derroche de humorismo, de observación penetrante y de filosofía desengañada; pero hay páginas en esa novela de las cuales diríamos, si hubieran sido escritas en nuestros días, que su autor estaba haciendo "periodismo", aunque de contrabando.

Y viniendo a lo presente, acabo de leer un libro de Rose Macaulay, "Told by an idiot", novela deliciosa, de la cual puede decirse, sin ofender a nadie, que es periodismo de la mejor especie. En las páginas de este bello libro su autora pone de manifiesto la vida inglesa en tres generaciones sucesivas, desde la época victoriana hasta nuestros días. Sin pretensiones de novela histórica, este pormenor de las costumbres británicas va señalando con gracia y no sin distinción las transformaciones que obra en el espíritu de una raza el progreso de las ciencias. Es Inglaterra, por una fatalidad del destino, el pueblo más resistente a los cambios materiales, pero, al mismo tiempo, no hay raza que se deje influir más rápidamente en el orden espiritual por las ideas nuevas o los inventos científicos. En gran número de hogares modestos en Inglaterra el sistema de calefacción es todavía el mismo de que hicieron uso los súbditos de la reina Boadicea: pero ¡qué distancia de la moral inglesa, de la vida de hogar, que eran corrientes en los primeros años de la época Victoriana, a las costumbres sociales de la edad georgiana! En los negocios predomina todavía la reserva, la simulación, sin llegar al engaño; pero en las relaciones de los sexos, en el concepto de la vida marital,

empieza a regir una franqueza, un desembarazo que en tiempos de Gladstone hubieran sido acogidos como evidentes señales de disolución.

En el análisis de las tres generaciones con que está lleno el libro de Rose Macaulay, el contraste entre unas y otras épocas hiere la retina moral con la intensidad que la luz solar en las alturas andinas impresiona las pupilas del que contempla ese cielo la primera vez. La fineza de observación desconcierta a quienes sin haber estudiado sobre los lugares la honda transformación sufrida por la sociedad inglesa en los últimos veinte años, saltan de una generación a otra en el curso de la novela como si pasaran de una civilización a otra remotísima.

El estilo del libro tiene todas las cualidades del mejor periodismo: es firme, sin llegar a la afectación editorial; es fluido, elástico, vivamente representativo, sin caer en el exceso de la abundancia objetiva. Huye la autora las descripciones minuciosas del ambiente físico, sin duda porque aspira a sugerirlo poniéndonos en inmediato contacto con el alma de los personajes que allí agitan: arduo empeño, que su voluntad y su conocimiento del hombre (y de las mujeres) le ayudan a coronar a veces con eficacia de maestro.

De este libro durarán la fuerza representativa, la gracia femenina, realzada por un exquisito sentido del humor, el cariño apasionado con que la autora se ha puesto a describir a personajes, a quienes ama por sus escasas virtudes y a quienes admira por la ingenuidad, por la humanidad insuperable de sus pequeños vicios.

Buenos Aires, jueves 5 de marzo de 1925

Bibliografía
("Some Masters of Spanish Verse" by James Fitzmaurice-Kelly, Oxford University Press. 1924)

Este libro, cuidadosa y elegantemente editado, forma parte de la colección que con el título general de "Hispanic Notes and Monographs" está dando a luz intermitentemente la Hispanic Society of America. En él se contienen las conferencias leídas por su autor en la Universidad de Cambridge, sobre la poesía española, siguiendo a grandes pasos el derrotero del "Oxford Book of Spanish Verse", antología de verso castellano, compilada con un firme gusto personal y con abundante conocimiento de la materia por el mismo Fitzmaurice-Kelly. Los temas tratados indican la intención de hacer resaltar en el vasto panorama de la poesía española las cumbres más altas y las más apacibles perspectivas, empezando por Berceo y el Arcipreste para terminar con Silva y Rubén Darío, sin omitir a Garcilaso, ni a San Juan de la Cruz, ni desentenderse de Lope y de Góngora. Los capítulos, a pesar de no tener nexo sistemático los unos con los otros, pueden pasar por una ojeada muy completa del Parnaso español, representado en sus obras más características. Los títulos de las diversas conferencias son tentadores como el letrero de las posadas en una excursión por los Andes, el estilo y la erudición inmediata cautivan lo mismo al lector ocasional que al envejecido en este género de estudios.

En sus juicios el autor es francamente personal: ni se deja influir por las opiniones centenarias ya cristalizadas en gruesos volúmenes, ni le deslumbran aquellos relámpagos de nombradía pasajera, con los que algunas escuelas nuevas suelen iluminar nombres antiguos y ya medio olvidados. No le oprime lo viejo, ni se deja fascinar por lo nuevo; percibe y desecha lo mediano al través de los siglos y entre los gritos y la farándula del actual mercado literario. Oigámosle: "La literatura española tiene cualidades que le son propias: un realismo punzante, inmisericorde, mezclado con un místico abandono que hace vibrar intensamente a cierto género de lectores. La lengua española no es especialmente dúctil; las hay más sutiles y maleables, más adecuadas como instrumentos perfectos de expresión delicada. Sin embargo, el español combina, en un grado insuperable, la melodía verbal con el tono marcial y su riqueza de inflexiones diminutivas le añade a sus recursos notas de ternura acariciante. Los meros sonidos de ciertas palabras españolas nos hacen vibrar con exquisito deleite hasta obscurecer nuestro juicio crítico". Y hablando de la cualidad y del estilo en la

obra de Lope de Vega: "En justicia debemos siempre tener presente que el patrón de gusto literario no es uno mismo en las Naciones europeas del Norte y del Sur. En tanto que nosotros (los del Norte) logramos nuestros mejores efectos por medio de estricta atención al detalle, los españoles obtienen éxito a grandes pinceladas con una brocha sobrecargada de color flamante. Lope trata de deslumbrar por medio de la fuerza más bien que con la asidua preparación de la belleza verbal. En su propia manera tiene un perfecto dominio de su instrumento, pero su ejecución es un tanto apresurada y nos hace creer en definitiva que, aun con su grandeza, no conoce todos los secretos de la instrumentación, o, en otras palabras, no se da cuenta de la potencialidad de su arte".

Bien se ve que Fitzmaurice-Kelly ha leído cada obra que menciona y meditado cada composición de las citadas en sus conferencias. Las opiniones sobre cada poeta están iluminadas con rasgos biográficos definitivos, expuestos en forma sabiamente condensada, no exenta del humor y la gracia característicos del genio celta.

Solamente una de las conferencias había sido publicada y ello parcialmente, antes de aparecer en esta obra póstuma del profesor de Liverpool: es la última, que, en su parte relativa a Rosalía de Castro, a Silva y Rubén Darío, vio la luz traducida al español, en las columnas de este diario, a poco de haber sido leída en las aulas de Cambridge.

Buenos Aires, domingo 8 de marzo de 1925

La verdadera historia del hombre

Aumentan cada día las historias de la literatura, y en ellas es casi general la tendencia a hacer resaltar el suceso menudo. Ciertas obras de este género más parecen guía de forasteros que anales de las ideas dominantes en un periodo señalado. El historiador de una literatura escribe aparentemente dominado por el temor de omitir el nombre de un autor, el título de una obra o las fechas que el uno y la otra vinieron a luz. No queramos amenguar la importancia de una "estúpida fecha", como decía Fitzmaurice Kelly; pero cuidemos de no hacer de ella algo más substancial que las ideas. Sin duda importa precisar la época en que floreció Platón y se difundieron las obras debidas a su divina inteligencia, pero el contenido de tales obras no sería menos hermoso, ni habría ejercido menor influjo en las rutas del pensamiento humano, si en vez de Platón las hubiese escrito alguno de sus antepasados contemporáneos.

En la historia de la literatura lo más importante es señalar la sucesión de las ideas. Viene después el estudio de las formas y de la continua variación a que están sometidas. Es apenas posible en materia de arte separar la forma del contenido espiritual, porque hay en aquélla algo verdaderamente inasible y tan espiritual como la idea. La forma y la idea tienen vínculos tan estrechos que en ocasiones es imposible separarlas, y en las obras del genio es palpable que la una no podría existir sin la otra.

Siguiendo este concepto es menos difícil enumerar los defectos en que incurren los actuales historiadores de nuestra literatura, de los cuales puede decirse que abandonan la pura disciplina literaria para entregarse a la formación de graves y doctas enciclopedias, donde tan sólo se echa de menos el orden alfabético. La obra de D. Julio Cejador y Franco, por ejemplo, encierra doctrina y es un riquísimo acervo de noticias divinas y humanas respecto al lenguaje y a la vida literaria de España y de las Repúblicas americanas donde se habla español. Pero la selva de nombres y de títulos, parecida a la floresta que forman las columnas de las catedrales góticas, obstruye a veces el camino de las ideas. De veras, en los últimos volúmenes, la profusión de autores, de fechas, de títulos, no ya sólo de libros, cuya significación cultural, en muchos casos, es inadvertible, sino de ensayos o poemas ocultos en las colecciones de periódicos impiden seguir el curso de las ideas o la evolución de los géneros. En obras de esta naturaleza, inspiradas en el lógico anhelo de no dejar pasar inadvertido ningún esfuerzo literario, se corre sobre todo el peligro de faltar a la ley de las proporciones. En un volumen de mil páginas, como la "Historia de la Literatura Española"

de Hurtado y González Palencia, donde a Lope de Vega y Cervantes se les han concedido treinta ¿Cuántas líneas le corresponden a Muñoz Seca y a Ramón Gómez de la Serna? Ni para en esto la dificultad, porque hay imitadores de estos dos ingenios que han encontrado ya un puesto en las historias literarias de aparición reciente.

Se ha errado el camino: la historia de la literatura es la biografía de unos pocos hombres y está ilustrada en el análisis de algunas, no necesariamente de todas sus obras. La penetración y la competencia del historiador se muestran en el tino con que escoja sus hombres y las obras que a ellos se deben. Tampoco el hecho de pertenecer una obra a tan ingenio sobresaliente ha de colocarla en las cumbres del pensamiento. Hay obras mediocres de autores geniales, aunque la buena suerte de los historiadores ha querido que no haya obras excelsas debidas a medianías intelectuales. Nada o muy poco le añaden los libros hueros y los autores sin medula a la historia literaria de un siglo. El siglo y la comarca privados de grandes autores y de obras substanciales no tienen historia literaria y deben conformarse con su áspero destino.

Una historia de la literatura universal no se ha escrito aun siguiendo el plan de mostrar en ella el influjo de los grandes autores sobre el andar de los pueblos y de señalar las corrientes de las ideas al través de los siglos. Las tentativas que se han hecho en esta dirección, y son pocas, se frustraron a menudo por la tendencia de su autor a darles color determinado a las épocas, haciendo sobresalir cierto género de ideas. En otras ocasiones la obra tiene, más bien, valor enciclopédico. Tal puede afirmarse de la "Historia Universal de la Literatura" que debemos a Juan Scherr, donde la división por Naciones entrecorta necesariamente el curso de las ideas. Apenas es el caso de mencionar la obra de Gustavo Karpeles, tan elocuente y tan inmetódica como un discurso de propaganda.

Las ideas directoras del pensamiento humano surgen ocasional o necesariamente (sobre esto cabe opinar) en un país determinado para irradiar en todos sentidos y presidir al curso de la historia, en tanto que no sean reemplazadas por otras. Tienen patria cuando nacen, pero la pierden apenas llegan a su mayor edad. Mientras andan en obras didácticas o en híspidos tratados filosóficos, son materia neutra. Labor de la literatura es vivificarlas. La idea romántica, a manera de ejemplo, andaba en el ambiente filosófico cuando floreció en los libros de Rousseau, se propagó con ellos a Alemania, fue acogida impetuosamente en Francia, pasó a Italia y a España, repercutió con estrépito en la América hispano-lusitana y todavía está actuando sobre las generaciones literarias del momento como un virus que desaparece en los últimos miembros de una familia después de haberse hecho presente en la vida de muchos antepasados. La comparación es ingrata mas no carece de competencia: el roman-

ticismo, libertando en un principio el espíritu de cadenas ancestrales, preparó la hipertrofia del yo, no sin volver del revés algunos valores humanos, de cuya inversión sufre todavía la civilización contemporánea.

Casi toda transformación literaria, cuando merezca tal nombre, tiene su origen en un movimiento filosófico. No es raro, además, que el movimiento filosófico sea el resultado de una transformación política. Es más frecuente que las corrientes literarias y filosóficas promuevan espontáneamente acción política de considerable trascendencia. A las representaciones tumultuosas de Hernani, siguió, como los aguaceros torrenciales a las mañanas de calor sofocante, la revolución de julio. Escribiendo, pues, la historia literaria de un país o de una época, según el criterio aquí diseñado, quedarían narrados los sucesos importantes de la vida de un pueblo con más penetración y competencia que siguiendo minuciosamente el curso de las campañas, la suerte de las batallas, las alternativas a que están sujetos los Tronos y los Gobiernos, sin olvidar las revoluciones victoriosas y los alzamientos frustrados. En este punto coinciden con las presentes ideas las generosas iniciativas del Sr. D. Leopoldo Lugones en el Consejo de la Sociedad de Naciones.

La historia "fundamental" de Europa en el siglo XIX, con ser especialmente agitada y policroma, cabe en la biografía de sus grandes literatos. Esto parece una exageración; pero resulta palpable que, conociendo el estudiante la vida de combate de Lord Byron y Shelley contra la sociedad de su tiempo; la actitud de estos poetas y de Keats, Wordsworth, Savage Landor, Coleridge y Walter Scott ante la naturaleza y ante la antigüedad clásica, está mejor equipada su imaginación para formarse una idea de la verdadera Inglaterra, a principios del siglo pasado, que con enterarse de las maquinaciones abortivas de Castlereagh contra las escasas libertades de que gozaba el europeo en aquellos días. Ante la luz que arroja sobre la vida europea de 1800 a 1826, la biografía más o menos procelosa de aquellos literatos, resultan pálidas las querellas de Pitt y Fox, las ingeniosas combinaciones de Canning en contra de la Santa Alianza, las vidas opacas de un Jorge más o de un Guillermo menos. Aunque los historiadores de los grandes pueblos, vivos y muertos, hayan querido proyectar el panorama completo de la vida del hombre en una sucesión de guerras de exterminio, tan inverisímiles como irracionales, el contenido espiritual de la vida humana no lo dan ni los conquistadores, ni los grandes capitanes, ni siquiera los reyes magnánimos, ni tampoco los grandes políticos. Más le debe Alemania al genio de Goethe, a pesar de las actitudes de afectada serenidad e indiferencia del musageta de Weimar, que a los desplantes históricos de Federico el Grande, a sus hazañas militares o a sus capacidades diplomáticas. Toda esa obra y la de Bismarck pudieron perecer en un día de

fuga en "automóviles furtivos". La obra del genio literario sobrevive a la obra de los políticos. La vida integral de Francia entre 1848 y 1870 no está, loado sea el destino, en la biografía de Luis Napoleón. Lo que importa saber de la refinada y fecunda espiritualidad de ese pueblo en aquellos años podría extraerse, sin forzar la verdad, de la vida y obras de unos pocos literatos, de su correspondencia y sus conversaciones. Taine, Renán, Merimée, Prevost, Paradol, Hugo, Dumas hijo, con sus luchas de conciencia, sus alternativas ideológicas, sus actitudes de indiferencia o reserva ante el panorama político, sus críticas a la sociedad de su tiempo, sus efusiones líricas y sus páginas de confesonario representan mejor a la Francia de los tumultuarios del 48 y los mariscales del Segundo Imperio.

Siguiendo la trayectoria de los grandes literatos de aquella época sabe el estudiante cuánto importa atesorar de la vida política de Francia para juzgar de ella en el concierto de las Naciones.

Por más esfuerzos que hayan hecho la espada, el comercio y la industria (cuya obra no quiero poner en menosprecio) es el espíritu de los grandes literatos lo que ha venido en definitiva a servir de símbolo nacional en las diversas épocas de la historia. Más hay de Italia en la biografía de Dante que en toda la agitación política de los Reinos, Principados y Repúblicas que fueron contemporáneos de aquel excelso espíritu. En rigor es Dante uno de los creadores de ese vago concepto político denominado la "terza Italia". Todo el "Risorgimiento", sin exceptuar las indignidades y pequeñeces de que está manchado ese período, aparece en la obra de los poetas, novelistas y críticos a quienes debe Italia su unidad y la fe en sus destinos. Escribiendo la historia de la transformación industrial de la Península, acaso resalten ciertos aspectos del carácter nacional, dignos de singular atención; pero en la historia de las letras italianas en el último siglo están todo el pasado y todo el presente de un gran pueblo.

Los sentimientos del hombre forman la parte más noble de su ser: conocerlos es formarse idea completa de su personalidad. Lo que los hombres pensaron acerca del amor, de la Naturaleza, de sus relaciones con los otros hombres es acaso lo más importante que nos es dado conocer de nuestros semejantes. El tiempo va obscureciendo las campañas de Napoleón al paso que los eruditos empiezan a amontonar volúmenes sobre sus relaciones con el otro sexo. De aquí proviene sin duda la grande importancia histórica de las obras denominadas con el título general de amena literatura; en ellas predomina el sentimiento que hace digna de ser vivida la existencia humana y alrededor del cual giran los apetitos y ambiciones que parecen mover al mundo impulsando al individuo. La historia es para Lessing la historia de la educación del género humano, bello concepto que se completa con la frase de Hegel: "El mundo es la estatua de la inteligencia".

Hubo en España una mente capaz de escribir la historia de la literatura universal, según la intención descripta en estas líneas. Tenía ese hombre la memoria alacre, vasta erudición, una generosa capacidad generalizadora y cierta bondad nativa que le acercaba a todos los temas y a todos los hombres con "caridad", en el sentido griego de la palabra. Favorecíalo, además, una claridad de exposición admirable, y el don fenomenal de reducir a sus elementos en lengua popular las más abstrusas concepciones filosóficas. Estaba especialmente dotado para simplificar, sin mutilarlas, con gran claridad y no sin elocuencia, las teorías estéticas, así proviniesen de aquellas mentes alemanas tan lejanas de la proporción y tan poco encariñadas con la virtud de la templanza verbal. Faltóle acaso la virtud del estilo: en su manera clarísima de exponer solía dejarse arrebatar por los corceles de la elocuencia. Algunos de sus ensayos críticos más parecen arengas ciceronianas por la inconmensurable longitud de los períodos, exentos de la noble variedad incidental, que análisis de filósofo latino del siglo XIX. Este hombre prodigioso empezó la obra con el título de "Historia de las ideas estéticas en España". Analizó con mirada perspicua y con un interés apasionado el origen de todos los géneros para allanar el camino por donde, según él, había de llegarse al estudio de las letras españolas. No se había emprendido nada tan comprensivo por ningún crítico literario. La bella y generosa síntesis de Brandes apenas comprende un período de ochenta años, desde Goethe y Rousseau hasta Balzac y Heine, sin descuidar a los poetas ingleses de la rebelión filosófica y del sentimiento moderno de la naturaleza. Pero en ese cuadro vivamente dramático, falta la Italia de principios del siglo XIX y dos o tres escritores de España que, en esa misma época, incorporaron su nombre a la literatura universal.

Menéndez y Pelayo dejó caer la pluma en el tomo destinado al romanticismo en Francia. Había anunciado la historia de los románticos italianos, de la cual ni siquiera fragmentos nos han dado los admiradores del gran polígrafo. Sería curioso analizar los orígenes del desánimo que sobrevino de manera súbita a esta mente de laborador infatigable. Ya en el prólogo de la obra últimamente citada se descubren señales de fatiga y desencanto. Acaso llegó el curioso y concienzudo investigador a convencerse de que él solo no podría nunca llegar al fin de una obra emprendida con plan tan vasto; acaso los años le enseñaron que el espíritu con que había sido concebida resultaba demasiado estrecho para abarcar todo el movimiento literario del siglo XIX y explicarlo adecuadamente; acaso ya empezaba su mente a libertarse de la idea, presente por dondequiera en su obra fenomenal, de subordinar el juicio estético a ciertos cánones de doctrina extraños a la pura conciencia literaria.

Buenos Aires, domingo 22 de marzo de 1925

Palabras
De cómo podría hacerse un diccionario de la lengua que fuese diccionario de veras sin dejar de ser español

La indiscreción de los periodistas ha llegado hasta el punto de comunicarle al público noticias muy detalladas sobre la nueva edición del Diccionario en que está ocupada con tenaz empeño la Real Academia de la Lengua. Se sabe la transformación en el título de esta compilación de las palabras castellanas. Ya no se llamará Diccionario de la Lengua Castellana, sino de la Lengua Española, para justificar con este título, según se dice, la inclusión de palabras americanas exentas de toda sospecha de casticismo. Aun se pronostica la posible incorporación de palabras usadas exclusivamente en algunas provincias españolas y no falta quien haya llegado a suponer cómo por este camino el Diccionario de la Real Academia puede llegar a contener también un vocabulario gallego, uno catalán y no pocos términos vascuences. Nada tendría de particular. La Academia ha hecho cosas más interesantes que ésta, verbigracia, la reforma de la acentuación en beneficio de los extranjeros deseosos de aprender castellano. Además de esto, es posible que arrepentida la Academia de haber pecado, por omisión, en los últimos tiempos haya querido pecar esta vez por un exceso de actividad.

Las indiscreciones de los periodistas no han llegado hasta darnos clara y documentada noticia del método seguido en la anunciada edición para definir las palabras. Si ha de acomodarse a la tradición observada desde que apareció la segunda edición del Diccionario, importa decir que se pierde un tiempo precioso. Definir lógicamente las diversas acepciones de una palabra sin acarrear al propio tiempo ejemplos de clásicos o del uso común para fijar en la mente del lector el verdadero significado de las voces, es labor inútil. Tal vez llegaría a ser perjudicial, si, a pesar de la Academia, el pueblo, depositario del idioma, la prensa, los novelistas, los poetas, mejorando continuamente el instrumento de que se valen, no nos ofrecieran, día por día, ejemplos del uso regular del idioma. Mas, como no es posible acudir a la prensa ni a los clásicos ni menos al uso popular en el momento de absolver una duda, conviene que el Diccionario sea un registro alfabético de uso ratificado por el ejemplo. Los diccionarios y las gramáticas solían sacar estos ejemplos de los clásicos. El mundo ha cambiado un poco. Los filólogos de hace sesenta años pretendían enseñarnos la manera cómo se debe hablar un idioma, de acuerdo con ciertos principios que ellos formulaban

a su amaño o que daban por establecidos. El filólogo de nuestros días no dice que "debemos hablar" de una manera u otra, sino que el pueblo "habla" de cierta manera. Este modo de hablar el pueblo es el que debe estar contenido en el diccionario, por lo que hace al significado de las palabras, al régimen de los verbos y a otros elementos de la ciencia del lenguaje. "Una gramática, dice Wyld, el profesor de Liverpool, no se propone enseñar a las gentes cómo deben hablar, sino al contrario, a menos que sea una obra muy antigua o muy mala, quiere hacer ver la manera como un pueblo determinado habla en el momento en que ella ha sido escrita".

Una academia es, por lo regular, una corporación de gentes muy avisadas; y como se supone que todas ellas son escritores, aunque no precisamente escritores buenos, se llega a la conclusión de que por el hecho de escribir ya han de conocer su idioma. Es decir, lo conocen a la manera en que lo conoce el agricultor, el marinero o el vendedor de ultramarinos. Tiene a su disposición el académico un cierto caudal de palabras para el uso diario, enriquecido con términos de su profesión o de sus estudios favoritos; pero la ciencia de cuarenta personas, aunque todas fuesen filólogos, y a más de esto, especialistas en otra disciplina artística o científica o meramente industrial, no bastaría para hacer un buen diccionario. Es una ficción de consecuencias dolorosas imaginar que, pues un académico es escritor, ha de tener aptitudes para hacer un diccionario. Hay un gran número de escritores públicos, novelistas, poetas, de los cuales puede decirse sin ofenderles ni ofender la verdad, que saben hablar y escribir su lengua, pero no la "conocen", lo que se llama "conocer" un asunto. Dar por sentado que un escritor es un filólogo por el solo hecho de escribir en una lengua, es como aceptar que un hombre es buen sastre porque va bien vestido.

Los diccionarios hoy no los hacen las academias. Los hace el público dirigido por una sociedad de filólogos. No siendo los académicos de Madrid filólogos experimentados se pueden expresar dudas sobre el hecho de que hayan sido "nominativamente designados" por la providencia, o por el consentimiento de los pueblos de habla española para hacer el vocabulario de nuestra lengua. Principalmente los incapacita el hecho de no estar en contacto con el pueblo. Antes se decía que la gramática era el arte de hablar bien un idioma "según el uso de la gente bien educada". Hoy ha cambiado el punto de vista: el árbitro en estas cosas es el pueblo y conocer un idioma es saber cómo lo hablan las gentes, cómo se ha hablado y, si es posible, por qué se han verificado esos cambios. Hay reglas que los determinan y hay reglas todavía desconocidas que sería muy útil y muy entretenido poder fijar.

Es un penoso hecho histórico el no tener las gentes de habla española un diccionario como el de Grimm para la lengua alemana, siquiera como el de Hahzfeld

y Darmsheter para la francesa. Ya sería mucho pedir el que la Academia o los libreros españoles nos hubieran dado algo como el "New English Dictionary" o como el "Diccionario de la lengua danesa" que preparan en este momento el pueblo y los filólogos de Dinamarca, dirigidos por una señora. No se puede ya emprender una obra como el vocabulario inglés mencionado, sino contando con una colaboración numerosísima y medios pecuniarios adecuados. Del hecho de no haberse preparado con ambas cosas en tiempo oportuno, el "New English Dictionary" ha venido a tardar cuarenta años para su completa publicación. De esta demora han resultado graves inconvenientes. A la obra le falta unidad, así en la doctrina como en el pensamiento. Le falta unidad en la doctrina, porque en cuarenta años las ciencias filológicas han avanzado considerablemente y es natural que en el primer volumen se expusieran o se siguiesen teorías que era menester abandonar en los últimos, conforme a las recientes adquisiciones de la filología. Era también de rigor que faltase unidad de pensamiento, porque iban muriendo personas a quienes estaban encomendados ciertos sectores del trabajo, al reemplazar las cuales no siempre era posible hallar continuadores idóneos del pensamiento representado por el difunto.

Otro vicio fundamental de la obra está en la necesidad de copioso apéndice. En cuarenta años la lengua inglesa se ha enriquecido en todos sentidos; es posible que haya mudado un poco su carácter. Para redondear el "New English Dictionary" será necesario un apéndice voluminoso en que las primeras letras del alfabeto ocupen espacios respetables. De 1880 a esta parte han entrado al caudal de la lengua nuevas palabras; se ha enriquecido el significado de algunas; se ha reducido el de otras; han muerto giros muy en uso por aquellos días; han surgido, como los hongos en primavera, modos nuevos de decir en que se refleja el carácter de la época.

De todos estos escollos han querido apartarse los filólogos daneses avanzando con toda la rapidez posible. Y con este plan en mira han organizado el trabajo de manera que no se demore, hasta envejecerse antes de tiempo; ni se precipite, dejando sin registrar aspectos interesantes de la lengua en su continuo devenir. Siguiendo el espíritu de la época este diccionario no lo hacen los gramáticos ni los profesores de filología, ni los hombres de ciencia. La idea es que sea todo el trabajo obra del pueblo danés. Y, en efecto, los habitantes de Dinamarca colaboran a su modo en este monumento del idioma nacional, donde costa la manera cómo se habla la lengua danesa, no el modo cómo en concepto de persona doctas debería hablarse.

Las academias no pueden llevar a cabo este trabajo. Por su constitución, sus tradiciones, el carácter de las gentes que las forman, puede asegurarse que, como corporación, cada cenáculo de éstos vive desvinculado del pensamiento popular. El

ambiente intelectual de una academia es, por definición, todo lo contrario del medio popular. Las academias son cuerpos formados por gente selecta, quiero decir escogida por los mismos hombres que la forman con la mira puesta en reunir personas de determinada orientación, de un cierto criterio, y de capacidades específicas. En ocasiones se tiene en cuenta el origen y aun la conducta del solicitante. De la Academia Francesa se dijo en un tiempo que tenía predilección por los libertinos: recibía entonces en su seno a un crítico literario cuyo ideal de vida estaba concebido en esta frase: "un rien de libertinage a la française avec un peu de rêve". Buscando a veces la popularidad topan con ella en formas un tanto descosidas.

Se señala hoy en España el nombre de un grave estadista, ya un poco olvidado, que desinteresándose de la política se abraza cada día con más empeño a la obra del Diccionario, por el puesto eminente que ocupa en la Academia. Es tal vez esta distinguida personalidad una de las muy contadas en la añeja corporación, de las cuales puede decirse que están en contacto con el pueblo. El insigne hombre público, en razón de su activa cooperación en la política española, ha debido estar en frecuente comunicación con variadas capas de la sociedad española. Si ha elevado un registro minucioso de las alternativas del uso en el significado de las palabras podría darnos las más preciosas indicaciones a este respecto. Él tiene, sin duda, cartas de todo género de personas y personalidades; lee seguramente periódicos de la Corte y de provincias sin distinción de matices ni de aspiraciones. Es consultado por gentes de todos los gremios sociales sobre asuntos variados y seguramente de mucha importancia. Por todas estas razones, sería un colaborador excelente en la formación de un diccionario, no por ser académico, sino precisamente por el significado popular de su persona y de sus conocimientos no académicos. Tampoco es su condición de escritor la que le señala como especialmente apto para colaborar en un diccionario. Lo mismo puede decirse de la mayor parte de los académicos, excluyendo, desde luego a algunos que han hecho de la filología su estudio preferente y la han hecho avanzar en España. El político a quien me refiero y sus colegas de la Academia, libres del contagio filológico, pueden colaborar en esta obra con la misma competencia que los periodistas, los comerciantes, los soldados, los agricultores, los artistas y el Clero. La sola diferencia estará en la extensión y profundidad de las potencias del alma en cada caso particular.

Las ideas populares y las de la gente docta respecto al número de palabras de que hace uso cada persona en la conversación ordinaria, varían mucho y son a menudo contradictorias. Max Müller, autoridad, a su tiempo, en estas materias, si bien la mayor parte de sus ingeniosas miras ya están revaluadas, decía que un inglés, educado en las escuelas de los ricos, cuyas aspiraciones metafísicas se satisfacían con

la Biblia, mientras su contacto con la sociedad británica y con el mundo exterior se llevaba a efecto por medio de "Times"; un súbdito británico, digamos, ni inferior ni superior al término medio, usaba en su comunicación con los demás ingleses algo así como tres mil palabras. La cifra parece modesta, mas no faltan autores en cuyo sentir un labriego no usa arriba de trescientas palabras en la conversación ordinaria. Jespersen cita el caso de una familia sueca a quien se debe el haber llevado la cuenta del vocabulario de una niña hasta los seis años de edad. Según este cómputo la niña conocía 2688 palabras antes de llegar a los siete años.

También son muy variados los cálculos respecto al léxico de los grandes autores. Se dice que Milton usó de siete a ocho mil palabras. Un número semejante se atribuye a Cervantes. Los que han tratado de contar las palabras usadas por Shakespeare no andan acordes en sus resultados: quiénes le dan 14.000 quiénes, 21.000; sin que falten quiénes las hagan subir a 24.000, afirmando no haber autor en cuyo léxico se contenga mayor número de palabras.

Suponiendo en un académico la abundancia vocabular de Milton o Cervantes (y es mucho suponer), ese número sería bien exiguo en presencia de las cien mil o más palabras de que se compone un diccionario. El hombre que usa siete mil palabras no las conoce a fondo, singularmente para definirlas con precisión y claridad. El único modo de fijar su sentido es acudir al ejemplo y este ejemplo debe buscarse no en las obras antiguas, a menos que se trate de historiar el valor semántico de la palabra, sino en el uso hodierno. La gramática de la lengua británica por Jespersen cita con tanta frecuencia las novelistas del momento como las columnas del "Times" y del "Daily News".

Todo lo anterior parecerá herético si se le compara con el criterio que solía proceder a la formación de un diccionario; pero basta haber trasegado por las más humildes obras de este género publicadas recientemente en lenguas extranjeras para llegar a la conclusión de que los diccionarios castellanos de más moderna hechura están lastimosamente anticuados. El niño, el hombre no aprenden el significado de una palabra oyéndola definir, sino atendiendo a la manera cómo es usada en el lenguaje corriente: en la prensa, en los libros, en el teatro, en la tribuna o la cátedra. Solamente los términos técnicos se aprenden por medio de definición y aun éstos son inaccesibles, de este modo a quienes carecen de conocimientos en la ciencia respectiva.

Todo hombre anhela ensanchar su vocabulario. Esta generosa aspiración es visible sobre todo en gentes de pocas letras que se apoderan con afán de nuevas palabras sin haberse enterado a fondo de su significado. Y no son sólo las gentes indoctas las poseídas por el íncubo del vocabulario copioso. Gautier reconocía paladinamente

el placer con que recorría las páginas de los diccionarios buscando términos de la jerga científica para remozar y expandir su léxico. Los niños se precipitan sobre el diccionario en busca de palabras desconocidas. Hay prosistas intrusos y de poca lectura empeñados en sacar del diccionario lo que han debido darles los escritores clásicos y modernos de aguileña envergadura. En los clubs se deciden muchas veces "les affaires délicates" por medio de una consulta en el diccionario de la lengua. Todo esto explica las copiosas ventas de este género de obras. Sorprende sin embargo que para una población de ochenta millones de españoles e hispanoamericanos y un número considerable de extranjeros deseosos de aprender nuestra lengua no haya un diccionario español que merezca el nombre. Los editores de Buenos Aires, en asocio con sus colegas de América y de España tienen por delante esta obra de cultura que sería a un mismo tiempo negocio excelente.

Buenos Aires, domingo 14 de junio de 1925

"Ocre" de Alfonsina Storni

Dice la poetisa a quienes se complacen en escuchar sus palabras aladas, llenas siempre de un hondo sentido humano, que así pudo llamarse "Ocre" esta colección de versos como "púrpura", "rosa" o "verde". En su concepto, el título de un volumen de poesías es cosa de poco monto, y Alfonsina propone que los poetas usen de los números romanos para designar sus obras, sin afanarse poco ni mucho por buscarles un nombre significativo. En este caso sucedería lo que ha pasado con algunas sonatas inmortales, designadas por sus autores con un número de orden, al cual le ha añadido la posteridad calificativos de un intenso significado emocional o artístico. Si al volumen de versos de que vamos hablando le hubieran puesto un numeral cualquiera para diferenciarlo de sus antecesores y de posibles términos de la serie futura, no sería raro que el público hubiese inventado la palabra "Ocre" para servir de referencia, porque una gran parte del libro está como bañada espiritualmente por tonos de este valor. Yo, por mi parte, habría escogido el título de "Iridiscente", para tratar así de calificar con un vocablo el ambiente cerebral suscitado por la obra y la desconcertante personalidad de la artista.

El carácter distintivo de esta rica naturaleza poética es la fuerza inteligente. Todos sus poemas dan la idea sana de un esfuerzo vital que se desenvuelve orgánicamente, según las leyes naturales; para florecer en un bello concepto expresado en formas armónicas. La inteligencia es toda la vida de Alfonsina Storni; pero, como sucede muy a menudo, el poeta suele tener en poco aprecio o desconocer en absoluto la cualidad primordial de su espíritu. Es más aún: según la ingeniosa teoría de Jules de Gaultier, el mecanismo del conocimiento está arreglado de tal manera que el hombre ha de conocerse a sí mismo distinto de lo que es, cualesquiera que sean los esfuerzos hechos para rectificar la noción primera. Su fecunda crítica de ciertos aspectos del conocimiento hace más inteligibles al lector ordinario los personajes salientes de las novelas más difundidas, e ilumina con luz nueva los recodos de aquel movimiento que sobrecogió al mundo de las letras con el nombre de romanticismo. Dentro de las teorías de Gaultier cabe también cómodamente el pirandelismo, fenómeno literario cuya boga está fundada sin duda en el hecho de que todos somos en la comedia o farsa del mundo más o menos pirandelianos.

Alfonsina no quiere ser inteligente; su empeño está puesto en ser una sensitiva. Lo es, sin duda, porque su proteica inteligencia puede afectar todas las formas de la actividad espiritual, pero, ante todo y sobre todo, en este tomo de versos hay un claro

talento representativo y lógico. Podemos verlo en acción en su soneto a Cristo; en las palabras a cuyo conjuro se yergue mudo y gregario el habitante de Marte, o en la descripción de la vida, como se contiene en el poema "Existo". Y en más de un robusto soneto, cálido de emociones y de encantados matices, surge de repente un "porque", un "si bien", un interrogante agresivo, el pensamiento en forma de hipótesis, señales que da la inteligencia de que quiere recobrar sus derechos en ese mundo de la vida exterior y de las sensaciones violentas.

Si Alfonsina Storni hubiera sido un hombre y hubiese vivido, como nació, en Suiza, nos habría dado probablemente versos como aquellos de Amiel, hálitos de una inteligencia que se consumía a sí misma; y en Inglaterra habría sido algo como Mathew Arnold, otra columna intelectual del siglo XIX, historiada con bellas rimas, densas de pensamiento y de preocupación moral.

Pero Alfonsina creció en el Sur, y tiene en sus venas sangre de la antigua raza que en sus conquistas del mundo llegó a dominar las riberas del Mar Negro. Además, esta interesante mujer es hija de su siglo, siente la vida con una vehemencia telúrica y quiere someter su razón a su sensibilidad, como si inversión semejante fuese posible. Ella atisba el instinto, lo cultiva, le suelta desbocado por las avenidas de la vida y describe con deleite los estragos que hace el bello animal entre gentes. Pero no hay que engañarse: el instinto no va tan suelto que la inteligencia alerta y dueña de sí misma no conserve las riendas, aunque sea a gran distancia.

Alfonsina expresa en tersas rimas su odio a la memoria. Fea cosa es la memoria, verdaderamente: nos acosa día y noche con el recuerdo de nuestros errores; nos muestra en el cielo de la inteligencia los lugares inaccesibles; a veces nos impulsa a la repetición de unas mismas palabras o unos mismos hechos, con tenacidad de verdugo, exponiéndonos a perder el juicio. Pero, como las lenguas de Esopo, nos produce también instantes de absoluto, de completo y simultáneo deleite intelectual.

De otro lado, la memoria es la lente más eficaz y más socorrida de ese faro que ilumina los objetos con la luz del conocimiento. Sin la memoria, la vida de nuestra mente sería fragmentaria, pálida, inconexa. Pensar es, en una gran parte de su curso, hacer memorias de accidentes ocurridos en nuestra peregrinación por el mundo, para combinar el recuerdo de ellos en diversas formas y sacar consecuencias. La imaginación se adelanta, en apariencia, a la memoria, pero aquélla trabaja con los elementos que le ofrece su compañera inseparable, ya que la mente no puede imaginar nada que no esté basado en el conocimiento.

El proceso mental de estas poesías está indicado en las líneas anteriores. Es el esfuerzo de una garrida mente moderna para supeditarse a la sensibilidad y al instinto.

El espíritu fuerte, penetrante, obicuo, quiere someterse con humildad y perseverancia a la carne que le apasiona. Y en ese tenaz propósito de desespiritualización suenan a veces las estrofas como espadas de Toledo, y saltan chispas con los más cautivantes colores del espectro.

El proceso es visible, y el resultado tanto más hermoso cuanto más difícil resulta el empeño. La inteligencia pugna por someterse al instinto en toda la extensión de sus potencialidades, pero, malgrado el vigor de los instintos, la inteligencia alza de cuando en cuando el rostro maravillado y lanza expresiones que la delatan en medio del estruendo pasional suscitado por ellos. En estos momentos, la expresión poética de Alfonsina Storni llega a su más alta, más rica y más adecuada expresión. El hombre artificial del siglo xx es una lucha del instinto y la inteligencia, a la manera en que el hombre fisiológico, según la teoría no superada aún, es un combate entre microorganismos antagónicos. Estas bestias minúsculas señalan el estado de salud del individuo con su preponderancia o su decaimiento. La corriente vital que pasa por estas poesías es la lucha entre una grande y bien amueblada inteligencia y el fuego de una exquisita sensibilidad. La pugna es interesante, como son los choques entre dos fuerzas de la naturaleza.

Volviendo a la comparación con las poesías de Amiel, es de ver cómo predomina en ellas la idea pura, una luz quemante, fuliginosa por instantes y siempre triste. Leyéndolas, parece como si algo hubiera quedado por decir, como si la expresión poética estuviese oprimida por el anhelo de comprenderlo y explicarlo todo. Cuando aquel ingenio apesarado y noble abandonó la poesía, dejó a un lado el instinto y quiso entregarse a las solitarias complacencias del intelecto, llevó a cabo la obra maestra de su vida: el diario del hombre que se miraba pensar y que admiraba su pensamiento.

En Alfonsina Storni, el interés de la obra literaria estriba en que su vida espiritual ha seguido una corriente inversa a la indicada por los libros del ginebrino. Como en ella no ha predominado ninguna de las dos fuerzas sobre la otra, el resultado ha sido doblemente interesante. No sé qué maravillas hubiera podido realizar en verso su generoso pensamiento libre de las observaciones del instinto; tampoco alcanzo a imaginar lo que serían sus versos, despedidos por el sendero de la vida, conducidos por el instinto sólo, dueño absoluto de sus fueros, invencible y despótico. Sería, en todo caso, difícil de superar el encanto que emana de estos versos, cuando el lector recorre el volumen, contemplando entre líneas la lucha que lleva empeñada esos dos componentes de un brioso temperamento poético.

Citar es difícil. Por cualquier parte por donde el libro se abra saltan chispeantes las imágenes, brota la comparación inesperada, cautiva la franqueza de la expresión o

sorprende la gimnástica sabia de la realización prosódica. Dícese que los sonetos de este volumen no son sonetos, porque las rimas de las dos cuartetas ni se abrazan ni se besan. Es verdad que se vuelven la espalda como las águilas en el escudo austríaco; pero, ¿acaso no observan la misma actitud en los sonetos de Shakespeare? Decir que los sonetos de Alfonsina Storni no son sonetos es un magnífico principio de clasificación. No son décimas tampoco, ni seguidillas, y eso tenemos ya adelantado en la descripción del soneto. No es la de la forma shakespeariana la única libertad que se han tomado excelsos poetas con el "bel carme" del Dante y de Petrarca. Giosué Carducci llegó al colmo de la irreverencia haciendo un soneto en que los versos de diez alternaban con los de once sílabas. No era soneto, como los de Petrarca o Fóscolo, pero es un pequeño poema descriptivo de un poder evocativo irresistible.

Buenos Aires, domingo 28 de junio de 1925

Los irresistibles
(Uimodstaaelige", Georg Brandes, Gyldendalske Boghandel. Copenhague MCMXXIV)

Los años no menguan la actividad literaria de Jorge Brandes, ni le quitan su interés por el estudio de los problemas políticos de más palpitante actualidad. Al revés, puede afirmarse que su producción más abundante y más concienzuda la ha realizado después de cumplir los sesenta y cinco años, época en que la mayor parte de las inteligencias empiezan a declinar. A este periodo de su vida corresponde la aparición de su obra definitiva sobre Goethe, el análisis de la vida y obra de Voltaire, la biografía de Cayo Julio César, su estudio sobre el mesianismo, los dos volúmenes sobre las causas y resultados de la guerra y el tercer volumen de sus memorias, sin contar obras menores como su biografía de Armand Carrel y la vida de Miguel Ángel.

Este libro que acaba de aparecer cuyo héroe, Armand Louis de Gontaut-Biron, duque de Lauzun, sirve de modelo para representar la vida de Francia en las postrimerías del siglo XVIII, señala un importante aspecto de la actividad literaria de Brandes. Desde que dictaba en Copenhague sus conferencias sobre las corrientes literarias del siglo XIX era de notar la importancia sobresaliente dada al análisis de las relaciones entre los sexos en el panorama de las letras europeas. Goethe, Rousseau, Madame Staël, los románticos alemanes, Musset, Jorge Sand, Byron, abren el tesoro de su emotividad como amantes, para que el historiador de la literatura pueda ofrecer un cuadro completo de la vida espiritual de su tiempo. Parece como si el amor fuera el origen de las obras literarias más significativas en la hermosa floración a que pertenecen aquellos genios. Pero no es ésta la única razón que ha movido a Brandes a analizar el amor de cada época para señalar los rasgos característicos de su literatura. El racionalista veterano estaba convencido además de que lo absurdo de las leyes y costumbres que rigen las relaciones entre el hombre y la mujer eran la fuente y la causa de la mayor parte de las perturbaciones sociales cuyo espejo es la literatura de cada época.

Estudiando el amor en Rousseau, en Beyle, en los Schlegel, en Balzac con su espíritu de filósofo desinteresado, el crítico danés ha llegado a interesarse en el estudio del amor en sí, fuera de sus relaciones con el arte y la literatura. Las grandes pasiones han logrado atraerle tanto como las obras maestras del arte literario. Después de haber contemplado con ojos de investigador y de analista las manifestaciones tempes-

tuosas del amor, complicado con ideas de remordimiento, Brandes se vuelve al siglo XVIII, en que el hombre y la mujer tenían un concepto del amor que por su gracia y su aparente inocencia parecía libre de toda noción de pecado. Sin duda le puso en este rastro la labor enorme que debió llevar a cabo su incontrastable diligencia para escribir el libro sobre Voltaire.

Acaso mientras devoraba la obra completa de su héroe, cuyo volumen arredra a lectores de menos valor y tenacidad, Brandes vino a enamorarse del siglo XVIII en sus aspectos de siglo galante. En esto nos hace pensar la circunstancia de que a poco de haber visto la luz la vida de Voltaire empezaron a salir estudios de menor extensión, pero densos de noticias y penetrantes, sobre algunas mujeres del siglo XVIII y principios del XIX, cuya vida pasional enriqueció las crónicas de su tiempo y les dio mayor brillo a algunos grandes hombres.

En el prólogo de la obra que vamos a analizar hay testimonio de la simpatía que le inspiran al joven anciano las costumbres del siglo XVIII. Al hablar de esa época el entusiasmo le arrebata su forma natural de expresión y el hombre de las frases amplias y los contornos dignos como los pliegues de un manto antiguo, echa mano del procedimiento futurista: "Una inmersión, dice, en el siglo XVIII francés. Alegría de la vida y liviandad. Cierta rudeza en los espíritus como en todo tiempo. Estudiado refinamiento. En el vestido un sol de fuegos artificiales y de colores armónicos. Mucha circunspección. Crujir de sedas. Nubes de polvos de arroz. Ruido de espadas. Falta de seriedad combinada con valor heroico. Un ambiente de aventuras amorosas cargado de perfumes excitantes. Toda clase de pasiones desde la pasajera hasta la interminable. Todo género de aventuras desde la demencia transitoria hasta los grandes arrestos del valor temerario y las pruebas inequívocas de perseverancia". Ha sido preciso forzar un poco la traducción para conservar este significativo párrafo, libre de verbos como un manifiesto de Marinetti o un soneto descriptivo de Govone.

Brandes resume así su pensamiento: "El siglo XVIII es el siglo de la inteligencia masculina; el siglo de Voltaire. Es también el siglo de la sensibilidad femenina, porque es el siglo de Rousseau. Es el siglo de la galantería, de las cortesías apasionadas en que un señor rico y distinguido le decía a su amante embebecida con el brillo de una estrella; "no la mires tanto, delicia, porque me sería imposible adquirirla para regalártela". En ese tiempo eran las mujeres las que descubrían y lanzaban los talentos masculinos. El mismo Napoleón hubo menester la influencia femenina para cumplir sus altos destinos. Una recomendación de Josefina para Barras, su amante, le dio a Bonaparte el mando del Ejército francés en Italia".

Brandes justifica la frase de Talleyrand, según la cual, no conocía el placer de existir el que no hubiera vivido en Francia en los últimos decenios del siglo XVIII. Fue un tiempo, dice Brandes, en que el hombre gozaba de la existencia tan intensamente que, desde entonces, echa de menos con grande amargura esa alegría de vivir.

Nada muestra mejor estas envidiables condiciones de vida que la biografía de las grandes amoureuses. La actitud no es sólo de la época; tiene caracteres nacionales, si hemos de atenernos al testimonio de jueces tan competentes como Brantôme y la Reina de Navarra. Pero al espíritu de la Nación vino a unirse el de la época para crear ese concepto del amor cuya pérdida ha estado echando de menos la humanidad en todo el siglo XIX. Estaba condenado a perecer. La noción de la vida había cambiado, y desde los albores del siglo XIX el amor adquirió los caracteres de un tormento. Toda la literatura de esa época de descubrimientos científicos, de progreso industrial, de exploraciones en la conciencia humana, parecía tener por objeto demostrar a los hombres que el amor era una enfermedad, una locura, algo peligroso y vitando. El siglo XIX tomó el amor a lo trágico; era una época en que las gentes enfermaron de histeria. El siglo XVIII era más sano. Sin haber ensanchado como el otro los dominios de la razón, supo someter a ella un poco más sus pasiones y sus apetitos.

Brandes dice que antes del siglo XVIII el matrimonio era un sacramento. En los últimos días del setecientos vino a ser un contrato que creaba derechos civiles, pero no ligaba las voluntades. El contrato solía estar firmado antes que los prometidos se conociesen. Los cónyuges conservaban su libertad y se guardaban todo género de consideraciones. En el siglo XVII el matrimonio era algo solemne y nupcial, concepto que desapareció en el siguiente, para renacer enconado en el XIX. En tiempos de los últimos Luises y de la Revolución, la manera de entender el amor podría representarse con estos versos insuperables de Swinburne, el gran pagano de su época:

> Thou wert fair in the fearless old fashion
> And thy limbs are as melodies yet,
> And move to the music of passion
> With lithe and lascivious regret.
> What ailed us, o gods, to desert you
> For creeds that refuse and restrain?
> Come down and redeem us from virtue
> Our lady of Pain.

En tiempo de Corneille, dice Brandes, el amor hablaba el lenguaje de la Corte, era inmaterial, digno y casto. Se expresaba en formas nobles y abstractas. En las épocas que precedieron y siguieron a la Revolución, ya nadie hace un secreto de las ideas aceptadas sobre el amor, dando por sentado que su esencia es la simpatía y su objeto el placer. El vestido de las mujeres, la ornamentación de las salas y alcobas, el tema de las esculturas y de los cuadros, sugerían la liviandad. La música era un arrullo.

El matrimonio era un contrato. Los cónyuges se debían consideraciones y las más graciosas civilidades. Un marido entra en la sala entreabierta, y al encontrar allí a su esposa en compañía de un amigo le dice: "¡Qué imprevisión, señora! ¡Imaginaos que no hubiera sido yo el que entraba en esta pieza!".

El libro de Brandes hace la biografía del duque de Lauzun, sacándola de sus Memorias y de costumbres de la época. Lauzun no fue ni una inteligencia privilegiada, ni un gran militar de su tiempo, ni se distinguió tampoco por su figuración en la diplomacia ni en la política. Pero la descripción de su vida ha de tentar siempre a los que deseen dar una imagen vivaz de las costumbres en aquella época de frivolidad y sucesos trágicos, superficialmente representada en la imaginación popular por las pelucas empolvadas, el minué y los columpios al aire libre. Lauzun representa toda su época interior y exteriormente, sin llegar a la magnitud excelsa. De ilustre Familia, allegado a la Corte, dispuesto a todo género de empresas amorosas o militares, soldado en América, diplomático en Gran Bretaña, servidor de la Monarquía, supuesto objeto de las preferencias de la reina, general de la Revolución y pasto de la guillotina, bien puede servir con sus hechos y gestas para simbolizar un periodo en que la humanidad tuvo excepcionalmente el calofrío de lo sublime y lo monstruoso después de haber conocido el deleite en sus formas más gentiles y más graciosas.

El título del libro se refiere a la actitud de Lauzun ante el bello sexo. Se creyó, o lo creyeron, un irresistible. Triste y cómica ilusión. Irresistible era la mujer de entonces, como lo ha sido siempre. Alrededor de ella giraban los hombres como las flores masculinas de la valisneria, desprendidas de su tallo y destinadas ya a la muerte, flotan en las aguas inmóviles del estanque y se dejan atraer por las otras flores en las cuales está la vida y lo porvenir de la especie. Los hombres se creen irresistibles por un fenómeno de óptica pasional, como ven mover las costas al alejarse el barco.

Sin embargo, Lauzun mismo, discreto varón entre sus contemporáneos, llegó a imaginarse que María Antonieta se sentía atraída hacia el modesto jefe de guarnición, y quería hacerlo trasladar a París y a la vecindad del palacio para tenerle siempre cerca.

Brandes observa que Edmond de Goncourt, en su "Histoire de Marie Antoinette", llega a perder la templanza verbal defendiendo a la reina de las revelaciones

del soldado. Le llama calumniador, presuntuoso y fanfarrón. En este punto Brandes llega a saber un poco más que de Goncourt y está mejor documentado que él. Si hay dudas respecto a Lauzun, que por su parte y de modo muy discreto, sólo insinúa que la reina trataba de atraerle, no las hay respecto a otro hidalgo de la época muy llevado y traído por novelistas demasiado fáciles e historiadores irresponsables.

Klinckesrom publicó las cartas de la reina al conde Axel Fersen. En esa edición se suprimieron pasajes casi en cada carta por juzgarlos indiscretos, lo cual no va en provecho de quien las escribiera. No se puede decir si fue el editor mismo quien pasó tinta negra sobre los pasajes indiscretos o si había sido Fersen cien años antes. Brandes en una conversación con el barón Bildt, enviado del rey de Suecia en Roma, supo que el diplomático había visto las cartas en poder del editor sueco y que en el tiempo a que se refería el informante no había tachados en ellas. Por desgracia, el barón Bildt, que había visto algunas cartas, dio entonces su palabra de honor de no divulgar su contenido. Un pedazo no más se ha salvado, "un pedazo de papel" que no carece de elocuencia. Se encuentra en el archivo de Stralsund, está escrito en clave y parece datar de septiembre 1791. No hay dudas sobre la autenticidad. Es letra de la reina y dice:

"Je peux vous dire que je vous aime, et je n'ai même le temps que de cela. Je me porte bien, ne soyez pas inquiet de moi. Je voudrais bien vous savoir de même, Écrivez-moi en chiffre par la poste; l'adresse à M. de Brouvne; une double enveloppe a M. Gougeno. Faites mettre les adresses par votre valet de chambre. Mandez-moi à qui je dois adresser celles que je pourrais vous écrire car je ne peux plus vivre sans cela. Adieu, le plus aimé et le plus aimant des hommes. Je vous embrasse de tout mon coer".

Edmond de Goncourt no se puso a la obra de escribir la vida de Maria Antonieta con el solo objeto de investigar, sino también con la segunda intención de hacerla aparecer inocente del cargo de infidelidad. Como biógrafo, su actitud puede explicarse sin necesidad de que se la justifique. Lo menos que puede exigirse de un biógrafo es simpatía para con su personaje. Brandes no escribe la biografía de Lauzun: su intención es más bien darnos una imagen durable, y si es posible verdadera de ciertos momentos del siglo XVIII, singularmente atractivos para el artista y el hombre de letras. La fidelidad de una esposa y la jactancia de un aristócrata, lleno de experiencia en las lides de amor, son cualidades inadvertibles en la vida de un siglo. Pueden servir como síntomas. Una y otro caracterizan el espíritu de su época, y lo que es más raro, revelan el espíritu de las edades futuras por la interpretación que los literatos de la posteridad suelen darles a tales hechos. Dice Brandes en la página 73 de sus "Irresistibles":

"Es digno de nota que un espíritu adecuadamente iluminado, como de Goncourt ha mostrado serlo en otras ocasiones, se torne rudo para llamar calumniador a Lauzun, tan sólo porque éste habla de su admiración por la reina, que en concepto de Goncourt habría perdido su honor si se hubiera sentido atraída por un joven hermoso y elegante, a quien los hombres de su tiempo no le negaron el título de fascinador. Y eso únicamente porque le habían dado por marido a los catorce años un delfín indolente, que ella no había elegido y nunca pudo amar. Sainte-Beuve ha dicho en alguna parte, refiriéndose a María Antonieta, palabras muy oportunas y ha hecho vibrar su impaciencia contra el empeño que suelen mostrar algunos periodistas más teóricos que prácticos, defendiendo el nombre de alguna reina infortunada de cargos que, para hombres de pensamiento, no son cargos en absoluto". Sainte-Beuve era del siglo XVIII. Edmond de Goncourt, con toda la erudición setecentesca y sus novelas ultrarealistas, adolecía de la luz romántica. Brandes, como Swinburne, deja en su puesto a sus predecesores y a sus contemporáneos, y vuelve al concepto pagano de la vida.

Buenos aires, domingo 19 de julio de 1925

El snob
Tipo universal

Mi amigo, el profesor Bell, había escrito un libro de ensayos, que bajo los atavíos de su frase límpida y esbelta conquistó en lengua inglesa al público para el cual estaba destinado. Por contener el libro disquisiciones sobre puntos históricos y de literatura cuya sustancia podría tener interés para españoles e hispanoamericanos, el profesor Bell había hecho traducir su libro en castellano, lo había dado a un editor de Edimburgo y se preparaba para lanzarlo al mercado de la librería en España y en las tres Américas e islas adyacentes. Dando por sentado, en contra de su natural aversión a las suposiciones gratuitas, que yo tenía algún conocimiento de los negocios de librería en las Américas de habla española, quiso conocer mi opinión sobre el número de ejemplares que podrían venderse en estas bellas comarcas del planeta. Mis datos imprecisos y fragmentarios hubieron de limitarse a señalar la población de cada República, la probable cantidad de analfabetos que usufructuaban las prerrogativas de la ignorancia invencible en el trópico y en sus vecindades, para sacar de aquí vagas conclusiones sobre el posible número de lectores con que podrían contar libro como aquél. Los resultados de esa pesquisa ideal no fueron satisfactorios. En un número escaso de gentes habilitadas por la enseñanza elemental para comprender el embolismo de la palabra escrita, había sólo unos pocos individuos a quienes pudiera interesar el estudio de las cuestiones literarias e históricas relacionadas con la vida de España o de América. Parece que el editor se había formado una idea muy lisonjera del número de lectores que podrían comprar un libro, y para aumentar las ventas le proponía al autor que le pidiese permiso a un personaje real para dedicarle la edición española de los ensayos. El profesor Bell no adolecía, según mi conocimiento, de flaqueza manifiesta para con las testas coronadas o las familias dinásticas. Al contrario, la Monarquía con todos sus abalorios, tradiciones, formularios, baratijas, con toda su brillantez y aparato, le parecía cosa a un mismo tiempo respetable y ridícula. En esta cómoda situación podía, sin dificultad, ponerse de acuerdo con quienes la respetaban, sin dejar de concederles la razón a cuantos se complacen en reírse de ella. Pero esta proposición de la editora le tenía perplejo. Dedicando el libro a un personaje real ya no era posible guardar aquella actitud ambigua; para los que tenían a la Monarquía por respetable, el libro de ensayos dedicado a una persona de familia real adquiría resplandores fugaces aunque fuera, de prestancia y dignidad. Para los que se reían,

como don Juan Valera, de los cachivaches de la Monarquía, el libro dedicado a representante de la institución resultaría doblemente ridículo, por la compañía y por la intención. Todas estas consideraciones las hacía mi amigo en voz baja, sin inflexiones, apresuradamente, como si hablara consigo; pero luego, echando sus ojos por entre un ventanal de par en par sobre el extenso paisaje oriental de la ciudad de Londres, en aquella mañana de primavera, adquirió conciencia de su personalidad y de la del individuo que tenía presente. Guardó silencio unos instantes y se quedó mirando al paisaje. El ventanal dominaba un amplio sector del horizonte. Al frente se extendía un rincón arbolado de barrio campestre. El ocre de los ladrillos nuevos en la mayor parte de las habitaciones y el verde intenso de los prados vecinos y de los árboles lejanos se armonizaban en la pupila como los toques rápidos de tonos altisonantes en un cuadro impresionista. Las calles estrechas, limpias, excepcionalmente luminosas, en ese día primaveral, después de una lluvia temprana, parecían, con sus transeúntes poco afanados en llenar su destino, con sus casitas tendidas sobre la falda del pequeño otero, como en una decoración de égloga representable, un cuadro de Liebermann en sus mejores épocas. Del lado derecho la silueta presuntuosa y chocante de las dos torres con que quiso dejar testimonio de su predilección por la fealdad enorme la Edad Media victoriana, al construir el Palacio de Cristal, destacaban, su perfecta inelegancia sobre un cielo de tonos suaves, sobre un azul lechoso, que asumía coloraciones verdosas cerca de esa línea donde las colinas se abrazaban con el cielo. Se experimentaba, mirando hacia el Norte, la sensación de lo infinito.

El profesor Bell, respirando a grandes sorbos espirituales la belleza del paisaje, quitó los ojos del ventanal y volvió a reanudar el tema de la dedicatoria. Deseaba que yo expresase mi opinión sobre el mérito comercial o de otro género que podría tener el hecho de poner el libro, como en tiempos del esplendor literario de Europa, en el Renacimiento, al abrigo del serenísimo nombre de un noble o de un magnate. Tampoco eran mis ideas muy determinadas a este respecto. Carecía de experiencia. La realeza tenía cierto prestigio en América, por el hecho de ser una cosa exótica, a la manera que las instituciones republicanas solían tener ascendiente sobre los súbditos de monarcas europeos cuando había tan solo tres Repúblicas en aquella parte del mundo. Además, un soberano es un soberano, y sobre la gran multitud ese nombre ejerce siempre una fascinación irresistible. Por lo que hace a las gentes que en América se ocupan en trasegar ideas, me atreví a decir con imperancia, las considero exentas de snobismo y no creo que la dedicatoria tenga mayor influjo sobre las ventas.

El profesor Bell tenía reputación de hombre indulgente con el error ajeno; pero de él se contaba que, en raras ocasiones, alguna aberración le había exaltado hasta hacerle llegar a las fronteras de la elocuencia que era su mayor enemiga.

"Buen hombre, me dijo, acaba usted de pronunciar una mala palabra. No quiero yo repetirla. Ya existía en tiempo de Thackeray, cuyo humor irascible y fuliginoso sirvió para acrecentar la fealdad que los años habían depositado sobre ese triste vocablo. Thackeray fue un ingenuo, a pesar de su gran talento literario y de la ferocidad de su sarcasmo. Llegó a figurarse que esa lastimosa actitud moral fustigada por él sin misericordia en un libro todavía leído y lo que es peor, legible, era enfermedad privativa de ciertos temperamentos, de clases sociales determinadas y, en especial, de los que no habiendo nacido en esas clases aspiraban a formar parte integrante y notoria de ellas. Definió Theckeray a sus víctimas mostrándolas empeñadas en 'admirar las cosas mezquinas, de una manera en que se patentizaba también la mezquindad', y Taine, forzando un poco la nota, quiso determinar esas gentes diciendo que estaban de rodillas ante los superiores y listas para dar de puntapies a los inferiores. Las dos definiciones son excesivas, y el snobismo (pues que al fin tenemos que usar esta palabra), es en definitiva una tendencia loable del espíritu. Es el anhelo de mejorar que en unos se muestra en un gran deseo de atesorar riquezas, en otros en la avaricia de conocimientos, en el menos inteligente en la satisfacción de pequeñas vanidades, en el genio en la posesión del poder absoluto, como César o Napoleón.

La biografía de estos grandes personajes es la historia de los fastuosos éxitos a que puede llegar el snob de genio. No hay posición de la vida en que el hombre esté exento de esa aspiración que en efecto es un móvil de progreso y que, así como otros vicios, es abominable costumbre en ciertas personas y virtud digna de encomio y de imitación en otras. Entre snob y snob media la diferencia que entre un coleccionador y otro. El que colecciona ediciones antiguas de libros buenos o insignificantes mira con infinito desprecio al filatelista y es objeto de ilimitada compasión por parte de los que hacen acopio de monedas raras. El numismático no comprende la posición del yanquee que colecciona monedas para que su mujer las gaste y el que acopia riquezas de que no puede hacer uso halla incomprensible que ciertas gentes atesoren ideas para distribuir a los cuatro vientos. Un snob cultiva la amistad de los altos personajes de la banca; otro se desvive por los archiduques y príncipes de la sangre; otro se halla mejor en los círculos elegantes o en la compañía de los grandes viajeros. Todos coleccionan relaciones como si juntaran metódicamente sellos postales. Otras gentes se dejan tentar del demonio por avenidas todavía más sinuosas. Conozco una lumbrera de la Iglesia anglicana que cifra su distinción en poseer todas las ediciones de la 'Divina

Comedia' y todos los libros que se han escrito para comentarla y hacerla patente a las almas incapaces de comprenderla. Poseer todas las ediciones del Dante no es de rigor una cosa mezquina, y de este punto de vista nuestro eclesiástico no caería dentro del mal humor clasificativo de Thackeray, pero el usar la información adquirida sobre el gran florentino, su obra y sus contemporáneos para darse importancia ante las gentes de iglesia y las que no lo son, puede considerarse como una insuficiente mezquindad. Banqueros de la City cifran su orgullo, no en haberse enriquecido con la construcción de ferrocarriles inexistentes, lo cual sería una muestra de habilidad de manos digna de admiración, sino en poseer una colección de porcelanas chinas del tiempo de la dinastía Ming. Y sí enriquecerse con la supuesta construcción de ferrocarriles es cosa mezquina aun llevada a cabo con elegancia y ligereza de manos, coleccionar porcelanas chinas con el fin de aparentar distinción es realizar una bella cosa para hacerla servir a fines innobles. Las dos aspiraciones se complementan y caen así unidas bajo la definición de William Makepiece. Sus literatos de América están libres, según lo cree usted, de la tentación de snobismo, por lo que hace a reyes, a títulos nobiliarios y a soberanos de Repúblicas. Lo acepto por complacerle: es una cortesía fácil; pero esto no quiere decir que el destino los haya exonerado de pagar ese tributo a la vanidad humana. Si pasan erguidos ante un archiduque o un primer ministro, un rajah de la India, un conde polaco, sufren humillaciones y desvelos para acercarse a hablar con Víctor Hugo o con Alphonse Daudet. No cometerían una indignidad por hacerse invitar a una 'levée' del rey de Sililandia; pero perpetran la simpleza de gastar enormes sumas para hacer que se siente a su mesa un crítico internacional o un novelista popular y endiosado. En el firmamento de la vanidad lucen toda clase de estrellas: reyes, títulos para la gente insofisticada; ediciones antiguas y lujosas para la mente prevenida del bibliófilo; porcelanas, monedas antiguas para la hueca fantasía de los meros coleccionadores; recepciones de poetas, de novelistas y gentes de teatro, de autógrafos y retratos, de ediciones especiales con dedicatoria del autor para la inteligencia prevenida y no por eso menos ocasionada a tropiezos de los literatos que empiezan, de los que no acaban de empezar y de los que no saben que ya han acabado. No hay que olvidar con todo que cada una de estas aficiones supone una actitud de depreciación para con los que cultivan las obras".

Se detuvo un momento. Había notado que la musa de la elocuencia se apoderaba de sus potencias y lo traía de la mano al abismo de los lugares comunes. Torció el gesto despreciativo hacia una persona imaginaria y con las manos asidas en la espalda se paseaba en el cuarto. "Se piensa, dice, que el snobismo es vicio originalmente inglés. Los que tal suponen parten del principio, falso también, de que somos el pueblo más

hipócrita del globo y afirman que siendo grandes fingidores de virtud estaba indicado por el destino que fuésemos también los grandes snobs del planeta. Sin embargo, el hecho de que la clase haya sido descubierta y descripta por un inglés y que nuestra lengua contenga el vocablo apropiado para representarla prueba que en Inglaterra no es el snob abundante. Mathew Arnold, en su estudio deleitable sobre Enrique Heine, dice como es imposible que la palabra 'filisteo', con el sentido en que la usa el hombre de los 'Reisebilder', hubiera surgido en Inglaterra, porque aquí se carece del término de comparación: todos somos aquí 'filisteos' en concepto de Mathew Arnold. Si este razonamiento fuese verdadero, aquellos países que ignoraron la existencia del 'snob' y no tenían vocablo para representar el género, eran todos una liga inofensiva de snobs inconscientes".

Buenos Aires, domingo 2 de agosto de 1925

Rene Quinton
Calculador a lo Inaudi
Investigador científico
Filósofo a su manera
Hombre práctico

Después de haber adquirido gran relieve por los años de 1905 a 1909 entre los hombres de ciencia, entre los literatos aficionados a las disciplinas científicas, como Remy de Gourmont, y entre los filósofos extraños a la tutela académica y oficial, como Jules de Gaultier después de haber visto su obra primordial, "L'eau de mer", comentada en revistas de todo género y explicada a los públicos semiletrados por la palabra elegante y autorizada de popularizadores tan competentes como Dastre, René Quinton había desparecido del escenario científico (la ciencia tiene también su tablado), para mostrarse empeñado en obras de salubridad o cuestiones de cálculo rápido.

Al leer la noticia de su muerte, los que le conocían tan sólo por su obra fundamental o por su "Ley de constancia original", e ignoraban sus otras actividades, han debido preguntarse: ¿Vivía aún? En el eclipse y reaparición de su nombre se verificó el teorema de la doble personalidad, y en esto tal vez estribe el interés que ha de despertar su muerte en los medios literarios y científicos. René Quinton, el hombre de ciencia, desapareció súbitamente. Al cabo de cierto tiempo surgió un personaje del mismo nombre, que se ocupaba en la organización de hospitales para niños, y más tarde otro que daba reglas matemáticas para competir con la supuesta habilidad de Inaudi, el gran calculador italiano. La creencia en los especialistas se ha convertido en una superstición popular. Un nombre que se entrega al cultivo de varias disciplinas se desacredita o se bifurca en la imaginación de las gentes.

En tiempos de Miguel Ángel, un hombre podía hacer frescos gloriosos, tallar mármoles tan duraderos como el tiempo y plasmar sonetos que repiten todavía los extranjeros para mostrar el alto relieve de su información literaria. En los días del especialismo, está desacreditado el obrero que hace a un mismo tiempo la punta y la cabeza del alfiler. Ha de consagrar todo el vigor de sus potencias mentales a una sola cosa. Escrita su obra sobre el agua de mar y formulada su teoría sobre la constancia original, René Quinton, según el concepto de los hombres de ciencia contemporáneos, ha debido continuar en un doble empeño: buscar, de un lado, con todo el fervor de un convencido, los hechos y datos que podían servir para apuntalar su teoría; y

adelantarse a sus contradictores posibles investigando los hechos o fenómenos que pudieran acumularse, con el objeto de invalidar sus principios. Iluminar aquéllos y desvanecer el mérito probatorio o científico de éstos, era, en el verdadero rigor de la carrera científica, labor suficiente para toda una vida. En vez de esto, René Quinton se puso a estudiar cálculo, a aplicar sus descubrimientos al uso del suero en el tratamiento de ciertos accidentes y, por último, se entregó a la tarea de favorecer la aviación sin motor y a ofrecer premios a los más aventajados en los experimentos de este género. Cuando murió para el Registro Civil ya había muerto para la ciencia, y de un modo lamentable, porque la primera defunción tuvo caracteres de suicidio premeditado y en pleno uso de sus facultades.

Su muerte real va a ser un género de resurrección. El telégrafo ha difundido la noticia por todos los ámbitos del globo. Ahora vendrán los indiscretos cronistas de diarios y los articulistas de semanarios y revistas mensuales a enseñarle al público que el Mecenas de la aviación sin motor era, por un error del destino manifiesto de los individuos, el mismo que había analizado minuciosamente las propiedades químicas del agua de mar, su valor exclusivo, como medio vital y había hallado en esos estudios la manera de probar, primero, que todos los seres vivos vienen del mar, y luego, que la concentración salina de la sangre y la temperatura del cuerpo en cada especie ofrecen datos más o menos imprecisos para determinar la época en que abandonó la vida marítima. De este modo se muestra que no es el hombre el último llegado a tierra firme, ni el organismo más perfecto entre los demás animales, sino el ave misteriosa que nos precedió en la conquista del aire, sin romperse la crisma a cada momento por inadecuada acción de cualquiera excéntrica.

La obra de René Quinton no puede resumirse en dos columnas de un semanario. Pero la tarea está hecha en obras muy conocidas. Jules de Gaultier, con la claridad astral de su estilo, ha expuesto en dos obras suyas la ley de constancia original. En "La dépendance de la Morale et l'Indépendance des Moeurs", primero, y más tarde en "Comment naissent les Dogmes", el filósofo del Bovarismo expuso y comentó ampliamente las doctrinas de Quinton. Por su parte, Remy de Gourmont, espíritu abierto a todas las sugestiones del mundo de las ideas, se apoderó de la noción fundamental de Quinton para plantear a su turno, en aquella forma insuperable y fascinadora del filósofo y del popularizador, mezclados en dignas proporciones, su "Ley de constancia intelectual", tan llena de seducciones como rica de puntos de vista inesperados y fecundos. En ese mismo volumen, el solitario de los bulevares hace, bajo las especies de un artículo de revista intitulado la "Rebelión del vertebrado", un análisis de la ley

Quintoniana, ante las afirmaciones de la teoría evolutiva, para concluir que, lejos de contradecirla, como piensan algunos, le sirve de apoyo y de sustento.

Gaultier concentra en dos páginas la teoría de Quinton: "¿En qué consiste, exactamente, se pregunta, la ley de constancia propuesta por Quinton? En esto: que la célula viva tomada como substituto concreto de esta entidad general que es la vida, requiere para su aparición y su conservación condiciones fijas de temperatura, de composición del medio químico, de grado de concentración de este medio y de otras, sin duda, que Quinton no ha estudiado aún o que ha indicado solamente, tales como las condiciones luminosas, pero cuya intervención en la génesis y en la conservación del fenómeno biológico es, por lo menos, probable. Se sabe que en nuestro planeta la temperatura fue en otras edades demasiado elevada para que la vida fuese posible, que la vida no apareció sino cuando, con el tiempo, al enfriarse el globo, la temperatura bajó al nivel requerido. Se sabe, además, que después de esta primera aparición de la vida el enfriamiento, acentuándose de una manera progresiva, modificó las condiciones térmicas, cuya permanencia era reclamada por la célula. La vida, imposible antes de que la tierra hubiese llegado a un cierto grado de enfriamiento, se encontraba en condiciones progresivamente menos favorables a medida que se acentuaba el enfriamiento del globo. La situación de la célula fue la misma con relación al grado de concentración del medio marino en el cual tuvo su principio, cuyo grado de concentración, de 8 a 9 gramos de sales por mil en la época del nacimiento de la vida, se ha elevado en los tiempos actuales de 27 a 29 por mil. En fin, el éxodo de las especies fuera del medio marino, hacia la tierra firme, hacia el agua dulce y el aire, ha impuesto a las formas animales de cada especie emigrada un medio nuevo diferente. Permanencia, pues, de las condiciones requeridas por la vida, cambio del medio donde la vida está sumergida. De la confrontación de estos dos hechos, Quinton ha hecho resaltar esta noción importantísima: ha concebido la evolución biológica, o sea la aparición sobre el globo de las especies sucesivas, como una réplica de la vida, que necesita de la permanencia, al cambio ineludible del medio". En este lúcido y conciso resumen de una obra preñada de fórmulas y de cuadros sinópticos, se ve claramente cómo la ley Quinton es espada de dos filos en manos del filósofo, exento de ideas preconcebidas: para unos ella fortifica la doctrina evolutiva, porque supone la adaptación al medio; pero, de otro lado, la demuele parcialmente, mostrando que la tendencia no es a mudar de lo simple a lo complejo, sino a perpetuar las condiciones originales, reaccionando contra el medio.

Según la teoría de Quinton, todas las manifestaciones de la vida proceden del agua de mar. Ascender hasta la probable paternidad del mono y detenerse compla-

ciente o con furia, según el temperamento del observador, en ese inocuo antepasado, es evitar el fondo de la cuestión. Nuestro antepasado innegable, según Quinton y sus expositores, es la bestia marina, con la cual hicimos vida común en tiempos que han pasado para no volver, porque la temperatura de las aguas del mar decrece y aumenta la concentración salina paulatinamente. Pero, cosa extraña, el hombre continúa siendo un animal marino, si bien algunos ejemplares de la especie desmienten la teoría, porque viven en pie de neutralidad armada con el agua. El hombre es un organismo suspendido en un medio marino; podría decirse que es un pez, si de ciertos puntos de vista esto no envolviera un cargo desproporcionado contra los habitantes del piélago. La sangre humana es un medio marino. Quinton ha reemplazado con agua salada la sangre de individuos sangrados al blanco y los ha hecho revivir inmediatamente. El hombre víctima de este experimento gozó de mejor salud después de la peligrosa sangría, y recuperó con rapidez la hemoglobina perdida. El caso de los peces de agua dulce parecía ser una excepción de la ley, pero Quinton descubrió que estas criaturas "son absolutamente impermeables al líquido en que viven, de modo que pueden conservar dentro de sí un verdadero acuario marino".

Jules de Gaultier, el segundo evangelista de René Quinton, no es filósofo desconocido en este paralelo del Hemisferio Austral. Con él pasa como con el primero, que fue de Gourmont, cuyas obras son menos conocidas y estudiadas en Europa que en América. La Nación publicó una de las obras más discutidas de de Gaultier, su "Bovarysme", en que se explican con gran novedad y perspicacia ciertos aspectos del mecanismo del conocimiento. La versión castellana, perspicua y elegante, es obra de la señora Delfina Mitre de Drago, y mereció la aprobación del autor, a quien le fue hecha conocer en Francia. De Gaultier se sintió muy lisonjeado de que su obra hubiera sido objeto de tan asiduo e inteligente cuidado, y tuvo palabras de aplauso para la versión y la intérprete.

En cuanto a la psicología de Quinton, puede afirmarse que su vida y su persona ofrecen la más tentadora de las ocasiones a un biógrafo simpatizante. Este hombre de ciencia era a un mismo tiempo un brillante oficial de caballería. El médico tenaz en la persecución del eczema o la psoriasis, era un intelectual de grande ascendiente sobre la juventud estudiosa de su tiempo. El investigador que había señalado en los mares el antepasado del hombre, se lanzaba a la conquista del aire y ofrecía premios a los que volasen en aeroplanos sin motor, y no se continúa la serie de contrastes porque está prohibido por Alfred de Musset.

Ravauder l'oripeau qu'en appelle anthitése

Buenos Aires, domingo 13 de septiembre de 1925.

"El capitán Vergara"
De Roberto J. Payro

Le esperaba con justificado anhelo, por proceder de quien procede, la publicación de éste libro; y el venir precedido de un prólogo firmado por don Alberto Gerchunoff alivia considerablemente la tarea del crítico. El prologuista ha concentrado en unas pocas páginas de forma elegante y fondo admirable por la comprensión y la doctrina, un rico y variado análisis del autor y de su obra completa. Las consideraciones que siguen más bien son párrafos admirativos que tentativas de crítica literaria. Las cualidades externas de la obra y su valor intrínseco más mueven a la admiración que a la crítica. De autor a quien se deben obras maestras como "El casamiento de Laucha" y algunos bocetos de los que componen el "Pago chico", hay siempre derecho a esperar nuevas y más edificantes sorpresas.

Este libro lleva el subtítulo de "Crónicas romancescas de la conquista del Río de la Plata", y por la indicación final, en donde se dice el lugar y la fecha de su preparación y término, bien puede colegirse que su autor tuvo en un principio la intención de hacer obra histórica de grande envergadura. Escribió Payró estas páginas luminosas y evocadoras en los momentos en que un hado funesto le había privado de su libertad por algunos años. Nos parece ver al patriarca de las letras argentinas detenido por la Kommandantur alemana en Bruselas meditando en el empleo que había de darles a las largas horas de confinamiento a que le destinaban la fuerza desenfrenada y la incapacidad de pensar. Seguramente la perspectiva enojosa de un encierro involuntario le hizo concebir el plan de esta obra a la cual habrá dedicado los mejores momentos de un prolongado aislamiento. Y su intención primera fue, sin duda, escribir pura historia, género en que ha ensayado sus claras potencias con plausible logro. Tal vez la dificultad de documentarse con la amplitud y minuciosidad exigidas por su exquisita probidad literaria le decidieron, a pesar de la riqueza de datos que tenía acumulados, a hacer crónica romancesca más bien que historia pura y simplemente.

Se comprende que para una conciencia tan exigente como la de Payró fuera punto de larga meditación hacer historia o novela. Pero colocándose uno más arriba del plano ordinario de las clasificaciones retóricas, las fronteras entre los dos géneros se hacen un tanto borrosas. Toda novela es historia. Toda historia escrita con simpatía tiene puntos de contacto con la novela. Al decir que toda novela es historia no me refiero especialmente a la novela histórica. Pertenezca o deje de pertenecer a

esta variedad del género toda novela es historia, porque si trata de representar personajes ficticios pero observados en un ambiente real, deja un cuadro de costumbres, una rebanada de vida que puede ilustrar cierta época, tal vez con más viveza que los tratados de historia. Fuera de las enseñanzas que la novela suministra sobre la vida y los hombres del tiempo a que se refiere, queda en ella también un elemento biográfico de la mayor importancia. Aunque no lo pretenda, todo novelista pone en sus obras pedazos de su alma y documentos valiosísimos para reconstruir su estructura mental. De Flaubert sabemos que hizo esfuerzos continuos y seguramente dolorosos para despersonalizarse; para no dejar en sus obras nada que pudiera ser interpretado como la voluntad de hacerse presente a los curiosos lectores. Cuando mayor fue el esfuerzo del artista por eclipsarse, más transparentes resultan sus obras para el crítico empeñado en hacer su biografía. Por lo cual se dice que todo novelista escribe sin quererlo, tal vez, su propia historia.

De su lado la historia no puede libertarse nunca del rasgo novelesco; porque la verdad histórica desnuda y seca no existe. El hecho observado por un testigo presencial se deforma un tanto al ser relatado oralmente o por escrito. De la narración es imposible hacer desaparecer la personalidad del relator. Este coeficiente personal del que primero relata un hecho se multiplica en seguida por el carácter de los narradores siguientes, y el historiador definitivo tiene que usar de su propio criterio para eliminar aquel coeficiente y los factores que lo abultan. Así penetra su personalidad en la narración histórica y de ahí depende la fascinación de aquellos historiadores a quienes no abruma ni desvía de su derredor el tiránico documento.

Tanto así puede decirse de la obra de Payró. Novela, historia, crónica romancesca, biografía de un interesante ejemplar de esa variedad humana designada con el nombre de conquistador, esta bella obra contiene, sobre todo, el alma de su autor. La inspira, desde luego, una fervorosa admiración por la epopeya de la conquista, aunque su estilo, moderado y sencillo como el arte, jamás prorrumpe en hosannas ni en jaculatorias. La tenacidad, el valor físico para desafiar el hambre, las pestes, la muerte y la pérdida de la libertad; el valor moral con todas sus infinitas facetas de resignación, fidelidad a la palabra empeñada, lealtad con el soberano hasta en las horas de prueba, lucen en esta obra, no por el empeño del autor en hacerlas presentes con ánimo de sacar consecuencias morales, sino por la limpidez y tersura con que están narrados los hechos o dibujados los perfiles de su héroes.

El mayor encanto de la preciosa narración procede acaso de que puede leerse desprevenidamente como se leen las crónicas de la conquista. Por momentos parece verdad, que está uno leyendo a Cieza de León, Hernández de Oviedo, Bernal Díaz

del Castillo, al Padre Gumilla, a uno de los innumerables clérigos o laicos a quienes se debe el mejor conocimiento de la conquista y de sus hombres. Importa, con todo, limitar esta comparación. Los cronistas del descubrimiento y la conquista no son siempre escritores de oficio. El no serlo es un atractivo, sin duda, pero a menudo resultan farragosos, lánguidos y poco dignos de crédito. El deseo y la fe se anticipaban al hecho y enturbiaban el conocimiento. Algunos de ellos desconfiaban poco de la imaginación y eran incapaces de trazar la línea entre lo que habían visto y lo que habían imaginado. La mayor parte carecían de imaginación y trataban de acomodar entre los límites de su escasa ciencia los aspectos nuevos del mundo que se ofrecían a su vista. Una muestra palpable de esta falta de imaginación es la manera como vienen descritos o bautizados los animales y plantas americanos en la obra de los cronistas. No podían salir de los límites de su parca experiencia, y a las bestias desviadas del tipo usual con las cuales topaban, les ponían los nombres de las que conocían. A la zarigüeya, animal de costumbres para ellos desconocidas, la llamaban "comadreja" en el Plata y zorra en Centro América; al jaguar le dijeron tigre, al puma o cuguar le denominaron león, y sus observaciones eran tan poco minuciosas que al carpincho, por las cerdas del cuerpo, le describían como puerco montés, siendo así que ocupa el más alto puesto entre los roedores.

En la historia de "El capitán Vergara", el estilo atrae por su desesperante limpieza y sencillez, y las descripciones del paisaje están hechas por quien revolvió, primero desveladamente, las obras de los testigos oculares, antes de visitar las frecuentaciones de sus personajes y ver de lejos o de cerca la naturaleza que iba a servir de fondo a la biografía de un curioso y honorable ejemplar de la especie humana.

Dos impulsos característicos animan por todas partes el drama de la conquista, lo mismo en Charcas y en el Perú que en Méjico o en el Nuevo Reino de Granada. Sin hacer hincapié en este aspecto singular de la gran conquista de Ultramar, el autor lo pone delante con verdad y elocuencia. Fue el primero de estos móviles la pesquisa del vil metal. Ignorantes de las leyes económicas, aquellos hombres no se daban cuenta de que la abundancia del oro no crea valores nuevos. Si la existencia de metal precioso hubiera coincidido con las ideas y las esperanzas de los conquistadores, el mundo no habría aumentado su riqueza en un maravedí, y se habrían producido los más grandes trastornos económicos. Bastó la realidad, muy inferior a la leyenda, para crear en España dificultades fiscales que la ignorancia de los gobernantes pretendía resolver con leyes desapoderadas y crueles.

Sin embargo, los españoles del siglo XVI no eran más idólatras de la riqueza que los hombres del día, cualquiera que sea su nacionalidad. Eran más ingenuos, pero no

tan ambiciosos como sus descendientes. Adoraban los metales. El hombre de presa del siglo xx sabe que el metal precioso tiene un valor relativo porque no abunda. Los verdaderos valores los crea por medio de combinaciones reales o ficticias y los representa con papel. Los primeros descubridores de tierra firme en las costas llamadas por ellos Castilla de Oro, tropezaron con una especie de ermita donde los naturales adoraban un cochinillo de oro. Su instinto religioso se rebeló contra tamaño error de la ciega idolatría. Llenos de fervor y de crédula indignación se precipitaron sobre el vano simulacro para destruirlo y repartirse los fragmentos. Los indios habían endiosado la imagen del cerdo; los europeos adoraban y adoran la materia de que estaba hecho. Los indios habían avanzado en sus ideas religiosas porque adoraban la vida, en tanto que sus vencedores indignados reverenciaban el metal inerte.

El otro rasgo singular de la conquista y del cual hace mérito Payró de manera discreta, es la ausencia de la mujer y la obsesión continua del sexo en los conquistadores. La mujer existía apenas para el español del siglo xvi. La literatura dramática y novelesca de la época no ha creado tipos perdurables de mujer, mientras que la obra de Shakespeare solamente ha poblado el mundo de la ficción con una galería de damas ilustres. El español se batía ruidosamente por defender su honra y por el placer de contar que había vengado una ofensa o salvado el honor de su dama, pero la mujer verdadera, el ente sagaz y complicado de que hay bellos ejemplares en la Biblia, no le servía de compañera en las horas vacías de su vida. Tal pasó en la conquista: la mujer no se hizo presente sino en casos raros y siempre en desempeño de un papel obscuro y subalterno, como en el caso de María de Angulo, cuyas relaciones con Mendoza forman una de las digresiones más interesantes del relato. Para el conquistador tampoco existió la mujer. La ignorancia, la miseria intelectual de las naturales echaba un abismo entre el español y la mujer americana; pero si las condiciones morales y físicas de la india hubiesen sido distintas poco habría variado en presencia de ellas la actitud del conquistador. Su espíritu, influido por la convivencia con el árabe, rehusaba ver en la mujer algo más que la esclava, o a lo sumo el adorno de la casa, y por otra parte, su vida acechaba a todas horas por la muerte, en sus peores aspectos, apenas le dejaba tiempo para comprender el amor de otra manera que como un apetito. De este aspecto singular de la conquista hay cabal testimonio en "El capitán Vergara"; testimonio refrendado por un juez de competencia probada en el análisis del hombre y en la disección de sus virtudes o tuertas propensiones.

Payró ha llegado con este libro a la plenitud de la forma. La claridad y sencillez del estilo sobrepujan la transparencia de sus mejores páginas en "Pago Chico" o "El

Casamiento de Laucha". De una pureza natural, como el aire de la montaña, la lengua es rica y donosa sin recargos, y pintoresca sin afectación.

Con grande eficacia y verdad han sido trazados los caracteres. Es tan verosímil y consecuente la manera de obrar del capitán Vergara que su persona deja de ser histórica y toma los aspectos de figura novelesca. El hombre es animal inconsecuente y absurdo. Vergara es siempre leal, firme en sus propósitos, no ejercita la crueldad sino cuando la juzga indispensable, respeta su palabra, es afable con sus iguales, franco, desprevenido y cordial con los inferiores. Odia la afectación y desprecia la mentira. Trataba al indio como persona racional y a la india no siempre como esclava. Con la misma verdad y consecuencia viven sus vidas el escribano Pero Hernández, hombre débil, apocado, intrigante, chismoso, tipo eterno del burócrata español y americano que se alimentan de ilusiones y se defienden como la sepia. El tudesco Schmidel tiene existencia real, aunque modesta. Plácido y ambicioso, pasa por el escenario ajeno a las rencillas y odios tenaces de sus compañeros, a los cuales exhorta siempre a olvidar sus rencores para consagrarse a la busca del metal codiciado.

Acaso compita en realismo y precisión de detalles la descripción de Alvar Núñez Cabeza de Vaca con la del personaje principal de la novela. Débil, irresoluto, lento en formular su voluntad y más aún en ponerla en ejecución, incapaz de utilizar a los hombres cuyo carácter no comprende y a quienes teme sin conocerlos, esta triste figura de la conquista se ve de cuerpo entero en el libro de Payró. Puede no ser rigurosamente histórica; pero, resulta enormemente cómica y trágica sobre un fondo de imponente realidad. Sería imposible detallar uno por uno los personajes de esta historia, que a veces repercute con los roncos sones de la epopeya; otras parece franca feria de vanidades y por momentos fascina con la candorosa descripción de paisajes idílicos transformados por el fanatismo y la codicia en campos de miseria y de muerte.

Buenos Aires, domingo 4 de octubre de 1925

" L'ombre du cloitre"
Roman de la vie hispano americaine
Por Manuel Gálvez
Traducido por m. Gahisto

Renueva el interés suscitado, a la época de su primera aparición por "La Sombra del Convento", el hecho de haber sido vertida recientemente al francés esta novela que, como forma y composición, es acaso una de las mejores que debemos a la generosa actividad literaria del autor. El señor Gálvez había llegado en 1914 a la plenitud de su fuerza y conocimiento de las cosas. Ya había sometido al crisol de la experiencia sus nociones sobre la vida y los hombres, de tal manera que los tipos aquí descriptos para representar la Provincia y el estado de espíritu de sus habitantes corresponden a su visión fundamental de aquel rincón de la patria. Tal vez el ambiente aquí descripto se haya modificado en ocho años; es posible que con el padre fanático, irreconciliable enemigo de las ideas modernas, despótico en su casa y rencoroso con la mala conducta ajena, haya desaparecido el último representante de una estirpe buena que, con toda su bondad, no dejó de causar grave mal, en la creencia de que obraba el bien y preparaba la felicidad de las generaciones futuras.

Para juzgar de la traducción hemos vuelto a leer la novela, y hemos vuelto, al cabo de mucho tiempo, a experimentar la misma sensación placentera de la primera lectura. El libro está admirablemente compuesto. El autor conoce su arte; es dueño de su instrumento, está al cabo de los grandes y pequeños recursos de que ha de valerse para conservar la armonía de las partes, la proporción de los episodios sin que decaiga la atención del lector. El estilo es sobrio, claro, en ocasiones de una sobriedad y transparencia excesivas. Parece como si el autor se observase a sí mismo recelosamente con el temor de ser demasiado lírico. Sin duda desconfía de la abundancia tropical y del adjetivo suntuario y fosforescente. De este lado no peca el autor. Las descripciones de Córdoba, del paisaje montañoso, del cielo, de la Iglesia, tienen verdad y eficacia y por momentos comunican una verdadera emoción; pero también se percibe entre líneas la preocupación constante de no abundar en epítetos, de no entregar toda su emoción. Esta es una bella y en ocasiones útil actitud, pero tiene también el inconveniente de mermar la capacidad productiva del autor; no en la cantidad desde luego, sino en la calidad. Dejándose dominar siempre por el temor de entregarse todo Merimée,

un bello y armonioso talento de artista literario, dio sin duda menos en cantidad y calidad de lo que habría dado abandonándose a sí mismo.

De esta preocupación del señor Gálvez proviene sin duda la impresión de pobreza vocabular que emana de su lectura. Acaso esto no sea un defecto. Acaso nos cause tal impresión su obra a los que estamos envenenados con el centelleo de la palabra en las obras de una época dominada por el vocablo y por la preocupación del color; por las armonías y disonancias que embellecen la prosa como los contrastes realzan el valor de la obra pictórica.

La seriedad es el carácter distintivo del autor y de casi todos sus personajes. Parece que sobre él se cerniera la sombra de Balzac, de quien dijo Faguet que "il n'avait de l'esprit pour un obole" o la de Zola que, sintiéndose triste e incapaz por lo tanto de promover la risa, protestaba contra el "esprit gaulois" y trataba de suscitar la carcajada por medio de las palabras gordas y la representación gráfica de lo descomunal y repugnante. La tristeza de Gálvez es moderada, penetrante y plácida en ocasiones. Se comunica al lector. Terminando la novela se siente uno sumergido en un ambiente moral donde la gente vive como quien cumple una ruda tarea, donde los hombres y las mujeres toman las diversiones tan en serio como las devociones y donde la vida evoca las mismas consideraciones casi que la muerte. Asunción, la niña nacida para ser casamentera, es el único personaje que suele reírse, pero su alegría no tiene profundidad ni alcance; no se comunica ni a los otros personajes ni al lector de la novela.

En libros tristes, de autores ingleses, borbota en ocasiones irremediablemente el "humour" característico de la raza. Tampoco es humorista el señor Gálvez, a lo menos en esta novela. Es un excelente escritor naturalista que observa la vida con anteojos de un verde gris obscuro y se complace en la descripción de los momentos tristes. Los epítetos referentes a estados de alma significativos de melancolía acuden a la frase del autor en sus buenas descripciones casi con la misma frecuencia que en las de Zola.

Es hábil pintor de caracteres. La sencillez ideológica del señor Belderrain, sus odios góticos, su tenacidad en contrariar los principios vitales, le hacen aparecer como una demostración en la Ética de Spinoza. Pero hay vida en ese escolio y puede hacer mal con tenacidad casi diabólica en su temeraria bondad. La reversión mística de José Alberto a impulsos del amor, y como resultado de una cultura fragmentaria y de una vida inmetódica, es tan verosímil como la credulidad inflexible de su padre. Aun los personajes secundarios se sostienen y cumplen su misión dócilmente bajo la mirada inmóvil y cautelosa del psicólogo que los ha creado con pluma inexorable.

No es difícil traducir al señor Gálvez en francés. Desde luego su pensamiento, las actitudes de su inteligencia, el caudal de sus ideas son saludablemente franceses.

Conoce sin duda los clásicos españoles y no consentiría en ignorar lo contemporáneo, escrito en lengua castellana, que esté destinado a vivir eternamente; pero sus complacencias espirituales se las han suministrado principalmente los escritores franceses en los cuales parece que se apacienta su entendimiento y se acendran sus gustos literarios.

Dándole a esta frase un sentido plausible podría decirse que el señor Gálvez escribe francés con bellas frases castellanas. A veces es transparente el influjo de la lengua extraña, como cuando dice de alguno de sus personajes que se "ruborizó hasta la raíz de los cabellos" o de la heroína que "era ignorada por sus hermanos". Al decir esto no hacemos el inepto reproche de galicismo: está bien que se aumente el caudal de nuestra lengua traduciendo cuando es posible los dichos idiomáticos del francés o el italiano o el inglés; pero es evidente que, de no haber frecuentado los escritores franceses, locuciones y modos de decir como éstos no aparecerían en su manera de expresarse.

El señor Gálvez con su límpido y natural estilo ha aliviado grandemente la tarea de su actual y posibles traductores en francés, y el señor Gahisto se ha aprovechado de la circunstancia con maestría y no sin distinción y elegancia. La traducción es tan buena como el original, quiero decir que se lee con el mismo placer y aún hay pasajes en que conservando todo el prestigio de la manera del autor parece que en el idioma extraño se hicieran más notorias sus habilidades descriptivas y analíticas.

Es una suerte que el señor Gálvez haya dado con intérprete de tan buenas partes y es muy satisfactorio para él y para los literatos argentinos que se empiece a poner en lenguas extrañas las buenas obras escritas en español en esta parte del mundo. Sin embargo, es preciso no darle mucha importancia para juzgar una obra literaria al hecho de que haya sido vertida a una lengua extraña. Los extranjeros no siempre atinan con el verdadero mérito de las obras escritas en español. Lo cual es extensivo a otros muchos idiomas. Saintsbury, gran crítico de formas poéticas en Inglaterra, ha dado con Costa y Llobera en su tentativa de hablar al mejor poeta español de fines del siglo pasado. Walter Pater, grande estilista, admirador de las formas griegas y maestro en Oxford de la juventud deseosa de comprenderlas, crítico de las literaturas modernas entre las cuales prefería la francesa, cayó en el despropósito de poner al melifluo y corriente estilo de Octave Feuillet entre los modelos de su época.

Cuando los británicos eran la Nación más fuerte del globo no se daban cuenta de que los libros escritos en su lengua fuesen vertidos a otras, y si llegaban a enterarse lo encontraban tan natural como encontraban ellos plausible que a Aristófanes, al Dante y a Montaigne los hubieran traducido en inglés. Pero el autor británico traducido en lengua bárbara no se creía aumentado ni favorecido, daba por sentado que el pueblo

para quien se traducían sus libros era, por lo menos, inteligente y sabía apreciar los verdaderos méritos literarios. Un sud-americano fue con grande empeño a visitar a Alfonso Daudet, una de sus torturadoras admiraciones. Al verse delante de la abundosa cabellera alfonsina y de la nariz más bella de Francia, balbuceó en un francés primaveral: "Monsieur Duadet nous lisons vos romans à Fusagasugá". El novelista desde la altura de su fama observó dulcemente: "Que voulez vous, mon ami, on nous lit partout. J'ai l'honneur de vous saluer". Si le hubiese dicho que lo traducían habría preguntado dónde se cobran los derechos de autor. Hoy los ingleses han dejado de ser la primera Nación del mundo y los franceses han aprendido duras lecciones de la experiencia. Británicos y franceses muestran ya interés en ser leídos en el Dahomey y traducidos al javanés. Nosotros comenzamos al revés. Nos ufanamos hoy de ser traducidos porque reconocemos una posición de inferioridad. En el futuro, cuando las letras americanas hayan llegado al lugar que deben ocupar en el estrado del mundo, diremos si franceses o británicos traducen las obras de nuestros escritores, que aquellas gentes dan señales de buen gusto. Desde ahora puede decirse esto: Han escogido bien los editores y e1 traductor al echar mano de este novelista y de "La Sombra del Convento" para ponerla al alcance del público francés.

Buenos Aires, domingo 22 de noviembre de 1925

Tres niños prodigios

"Leopardi" por Karl Vossler. Traducción italiana de Tomasso Gnoli. R. Ricciardi, editor, Nápoles. 1925

"Otto Braun, aus nachgelassen en Schriften eines frühvollendeten". Editorial Insel. Leipzig, 1922

El primero de estos libros tuvo su origen, según confesión del autor, en la necesidad de consolarse durante los días más tristes de su vida. Por la fecha de la confesión puede presumirse que Vossler se dio a esta empresa mientras duraba la guerra o en la desolación espiritual que sobrevino en Alemania con el advenimiento de la paz. El otro empieza en 1907 y termina en 1918. Los dos son testigos de una hora trágica y sirven admirablemente para caracterizar el principio y el fin de un siglo lleno de atractivos para el hombre de estudio y de enseñanzas para el moralista.

Nacía el 29 de junio de 1798 en la pequeña ciudad de Recanati, en los Estados Pontificios, Giacomo Leopardi, de padre erudito y madre avara, voluntariosa y de mente estrecha. Fue el niño de salud endeble: en la época de su nacimiento su padre tenía apenas veintidós años y su madre veinte. El conde Monaldo, jefe aparente de la casa, tuvo siempre inclinación a los estudios clásicos y poseía una excelente biblioteca del género, donde Giacomo, guiado por el padre y por un ex jesuita español, procedente de la América Meridional, adquirió el gusto por las literaturas antiguas y apaciguó su sed de saber. El influjo del jesuita se percibe en las frecuentes citas de los cronistas, como Cieza de León, y en su conocimiento de la geografía de América. En la "Scomessa di Prometeo" habla de Popayán y describe el río Cauca. A los trece años parodiaba el Arte Poética de Horacio. A los catorce había escrito una tragedia titulada "Pompeo in Egitto"; a los diez y siete completaba su "Ensayo sobre los errores populares de los antiguos", obra de erudición, en que, a pesar de la profesión de fe hecha en la primera página, ya se nota la clara facultad crítica y la libertad de juicio que más tarde hizo presente con grande elegancia y firmeza en sus obras de filosofía. En esta misma edad hizo la primera traducción de la "Batrachomyomachia", versión a que es preciso referirse en los estadios sobre este poema burlesco. De sus obras posteriores conocidas en todo el mundo culto y de las cuales hay versiones en las lenguas más difundidas, no se trata en estas líneas. Nos interesa especialmente su obra prematura, y a este respecto conviene observar que Leopardi mismo no creyó nunca en los niños prodigios, a pesar de las curiosas hazañas llevadas a cabo por él

en sus primeros años. La obra sobre las supersticiones de los antiguos contiene cerca de seiscientas citas de diversos autores griegos y latinos, muchas de ellas hechas de memoria y todas en la lengua original. Sin embargo, el poeta de la desesperación negaba que hubiese genios prematuros. Según él, todo era materia de disciplina o "assuefazione", palabra que acude con frecuencia a su mente mientras describe el vario y luminoso paisaje de su vida mental en ese diario de siete volúmenes publicado por el Gobierno italiano al celebrar el centenario de ese niño portentoso. "No hay alto ingenio, dice en el 'Zibaldone', que en sus primeros principios no está más o menos a nivel con los ingenios más ínfimos, colocados en el mismo periodo. Por lo cual se comprende que el grande ingenio no se forma sino mediante el uso del ejercicio y de las disciplinas (assuefazioni) que al convertirse en hábito forman el talento". La capacidad de someterse voluntariamente a una costumbre o disciplina es la única admisible, en calidad de innata, para el poeta de "Recanati", y sólo de quien la posea en sus años infantiles puede decirse que sea niño precoz.

Casi a los noventa y nueve años justos, el día 27 de junio de 1897, nacía en la Capital política o intelectual de Alemania Otto Braun, hijo del Dr. Heinrich Braun y de Lily, su esposa, la conocida agitadora socialista, cuya vida consta en dos abultados tomos de memorias en que el lector se pregunta a veces si la narración es novelesca o pertenece a la vida real. La señora Braun deseaba ardientemente, según se lee en el segundo tomo de sus memorias, tener un hijo que llegase a ser luz del siglo y dominador de los hombres.

Estudió el niño Braun las primeras letras en Berlín en una escuela pública y a los once años visitó por un tiempo muy corto un liceo de la misma ciudad. La inteligencia, la fuerza asimilativa, la originalidad del adolescente llamaron con tal viveza la atención de las autoridades docentes que el profesor Josef Petzoldt, del Liceo de Spandau, elevó en 1909 un memorial al Ministerio de Instrucción Pública en solicitud de permiso para abandonar algunas de sus obligaciones en ese instituto con el fin de dedicar el tiempo que ellas requerían a la educación especial y única de Otto Braun. En este memorial se afirma que no es posible exagerar las dotes del adolescente y que los trabajos suyos de que ahí se hace mérito confunden y maravillan. "En una experiencia de más de veinte años como enseñante, dice el profesor Petzoldt, en que me ha cabido la suerte de ponerme en contacto con discípulos y discípulas de grandes y variados talentos, no he conocido un caso comparable, ni siquiera aproximadamente, con el objeto del memorial". Este documento que, "more germánico", se prolonga en páginas y páginas, demostrando las excelencias de la enseñanza individual y las virtudes intelectuales del niño a quien se refiere, fue contestado negativamente por

el Ministerio de Instrucción Pública, en treinta palabras, de las cuales fue la más significativa la que calificaba de "extraña" la actitud del solicitante. No es de sorprender. En 1910 la tendencia predominante del Gobierno alemán y de otros muchos de Europa se caracterizaba por el horror al "individuo". Las ideas, las personas distintas de lo cotidiano y remolido inspiraban sospechas a aquellos organismos en que todo estaba calculado y dosificado para lograr cumplidamente la felicidad del Estado aunque fuese triturando y destruyendo en su servicio las unidades humanas de que se compone la cristalización política de ese nombre.

Otro profesor que había enseñado matemáticas a Braun, dijo al saber de su muerte que por lo armonioso de sus varias predilecciones científicas, literarias y artísticas, la inteligencia de este niño podía compararse con la de Goethe en los mismos años de su edad. Ni el interés de los padres, ni la admiración de profesores y condiscípulos lograron convencer al Gobierno o a las Universidades de que el caso Braun se ofrecía como una oportunidad meteórica para ensayar los principios de enseñanza individual en las mentes privilegiadas. Sus padres a quienes el destino había dotado con más inteligencia que recursos pecuniarios doblegaron sus vidas a las exigencias de la educación del niño, y ellos mismos ayudados con otros profesores empezaron con grande ahínco la obra de formar ese carácter y desarrollar armónicamente tan bella y tan sana inteligencia. En su casa vivió el niño hasta los diez y siete años en contacto con sus padres, sus maestros y sus libros. El jardín familiar, amplio, selvoso en partes, dispuesto con vivo amor a las flores y a las plantas; excursiones frecuentes a las regiones montañosas del Sur de Alemania; viajes a las islas encantadas del Atlántico despertaban en él metódicamente el sentimiento moderno de la Naturaleza y vivificaban sus fuerzas espirituales y corpóreas. Más feliz que Leopardi gozó siempre de una salud robusta y, a juzgar por los retratos de su niñez que se conservan, era un hermoso niño en cuyas facciones todavía indeterminadas y un tanto lánguidas dejaba huellas el toque venturoso de la femineidad. Es éste otro contraste entre los dos prodigios. Leopardi con toda su sensibilidad de instrumento de laboratorio ante las miserias y desigualdades de la vida; a pesar de su viva y delicada comprensión del amor o tal vez, por eso; no obstante los tormentos a que en las lides sentimentales le sometieron su fealdad, su salud precaria, su timidez y su pobreza era una inteligencia señaladamente, hermosamente masculina. Sus acentos de desesperación son los de un titán encadenado. Su comprensión de la vida y sus retos contra el destino son propios del hombre que sufre sin esperanza y que arroja al soto de las ilusiones una fe que sirve tan sólo para conformarse con un destino adverso. Creyó en su niñez; tuvo fe antes de salir de su adolescencia; y, otro rasgo de clara y dignísima virtud varonil, pasó de la

creencia candorosa a la más temeraria y sombría de las negaciones, sin complacerse, como suelen los talentos femeninos, en detallar en la plaza pública sus tormentos intelectuales, todo el dolor científico de que han sido palestra sus corazones en el paso de la creencia a la incredulidad. Leopardi volvió la página de su diario sin que nadie se diera cuenta del día ni de las causas de su profunda transformación. Cuando Notten y Henschel, en el "Hesperus" de Stuttgart quisieron explicar, con doctrina y penetración alemanas, el pesimismo de Leopardi deduciéndolo patológicamente de sus perturbaciones digestivas y nerviosas, el poeta se irguió, en su desdicha, como Job en el estercolero, y hablando en francés, para que le entendieran mejor más allá de los Alpes, dijo en frases de una belleza incomparable: "Quels que solent mes malheurs, qu'on a jugé a propos d'étaler et que peut étre on a un peu exagerés dans ce journal, j'ai eu assez de courage pour ne pas chercher a en dimínuer le poids ni par de frivoles espérances d'une pretendue félicité future et inconnue ni par une lâche résignation… Avant de mourir je vais protester contre cette invention de la faiblesse et de la vulgarité, et prier mes lecleurs de s'attacher a détruire mes observations et mes raisonnements plutôt que d'accuser mes maladies". Es de rigor hacer presente que estas palabras, no iban dirigidas al público ni estaban destinadas a la prensa. Son de una carta a Sinner, con quien le ligaba tierna amistad y que había mirado con manifiesto interés y benevolencia los trabajos filológicos de Leopardi hasta lograr que le ofreciesen una cátedra en Alemania. También son muestra del porte varonil de su espíritu sus sentimientos acerca de la sociedad y el aislamiento. "Para mí, dice, no hay mayor soledad que la numerosa compañía; y como esta soledad me causa pena, deseo ser verdadero solitario". Este pensamiento lo concentró Ibsen en cinco palabras tratando sin duda de caracterizar la masculinidad de su propia naturaleza.

Estudiaba Otto Braun con ahínco y tenía el alma llena, como a su tiempo Leopardi, de los clásicos griegos y latinos, de los autores franceses y de los grandes historiadores, cuando estalló la guerra de 1914. Se alistó sin demora. Las operaciones militares le llevaron a Polonia, a Italia, al frente francés y le hicieron sentir todas las penalidades físicas y morales que puede experimentar en tiempos como aquellos un temperamento refinado, un alma de artista, inteligencia de filósofo, espíritu metódico de los que se complacen en tesaurizar sus ideas y compararlas. Vio desaparecer sin dejar rastro de su cuerpo, tocado por una bomba, a uno de sus compañeros de preocupaciones y de estudios. Sufrió con virtud espartana el dominio de la vulgaridad, la envidia cruel de los inferiores que le mandaban, la inclemencia de las estaciones y la miseria general de los campamentos. Apenas se quejaba. El 28 de abril, desde un sótano de Marceclave le escribía a su novia quejándose de que no obstante ser ya

oficial le impedían salir al campo libre para darse cuenta de las líneas enemigas que estaban a cuatro mil metros de distancia. En la mañana del 29 una bomba le halló en su camino. "En un jardín, entre flores luminosas, le hemos puesto a reposar", dice uno de los camaradas al profesor Braun. "mientras llegaba el carro de los muertos. Tranquilo era su rostro: no lo tocó la metralla".

Tenía veinte años. Dejó un diario empezado a los nueve y en el cual escribió la última página el día antes de su muerte. En estas confidencias consigo mismo, de una ingenuidad adorable y de una gran penetración, sobre todo en cuanto se refiere a sus juicios sobre autores y libros que le vienen a la mano, está de cuerpo presente un bello y clarísimo ingenio. Escribió también poesías líricas en escaso número. Por las fechas que llevan bien puede percibirse el desarrollo generoso y armónico de asa inteligencia dulce y receptiva que va pasando de las ideas e imágenes que le imparten sus padres y maestros a los conceptos personales, vívidamente expresados en una lengua que se enriqueció a ojos vistas y adquiere proporción, claridad y recónditas sonoridades, como bajo las manos de un maestro. Escribió también, como Leopardi, una tragedia a los quince años con el título casi inevitable de "Eros y Payche", en que es magistral el dominio del verso.

Ninguna de sus obras llegó al grado de perfección que la posteridad fastidiosa exige en las creaciones del ingenio literario. Pero como hemos visto, si Leopardi hubiese muerto a los veinte años y hubiese empleado los cuatro últimos de su vida en la fácil obra de matar a sus semejantes, excusando el peligro de la reciprocidad, acaso no habría dejado ninguna obra maestra. La canción a Italia es de los veinte años: la entonación es de un poeta excelso, pero, con toda la admiración que sentía por el gran lírico, Carducci no puede esconder las numerosas imperfecciones de mano inexperta que en ella pueden señalarse, y Vossler, serenamente, designa "come opere oratorie letterarie" esa canción y la dedicada al monumento de Dante, que fue escrita en el mismo año. Importa añadir, sin embargo, que ni a los veinte ni a los treinta y nueve años, época de su muerte, la inteligencia de Leopardi, su ilimitado saber y su refinada estimación de la obra literaria, habían dado aun lo que la posteridad tenía derecho a esperar de sus excelsas facultades. Aquel desventurado no vivió nunca un momento de su existencia con tranquilidad y plenitud. Las mezquindades del hogar; las pequeñeces del ambiente aldeano, donde le tocó agitarse; la política sombría, desleal, infame de los Estados italianos y de sus opresores en aquellos días amargos; la salud imposible condenaban a este hombre de genio a mirarse de continuo introspectivamente para decirse que él no era como la gente que tenía a su alrededor. Murió sin saber que uno de sus Mecenas era espía del Austria.

Leopardi, profundamente bueno, misericordioso, tierno con sus hermanos y abnegado y fiel con sus amigos, creyó siempre que el mundo estaba regido por el mal. La mayor parte de sus disquisiciones morales y filosóficas se refieren al "odioso poder que impera secretamente para daño de todos". A su rededor el mal era potente y ubicuo; el bien apenas se dejaba ver en el fondo de algunas almas que habían vivido en mejores tiempos. Braun el otro niño prodigio, creyó en la fuerza, representada en todas sus formas por el Estado moderno, "el más frío de los monstruos fríos" según lo definió Zarathustra. Braun no llegó a cumplir su destino, porque lo destruyó la fuerza en que creía como fundamento de la sociedad humana. Leopardi no llevó a cabo la obra de que sin duda era capaz, porque el genio del mal en quien creyó siempre, se complació en destruirle poco a poco sin dejarle llenar sus altos destinos.

Dos fragmentos caracterizan las opuestas actitudes de estos niños prodigios. Leopardi bosquejó dos años antes de morir un poema al genio del mal que empezaba con esta invocación: "Rey de las cosas, autor del mundo, arcana y rea maldad, sumo poder y suma inteligencia, etorno dispensador de males, y del mundo eterno regidor". Braun piensa en un lema para poner en la portada del tomo decimosexto de su diario y escribe estas palabras: "Creo con tanta firmeza y de modo tan irrevocable como no creyó nunca ningún santo. Creo en mi genio tutelar, creo en mi deber, creo en mi trabajo".

Tal en la imagen pálida, borrosa como una estampa antigua, triste como su época, desoladora como un remordimiento que dejan estos dos espíritus, colocados al principio y al fin de un siglo tumultuoso, contradictorio, romántico en las formas y en los anhelos, brutal en los hechos, inmaturo y caduco, vacilante siempre entre el bien y el mal y entre la perfección y la decadencia como un niño prodigio. Eso fue rigurosamente el siglo XIX; un niño prodigio; época de grandes promesas y de modestas realizaciones. Epoca triste como las realizaciones prematuras; siglo que puso en práctica la libertad y forjó los instrumentos de equívoca eficacia con que la posteridad había de encadenarla.

Buenos Aires, domingo 13 de diciembre de 1925.

Ser, parecer

Era en la feria. Se había cumplido una de mis grandes aspiraciones infantiles. En una plaza extensísima, clara como la inteligencia libre de todo conocimiento, adornada con árboles muertos traídos de lejos y con telas y papeles de varios colores, la gente se había reunido a mirar el espectáculo de la multitud. Cada uno iba ir a los otros, es decir, todos iban a verse a sí mismos. Algunos tenían, además, la ingenua pretensión de buscar fortuna en diversos juegos. Los niños queríamos ver los animales sabios, los saltimbanquis disfrazados y los payasos de sonrisa melancólica y túnicas rojas, blancas, verdes, ya desteñidas por la tristeza de los innumerables paisajes de farsa en que se habían hecho presentes. El sol vertía su luz casi perpendicularmente sobre aquel campo de embuste, en donde era todo supuesto, desde los árboles sembrados por la noche hasta la sonrisa del hombre que movía la ruleta. Yo estaba en un mundo nuevo. Aquella orgía de colores, el complicado e ininteligible rumor de voces, mezclándose en mi naciente conciencia, me arrebataban la capacidad de percibir el mundo exterior y formarme una idea del conjunto. Era la primera vez de mi vida que contemplaba una multitud alegre, y me parecía que el mundo se escurriera debajo de mis pies. El payaso perdía su carácter de personaje de artificio y se me antojaba tan real como los árboles, cuyas hojas medio secas y cuyas ramas torpemente acomodadas parecían dolerse de la ausencia del bosque lejano. Mi padre, el mejor de los hombres, sereno y dulce de rostro como el de una estampa bíblica, me conducía de la mano y solía explicarme, con palabra medida y elocuente, el significado de los varios espectáculos. "Este hombre, que decía, señalando a uno que, de pie sobre una caja de madera, les arengaba a las multitudes, hace creer a los espectadores que están enfermos, y cuando ha logrado convencerlos de la gravedad de su mal les vende el remedio que lleva en esa caja, en pequeños frascos". "Pero si no están enfermos", observaba yo en tono de incredulidad, "¿Cómo puede convencerlos de que lo están?". Mi padre sonreía levemente: "Ya lo entenderás, cuando adquieras conciencia de las muchas cosas que llevas por dentro".

Más adelante un titiritero exhibía un pavo que bailaba al son de la música en una mesa cuyos bordes estaban guardados por una alta baranda de alambre. Yo no salía de mi asombro, y aunque mi padre quiso pasar adelante, como si el espectáculo le causase repugnancia, le detuve con instancia para que me dejase ver las habilidades del ave cautiva. El titiritero tocaba un violín caduco. Le arrancaba gemidos inconexos,

de una melancolía contagiosa, y el pavo saltaba y dejaba caer las alas a un lado y a otro, siguiendo el ritmo doliente del instrumento. Esta sabiduría del animal y del hombre que lo había educado me dejaban perplejo. En frases entrecortadas, de ilación deficiente, traté de hacer inteligible mi abjuración por el poder educativo del juglar. "Siendo el pavo –decía–, según me has enseñado, uno de los animales más estúpidos, este buen hombre, ejercitando una paciencia ilimitada, ha logrado enseñarle una cosa que muchos niños de mi edad no sabemos todavía. El pavo sabe bailar". –"Te engañas, hijo mío, dijo el mejor de los hombres. El pavo no baila: salta. La tabla superior de la mesa es de acero delgado y debajo de ella hay una lamparilla de alcohol que la calienta; cuando la temperatura se hace insoportable para las plantas de sus pies, rudas y escamosas, levanta una de ellas y se apoya sobre la otra. Esta, al recibir sola el peso de todo el cuerpo, siente la quemadura con más intensidad y trata de levantarse apoyándose sobre la otra, que a su turno repite el movimiento. El baile del pavo, con que se divierte la multitud, es una tortura". La explicación me parecía insuficiente o inadecuada y no dejé de comunicar mi pensamiento diciendo que sería muy fácil aceptar la teoría de mi padre, si el pavo no siguiese con un oído extraordinario el compás de la música que, en sones plañideros, se escapaba del atormentado violín. –"Te engañas de nuevo" –agregó mi padre, "el pavo no sigue la música del violín. El violinista sigue, con gran cuidado y con habilidad mecánica, los movimientos del pobre animal a quien atormenta. En la vida haz de observar, muy a menudo, que el secreto de la tranquilidad para unos y del éxito para otros consiste en la capacidad que tienen de hacer sonar su instrumento a compás de un baile de ritmo caprichoso, ejecutado por otras personas sin saber que están bailando, y mucho menos que les están llevando el compás. A esta habilidad, instintiva en muchos de los que la poseen, deben sus éxitos duraderos o transitorios el político, el hombre de letras, el orador, la belleza profesional, el curandero y los filósofos del tipo moralizante. Todos ellos tocan el violín al son de la multitud cuyos pies arden sobre el piso artificial y quemante de la vanidad, del plausible deseo de agradar o del candoroso anhelo de aparecer como personas inteligentes. Por eso, para obtener éxito en el mundo, se necesita una gran dosis de histrionismo".

II

Meses más tarde, en un invierno riguroso, me llevó mi padre a una casa de campo, lejos del pueblo donde vivíamos, a visitar un amigo suyo, que cultivaba la soledad tenaz y, en la apariencia, muy placenteramente. Mordía el frío las carnes en la llanura

levemente ondulada y cubierta de nieve que teníamos que recorrer a pie, antes de llegar a la casa donde habitaba el solitario. Llegamos al fin. La marcha presurosa y prolongada había acelerado el ritmo de la sangre en nuestras venas, de modo que al llegar a la puerta de la casa era menos sensible el frío que al principio del paseo. El amigo mismo de mi padre vino a abrir la puerta. Después de un apretón de manos con el hombre maduro y de una caricia en mis mejillas, que más parecía afrenta que saludo, pidió que le excusásemos mientras iba a abrir la sala y nos dejó esperando en el vestíbulo. Hice ademán de quitarme el abrigo, un gabán compacto y una bufanda de lana que cubría el cuello y la garganta y todavía, después de dar dos vueltas, caía en lánguidos pliegues sobre el pecho y los brazos. Mi padre, con seña discreta y sin palabras, me dio a entender que debía conservar esa parte del vestido sobre mi cuerpo. Volvió el dueño de casa y nos llevó a la sala, pequeño aposento, donde un sofá forrado en tela verde, manifiestamente vieja, una mesa con carpeta gris de lana, colocada en el centro, y unas sillas de cuero estampado, color de caoba, llenaban casi todo el espacio. En el sofá, al lado derecho de la chimenea, se sentaron mi padre y el dueño de casa. A mayor distancia del fuego, en una silla incómoda hube yo de tomar asiento, obedeciendo a las insinuaciones mudas de las personas mayores, las cuales empezaron a hablar del tiempo en primer lugar, después de asuntos económicos, antes de atacar la cuestión política, mar mediterráneo en cuyos senos amplios y para mí inescrutables, hicieron larga y al parecer muy plácida demora. Terminadas las mutuas confidencias en materias políticas y la disección "inmisericorde" de algunos caracteres cuyos nombres creía yo conocer, la emprendieron con temas que salían en absoluto de mi comprensión. De cuando en cuando me parecía que hablaban de lo infinito, de lo absoluto, de lo contingente, de lo necesario, de lo relativo, palabras que me forjaba la ilusión de entender a medias, cuando estaban solas, mas no cuando iban enlazadas con otra en la falaz cadena del discurso; el cual se fue haciendo tan abstruso que mis oídos se volvieron sordos al murmullo y dejaron libre en absoluto a mi imaginación para ocuparse en otras cosas. Hacía un frío glacial. Me movía continuamente en el asiento que me habían asignado; quería lograr, de ese modo, instintivamente, un aumento de temperatura. A pesar de mis pocos años no podía conciliar dos hechos. La chimenea estaba encendida. Se veían en ella, unos fulgores rojizos y un titilar frecuente como sucede cuando sobre un fogón mortecino pasa una ráfaga de aire fresco. Sin embargo, hacía tanto frío como en el campo abierto o tal vez más. La ventana del saloncito estaba cerrada, no había vidrios rotos y la puerta había sido cuidadosamente entornada de modo que el aire no entrara. La temperatura y la curiosidad filosófica me impulsaron a ponerme de pie. Estiré los miembros inferiores, sacudí los brazos

y me moví lentamente en dirección a la chimenea en busca de una temperatura más benigna. Llegué hasta el sitio donde una mampara de vidrio grueso, alta como la mitad de mi cuerpo, impedía avanzar más. En ese momento una sirvienta llamó a la puerta de la sala, metió la cabeza y la mitad del cuerpo, hizo una venia y anunció a dos caballeros que entraron, saludaron y se sentaron en las sillas vacías. Parecían acreedores. Guardaron silencio unos momentos, hieráticos e imponentes, dentro de sus gabanes obscuros, y luego, antes de entrar en materia, hablaron, como suelen los ingleses, del tiempo que hacía. Volvieron a callarse. Mudos estaban también mi padre y el dueño de casa. Entretanto mi curiosidad, mis siete años y el frío, me habían llevado a realizar un gran descubrimiento de que hice partícipes a los presentes con el candor de mis primeros años. "Aquí –dije– no hay carbón, lo que parece un hogar es una vela metida en la chimenea y cubierta con papeles transparentes del color de las brasas". Ufano de mi descubrimiento imaginé que el silencio formulado solemnemente alrededor de mis palabras era la muda expresión admirativa ante mis capacidades de investigador. Al fin se levantó el dueño de casa y su alzada llenó el ámbito de la pieza. Era alto, robusto, de color blanco mate, sobre el cual adquiría mayor viso la mancha azul obscura que dejaban, después de rasadas, unas barbas negras, densas e hirsutas. Vestía de negro. La levita, parte primordial y solemne de su indumentaria, era de un paño grueso que hacía pliegues sin mórbidos ni gracia, como suele el papel estrujado. La mano la tenía grande, pálida, vellosa, de gruesos nudos en la inserción de los dedos largos y delgados como tallos de cebolla. Se movía en dirección a mi puesto. Su tacha sus movimientos posados y rítmicos, con una leve inclinación hacia la derecha, me dieron súbitamente la idea de que iba a estrangularme. Sin embargo, noté, por una cierta contracción de los labios, que su intención no era perversa. Más tarde, en la vida, he podido observar dos cosas; primero, que esa contradicción suele estar acompañada en el individuo de un adorable sentido del humor, y segundo, que los hombres dotados de esta facultad son incapaces de ejercer la violencia por mano propia. Al llegar a mí puso una piadosa mirada sobre mi frente y dijo:

"Incauta criatura. Acabas de destruir, imprudentemente, en pocas palabras, una verdad aceptada por todos los habitantes de esta región en diez leguas a la redonda. Tu malsana curiosidad, tu impávida y mal hallada inexperiencia, servirán, de hoy en adelante, para demostrar que en la chimenea de mi casa no hay carbón, sino una vela. Se necesitaba la temeridad de tus instintos agnósticos para destruir una verdad que yo he levantado sobre sólidos cimientos durante veinte años. Toda una generación ha pasado por esta sala y se ha calentado las manos y el cuerpo con esa vela que acabas de descubrir, como si fueras delator de oficio. Yo había creado una

verdad. Con la luz de esa vela y la transparencia de esos papeles sintieron calor el cura párroco y el profesor de física en la escuela del pueblo vecino. Con dos o tres copas de aguardiente el alcalde y el coronel retirado, que vive aquí cerca, refocilaron, en algunas tardes de invierno, al amor de esta lumbre, sus miembros endurecidos por la edad y el frío. Aquí sintieron apacible tibieza los ricos, se calentaron los pobres los miembros ateridos. Yo mismo, que había creado esta verdad filosóficamente, al ver como gozaban con la templanza del ambiente los crédulos y los escépticos, acabé por creer en mi propia ficción y hallaba un tibio embeleso en sentarme solo en esta sala, con la bujía encendida, gozando de su luz matizada por los papeles, color de brasa. Incauta criatura, haz destruido una verdad. Mañana será mi nombre ludibrio en las posadas y ventas del camino y esa vela que era un montón de brasas ardiendo, volverá a ser pálida y fría luminaria para las gentes ilustradas, de hoy en adelante por tus indiscretas observaciones y locas palabras".

Buenos Aires, domingo 9 de mayo de 1926

El diluvio que nos amenaza

Esta vez no son las aguas del mar y de los ríos las que van a sumergir la civilización como en tiempos del Patriarca Noé o del legendario Deucalión. Todos los progresos, todas las amenidades de que goza el hombre contemporáneo, con una sonrisa de complacencia o burla, van a ser presa de los hombres de color, como dice el blanco asumiendo, tal vez con razón, que él es incoloro. Los amarillos de Asia, casi la tercera parte del género humano; los negros de África, más numerosos que los blancos de América; el indio de la piel tostada que habita los ardientes valles del Ganges sagrado y de sus numerosos afluentes; aun los cobrizos de América, al norte y al sur de Panamá, están llamados a dominar al hombre blanco, cuya indiferencia enfrente de este problema le hará fácil presa de sus competidores.

El temor a los hombres del Asia remotísima no es una mueca espiritual reciente. Por los años de 1906 a 1907, Guillermo II, a la sazón emperador de Alemania, imaginó una caricatura en que aparecía el Japón unido a una China disciplinada y consciente, destruyendo a Europa. El dibujo, se llamaba "peligro amarillo". Con esta caricatura tomó aspecto de fenómeno político internacional un estado de espíritu que, nacido en California entre 1780 y 1800, era tan sólo una actitud de las organizaciones obreras en California para defenderse de la competencia que les hacían los inmigrados chinos, japoneses, coreanos y de otras estirpes asiáticas. El blanco de California se quejaba de que el chino y el japonés eran frugales, casi abstemios, trabajadores empeñosos y hábiles con los cuales no podía competir en igualdad de circunstancias. De modo que los tres capítulos de acusación contra aquellas razas de parte del hombre caucásico eran que ellas cumplían sin saberlo dos grandes preceptos de la doctrina cristiana: evitar el uso inmoderado de la bebida y de los manjares y ganar el pan con el sudor de la frente. A estas graves y flagrantes violaciones del derecho de ganarse la vida con el menor trabajo posible unían los californianos otros cargos. Se hablaba de la inmoralidad congénita y tradicional de la raza amarilla, lo cual podía ser una exageración, una diferencia de punto de vista o mera hipocresía. Se dijo y se dice todavía que el oriental ignora o atropella los preceptos de la higiene pública y privada, lo cual representaba una ignorancia manifiesta de dos hechos, actual el uno y evidente, histórico el otro y de fácil comprobación por medio de testigos oculares y de razonamientos irrevocables. Es el primero que ningún país europeo puede competir con el japonés en materia de aseo individual y el segundo que fue la falta

de higiene personal en el europeo que visitó a América en el siglo XVI la causa de la desaparición casi total de los aborígenes en el Continente. Les echaron en cara a los naturales del Asia oriental, establecidos en California por los años de 1890, el vicio del opio y la propagación de esa costumbre deletérea entre los naturales del Estado soberano, olvidando, los que tal hacían, cómo dos grandes Potencias europeas hicieron lo posible en el siglo pasado por envenenar al pueblo chino por medio del jugo de la amapola, con la caritativa intención, sin duda, de hacerlo fácil presa de la civilización occidental, que ya conocía el resultado de los excesos en el uso de esa droga nefanda. El organismo chino sobrevivió a tan recia prueba porque está en la naturaleza de los venenos el ser rechazados por el cuerpo sano.

La agitación obrera de California llamada "peligro amarillo" era, pues, muy diferente del temor a la conquista bélica simbolizada por el dibujo de Guillermo II. El peligro amarillo, a que hace todavía alusión en sus vacaciones forzadas el huésped de los holandeses, consiste en la inminente organización militar, a la prusiana del Japón y la China, para partir en compañía de Rusia, Turquía, el Afganistán, los árabes de religión musulmana y los negros de toda creencia, a la conquista de la Europa y de la América blancas. En la conquista de la América blanca, es decir, del Canadá y Estados Unidos, tendrán las hordas del futuro Tamerlán el auxilio de los países americanos de raza cobriza.

Constituyen ya una verdadera inundación del terreno espiritual las obras literarias, científicas o de mera y descarnada propaganda encaminadas a prevenir al hombre blanco, a la "bestia rubia", contra el peligro inminente de la dominación universal por las gentes de color. Ha corrido por el mundo un estremecimiento de horror: los sabios y los periodistas han estado a punto de comunicamos el anhelado "frison nouveau", en cuya busca han partido tantos Argonautas de la sensación literaria. En el Concejo Deliberante de una capital sudamericana, situada a 2680 metros sobre el nivel del mar, cayó una vez, por raro capricho de las elecciones populares, un sabio, cuya especialidad era la geología. Una noche, después de discutir graves asuntos de interés edilicio inmediato, el geólogo dijo, ya levantada la sesión, fumando regalados cigarros, en compañía de los otros vocales, que esa capital descendía un centímetro por año y que estaba condenada a llegar con el tiempo al nivel del valle del Amazonas, momento desde el cual la vida se haría poco menos que intolerable por razón de las temperaturas dominantes al nivel del mar y a cuatro grados del ecuador. Oída esta disertación, los colegas del sabio geólogo, que había aportado cifras barométricas y datos irrefutables, se quedaron pensando en silencio. Uno de ellos propuso que se volviera a abrir la sesión para considerar las medidas que fuera necesario poner

en ejecución para prevenir ese grave peligro. Este ciudadano quería legislar con la mira de ser útil a los habitantes del valle del Amazonas de aquí a 268.000 años. Los hombres de ciencia y los periodistas cuyas fatídicas predicciones nos hacen ver la destrucción de la civilización occidental por las hordas tártaras, mongólicas, abisinias, indostánicas y aun cafres y congolesas, sufren también de excesiva previsión. Es muy posible que los días del Occidente estén numerados en el libro de los destinos, según las especulaciones de Spengler; pero las civilizaciones se destruyen a sí mismas, y no hay polvo tan corrosivo como el que levanta la actividad humana cuando contraría con sus hechos los principios a que obedece. Por otra parte, la historia muestra que cuando el enemigo llega, ya la obra de destrucción ha avanzado considerablemente a manos de quienes crearon o recibieron en herencia el tesoro cultural.

Entre los libros que tratan del angustioso problema relacionado con la amenaza de las gentes morenas, dos hacen ruido, especialmente en este momento. El uno lleva ya seis años de publicado, pero ensancha por momentos el círculo de sus lectores, y sus cifras, pronósticos y conclusiones merecen el honor de ser citados en libros científicos, en sabias conferencias, en los diarios de tres Continentes, no sin servir a veces para ponerles carne de gallina a los blancos, a la hora del champagne, en los grandes festines, cuando le dan rienda suelta a la imaginación. Antes de ahora, los hombres solos, después de haber comido bien y bebido copiosamente, hablaban de economía política (una ciencia al alcance de todos) y contaban los cuentos escabrosos de notoriedad en las últimas veinticuatro horas. La economía política es reemplazada ahora por el peligro amarillo. Todo el mundo tiene cifras y conocimientos históricos desde el martirio de los frailes europeos por los japoneses en el siglo XVII, hasta la rebelión de los boxers. Cuando en un minuto de estos se mienta en Europa o en Estados Unidos la palabra Japón o Abisinia, corre un frío por la médula de los concurrentes y parece como si en los muros aparecieran las palabras que vio Baltasar. Todo esto por causa del libro de Mr. Lothrop Stoddard, doctor en Filosofía de la Universidad de Harvard y autor de varios trabajos sobre cuestiones de raza y política internacional. Este con que ha logrado intranquilizar la pétrea conciencia de los sabios contemporáneos, tiene un título muy bien logrado. Se llama "La ola montante del hombre de color contra la supremacía mundial del hombre blanco", o sea, en el original, "The Rising Tide of Color against White World Supremacy". Con epígrafe tan llamativo ya bastaba para captarse algunos lectores. Pero el libro tiene, además, otros méritos para lograr la popularidad que ha conseguido. Está escrito en un estilo que le hace asequible a todo género de inteligencias. Los hombres desprevenidos y modestos a quienes les ha parecido siempre que estos problemas de razas y de éxodos populares

están envueltos en una gasa tentadora que, con todos sus atractivos, no deja de obscurecer el concepto, tenían la dulce sorpresa de encontrar que este libro se dejaba leer fácilmente y a un mismo tiempo lisonjeaba ciertas ideas de patriotismo, de raza, de excelencias hereditarias que ellos habían acariciado con una complacencia inocente. "¿Es posible que ésta sea una obra científica?", se preguntaban sin duda los primeros lectores, un tanto confundidos por la facilidad con que las ideas en ella contenidas entraban y se les aposentaban en el cerebro. El fenómeno psicológico estaba, como es natural, mal comprendido por los lectores. No es que el libro tuviese ideas claras, plausibles y nuevas, sino que les daba expresión a nociones elementales, a apetitos rudimentarios, a temores infantiles que ha alimentado el hombre desde que vivía en las cavernas. La noble dama norteamericana de Chicago, de Boston o Kalamazoo, a cuya disposición ha puesto la ciencia moderna tantos elementos de placer y de comodidad, debe sentirse profundamente lisonjeada cuando el Sr. Stoddard, hablando del siglo XIX, exclama con adorable ingenuidad: "En energía creadora, en realización fecunda, seguramente no se había visto nada comparable desde que se ocultó el sol de 'la gloria que fue Grecia' y todavía parece que el camino está abierto para llegar a los altos destinos" (página 174). Indudablemente estas señoras se habían imaginado que Grecia era una cosa distinta; pero al leer en las frases del hombre de ciencia que no había habido nada comparable al siglo de Pericles hasta que surgió el siglo XIX de Estados Unidos, los sentimientos patrios, los de raza, aun los que puede hacer nacer un ambiente de comodidad, han debido sentirse lisonjeados en grado extremo. Estas señoras pasaban el libro sin duda a sus amigas y a los chicos de la prensa para que lo hiciesen conocer en círculos menos bien informados. Tal es la opinión del Sr. Stoddard sobre su siglo. Por lo que hace a su tribu, llega, alabándola, a extremos, si es posible, de mayor elocuencia. "Es preciso", dice en la página 266, sin abandonar la imagen de Grecia que le posee como a lord Byron, "es preciso que un hecho sea claramente apreciado por todos los espíritus: si América (Estados Unidos, se entiende) no es fiel al alma de su raza, la perderá inevitablemente y la estrella más hermosa que haya aparecido en el horizonte de la historia desde los tiempos de la Hélade caerá del firmamento humano como un meteoro, y su brillo estelar irá a desvanecerse en la noche de los tiempos". El tono, en verdad, no es rigurosamente científico, pero llena cumplidamente los antojos del autor. Surgen a una, sin que pueda evitarlo la sobria mente del lector, en una perspectiva remota, el edificio de Woolworth y el Partenón; los misterios de Eleusis y las hogueras en que arden negros cubiertos de ropas impregnadas en petróleo; la tragedia griega y el gesto estereotípico de Carlos Chaplin.

De otro lado apela también vivamente el libro del Sr. Stoddard al sentimiento popular y a la sed de conocimientos que tienen el hombre de negocios, el obrero fatigado por el trabajo y la mujer de mundo a quien apenas le dejan tiempo para leer todo lo que quisiera sus complicadas funciones de heroína social. El Sr. Stoddard, cuyo estilo es de una claridad como la del verano escandinavo, tiene además el cuidado de no recargar la mente de sus lectores con citas abstrusas y autoridades desconocidas. Una de las autoridades que aparecen con más frecuencia apoyando el sentir del autor es el "Literary Digest". Suelen verse también acotaciones sacadas de "Public Opinión" y de periódicos más divulgados que leídos como el "Pall Mall Gazette". Los lectores premurosos de la "Ola de color", al ver citados los diarios y periódicos en cuyas columnas apacientan su sed de saber, y al percatarse de que la obra del señor Stoddard es un trabajo científico, sentirán, sin poder evitarlo, una viva satisfacción al enterarse de que esos centones, en que ellos buscan lo que no tienen tiempo de hallar en la prensa diaria, semanal o mensual, son autoridad científica digna de figurar en obras de sesudos filósofos.

El "Literary Digest", publicación muy útil a las personas sin tiempo para leer, puede apenas ser considerado como una autoridad científica. Es un centón comprimido de cuanto se dice de importancia en la semana, ya sea en pro, ya en contra de una tesis cualquiera, filosófica, política, religiosa o científica. Con el "Literary Digest" a la mano se puede probar todo y no se puede probar nada. Ni hay que argüir en beneficio del semanario la circunstancia de que el autor sólo se refiere a hechos citados allí. Muy a menudo cita opiniones y omite, desde luego, las contrarias que seguramente habría encontrado en el periódico si hubiese querido hallarlas. Y aun es de dudoso valor científico valerse de tales publicaciones para aportar un hecho como prueba de una argumentación cualquiera. El hombre de ciencia va al origen. Nunca hay urgencia de publicar un libro científico, y como se ha dicho recientemente, "nunca es demasiado tarde para publicar nuestro primer libro". Sin embargo, deben perdonársele al Sr. Stoddard sus numerosas citas del "Literary Digest", porque acaso ellas nos libraron de fragmentos pertenecientes a M. Gustave Le Bon, cuyas obras atraen vivamente el gusto y la inteligencia del filósofo americano.

El otro libro que vamos a analizar es obra de un literato verdadero, que no se da aires de hombre de ciencia. Su estilo fascina desde las primeras páginas del libro, cuyo título es también angustioso ("Le crépuscule des nations blanches") y cuyo tema es el mismo que el del señor Stoddard, a quien cita con deferencia. El autor se llama Maurice Muret, es suizo de nación, según las enciclopedias, y redactor actual del "Journal des Débats", veterano de la prensa diaria francesa. El señor Muret, cuya

actividad como crítico internacional le ha hecho conocer fuera de Suiza y Francia, es un escritor muy estimable por su estilo, por la vastísima extensión de sus conocimientos en varias literaturas europeas y acaso también por la intransigencia de algunos de sus puntos de vista y por la manera un poco brusca con que ha querido cerrarles el paso a otros escritores de actividad semejante a la suya.

Así como no es posible leer la obra del Stoddard sin jadear a trechos, la lectura del libro de M. Muret es una verdadera complacencia desde el principio al fin, aunque sostiene casi con los mismos argumentos las ideas del filósofo norteamericano. También se muestra muy satisfecho de su tiempo y de la obra de sus contemporáneos el Sr. Muret. "Nuestra civilización occidental –dice– ha realizado sus hazañas más espléndidas… Podrá consolar su decrepitud pensando en los grandes hechos que señalaron su edad madura… Después de todo lo que el Occidente ha hecho en favor del Norte, del Sur y del Oriente, puede descender a la tumba sin avergonzarse… Si a su fin puede faltarle brillo, el mundo occidental ha conocido momentos divinos". Como se ve, el valiente escritor suizo no es difícil de complacer. El siglo XIX fue la preparación metódica, obstinada, secreta, del certamen de barbarie, ultracivilizada que no ha acabado aún, y el Sr. Muret está ufano de los "momentos divinos" de la preparación. El siglo XIX, en concepto del Sr. Muret, no tiene de qué avergonzarse. Si fuéramos a levantar el velo de la ignominia con que se cubrió el siglo XIX durante su ruidosa existencia, no acabaríamos nunca. Pero basta contemplar los resultados de esa época de conquistas científicas y de incomparable actividad literaria para dictar sentencia sin el más leve reato. La estructura moral del siglo XIX tenía por base una injusticia. Los resultados de esa edificación inconsulta los está palpando el Occidente.

El Sr. Muret y el Sr. Stoddard apelan al buen sentido del hombre blanco para librar a Europa de la invasión y la conquista asiáticas. Y por momentos estos graves autores tienen palabras de una edificante sinceridad. Uno y otro han quedado consternados con el certamen de incultura que se llama la guerra de las Naciones. Uno y otro lamentan que el hombre blanco se haya valido del Japón para humillar a Alemania en el lejano Oriente a tiempo que Alemania les enseñaba a los turcos el modo de vencer a Inglaterra. Los dos autores creen sinceramente que los cincuenta mil obreros chinos que vinieron a Francia durante la guerra, destinados a la reparación de ferrocarriles, se enteraron allí por primera vez de la carcoma que roe el interior de la estructura política europea, como si no hubieran visto esos principios en obra en las ciudades litorales de la China y en el saqueo de Pekín por las Potencias en 1900. Es también de una ingenuidad adorable suponer que los negros de África aprendieron a vencer a los europeos en la Picardía o en la Champagne. Los abisinios la saben

larga a este respecto. Los herederos no vencían, pero supieron hacerse exterminar con dignidad homérica.

Ni Asia ni África necesitaban la experiencia de la guerra para conocer a Europa. Asia la conoce hace ya varios siglos, y en concepto del chino ilustrado la moral y la política europeas son inferiores al desdén. Pasada la sublevación de los boxers apareció un libro de pocas páginas, bellamante escrito, sencillo en la forma, conmovedor en el fondo, que llevaba por título "Cartas de un funcionario chino". Ese folleto, que también es conocido en inglés bajo la denominación de "Letters of John Chinaman", causó gran sensación en Europa y nadie puso en duda por aquellos días sus conclusiones, ni tampoco los hechos en que ellas se fundaban. Con un cuidado supersticioso, el Sr. Stoddard, que cita como hemos visto, de segunda mano, artículos anónimos de diarios más o menos conocidos, se abstiene de mencionar a Lowes Dickinson, internacionalista de saber fundamental y muy respetado como autoridad en los estudios a que se ha dedicado, cuyo es el libro sobre China que tanta sensación causara hace veinticuatro años. Tampoco hace referencia a este trabajo ni a su autor el Sr. Muret, cuya copiosa bibliografía sobre el asunto de que trata no es el menor de los méritos de su libro.

La idea primordial de estos dos autores es que la raza blanca tiene el deber histórico de cerrarles el paso hacia Europa y América a las hordas asiáticas en éxodo pacífico hacia el Occidente. Está, además, obligada a prepararse por cuantos medios tenga a su alcance para defenderse con la fuerza de aquellas tribus el día que, instruidas y disciplinadas militarmente, se echen sobre el mundo cristiano. Esas tribus, dicen Stoddard y Muret, nos respetaban y temían sin admirarnos, ni tener hacia nosotros la más leve simpatía. Pasada la guerra nos han perdido el respeto y el temor se va desvaneciendo. La amenaza es cierta y las probabilidades ominosas. Los dos tienen voz de profetas. El uno parece un orador popular de los que llevan a Hyde Park la caja de jabón sobre la cual exponen las amenazas del destino contra un pueblo que olvida el suyo manifiesto; el otro, colocado en tribuna más alta, en estilo de blanduras y sinuosidades fascinadoras, previene a sus gentes contra el mal irrevocable.

Veamos. La necesidad de vivir en sociedad ha hecho del hombre un sujeto moral. Para existir en sociedad es necesario conocer ciertas normas y obligarse a respetarlas en beneficio propio y de los demás asociados. Del hombre que acepta ciertos principios y acomoda a ellos su actividad, suele decirse que es hombre de carácter. En eso consiste el carácter, en acomodar nuestra vida en todo momento a las normas que nos hayamos fijado. La sociedad repudia a los individuos cuya vida es una continua derogación de los principios porque dicen regir su conducta. El hombre sin carácter,

que hace ostentación de no tenerlo, o se ve obligado a aislarse de la sociedad o acaba por convencerse de que nadie le toma en serio.

La flaqueza fundamental de lo que llaman civilización las Naciones cristianas es su falta de carácter. Han aceptado un decálogo a cuyas prescripciones dicen acomodar su existencia. En ese decálogo hay dos principios cuya sola enunciación hace sonreír a los chinos y a los turcos haciendo la comparación con las costumbres del europeo: "No codiciar los bienes ajenos", dice uno de estos principios, y "no desear la mujer de tu prójimo" es otra norma aceptada por la moral corriente. El respeto con que el occidental ha mirado durante largos siglos estas prescripciones de su código suscita la mofa de los mismos que la quebrantan. En la misma actitud equívoca nos pone el precepto del amor al prójimo. Un episodio de ambulancia ilumina con lóbregos resplandores la diferencia entre el oriental y el europeo en materia de preceptos morales. Una enfermera inglesa amonestaba en el Norte de Francia, durante la guerra, en un hospital de campaña, a un turco mal herido, la gravedad de cuyo estado iba desapareciendo merced al tratamiento de que se le había hecho objeto, y le decía que al recobrar la salud seguramente no mantendría contra sus enemigos el odio frenético de que había dado muestras: "Debemos amar a nuestros enemigos y hacer bien a los que nos aborrecen y persiguen". El turco trató de incorporarse y, con mirada de hombre que ha hallado un argumento supremo para afirmar su carácter, dijo: "Pero es que yo no soy cristiano". Esa palabra odiosa marcaba la superioridad del turco frente a sus enemigos. El no desdecía de sus doctrinas tomando la actitud del hombre que subordina la vida ajena a la satisfacción de sus ambiciones o sentimientos.

El Occidente sabe que la flaqueza de su organismo social y político es esta falta de carácter. Cuando un hombre como Tolstoi levanta la voz de profeta y clama que el origen de todos nuestros males está en que hemos olvidado las enseñanzas de Cristo, el pueblo, las clases ilustradas, el mercader y el operario gritan: "Está loco". Por loco pasa el insuperable artífice de palabra y son locuras sus quejas contra la civilización contemporánea. De otro lado, Nietzsche, otro veedor, otra víctima de la sinceridad ideológica, se levanta en medio de las turbas de filisteos, ufanos con la cultura de su tiempo y llenos de fe en los destinos de su raza, para decirles: "El cristianismo puro ciega las fuentes de la vida. No es posible vivir en este doloso equívoco. Volvamos al concepto de la vida que acariciaron los griegos y los romanos. Seamos héroes. Cambiemos el amor al prójimo por la voluntad de poder". Los sabios, los fariseos, los potentados, gritan a un tiempo que está loco y en esta vez aciertan; la magnitud del equívoco, obrando en naturaleza tan sensible y en una inteligencia tan leal consigo misma, destruyó el equilibrio entre la razón y la vida.

No es la fecundidad de la raza amarilla el enemigo más formidable de Occidente. Antes de que los chinos se hayan organizado como el Japón, Europa habrá sido destruida por el equívoco moral y por la falta de carácter. En muchas ocasiones pudo China apoderarse de Europa, pero el Celeste Imperio ha desdeñado siempre, con razón o sin ella, a ese conglomerado de razas que habita las riberas del Atlántico.

Buenos Aires, domingo 4 de julio de 1926

Waldo Frank en España
"Virgin Spain" por Waldo Frank – Nueva York

No es necesario hablar dos veces de este sabroso libro en que un crítico muy avisado y de vasta y sólida información histórica y literaria nos da sinceramente sus impresiones fugitivas pero meditadas sobre la España del momento. Es verdad que para describir la patria de Valle Inclán y de los hombres del Directorio arranca de los árabes establecidos en el África septentrional y de los primeros documentos literarios de la lengua española. Las ciudades antiguas le atraen con grandes fascinaciones de ideal extinguido: en Córdoba y Granada siente la vida musulmana y la cultura de los árabes; en Toledo sorprende los secretos de la Edad Media y la actividad de la mente israelita; en Sevilla mira con espacio el Renacimiento y la conquista de América; Madrid le muestra a la España moderna con todos sus encantos y sus necesarias limitaciones. En España la mente analítica y a un mismo tiempo generalizadora de Frank ha visto sin asombrarse al Asia, al África, a Europa y especialmente a América. No lo dice en su libro, pero parece que comparte el pensamiento de los que tienen a España por una Nación hispano-americana. Impulsado por el deseo de conocer a América fue a España, y su libro se refiere principalmente a los americanos, quiero decir a los hombres de este Continente.

De los Estados Unidos traen nuestros conterráneos ordinariamente la impresión de lo enorme. No es de extrañar. Suelen pasar allí pocos días entre hispanoamericanos y gentes de otras procedencias que viven bajo la opresión de lo enorme, y suelen ponerse en contacto principalmente con naturales de la comarca, orgullosos siempre de pertenecer a un país, donde todas las cosas son las más largas, las más anchas, las más altas del mundo. El sentido de la desproporción predomina allí sobre esta digna tendencia del tipo pelásgico al orden, a la medida y a la armoniosa disposición de las ideas y las cosas. Predomina, pero no tanto que no haya en los Estados Unidos personas que hayan logrado substraerse a su influjo. Hay en las grandes ciudades como Chicago, Nueva York, Boston, y en las universitarias de pocos habitantes, centros de selección donde se aprecian los altos valores artísticos, donde resuenan las palpitaciones del organismo intelectual europeo con la misma intensidad que en los focos de la gran cultura. Nada está más lejos de estos espíritus que la actitud arrogante y satisfecha de quienes se creen superiores en todo a todo el mundo. Han hecho la comparación de culturas y comprenden lo que puede ganar la suya en el contacto

con la de otros pueblos. En esos centros comprenden la actitud de algunas mentes sudamericanas frente a los Estados Unidos, y aún hay quienes simpatizan con ella, porque poseen la gran virtud cristiana de ponerse en el caso de su antagonista. En rigor, algunos de estos hombres han explicado a sus compatriotas el estado de espíritu sudamericano con mayor penetración y justeza que los mejores expositores de la parte ibérica del Continente.

Waldo Frank pertenece a este grupo de sutiles y generosas inteligencias. Estudia a la América del Sur con apasionado interés y ha llegado, por medio de la simpatía, a penetrar en los recodos espirituales de la gente latina hasta una profundidad rara en nuestros buzos del alma popular. Conoce nuestras virtudes, ha visto nuestras flaquezas, sabe de nuestro pasado y tiene una fe consistente y documentada en nuestro porvenir. Si sus ideas, la independencia de su espíritu y la penetración de su inteligencia fueran comunes en los Estados Unidos, habría ya desaparecido el sentimiento áspero de diversidad que media entre las gentes de cepa sajona y de abolengo ibérico o indígena en esta comarca de promisión idealista.

El libro de Waldo Frank sobre España da testimonio de su capacidad analítica y de su gran penetración como disector de costumbres y anhelos populares. No es posible estar de acuerdo en todos sus asertos con un autor que revuelve las ideas con la serenidad y firmeza del que pone fichas en orden. No es posible aceptar todas las explicaciones, fundadas en la raza y en la historia, que el autor suministra para formular la ecuación del fenómeno español; pero apenas hay libro de los que se han escrito sobre España que contenga tal torrente de ideas y de pensamiento. En un estilo prismático, de una virtud medular, ha concentrado su visión de España de manera cautivadora, en que no faltan las teorías plausibles. Ejemplo sorprendente de su capacidad escudriñadora y analítica es su estudio sobre la mujer española, en el cual hay sin duda observaciones de grande originalidad no exentas de justicia y de sentido vital. Gentes que han vivido largos años en España atraviesan de nuevo los Pirineos o ponen el pie en el barco que ha de llevarlas a lejanas tierras, sin haber podido observar a la mujer española. Un periodista extranjero daba a conocer sus nociones sobre la mujer española con estas palabras: "Deseaba" con gran deseo conocer el alma de la mujer española, sus anhelos, sus simpatías, sus repugnancias; su actitud ante los problemas sociales del momento en que la mujer es el exponente característico de la ecuación. Me presentaron a la mujer de X, mi buen amigo, hombre de mi profesión, en que es sobresaliente por la forma, por el acopio de ideas, por la independencia de su carácter de que dan testimonio sus obras dramáticas, sus ensayos, sus novelas. Su mujer le sigue sin dificultad en sus estudios y posee una inteligencia que la habilita

para seguir el curso de la evolución literaria en cuatro Naciones distintas. Sin embargo, no sirve como ejemplo de la mujer española, porque nació en Suiza y fue educada en Inglaterra. El novelista y crítico está unido a una joven que conoció en los Estados Unidos, de donde es oriunda. El poeta de sensibilidad más rica, más extraña y más honda de la anterior generación ha ligado su vida a una señora, también norteamericana, aunque de origen catalán, que se ocupa en labores literarias con una gran distinción espiritual. Otro curioso removedor de ideas, que sin presumir de haber descubierto el enigma de la vida sacude con elegancia el árbol del bien y del mal, está casado con una alemana no extraña a la fascinación de las ideas. La señora de P., cuyo marido tiene un extenso y luminoso estudio de pintor, donde se reúne la gente de letras y los amantes del arte, viene del Sur de España, pero su educación es netamente británica. Habla con más facilidad que el español el inglés y suele recorrer a Inglaterra dando conferencias en esta lengua. La esposa de mi amigo J. ha recorrido con él todas las Capitales de Europa, y aunque él es madrileño indesarraigable, su mujer es suiza. Un día vi dos mujeres en el hotel más concurrido de Madrid que hablaban de literatura y recitaban versos. Me hice presentar. Eran portuguesas. La una era asidua concurrente a los salones literarios y a los clubs políticos de París. La otra era la mejor poetisa de Europa. La propietaria del piso donde habitaba noble de sangre y de mente venía también del Sur, pero su educación y sus costumbres eran inglesas. Deseoso de ponerme en contacto con el alma de una burguesa característica, hice relación con el vendedor de granos de la esquina de enfrente: su esposa era cubana de nacimiento. Visitando la exposición de pinturas de un artista vasco, fuerte en el color, exacto en la línea, refinado aristócrata de la paleta, conocí a su mujer, una francesa de más alma que cuerpo. Con toda modestia, continúa el viajero, he de decir que no me fue posible estudiar a la verdadera mujer española en varios años de permanencia en España y de viajes por la Península. Frank tuvo mejores medios de información y ha visto de cerca a la madre de la raza para darnos de ella un retrato muy detallado, de graciosos toques, de excelente dibujo y de un colorido encantador. Como en el caso de los retratos de maestros antiguos, los que no conocemos a la mujer española nos detenemos en la hermosa imagen fijada por el viajero norteamericano, estudiamos la complicada expresión de la fisonomía y admiramos al pintor y al retrato. ¿Se parece la duquesa de Milán pintada por Holbein, a la esposa de Francisco Sforza? Tal vez sí, tal vez no, pero la tela es fascinadora y nuestra admiración por el pintor irrevocable.

Ahora importa saber por qué es tan difícil llegarse a la mujer española. El retrato del señor Frank nos da la clave. Pudiera decirse de las españolas, con el verso de un poeta, que vivieron sus vidas aisladas y solas. El movimiento de emancipación que

ha sacudido violentamente (hasta desintegrarla en algunas ocasiones) el alma de la mujer, desde los países del norte de Europa hasta la Turquía y la China, en España se ha hecho sentir apenas. La mujer española está contenta con su antiguo estado y sabe usar de él con inteligencia y discreción, según dicen para influir en la vida general del país. Exteriormente, en la superficie, no se ve la influencia; pero sin duda en el hogar o en los salones de la gente de moda crea el ambiente propicio para llevar su fuerza espiritual a todos los órganos del cuerpo nacional.

El viajero supone, a primera vista, que en España se hacen sentir las condiciones especiales de los países nuevos, donde la inmigración masculina desequilibra la proporción de los sexos como en Australia o el Canadá. Y, sin embargo, es notorio que España suministra un crecido índice de emigración a los países extranjeros de ambos mundos. La mujer española existe, es numerosa o debe de serlo; influye, sin duda, vivamente en la vida nacional; pero no se la ve casi fuera de casa, en donde lleva a cabo obscuramente, pero con grande eficacia, toda su obra de cooperación nacional. Por otra parte, al hombre de preocupaciones intelectuales el medio femenino elegante le está cerrado, por una triste combinación de circunstancias diversas. El joven español de las buenas familias que aspira a casarse bien, a sostener su posición social o a subir a una superior, tiene para ante las letras una repugnancia innata o adquirida, un temor instintivo. La pedantería le quita el ánimo; el trato con los pedantes lo desarticula. Y ocurre además que la definición de pedantería comprende situaciones y estados de espíritu extraños por completo a la petulancia de los que quieren a todo trance ostentar su saber. El señorito bien educado de Madrid lee las crónicas sportivas del diario matinal y acaso las notas sociales. Le interesa la política como hecho, no como doctrina. Acaso lee novelas, tal vez libros de viajes, pero no habla de ellos. Si llega a poseer inclinaciones literarias pone un cuidado violento en mantenerlas ocultas; porque si trascienden, corre el riesgo de ganarse el calificativo de pedante y con estas señas rueda al abismo el joven de la buena sociedad. Siendo esto así, la mujer de mundo, soltera o casada, ha de acomodarse a las limitaciones de la juventud masculina, so pena de incurrir para con los aspirantes en el calificativo de marisabidilla. No es difícil comprender cuan precaria sería la fortuna de la literatura y de sus cultivadores españoles, si no existiera del otro lado del mar un mercado abierto, extensísimo, y un ambiente más propicio a la divulgación, ya que no a la génesis de las ideas.

Se puede vivir en España muchos años como extranjero, sin lograr, no obstante los mejores deseos, formarse una idea clara y documentada del influjo que ejerce la mujer española sobre la vida nacional. Esto no es posible en América. Aun sin venir a la Argentina o a Venezuela, el sudamericano que vive en París, en Londres o en

Madrid, puede adquirir nociones precisas sobre el papel desempeñado por la mujer de estos países en el curso de las ideas a cuyo influjo se ha debido la formación de estas nacionalidades. El hombre de letras, especialmente, sabe pronto que su actividad suscita resistencias o hace nacer simpatías entre las mujeres de su país y de las otras naciones americanas de la misma lengua. La mujer americana influye con tenacidad y conscientemente en la vida de su país; acaso sabe que una cultura extraña a esa influencia es incompleta y necesariamente pasajera.

A juzgar por el talento literario de Frank por esta obra, por su volumen de ensayos titulado "Salvas" y por su análisis del fenómeno americano del Norte habría que clasificarlo entre los escritores a quienes cautiva primera y principalmente la idea. Su mayor preocupación es entender. Parece nacido para mirar con renovada sorpresa el espectáculo del mundo y esforzarse por reducirlo a fórmulas claras. Su complacencia más refinada consiste en hallar explicaciones plausibles de los aspectos vitales. No le basta gozar con el espectáculo fascinador de un pueblo que bulle, se divierte, trabaja en pos de un ideal acaso incomprensible para los que gozan o se afanan. Frank se empeña en fijar los contornos de ese ideal y va más lejos aun: su pasión filosófica le hace buscar todas las razones claras, históricas o de otro género, por las cuales un pueblo como el que ha estado observando habría de tener justamente esos ideales y debería de buscarlos por las rutas escogidas y no por ninguna otra. Es un filósofo determinista, forrado en un místico a quien exaltan los enigmas de la vida. Admite la existencia del misterio; pero aplica toda su inteligencia a explicar lo explicable aun a riesgo de reducir considerablemente el dominio de lo que escapa, a nuestra comprensión.

No retrocede ante ninguna ruta ya transitada o desconocida. Equipado con un vasto acopio de nociones, precisas y de ideas generales, dotado de una curiosidad inextinguible, aspira a comprender todo lo que es asequible a la razón y a poner en evidencia nuestras limitaciones. Aplica el análisis tanto a las excelencias como a las fallas de la Nación a que pertenece. Es superior al prejuicio de las razas. De los norteamericanos de su generación es Frank sin duda, el que se ha acercado a estudiar a los otros americanos que viven al Sur de la gran República más franca, más desapasionadamente, con más vivo sentido de nuestras capacidades y de las diferencias que median entre su pueblo y los nuestros. Tiene el horror de lo enorme. Compadece a los sudamericanos que no ven, viajando por los Estados Unidos, más que los rascacielos, los elevadores expresos, los trenes rápidos, las máquinas de lavar platos, las ediciones dominicales de los grandes diarios, y el volumen del comercio exterior. Pierde la paciencia con los viajeros del Sur que hacen larga demora en los Estados

Unidos y no se enteran de que hay allí un movimiento literario y artístico de grande intensidad, al cual se deben obras tan meritorias como las creaciones de la industria y las especulaciones del comercio. Estas nobles inteligencias a quienes consterna el fanatismo de la "ley seca" y de las restricciones migratorias por razones de "moral turpitude" son escasos en número, pero se hacen sentir. Tiene semanarios y revistas mensuales cuyo nivel intelectual, si fuera el de toda la Nación, pondría a los Estados Unidos tan alto como los pueblos más cultos del globo. Apenas son conocidos en su patria estos hombres que han hecho hablar de sí en todas partes donde es honorable la labor de pensar. Son tenaces. Se atreven temerariamente a tener talento y, aunque pocos, son ellos los que determinan la trayectoria futura de ese gran país y los que más tarde o más temprano vendrán a dirigirlo moralmente. Pueden dejarles a otros la política, la industria y el comercio, no porque carezcan del sentido de la realidad, ni porque predomine en ellos el concepto romántico de la vida, sino porque al revés de la mayor parte de sus contemporáneos comprenden la puerilidad que se contiene en ese deseo impulsivo de enriquecerse a toda costa, así naufraguen persiguiendo esa quimera, nuestra capacidad de entender y los ideales conquistados haciendo uso de ella.

Buenos Aires, domingo 19 de septiembre de 1926

La suerte del libro y del cadáver
Nueva York, agosto de 1926

No era menester que nos lo dijera el profesor Thorpe en su discurso de apertura en el Congreso de Químicos en Londres; no era preciso acudir al peso de su autoridad para saber que los muertos, los libros y los periódicos van a demandar pronto parte del espacio en la costra terrestre destinada por el hombre para hacer su habitación o para producir las cosas necesarias para su abrigo y sustento. Los grandes cementerios son ya insuficientes para recibir el gran número de gentes que abandona esta vida voluntariamente o contra su voluntad o sin saber que la ha abandonado. Las ciudades populosas se desenvuelven con tal rapidez que los cementerios, colocados en un principio fuera del centro de la población, están hoy rodeados de edificios por todos lados y desafían la higiene, la comodidad general y la alegría de vivir. Recorriendo a Londres en cualquiera dirección tropieza el viandante con estas necrópolis inesperadamente, cerca de cantinas, de jardines públicos, de cinematógrafos y colegios.

Antes solía decirse que el chino vivía asediado por las tumbas y por el espectáculo de la muerte. Estaba en lo natural de los sucesos que un pueblo ligado al pasado por su moral y su filosofía de la vida hiciese del culto de la muerte uno de sus diarios espectáculos. No es de sorprender que allí la tumba sea una cosa tan natural y de tan frecuente observación como es entre nosotros los occidentales el aviso luminoso o la orquesta del jazz-band. Pero el occidental no goza con el espectáculo de la muerte. Sus libros de bellas oraciones dicen que este es un valle de lágrimas; pero el día y la noche se pasan en la expectativa o en la realización del placer. Los ingleses, modelo de occidentales, han llegado a señalar como tema proscripto de la buena sociedad el de la muerte. En esto, como en otros muchos aspectos de la vida, el inglés sigue el consejo de que ciertas cosas se hacen en verdad, pero no se dicen. Siguiendo su costumbre tradicional, busca para el fin de la vida nuevas denominaciones para no decir muerte. Está en su naturaleza: emite papel moneda y lo llama "billetes de tesorería", que son distintos del billete de Banco tan sólo en el nombre; establece el imperio de la ley marcial y lo llama "estado de emergencia"; para hablar de la muerte dice "privación" (*bereavement*) y rehúsa hablar de ese tema desagradable. Pero, con todo, la gente continúa muriendo y como algunas sectas cristianas se niegan a aceptar la cremación como una forma digna de cumplir con la séptima obra de misericordia,

los cementerios crecen en número y en superficie, invaden el terreno edificable y, eventualmente, envenenan el aire y entristecen el paisaje.

De su lado el libro, una tentativa humana en busca de inmortalidad, amenaza igualmente con apoderarse de gran parte del espacio destinado por el hombre, en la reducida superficie habitable del planeta, para su mansión y deleite. Tres millones de volúmenes, sin contar los manuscritos, dicen que conserva en sus vastos salones subterráneos la biblioteca del Museo Británico. La mitad de ese número hay en la de Nueva York que lleva el título de "pública" y se cuentan por decenas las que en las grandes ciudades de estos Estados Unidos pasan de los doscientos mil. Al Museo Británico entra diariamente una cantidad tal de libros, folletos, semanarios y publicaciones diarias, que es de confundir el pensar cómo hallan sitio las autoridades para colocar esos engendros de la mente humana al alcance del público. La colección de un solo diario como "The Times" ocupa de por sí el espacio de muchas casas y cada día aumenta el número de los diarios que colecciona sistemáticamente y con paciencia de benedictinos esta generosa y venerable institución. Ya han tenido que sacar fuera de Londres todas las colecciones de diarios con fechas anteriores a 1860. Dentro de poco buscarán refugio en el campo los clásicos griegos y latinos, lugar más adecuado, sin duda, para meditar con Platón, para leer las Geórgicas o para volver a empaparnos en la belleza inmanente de las Metamorfosis. Y llegará el día en que ya no habrá espacio ni en el campo, ni en los bosques para el papel impreso. Las selvas de Suecia y Noruega, aquellos pinos de uno de los cuales echó mano Heine una noche para hacer en el Etna un tizón y escribir luego en el cielo estrellado el nombre de su amada, ceden el tesoro de sus fibras, con paciencia y longanimidad, para que los hombres pongan en negro sobre blanco sus cuitas, sus anhelos, sus grandes dolores, el amor de que han sido víctimas, el odio que los consume, algunas verdades con que han solido tropezar en su peregrinación por el planeta, y muchas necedades e ineptitudes mejor para calladas que para dar a la publicidad. ¿Cuántos libros hay en el Museo Británico cuyas páginas no ha separado aún el cortapapel? ¿Cuántos habrá que leyó su autor solamente antes de llevarlo a ese recinto del saber y han permanecido intactos años, tal vez más de un siglo, sin que el lector curioso eche sobre ellos una mirada compasiva?

Para escribir sobre algunos temas de historia y literatura antigua el autor de nuestros días se duele de no tener a su disposición material suficiente de investigación. El autor del futuro va a quejarse de que los hombres del siglo xx prepararon tal cantidad de datos que será imposible recorrer toda la literatura referente a una cosa tan de poco momento como las reformas fiscales de David Lloyd George. Será un

tormento para el joven empeñado de aquí a cien años en preparar una tesis sobre el voto de las mujeres o sobre el divorcio en el siglo xx, decidir cuáles son las obras que debe leer, los informes oficiales que debe consultar y las estadísticas que ha de recorrer para no correr el peligro de hacer obra incompleta y acaso parcial.

El papel impreso nos inunda; la tinta de imprenta corre caudalosamente sobre las blancas páginas y no se ha contado aún el dinero que se gasta en el transporte de diarios, libros, revistas, que, no van a manos de lector alguno y paran en tiendas de anticuarios o en bibliotecas particulares llenando espacio en los anaqueles en beneficio del buen aspecto del salón. Causa mareo el pensar en el número de novelas que se publican en estos Estados Unidos. De esa avalancha de narraciones y análisis de la vida diaria, uno o dos, en cada año, se elevan sobre la medianía de la producción corriente. De éstas se tiran centenares de miles de ejemplares que van a manos de todos, que permanecen en pequeño número en bibliotecas públicas o privadas, mientras el mayor número desaparece sin saberse a dónde va.

Se dice que los diarios, leídos o sin leer, vuelven a las fábricas de papel y allí sirven para hacer un producto nuevo de distinta calidad. Nadie siente escrúpulo en tirar o destruir un diario; pero nadie se atreve con sangre fría a destruir un libro. Hay un decir que no hay libro tan malo en cuyas páginas no haya algo digno de guardarse. Y cuando el libro no contiene ninguna substancia inmortal, la crítica moderna lo halla interesante como testimonio de la vida mental de un individuo, como síntoma de un estado general de espíritu, como dato para reconstruir un pasajero momento histórico. ¡Cómo deploran hoy los eruditos que se hayan perdido obras de las cuales tan sólo hay memoria por las alusiones que a ellos han hecho algunos contemporáneos de sus autores! E1 siglo tiene la superstición del libro. Quien destruye el ejemplar de una obra cualquiera es tenido por salvaje, si lo hace impremeditadamente, por fanático o necio si ha pretendido eliminar con eso las ideas contenidas en el libro. Pero en rigor hay muchos libros que no merecen ocupar espacio ni en la mente de la posteridad si en los anaqueles de las bibliotecas. Se publican muchos insignificantes que ni siquiera son malos. No se sabe por qué razones ocultas sea preciso conservarlos. Una de las razones por las cuales no desaparecen algunos libros insignificantes es porque nadie los ha leído.

El horror que nos causa la desaparición de un libro tiene origen, sin duda, en una valoración mística de su objeto y sus fines; pero un libro no es más que una conversación o, mejor dicho, un soliloquio a que se entrega uno de los interlocutores. Nada hay tan agradable como escuchar a un maestro de la conversación y, sin embargo,

ninguno de sus oyentes se consterna con la idea de que cuanto dijo el ameno decidor va a perderse, al cabo de pocos días, en la niebla bulliciosa de la vida civil.

Con el tiempo vendrá un Jurado universal como la Liga de Naciones a señalar los libros que deben conservarse y los que se deben eliminar definitivamente para dejarles sitio a otros mejores. Pero ¡qué problemas tan graves va a resolver ese Jurado! Hasta hoy las obras de Alejandro Dumas, padre, no figuran en la historia de la literatura francesa. No son historia, no son literatura, no están escritas en francés, según algunos, y carecen en absoluto de toda visión del alma humana. Esos libros se reeditan en todas las lenguas y el público de todas las Naciones halla en ellos su deleite. ¿Qué haría con ellos el Jurado? Me tiene sin cuidado que se pierdan y desaparezcan "Monte Cristo", "Los Tres Mosqueteros", "Ángel Pitou" y toda la biblioteca que fabricó Dumas en su taller como se fabrica ropa de confección en las grandes usinas del día: pero muchas gentes se divierten con esa lectura. ¿Hay derecho de privarlas de ase placer? Alejandro Dumas escribió un libro sobre el sitio de Montevideo, en mal francés, con un conocimiento fragmentario de los sucesos y con la manifiesta intención de hacer inclinar el ánimo del lector en determinado sentido político. Si antes de conocer ese libro, por favor especial del Sr. Enrique Larreta que removió el fondo de las librerías de viejo en París para obtenerlo me hubiesen dicho que el libro había sido destruido voluntariamente, de seguro habría deplorado esa obra de exterminio como una disminución de la mente humana. Habiéndolo leído no es monstruoso tener otra opinión.

No habrá inteligencias suficientemente valerosas para ordenar la eliminación de libro alguno. Los augurios del profesor Thorpe están justificados. Vamos a morir sumergidos en la ola del papel impreso; pero si escapamos de este desastre moriremos de frío a la larga, si antes no sale de madre el mar y nos sumerge con todos los libros, sin exceptuar los del profesor Thorpe.

Buenos Aires, domingo 26 de septiembre de 1926

Impresiones fugitivas
Jamaica, agosto de 1926

Mientras más larga es la residencia del extranjero en un país cualquiera, más difícil le resulta escribir sobre él. La costumbre suaviza los contornos, hace desaparecer los tintes vivos y mezcla en la retina unos colores con otros, según quisieron hacerlo a su tiempo los pintores neoimpresionistas. De su corta estada en las Indias Occidentales dio Lafcadio Hearn cuenta en artículos deliciosos con los cuales sentó plaza de escritor de primer orden en la lengua inglesa. Todo el prestigio de la naturaleza tropical y del paisaje isleño estaba en esas descripciones rápidas, en que el hombre y su ambiente surgían como por encanto con la hechicería del estilo y de la novedad. Al cabo de trece o catorce años de residencia en el Japón, donde se había naturalizado, convertido a la religión del Imperio y formado hogar japonés, como catedrático de lengua y literatura inglesas en la Universidad de Tokio, escribió un libro sobre su nueva patria, cuyo solo título, "Una tentativa de interpretación", señala lo borroso de las ideas del autor sobre el Extremo Oriente, en los últimos años de su vida. El libro es un precioso documento literario, no por lo que enseña sobre los hombres, las ideas y la vida japonesa, sino por la intensidad del esfuerzo que revela el autor en la empresa de fijar una substancia que escapa a todos sus reactivos intelectuales: el alma japonesa. Por eso André Bellessort, que conoció la tragedia literaria de Lafcadio Hearn aconseja en su bello y superficial estudio sobre el Japón no parar mucho tiempo en la ciudad cuyos aspectos deseamos hacer conocer por escrito a los que no han vivido en ella.

En 1911, en el otoño, hice en los Estados Unidos una excursión, de dos semanas, viví en la casa de campo de un buen amigo, en cuya discreta compañía fui a ver el Niágara, recorrí la ribera de los grandes lagos, visité las fábricas de automóviles en Detroit, volví a Nueva York y por Filadelfia fui a conocer la belleza tranquila, silenciosa y peculiar de la Capital política norteamericana. Me quedó en los sentidos la impresión de lo enorme y heterogéneo. El paso por las estrechas calles del barrio comercial de Nueva York, entre los edificios que se acercan a las nubes, me hizo pensar en esos días obscuros de noviembre que visitaba enormes cavernas. Del bullicio de Nueva York a la serenidad de las riberas lacustres en tierras del Canadá había una diferencia tan grande como la que se percibe entre las tumultuosas avenidas de Chicago y la encantada placidez de las amplias arterias centrales de Washington. Pero esa impresión se había desvanecido no sin dejar una imagen de un mundo moral inaccesible.

Al volver a Nueva York, catorce años más tarde, con un acopio de lecturas y meditaciones sobre tan extraña nacionalidad, he querido recorrer la mayor parte de la ciudad, visitar sus bibliotecas y museos, trabar conversación con gentes de diferentes gremios, vivir en los grandes hoteles y curiosear en las librerías nacionales e internacionales. Comparando las dos impresiones, el Nueva York material me ha parecido más deforme y el Nueva York moral e intelectual más humano. El barrio de los rascacielos, contemplado desde lo alto y de lejos, da la sensación de la grandeza, pero no de la magnificencia. Un avisado arquitecto de Buenos Aires, que no ha visitado Nueva York, ni a Chicago, afirma que el fundamento de la belleza arquitectónica es la utilidad y que correspondiendo los altos edificios de la ciudad baja en la gran metrópoli norteamericana a una necesidad demográfica, esas torres, esas series de pisos superpuestos sin la más leve preocupación de hacer obra hermosa, tienen la belleza de la utilidad. Razonamiento fácil de destruir, porque si una razón de higiene forzase a los habitantes de esta ciudad a ir aglomerando extramuros en varios montones la basura de las calles y casas hasta formar con ella colinas tan altas como los rascacielos, nadie diría que esos oteros de artificio fuesen modelos de belleza. Las grandes fábricas de Broadway y Wall Street vistas de lejos parecen una superposición de fardos. Hay muchos fardos; el conjunto es grande. Sin embargo, la impresión de magnificencia, inseparable de un edificio de tamañas proporciones dirigido por una inteligencia dotada del sentido del arte, debía producirse necesariamente. No se percibe, porque falta la inspiración artística. Mirando estas enormes construcciones y analizándolas con el criterio de belleza, fundado en la utilidad, viene a desaparecer hasta la impresión de grandeza. El análisis nos pone de presente una serie de pisos, atestados de mercaderías, o de libros de cuentas, o de estantes llenos de fichas, o de mesas cargadas de códigos, de catálogos, de muestras, y, entre unos muebles y otros, mecanógrafas empeñadas en transportar al recinto de las oficinas el ruido de la calle, perturbador de la razón y enemigo del pensamiento humano.

El criterio utilitario de belleza queda destruido en Nueva York con la contemplación de un solo espectáculo. A lo largo de avenidas populosas se ha construido el ferrocarril elevado para atender a las exigencias de un tráfico vertiginoso. Las avenidas por donde pasa y las calles que cruza no son un modelo de belleza arquitectónica; pero el cielo diáfano de Nueva York en los días límpidos del invierno y del verano, la 1uz fosforescente de su atmósfera, contribuiría a embellecer edificios construidos, sin duda, con el solo objeto de hacer producir cierto interés a un capital determinado. Las columnas de acero del ferrocarril elevado, los durmientes de madera, los rieles y, sobre todo, las jaulas de leones que con el nombre de estaciones han edificado de

trecho en trecho para alivio de caminantes, obscurecen el espacio, imparten la noción de sordidez y desaseo y afean, no solamente la calle, sino el espíritu del transeúnte y la vida de la comunidad. En las estaciones el acero desnudo y roñoso, la madera sin barniz, las escaleras empinadas y sin sombra de adorno hacen pensar en la miseria de las edades primitivas.

La siguiente anécdota revela el estado de espíritu que puede crear en ánimos desprevenidos la visión de lo enorme. Una señora sudamericana vino a visitar en Nueva York a un hijo, antiguo residente de la metrópoli y admirador de su genio y de sus grandes progresos. Él quiso, desde el primer día, darle a su madre la sensación de la grandeza, llevándola a algún espectáculo nocturno. Como la señora no sabía inglés desechó la idea de los teatros y revistas, y como no parecía muy afecta a las escenas de la pantalla fue eliminando el cinematógrafo de los espectáculos posibles. Pero había un circo en que se anunciaban maravillosos espectáculos. La señora fue a verlo. El último y más interesante con que el hijo afectuoso pensó deslumbrar a su madre fue una marcha de elefantes. Salió uno e hizo a su modo, reverencia a los concurrentes; salió el segundo, vino un tercero, cuarto y así hasta reunir cincuenta proboscidios, unos de un sexo, otros de otro. La multitud estalló en alaridos de entusiasmo cuando entró al circo el quincuagésimo cautivo de las selvas asiáticas. El hijo, contagiado del entusiasmo multitudinario, le preguntó a la señora: "¿Cuál es tu impresión respecto al espectáculo?" y ella respondió: "Muchos, demasiados elefantes. No había visto jamás este cuadrúpedo. El primero causa sorpresa, el segundo y tercero inspiran curiosidad. Cuando hay cincuenta todo interés desaparece, porque surge la idea de rebaño. Cincuenta elefantes es como cincuenta caballos o cincuenta cabras; la sensación de grandeza y de cosa extraña desaparece. Tal puede decirse de los edificios altos de Nueva York. Son rebaño. Desapareciendo la sensación de extrañeza, prevalece, como en el caso de los elefantes, la de fealdad; pero el elefante "sia detto con sopportazione" no es tan horrible como el Iron Flat Building.

Los contornos de la ciudad, donde la naturaleza predomina sobre la mano del hombre, el aspecto de la bahía bañada por la luz estival de un cielo transparente, en que parecen percibirse las vibraciones del éter, tienen un encanto irresistible. La orilla del río (River Side), frente a Long Island, no han podido afearla las series de edificios de diez a doce pisos, decorados a la manera alemana moderna. La placidez del sitio, la majestad del río, el verde sereno, las pequeñas colinas que cierran y embellecen el horizonte, no ha sido posible afearlos con la monotonía interminable de las construcciones. De trecho en trecho la calle se abre y da lugar a un jardín en donde el alma vuelve a respirar aire de ensueño y a sentirse capaz de contemplar las cosas

bajo el aspecto de eternidad. Porque parece extraño; pero es la verdad: esos grandes edificios que aspiran a perderse en el cielo no dan la sensación de permanencia. Sus líneas rectas, las secciones cuadrangulares de una monotonía y una desnudez excesivas producen principalmente la impresión de lo transitorio. El observador se dice: "Hace quince años Singer era la torre más alta. Era la época en que la mujer ponía sus manos sobre una máquina de coser. Eran los días en que la máquina obedecía al hombre y era un objeto extraño y exterior. Hoy Woolworth hace ver a Singer como un pigmeo. Estamos en la época pronosticada por Butler y analizada agudamente por el Sr. Cancela, en que el hombre ha venido a ser pieza consciente o inconsciente de la máquina, señora y maestra de las gentes. Dentro de poco un monstruo de fealdad enternecedora rasgará el cielo en alturas superiores al ápice de la torre de Woolworth, y los viandantes que alcen los ojos al cielo sentirán, con el vértigo del vacío, la impresión de lo transitorio de los destinos humanos".

Buenos Aires, domingo 14 de noviembre de 1926

Estandardización
Nueva York, octubre de 1926

La palabra es más fea que la noción representada por ella. No teniendo en castellano la idea o habiéndola recibido hecha y derecha de una civilización extraña hemos tenido que conformarnos con la palabra de que se sirven los norteamericanos para expresar aquel concepto. "Estandardización" es vocablo de origen equívoco, algunos la hacen proceder de "étendard", otros del gótico "stand", pero como la palabra fundamental ha cambiado de sentido al pasar a la lengua inglesa, en su forma actual se separa por completo de su abolengo. Si se hubiera de crear en español una palabra netamente latina para expresar la noción representada por "standardization" en inglés, podría usarse "permodelación" o alguna que se le pareciese. La noción es ésta: reducir todos los aspectos de la vida práctica a un número determinado de patrones, para hacer más fácil y menos costosa la producción de los artículos de comercio destinados al uso del género humano. En los momentos actuales, en un país como Estados Unidos, poblado por 110 millones de habitantes, la producción en masa es la condición primordial de toda industria viable. Es necesario reducir la manufactura de zapatos, de coches de ferrocarril, de casas para obreros o gente de poca renta, a un número muy reducido de tipos para abaratar el precio del artículo. Edison inventó hace algunos años un ingenioso recurso para hacer casas de cemento por medio de moldes, con una gran rapidez. Se colocaban los moldes sobre el cimiento preparado para la casa, se vertía en los moldes cemento humedecido y después de haberlos llenado de esta substancia se dejaba secar el contenido. Al cabo de horas se destornillaban y se retiraban los moldes, con lo cual quedaba la casa plantada en estado de que le pusieran las puertas y ventanas y le trajesen los muebles. El procedimiento no da resultado sino cuando hay una gran demanda de casas exactamente iguales a las dimensiones del molde. Hacer un molde para cada casa resultaría ruinoso.

Pues bien, la estandardización o permodelación es el fundamento de la grandeza material de los Estados Unidos. La producción en masa hace posible la fabricación baratísima del artículo para ponerlo a la disposición del mayor número de consumidores. Pensaba en estas cosas al llegar a mi cuarto del Hotel P. S. situado en el corazón de Nueva York, asilo cómodo de los forasteros que vienen tan sólo por unos pocos días a la metrópoli norteamericana. Una agencia cualquiera había sabido de mi llegada y mandado a un mozo con la determinada intención de hacerme comprar

una cierta cantidad de objetos muy interesantes de los cuales no tenía yo necesidad. Este hombre iba presentando el objeto o su fotografía y detallando con mucha ternura y de memoria las propiedades conveniencias de los objetos producidos por la industria americana, en cuya distribución se ocupaba la casa de que él era dependiente. Hablaba de memoria con gran claridad y precisión. No era necesario conocer a fondo el inglés para comprenderle. Usaba palabras muy favorecidas por el habla ordinaria. Aun sin conocer uno el idioma de que él se valía, era fácil comprenderle, por la eficacia del gesto con que acompañaba sus explicaciones verbales. Mientras explicaba las maravillosas propiedades de los artefactos ofrecidos por sus patrones, yo le miraba atentamente.

Era un hombre feo, de tamaño menor que mediano. Sería como de veintiséis años. El color del rostro pálido y sin brillo indicaba origen celta o latino y, seguramente, inadecuada alimentación y vida en habitaciones mal ventiladas. Cabello ralo y negro, ojos verdes, nariz pequeña y un tanto alzada hacia el extremo como si quisiera acercarse a la frente; mandíbulas prominentes, labios de tortuga, completaban la fisonomía de mi hombre. El vestido era nuevo, pulcro; pero, visiblemente, más grande en partes y en partes más pequeño que su diligente poseedor. En la americana era de notar que si abotonaba los dos botones del frente a poco andar la mayor parte de esa prenda del vestido se le había encaramado al pecho; si los dejaba sueltos caía el talle más abajo de lo que puede caer en el vestido más actual de las mujeres elegantes. Las mangas eran un poco más largas de lo necesario y la costura que las une al cuerpo de esa prenda del vestido quedaba más abajo del hombro, si bien un poco más arriba del codo. Las botas eran más pequeñas que los pies de su dueño; pero una labor constante de perambulaciones urbanas, subiendo a los tranvías, bajando a los subterráneos, evitando el choque con los ómnibus y los automóviles, habían logrado deformarlos hasta hacer que se acomodaran a las dimensiones naturales del pie. Lo que este hombre ha debido sufrir en los primeros días de contacto con ese calzado es indecible. El cuello de la camisa excedía las dimensiones naturales del de mi huésped momentáneo, y debajo del tafilete del sombrero se echaban de ver algunos papeles doblados.

Mi silencio y mi actitud de observación parece que enervaron al hombre, porque no sin signos de mal humor empezó e recoger sus muestras, grabados y fotografías para meterlos en una pequeña maleta que llevaba consigo. Antes de que se ejercitara, y como para desagraviarle, le dije "Ninguna de esas cosas me sirve; unas las tengo ya en uso, otras no me hacen falta", y, poniéndole un dólar en la mano le hice saber que quisiera hacerle unas preguntas. "Estoy a su disposición", me dijo. Yo quería saber

si trabajaba a sueldo o si le pagaban una comisión sobre las ventas o si su contrato contenía ambas condiciones, y además qué género de vida llevaban las personas de ocupación semejante a la suya: "Nos pagan", dijo "un sueldo miserable, con el cual no podríamos vivir y nos conceden una comisión en el monto de las ventas. Pero la vida es triste y difícil, sobre todo para el individuo que, como yo, no está dentro de las proporciones de la mayoría de la población". Vio en mis ojos, sin duda, la expresión de vaciedad con que significamos el no haber comprendido y añadió, después de una pausa: "todo en este país está estandardizado".

"Yo he visto que usted se ha fijado con detenimiento de recién llegado en mis prendas de vestido y les ha hallado fallas. Soy una víctima de la estandardización. Mi estatura, el grueso de mi cuerpo; la circunferencia del cuello, el tamaño de la cabeza y de los pies no caen dentro de las medidas industriales, o sea de los 'standars' usados por los grandes manufactureros. El cuello postizo de quince pulgadas me viene grande, el de catorce y media me oprime hasta hacer difícil la respiración. No fabrican números intermedios entre el entero y la mitad siguiente. Cosa igual acaece con el calzado; tengo que martirizar mis pies con un número menor que mi tamaño porque el numero siguiente que ofrece el mercado me hace aparecer como si anduviese sobre dos ataúdes". Calló por unos instantes. Se miró el vestido, contempló el sombrero y creyó que esa mirada, valía más que nuevos argumentos. Observé que podía mandar hacer su ropa sobre medida. Con un suspiro que parecía un sollozo, repuso en tono doliente: "Si no fuera que está usted recién llegado y que según la lista del hotel es usted sudamericano, diría que se burla usted de mí. Pero los sudamericanos carecen del sentido del humor. Oiga usted, añadió con actitudes pedagógicas; Nueva York tiene, según dicen, siete millones de habitantes, divididos en dos categorías, los diez mil de arriba y la demás gente. Entre los diez mil de arriba se distinguen los felices cuatrocientos (*the happy four hundred*) que se ocupan en divertirse, ymatar el tiempo, mientras sus iguales en fortuna que han hecho del negocio un régimen de vida o una religión, explotan a la masa inerte en formas, que son irrisorias y trágicas, según el lado de donde se las considere. Entre la demás gente están los explotados sin misericordia y los sumergidos, entre los cuales me veo obligado yencontrarme por ahora. La estandardización de la industria para los artículos de primera necesidad se ha hecho en beneficio de los explotados y aun de los sumergidos. Si el hombre nace y crece dentro de las medidas usadas por la industria en la producción de cosas necesarias para la vida, no puede negarse que, a pesar de la explotación inclemente de que le hacen objeto, puede pasar por este valle de lágrimas con un gesto decente. Como no coincida su estatura con aquellos modelos el sumergido o explotado recorre el via-

crucis de la existencia, batiendo una mueca triste y ridícula. Los diez mil de arriba y los cuatrocientos bienaventurados se mandan a hacer las cosas a su medida y según sus inclinaciones. Tal inclinación esta fuera de nuestros anhelos y de nuestros medios. Sin duda, pensando en esto, las gentes que nos gobiernan han resuelto estandardizar la raza. De aquí a tres o cuatro generaciones la población de estos Estados Unidos habrá sido estandardizada. Habremos desaparecido los hombres de excepción, por la figura, por la inteligencia, por el carácter. Yo soy hijo de español e irlandesa, pero la madre de mi madre era de origen eslavo, al paso que el español, mi padre, procedía de judíos alemanes, por el lado de su abuela materna. No he querido ir más allá en la investigación de mis orígenes. Todos estos elementos están proscriptos hoy de la gran República Norteamericana. Un cierto número de dilettanti, cuyas nociones de antropología proceden de los libros de Herbert G. Wells, han resuelto que el tipo ideal de ciudadano en la patria de Lincoln, de Van Buren y de Roosevelt es un sujeto proveniente de las razas cuyo habitáculo es el Norte de Alemania y de Inglaterra, todo el suelo de Holanda y de los países escandinavos. Según estos hombres de ciencia, adquirida en el hall de los grandes hoteles y en los salones de algún Pullmán, con tales elementos étnicos se ha formado el tipo ideal de carácter, de figura, de inteligencia fundamentalmente norteamericano. Fuera de esos linajes no hay salvación. Es verdad que hoy el tipo celta, el románico, el eslavo, el alemán del Sur, el griego, el sirio, el israelita son, en conjunto, más numerosos que el "estándar" racial a que aspiran los legisladores, aconsejados por el autor de "Anticipaciones", pero la voluntad es sumergir aquellos elementos y hacerlos desaparecer poco a poco. De esta manera se creará un tipo uniforme de raza, para cuyas unidades se pueden fabricar zapatos iguales; sombreros de una o dos medidas; cuellos de tamaños uniformes, sin numeraciones intermedias; drogas especialmente dosificadas; libros de oraciones y novelas morales al alcance de todos, películas de cinematógrafo destinadas al aplauso general; textos de enseñanza insuperablemente monótonos; magazines ilustrados, en los cuales no haya una sola palabra cuyo sentido escape a la comprensión del hombre estandardizado; viejos sistemas de filosofía política; religiones de nuevo cuño y cerveza con medio por ciento de alcohol para cabezas necesariamente débiles. Tres grandes poderes se ocupan en hacer posible esta igualación amenazante: la escuela, la iglesia, la prensa, auxiliadas por la radio y el cinematógrafo. Anticipadamente me asalta una dificultad, me ocurre un solo vacío en la serie de mis sencillos razonamientos. Si todos los ciudadanos son libres e iguales en carácter, en fuerza muscular, en salud, en inteligencia, todos querrían ser explotadores o 'estandardizantes', o serían todos explotados, según modelos únicos y la sociedad quedaría incompleta. Ya los filósofos

y profesores encargados de preparar el porvenir han formulado en pocas palabras el carácter distintivo del hombre ideal de estos Estados Unidos y han demostrado históricamente y por medio de la antropología que ese carácter es el resultado de la mezcla de razas antedicha. A todas las demás variedades europeas y asiáticas de la especie humana se le va cerrando la entrada. Unos sabios tienen fe ciega en la eficacia del procedimiento, otros de origen eslavo y latino (los hay en gran número) expresan sus dudas y temen que la ciencia eugénica, aplicada en esta forma, va a hacer aparecer a estos Estados Unidos, ante las otras Naciones más liberales y menos satisfechas de sí mismas, como aparezco yo, con este vestido, ante las gentes que se visten en Londres o en Buenos Aires".

Volvió mi huésped a tomar su maleta, recibió un cigarro que le ofrecí calladamente, y, saliendo, me preguntó si habla leído las novelas científicas de Herbert Wells, especialmente aquella que lleva por título "Croquis de la Historia del Mundo". Evidentemente el vendedor ambulante no era sudamericano. Tenía el sentido del humor. Posteriormente he sabido que ocupaba un buen empleo en la educación de la Juventud y que lo perdió a causa de que sus orígenes no garantizaban un ciento por ciento de americanismo. De otro lado sus ideas eran demasiado libres para ser puestas en circulación desde la segunda enseñanza.

Buenos Aires, domingo 21 de noviembre de 1926

La gente y el aspecto de Nueva York
Kingston (Jamaica), agosto de 1926

Quédame aún fresca en la memoria la visión de aquella ciudad estruendosa, enorme, convulsiva en su actividad y extraña en su manera de comprender la vida. La dificultad de apreciar sus aspectos espirituales no depende seguramente de la ciudad sino de las numerosas limitaciones del observador, pero el esfuerzo de éste por comprenderla acaso sirva a los lectores para hallar el hilo conductor por medio del cual puede llegarse al corazón de la villa imperial.

"Main Street", como si dijéramos la "Calle Real", es el título de una novela reciente cuyo autor parece haber penetrado con ésta y con "Babitt" en el corazón de la gente norteamericana residente en las aldeas y pequeñas ciudades de los Estados Unidos. En "Main Street", libro formidable y agudo como un puñal del siglo xv, hay una escena de maravilloso efecto, introducida por el autor con el objeto de sacar de ella todo el partido posible, así del punto de vista descriptivo como del psicológico. Dos mujeres, una recién casada, de educación universitaria, amiga de los libros en cuya compañía ha vivido, como bibliotecaria de un instituto cultural de San Pablo, hasta celebrar su enlace con un médico rural, y una mucama sueca, hija de la pradera, donde ha pasado toda su vida, sin conocer más gente que la de su corta familia y sin haber tenido contacto con más seres extraños que las vacas y los árboles de la campiña, llegan a un mismo tiempo a Gopher Prairie, el nombre imaginario y simbólico de la aldea donde ha querido poner Sinclair Lewis el escenario de su novela. Para la mujer culta que procede de San Pablo (Saint Paul) Gopher Prairie es el compendio de la fealdad, la sordidez, la estrechez de espíritu y la miseria moral. Siente en el corazón, al recordar lo que ha dejado y compararlo con la vida que se le espera en aquel lugar, la presión del destino amenazante y cruel. La mucama hiperbórea sabe que en Gopher Prairie hay un grande almacén, una sala de espectáculos con cinematógrafo y música, un paseo donde se ven automóviles y hombres y mujeres como ella con los cuales puede conversar. El espectáculo de las mujeres que se visten según los últimos figurines y de provincianos empeñados en parecerse a los señoritos de Nueva York, le fascina y le augura momentos de felicidad completa. Gopher Prairie no es ni una aldea miserable ni una ciudad suntuosa: es lo uno y lo otro a un mismo tiempo, según la persona que la esté observando.

Al llegar a Nueva York, procedente de Buenos Aires, surgió en mi mente la pregunta: ¿De dónde vienes, de Saint Paul o de la pradera desolada? ¿Nueva York es el compendio de tus aspiraciones o la "consonancia de una desolación incomparable?" ¿Eres tú la señora de resabios universitarios o la mucama sueca libre de prejuicios culturales y dispuesta a recibir en tumulto las impresiones de una vida nueva?

La impresión inicial ante el espectáculo de la vida neoyorquina es, para el recién llegado desconcertante y absurda. El ruido, la precipitación en las pulsaciones de la vida, el color excesivo, lo desproporcionado de los edificios, la manera de exhibir las cosas materiales y morales que están de venta, nos mueve a cerrar por instantes los ojos de la cara y los del espíritu para orientarnos en este nuevo ambiente de horizontes variables, estrechos y confusos de un lado, inmensurables y profundos de otro. Para el hombre de sensibilidad mediana y de mente imparcial, capaz de polarizarse y ponerse en el punto de vista de la mucama y de la universitaria, Nueva York es un Saint Paul muy grande, sin dejar por eso de parecerse a Gopher Prairie. En otros términos, Gopher Prairie es el "Pago Chico", de Roberto Payró, y ya sabemos que basta ensanchar un poco la aldea del sagaz costumbrista para dar con ciudades más grandes. Ingenuamente he de decir que al llegar a Nueva York, en un claro día de verano, desde Buenos Aires; al llegar al hall del Hotel Pennsylvania y verme envuelto en el torrente de "compradores" en busca de cuarto para pasar unos días en los Estados Unidos, mi estado de espíritu, volviendo las miradas espirituales hacia la Capital del Sur, se parecía claramente a la de la joven universitaria en presencia de la aldea pretenciosa, aislada en las praderas de Minnesota. El estrépito general, la precipitación inconsciente de todo el mundo; la notoria falta de gusto y de distinción, un aire general de cansancio mental a pesar de la rapidez chocante del movimiento material, los empujones, el gangueo, la temperatura líbica, el aire de suficiencia con que los empleados del hotel reciben al extranjero y, sobre todo, el recuerdo de que yo estaba allí por una graciosa condescendencia del Gobierno norteamericano que me había permitido entrar a la gran ciudad por unos pocos días, con la amenaza de tener que salir pasado cierto tiempo, después de pagar una multa o impuesto, por haber excedido el límite del permiso, me ponían en un estado de alma semejante al de la joven universitaria en presencia de Gopher Prairie. Pero hay más aun. Gopher Prairie era una aldea característicamente novelera y hospitalaria. Al hombre de las grandes ciudades, al aldeano procedente de otras comarcas, al joven extranjero que llega en busca de trabajo la sociedad gopheviana le recibe no sin curiosidad y con mancada benevolencia. Las autoridades del puerto de Nueva York se encargan de hacerle sentir al visitante que él es un extranjero (la palabra que usan es más irri-

tante y quiere decir "ajeno"), después de que las autoridades consulares, distribuidas por el Gobierno de la Unión en todas las ciudades importantes del mundo, les han hecho saber a los viajeros suficientemente curiosos para experimentar la necesidad de conocer a los Estados Unidos que ese país no quiere extranjeros y que los que allí se dirijan por mera curiosidad encontrarán un medio espiritual inhospitalario, donde su presencia es tolerada cristianamente. Se pensaba que el americano de origen español no era una excepción en este sentimiento; pero los senadores Borah y Johnson, voceros y representantes de la masa norteamericana más voluminosa y más altamente articulada, van a empeñar sus claras dotes oratorias en poner dificultades a la entrada de los sudamericanos a los Estados Unidos, equiparándolos al chino, al turco, al japonés. No se sabe si se quiere hacernos un cumplimiento o una injuria.

En la primera excursión por las calles de Nueva York el viajero procedente de Buenos Aires siente, sin poder evitarlo, la falta de proporción. En las edificaciones no se ha seguido, como en las ciudades latinas, un plan armónico en que lo irregular disuene. La tendencia en Nueva York es exceder al vecino, hacer algo que eclipse lo que esté al lado, no por su belleza o magnificencia, sino por su altura o a lo menos por su extensión o por la extravagancia del adorno y del color.

El pueblo carece de la noción de belleza en la arquitectura urbana. Lo bello le deja indiferente; prefiere lo enorme. Lo feo, lo sórdido, lo desproporcionado y repugnante pasa inadvertido ante sus miradas afanosas. La Avenida Colón (Columbus Avenue) daría en la claridad estupenda de algunos días estivales la impresión de una magnífica perspectiva urbana, si el ferrocarril elevado no la hubiese convertido en un espectáculo horrible hasta mover en el espectador el sentimiento de la ternura. Figúrese el lector una selva de columnas de acero roñoso, sobre las cuales no pasó nunca ni el barniz ni el aceite, ni siquiera la mano distraída de un benefactor de la especie humana con una toalla húmeda en la mano. La selva adamantina se prolonga por kilómetros ocupando la cuarta parte de la calle. Al que va por la acera donde han levantado este lamentable género de transporte, los durmientes de madera en bruto, los rieles cubiertos de óxido, la baranda metálica tan abandonada y sucia como los rieles y las columnas le ocultan la magnificencia de la bóveda celeste; al que pasa por la acera opuesta el aparato de la vía aérea, guardada por una baranda de acero también y tan descuidada como el resto de esa sencilla estructura, le impiden ver los edificios del otro lado. De trecho en trecho, en las esquinas, se alzan escaleras primitivas en busca de la estructura superior. Estas escaleras son también metálicas y roñosas, de una fealdad malsana, y sirven de consonancia a las verdaderas estaciones colocadas

al nivel de la vía superior. Todo es en ella sórdido y metálico, frío como el miedo, y triste como un presentimiento.

Ni es la Avenida de Colón la única deformada y empecida por el ferrocarril elevado. Otras calles y avenidas, algunos sitios urbanos que darían impresión agradable si no hermosa, como el cruce de Broadway con la Avenida Sexta, son obscuros al medio día y lastiman la pobre estética de los edificios que aspiran a la belleza tratando de hender las nubes. Si es verdad, como afirma Anatole France, que la contemplación de lo feo predispone al crimen, no es de sorprender que en Nueva York la criminalidad haya llegado a convertirse en un arte para algunos y en un espectáculo divertido para otros.

Moralmente la apariencia exterior de Nueva York inspira reflexiones igualmente desoladoras. Madrid es una ciudad lastimosamente organizada, pero alegre. El desorden es tolerable porque no va acompañado de la fealdad, y el madrileño goza de la vida recibiendo los rayos de un sol benigno y bañándose en la luz más diáfana y refocilante del suelo europeo. Fatigado de sus ocho o diez horas de labor, descansa la vista y el espíritu en la contemplación de algunas perspectivas urbanas verdaderamente insuperables. El inglés de Londres no es alegre, pero es serio, circunspecto, civil. Su cara no da muestras de alegría ni de tristeza. De los ingleses han dicho los franceses que "ils prennent leurs plaisirs très seriésenment". Podría agregarse que aceptan los descalabros de la suerte, o las rudas pruebas del destino, con mucha compostura. De modo que para el extranjero el hombre de las Islas Británicas no es triste ni alegre. Es, como dijo Barrès, de San Ignacio de Loyola: "un hombre froid et poli, et sans le paraitre très circonspect". Buenos Aires es austera en la apariencia y alegre en el fondo. El hombre que pasa solicitado por la tarea cotidiana, la señora que luce su traje de temprana estación, no comunican su alegría, pero se sabe que la sienten: cumple cada uno a su modo, con plenitud y sanamente, la función vital de su clase y de su destino. El parisiense escéptico y, por momentos, pesimista ostenta su alegría. Lo necesita para cumplir con los hados. En Nueva York, la multitud de niñas y adolescentes varones que se precipitan a las grandes avenidas a las cinco de la tarde, las mujeres expertas que ocupan con trajes vistosos y por lo general inelegantes, los halls de los grandes hoteles, promulgan con su aspecto el cansancio que los domina. En los intermedios la vida se suspende. En un mostrador frente a una máquina de escribir, en la gerencia de un banco, haciendo cifras o leyendo cartas comerciales el hombre no vive; existe apenas o a lo menos vegeta.

El hombre de los Estados Unidos vive en un medio eléctrico, solicitado por todo género de presiones. La presión de los grandes intereses; de la política; la de la

población aglomerada en pequeños espacios; la de la suprema intolerancia religiosa y filosófica: la de su clan; de su especialidad o su sport. Se parece cada día más a una máquina. Sabe que las posibilidades de éxito en su carrera dependen de reducir a un mínimo las acciones conscientes y de ejecutar su tarea instintivamente. Es sumiso, paciente, constante en el trabajo. El raciocinio le sirve poco; los que le mueven y explotan se dirigen más bien al sentimiento que a la razón. Su imaginación es lenta e ineducable. Obran, no según la razón, sino de acuerdo con el instinto: no obedecen al principio, sino al sentimiento. En la era cultural, opaca y transitoria en que nos ha tocado vivir; en días de sentido práctico en que las cosas de la inteligencia ocupan el segundo término, ese pueblo ha logrado llegar al ápice de la grandeza. Cumplen su destino seriamente con marcadas señales de cansancio.

Buenos Aires, domingo 19 de diciembre de 1926

La Rusia de los Zares
Bogotá, noviembre de 1926

Velaba, sin duda, la musa de la historia por la suerte de sus cultivadores sin perder de vista a los curiosos empeñados en descifrar el enigma de las razas, cuando dispuso que la República Francesa enviase como su embajador ante la Corte de los zares a Maurice Paléologue en 1914. A ese decreto de una benévola providencia le debemos un diario de la guerra en cuyas páginas fue señalando menudamente la sagaz observación de un escritor, altamente dotado, la agonía de un Imperio, la lenta transformación de un pueblo. Allí le llegaban, además, un tanto apagadas por la distancia, las voces de angustia que lanzaba en todos los ámbitos de Europa una civilización moribunda. De esas voces hay un débil eco en las páginas de este diario, y ellas sirven para hacer, por momentos, más trágico el espectáculo de una disolución inevitable.

Por sus dotes múltiples y cuidadosamente cultivadas de escritor y de artista de la palabra; por sus conocimientos de la vida, las tradiciones y la lengua de los pueblos eslavos; por la sugestión bizantina que impone las sílabas de su nombre; por su vasta labor diplomática, para la cual, según se colige de este diario, ha sido generosamente habilitado por la naturaleza, M. Paléologue estaba indicado para observar al Imperio de los zares en el desempeño de un plan histórico superior a los recursos de la Nación rusa, así por los elementos materiales que el plan requerían como por la clase de hombres que era necesario reunir para llevarlo a cabo.

El libro es imparcial hasta donde la posición especial del autor le permitía serlo. Como embajador estaba obligado, y él lo repite con frecuencia, a mirar las cosas del punto de vista de los intereses patrios, y no ya de los intereses históricos, permanentes, culturales de la Francia inmortal, sino de los que había creado e iba desarrollando la guerra. Sin embargo, esta honrada parcialidad, en vez de cercenar los méritos de su diario, le presta un aire de franqueza y sinceridad, de donde resulta más agradable su lectura. A esto se agrega que M. Paléologue une a su vasta erudición, a su conocimiento de los clásicos y de tres o cuatro literaturas modernas, una viva afición a los secretos de las Cortes y de las familias reales, que recoge con ahínco y sabe narrar con una facilidad y una placidez comunicativas.

El autor de este libro quiere que de él se desprenda la conclusión de que el desastre militar ruso fue principalmente el resultado de la oposición que le hicieron al emperador y al partido de la guerra ciertos grupos muy influyentes, cuyo centro estaba

en la zarina, alemana de origen, mística y supersticiosa por temperamento y dominada en todos sus actos y aspiraciones por el vivo anhelo de conservar la vida de su hijo, minada por una enfermedad degenerativa. Sin colaborar con este grupo, los socialistas, el partido obrero y el comunista oponían de su lado resistencia a las operaciones militares, acaso acariciando la esperanza de que la derrota de Rusia vendría a ser el triunfo de los partidos más avanzados. Sin embargo, mirando las cosas dentro de un ángulo más amplio que el meramente diplomático, del cual no podía separarse M. Paléologue, la conclusión que se impone es más obvia y más sencilla. Las Naciones europeas, preparando la guerra o aceptándola como irremediable, echaron sobre sus hombros una empresa superior a sus talentos, superior a sus recursos, superior principalmente a su resistencia moral. De todos los países beligerantes Rusia aceptó el esfuerzo más desmedido con relación a sus capacidades, y como lo ha observado H. G. Wells con gran perspicacia, esa Nación daba desde el principio el espectáculo de un hombre que lleva en sus hombros un fardo superior a sus fuerzas, las cuales iban disminuyendo a medida que aumentaba el peso del fardo. Rusia falló primero porque era la más agobiada y porque carecía del mecanismo complicadísimo que se requería para ir reponiendo las pérdidas causadas por el desgaste, en una escala no imaginada por los cerebros más fervorosos y más extravagantes. Sus aliados no podían acudir en su auxilio para suministrarle armas, municiones, locomotoras, ríeles, barcos de guerra, porque ellas mismas, sorprendidas por la magnitud del esfuerzo por hacer y del desgaste que era necesario reponer, apenas lograban tenerse a flote, en un mar de vicisitudes, de sorpresas continuas, de problemas insospechados.

Rusia cayó primero y salió del combate. Algunos culpan al bolcheviquismo; otros le alababan atribuyéndole la infamia o el honor, según el caso, de haber derrumbado al zarismo. Es constante, empero, que las grandes iniquidades se destruyen a sí mismas. El zarismo se extirpó a sí propio con una tenacidad de empeño en que parecía vislumbrarse el solo factor de que no hubo muestra en toda la guerra: la luz de la inteligencia. Es casi increíble que un pueblo a quien la suntuosa literatura del siglo XIX le debe obras de insuperable y extraña belleza, una Nación que ha enriquecido la atrevida ciencia experimental de la misma época con descubrimientos y teorías de estupendo alcance, estuviese en política tan escasa de hombres. Los que fueron pasando rápidamente por el tablado de la farsa gubernativa no daban ni siquiera la impresión de hábiles histriones; una fuerza oculta, un poder siniestro los impulsaba reiteradamente al error o a ejercer el estrago en proporciones desconocidas en los anales del mundo. El mal desencadenaba su saña sobre gentes ilusas, sobre los potentados y los pobres de espíritu, en tanto que los directores, paralizados en la tentativa de

obrar el bien, se mostraban llenos de cruces y de títulos, haciendo presente su miseria intelectual y la inanidad de su esfuerzo ante fuerzas potentísimas y fecundas. Con sus extraordinarias y variadas apariencias, la tragedia de esos cuatro años en la santa Rusia es de una fealdad moral tan intensa que a veces suele contraer en nosotros, contra nuestra pudorosa voluntad, los músculos de la risa. ¡Pensar, como lo hacen ver los tres tomos de M. Paléologue, que la suerte de un Imperio, el rumbo de toda una civilización estaban pendientes de las torpes intrigas de un seudo monje lúbrico, supersticioso y audaz, ufano de su robusta ignorancia y de sus fuerzas esotéricas para embaucar a los necios y atemorizar a los débiles! Las hazañas de Rasputín son la historia del Imperio Ruso en sus lamentables postrimerías.

Lo que iba destruyendo a Rusia era la guerra. Esa obra destructora era evidente en los demás países beligerantes. Si, eliminada Rusia del campo de batalla, las otras Naciones, sin el aporte bélico, financiero y alimenticio de los Estados Unidos, hubieran seguido batiéndose por unos años más, cegadas como estaban por el odio de tribu, el mundo habría visto caer a Alemania o, tal vez, a Francia y a Gran Bretaña hasta las profundidades morales y económicas en que vino a hundirse la magna, la invencible Rusia. El intento de destrucción y la incapacidad de medir las consecuencias naturales de la lucha a ultranza hubieran extirpado por completo la civilización de que apenas quedaron fragmentos.

La guerra no destruyó por completo a Rusia porque, al fin, el pueblo, olvidado de sus compromisos morales, de las nociones de honor nacional aceptadas y cultivadas durante siglos, resolvió ponerle fin a la lucha en los campos de batalla. Ni Sazanov con "su patriotismo, su franqueza, valerosa y sencilla, su elevada conciencia": ni Goremykine "falto de don de mando y de actividad, escéptico y malicioso"; "ni el espíritu reaccionario y vejatorio, inferior a la mediocridad" del tudesco Sturmer, "inteligencia pobre, espíritu mezquino, carácter bajo, probidad sospechosa, ingenioso en la malicia y en la lisonja"; ni Miliukov "qui est un peu de l'école de Rousseau et qui etani personnellement la bonté même croit volontiers à la bonté native du genre humain"; ni Kerensky, el orador abundante, el experto jurista, defensor de los humildes, alma generosa, inteligencia abierta a todas las ideas de justicia y a todos los vientos del espíritu, pero débil ante el hecho brutal, lograron cifrar en una fórmula o en hechos concretos las necesidades del pueblo ruso. Las prevenciones de los unos, los idealismos imprácticos de los otros; la incomprensión de todos trajo al país a su liquidación definitiva, en presencia de la cual Lenin dijo la sola palabra cuerda, como el general Grant en ocasión distinta: "let us have peace", tengamos paz. Su predominio dependió de haber comprendido el fenómeno europeo. Aceptó la ignominia

del Tratado de Brest-Litowsk, aceptó el deshonor del Ejército, puso buena cara en presencia de la brutalidad alemana y logró fundar sobre el caos de la guerra un gobierno incomprensiblemente feroz, representativo de la segunda mitad de un régimen de terror. La ley física de la oscilación del péndulo se cumplía en las normas crueles de este hombre, sucesor inesperado de los zares. Antes de la guerra, según Brandes, había en las prisiones de Rusia noventa y cinco mil individuos a quienes la Justicia no había interrogado y de cuyas culpas la mayor parte de ellos no tenía conocimiento. En este número no estaban incluidos los que en mayor cantidad esperaban en Siberia la muerte de frío o las convulsiones postreras de inanición. Paléologue narra en este libro más de un suceso trágico de los muchos en que intervino la Justicia imperial antes de la guerra y durante las miserias de esa inolvidable pesadilla.

Todavía acrecen el mérito de esta fecunda dádiva que la diplomacia francesa quiso hacerle a la literatura universal viñetas de insuperable gracia representativa o de rico lirismo en que el autor describe algunos aspectos de la naturaleza hiperbórea, en la desolación invernal o en la riqueza luminosa de largos días de verano, sorprendidos en sus solitarias excursiones al través de numerosas islas que rodean a la Capital de Pedro el Grande. Su alma de artista moderno se exhala en bellas páginas analizando las torturas a que daba nacimiento el espectáculo de un mundo sin centro de gravedad moral.

Con adecuado conocimiento de la literatura francesa, con un vivo sentido de los valores artísticos, la Sra. Mitre de Drago ha puesto en castellano la obra de M. Paléologue, en un empeño personal de largas vigilias. Los lectores de habla española tienen para con el traductor de esta obra una inmensa deuda de gratitud. Mientras el libro corría en traducciones a muchas lenguas cultas de Europa, los españoles e hispanoamericanos no tenían acceso a ella en su propio idioma. Con una fidelidad extrema y conservando todas sus prendas literarias, la Sra. Mitre de Drago nos la ofrece hoy gentilmente para dulce entretenimiento y para enseñanza saludable. A una edad avanzada, en una posición social que la hace centro de la esfera espiritual en que giran pensadores y artistas de varias generaciones, la Sra. Mitre de Drago, que ha visto casi nacer y desenvolverse dos nacionalidades que son asombro del mundo por sus conquistas materiales y sus progresos en la vida social y política, tenía derecho a reposar y complacerse en el espectáculo de bienestar nacional que sus padres y hermanos ayudaron a crear. Pero su alma para el bien y su inteligencia para el estudio no pueden comprender el reposo. Su personalidad moral es de aquellas que sólo conciben el descanso cambiando de ocupación. Cuando no tiene una empresa de caridad entre manos, es porque se ocupa en allanarle a una joven inteligencia el camino del

triunfo, y si le faltan estas ocupaciones favoritas de su actividad, se pone con generoso entendimiento a traducir obras como ésta, para hacer asequibles al mayor número los placeres intelectuales que ha gozado con su lectura. Siempre es el bien ajeno el derrotero de sus acciones. No es ésta la primera obra que traduce la Sra. Mitre de Drago. Hace unos seis años publicaba LA NACIÓN de Buenos Aires, para sorpresa de los filisteos y espiritual contentamiento de los refinados en cosas de la inteligencia, el "Bovarysme", sutil investigación sobre ciertos aspectos del mecanismo del conocimiento, debida a un gran filósofo que es a un mismo tiempo un finísimo conocedor de los valores estéticos, especialmente de los literarios. Recuerdo todavía la sorpresa que se pintaba en los ojos del grande idealista Jules de Gaultier cuando le decía que su libro sobre el "Bovarysme" había sido publicado en un diario argentino y traducido por una señora. También ha traducido la Sra. Mitre de Drago con penetrante comprensión la obra autobiográfica de Edmund Gosse que lleva por título "Father and Son". En la elección de las obras que ha querido verter al español se ven patentes las inclinaciones literarias de la cultísima intérprete. Busca siempre los recónditos asilos de la emoción o de la idea en la mente del hombre, como en la traducción del "Bovarysme"; o se empeña en aclarar la tragedia de alguna lucha intelectual laberíntica y desgarradora como la analizada por Gosse en su triste libro, o pone en claro, traduciendo "La Russie des Tsars", el dolor de una raza, las palpitaciones de un pueblo moribundo, las devastaciones producidas en una gran nacionalidad por el olvido de la justicia y la incompetencia de sus dirigentes. En verdad la difusión del libro de Paléologue en los países de habla española es una especie de apostolado y está bien que lo haya emprendido quien ha recibido de su padre la herencia de esa vocación.

Otro libro de M. Paléologue impulsó a la Sra. Mitre a ejercitar sus raras prendas de intérprete literario. Entre las comarcas del mundo intelectual, por donde ha paseado el diplomático francés su curiosidad inexhausta, se cuenta la literatura italiana. De su frecuente trato con Dante y de sus meditaciones sobre la obra del inquieto y desventurado florentino nació un pequeño volumen analítico de forma encantadora y denso contenido, muy propio para acompañar a los admiradores del divino poema en sus excursiones al través y a lo largo del espíritu dantesco. Atraída por las bellas cualidades del opúsculo irreemplazable y pensando en el placer que su lectura podría proporcionarle a espíritus gemelos del suyo, la Sra. Mitre se hizo intérprete castellana de este otro libro de M. Paléologue con los halagüeños resultados de que la prensa ha dado testimonio.

La traducción de "La Russie des Tsars" se publica con la aquiescencia de su autor y, por haberse de llevar a cabo en Francia, la Sra. Mitre de Drago ha puesto al

cuidado de Don Eduardo Schiaffino, cónsul de la Argentina en Pau, experimentado y sagacísimo cultor de las letras y las artes, la impresión de la obra. Tan bien hallada colaboración es garantía de nitidez y acierto. Vaya, pues, esta obra de un sagaz espíritu franco y desprevenido a contentar el ánimo de los inteligentes, a regocijar la conciencia de los que no han contribuido a la desdicha del género humano y a servir, si semejante cosa es posible, de anticipado escarmiento a los que todavía fundan su próspera fortuna en el dominio de la iniquidad.

Buenos Aires, domingo 16 de enero de 1927

El vitáfono
Bogotá, noviembre de 1926

En un ardiente día del verano neoyorkino de 1926, la gente se agolpaba a las taquillas de un cinematógrafo situado en Broadway, cerca de la calle 51. Los empresarios habían usado de la prensa liberalmente y con ella crearon durante varias semanas un estado de espíritu eminentemente propicio a los éxitos teatrales. Habían anunciado el ensayo definitivo del vitáfono y los programas sugerían, sin decirlo claramente, que en "El Don Juan", película que formaba parte de ellos, estaban combinadas la acción y la palabra hablada, el gesto y el vocablo. En un zaguán estrecho, al lado del teatro, se habían instalado varios especuladores ofreciendo butacas y palcos a precios altísimos, a una multitud silenciosamente formada en colas majestuosas, bajo la mirada omnipotente de los policías. Los que formaban parte de las filas metódicas esperaban conseguir un puesto por setenta y cinco centavos; los que se aburrían de esperar (y el expedidor de boletas hacía lo posible por exasperarlos con la demora) pasaban al zaguán mencionado y por el doble o triple de la tarifa oficial conseguían al punto la localidad ansiada.

El espectáculo se componía, en primer lugar, de una oración explicativa del nuevo invento. Aparecía (en la pantalla) un caballero vestido de negro, demasiado vestido por más señas. Daba la impresión de un cómico lugareño deseoso de causar impresión en el auditorio por medio de los indumentos. Un fonógrafo repetía un discurso a tiempo que la imagen del caballero, en la pantalla del cinematógrafo movía los labios, los ojos, los músculos todos del rostro, las manos, y balanceaba el cuerpo adecuadamente a las palabras que el fonógrafo repetía claramente. No era perfecta la correspondencia entre la voz y el gesto, y para evitar que el público se enterara de esta leve discrepancia, el fonógrafo se producía con lentitud y las acciones de la imagen eran también amplias y mesuradas. Sin embargo, de cuando en cuando se notaba que las consonantes explosivas como la "p" o la "t", en cuya pronunciación no se puede emplear mucho tiempo, se quedaban un tanto atrás de la mueca labial. La acción de las manos evitaba el peligro de la disonancia con las amplitudes y la lentitud de la curva en que solían producirse. Con todo, el público, dispuesto a la admiración, después de una escrupulosa y científica labor de propaganda, se declaró satisfecho y sorprendido con largos y ruidosos aplausos.

En seguida la pantalla nos ofreció el espectáculo de una famosa orquesta. La ejecución fonográfica sonaba en combinación con el braceo sentimental del director de orquesta, cuya espalda elefante y cuyas manos elocuentísimas le comunicaban al público por medio de la batuta una sensación de místico arrobamiento. No teniendo el movimiento del brazo sobre el violín ni las posturas de los dedos, sobre este instrumento y sobre los cobres y flautas, una estrecha relación con el sentimiento expresado por las notas, el público se manifestaba satisfecho y acaso daba por sentado que a cada impulsión del arco el fonógrafo daba la nota correspondiente. Tal vez los músicos profesionales del auditorio podrían apreciar la exactitud de la correspondencia. Para un lego, capaz apenas de apreciar la armonía del conjunto, es imperceptible una ligera falta de coincidencia entre la postura del flautista y la nota resultante.

De otro lado, no hay una gran significación estética en esta rigurosa concordancia entre el sonido y la acción. Contemplando de lejos a la lavandera empeñada en golpear el lino contra una piedra o al leñador dando con el hacha sobre el tronco de un árbol, el observador nota la diferencia que media entre la percepción del movimiento y la del sonido; pero esa diferencia, lejos de empecer el mérito de la emoción la hace más complicada y acaso más intensa. Si el salón de espectáculos, en el caso del vitáfono, llegara a tener 340 metros de fondo, habría un segundo de diferencia entre la caída del muerto y el ¡ay¡ postrero que lanzara en la agonía, y podría ocurrir, siendo el megáfono de fuerza suficiente, que se escucharan en boca del muerto las palabras lanzadas antes de expirar. No hay muchos salones de cinematógrafo cuya longitud alcance a 340 metros, ni si quiera de 170; pero uno de 85 no sería una monstruosidad y es manifiesto que el oído humano puede percibir diferencias de cuarto de segundo. Así el observador podría notar que al pronunciar una frase de cuatro palabras el fonógrafo marcaba la segunda cuando la imagen de la pantalla le había dado fin a la tercera.

Estos son como, si dijéramos, los defectos orgánicos e incurables del sistema; pero hay algo más grave que estos defectos. A pesar del mal gusto inflexible del público y de la falta de iniciativa y de coraje estético en quienes explotan el arte de la pantalla, el cinematógrafo triunfa por dos razones principales: es la una el prestigio irrevocable del silencio sobre las imaginaciones más o menos perturbadas por una civilización en que el tormento del ruido ha venido a ser condición necesaria de existencia. Con la mitad de los ruidos llevados hoy con paciencia o resignación, o sin percatarse de que existen, por el habitante de Nueva York o el huésped de algunos hoteles londinenses, bastaría para hacerle perder el juicio a un contemporáneo de Solón. Está probado que el ruido excesivo y desconcertante contribuye en grande escala a poblar

los manicomios del siglo xx. Es la obra que el movimiento silencioso ejerce sobre la inteligencia humana una fascinación ineludible. Contemplando el vuelo de las aves el hombre se olvida de penas mordientes y se alivia de los desgarrones que hace en sus débiles nervios la agitación de los negocios. El barco de vela, deslizándose a lo lejos sobre la superficie ligeramente movida de las aguas marinas o fluviales, nos da como un baño de serenidad en el cerebro fatigado y ardiente. Mantegazza dice en alguno de sus tratados populares que los ruidos artificiales como los que producen las máquinas turban el reposo de la vida y predisponen a los males nerviosos de que fue víctima lastimosa, el siglo xix; pero que los ruidos de la naturaleza son, por el contrario, arrulladores y sedantes. De los últimos puede decirse con el venerable médico italiano que calman el espíritu cuando no pasan de cierta intensidad y no se prolongan inmoderadamente. Si el autor de "Gli amori de gli nomini" hubiese tenido que importar a diez metros de distancia, por más de una hora, el rumor de las aguas que arroja súbitamente el Bogotá sobre el vacío del Tequendama habría limitado seguramente su perentoria afirmación. Sin duda el silencio le pone un marco suntuoso a las imágenes del cinematógrafo, a las escenas delicadas, a la emoción suave, y a la gesticulación discreta; y hace tolerable la excesiva movilidad de las gesticulaciones grotescas y el desenlace trivial de dramas sentimentales insignificantes. El cinematógrafo va reemplazando al drama y la comedia por esta necesidad en que vive el hombre moderno de sumergirse en el silencio. Lo busca por donde quiera con la tenacidad con que el sediento pide el líquido refrigerante. Es de observar que el jazz band y sus derivados como "Valencia" y otras maneras de atormentar el oído gozan de gran prestigio en ciertas esferas sociales; mas no puede negarse que estos ruidos gozan de popularidad entre las gentes que hacen de continuo un esfuerzo para curarse, aunque sea transitoriamente, del mal de pensar. El trabajo, la pena que para ellas representa un pensamiento, una preocupación encajada en el cerebro, puede llegar a desequilibrarlas, y con el fin de librarse de esa obsesión buscan el ruido y mueven con rapidez las extremidades inferiores. En suma, estas gentes buscan en ese ruido infernal de la música africana una manera de reducir sus pensamientos al silencio. Hacen como los enfermos que se aplican un cáustico para olvidarse de dolores internos.

Por último, el vitáfono del teatro Warner's le ofreció al público la película del "Don Juan", suntuoso espectáculo muy digno de ser contemplado en silencio. Las gentes esperaban que la acción de la pantalla tuviese por complemento la voz entre metálica y acatarrada del fonógrafo. Los programas habían sido redactados mañosamente con la intención de hacerle creer al público en la posibilidad de contemplar una bella película con el acompañamiento de la voz humana, y acaso hubo el propósito

de proporcionarle las dos cosas a un mismo tiempo. Sin embargo, ni Don Juan, ni Cesar Borgia, ni sus víctimas numerosas, ni sus cómplices, soltaban palabras. Lo que el gesto no decía claramente, lo explicaba en letreros luminosos la misma lámpara con la cual se proyectaban las sabias y minuciosas actitudes de los artistas. Los que asistían en busca de la solución definitiva de una ingeniosa combinación mecánica experimentaron una desilusión y escaparon en busca de sol y de aire más puro. Otros experimentamos un alivio adquiriendo la convicción de que a lo menos por el momento los artistas del cinematógrafo se verán obligados, para nuestro deleite, a apoyarse en el gesto casi exclusivamente para comunicarnos sus emociones, sus sentimientos y si es posible sus ideas. El gran mérito y el prestigio del cinematógrafo están, sobre todo, en la restauración del arte mímico, tan altamente colocado en otras épocas de cultura y tan descuidado hoy fuera de la pantalla luminosa.

Tratando de combinar el gesto artista de la pantalla con la declamación retórica, los empresarios del vitáfono van a complicar extraordinariamente el arte cinematográfico sin aumentar sus posibilidades. Un gesto puede ser de grande elocuencia al par que la palabra con que el actor lo acompañe resulta fría o insignificante. No es raro ver esta disidencia en trágicos de primer orden o en comediantes recomendables; por lo cual es verdad ya generalmente admitida que las estrellas del cinematógrafo no son artistas felices trasladadas al tablado ordinario. En rigor, se trata de dos formas de representación tan distintas como la pintura y la poesía y hay una obcecación sin duda en querer combinarlas por medios mecánicos. Hay poetas cuyo empeño se cifra en representar menudamente la realidad en vez de verter las emociones que ella les sugiere, y hay pintores a quienes el influjo de la literatura los desvía de su senda propia y los lleva a cultivar el episodio o la anécdota, con detrimento del arte que cultivan. Los cuadros episódicos valen por la habilidad con que el pintor hizo uso de los colores, las líneas, la sombra y la luz, mas no por el cuento que refieren. Asimismo, las páginas descriptivas no encantan porque den idea más o menos justa de un paisaje sino por el encanto de la frase y por las emociones del artista que logren comunicarnos. El arte de la pantalla existe ya de por sí: tiene sus normas rígidas y una de éstas es el silencio. Si el vitáfono llega a convertirse en una realidad será porque ha logrado crear otro arte muy distinto.

Sin duda el cinematógrafo nos atrae porque la vida, según allí aparece, aunque tumultuosa y grotesca en ocasiones y de un optimismo falso, pueril y neciamente convencional, está acompañada del silencio, aspiración insaciable del hombre moderno. Es un placer refinado contemplar la locomotora enorme que penetra en la estación colmada de gente arrastrando trenes kilométricos, sin atronar los espacios con el es-

trépito de las ruedas, con el choque de unos vagones contra otros, y sin perforar los tímpanos del observador con las voces alarmantes del silbato. Hay algo dulcemente maravilloso en poder observar desde una cómoda butaca el doliente ejercicio de los obreros por medio de cuya jadeante actividad llega a las fábricas el mineral de hierro, cae a los grandes hornos, se convierte en liquido rojo y ardiente, salta en chorros de fuego, es recogido en grandes artesas y distribuido en varias direcciones en un silencio interplanetario. Si el fonógrafo tratase de darles realidad a estas escenas imitando el ruido que la fuerza y el fuego levantan en esos antros del moderno Vulcano, las salas de espectáculos se irían despoblando mansamente.

Mentes enamoradas del progreso en su acepción más superficial, pronosticaban, viendo el estreno del vitáfono, la desaparición cercana de los grandes diarios, combatidos sin tregua y hasta en sus últimos atrincheramientos por el "broadcasting". "Estamos presenciando", –decían– "la muerte del teatro a manos de los empresarios cinematográficos; vemos que el libro pierde de su prestigio acosado por el diario ilustrado y la revista cromolitográfica; el fonógrafo y la pianola reemplazan a los instrumentos musicales; las salsas del comercio y las conservas de todo género rebajan el mérito del arte culinario y preparan los días tenebrosos en que el hombre, según el lúgubre pronóstico de Berthelot, pueda llevar consigo en frascos homeopáticos la provisión alimenticia de una o varias semanas. No será extraño que el "broadcasting" reemplace a los grandes diarios". Todo es posible, argüiríamos nosotros, pero en la lucha del diario y la radiotelegrafía destinada a la propagación de noticias divinas y humanas, el primero tiene en su favor el silencio. Poder enterarse de lo que pasa en el mundo sin oír el chasquido de las palabras es un beneficio de la civilización que el hombre no parece dispuesto a tirar por la borda. No hay nada comparable a la dulzura de la voz humana en los labios de la mujer amada, o en boca del juez que anula para el reo la sentencia de la muerte; pero la mujer amada o el juez incorruptible se harían insoportables profiriendo en alta voz, todos los días, en las primeras horas de la mañana, las opiniones de los primeros ministros ante Parlamentos adormecidos. No hay laringe humana cuya voz fuese tolerable siempre que viniera a hablarnos de las guerras balcánicas. Hay timbres del lenguaje humano comparables al choque de la plata con el cristal, hay voces femeninas de tan peligrosa ascendencia que importa no escucharlas para eludir su influjo. Ninguno de estos hechos sería soportable siempre en la comunicación de conocimientos. La palabra silenciosa es irremplazable. El cinematógrafo hablado se destruirá a sí mismo a sí mismo, como antes de ahora sellaron su trágico destino algunas mujeres que no supieron callarse.

Buenos Aires, domingo 6 de febrero de 1927

Compre usted, y calle
Bogotá, enero de 1927

El torvo puritanismo acabó en Inglaterra, en el siglo XVII, con las manifestaciones exteriores de la alegría de vivir. El pueblo inglés, que se llamó a sí mismo así mismo "Merry England", regocijada Inglaterra, no dejó de ser alegre, porque ese estado general del espíritu procedía de su misma naturaleza; pero las condiciones pasajeras de la vida en un siglo en que la política religiosa del Gobierno de un lado y la intolerancia de los fanáticos de otro, hallaban pecaminosa la satisfacción de inocentes apetitos, forzaron a toda la Nación, en contra de su genio, a esconder el regocijo que pudiera causarle la vida y a adoptar exteriormente aptitudes tristes, a afectar seriedad fuera de sazón y a poner cara solemne, aun en el momento de entregarse a la diversión pública o privada. "Ils prennent leurs plaisirs tres sérieusement", dicen de ellos los franceses. Por causa del puritanismo desaparecieron en Inglaterra los bailes al aire libre y aquellas famosas fiestas de mayo, reminiscencia de las actitudes infalibles que asumía el hombre primitivo ante la naturaleza renaciente, bajo los rayos del sol primaveral.

Observando estas contradicciones de la vida inglesa y del espíritu dominante en la mayor parte de sus pensadores y poetas, el extranjero afirmaba sin atenuación que los ingleses eran un pueblo de hipócritas. Todavía no ha desaparecido este concepto general e injusto en las demás Naciones europeas. Es cierto, además, que entre los mismos ingleses algunos grandes poetas, como Byron y Shelley, ciertos pensadores como Spencer y aun periodistas de extensa fama y considerables virtudes literarias como Grant Allen en sus días y Chesterton en los presentes, no pierden ocasión de ilustrar a los propios y a los extraños sobre esta limitación espiritual y social de los habitantes del Reino Unido.

De otro lado, la educación británica se funda en principios derivados de la necesidad imperiosa de esconder sus emociones, que fue condición de vida durante el huracán puritano. Llegaba a tal extremo esta preocupación constante de no incurrir en la censura de los calumniadores de la carne, que era de un mal gusto tremendo para una señorita decir, por ejemplo, que le dolían las piernas, o que a los amputados solía molestarles una sensación de cosquilleo en los dedos de los pies. Ha sido necesaria la vuelta de flanco debida a la guerra; ha sido menester que la moda invierta un poco la noción del pudor para que la palabra "leg", o sea "pierna" en español, adquiera carta de naturaleza en la buena sociedad inglesa. Con todo, no está bien generalizar

sobre este punto: hay todavía muchos hogares ingleses donde se conserva la antigua tradición puritana y donde a las jóvenes les está prohibido, mientras ocupan la casa paterna, dejar ver más de los zapatos en las extremidades inferiores. Esa tiranía de los viejos puritanos despuebla los hogares y fuerza a las jóvenes modernas a salir al mundo a buscarse una ocupación y a organizar para sí una vida independiente.

En la tumultuosa vida de la Capital británica parece que hubieran desaparecido por completo las antiguas limitaciones impuestas por la intolerancia puritana. La mujer ha adquirido completa libertad. Se tiene por igual o superior al hombre. Piensa menos la joven soltera en casarse que en procurarse una posición, y cuando la ha obtenido empieza a considerar el matrimonio como una esclavitud. Estando abiertas para ella las mismas carreras que para el hombre, siendo preferida en algunas, teme que muchos mozos busquen en el matrimonio, más bien que las complacencias de un afecto correspondido, la manera de vivir menos estrechamente, haciendo uso del dinero que gana la mujer.

Pero, a pesar de estas nueva ideas sobre la vida y las relaciones entre los sexos, suelen verse en Londres, con toda su grave modernidad y su vida premurosa, algunos restos de la intolerancia puritana, en presencia de los cuales resulta difícil no sonreír. El inglés reconoce la necesidad de ejecutar ciertos actos, pero ha convenido en no hablar de ellos y en hacer como si no fuera necesario ejecutarlos. En París, en Roma, atraen la mirada del viajero en los bulevares y en las grandes avenidas ciertos refugios cuya presencia es considerada como una gran comodidad y un precioso regalo de sus ediles. En Londres, los mismos refugios existen, pero hay que buscarlos en el centro de la tierra o fuera de las miradas del público.

El médico, en Inglaterra, no anuncia su profesión. Si acaso algún facultativo se atreve a anunciar que ejerce la medicina y cura enfermedades del hígado, de la piel o la garganta, o que no tiene especialidad alguna, sus colegas le aíslan como un apestado y le someten al más estricto boicoteo. El único anuncio posible es vivir en Harlem Street o en sus vecindades y poner, a lo sumo, una pequeñísima placa de cobre con el nombre del individuo precedido de la abreviatura. "Dr." Un hombre respetable que ejerce la profesión de médico, de abogado, ingeniero o dentista se niega determinadamente a hacer uso del anuncio. En estos días de abundante y ruidosa propaganda en todas las esferas de la actividad humana deben de ser horriblemente penosos para los médicos noveles los primeros pasos en la carrera escogida por ellos. La vida, las costumbres, la seriedad británica, imponen estos sacrificios.

El médico no se anuncia a sí mismo, es verdad; pero los específicos de su invención pueden ser motivo de una extensa y en ocasiones feliz propaganda. Unas píldoras

cuyo principio activo es el jabón ordinario han hecho la fortuna de un magnate que gastó oportunamente y continúa gastando centenares de miles de libras esterlinas en anunciar su específico. Otro tanto sucede con los aparatos destinados a la curación de ciertas enfermedades o a la simplificación de los procedimientos higiénicos. El médico no puede anunciarse, pero puede anunciar sus inventos y explotarlos en larga escala sin comprometer la dignidad de su profesión. Conviene, sin embargo, guardar ciertas apariencias. En los escaparates de las grandes farmacias se pueden exhibir aparatos destinados a curar las narices, los oídos, los ojos, la garganta, a cortarse las uñas, a hacerse la barba y extirparse los callos. La decencia puritana impedirá la exhibición de utensilios destinados a otros menesteres. Es preciso, antes de pasar adelante, observar que la lengua misma ejerce sobre las costumbres una vigilancia tenaz y muy estricta en beneficio de la decencia pública. "Apothecary", "boticario" nombre del vendedor de medicinas. Esta palabra recordaba, a pesar de su origen griego, las palabras "botica", "bottega" en italiano, "bodega", "boutique" y otras de sentido más o menos plebeyo. El "apothecary" se sentía disminuido en su importante profesión y empezó a cambiar su título por el de "farmaceuta" o "pharmacist". La palabra no tenía ni en inglés, ni en las lenguas usuales y más extendidas del Continente afinidades sospechosas como "Apothecary". Mas dio la casualidad de que allá por los años de 1870 a 1880 adquirió gran boga en Europa la novela de un escritor francés, hijo de médico, no era extraño en absoluto a este género de estudios, y en esa novela figuraba como personaje fuertemente cómico y odioso un farmaceuta en quien el novelista quiso encarnar aquel tipo de libre pensador áptero, intolerante y parlanchín, muy seguro de sí mismo, porque había leído algunos artículos en las enciclopedias francesas y en algunos diarios de París. El nombre de Homais y la profesión de farmaceuta adquirieron una ingrata notoriedad, tan extensa, que llegó a mortificar los oídos de los farmaceutas ingleses. Era preciso cambiar la denominación para conservar intacta la respetabilidad del súbdito inglés, puesto por la sociedad, por sus propias aficiones o por un equívoco destino a distribuir purgantes a domicilio. Florecía entonces en Europa, con grande esplendor, la ciencia encargada de profundizar el estudio de la composición íntima de los cuerpos y de aquellas combinaciones en que se altera la naturaleza de éstos. En la química se cifraban las esperanzas de la población europea para hacer más abundante la producción agrícola de los terrenos, para simplificar el arte culinario hasta convertirlo en una mera producción de glóbulos homeopáticos, en cada uno de los cuales hubiera alimento suficiente para varios días, y al mismo tiempo se le pedían a esa modesta ciencia los elementos destructores más adecuados para exterminar las filas enemigas en el curso de segundos. Era la ciencia del por-

venir; y si bien es cierto que en materia de agronomía y especialmente de cocina los resultados han sido muy inferiores a la expectativa, por lo que hace a la capacidad de matar hombres y eliminar ciudades enteras podría decirse que los resultados han superado a las esperanzas, si no se tratara de la ferocidad característica del europeo a quien Nietzsche bautizó en un momento lúcido con el título de la "bestia rubia". De todos modos, el químico vino a ser, en el último cuarto del siglo pasado, el hombre del porvenir, y el farmaceuta inglés, en busca de nombre nuevo para su importante profesión, se tituló a sí mismo y con gran complacencia "el químico de la sociedad". Ya no se habla de farmaceuta ni de boticario o droguista, como en ciertos Estados Unidos, sino del "químico", y no se dice farmacia, ni botica, sino con mucha discreción "en lo del químico", "at the chemist's".

El químico, empero, no puede contar con una larga era de predominio. El físico y la física tuvieron su período de auge que han perdido a causa de la asociación de ideas suscitada por estas palabras. "Physics", en plural, significaba la física y "Physician" era el término cuasi honorífico para designar al médico. También se dijo "físico" en este sentido en lengua castellana, según puede verse en los escritores españoles de la época más brillante. Pero uno de los agentes curativos más socorridos en Inglaterra es el purgante: los ingleses, recordando que esta medicina era prescripción del médico, la llamaban "physic", en singular, y de esta manera desacreditaron una útil profesión y a cuantos la profesaban. Para eludir el descrédito dejaron de llamarse "físicos" los discípulos de Hipócrates y ya se llaman gravemente "doctores". Por su parte la "física" ha estado tratando de llamarse "filosofía natural", así como hoy tratan los ingleses de llamar "estado de emergencia" al abominable imperio de la ley marcial, o al desacreditado "estado de sitio" que decían los malos e incompetentes Gobiernos sudamericanos.

La imaginación un tanto suspicaz del británico liga fácilmente los hechos en apariencia más heterogéneos y rehúsa hallar en esas combinaciones materia risible. Los diccionarios de la lengua definen el "bull" o juego de palabras como la forma ínfima del gracejo. No está el "calembour" entre las maneras aceptables de mostrar ingenio en buena sociedad, si bien la lengua inglesa se presta admirablemente, casi tanto como la francesa, para este género de artificios.

Pero volvamos a las tiendas de aparatos higiénicos. Decía que los boticarios respetables acaso venden estos utensilios pero no los ostentan. En los suntuosos y variados escaparates de las boticas en Londres se pueden contemplar los más heterogéneos artículos de comercio: jabones, perfumes, joyas, cepillos de todas aplicaciones, espejos, muebles, anteojos de teatro y específicos de todo género en vistosos envases.

Pero el "chemist" se niega, por razones de conveniencia y respetabilidad, a exhibir en sus vitrinas cierta clase de utensilios. Sabe que su presencia ahuyentaría la clientela de las "clases" y no atraería seguramente la de las "masas". Para salvar este contraste existen las tiendas sin nombre en que se venden drogas para rejuvenecer, específicos para evitar la calvicie, color para el cabello, y una variedad de utensilios higiénicos y de aparatos de cirugía casera cuya presencia evoca asociaciones incongruas. El puritanismo y la mojigatería han relegado a esta clase de establecimientos algunas obras literarias que en las librerías de buen tono se ocultan en los sótanos o no se venden absolutamente. Con aquellos específicos y utensilios higiénicos se ven en las tiendas que se habla las novelas de Zola, algún libro de Flaubert, divagaciones filosóficas de Havelock Ellis acerca de la mujer y algunos libros manifiestamente impuros, cuyas ediciones suprimiría sin duda la policía inglesa si fueran anunciados para la venta en las librerías ordinarias. Es curiosa que ciertas obras de Aristóteles, como el libro de la "Naturaleza", sean consideradas por los dueños de este comercio dignos compañeros de las obras de Zola y de otros autores franceses notorios por la franqueza de sus comentarios sobre algunos aspectos de la vida moderna.

Aun en el país de Cronwell y de los cuáqueros irreductibles la naturaleza humana reacciona en formas inesperadas contra la hipocresía de las costumbres, y la agudeza del comerciante encuentra el medio de especular con la curiosidad malsana de las gentes y con la ignorancia fundamental y ubicua.

Buenos Aires, domingo 20 de febrero de 1927

Zogoibi
Vertientes del Orinoco, enero de 1927

Leí hace un mes el bello libro del señor Larreta. He querido decantar las emociones derivadas de su lectura antes de volcar la impresión general en unas cuantas páginas de crítica. Muchas opiniones acerca de libros y de otras manifestaciones de arte habrían variado considerablemente si el crítico hubiera usado para escribirlas de este procedimiento de decantación. Pero en la crítica, así como en los juicios políticos y en la valoración moral de los caracteres, la prensa debe satisfacer día por día, y aun hora por hora, los anhelos del público ansioso de formarse una opinión rápida y precisa sobre los sucesos de importancia.

No es temerario deducir de aquí la superficialidad e incompetencia de algunos decires.

A más de las condiciones de tiempo, las circunstancias me han favorecido, colocándome transitoriamente en un medio humano donde las apariencias contrastan vivamente con el paisaje descripto en la novela, al paso que los hombres que en él se mueven obedecen a impulsos muy semejantes, aunque morigerados por la acción imperiosa de la naturaleza.

En esta región montañosa, desigual, cortada en todas direcciones por torrentes impetuosos, la naturaleza produce en un espacio de dos o tres kilómetros las plantas de todos los climas. En el huerto que se divisa al través de la ventana crecen tocando sus ramas el nogal y uno de los árboles que dan la goma elástica; el durazno madura sus frutos al lado del árbol que produce paltas; el ananás, el café y el granado, con sus cálices y sus frutos rojos, perfuman el ambiente en que las flores del té tachonan como estrellas de centro dorado el verde tenebroso de sus frondas. El banano exuberante y lánguido cuelga sus racimos sobre las rosas primaverales de un amarillo resplandeciente como el oro bruñido, y una malvácea, alta como un limonero, ilumina el huerto con flores, rojas, enormes, en cuyos estambres y nectarios buscan alimento y recreo insectos de élitros verdes y relucientes como si fueran de metal.

Recorriendo las faldas de una colina pasa el viandante, en el curso de media hora, de la zona del bambú, de las palmas enhiestas y sonoras, a la región donde ostentan los helechos arborescentes sus cogollos enroscados sobre sí mismos como otras tantas sierpes; y en ese mismo espacio el observador del alma humana puede estudiar el carácter impulsivo y dionisiaco del hombre sumergido en los valles hondos

(donde la temperatura le pone en contacto íntimo con la madre naturaleza) y seguir las transformaciones del instinto vital hasta la "zona del liquen religioso", comarca en que los anhelos humanos se doblegan bajo la presión agobiadora del misterio. Abajo reina el instinto vital, arriba el instinto de conocimiento.

Detrás de todo libro hay un hombre, y cuando el autor ha escrito más de uno y de tan varia estructura como los del Sr. Larreta, es de rigor compararlos para sondear la abundancia intelectual de quien los ha escrito. La obra anterior, ya famosa en ambos mundos, fue una empresa de reconstrucción, fundada en una minuciosa pesquisa histórica y en el estudio de un ambiente con el cual tenía el autor lazos remotos de arte y de viva simpatía ancestral. Pero ese medio no era el suyo propio, el de su suelo nativo, el que había conocido en su niñez y aquel de donde habían surgido sus primeras y más duraderas impresiones. De otro lado, el estudio de los escritores contemporáneos de "Don Ramiro" obró visible influjo sobre el estilo del autor, absorto en el análisis del alma española del siglo XVII y en la contemplación del árido y luminoso paisaje de Castilla. La obra tiene así todos los méritos del arduo género literario a que pertenece y también sus limitaciones. Lo que gana a veces en profundidad el trabajo de reconstrucción lo pierden en frescura y en candor las definiciones de los estados de alma de sus personajes. "La Gloria de Don Ramiro" es un hermoso libro a pesar del trabajo de reconstrucción histórica de que forma parte. Enamorado el autor de un siglo y de un paisaje, quiso agotar el conocimiento de uno y otro para penetrar en el alma de los que vivieron en aquella época bajo el influjo de extrañas constelaciones y en contacto forzoso con un suelo ingrato, cuyos horizontes ponen en comunicación el alma del labriego con el reino de lo sobrenatural.

"Zogoibi" no es obra de tenaz estudio, sino de sabia observación; pero el sabio que observa la naturaleza y diseca el alma de sus personajes es, a un mismo tiempo, un poeta. El paisaje descripto es el paisaje familiar contemplado por el autor desde la ventana de su cuarto en los días de la niñez, admirado con ojos de artista de la paleta verbal y pictórica en la edad madura y acariciado en la mente durante las ausencias de la patria en los silencios interlunares del mar y en el ruido de las noches parisienses. Por eso tienen tan intenso poder evocativo algunas frases felicísimas, en que toda la magia del color y de la forma se concentra en unas pocas palabras, como en una línea de los primitivos todas las angustias de un temperamento.

Sencilla y trágica, la historia se parece al ambiente como las líneas de una fisonomía a la vida que las ha impreso en ella. El desenlace violento, aunque inesperado, era el único en consonancia con la vida de los personajes, con la noción del honor característica del héroe y con el cúmulo de circunstancias que le habían llevado a ha-

cer de la simulación un régimen de vida. El instinto sexual y el amor de sentimiento habían roto el equilibrio en una alma de caballero a la antigua, en quien la verdad era un culto y la necesidad de fingir un tormento.

Si por temor a un desenlace trágico el autor hubiese puesto fin a la narración aflojando paulatinamente en el varón los lazos de la pasión meramente carnal que le tenía dominado, para hacer revivir la inclinación sentimental, medio perdida entre la simulación y el vértigo del adulterio, habríamos tenido la novela burguesa de todos los días, demasiado obvia para ocupar las páginas de un estudio analítico. Asesinado "Zogoibi" por el campesino víctima de la injusticia social y de la torpeza de los jueces, habríamos tenido al mártir de la iniquidad suplantando al héroe verdadero de la novela. Y si el amante de la polaca hubiese huido con ella al otro lado del mar en busca de la sombra amiga que los árboles de París les ofrecen a los amores silvestres, la heroína, abandonada, habría tenido por fuerza que casarse con el rebelde campesino, y entonces, en una forma ya conocida, habríamos tenido el desenlace burgués y la unión trivial ya sin prestigio y de antiguo consagrada entre la noble y el pechero. No había más solución decorosa que las dos muertes llevadas a cabo por "Zogoibi", la una por precipitación y para salvar la reputación de una mujer; la otra como el solo refugio de un alma despedazada por el más terrible de los remordimientos.

Con grande eficacia contribuyen al desenlace el marido complaciente, el amigo semiadormecido por las drogas, las tías inexorables y obtusas, el medio campestre exento de diversiones y alegrías y una sombra de fatalidad que tiene en el libro su símbolo popular y siniestro. Todo este mundo se mueve con naturalidad y como impulsado por fuerzas ciegas, a la manera en que los personajes de la tragedia griega buscan su triste destino impulsados por "anauké".

¿Ha querido el autor sugerir una enseñanza? ¿Por qué son extranjeros el marido complaciente y la mujer experta en todos los ardides del adulterio? Un siglo de historia sudamericana acaso haya acumulado suficiente cantidad de hechos para sacar saludables conclusiones sobre la acción del europeo en nuestro vario destino. La inmigración del labriego europeo, del hábil operario y aun del ingeniero que trae determinada su obra, es sin duda alguna ventajosa para el país, para el inmigrante y para la acción general de la civilización. No habría podido el solo descendiente de españoles realizar en el trópico americano, y sobre todo en la zona templada del Sur, la obra maravillosa de civilización y de cultura que el criollo, en colaboración con el inmigrante europeo, ha llevado a cabo. Ni se puede negar que el flujo de capital extranjero en variadas formas ha valorizado las tierras y ha contribuido, por medio de la construcción de vías férreas, a poner nuestros productos más cerca de los mercados mundiales. Pero

se ha exagerado enormemente la obra del inmigrante en la América del Sur. No es el inmigrante solo el que ha creado la riqueza. Sin el esfuerzo del criollo, sin la capacidad administrativa del nacional y sobre todo sin la liberalidad con que gana y emplea su dinero en proporcionarse comodidades y goces honestos, estas comarcas no habrían pasado en medio siglo de un estado embrionario de cultura a uno de verdadero adelanto en las ciencias, en las artes, en las costumbres, en la vida política.

Pero hay un inmigrante condenado al fracaso y cuya historia está escrita en palabras de significado melancólico, lo mismo en el corazón del trópico que en las regiones australes del Continente. Procede, por lo general, de Inglaterra o de los Estados Unidos anglosajones. Cree con fe intolerante en la superioridad material y moral de su patria. Viene equipado con una abundante literatura para hallar detestables nuestras costumbres. Ha leído en nuestro daño todos los libros hoscos o humorísticos y superficiales que viajeros prevenidos han publicado sobre nuestras limitaciones o deficiencias. Ignoran nuestras virtudes y conocen a fondo nuestros defectos. No está en su ánimo reformarnos, sino cultivar nuestra supuesta inferioridad para explotarla en toda su extensión. Trae consigo algún capital, inferior casi siempre a sus proyectos industriales y, con frecuencia, para facilitar su obra con gobiernos y con gentes de conocida influencia en los negocios y en la sociedad; viene con su mujer, de quien aguarda hábil cooperación en su labor suasoria, por sus modos insinuantes y su coquetería de revista ilustrada de modas. Dos personajes como éstos ha trazado en retablo, con mano de artista, el señor Larreta en su novela, y es la conducta del industrial extranjero y de la frágil y calculadora eslava que lleva su nombre el centro de la triste historia y el origen de la catástrofe. En una conciencia artística tan severa como la del señor Larreta no está bien que ubiquemos una intención docente; pero la perspicacia de su observación ha puesto frente a los lectores una serie de actitudes admirables y justamente enlazadas para que ellos construyan a su manera el edificio moral.

El Sr. Larreta pensaba, antes de publicar su libro, que el público apreciaría más fácilmente y con más viva intuición los méritos de "Zogoibi" que los de "La Gloria de Don Ramiro". Acertó en su pronóstico. Creía también el autor que, por ser la Argentina el teatro de los sucesos narrados y ser americanos el paisaje y la mayor parte de los personajes, obtendría más fácil y rápida acogida en los países de lengua española del Continente. También resultó fundada esta previsión, más sólo en parte, porque también en España el libro ha sido acogido con el favor a que le hacen acreedor sus prendas literarias y la visión de la vida americana contemporánea, de que hay vívido testimonio en sus páginas leves de forma, pero densas de contenido espiritual y representativas del nuevo concepto de cultura que empieza a difundirse en América.

Buenos Aires, domingo 17 de abril de 1927

Un peregrino apasionado
Gachalá, febrero de 1927

Debo a D. Arturo Cancela, filósofo y novelista que cultiva la especialidad de la anécdota con tendencias simbólicas, un corto relato de condiscípulo suyo tan amante de los viajes como de probar la suerte por medio de los naipes. Nació este joven en Chascomús, de padres emigrados. Por el lado paterno llevaba en sus venas sangre de aquel varón ilustre que acompañó a Magallanes en su empresa de circunnavegación, en el siglo XVI, y era su madre descendiente de un honrado escocés, naturalizado en la Argentina, después, de la campaña contra Rosas. Es sabido que en espíritu de aventura los escoceses les aventajan a los mismos ingleses, y es fama que en más de una ocasión cuando algún marino de Kent o de Hampshire abordaba con su tripulación a una de esas islas ignoradas y perdidas en las vastas soledades del Océano Pacífico, con ánimo de incorporarla al Imperio Británico, descubría, no sin gran sorpresa, que el jefe de los naturales, vestido como ellos y disfrazado con las insignias de mando usuales en la comarca, era un banquero fallido de Glasgow o un maestro de escuela de Aberdeen, traído allí por las veleidades de las aguas saladas. De modo que el joven de esta historia tenía por ambos lados como herencia legítima y casi directa el espíritu de aventura y la atracción del piélago.

No recuerdo su nombre, mas por haber sido de adolescente muy flaco y de elevada estatura, sus condiscípulos le llamaban "la ele". Desde las bancas de la escuela primaria dio señales de ser muy aficionado a conocer tierras lejanas. Era el mejor de los estudiantes en geografía y así como otros chicos (al igual de Theóphile Gautier) pasaba largos ratos hojeando diccionarios en busca de palabras conocidas, "la ele" se extasiaba horas enteras en la contemplación de mapas mundos y de rutas marítimas. Leía también con grande empeño libros de viajes e historias de descubrimientos. Su natural inclinación, avivada por estas lecturas y observaciones, había exacerbado en él los vivos deseos de viajar y conocer países remotos. Y al crecer y lanzarse a la lucha por la vida cultivó siempre, en las diversas carreras por donde lo empujaron la fortuna y sus varias habilidades, el anhelo de ensanchar sus nociones humanas dándole una vuelta al mundo. Soñaba con ser rico, no para edificar suntuosas mansiones, darse buena vida, regalar a sus amigos generosamente y explotar al resto de la humanidad, sino para comprarse un yate de poderosas máquinas y alta y graciosa arboladura, para

recorrer en él los siete mares, de Sur a Norte y de Oriente a Occidente, en compañía de sus amigos y de sus amigas.

Con el espíritu de aventura hubo de desenvolverse en él a un mismo tiempo la pasión del juego. Suelen andar juntas estas dos inclinaciones de la humana naturaleza, y puede afirmarse que la segunda no es más que una forma aguda de la primera. El hombre que no puede salir por esos mundos a ver todos los días nuevas costumbres y a mudar de constelaciones cada noche que pasa, satisface sus anhelos de cambio poniendo su suerte en la rueda giratoria o en los cubos de marfil que ruedan por el tapete.

"La ele" solía pasar algunas noches de la semana leyendo narraciones de viajes verdaderas o imaginadas, para descansar de este ejercicio tentando la suerte en pequeña escala, con amigos íntimos, en las azarosas y atrevidas suertes del póker. Este lícito entretenimiento le parecía y le resultaba el más apropiado para satisfacer su naturaleza aventurera, que se complacía morbosamente en los riesgos y alternativas del "bluff". Y con la inclinación al juego vino el hábito, tan común en España y en América, de comprar billetes de lotería con la frecuencia posible.

El mejor día leyendo sin mayor interés un diario de la tarde, comparó mecánicamente el número de su billete con la lista de premiados inserta en el papel, y descubrió que se había sacado un premio de 60.000 pesos. Es fama que estos golpes repentinos de la suerte provocan grandes crisis nerviosas en los favorecidos y aun trastornos morales de grave trascendencia. Algunos cambian de rumbo en su vida y otros pierden la ecuanimidad, la dulzura de carácter. Es fama que a los inteligentes el premio gordo los hace infelices y que a los necios los habilita para hacer mayores necedades. "La ele" soltó un juramento morigerado. Cultivaba la especialidad de los juramentos morigerados. Había reducido palabras estrepitosas, frases de varias y gruesas palabras a una, cuando más a dos sílabas, que conservaban toda la fuerza del expletivo, como conservan los fragmentos del vaso en que se hubo guardado alguna esencia restos emocionantes del perfume, según lo dice Thomas Moore en una estrofa alejandrina más conocida que la verdolaga. En ese tabloide verbal quiso "la ele" expresar a un mismo tiempo su agradable sorpresa y su contrariedad: esperaba un premio mucho mayor. Hizo rápidamente las cuentas y de ellas sacó la consecuencia de que esa suma no le alcanzaría para comprarse un yate e ir de juerga por los dos o tres océanos frecuentados por la gente civilizada. Tampoco era esa suma suficiente para alquilar un yate destinado al mismo propósito de exploración y de alegría expansiva. Pero bastaba y aun sobraba para tomar un pasaje de primera en los grandes transatlánticos y darle la vuelta al mundo por la ruta más interesante. Su visión del futuro, auxiliada por sus conocimientos geográficos, era una vasta sucesión de panoramas en que ya

salía del horizonte como un encanto la bahía de ensueño, en cuyas riberas florecidas por el blanco y el azul de las ondas, canta el Océano un poema eterno, en que a los sollozos y suspiros del agua se unen todos los colores del prisma; o surgía la languidez del trópico en las palmeras de La Habana, en el fulgor penetrante y embriagador de una luz blanca como el vestido de la inocencia. Nueva York imperial y deforme en una lengua de tierra donde las desarmonías de todo el planeta se juntan en una sola nota desigual y abrumadora; el azul inverosímil de los mares tropicales, cuyas ondas como bloques de cristal daban la impresión atenuada del zafiro; el azul ceniciento del Atlántico Septentrional; las olas como altas colinas que se precipitan de entre la densa bruma en los días de tormenta y se arrojan sobre el costado del buque y lo sacuden en un abrazo acompañado de terribles gemidos, todas estas visiones perseguían la mente insofisticada de "La ele" mientras iba a comprar su pasaje.

Y dio la casualidad de que en el curso de tres días iba a partir un buque japonés con destino a Yokohama y escalas en Río, en Nueva York, en puertos de Inglaterra y Francia, en el Canal de la Mancha, de donde haría de nuevo ruta al Sur para entrar en el Mediterráneo hacia principios del otoño, y visitar sus riberas perfumadas y sus puertos más importantes antes de penetrar en el Mar Rojo y lanzarse a los cielos plomizos del Mar de las Indias.

A los tres días se embarcaba "la ele" para recorrer esa ruta, que parecía imaginada por un autor prestigioso de cuentos de hadas. Y a los cuatro meses regresaba, después de haber recorrido el Atlántico, el Mar de las Indias y el Océano Pacífico hasta Yokohama, en una parte de su viaje, que se completó haciendo rumbo de allí a San Francisco, por Honolulú. Por la costa de Méjico y de Centro América volvió a Buenos Aires, después de haber recorrido los puertos más florecientes, más tristes y más desconocidos del Pacífico meridional en América.

Fueron a visitarle sus amigos inmediatamente que supieron su regreso. Aguardaban de él y de sus agudas miradas de observador una multitud abigarrada de sensaciones nuevas, de emociones personalísimas, de notas profundas sobre la vida y las gentes de tan diversas comarcas. "La ele" había hecho a bordo amistades con unos turistas de Chicago muy parlanchines, muy atentos a la hora del día para cambiar de traje y de sport y para variar las libaciones. Uno de ellos conocía las recetas de todos los cocktails usuales en ambos Hemisferios, y él y los demás afirmaban que la ciencia del póker y la del bridge no tenía secretos para ellos. Ellos y la señora o señorita que acompañaba (sobre esto las informaciones de "la ele" eran ambiguas) sabían callar en todos los idiomas del mundo, menos en el que se habla en Chicago, pero en ese llenaban el ámbito del buque con la sonoridad inequívoca de sus "eres" y la nasalidad

característica del país de Mr. Dooley. "La ele" no hablaba el inglés de Chicago ni el de Gran Bretaña. Se hacía entender en francés, pero sin objeto, porque sus compañeros de viaje apenas decían "merci", "mademoiselle" y "monsieur", con una pronunciación inventada expresamente para esconder el significado de esos vocablos. Con todo, por medio de los diferentes nombres dados a los aperitivos y con algunas señas muy inteligentes, los y la de Chicago descubrieron que su compañero de viaje sudamericano sabía jugar póker y bridge, ejercicio a que se entregaron los cuatro, no sin olvidar los demás sports y aun a veces el riguroso cambio de traje según la hora del día.

–¿Cómo te impresionaron la bahía y la ciudad de Río de Janeiro? –le preguntó un entusiasta de aquella ostentación fastuosa de la naturaleza.

–El buque paró allí tan sólo ocho horas –dijo "la ele", –y esa mañana nos habíamos levantado tarde, porque la noche anterior una animada sesión de póker se había prolongado hasta las cuatro de la mañana. El buque entró en el puerto a las siete, y cuando nosotros nos levantamos ya era tarde para entrar en la ciudad con tiempo de visitarla y volver al buque.

–Pero, a lo menos, viste la bahía.

–Ya te diré –interpuso el recién llegado –De nuestros camarotes, después de almorzar pasamos al bar y emprendimos una sesión de póker muy interesante. En la primera pasada de cartas saqué un póker de jotas, que la señorita de Chicago, después de muchos "biddings", me quitó con uno de kaes. En esa tensión de espíritu soltaba amarras el buque, y una multitud de ingleses, brasileños del Sur, franceses y argentinos, que miraban aquel espectáculo por primera o segunda vez, llenaban el aire de gritos y de exageraciones insignificantes. Al perderse de vista Corcovado yo levantaba el plato con un "full hand" muy oportuno, y al entrar en alta mar la señorita y uno de los americanos se disputaban una enorme apuesta. Quedó por la mujer con "tres cartas iguales". Era un caso de "bluff" extraordinario. El otro se rindió sin mostrar las cartas.

Un funcionario consular argentino, moreno y pálido, grande amigo de "La ele", quiso enterarse de las sensaciones del viajero ante el prestigio milenario de la India, donde cuatro distintas civilizaciones habían dejado testimonio durable para regocijo de historiadores y viajeros capaces de evocar el pasado contemplando monumentos y analizando costumbres. Este funcionario había sido cónsul en Colombo, en Calcuta y en Delhi y conocía la India en toda su extensión, desde Bombay, donde confluyen todos los gustos y todas las razas, hasta Darjeeling, blanca y enhiesta, ciudad de veraneo en las faldas del Himalaya, que evoca con su posición montañosa y la regularidad sus evocaciones la perspectiva urbana de algunas Capitales andinas, y del cabo

Comorín hasta los límites fragosos del Afganistán. Tenía en la epidermis y también en lo íntimo de su organismo las violentas emociones probadas ante el espectáculo de esa mezcla confusa de todos los climas y de todas las razas del Asia, subyugadas alternativamente por mongoles, macedonios, árabes e ingleses, que han dejado allí elocuentes señales del doloroso contacto con los antiguos señores del suelo en episodios de sangre y en obras de varia cultura. El hechizo de Lahore, de Benarés sagrada, de los puertos ruidosos y pestilentes volvía a la memoria de este curioso peregrino, con un olor a especias y un perfume de antigüedad.

–¿Qué te pareció la India? –preguntó interesado. –¿Pudiste ir a Lahore? ¿Navegaste en el sagrado Ganges?

–Lahore, el Ganges –dijo "la ele" anteponiendo a su respuesta un juramento abreviado… –Cuando tocamos en Colombo yo tenía un "no trumps" seguro, y delante de Calcuta las alternativas de un "grand slam" que pensaba darles a la señorita y a su "partner", me quitaban todo el interés que podían inspirarle al viajero los muelles de ese gran puerto. El plato estaba demasiado grande para abandonarlo en busca de sensaciones de Oriente.

Y de este modo fue quedando eclipsado por las sotas, los ases, las cartas más altas y las cartas iguales o en sucesión todo el prestigio de los varios paisajes de las comarcas llenas con la pompa de recuerdos históricos, lo mismo que las riberas mediterráneas, donde el hombre se descubrió a sí mismo al dar con el poder maravilloso de crear obras de arte que en las tierras asiáticas, de donde nos vino la grande inquietud metafísica.

Más no es el caso de "la ele" un fenómeno aislado. Numerosos viajeros recorren los ámbitos del planeta con la mira puesta en sus especiales predilecciones, sin cuidarse del mundo de ideas, con imágenes riquísimas, de sensaciones refinadas que, como un brebaje compuesto de antiguos y variados licores, se les ofrece en redomas de seductora apariencia. Corriendo el mundo hay viajeros o buscan tan sólo sellos de correo. A uno procedente de Londres, le preguntaron si había visitado la Wallace Collection, en que un magnate de excelente gusto eligió para deleite de sus compatriotas maravillas del arte en todas sus manifestaciones, y contestó que los tratados de filatelia no daban de ella noticia circunstanciada. Sin duda, carecería de los sellos más solicitados y más caros la dádiva de la marquesa de Hertford.

A otro varón ilustre de la América Septentrional, que había recorrido las Capitales de Europa en busca de pintores que le copiasen las grandes obras de las mejores escuelas, le preguntó un literato, si había traído consigo algunos libros con que enriquecer su biblioteca. Respondió que no tenía biblioteca porque no coleccionaba libros. Un acaudalado natural de Sumatra, que buscaba en Londres durante la "sea-

son" un lenitivo a su tristeza inmarcesible, gozando del espectáculo radiante de la gran metrópoli en aquellos meses en que la atmósfera ostenta la riqueza de colores en que saciaron sus anhelos de artistas de la paleta Turner y Whistler, no sabía de la existencia del Parque de Battersea, ni había tenido la curiosidad de recorrer el Támesis en uno de los barcos que hacen la excursión entre Blackfriars y Staines. No es raro caso de jóvenes inteligentes a quienes les falta tiempo para recorrer en Estocolmo las mágicas sendas florecidas del Parque de los Ciervos, bajo pinos y hayas centenarias, al través de cuyas ramas se filtra una luz argentina en que se bañan los ríos, los lagos y canales de la Venecia del Norte, como en los reflejos de un encantado manto de armiño, porque habían estado visitando los cabarets y los grandes almacenes.

–¿Visitaste el Museo de Cluny? –le preguntaron a un incansable globtrotler que hablaba de sus variadas e intensas emociones de París.

–No había objeto –contestó; –ya había estado en Londres en el museo de madame Tussand.

La mente humana rehúsa instintivamente la multiplicidad del esfuerzo. Dispersarse es debilitarse. No es posible recibir a un mismo tiempo emociones tan distintas como las que provienen de la contemplación de un costoso sello de correos antiguo y la que nos causa estar frente al Erection. La limitación de nuestros gustos es un movimiento instintivo de defensa fisiológica, semejante al que hace la madre del caracol cuando sus tentáculos tropiezan con la corola perfumada de una rosa.

Buenos Aires, domingo 29 de mayo de 1927

El comején
("La vie des termites", por Maurice Maeterlinck)
Bogotá, abril 18 de 1927

Antes de ahora al comején le tenían los naturalistas por una especie de hormiga y le clasificaban entre los himenópteros. El diccionario de la Academia le llama neuróptero al definirlo e ignora el origen de la denominación castellana. Según Maeterlinck, el bicho no pertenece a ninguno de estos dos órdenes ni tampoco al de los ortópteros, entre los cuales también se le ha ha colocado. Hoy forma un orden aparte no poco numeroso, pues comprende no menos de mil doscientas especies, sin contar las fósiles, que ascienden a ciento cincuenta. El haberle clasificado entre las hormigas se justifica por su apariencia y también por sus hábitos. "Hormigas blancas" los llaman en inglés, y como sus costumbres son difíciles de estudiar, porque el insecto vive una vida obscura y subterránea, es ciego y supremamente cauto, a lo cual se agrega que, además de machos y hembras, hay entre ellos neutros, diferentes de los demás individuos, y, cosa más sorprendente, ejemplares que cambian de sexo según las necesidades de la colonia, no es raro que el vulgo y aun los naturalistas hayan tomado por especies distintas tipos desemejantes que no eran más que individuos de una sola variedad. Aunque el comején es ciego y vive dentro de la tierra o en el corazón de las raíces o troncos de los árboles, comprende un cierto número de seres alados que ven y toleran la luz del sol, son de vida efímera y se lanzan en ciertas épocas al aire, principalmente en tiempo de lluvia, para sacrificarse en masa al genio de la especie y proveer a la conservación de la raza, creando una hembra. Esta criatura indefensa, destinada a poner los huevos necesarios para la continuación de la vida específica, llega a tener mil veces el volumen de un comején ordinario. Es necesario que los obreros y las obreras (estériles) atiendan cuidadosamente a su alimentación, porque carece en absoluto de los medios necesarios para aprehender el sustento. Cuidan de ella con señales de humana disciplina individuos sin sexo, destinados a guardar la colmena. Estos sujetos han sido designados por los naturalistas con el nombre de "soldados". Son ciegos también y, como la hembra máxima, deben ser alimentados por las obreras. Sus mandíbulas se han convertido en una especie de tenaza propia para el ataque y la defensa, pero incompetente para captar las substancias alimenticias. Cosa parecida a lo que acontece en los países donde la defensa nacional se convierte en una especie de profesión asignada por la costumbre o la ley a una casta

privilegiada. A esa formación de un tipo humano deforme e incapaz de alimentarse por sí mismo, convirtiéndose en una humanidad distinta, tiende la idea de los ejércitos permanentes puesta en práctica por Bismarck e imitada luego por los émulos de Prusia. El espectáculo de Europa hambreada durante cuatro años, con sus mujeres y ancianos empeñados día y noche en preparar alimento, armas y vestido para diez o doce millones de soldados, da una idea de la organización y del sentido de la vida en las colonias del comején, "insecto odioso por lo general, pero admirable en ocasiones. De todos los seres vivos que conocemos, ha sabido elevarse de una miseria como la nuestra a una civilización que, en ciertos aspectos, no es inferior a la que nosotros hemos alcanzado en el momento presente". Tal dice Maeterlinck.

Sin intención acaso, Maeterlinck ha hecho de este libro, en apariencia meramente descriptivo de las costumbres de un insecto, una de las obras de filosófica moral más desoladora y más deprimente. En una lengua hermosa, instrumento literario perfeccionado en siglos de pulimiento por una serie continuada y numerosísima de artistas de la palabra, en la cual Maeterlinck tiene puesto de gran predicamento, esta obra contiene el más desesperado de los tratados filosóficos sobre el pesimismo. En presencia de ella todos los volúmenes de Leopardi parecen innocua aunque lamentable exposición de dolores propios; las amargas conclusiones de Schopenhauer se nos antojan divagaciones humorísticas de un hombre de mundo, amigo de sus comodidades, cínico por razones de elegancia intelectual y pesimista más bien por deducción que por sentimiento; Hartmann resulta demasiado teórico para comunicarnos su desesperada visión del mundo, y Nietzsche, enamorado de la vida estruendosa, del baile y del pensar vertiginoso, más atento a la belleza de las formas en que se expresa que a las ideas intermediarias de que necesitaría el vulgo para seguirlo, nos comunica, a pesar del placer, con que destruye toda la fábrica moral en que habitamos, una sensación de rica vitalidad y un como anhelo de inmediata renovación. No así "La vida del comején". Este animal, cuya larga evolución al través de millones de siglos ha traído consigo resultados admirables de especialización y eficiencia, es en sus varias y horribles fisonomías, en los aspectos verdaderamente increíbles de ente supercivilizado, un remedo por anticipación de lo que va a ser la especie humana si continúa por el camino que lleva. El concepto meramente económico del progreso, la interpretación de los valores humanos según la capacidad productora de las naciones o de los individuos y de acuerdo con las facilidades del transporte, nos llevarán antes de lo que suponen nuestros famosos economistas a la condición para ellos ideal del comején y sus colonias.

Hay, además, algo fatal en el movimiento evolutivo de las especies capaces de progreso. El comején, si hemos de atenernos al frío y empedernido testimonio de la geología, es muy anterior al hombre. Se le encuentra en terrenos cuya antigüedad se computa en 250 millones de años. Comparado con esta ancianidad, el género humano es una criatura de pocos días. En ese largo trayecto de siglos el comején ha logrado especializarse, produciendo, dentro de su propia especie, las diferencias de sexo, de aptitudes innatas, de conformación y de hábitos, necesarias para acrecentar la eficiencia de la comunidad en la lucha con la naturaleza y con las otras especies.

Primeramente resolvió el problema de la alimentación. Se debate hoy la inteligencia humana con este ambiguo y complicado problema de las subsistencias, no sin esperar el día en que los químicos saquen del aire, a precios ínfimos, todo lo necesario para que el hombre pueda, en todas las latitudes que le son asequibles, procurarse el sustento a costo mínimo. El comején ha resuelto el problema con una competencia y exactitud que desconciertan por la minuciosidad de los detalles que ha sido necesario prever antes de llegar a tan estupendo resultado. Siendo tan prolífica la única hembra de la colonia, es de suponer que las sociedades animales de este género se multiplican vertiginosamente. Hay parajes del África y de Australia en donde las habitaciones del comején, duras como el cemento, se extienden en grandes superficies de kilómetros y kilómetros cuadrados. Para prevenir los resultados de esa enorme fecundidad de la especie, el comején ha debido buscarse una substancia muy difundida en la naturaleza para hacer de ella su alimento. Halló esa substancia en la forma de la celulosa, o sea el elemento primordial de la madera, que abunda en todas partes. Sólo que la celulosa es indigerible. Era necesario convertirla de substancia rebelde al poder digestivo del comején en materia asimilable. Para llegar a este resultado, la civilización de esa clase de insectos, en una serie de miles de siglos, llegó a descubrir que haciendo penetrar en sus órganos digestivos cierto género de parásitos se hacía posible la asimilación de la celulosa. Esos parásitos devoran y digieren esta substancia llevada por los comejenes a su tubo digestivo. Digerida y expulsada por los parásitos, se hace, a su vez, digerible para los comejenes. Sin contar con que digerida por los parásitos y asimilada y expulsada por el comején, es todavía materia alimenticia para la misma especie, que se complace en digerir y asimilarse varias veces sus propias eliminaciones. De esta manera ha quedado resuelto definitivamente el problema de las subsistencias en aquella república admirable. En tanto Colombia, España, las Islas Británicas, no saben cómo ponerles fin a las dificultades que engendra la carestía de la vida.

En los 250 millones de años de su paso por el planeta, los comejenes han tenido que resolver otro problema pavoroso en ciudades como Bogotá, Madrid y París:

el suministro de agua potable y de baño para toda la población. Este planeta, cuya vegetación y animales no son, según Anatole France, otra cosa que el modo y las alimañas que nacen en los lugares húmedos, contiene regiones limpias y secas donde la vida es imposible, como el Sahara, y algunas ciudades, como Bogotá, donde para vivir tranquilo es condición indispensable beber poca agua y, si es posible, perder el hábito de usarla interior o exteriormente. El comején ha sobrepasado esta triste condición de la especie humana. Posee, sin duda, conocimientos acerca de la manera cómo unos elementos se combinan con otros y puede, en las grandes sequías, acercar el hidrógeno al oxígeno por algún procedimiento más sencillo que el de uso en los laboratorios, y producir el agua que necesita para mantener en las habitaciones la humedad indispensable para conservar la vida, porque su cuerpo blando y suculento se deseca y muere si se disminuye considerablemente la cantidad de vapor de agua que contiene la atmósfera. Además, de este secreto ignorado de los sabios investigadores de la materia, posee el comején el secreto para fabricar el cemento con que forma sus habitaciones, y es indudable que en estas nociones químicas ha adelantado con los tiempos, porque siendo muy anterior al hombre ha aprendido a destruir lo que éste ha creado. Horadaba las rocas o las disolvía a su talante, para salir de una encrucijada o para procurarse los elementos necesarios para hacer el cemento. Cuando el hombre inventó el hierro o el vidrio y trató de encerrarlo con esos elementos, el comején arbitró recursos y con sus propias secreciones descubrió la manera de horadar esas barreras de la humana invención.

De modo que la vanidad del hombre, apoyada en el hecho de que sólo él es inteligente porque él tan sólo progresa materialmente, carece de fuerza y de asiento. La abeja vivió solitaria: hay todavía especies que prefieren las estrecheces de la pareja a la vida en común de la colmena. De la vida matrimonial aislada pasó a la vida en pequeños grupos de varias familias, y todavía se encuentran ejemplos de estas pequeñas comunidades. Siguiendo la evolución de su inteligencia, ha realizado antes que el hombre el perfecto estado social. De progresos morales no es necesario hacer mención: los hombres de 1914 no han avanzado mucho a este respecto sobre los persas de Darío o los romanos de Sulla. La abeja y el comején se defienden de otras especies, pero no guerrean entre sí. El hombre mata al león y al águila para ensayarse en el tiro que ha de usar contra sus semejantes.

El comején ha establecido clases. No sólo hay hembra real a cuyo cuidado corre la conservación de la especie, sino un rey que la acompaña a la manera de los príncipes consortes. Hay también soldados, como hemos dicho; hay obreras y obreros que hacen voto de esterilidad, y, por último, hay individuos del sexo masculino, del

femenino también dotados de alas y de ojos. Es su destino que una de las hembras sea escogida para servir de madre a toda una tribu. En las colonias del comején se conserva, según Maeterlinck, lo que Nietzsche llamaba el sentimiento de la distancia (das Pathos des Abstandes). Si una de las obreras, encargada de alimentar a los innumerables colonos a quienes, debe procurar el sustento, usa de las mandíbulas y le da alimento sin digerir o digerido a medias por ella, es porque se trata de alimentar a un individuo de categoría. Llenando esta misma función con un plebeyo, se contenta con ofrecerle, en una actitud poco airosa, el residuo de su digestión.

Nada hay gracioso, noble ni atractivo en esta vida obscura, de entero sacrificio a una especie de divinidad oculta a las miradas del hombre y acaso también superior, como las deidades creadas por el hombre o la mente de sus inventores. Es una vida supercivilizada y odiosa, en que la razón domina en absoluto, en que la imaginación y el instinto de la belleza no hacen parte de las preocupaciones de una gente entregada a las exigencias de la conservación de la especie y la colonia.

Estudiando de cerca la organización y las actividades de ese pequeño mundo, no es posible sustraerse a la creencia de que cada una de esas unidades no es un individuo, sino un órgano, o más bien una célula de un organismo más vasto denominado colonia. El individuo no existe allí sino para el observador humano que necesita ver ahí el "yo", personaje ficticio que él ha creado para guiarse, tratando de descifrar el pavoroso enigma de la existencia. Maeterlinck pone que la colonia es el individuo y las diversas formas del comején elementos de que se forma la conciencia de la colonia, así como el hombre es sencillamente un campo de batalla en que riñen tenazmente dos clases de células que determinan con sus alternativas la salud o la decadencia de nuestro organismo, o, como dice Nietzsche en sus disertaciones solares "allende el bien y el mal" elevando el problema de lo material a lo estrictamente psicológico: "nuestro cuerpo no es más que el domicilio social de muchas almas".

Buenos Aires, domingo 5 de junio de 1927

El mal del trópico
Bogotá, marzo de 1927

A no haber ocurrido en Europa, a fines del siglo XVIII y a principios del XIX, esa inversión de valores humanos conocida por el nombre impropio y vago de romanticismo podría llamársela enfermedad de los trópicos. Ese gran movimiento de transformación intelectual repercutió con amplitud de ondas en todos los climas espirituales, no tanto por las ideas que puso en movimiento, muchas y trascendentales como lo fueron, sino por la altura y la generosa actividad de los espíritus que las descubrieron o se dieron a propagarlas. Apenas ha habido un período literario en los anales de la inteligencia humana comparable a esa agitación que empezó con Rousseau y difundiéndose como una enfermedad contagiosa por todo el mundo culto produjo maravillosas obras de arte y descubrió valores artísticos no sospechados antes. El mundo occidental produjo entonces la más abundante y más selecta cosecha de hombre de que puede enorgullecerse.

Esa forma de la actividad intelectual parecería un mal de los trópicos si no hubiera tenido su primer representante en la tierra de Calvino. El rasgo primordial de ese movimiento fue la observación introspectiva del individuo, llevada a cabo con una tenacidad y complacencia femeninas. Mirarse por dentro y enseñar a los demás el contenido de esos recintos espirituales y ficticios, designados con el nombre del "yo", vino a convertirse en una actitud distinguida e interesante. Antes de esa época era de mal gusto reconocido y reprobado decir "creo", "pienso", "me parece" y era necesario despersonalizar la expresión con frases tales como, "se cree", "no falta quien opine", "se diría" y otras semejantes. Los hombres del siglo XVIII creían en la ficción del "yo", pero se cuidaban de ostentarlo. Sus herederos literarios casi llegaron a hacer de esa ficción una substancia material analizándola menudamente, por un proceso variado, muy semejante a las manipulaciones del químico, y lo ponían, no sin complacencia, en retortas transparentes y en curiosos frascos tallados, con el nombre de "novelas", "memorias" y "poemas líricos". Seguramente, si los románticos no se anticipan, el trópico habría dado su hombre para crear y propagar semejante estado de espíritu, que es netamente intertropical. El otro rasgo fisonómico del romanticismo taumatúrgico de deformación llegó a hacerle creer a la humanidad en la legitimidad del proceso por medio del cual las cosas no vienen a ser lo que representa su naturaleza, sino lo que nosotros queremos hacer de ellas por medio de la palabra. Esta es otra

manera de ser característica del hombre tropical. Su fe en la palabra es tan firme, su voluntad de servirla tan fervorosa y decidida, que es muy frecuente encontrar a dos sujetos repitiendo alternativamente el uno la palabra "sí" y el otro la contraria, como si por medio de esas dos silabas se llegara, en una especie de conjuro, a alterar la naturaleza de las cosas. Oyendo a los oradores parlamentarios de esta parte del mundo y observando el gesto con que acompañan la oratoria, es fácil percibir cómo es mayor el esfuerzo hecho por convencerse a sí mismos que por llevar a la mente de sus colegas las opiniones de que se hacen voceros. No es otra la causa de esta aparente contradicción, sino que el orador tiene el sentimiento de que está deformando los hechos o trasformando la relación efectiva de las cosas por medio de las palabras. Pero aunque esta dolencia sea más abundante y perniciosa en el trópico que en las demás zonas, no ha de decirse que no se presenten de ella casos típicos en la vieja Europa. Refiriéndose a la caudalosa y sonora elocuencia de un miembro irlandés de la Cámara de los Comunes, dijo una vez Gladstone públicamente: "Es tan buen orador que más de una vez me ha hecho cambiar de opinión, pero nunca me ha hecho cambiar de voto". El orador irlandés poseía la facultad oral de cambiar la naturaleza de las cosas y alterar sus relaciones verdaderas; pero otras palabras sacramentales, compromisos en que se basaba la existencia de un partido, le impedían a Gladstone aceptar esa visión alterada de los fenómenos. Lo cual no quiere decir que las palabras a las cuales tenía que obedecer por razones de disciplina el "Grande Anciano" no ocultaran otra alteración de los hechos y las cosas, acaso más violenta que la producida en el discurso de los demás oyentes por la facundia del irlandés.

Hubo en el siglo XIX, en los días de sus brillantes principios, gentes que tuvieron el don divino de someter las cosas y los hechos al imperio de sus palabras. De la Revolución Francesa surgió un hombre extraordinario, en cuya voluntad sin freno cabía el fenómeno frecuente de encadenar al dictado de sus palabras los sucesos, las cosas en apariencia hostiles. El mundo occidental, anarquizado y fuera de sus cimientos, él supo acomodarlo al prestigio de su pensamiento hablado. Fue un gran creador de frases. Llevó las ideas de la Revolución y las nociones de cultura predominantes en Francia a todas las naciones europeas en cuyo suelo pisaron sus caballos. Más de un siglo ha pasado y la alteración de las relaciones humanas causada por este hombre forma la base de muchos conceptos fundamentales en la política y en el gobierno de los pueblos. Leía los libros de Rousseau mientras vagaba de meditar en los "Comentarios de César", y como otros retóricos anteriores y posteriores a él, acudía a la sequedad de los textos matemáticos como para dominar en sí mismo el imperio de la palabra.

Con la palabra sola, a fines del siglo XVIII, otro de los genios lectores de Rousseau, libertó el espíritu humano de la obsesión de lo inexplicable, precisó los límites del conocimiento y emprendió con grande éxito la explicación de los fenómenos por medio de los cuales la mente humana llega a comprender los aspectos del eterno devenir. Su lógica y su análisis fueron tan implacables, que todavía suscitan en la inteligencia capaz de seguirlos, dudas tremendas sobre la existencia del mundo real. Por la influencia del genio maravilloso de Kant, y por ella solamente, puede uno explicarse que talentos prácticos y serenos como el de Bertrand Russell, matemático impávido y psicólogo de singular profundidad, se haya atrevido a decir que "la hipótesis de que el mundo real no existe no conduce necesariamente al absurdo". Así, mientras Rousseau creaba un mundo nuevo de sentimientos por medio de una palabra cuya fascinación se extiende al través de los mares y de las generaciones, un lector suyo meditando en el origen del pensamiento estuvo a punto de destruir el mundo visible en el cual había descubierto el hombre de Ginebra estados de alma vagamente sentimentales y contagiosos.

Del viejo mundo pasó a los trópicos este mal terrible de forzar con palabras, no solo el mundo de los fenómenos, sino también el mundo de las cosas, aunque no exista. Parece como si hasta el trópico hubiera llegado la frase paradójica de que no hay otro mundo real como no sea el de las ideas. En el trópico americano, un lector de Rousseau, enamorado de su frase, no sin hacerle objeciones a sus ideas y sentimientos, sufrió de la forma típica, y más virulenta de ese mal terrible. Bolívar poseyó el culto de la palabra hasta el extremo de la superstición. Creó frases a la manera napoleónica y tuvo como su contemporáneo la terrible facultad, de transformar las cosas por medio del vocablo. Al cabo de fracasos en apariencia definitivos, resurgía con nuevas fuerzas y su frase imaginativa y vehemente cambiaba el aspecto de los sucesos. Con el cuerpo hundido hasta el cuello, para defenderse de sus enemigos, en una ciénaga cubierta de juncos, se anticipaba el placer y la gloria de formar grandes repúblicas en el curso de pocos años. Creaba ejércitos por medio de la palabra y asistía a su destrucción con bellas frases líricas. La palabra lo arrullaba en el sueño ligero de las derrotas y se transformaba en aureola, saliendo de sus labios en torrentes cadenciosos. Mientras duró la guerra y fue jefe supremo de ejércitos, cuando es posible hacer que la reflexión quede supeditada al vocablo impetuoso y pintoresco, fue su actividad de una eficacia avasalladora. En verdad, de pocos hombres puede afirmarse con tanta justicia que logró cambiar con sus palabras el aspecto y aun la esencia de las cosas. Pero cuando se serenaron los vientos revolucionarlos, cuando vino la paz con el triunfo y fue preciso administrar un pueblo cuyos habitantes habían

sufrido ya el contagio de la enfermedad que hace de la palabra un talismán y no una expresión de las relaciones entre las cosas, adquirió la convicción de que la tarea era extraña a su constitución espiritual, y viendo deshacerse en el éter su mentira vital, aceptó el destino con la serenidad del filósofo estoico y recibió la muerte con valor y con bellas frases. También quiso que ese postrer fenómeno quedase aherrojado en la cadena del discurso.

A Bolívar le debemos en el trópico ese culto de las frases y el prestigio tremendo que tiene la palabra en esta región del planeta. El poseyó la virtud de acomodar un mundo a su voluntad; sus sucesores se imaginan que pertenece a toda la especie humana y a todas las condiciones y estados de la vida ese don terrible, y quieren doblegar el destino con imprecaciones antes que sufrirlo filosóficamente. Entre los gobernantes del trópico, muy a menudo hombres de letras, es usual el salir de situaciones difíciles con artículos de periódico, manifiestos y proclamas. Una tendencia general del espíritu humano lleva estos gobernantes a imaginarse que con señalar el origen del mal y declararlo incurable por medio de frases académicas, sus dolorosas manifestaciones y sus consecuencias trágicas están conjuradas. La capacidad literaria de explicar un desastre y de analizarlo menudamente tiene para ellos valor de eficacia y les reemplaza el sentido de la responsabilidad. Hay más aún. El manifiesto, o la proclama, o el artículo de periódico, requiere de parte de estas gentes, un esfuerzo máximo, y la fatiga que sobreviene por haberlo realizado les produce la satisfacción del deber cumplido. A la pregunta de si han resuelto una grave situación económica, responden diciendo que tienen ya preparado un manifiesto explicativo de las dificultades insuperables que se han presentado. "In principium erat verbum".

En regiones donde reina menor solemnidad de apariencias, la dolencia azota con no menos crueldad a numerosos individuos. Disputaba una vez, hace de algunos años, un hombre de letras que por ser cristiano no dejaba de ser hombre de mundo, y a pesar de su catolicismo rancio poseía el sentido del humor, con otro sujeto de medianos alcances que se imaginaba ser libre pensador. Hablaba el primero de la rapidez con que se propagaba el catolicismo en la gran República Norteamericana y decía que en ese tiempo ya se contaban allí nueve millones de católicos. Replicaba el otro que no eran tantos y señalaba como cifra posible la mitad de ese número. Decía haber estado en la América del Norte y desautorizaba las opiniones de su contradictor echándole en cara que no había visitado aquella comarca. Éste respondía que en efecto, nunca había peregrinado por la patria de Franklin. –"¿De dónde", –decía el libre pensador, –puede usted haber sacado esas cifras?". El otro observaba modestamente haberlo leído en libros de viajeros recientes y en los diarios del momento. No

creía en esas autoridades el agnóstico. Los viajeros suelen escribir sobre los países que visitan aquello que tenían pensado acerca de ellos antes de visitarlos, y los diarios, en su sentir, admiten todo género de afirmaciones, según el día y él humor de quien los dirige. Cuando el hombre de mundo afirmó, para dar por terminada la controversia, que había consultado estadísticas recientes, su antagonista diseñó una sonrisa de superioridad, como si la estadística, para él, fuese inferior al desdén. "Pero entonces", dijo el buen cristiano, "¿cómo ha llegado usted a la convicción de que no hay en aquellos Estados Unidos nueve millones de católicos?". Acorralado el libre pensador, no se dio por vencido y afirmó con entereza: "Yo los he contado". El hombre de mundo aceptó su derrota. Su opositor había sometido el hecho a la tiranía incuestionable de su palabra y estaba satisfecho. Vencía el enfermo del trópico.

Contra este mal no hay más preservativo que abroquelarse con los hechos sin desconocer la potencia espiritual y material que late en los vocablos debidamente empleados. La historia de las literaturas enseña que el hombre a quien debemos la creación de un mundo nuevo de caracteres vivos y eternos incomparablemente más reales que la infinita mayoría de las gentes de carne y hueso con quienes hacemos diario comercio, fue también el escritor que tuvo a su disposición mayor número de palabras. Los que han contado las usadas por Shakespeare las hacen subir a catorce mil, y en nuestra literatura el hombre que dejó impresas en un símbolo eterno las dos apariencias fundamentales del tipo humano es también poseedor del más rico, más propio y más seguro léxico de que pueda ufanarse escritor alguno de lengua española.

La enfermedad que Europa le ha legado, con otras muchas, al trópico americano, al hombre insofisticado y lleno de candor en presencia de la vida, lleva en sí misma su correctivo: para no hacer de la palabra un empleo inadecuado tiranizando con ella a la naturaleza, sea lo primero conocer muchas y saber usarlas con propiedad y mesura.

Buenos Aires, domingo 12 de junio de 1927

Kodak argentino
Bogotá, octubre de 1926

I

José Luis Murature

Es alto, fornido, bien proporcionado. Su figura comunica a primera vista la impresión de la solidez. Su decir es pausado. Oyéndole se adivina que a cada palabra precede una plácida labor de pensamiento. Es peripatético: su discurso avanza con mayor facilidad cuando está acompañado de la marcha. Evita el silogismo, las frases cortas y los vocablos contundentes. Apenas hace uso de los superlativos. Si su aspecto es la imagen de la solidez, su conversación es el espejo de la serenidad espiritual. En su frase la forma es tan atractiva, como el fondo. Cautiva por el tono mesurado y convence por la trama homogénea del pensamiento.

Parece que careciera de grandes entusiasmos, y a quienes le han tratado someramente acaso les cause la impresión de que es un hombre frío y demasiado circunspecto pero bajo el exterior comedido hay una gran vehemencia de sentimiento. Ama a su patria con afecto filial, con calor hondo y comunicativo; pero sus predilecciones de patriota, no le impiden apreciar con ánimo de juez competente los derechos, las virtudes de otros pueblos y los sacrosantos fueros de la humanidad.

Escribe como piensa. Su frase corre vehemente con la austeridad de hombre de ideas que tiene presentes en cada momento las buenas razones que podrían oponerse a su razonamiento. Sabe que las infinitas fases de la verdad pueden crear dentro de la más austera probidad del intelecto diversas y aun opuestas opiniones. Se acerca a los graves problemas de la pequeña política con la misma templanza de que dan muestra sus interpretaciones del grave suceso en cuyas derivaciones va envuelta la paz o la guerra, entre varias Naciones y no por esto carecen de gracia y agilidad sus comentarios sobre el hecho menudo o el incidente ligeramente escabroso de la crónica social.

Si quisiera, podría arrastrar las multitudes con el tesoro de su conocimiento práctico, porque ha estudiado a su gente y tiene a su alcance los resortes del hombre público. Prefiere, sin embargo, el círculo reducido de los curiosos de la idea, con quienes se entrega a las fruiciones de la conversación, en la cual es señor y maestro. La política le atrae sin duda, no como profesión lucrativa, punto de vista desde el cual le parecería ejercicio vituperable, sino más bien como campo de estudio muy apropiado para escudriñar a los hombres y, en la práctica, para servirse de ellos en beneficio del

pueblo todo y si es posible en beneficio de la humanidad. Mas como para acercarse a la política es preciso rozarse con tipos ambiguos, hacer promesas imprudentes, abdicar a veces del principio seguido con amor y convicción desde las horas inquietas de la adolescencia. Murature, que ya pasó brillantemente, y siendo muy joven, por las altas esferas del gobierno, espera que venga la política a buscarle. Vendrá a su tiempo y le hallara sin duda dispuesto a ceder un caudal de ciencia y de experiencia en bien del país y de las ideas que le son caras. Apartado de los negocios públicos, es en su patria un embajador de todas las causas internacionales, justas. En él piensan las mentes directivas de algunos países vecinos cuando alguna cuestión grave de las que se hacen sentir más allá de las fronteras conmueve la conciencia pública. Puede todavía enriquecer los anales de la diplomacia argentina, tan fecunda en actitudes generosas, con precedentes de humana civilizadora aplicación.

II

Tito L. Arata

De pies sugiere la imagen de la espada. Es alto, delgado, erecto. Tiene del arma noble la rigidez, la elasticidad y el brillo. Haciendo vibrar fuertemente una espada fija reciamente por su extremidad aguda, emite un sonido en que se distinguen claramente las letras más sonoras de su nombre, en el cual, figuran justamente aquellas en que la vibración de las cuerdas vocales afecta tonalidades metálicas.

El temple de su carácter, la rigidez con que sigue los principios adoptados después de larga maduración parecían destinarle fatalmente a la carrera de las armas; pero la elasticidad suprema de su inteligencia capaz de medir y pesar las contrarias ideológicas le han traído a ejercer en el periodismo, la obra diaria y tenaz de la persuasión. Mas en la faena escogida es soldado de sus ideas que defiende con gran entereza y con un vivo sentido de las responsabilidades adjuntas.

Es el polemista tomando esta palabra en el rigor etimológico de su significado. Es el soldado de sus ideas. Las defiende con el brío de la juventud y prepara el combate, cuando es necesario combatir con frases y conceptos, trayendo al campo de batalla la reflexión de la edad madura. Sin embargo, las ideas que defiende no le separan de sus amigos, cuando acaso éstos se hallan en las tiendas del adversario. Su mente lo comprende todo, y, sin aceptar con la sonrisa del ironista, las ideas contrarias a sus propias convicciones, sabe ponerse en el lugar de sus enemigos y explicarse humanamente las razones de su obcecación. "Colocado", dice, "en la posición de esos caballeros y no teniendo a mi disposición otros elementos de juicio que los suyos propios, sin duda alguna yo sacaría sus conclusiones".

Por convicción, por temperamento, por la calidad de su educación es ardientemente argentino. Ama a su patria con un fervor inteligente y no hay estudio para él tan placentero como el de la curva que ha seguido el desarrollo de la República Argentina desde 1895 hasta nuestros días. Tiene fe razonada en los destinos de ese pueblo y está firme y listo, como una espada, a todas horas, para defender sus ideales, que en su concepto son los de América y los de la raza.

Trabaja de continuo en la cátedra, en la prensa, en su biblioteca. Sabe abstraerse de las realidades circundantes con una voluntad de acero. Mientras alrededor suyo chocan ideas antagónicas sobre temas encontrados o a lo sumo diversos, él sigue con la pluma sobre el papel las frases de su interesante discurso, destinado a iluminar al día siguiente la razón vacilante de sus lectores. Y al descansar la pluma sobre el pupitre y poner la vista en los camaradas empeñados en resolver un arduo problema social o político de los que agitan al Austria doliente o a la Rusia cogitabunda, no lo hace como quien recuerda de un pesado sueño, sino con el aire sereno de quien había estado siguiendo la discusión y midiendo el alcance de las opiniones discordes. Tiene la percepción múltiple y goza el privilegio de atender a más de una cosa sin debilitar otras facultades de la mente.

III

Enrique Larreta

En su vida, en su pensamiento, en su obra literaria, es el gran señor. El esfuerzo continuo de su metódica y serena existencia es la eliminación de la fealdad en todos sus aspectos y en todas sus madrigueras. Su casa es una obra de arte; su estudio un lugar de recogimiento en donde cada objeto despierta en el que allí se ampara de las trivialidades cotidianas, una memoria clásica de recuerdo de un gran personaje, o de una virtud inmarcesible. Un altar del siglo xv sirve de chimenea; sus amigos que le visitan toman asiento en una modesta silla de brazos donde reposó de sus fatigas Santa Teresa, o meditó en la miseria de las grandezas humanas la melancólica inteligencia de Felipe Segundo. Para hacer la cómoda, la elegante y discreta casa de campo, donde pasa el verano y podría pasar el invierno, ha escogido el ambiente, ha descubierto en la Pampa el milagro de las rocas enhiestas, sobre las cuales se alza una fábrica de bello tipo español que difunde la alegría como una bendición sobre las plácidas llanuras, limitadas a lo lejos por dulces colinas, brazos de granito con que se enlazan la tierra y el cielo ante las crédulas miradas del poeta.

El jardín invita al ensueño, el parque exalta en el espectador el sentimiento moderno de la naturaleza. En ese ambiente, donde la fealdad no tiene asiento ni en

las obras de la naturaleza ni en los adornos con que el buen gusto ha querido humanizarla, se percibe el influjo de las formas dignas, de la proporción y la medida sobre el carácter. Con una esencia de belleza que se difunde por dondequiera, la naturaleza emana, a un mismo tiempo, efluvio de bondad.

Enrique Larreta ha enriquecido la literatura española con un penetrante y minucioso análisis de la vida española en el siglo xv. Su extraordinaria probidad intelectual, en un siglo de producción festinada y mercenaria, le llevó a vivir durante largo tiempo la vida de Ávila y de otras antiguas ciudades españolas, a visitar los conventos y las moradas seculares del pensamiento español, para levantar en su espíritu esa imagen de cuatro dimensiones que viene siendo el espíritu español del siglo xv y xvi en las páginas evocadoras de "La Gloria de Don Ramiro".

Ni su pluma ni su inteligencia se dan punto de reposo. Sin descuidar las labores del campo, que le atrae irresistiblemente, y con un género de mística posesión, ha escrito sobre la vida del hacendado una novela que todavía no ha visto la luz pública y que será una revelación sobre los aspectos naturales de la Pampa y sobre las pasiones, los anhelos y la fuerza espiritual oculta de esos hombres que le arrancan a la tierra argentina el alimento de una gran parte del género humano.

Enrique Larreta el hombre que innova, eleva y deleita las apariencias ingratas de la vida, que propaga con su palabra y con su ejemplo el culto de la belleza, es una de las actividades que más han contribuido a enriquecer la vida intelectual argentina, tan opulenta en ciertos aspectos, tan original y exquisita en otros. Saliendo de la juventud no ha entrado aún en la vejez. Está en contacto íntimo con la juventud artística y pensante del día, sin haber puesto solución de continuidad entre su propio espíritu y el de las generaciones pasadas a quienes se debe la creación de la nacionalidad argentina. Con una leve sombra de ironía lo comprende todo y tolera sabiamente aquellas maneras de pensar o del decir que más pugnan con su naturaleza de artista. Ninguna forma de arte le es extraña. Le causaría gran sorpresa y tal vez dolor punzante descubrir algún día que hay formas de belleza en las artes, en la literatura, en la madre naturaleza que le fuesen adversas o escapasen a su comprensión. No tiene para él secretos la pintura, cuya historia conoce como un erudito y cuyos recursos ha estudiado en la práctica, con diligencia y éxito. Ama la escultura; le deleita la música; es juez de valores literarios con gran riqueza de noticias sobre autores y libros en varias lenguas y en muchas épocas. Es un deleite oírle referir las excelencias del carácter descubiertas por él en el trato con hombres de fúlgida reputación, y saber de su propia experiencia el desencanto que surge de comparar la vida de ciertas celebridades con la idea que de ellos nos solemos formar discurriendo por sus obras.

La obra interesantísima que Enrique Larreta va a escribir algún día, obedeciendo al mudo reclamo de sus contemporáneos, es la historia de su vida o las memorias de los hombres a quienes ha conocido y no las han escrito.

IV

Enrique Loncan

Figúrese el lector un grupo de intelectuales que comentan el suceso político de día. No un cenáculo donde todos piensan lo mismo y se profesan sincera y francamente admiración mutua, sino una reunión heterogénea de jóvenes y gente madura, conservadores y progresistas, clásicos y modernos, unos que son ricos y no lo saben, otros que no siéndolo agotan la vida en la creencia de que van a serlo, hombres unos de ciencia, otros de letras, médicos, abogados, poetas matatiempo y negociantes de extrema habilidad y diligencia. Se trata, por ejemplo, de una interpelación acerca de las relaciones con la Santa Sede. El Gobierno es desollado con frases como disciplinas por un joven periodista que se ufana de no mezquinar con término adecuado y vibrante. Un hombre ya maduro dice contra la Curia verdades más o menos amargas y censura la conducta equívoca y desconcertante de las autoridades en presencia de un problema sencillo. Después de las opiniones extremas hay mentes de reconocida templanza que sugieren explicaciones conciliadoras y hacen ver que el conflicto rueda sobre un equívoco. Hay un silencio, un silencio incómodo que se prolonga por algunos instantes. De repente un joven rubio, ya un tanto desnudada la frente y la parte anterior de cráneo de tez fresca y rosada, robusto, de mediana estatura, ojos vivos y pequeños, boca expresiva, en donde la vida no ha puesto aún el mohín del desengaño, separa los pies que tenía juntos y sin alzarse del sofá donde escuchaba, sentado, con grande atención y perseverancia, el debate político le pone fin al silencio ya inquietante con esta pregunta:

–¿Cuántos automóviles privados hay en Buenos Aires?

Los circunstantes le miran, se miran unos a otros, y con esa frase inesperada y sedante vuelven a adquirir la libertad personal que les había arrebatado la discusión. Unos toman su sombrero y se retiran, otros vuelven a empuñar la pluma de fuente para continuar la tarea cotidiana, otros se ponen a pensar en las falacias del mundo real y otros bajan el tono de la voz y se ponen a conversar discretamente con el caballero que ha formulado la extraña pregunta, cuyo nombre es Enrique Loncán.

Del cual podemos decir que es el "homo socialis", el hombre sociable por excelencia. Esa pregunta obedece a la seriedad con que este hombre admirable cumple sus funciones de exquisita sociabilidad. Había visto que el debate estaba agotado. Los que

tenían alguna idea ya la habían dado a circulación y los que ya sea por no tenerlas, o porque poseyéndolas no querían entregarlas a la consideración de las gentes, buscaban una ocasión para romper el círculo de la discusión. El silencio era el malestar de quienes habiendo hablado, sin haber podido expresar todo su pensamiento temían hablar más y correr el peligro de un mayor extravío, y también la inquietud de los que no habían hablado porque su palabra suele ser enemiga del pensamiento. En ese ambiente la pregunta de Loncán era una frase libertadora.

Es este robusto ingenio el ser eminentemente sociable en un medio en que la sociabilidad es el rasgo distintivo. Es difícil ver solo a Loncán. Si acaso va alguna vez de prisa, en compañía de sí mismo por la calle Florida o la de Rivadavia, es seguro que va en pos de alguna persona que requiere sus servicios sociales. O es un amigo triste que necesita consuelo, o es una señora que necesita a su alrededor un gran caudal de alegría porque está contenta y ha convidado a un número de amigas con ánimo de comunicarles su excelente disposición de espíritu. Loncán tiene esa virtud insuperablemente franciscana de alegrarse con los alegres. Entre los benefactores de la especie humana ocupara un lugar de elección en el cielo de la inteligencia. El hombre triste que escribe estas líneas vuelve al Sur sus ojos en las tenebrosas horas de la melancolía esencial y orgánica, diciendo: "Si estuviera presente Enrique Loncán".

Y está presente. Escribió un libro "Charlas de mi amigo", cuya virtud esencial es una alegría discreta, diseminada en un ambiente espiritual, lleno de gracia y de la sal del conocimiento. Este libro donoso y leve como los pecados del amor verdadero me hizo conocer a Buenos Aires antes de visitarlo, y releyéndolo a tal distancia, como si estuviese en otro planeta, renuevo en la memoria con deleite perfumado horas de cordial y discreto esparcimiento.

Es orador. Yo diría más bien en que es el orador argentino por excelencia. Tiene todas las virtudes de la raza. Ama la frase precisa y el vocablo apropiado. Desconfía de la abundancia tropical y profesa una santa y razonada aversión a las formas correctamente insulsas y ampulosas de la oratoria clásica. Cuando se alza para dirigirse al auditorio, ya puede verse en sus ojos la iluminación de la idea. Su frase concuerda con su pensamiento como la hermosura con la salud, y al oírle terminar un concepto queda en el espíritu del oyente la sensación de la plenitud.

V

Alberto Gerchunoff

Sentado asume sin saberlo actitudes episcopales. Su rostro iluminado por dos ojos salientes e inquisidores recuerda la facha sacerdotal y bondadosa de Ernesto Renán.

Andando es temible. Cuando mide a largos pasos la estancia donde se oye el rumor de las ideas, todos esperan el dardo alado que suele escaparse de sus labios en forma de sentencias lapidarias y a veces históricas.

Nació para convencer, para enseñar, para difundir por todas partes las dulces nociones sobre la bondad y el encanto de la vida; pero un hado inclemente le colocó en los primeros años de su vida en el palenque de violentas pasiones que es la prensa política. Allí aprendió las artes de periodista moderno, aquilató las formas de su prosa y depuró el finísimo sentido de la belleza verbal con que fue dotado generosamente por la madre naturaleza.

En un medio donde los maestros del decir han buscado afanosamente sus modelos en la literatura francesa pasada y presente, tan clara, tan rica en recursos de dicción y tan apropiada para las ideas precisas como para los matices blandos y evanescentes, él, sin descuidar el trato con sabios maestros se dio en un tiempo, todo entero al cultivo metódico de los Clásicos españoles. De ellos ha sacado una dulzura de frase con fluidez de expresión rara en los escritores americanos. Lleva en sus venas sangre de aquellos poetas que dijeron

> In salicibus in medio ejus
> Suspendimus organa nostra,

y en veces su prosa recuerda la dulzura infinita de los dulces poetas de Israel. Es un sentimental a quien la facilidad emotiva no ha podido alejar del contacto con la realidad. Es un apasionado de las ideas y de los sentimientos, y en su obra literaria predomina el gusto por los símbolos, por el análisis de tipos reales o ficticios que son como un espejo en que aparecen netas y salientes las cualidades y los defectos predominantes del género humano.

A la manera de los grandes sentimentales como Byron y Heine, a quien admira con honda compresión y generosa simpatía, usa frecuentemente y con ferocidad en veces las armas del ironista. Sin embargo, más cauto que sus modelos y más reflexivos que ellos, prodiga estas formas de expresión con más frecuencia en el discurso hablado que en las expresiones deliciosas de su pluma diligente y vivaz.

VI

Enrique García Velloso

De estatura menos que mediana, como César, Napoleón, Bolívar, lleva dentro de sí un espíritu que se difunde con la fuerza de los elementos. Vestido de negro, lento en

el andar, la mirada fulgurante tras el cristal purísimo de sus gafas, es la imagen externa de la alegría de vivir. Nadie le vio nunca ni triste, ni abatido, ni siquiera preocupado. Sufre en silencio, con la sonrisa en los labios, y muchas veces, cuando suscitaba en los demás la franca y ruidosa carcajada con el dicho agudo, con la anécdota salada o el retruécano intencionado y rico de insinuaciones, llevaba por dentro el torcedor de una pena profunda o la expectativa de un rudo golpe de fortuna.

Sabe reírse de todo. Toma la vida en serio pero se ríe de ella. Comprende la trama sórdida de los negocios, pero pasa por entre sus mallas incólume con la sonrisa del que ha aprendido en el peligro a librarse de él. Se ríe de sí mismo y de los demás hombres con una viva simpatía humana. La ciencia provoca sus comentarios burlones, el arte que adora y que profesa con fe de convertido, la política, las letras, la historia y la leyenda, nada escapa al comentario risueño de esta sutil inteligencia. Conoce a Buenos Aires desde los barrios bajos y los distritos tenebrosos hasta las alturas en que se ciernen la inteligencia, la belleza femenina, los grandes artistas y la poderosa e irresistible banca. Ha vivido entre artistas acaudalados y también con los bohemios del libro, de la escena y el periodismo. Conoce el teatro por dentro y por fuera y a ese doble conocimiento que tuvieron Shakespeare e Ibsen, le debe García Velloso sus éxitos más notables en el tablado nacional.

Decía que se ríe de todo; pero creo necesario agregar que entre los blancos de su alegre burla debe contarse la muerte. No sé que se haya reído de la ajena; pero me consta que se rió, con mueca inteligente y graciosa de la suya propia. Los médicos de París y Madrid, siguiendo con todo rigor las previsiones de la ciencia, le condenaban, adoloridos, pero inexorables, a la pena capital y querían confinarle en su cuarto a esperar la llegada de la "grande gueuse". De mejor humor que "Thánatos" se escapaba del lecho riendo de la medicina y de las drogas con la alegría serena de que no ha hecho daño a nadie. Con el aroma de finísimas esencias; con la discreta elegancia de las enfermeras que pasaban, leves como hadas, levando tisanas y compresas; iluminado por una ampolla eléctrica entre cendales trasparentes blancos, verdes y azules, el cuarto del sanatorio, donde habían puesto su lecho de muerte, más parecía "boudoir" de siglo XVIII que sala de operaciones en una enfermería madrileña.

Los médicos tenaces en su empeño de darle al dramaturgo argentino sus credenciales para representarnos en el otro mundo, le cortaron no una sino muchas veces en pedazos desiguales y, cuando estaba pronta la mustia faramalla para acarrear los "membra disjecta" a la morada del reposo eterno una carcajada de Enrique, imponente y sonora como un conjuro, reunía las partes disgregadas y nuestro hombre volvía a ponerse en pie, a pesar de la ciencia y para regocijo de amigos y enfermeras como si no

le faltasen interesantes fragmentos de su organismo. Le salvaron de aquella tremenda conspiración de la ciencia y las drogas. La voluntad de vivir que dijo Schopenhauer y la alegría natural de su temperamento, luz rosada que baña apaciblemente su noción filosófica del mundo de sus encantos y vanidades. Ha hecho de su vida como algunos personajes de D'Annunzio, una obra de arte y los hados benignos han contribuido generosamente a completar la "estatua de su inteligencia".

Quienes no le conocen pueden tomarle por un inactivo. Su porte es sereno, su andar medido sin solemnidad; odia los movimientos rectilíneos y las soluciones prematuras. Pero dentro de las amplias curvas de su actividad surgen de continuo obras y pensamientos fecundos. En el año que cursa escribió dos obras didácticas, cuya preparación demanda estudios sólidos abundantes de lecturas, confrontación de textos. Dio en el mismo periodo tres o cuatro obras nuevas a la escena y su espíritu incansable se atrajo la atención de un público exigente en conferencias sobre arte, sobre historia literaria, sobre la comedia nacional y los orígenes del teatro argentino sin olvidarse de sus cátedras de literatura y declamación ni de los diarios y revistas cuyas columnas engalana con una prosa cristalina y fácil como es el pensamiento de los bienaventurados.

Olvidaba decir que es un amigo excelente y que es mejor no hacer de él un enemigo.

VII

Parravicini

Importa designarle omitiendo su nombre de pila. El apellido solo basta para caracterizar su manera cómica abundante y regocijada, para fijar ciertos aspectos de la escena argentina y para darnos idea de las predilecciones del porteño en materia de humor y de espectáculos teatrales.

De Shakespeare dijo alguno que el mundo había sido creado y el hombre puesto en él como señor y dueño para que el gran dramaturgo inglés tuviese tema y anjeo para sus humanas representaciones. De Parravicini podrá decirse que fue destinado por especial decreto nominativo de la Providencia a la representación de Falstaff. Shakespeare cumplió su destino como buen inglés. Parravicini, como irreductible porteño, ha excusado el nombramiento y desdeñando a Falstaff, se ha puesto a crear sus propios personajes en la escena. Pero en la vida no ha podido eludir las consecuencias de aquel decreto. Su figura, su gesto amplio y bondadoso su vientre opulento, el aire negligente de su fisonomía ante la vida y los hombres, recuerdan al personaje de las "Alegres Comadres de Windsor". En el teatro su vena cómica es irresistible. La

naturaleza le ha dotado con facultades de sagaz observador, con un talento imitativo vario, fidelísimo, penetrante, y el medio en que ha crecido le ofrece una multiplicidad infinita de tipos y costumbres dignos de poner en caricatura. Es un artista de la imitación deformada, pero en sus caricaturas hay algo más que una imagen violenta en el sentido caricaturesco. Parravicini sorprende el alma de los tipos originales y en la mueca, en el acento, en el andar, en el vocabulario se perciben estados de alma cuyo conjunto da una semblanza escorzada pero fiel del ejemplar humano puesto en solfa.

La abundancia de su verbo y la capacidad de percibir el detalle grotesco, aun en los tipos heroicos o en las actitudes sublimes, obran de un modo infalible sobre el auditorio que ha formado su gusto en la misma escuela, en el mismo ambiente de donde ha sacado Parravicini sus tipos inmortales. Es usual que los encargados por el destino de divertir al público desde la atmósfera artificial del tablado haciendo uso de las numerosas convenciones aceptadas en ese ambiente, pierdan un poco el contacto con las realidades cuotidianas. Parravicini ha vivido la vida en todos sus aspectos con plenitud y lo mismo conoce el hall de los grandes hoteles cosmopolitas y los salones del potentado, que la tienda del comerciante en pequeño, los usos de la playa de moda y las costumbres de los varios Monte Carlos que la civilización ha creado en las variadas zonas del planeta para hacernos olvidar las flaquezas del prójimo y la inanidad de nuestros esfuerzos en busca de felicidad.

VIII

Lugones

Es sin duda Leopoldo Lugones, poeta, novelista, filólogo, investigador de la naturaleza, biógrafo, historiador, periodista, escritor político, bibliófilo, geómetra, orador, una de las inteligencias más brillante y más extensas de la América y la época. El Continente lo sabe, Europa no lo ignora. Lugones lo sabe también, García Calderón espíritu refinado y gran catador de valores intelectuales, le ha comparado con Goethe por la universalidad de sus talentos y por la calidad de su obra poética. La comparación es justa, por lo que hace relación a la primera época del Musageta alemán; pero en el conjunto de la vida y de la obra de los dos poetas, se echa de menos en el americano la serenidad perfecta del autor de "Ifigenia", "Verdad y Poesía". Sin embargo, Lugones es relativamente joven y es posible que al llegar a los sesenta, en la plenitud de la producción literaria, quiera darnos el espectáculo de la clásica ecuanimidad. Hasta hoy la señal distintiva de su actividad y de su obra literaria es la inquietud, la aspiración continua a superarse, la necesidad de conocerlo todo y acercarse a los más

variados aspectos de la vida y del conocimiento con ánimo de señor y dueño, como el mismo Goethe.

Ninguna forma de arte le es extraña, ningún sendero de la ciencia ha dejado sin explorar. La sonrisa de los especialistas que le oyen hablar de estética, de filosofía moral o de matemáticas le tiene sin cuidado. La fuerza principal de su carácter está en el valor meditado con que desafía la impopularidad, entre los jóvenes, y las señales de desaprobación, entre los académicos. En un tiempo se ganó el favor de las multitudes sin buscarlo. Más tarde las juventudes literarias hicieron de él su ídolo sin que lo hubiera solicitado. Hoy se encara valerosamente con toda una generación literaria y desafía no sólo el pensamiento y la doctrina de los recién llegados, sino también las ideas que él mismo sostuvo hace veinte o más años. Y al revés de los pensadores que, cambiando de rumbo y de actitudes, siguen, por una ilusión de óptica moral, imaginándose que no han cambiado ellos sino los tiempos y sus juveniles intérpretes, Lugones afirma que ha cambiado y se ufana de la transformación habida en su concepto general del universo.

Es ante todo un poeta. En toda su obra se percibe la temperatura cerebral que es carácter distintivo de la creación poética. Ama las palabras por las palabras mismas y ese amor tenaz, esa abundancia sentimental y desbordante que hay en su naturaleza se ha ejercido principalmente en la aclaración del vocablo. Para poseer mejor estos signos de pensamiento humano ha escudriñado y escudriña con amor, puesto al servicio de una fecunda imaginación, el origen de las palabras y las instructivas fases en las alternativas de su significado al través de los tiempos. Ese amor explica su fuerza como orador. No pierde el equilibrio ante las bocas de fuego que son las miradas de un auditorio hipercrítico, porque ha logrado con su memoria incorruptible formarse un léxico abundante y adquirir un dominio absoluto de la palabra. Un orador es, por lo general, un individuo que crea por medio de las palabras un torrente de emoción que arrebata a los oyentes y acaba por arrastrar en su ímpetu al hombre que le ha dado nacimiento y curso. El orador se deja a menudo llevar de las palabras y sufre su dominio absoluto. Lugones tiene siempre la brida de estos corceles con mano fuerte. Dice cuanto iba a comunicarle a su auditorio y lo dice en la forma adecuada al tema y al rumbo de sus ideas; escoge el adjetivo, la antítesis, la metáfora apropiada con el celo metódico con que el naturalista dispone sus tipos y variedades en el tranquilo herbario.

Su patriotismo es vivacísimo, forma parte característica de su conformación ideológica, vibra como sus ideas, se comunica por ráfagas intensas y, si es cierto que su pensamiento ha variado en más de un rumbo de la esfera intelectual, su amor a la Argentina es inmutable, celoso, y asume las formas del sentimiento religioso. Su

patriotismo es un culto. Esto no impide, sin embargo, que la idea americana sea objeto especial de sus preferencias y dedicación razonada. Es americano por convicción y defiende las ideas un tanto vastas y por ello confusas que tiene a este respecto con argumentos brillantes que se van renovando así como cambia la posición moral relativa de las naciones que forman el Continente.

Su vasta cultura de tipo francés abarca varias literaturas antiguas y modernas. Una de las pocas limitaciones de su generoso espíritu era la indiferencia ante el panorama cultural de la España contemporánea. Su espíritu, abierto a todas las influencias, ha empezado a interesarse en la vida total española desde el día en que un golpe de estado echó por tierra en la Península el régimen parlamentario, contra el cual tiene puesto hace algún tiempo el erizado ariete de su dialéctica. Se complace en hacer vaticinios políticos y no pierde ocasión de señalar aquellos que se realizan. Si gobernar es prever, no hay duda que Lugones ayudando a regir los destinos de un pueblo en el consejo íntimo de un poder ejecutivo inteligente habría llevado a efecto obras meritorias. Creo que uno de los reproches que sus admiradores les hacen a los dirigentes argentinos es no haber sabido aprovechar en beneficio de la Argentina las capacidades previsoras de esta mente tan rica.

Su poesía es señaladamente personal, rica en imágenes vivas y originales que crearon a su tiempo una manera de escuela y suscitaron numerosos imitadores.

Sorprende curiosas analogías entre la apariencia de las cosas y los estados del alma. Su imaginación les comunica movimiento y vida a los objetos inanimados que describe por medio de metáforas, con las cuales se ilumina el ambiente espiritual como si pasase un rayo solaz. Sus mejores poesías más características de su talento literario comunican la impresión de la ráfaga; porque su modo de percibir las relaciones entre los objetos y de combinar las ideas tiene algo de la tormenta. Naturalmente ha hecho versos de otro género. Acercándose a la madurez se dejó fascinar por la elusiva manera de Pascoli e hizo un apreciable volumen de viñetas del natural, en que parece como si hubiera querido moderar el ímpetu de su imaginación. Más tarde ha fijado en rimas adorables el amor reposado y sereno de la edad madura. Las nuevas escuelas poéticas del "verso libre", de la movilidad futurista, del expresionismo le han dejado indiferente. Piensa todavía que fuera del ritmo y de la rima no hay verso digno de este nombre.

Sus prosas de combate fueron vibrantes y luminosas como la hoja de acero. Su razonamiento es impetuoso como el torrente y lleva piedras entre la espuma. Es un gran dialéctico. Narra menos bien que discute y en sus novelas como en los maravillosos panoramas de la vida espiritual eslava montados por Dostoyewski, lo más

interesante es lo que dicen los personajes, sobre todo aquellos encargados de explicar una manera de entender el universo.

Es un amigo fiel. Respeta la amistad como el griego antiguo o el árabe de la leyenda. Pierde admiradores o se los gana según maduran o se eclipsan las ideas acariciadas un tiempo por su insaciable instinto de conocimiento; pero sus amigos están siempre a su lado, quiero decir los que comprenden sus ideas y saben distinguir entre los fulgores y oscilaciones de la llama cerebral, el ascua viva de su corazón que arde sin consumirse.

IX

Carlos Alberto Leumann

De pequeña estatura, delgado y robusto, todo en tendones y músculos, ojos pequeños, vivaces, de un brillo penetrante que inquita al interlocutor; la voz opaca, la palabra mesurada como si rindiese siempre algún informe sobre materia grave, Leumann habría sido el rival más temido por aquel atormentado de Claude Larcher, porque en lo exterior y también en algunos de sus modos esotéricos nuestro amigo es el espejo del "homme á femmes", del hombre que comprende y domina a las mujeres y es admirado por ellas.

Ha escrito una novela psicológica de excelentes virtudes literarias, de fecundo y minucioso análisis, en un estilo penetrante, meditado y sereno que hace pensar a veces en las páginas reveladoras de Senancour. Su capacidad de trabajo es sorprendente. Se le ve inclinado durante horas y horas sobre las páginas en la reconstrucción de una conferencia o de un largo coloquio y sale de su empeño con una obra en que está cuanto dijeron el conferenciante o el interlocutor, pero en la mayor parte de los casos embellecido o mejor expresado. Suele escribir cuentos en los cuales una idea substancial reverbera en las páginas brillantes como el aire caldeado sobre las arenas del desierto, y versos también, de factura delicada, de alcance filosófico y mucho sentido poético.

Su modo espiritual, eminentemente varonil, explica su predilección por la compañía de la mujer. Entre hombres su porte está morigerado por la necesidad de tocar temas que no son de su devoción. En la sociedad de las mujeres muestra todo su ingenio en observaciones curiosas sobre la psicología femenina a cuyo estudio le dedica sus horas de ocio, que son pocas en verdad, pero muy bien empleadas. Su tema favorito, que sabe desarrollar con grandes reservas de observaciones esenciales, de razonamientos invulnerables y copiosos, es la superioridad de la mujer hispanoamericana, comparada con el hombre de estos países. Esta excelencia no solamente

está en la belleza, como pudiera pensarse, sino también en la inteligencia, en la sensibilidad, y en el carácter. No es posible destorcer sus argumentos y si todos hubieran tratado las mujeres con quienes él dilucida los curiosos temas de su predilección, serían probablemente de su mismo sentir.

Las mujeres, de su lado, tienen en grande aprecio la obra y el talento de Leumann. Le discuten, sin duda, pero le admiran en un círculo femenino de unidades muy inteligentes. Alguna de ellas ha dicho, comparando a Leumann con otro escritor amigo suyo: "Leumann escribe mejor que habla; su amigo habla mejor que escribe, y la expresión oral en Leumann deja mucho que desear". La parte final de juicio tan severo iba encaminada más bien que a disminuir a Leumann como artista de la conversación a aniquilar a su amigo como escritor. El cuarto término de la comparación resultaba en efecto un valor exiguo.

Leumann no ha dado aún más que una parte inconspicua de lo que dan derecho a esperar sus talentos, su variada cultura y su capacidad de esfuerzo. Dicen que se prepara con el tesón castellano y germano de su abigarrado carácter, para ocupar la escena con obras de su fantasía. Si es en la acción tan fácil y ligera su inventiva, como ha sido penetrante su análisis en la novela, tendremos sin duda un éxito máximo. Importa no olvidar, empero, que la inventiva dramática no siempre se acompaña en un mismo sujeto con la profundidad analítica. "Vederemo".

Buenos Aires, domingo 19 de junio de 1927

Kodak argentino II

X

Juan Pablo Echagüe

"Jean Paul", le dicen hoy en los círculos literarios y aun fuera de ellos muchas personas ignoran acaso que fue Echagüe quien le dió fama a este nombre del cual se valía como seudónimo para firmar artículos de crítica teatral y otras producciones. No sé si al elegir este nombre de combate quiso el agudo crítico recordar la actividad literaria del portaestandarte reconocido del humorismo entre los románticos alemanes o simplemente traducir en francés sus nombres de pila para ocultarse a las miradas del público. No es de creer que le moviera el recuerdo de Jean Paul Richter, poeta, novelista, crítico doctrinario, hombre extraño, muy adicto a la paradoja en el pensamiento como en la práctica de la vida y escritor nebuloso y desproporcionado. Nada tienen en común el autor de "Siebenkas" y Juan Pablo Echagüe que no es ni un humorista ni un escritor paradójico ni un espíritu nebuloso. Como crítico Echagüe es la claridad misma; es el buen sentido puesto al servicio del público para guiarle en la apreciación de las obras puestas en escena, o para hacer presentes los méritos, las limitaciones y deficiencias de autores nacionales y extranjeros hayan dado o no sus obras a la escena argentina.

El Jean Paul argentino, natural de San Juan, es un hombre alto, de anchos hombros, de andar reposado, casi solemne, de habla mesurada, tan lejana del decir afectado o dogmático como de las latitudes del lugar común. Cuanto sabe lo sabe sólidamente y no pretende hacer cátedra cuando habla o escribe. Conoce el teatro argentino como pocas personas y está profusa y metódicamente informado sobre el teatro clásico español y francés. Ha paseado su curiosidad intelectual por los ámbitos del teatro extranjero contemporáneo y es una autoridad competente en ésta y en otras materias. Es profesor de la historia del teatro y ha ejercido con gran autoridad la crítica de los espectáculos en un diario cuyas opiniones en ésta y en otras materias son escuchadas con atención por los hombres de pensamiento en Buenos Aires y en otras Capitales.

Formó su espíritu y sus gustos literarios en una época de renovación, la más considerable acaso que hayan experimentado las letras castellanas en todo el curso de su historia. Pero no habiendo sufrido el influjo de las corrientes anteriores no es un ente de transición, y de allí dependen su naturalidad como escritor y la serena

actitud de su inteligencia ante las viejas y las nuevas formas. En un mundo de gentes premurosas, amantes de lo nuevo por la novedad misma, inquietas y desazonadas con el prurito de destruir lo existente, cualquiera que sea el resultado de su impaciencia en demoler, Jean Paul da la impresión de la ecuanimidad y la ataraxia, y como el sabio mosquito de la fábula, chupa la miel literaria cuando es buena

> y Jamás averigua
> es moderna o antigua

XI

Margarita Abella Caprile

Su nombre tiene la cadencia sentimental de los diminutivos, en que es tan rico el decir americano, y sus amigos admiradores han reforzado la emoción que despierta añadiéndole la desinencia de ese encarecimiento. Delgada, alta y flexible, libre de toda afectación, suscita, cuando pasa, o de pie frente a un auditorio, la idea de la elegancia espiritual. La elegancia es, en efecto, el carácter distintivo de su obra literaria, la elegancia que tiene por base la naturalidad. Evita en su obra las efusiones demasiado vivas; vierte sus emociones en una lengua sobria y no pone delante de público las más íntimas de su alma. Sus versos tienen la severidad y reserva de la prosa de Merimée. El peligro de la excesiva confidencia es el mayor de los que corren los poetas líricos y el que sortean muy pocos guardando la proporción de uso en las relaciones sociales. Desde Safo hasta la incomparable Virginia Victorino, la poesía femenina vacila y a veces zozobra en el escollo de la confidencia excesiva. La autora de "Perfiles en la Niebla" nunca pasa los límites de la discreción, ni le cede al público de su rica vida sentimental más de lo que suele confiarles el hombre de mundo a las gentes de sociedad. Prefiere analizar más bien que los menudos detalles de su propia vida sentimental, como suelen las grandes adoloridas de la hora presente, el apasionado interés que le inspiran los objetos inanimados; se duele sin abundancia de la injusticia universal, y de la envidia circunstante en formas abstractas y les infunde con el sortilegio de su palabra vida y emociones al árbol, a la nube que pasa y a las ondas que se abrazan a la ribera en un dulce gemido. Sus propias emociones en presencia del individuo las tiene guardadas en el cofre de su vida sentimental. Sin exagerar el lirismo le comunica al mundo las impresiones que causa en su refinada sensibilidad el espectáculo del universo y por excepción los sentimientos de rebeldía que la necedad humana, la envidia ciega o las ambiciones sin freno despiertan en su natural compasivo y amante de la justicia. Más allá de lo abstracto no pasa su inspiración sino

cuando hace hablar a los seres inanimados o cuando interpreta con la magia de su palabra los movimientos y la voz cadenciosa de las criaturas a quienes la presunción del hombre ha querido privar de razón.

Su experiencia de la vida ha de ser limitada, porque se ha movido en un ambiente donde la mujer de su edad apenas conoce de las miserias actuales un eco vago, y percibe a lo lejos una imagen imprecisa de la sociedad y de sus luchas; pero los hados la han favorecido otorgándole el instinto adivinatorio con que la antigüedad regaló a sus poetas máximos. La intuición completa en ella lo que le ha negado la experiencia, y una sensibilidad capaz de registrar los más leves cambios de la vida emotiva realza el valor de su clarísima inteligencia. En la mujer es frecuente que la sensibilidad, se adelante al entendimiento y haga sus veces con donaire y no sin precisión. En los medios sociales de Buenos Aires donde se discuten con gusto regido por el conocimiento los variados aspectos de la vida intelectual y artística, Margarita es un valor cultural y su obra un motivo de intensa curiosidad.

Meditando en la cooperación de la mujer argentina en la creación y desarrollo de la nacionalidad, se comprende mejor la impresión de plenitud y grandeza que causa la obra de sus grandes hombres. Sin el auxilio constante de la mujer, sin el apoyo de su inteligencia, los creadores de la República y los que la elevaron al rango de potencia económica y centro cultural, no habrían acabado obra tan completa y admirable. El mérito del varón argentino estriba en que si acaso no buscó esa cooperación de un modo consciente, no hubo de rehusarla como ha sucedido y sucede todavía en muchas comarcas dominadas por la estirpe latina. El extranjero que visita Buenos Aires siente de improviso a su llegada el influjo benéfico de la mujer a orillas del Plata. Contribuye sin descanso a la ilustración de las masas desde el Consejo Nacional de Educación; llena puestos de importancia en la labor docente y mantiene en actividad instituciones destinadas a propagar la ciencia, el gusto por las artes, y el conocimiento de otras civilizaciones. No se desdeña de competir con los hombres en las lides de la inteligencia y es tal vez la República Argentina el país de América donde es mayor el número de las mujeres que se dedican al cultivo de las ciencias y de las gentiles disciplinas. Ni las patricias, ni las jóvenes de la clase media, ni las favorecidas con el usufructo de grandes fortunas desdeñan el saber, ni tienen por cosa de poco momento el estudio o el esfuerzo por entender. A esto se debe sin duda el carácter de fuerza, de gracia y de armoniosa complejidad que descubre el extranjero al estudiar la sociedad bonaerense.

Margarita Abella Caprile es un índice de su clase y a un mismo tiempo un producto refinado de la cultura que se desenvuelve lentamente pero sin trabas a orillas del Plata.

XII

Arturo Cancela

Es alto, robusto, de tipo céltico. Los ojos de color miran de ordinario hacia abajo, como si la mente estuviera recapacitando. La expresión de su rostro se concentra en los labios gruesos y sensuales, donde parece que la vida hubiera impreso los suyos con vigor apasionado. Habla mesuradamente y es parco en el decir. Ha de ser hombre de grandes pasiones, pero sabe esconderlas bajo las formas gentiles del hombre de mundo. Cree en la amistad, en la virtud refleja de la inteligencia, tiene fe en el estudio, y desconfía de los charlatanes y dogmáticos. Es excesivamente cauto al emitir sus opiniones sobre los contemporáneos y recibe las teorías científicas, literarias o filosóficas de nuevo cuño con una imperceptible sonrisa en que no hay sombra de desdén. La doble naturaleza de la inteligencia humana, la necesidad en que está el hombre de ser sujeto y objeto ante el enigma de la vida le fuerza a conocerse distinto de lo que es, y esa misma naturaleza bifronte, como el simulacro de algunas divinidades, hace que sean antagónicos el instinto vital y el instinto de conocimiento. Ese fatal contraste es el coro de la tragedia en la ruta intelectual de grandes pensadores. Kant, después de haber destruido implacablemente las nociones en que se basaba la filosofía y la ética de su tiempo retrocedió espantado y firmó un compromiso con la vida en la Crítica de la razón práctica. Nietzsche, demasiado sincero para firmar el armisticio de la razón con la vida, extremó el combate y sucumbió sosteniendo que la verdad, si existe, es contraria a la conservación del individuo y de la especie.

Ni Kant ni Zarathustra hubieran tenido que tomar estas actitudes, ni la naturaleza los hubiera dotado con el sentido del humor, condimento de la vida y preservativo eficaz de las obras de la inteligencia. Cancela sabe que el instinto de conocimiento, las prerrogativas de la verdad son moviles antagónicos del instinto vital; pero, dotado por la naturaleza con el sentido de humor, no ha tenido por necesario prevaricar en favor de la vida y en contra de conocimiento a la manera de Kant, ni mucho menos tomar las actitudes extremas de Zarathustra y negarle a la verdad todos sus privilegios diciendo "sí", a la vida en tono de reto.

En esta dura alternativa Cancela sonríe dulcemente sin sentar plaza en ninguno de los dos campamentos. Sonríe en presencia de los hombres y de sus obras con serenidad de filósofo práctico. Su manera de ver la ciencia nos hace sonreír leyendo

la historia del bacilo descubierto por el doctor Herrlín, o recorriendo las páginas dedicada al certamen aflictivo de Drayton donde el difunto William Jennings Bryan y sus antagonistas dieron, cada uno a su manera, señales precisas de su modesta comprensión y de su amor a los buenos manjares. Leyendo "Una semana de holgorio", a pesar del carácter trágico de los sucesos allí relatados, el hombre de mundo sonríe y se pasma, al terminar la historia y meditar en su contenido y alcance, si comprende que esas páginas hacen burla del patriotismo. No es menos corrosiva la idea dominante en "El culto de los héroes"; pero, diluida en idónea cantidad de humorismo, no llega a conmover el ánimo de los patricios ni de los nuevos ricos.

De todo esto nos damos cuenta lúcidamente, si meditamos en la naturaleza del humor con que los hados han favorecido a Cancela. Su inteligencia no ha tomado esta actitud de un modo artificial, el humor no es una parte adventicia de su mentalidad. Esa manera de observar las cosas, Cancela no la ha sacado de los libros, ni la ha imitado de otros escritores, ni la ha adoptado por considerarla más propicia para llegar a la inteligencia de sus lectores. Es humorista, el autor de "Una semana de holgorio", así como es alto de estatura y ancho de hombros. Importa insistir en esta congruencia del temperamento y la obra porque en ella estriba la excelencia de su producción literaria. El humor de Chesterton, verbigracia, no está connaturalizado con su inteligencia: sometido a la lente convexa del análisis es fácil descubrir todo lo que hay en él de habilidad profesional, de contorsiones de volatinero, y de exigencias del oficio. En Cancela, al revés, el humorismo es una función de su organismo cerebral. Es fácil imitar a Chesterton. Un periodista cualquiera se ensaya una vez en esta empresa desde las columnas de la "Gaceta de Westminster" e hizo reír a sus lectores, a expensas de Chesterton, a la manera en que el obeso irlandés hace reír a los suyos a expensas de los herejes y de los sabios. Cancela no hace reír. Una sonrisa leve asoma apenas a los labios de sus lectores y por esto quedan condenados al fracaso los que pretendan imitar sus formas. La acción de Chesterton, de Taboada, por ejemplo, o de Mr. Dooley se apoya sobre todo en procedimientos exteriores; no puede afirmarse lo mismo de Cancela cuyo influjo sobre los lectores emana justamente de virtudes esotéricas imposibles de reducir a espacio y de ser definidas lógicamente.

Su estilo es la misma naturalidad. Tan poco aprecio le merecen las palabras sesquipedales, como los términos técnicos, las maneras arcaicas de decir o los neologismos flamantes e innecesarios. Evita, además, con gracia digna de imitación las contorsiones de la frase y los acrobatismos del pensamiento. Es claro su decir como el aire de las altas montañas, y la densidad de su pensamiento no se mide por la rareza o abundancia de su vocabulario. Cosa rara en la historia de las letras castellanas, Arturo

Cancela es un filósofo para quien la claridad de la frase y la belleza de la expresión no están en pugna con la riqueza de las ideas o con la profundidad del pensamiento.

Algún severo crítico se ha puesto a señalar yerros gramaticales en la obra de este buen americano. Entre esos errores se detiene el censor complacientemente en una sentencia parecida a esta: "Cualquiera se embarca con un mar tan borrascoso", en que la palabra "cualquiera" tiene sentido negativo. No puedo precisar la cita porque escribo a tres días de distancia de mis libros y de la biblioteca más cercana; pero estoy seguro de que el yerro imputado a Cancela es de la misma especie. Pues bien, esta manera de decir es tan usual en Buenos Aires, como en Bogotá y en Madrid. Por otra parte está en el carácter de la lengua española y de algunas otras hacer uso de expresiones enfáticamente afirmativas con sentido negativo: "En mi vida lo he visto" significa: "No lo he visto nunca". En rigor un gran número de las palabras y frases de que nos servimos para negar tienen actualmente valor positivo o le tuvieron en épocas anteriores de la accidentada vida del lenguaje.

Entre los hombres de su generación Cancela ocupa un lugar prominente. Lo sabe ya la América toda; Europa, tardía y remolona siempre ante los valores nuevos de nuestra estirpe, ya empieza a entenderse; pero Cancela no la sabe aun afortunadamente para sus numerosos admiradores.

Buenos Aires, domingo 26 de junio de 1927

Una conquista frustrada

En una isla diminuta, cercana a la costa, en el fondo de una de las bahías más hermosas del Mar Caribe, fundó, va a hacer cuatro siglos en 1533, don Pedro de Heredia, en nombre del soberano español, una ciudad cuyo nombre había de quedar ligado históricamente a la conquista de Tierra Firme; a la resistencia del poder de España contra los piratas y corsarios ingleses y contra la misma corona de Inglaterra; a los más trágicos y más admirables episodios de la guerra de emancipación y también a algunas páginas de la historia moderna de la República Colombiana. Contando minuciosamente se hace llegar a 16 el número de sitios resistidos por la muy noble ciudad, de los cuales uno solamente finalizó con la toma de las fortalezas y ocupación del recinto poblado, en el año trágico de 1815; pero el testimonio de asaltados y asaltantes está conforme en afirmar que cuando el español ocupó la ciudad, la población civil la había abandonado y los militares o habían muerto todos o estaban a causa del hambre y de las enfermedades, reducidos, al cabo de nueve meses de privaciones, a la incapacidad de defenderse. Es fama que algunos de los centinelas sorprendidos por los españoles no contestaron la intimación a rendirse porque estaban muertos, apoyados en el fusil y recostados al muro en actitudes de eternidad.

No había sido este el primero de los grandes sitios. En el siglo XVIII el almirante Vernon, a quienes sus marinos llamaban "old grog", por ser siempre "grogram" la tela que usaba para sus vestidos, atacó a Cartagena en una expedición con base en Jamaica. El ataque había sido preparado con tal minuciosidad de detalle, que el almirante llevaba en su barco medallas de cobre acuñadas en Kingston con la supuesta efigie del alcalde de Cartagena, puesto de rodillas, en el acto de entregarle las llaves de la ciudad a la efigie verdadera de Vernon. El ataque fue un desastre completo para los marinos ingleses y por una ironía de la historia, las medallas de rendición cayeron en manos de los sitiados. Los prisioneros, que fueron numerosos, traídos al interior del Virreinato, se ocuparon contra su voluntad en la erección de obras públicas de gran solidez, algunas de las cuales dan todavía testimonio, en su apariencia intacta, de la capacidad de los ingenieros que dirigían las obras, de la excelencia del trabajo manual y de los materiales empleados. El nombre de Vernon no se ha inmortalizado por esa derrota que los historiadores ingleses, con su acostumbrada flema nacional, hacen aparecer como un triunfo o como una empresa comercial frustrada a medias, sino porque la palabra "grog", con que se designa una mezcla de ron y otras especies,

recuerda el nombre del tozudo aunque desgraciado almirante. Sus marinos llamaron así el ron con agua que les obligaba a tomar en vez de la pura substancia.

Más antes, en 1708, otro almirante llamado Wager atacó a Cartagena con el propósito de hacer suyos los tesoros que llevaban dos galeones destinados a España. La expedición logró apoderarse de uno de ellos y hacer zozobrar el otro.

Parece que los ingleses no pierden ni el deseo ni la esperanza de apoderarse de la hermosa bahía. En tiempos muy anteriores a la apertura del Canal de Panamá, juzgaron siempre que las necesidades del comercio, el desarrollo de las islas del Pacífico y el crecimiento de la población en el Occidente americano demandaban imperiosamente la obra de una vía marítima al través del Istmo, la cual requería forzosamente la posesión de la bahía de Cartagena como base de su defensa. No habiendo podido conquistarla materialmente en las frustradas tentativas de sus filibusteros habilitados de almirantes, mientras pertenecía a los españoles, quisieron apoderarse de ella espiritualmente con una expedición confiada a una de sus más populares instituciones nacionales. Por los años de 1896 a 1897, en un día estupendo por la claridad del cielo y lo elevado de la temperatura, llegó a Cartagena un buque procedente de Nueva York. La bahía estaba serena como la conciencia de los inocentes. Sus aguas inmóviles convidaban al reposo. Tan sólo el vuelo silencioso de las gaviotas ingrávidas, de un blanco inmaculado, y el curso aéreo, majestuoso y solemne de los hambrientos alcatraces, tamaños como grandes pelicanos, interrumpían la quietud tropical del paraje. El buque había atracado en el muelle hacía dos horas y esperaba sin duda carga y pasajeros con la indolencia oriental que se apodera de los septentrionales al ocupar con sus cuerpos el recinto de la zona tórrida. Su actividad se convierte en acidia, su inquietud en indomables anhelos de reposo. Es ligera la vida en esas regiones, casi libre de cuidados, porque la naturaleza es pródiga y contadas las necesidades del hombre. La tierra da el pan en forma de un tubérculo de fácil cultivo; da el azúcar en la savia de una gramínea que crece sin exigir mayores cuidados y luego renace cada vez que la cortan. La bahía es tan abundante en peces, que es más difícil evitarlos que topar con ellos y aun los paladares delicados pueden entregarse allí sin gasto ninguno a sus mayores complacencias, porque el cangrejo, de tamaño increíble, penetra por la mañana en las alcobas, a la hora del desayuno, como ofreciendo su delicada substancia para alimento y regocijo del género humano. Nada faltaría en esa isla venturosa si la naturaleza la hubiese dotado de agua potable.

El buque amarrado en el muelle no parecía de guerra. Era, sin duda, mercante, pero traía a bordo gente uniformada que recorría en todos sentidos la cubierta mirando hacia la ciudad con gemelos, con anteojos de larga vista y aun sin auxilio de

aparato alguno. Serían las dos de la tarde cuando las gentes uniformadas hicieron fila sobre cubierta, pusieron delante un gran tambor conducido por dos personas, más grande que allí se hubiera presentado desde el día en que los conquistadores pusieron el pie sobre esa región privilegiada de Tierra Firme. En seguida del tambor marchaban los felices poseedores de otros instrumentos de música, todos de cobre sonoros y lucientes. En pos de la música, armados de sus instrumentos de combate, iban los oficiales y soldados con los rostros iluminados por la fe en la justicia de su causa. Venían de Nueva York, pero sus actitudes, la pulcritud de las caras sin pelo de barba, la solemnidad cómica de la apostura, y el azul y rojo de los uniformes denunciaban a gran distancia la procedencia británica de estos nuevos conquistadores. Bajaron la escalera del buque y en el muelle formaron de nuevo. El jefe de Puerto, que parecía conocerles y que hablaba su lengua, los miró con una facha entre benévola y regocijada y les dejó pasar adelanté. Más severo el de la Aduana, quiso examinar uno por uno los clarinetes, flautas, cornetas y trombones, para ver si por su flamante estado de conservación podía considerárseles como objeto de contrabando. Para mayor seguridad miró por entre los huecos de las flautas y clarinetes en busca de licores o de joyas de prohibida importación. Las armas de los soldados no les inspiraron desconfianza ni al jefe de Puerto ni al de la Aduana.

Del muelle avanzaron hacia la ciudad que, como se sabe, está circuida de una muralla por sobre la cual transitan cómodamente vehículos de rueda de toda especie; una obra de fortificación que se parece a las murallas de Ávila y las sobrepasa en ancho y en la calidad del material usado para construirlas. En frente de ese poderoso obstáculo volvieron a ponerse en fila los invasores silenciosamente, mirando hacia la gran puerta y hacia la plaza a la cual sirve de acceso. La parte de la plaza que al través de la puerta podía divisarse estaba desierta y callada. Era la hora de la siesta en las riberas del Mar Caribe. Con excepción de los buitres que se cernían a grandes alturas observando cada uno el barrio donde acostumbraba hacer el aseo de las calles y las casas, nada turbaba la quietud del cielo y de la tierra. Después de haber almorzado copiosamente las gentes ricas tendidas en hamacas o recostadas muellemente en sillas de extensión se olvidaban durmiendo de los raros cuidados de una fácil y tranquila existencia o acariciaban en sueños sus más ahincadas aspiraciones. Todos reposaban: el banquero, seguro de que durante el sueño su capital no cesaba de agrandarse con las granjerías del interés; cesaban de su empeño por una hora los jefes acaudalados de las grandes y prósperas casas de comisión en la creencia de que mientras ellos se daban el lujo de un breve descanso sus empleados trabajaban por ellos y aumentaban la hacienda, error inherente en que los inducía su placido optimismo, mientras

los diligentes subordinados, de organismo inferior a la presión y a la temperatura ambiente, se doblegaban a su pesar o voluntariamente, sobre los libros de cuentas, sobre facturas y manifiestos para dormir por unos cuartos de hora con la serenidad del justo. Dormía el factor de la Aduana, el faquín de las calles, el pordiosero ambulante considerado por la mayoría del poblado como una necesidad de los tiempos o como un índice de la cultura municipal; dormía la señora de antiguo y respetado linaje; dormía la criada africana en obedecimiento a la indolencia natural de su abolengo; dormían las potestades civiles y eclesiásticas, seguras de haber cumplido su misión cuotidiana en las primeras horas del día y dormían también, olvidados de su alta misión de vigilantes, los jefes militares de la plaza y la policía que debía velar en esa hora, escogida por la costumbre, para reposo general de la villa.

El día era ardiente, el aire tranquilo, la sequedad de la atmósfera casi insufrible. El color blanco de las casas del poblado contribuía a hacer creer, con la reverberación, que la temperatura era superior a la que señalaba el termómetro, cuyos signos indicaban apenas 38 grados centígrados a la sombra. El cielo era diáfano y azul, de una claridad deslumbrante y de una uniformidad abrumadora. Solamente de un lado de la ciudad, hacia el Sur, en una lejanía inapreciable, muy cerca de la línea del horizonte, dos nubes inciertas, más parecidas a gasa levísima y flotante que a copos de vapor de agua, se cernían sobre el desolado paisaje para servir de apoyo a la mirada, en un cielo insondable.

Tan sólo se movía en aquella vasta quietud el poder espiritual que se preparaba a adueñarse de la población. Después de haber observado cuidadosamente la antigua muralla y la plaza solitaria, resolvieron los invasores penetrar a ésta por la única entrada que se les ofrecía y la ocuparon sin resistencia. No estaba desierta como se habían imaginado. En verdad estaban cerrados todos los comercios, en las ventanas y balcones de las casas, cerrados también para evitar los efectos del sol, no se percibían ni las más leves señales de vida. Sobre las aceras, a la sombra dormían niños indigentes a medio vestir, pordioseros, aguadoras, muchos perros sin dueño y algún honrado habitante de la ciudad que, habiendo tomado antes del almuerzo, como de costumbre, más licor del que podía soportar su organismo, había caído sin fuerzas, en la mitad del camino que había de recorrer para llegar a su casa. A no ser por la cabras que rondaban la plaza en esa hora tranquila buscando ansiosamente aquella parte de los diarios matinales que se habían salvado de la voracidad de sus lectores, y por los caballos de coche que, de cuando en cuando, sacudían con vivacidad la cabeza y las patas para defenderse de las moscas atormentadoras, se hubiera dicho que la vida había hecho alto en aquel paraje, testimonio de glorias presentes y remotas.

Los nuevos conquistadores, al verse dueños de la primera plaza sin resistencia alguna, hicieron frente al costado de apariencia más importante, donde había mayor número de casas altas y de tiendas. Formaron en línea de batalla y el jefe de ellos hizo una señal al que parecía director de la banda. De los dos hombres que conducían el inmenso tambor, uno se lo echó a las espaldas mientras el otro se preparaba a golpear en los parches con un terrible mazo. Dio el primer golpe con una seriedad homérica. El aire se llenó con un ruido ensordecedor y extraño que las generaciones de entonces empezaban a olvidar, pues hacía más de doce años que el cañón enemigo había dejado de tronar sobre la ciudad angustiada. Al ruido del tambor despertaron los perros que prorrumpieron en aullidos siniestros; se asustaron las cabras y abandonaron con presteza al recinto llevando con ufanía en la trompa los fragmentos de diario con que apaciguaban un apetito que no era precisamente de saber; los caballos de fiacre sobresaltados arrebataron las riendas de manos de los cocheros dormidos, los cuales, con el estrépito inaudito pusieron en alto los pies, se escurrieron del pescante y dieron con su cuerpo entre el coche o en el pavimento, mientras los caballos se escapaban a carrera tendida por varias calles de las que vierten en la plaza su torrente humano. Los cocheros que habían caído dentro de sus vehículos, pero que habían perdido las riendas, gritaban desaforadamente en la esperanza de que algún transeúnte osado tratase de detener las caballerías. Los que habían quedado en el pavimento se incorporaron, pusieron la vista en la banda de música que ya tocaba un lastimero aire desconocido y echaron a correr tras de sus vehículos, gritando también para que los detuviesen. Los niños indigentes y los mendigos profesionales, olvidados de sus cuitas, pusieron pies en polvorosa, en varias direcciones. Unos gritaban: "revolución", otros: "se han tomado la plaza"; los más afligidos por sus dolencias clamaban: "estamos perdidos" y los que habían sido soldados en defensas heroicas de la plaza trataban de parar a los fugitivos aconsejándoles que fueran a armarse a la Casa Municipal. Entretanto, los invasores, ya dueños de la plaza, acompañaban los acordes de la música broncínea con cantos en lengua extranjera de fácil y plañidera melodía. Los habitantes de las casas que rodeaban la plaza habían sido sorprendidos durante el sueño por el ruido estentóreo del tambor. Se alzaron de su posición horizontal, fueron a abrir las ventanas con todo género de precauciones y al ver en la plaza gente de uniforme, banda de música y soldados que entonaban himnos en idioma extranjero, dieron por sentado que un país enemigo se había tomado la plaza. Para unos era notorio que tamaño atentado provenía de los norteamericanos. Otros lo atribuían a la Marina italiana que hacía poco se había permitido una manifestación hostil en esas aguas. Los que no habían visto ni oído a los invasores y del suceso no conocían más que el

pánico pintado en los semblantes de los que habían abandonado la plaza o se habían dejado contagiar por éstos, atribuyeron el golpe a un manípulo de revolucionarios deseosos de apoderarse del gobierno, y corrieron a los cuarteles a ofrecer su vida en defensa de las instituciones. Había un solo batallón en la plaza y ese día el coronel había resuelto por razones de higiene y también de esparcimiento, llevarlos a la orilla del mar por si querían bañarse. De la escasa guardia que había en el cuartel destacó el oficial dos soldados para que fuesen a avisar al grueso de la tropa, entregada en ese momento a las delicias de la natación, que una facción enemiga se había alzado en armas contra el gobierno y había ocupado ya parte de la ciudad. Recomendaba que atacasen sin demora la plaza ya ocupada por los conjurados, antes de que la rebelión tomase mayores proporciones. Los soldados, sin tiempo, para vestirse, con sus trajes de baño, echaron mano a las armas y se lanzaron al combate. Su entrada a la ciudad, mal cubiertos y con el arma al brazo, llenó la medida del general desconcierto y propagó el espanto por todos los barrios. Echaron a rebato las campanas. Antes de llegar a la plaza ocupada por el enemigo los soldados, desnudos y sin concierto, empezaron a descargar sus rifles.

Llegaron a la plaza, y viendo a los ocupantes sin más armas que el tambor y los instrumentos de viento, les intimaron rendición. En presencia de hombres desnudos y armados de rifles, los invasores, que no entendían el idioma de la comarca, creyeron haber llegado a una tierra de gentiles y se regocijaron interiormente porque en busca de desgraciados como éstos habían abandonado todas las amenidades de la vida, saliendo de su tierra. El jefe comprendió la intimación y ordenó a sus soldados que alzasen las manos. Visto esto, los militares desnudos, se acercaron a los extranjeros y empezaron a curiosear. En estas y otras llegó también la policía menos precariamente uniformada y, enterándose por las apariencias de que los perturbadores del orden no ofrecían resistencia y de que las armas de que hacían uso, a más del tambor y los cobres, eran unos libros de pequeño formato, de pastas negras y de cortes rojos, los condujeron sin tener que vencer ninguna resistencia a la Dirección de la Policía. El director de la Seguridad Pública, hombre discreto y no exento del sentido del humor, hacía esfuerzos para no sonreír y su fisonomía tomaba, de este modo, una expresión cómica, entre severa y conciliadora. Tardó en hablar por miedo de hacer visible su buen humor con una ruidosa carcajada. Un tanto repuesto del estupor primero le dijo al intérprete oficial:

–Pregúntele usted quiénes son y de dónde vienen.

A la interrogación del truchimán contestó el que parecía actuar como jefe de los que perturbaban el orden público y la siesta tradicional, que eran ingleses y venían de

Nueva York, donde habían desempeñado su misión de paz y de reforma con excelentes resultados. No creían en la fuerza, tenían poca fe en la persuasión por medio de razones, silogismos y procedimientos dialécticos. La doctrina que pretendían difundir en beneficio del género humano entraba por los ojos en forma de vistosos uniformes y por los oídos con música estrepitosa y cantos sencillos de sentido elemental y de fácil aprendizaje. No llevaban más armas que la banda de música, los uniformes azules y rojos y, "estos libros", "concluyó diciendo, en que se contiene la vía, la verdad y la vida y se llaman himnarios. Pertenecemos al Ejército de Salvación".

Buenos Aires, domingo 3 de julio de 1927

Un filólogo independiente
Gachalá (Colombia) abril 1927

De Julio Cejador y Frauca puede afirmarse que sin ser un pensador ni menos un investigador en las disciplinas a que dedicó su existencia, logró crear el interés por los estudios filológicos o a lo menos vivificarlo. De una consagración superior al reconocimiento oficial y al aplauso del público, vivió para la lengua y la literatura españolas, que le inspiraban un amor celoso no amenguado por las luces del conocimiento. Para servir a estos dos ídolos de su inteligencia hubo de romper con las tradiciones y normas académicas, y acaso la necesidad de consagrar a ellos todo su tiempo le obligó, entre otras cosas, a retirarse de la Compañía de Jesús. Los padres han dado a la ciencia algunos luminares en matemáticas, en astronomía; aun parece que la química y la Historia Natural les deben importantes servicios. Pero en filología no parece que hayan labrado muy hondo surco en la época moderna. Tal vez los aparte de estos senderos el hecho de que la historia del lenguaje humano esté íntimamente ligado al de las religiones, muchas de cuyas más extendidas afirmaciones se han desvanecido con la luz que han arrojado sobre puntos históricos, situados hasta entonces en la penumbra, las investigaciones filológicas. La mitad de la agitación o cisma titulado "modernista" nació del estudio meditado de los Evangelios, de la comparación crítica de unos con otros y del auxilio que las lenguas orientales les han prestado y les prestan a los empeñados en fijar la fecha y el autor de esos documentos. Siendo esto así no resulta extraño que ciertas comunidades religiosas miren con desvío el estudio de las lenguas en sus orígenes y relaciones. Además de esto, en el estudio de los problemas suscitados por el lenguaje no es posible dejar de penetrar en puntos graves relacionados con las costumbres de un pueblo, su actitud ante la vida y sus nociones fundamentales. La historia de una palabra desvanece en ocasiones una leyenda, una tradición supersticiosa y puede fijar nuevos rumbos a la historia. El hallar una misma palabra en lenguas de poca semejanza entre sí sirve para determinar la época en que todavía andaban reunidas las gentes de donde provienen los pueblos para quienes estas dos lenguas son los medios usuales de expresión. La leyenda de las once mil vírgenes nació de llamarse Undecimilia una de las mártires. Por usarse en inglés una misma palabra (*barnacle*) para designar una concha marina y un pato de las latitudes árticas, se llegó a creer que el palmípedo nacía del molusco. Hay grabados de la época en que se ve al molusco pegado a un árbol y al pato escurriéndose de entre las dos valvas de

la concha. Ya desde tiempos de Tilo Livio el hecho de que "lupa" significara "loba" y mujer de costumbres livianas en el lenguaje popular, empezaba a desvirtuar la leyenda de Rea Silvia, de los gemelos y de la nodriza del primer rey de Roma.

De otro lado las verdades en materia de filología no son casi nunca definitivas y jamás dogmáticas; es menester aceptarlas con todo género de reservas, esperando siempre que nuevos aportes de la ciencia puedan infirmarlas. Ahora, es notorio que este género de verdades transitorias y a medias no es del gusto sistemático de quienes aceptan como evidentes por sí mismos ciertos postulados intangibles.

De la misma Sociedad que el docto Cejador y Frauca fue el Padre Mir, cuyos trabajos sobre la lengua española no tienen ya ni siquiera el mérito del gracejo con que fue su ánimo espolvorearlos. El gusto de las gentes en materia de chiste se ha modificado también. Además de esto el Padre Mir no era un filólogo, sino un aficionado a quien le faltaba el contacto con las lenguas fundamentales y con los sabios que están impulsando la filología hacia campos inexplorados desde mediados del siglo pasado.

Es curioso advertir que la agitación romántica de cuyas resultas vino a ocurrir algo, como una inversión de los valores humanos, fue la que dio origen a la moderna filología. El interés mostrado por los románticos alemanes en el estudio de las literaturas extranjeras y las costumbres de pueblos remotos impulsó a los eruditos a investigar las relaciones entre unas lenguas y otras desde sus principios e hizo descubrir la importancia de ese género de estudio. Parece raro que los abusos del "color local" hubieran dado el impulso inicial en los senderos hoy tan largos y tan ramificados de la famosa tienda del lenguaje; sin embargo, obras tan distintas como "Les récits des temps Mérovingies" de Augustin Thierry, "Die poesie der Troubadours" y la "Grammatik der romanischen Sprachen" de Friedrich Diez nacieron de una misma curiosidad intelectual. Fue Goethe justamente quien le señaló al creador de la filología románica la importancia de la lengua provenzal como principio del camino que era preciso seguir para hallar el lazo de unión entre las diversas formas que tomó el latín al extenderse por el Oriente y el Occidente de la Europa Meridional.

Cejador y Frauca señala, además, el principio de los estudios filológicos en España de acuerdo con las modernas teorías y descubrimientos. Los doctos que antes de él se ocuparon en analizar el carácter del idioma partían del principio erróneo de que toda la lengua española estaba en los documentos literarios del siglo de oro. Se le tenía la misma desconfianza al arcaísmo, que a la locución de nuevo cuño. Rafael María Baralt (venezo1ano domiciliado en Madrid), siguiendo las huellas de Capmany y exagerando la intransigencia de su maestro, quiso hacer aparecer como decires galicados casi todas las formas nuevas de expresión. Roque Barcia, en su "Diccionario

Etimológico" más bien parecía empeñado en hacer reír con asociaciones de ideas humorísticas que en rastrear el origen de los vocablos. El movimiento filológico en el cual descuellan nombres como Menéndez Pidal, Rodríguez Marín, Bonilla y San-martín (a pesar de sus múltiples y variadas actividades), no son anteriores a Cejador y Frauca. Éste y aquéllos han promovido el interés de las investigaciones lingüísticas, y a ellos se debe el que espíritus tan valientes y tan ricos como el de Américo Castro se hayan dedicado por completo con gran distinción y provecho a escudriñar los senos de la lengua.

Si no puede decirse que Cejador y Frauca fuese el precursor de este movimiento es innegable que su obra fue un poderoso incitante. Los filólogos de la generación más reciente no le tomaban en serio. Es verdad que las juventudes españolas no pecan de condescendencia con las gentes maduras, pero en el caso del atrevido filólogo zaragozano tal vez no carezcan de razón. Cejador y Frauca tenía una irresistible y marcada tendencia a generalizar, actitud del espíritu que pugna hoy con la severidad del trabajo científico. Generalizar no es dado sino cuando el experimentador ha aglomerado todos los datos que concurren a hacer plausible un concepto definitivo, y en la ciencia del lenguaje, todavía en sus principios y asentada en bases un tanto inciertas, los conceptos definitivos son siempre sospechosos. Una muestra elocuente del ímpetu generalizador en Cejador y Frauca nos lo da su trabajo sobre los orígenes del lenguaje. Su razonamiento era corto y clarísimo. Decía, y en ello andaba en lo justo, que las ideas de espacio y tiempo son las primeras en penetrar en la mente humana. El niño que alarga el brazo para asir un objeto empieza a adquirir, por medio del sentido muscular, la noción de distancia. De allí salta el autor a la conclusión que el hombre primitivo necesitó primeramente signos hablados para expresar las ideas de cercanía y distancia, que son fundamentales en la razón humana. Son los demostrativos (pronombres y adverbios) las palabras que sirven en cada lengua para expresar elementalmente la noción de distancia. Armado con estas dos nociones de raciocinio, Cejador y Frauca se lanzó a explorar las lenguas y, rebasando el horizonte de las indogermánicas, penetró en las demás familias del Asia sin que le arredraran las pelinésicas y otras más remotas e inclasificadas. De esta exploración dedujo que las palabras usadas en éuskaro para expresar la idea de mayor o menor distancia respecto a la persona que habla, esto es, los demostrativos, se repiten en variadas formas, según leyes fonéticas más o menos precisas, en todas las lenguas adonde alcanzó su prolija y variada investigación. De esto, el camino del fenómeno vascuence, idioma que parecía un bloque aislado entre las varias familias lingüísticas de Europa, se llegaría a descubrir el origen del idioma.

Decíase en el siglo pasado que cuando en Europa le ocurría a un individuo una idea interesante, si era francés, el iluminado por ella, escribía un artículo de periódico; si era inglés, llenaba algunas páginas de revista mensual o trimestral; si era alemán, escribía un volumen. Para desenvolver la sencilla idea que acabamos de resumir, Cejador y Frauca escribió, en una sola de sus varias tentativas, seis copiosos volúmenes. Emprendió luego la historia de la lengua y literatura españolas con un criterio netamente suyo, y había llenado doce o trece volúmenes cuando le sorprendió la muerte. En este poderoso esfuerzo de compilación el autor no quiso dejar pasar inadvertido ningún nombre de varón o hembra que hubiese escrito un libro, un folleto, un poema o que hubiese colaborado en revistas o diarios con cierta precipitación, dedujo por ríos de lengua española. Semejante criterio es el que debe presidir a la redacción de obras enciclopédicas, pero en nuestra opinión resulta inadecuada para escribir la historia de una literatura cuyo significado no lo da la multitud de obras escritas en una serie de siglos, sino el valor de unas pocas en las cuales resulta un carácter, se reflejan una tendencia o una época, o se echa de ver el nacimiento de una corriente ideológica o artística de influjo manifiesto sobre una o varias generaciones. La historia de la literatura española la conoceremos cuando tengamos una idea precisa de las obras escritas por tres o cuatro docenas de hombres que documentaron con su actividad literaria el curso de su propia vida y las preocupaciones dominantes en las generaciones de que formaron parte. La obra de Cejador se expandía bajo la pluma insaciable de su autor, y al llegar a los últimos años del movimiento literario español e hispano-americano llegó a tomar la forma y las tendencias de una guía de forasteros. El historiador se convirtió en un cronista de hechos menudos, y el criterio severo, justo o injusto, pero respetable por indicar un curioso temperamento de investigador, desapareció para darles campo a las preocupaciones del mero compilador de nombres. En su propósito de no olvidar ninguno en la época moderna, incluyó el suyo propio con vera efigie y todo entre las cortas biografías de sus contemporáneos.

En sus trabajos menores de crítica y de historia reveló un firme gusto personal y una independencia de criterio no muy abundantes en la crítica española de nuestros días. Sus opiniones acerca de la corrección y la belleza del idioma coinciden en parte con las del libro de Remy de Gourmont sobre la estética de la lengua francesa. Oponiéndose con excelentes razones al criterio empedernido de académicos –cervantistas y puristas de vario género– sostuvo que el maestro del idioma no se encuentra en las academias ni en las obras de los doctos, sino en el habla riquísima y multiforme del pueblo, fuera de la cual no hay salvación. Los grandes escritores lo fueron porque vivieron en contacto con el habla popular y de ella sacaron la inspiración y las formas.

Rastreando las formas innobles, faltas de belleza espiritual y fonética en las lenguas literarias, es frecuente descubrir que ellas son la obra del mal consejo o de la práctica inconsiderada de los eruditos. Analizando en su "Historia" la obra de un novelista colombiano, el Sr. Tomás Carrasquilla, titulada "Frutos de mi tierra" y escrita en el habla popular de una región determinada, Cejádor, fascinado con la frescura y la "inmediateza" de la expresión y de la imagen afirma que propiamente eso no es el dialecto de una región, sino el habla castellana genuina tal como es común hoy en algunas regiones de España.

El santo horror a la pretendida intromisión del erudito como autoridad absoluta en la formación, preservación o adelanto del idioma no era tan común al iniciarse la actividad de Cejador, como ha venido a serlo en nuestros días con la difusión de las nuevas ideas sobre el origen de las lenguas y el significado del purismo; parte de esa transformación es debida a sus escritos, a la vivacidad con que sostuvo, no sin un copioso equipo de nociones y de hechos, los principios de su devoción en contra del sentir académico, aceptado entonces casi unánimemente en España y en la América de habla española. Don Miguel de Unamuno merece digna mención en esta coyuntura. En sus ensayos sobre el idioma sostuvo desde fines del siglo pasado las mismas teorías de Cejador y Remy de Gourmont acerca del habla popular y de la desvirtuación erudita. Sin embargo, los dos filólogos españoles se apartaban del polígrafo normando en materia de estética. Ellos preferían la palabra del pueblo a la de los eruditos, sin atender a las cualidades de sonoridad y elegancia. D. Miguel prefería "rebañego" a "gregario"; Remy de Gourmont hallaba plausibles, por sus cualidades fonéticas y por su valor evocativo los nombres de los meses en calendario de la Primera República Francesa, a pesar de su origen semierudito, manifiestamente artificial, y yendo más lejos repudiaba en francés las terminaciones en "ation", casi todas de cepa erudita, para recomendar en su lugar las populares en "aison". "Comparaison", en su sentir, era más francesa y más sonora que "apparition", y "haison" más castiza que "légation", no obstante la comunidad de raíz en cada par de "dobles".

De la ausencia de este elemento estético en las teorías de Cejador sobre pureza del lenguaje nacen los defectos de que adolece su estilo. Es con frecuencia áspero, inelegante y la claridad no es en todas ocasiones su virtud preeminente. Faltábale, además, aquella virtud del orden tan necesaria en la exposición de teorías o en la narración de hechos históricos. La naturaleza de su trabajo y la demasiada amplitud que solía darles a sus obras contribuyeron a hacer aparente en ellas la falta de proporción; era imposible guardarla escribiendo al día la historia literaria de diez y ocho países remotos con cuyas costumbres no se había familiarizado el autor.

Buenos Aires, domingo 17 de julio de 1927

Indiscreciones en el paraíso
Bogotá, junio de 1927

Un huerto espacioso. Árboles frutales y de adorno forman una enramada que guarda de los rayos del sol, pero deja penetrar a un lado y otro la luz apacible levemente rosada de una mañana primaveral. El aire está quieto: insectos inofensivos de brillantes élitros cruzan el espacio; las aves que pasan no se cuidan de ellos. Van llegando cuadrúpedos, reptiles, monos de diferentes especies y aves de poco y alto vuelo. Se detienen a la sombra. Unos meditan; otros suspiran; uno de los monos sentado en posición desairada, casi inconveniente, profiere algunas palabras significativas de fastidio. Por la cara no más se comprende que se aburre. También se aburre el loro de fisonomía epigramática agarrado a la rama de un sicomoro: dice cosas incongruentes. El águila, con las alas tendidas, vuelve sus ojos de inquisidor en todas direcciones como si esperase a alguien. No se aburre, porque la expectativa es intensa. Las frases del mono, las palabras del loro, los gritos menudos e inarticulados del águila suscitan el prurito de conversar. Empieza el elefante con algunas observaciones sobre el tiempo que hace, y a poco la conversación se generaliza.

EL ELEFANTE –Se dice que el hombre se ha marchado con su pareja.

EL LEÓN –Ya era tiempo.

EL CABALLO –Parece que se aburrían sin causa.

EL MONO –Es el peor de los aburrimientos.

LA ZORRA –No es que se hayan ido. Parece que los han sacado con engaño.

LA SERPIENTE –Tenían mucho deseo de que los engañasen. Deseaban enterarse de cómo es la vida fuera del paraíso.

LA TORTUGA –Curiosidad malsana y reprensible. Aquí se está muy bien.

EL ELEFANTE –Sin duda. Aquí se está muy bien. Pero me dicen que el hombre no deseaba salir. La hembra aburría como se aburre el mono, y deseaba conocer el mundo exterior.

EL MONO –Su aburrimiento era muy distinto del mío. Yo me aburro porque estoy satisfecho y lo sé. La hembra de esa especie se aburría por insatisfecha.

LA ZORRA –Siempre los tuve por gente sospechosa.

LA ABEJA –No hacían nada. Holgazaneaban de día y por la noche se dejaban invadir de un pavor terrible.

EL LEÓN –Animales débiles e indefensos. Trepaban con dificultad a los árboles. En la carrera podía atraparlos el perro, los dejaba atrás la liebre, no podían competir en el salto con el caballo.

EL PERRO –Pero son afectuosos e inteligentes. Las caricias de la hembra me predisponían a la ternura. En las palabras del hombre había un sentido más hondo que en las de los demás animales.

EL TIGRE –El perro siempre adulador y metafísico, dialoga con la luna. Es un ente servil y se da humos de incomprendido. El día menos pensado se escapa o lo despiden como al hombre.

LA ZORRA –Digo que no los han despedido; ese es un comentario de los barrios bajos.

EL ÁGUILA –Salieron por su gusto. Los ví escaparse. Con un garrote, el hombre separó los alambres erizados para que la hembra pasase cómodamente. Él se escapó en seguida arrastrándose y se desgarró la piel. ¡Como no tienen pelo!

EL ELEFANTE –No tienen pelo y son muy estúpidos. Yo camino día y noche entre los espinosos tallos de los árboles que llenan esta floresta y jamás los tocó con mi piel.

EL ASNO –Estúpidos y presuntuosos. Decían que nos habían puesto nombres a los animales todos, a los árboles, a las flores, a las piedras.

EL LEÓN –¡Ponerme nombre a mí! Yo me llamo león porque tengo color leonado y porque soy fuerte, "quia nominor leo", como dicen las ratas y las polillas de libros.

LA ZORRA –Y yo me llamo zorra, porque soy muy zorra. Nadie me ha puesto nombre.

EL ASNO –A mí sí me puso este nombre esa especie abominable. Es una calumnia.

LA LIEBRE –¡Nombres a mí! Yo me llamo liebre porque soy rápida y brillante. El hombre quiere hacerme pasar por el animal tímido y siempre en expectativa del peligro. También se me ha calumniado.

EL ATLANTOSAURO –Seguramente imagina que a mí me ha puesto el nombre que llevo, a mí que existía millones de años antes de que él viniese a este planeta incómodo. Si hubiera aparecido por aquellos días nos lo habríamos comido. Bocado pequeño, pero suculento. Ahora ya no es la usanza comer carril de esas especies.

EL MONO –Y dice que yo soy su antepasado. ¡Tiene gracia! Mi estirpe se duele de venir de ellos, y nos regeneramos tratando de diferenciarnos. Es gente peligrosa: importa no perderlos de vista. Corren acerca de ellos las más escandalosas especies. El hombre se dejaba mandar por su compañera. Es avaro. No quería darle pieles para abrigo. Y es fama que ella le molía los omoplatos con una vara de abeto, porque le hacía la corte a otras hembras no todas de la misma especie.

LA VACA –¿Es posible?

LA ZORRA –Se sabe que la serpiente sirvió de intermediaria entre la hembra del hombre y no se sabe qué otro ser inverosímil. El águila oyó la conversación.

EL ÁGUILA –No gusto de repetir palabras de dudoso significado. Tampoco me agrada verme mezclada en chismes.

LA SERPIENTE –No se trata de un chisme. El hombre se dejaba dominar por la mujer, porque había jurado amarla a ella sola y amaba a muchas. Esa infidelidad le colocaba en posición falsa y le hacía débil ante las exigencias de su esposa. De esa posición me valí para convencerles de que debían marcharse.

EL ELEFANTE –No comprendo. ¿Por qué deseaba la serpiente que el hombre se marchase?

LA SERPIENTE –De los demás animales tan sólo la compañera del hombre tenía mi sutileza, la capacidad de apoderarse de las voluntades ajenas, mis gráciles y suaves movimientos, mi disimulo y mi encanto. Mientras ella viviera en el paraíso, yo era un ente secundario. Logré persuadirla de que se marchase diciéndole que era muy bella, que su marido la engañaba y que fuera del paraíso hallaría innumerables admiradores. Pero fuera del paraíso también se aburre. Se dice que piensan volver a esta mansión de deleites.

EL LEÓN –Yo me los comería si volviesen.

EL ASNO –Harías muy bien. Vendrían a perturbar el orden social.

LA PALOMA –A escandalizar el poblado con su desnudez.

EL ASNO –Yo les enseñaré a poner nombres ignominiosos.

EL ATLANTOSAURO –Si volviesen, esta vez no se me escaparían. Decir que me bautizaron a los cien millones de años de haber nacido.

EL LORO –Si vuelven volveré a exaltarme.

LA ZORRA –Yo seré toda oídos.

EL MONO –Me veré obligado nuevamente a revisar mis genealogías. Es una ignominia que se pretenda hacerme del mismo origen que un ente incapaz, sin la noción del pudor, que apenas puede trepar a un árbol y se deja apalear por su compañera.

EL ATLANTOSAURO –Eso de origen común es una invención de los desocupados. Yo tengo 40 metros de largo que no me libran de hacerme provenir de los mismos antepasados que el yacaré del Paraguay y el lagarto de las murallas. Lo que digo del tamaño se puede afirmar también de la inteligencia. Dicen que el perro y el lobo tienen un mismo antepasado; el perro tan melindroso y tan sabio y el lobo tan práctico y tan obtuso.

LA ZORRA –También hay tontos en mi estirpe.

LA GALLINA – (entrando con cierta inquietud). Se dice que el hombre y su compañera han tenido hijos desde que salieron del paraíso.

EL CERDO –No pretenderás que eso sea privilegio de la tuya y de mi estirpe. Todos los animales deben reproducirse.

EL CUCLILLO –(en francés). "Je n'en vois pas la nécessité".

EL MONO –Pero ¿volverán el hombre y su compañera a vivir con nosotros?

EL ELEFANTE –(que se ha sentado en una posición medianamente airosa, acciona con la trompa como un sacerdote de Buda y dice): ¿Veis esa cerca de alambre? Se dice que ella nos ha traído la civilización separándonos de los hombres. Quien la puso no lo sé; pero en efecto, con ella ha venido un gran cambio. Señala un límite a nuestras perambulaciones y eso ha fortalecido los lazos que nos unen, al mismo tiempo que nos señala las diferencias que nos separan de quienes viven más allá de la cerca. Es una barrera material muy insegura. Yo podría levantar cada poste con un leve impulso; basta la fuerza de un becerro para derribarla; el cordero puede pasar por en medio de los hilos dejando partes superfluas del vellón. Sin embargo, ni yo, ni el toro, ni la oveja, pensamos en traspasar esa barrera. Es bueno que exista. Le da encanto a la vida; la hace más digna y más interesante. Cuando haya durado miles de años pueden retirarla y continuará sirviendo de límite a nuestras excursiones y a nuestra curiosidad. Más allá de esos alambres la actividad de1 hombre está limitada por otra misma cerca y por otras muchas. Los hombres las llaman principios morales, leyes civiles o código penal.

Buenos Aires, domingo 31 de julio de 1927

Dostoiewski y el regreso eterno
Bogotá, junio de 1927

EL siguiente ensayo de confrontación entre una de las ideas culminantes de Nietzsche y los deliquios morales y filosóficos de un personaje de Dostoiewski excluye toda pretensión de crítica literaria sobre el autor del "Idiota" y "Los hermanos Karamazov". El análisis literario ha de basarse en un estudio de la forma y éste no es posible sino cuando se conoce a fondo la lengua del autor y la literatura de que su obra forma parte. Tampoco es posible penetrar en el corazón de una literatura sin un conocimiento previo del ambiente moral y físico donde se agitaron los autores de sus obras maestras. Hacen falta un valor temerario y un irrestañable deseo de comunicar al público nuestras emociones y entusiasmos del momento para escribir sobre la revolución y la novela en Rusia sin conocer el país de los revolucionarios ni la lengua en que han escrito los novelistas. El consejo de Goethe, expresado en un dístico inolvidable, es en esta materia riguroso e ineludible precepto. Escribir crítica literaria sobre un artista de la palabra cuya lengua no conocemos es, como dice el refrán castellano, "ensillar antes de traer las cabalgaduras".

En las páginas siguientes sólo se trata de averiguar hasta dónde la ideología confusa y en ocasiones laberíntica del atormentado novelista eslavo llegó a influir sobre el pensamiento de Nietzsche, o si, al revés, el autor de "Crimen y castigo" halló en Zaratustra excitantes para su voluntad y su inteligencia. La obra en donde se contienen las páginas que, según todas las apariencias, influyeron sobre la vida y las ideas de Nietzsche, se titula "Los hermanos Karamazov", el inventario espiritual más despiadado y más conmovedor de la vida en Rusia hacia la segunda mitad del pasado siglo; novela de la cual dicen críticos regalones capaces de leerla en ruso, que es la mejor obra imaginativa en prosa de que puedan ufanarse las literaturas europeas de fines del seiscientos hasta nuestros días. En ella se encuentran, explicadas por un fantasma, en diálogo con un alucinado, las ideas de Nietzsche sobre el regreso eterno, aquella teoría que él expuso primero en forma dialéctica y un tanto abstrusa en la segunda de sus "Consideraciones inactuales" ("La utilidad y desventajas de la historia para la vida"), y más tarde, en tono profético, en plena excitación creadora y dueño a la sazón del instrumento verbal, que salió de sus manos perfeccionado y tan distinto, que al leer prosa alemana del ochocientos puede uno decidir sin vacilación si fue escrita antes o después de Nietzsche.

En la tercera parte de "Zaratustra" (1884), poema en prosa que viene a ser como el precipitado químico de sus demás obras y la quinta esencia de su pensamiento, vuelve a expresar su visión de la vida bajo las formas del regreso eterno.

El pequeño tratado sobre "utilidad y desventajas de la historia" apareció por vez primera en 1874 y llamó desde entonces la atención de Karl Hillebrand, el crítico más leído y más digno de serlo por sus ideas y por su estilo en la Alemania de sus días. Dostoiewski sabía alemán, sin duda, pero no es creíble que leyera a Nietzsche en un momento en que la misma Europa occidental ignoraba casi en absoluto la existencia del joven profesor de Basilea. H. Romer afirma en su obra "Nietzsche", que Dostoiewski nunca leyó las obras del filósofo alemán. Aunque "Los hermanos Karamazov" aparecieron en 1880 en la forma inconclusa en que hoy los conocemos, es de creer que su autor trabajaba en esa enorme concepción y pintura de la vida rusa de su tiempo mucho antes de ese año. La desordenada amplitud del trabajo y la concentración de fuerzas espirituales que representa agotaron las ya escasas del autor, que murió en los primeros días de 1831. Ni en la obra que acabo de mencionar ni en ninguna otra de las suyas que conozco hace Dostoiewski alusión a Nietzsche o a sus doctrinas. De su lado, el filósofo y poeta alemán había leído con gran deleite las obras de Dostoiewski; habla de ellas con una finísima intuición de su valor como análisis del alma humana y admite, "incidentalmente, que es Dostoiewski, entre los psicólogos, el único de quien ha tenido algo que aprender". Pertenece, agrega, a uno de los más bellos y más felices hallazgos de mi vida, más todavía que el descubrimiento de Stendhal (Götzen-Dämmerung 120).

Importa no olvidar que había semejanzas materiales y de espíritu entre los dos genios, y seguramente afinidades de raza. Dostoiewski padeció durante su corta vida de ataques epilépticos, y la locura de Nietzsche ha sido atribuida a una lesión cerebral de origen incierto. Dostoiewski fue un perseguido durante los primeros años de su carrera literaria y conservó toda su vida el recuerdo de esa persecución. Nietzsche se creyó siempre (y lo fue en su país hasta la muerte de su razón) un hombre incomprendido. Esta creencia es un tanto parecida al estado de espíritu de donde se origina la manía persecutoria. Además, la incomprensión de sus contemporáneos en el caso de Nietzsche estaba acompañada, como era de rigor en el mundo universitario alemán, de una razonada hostilidad.

Literariamente, en Alemania fue conocido Nietzsche y apreciado cuando en el extranjero se empezó a hablar de sus obras y de su actitud ante los filisteos de la cultura. Por último, es notorio que entre Dostoiewski y Nietzsche hay afinidades de raza. La desinencia de los apellidos es la misma y es obvio su origen eslavo. En

su "curriculum vitae" destinado a Brandes, el autor de "Zaratustra" dice que entre sus antepasados hay un noble polaco de apellido Niëzki, y agrega que en sus visitas invernales a Italia se oía denominar por las naturales de la región donde hacía su estada, "el Polaco".

De las fechas señaladas antes se desprende que hasta 1874, en que fue publicada la segunda de las "consideraciones inactuales", donde por vez primera Nietzsche expone su teoría del "regreso eterno", no había contacto intelectual alguno entre los dos escritores. De acuerdo con los biógrafos de Dostoiewski no se puede afirmar que él haya leído obra alguna de Nietzsche. Fue una mera coincidencia que uno y otro hubieran señalado el eterno regreso de todas las cosas como un posible substituto de la providencia. Pero cuando Nietzsche vuelve a decir por boca de Zaratustra que "él mismo cae dentro de las causas del regreso eterno" y "que él volverá siempre a la misma vida, igual a la presente, en lo grande y en lo mínimo, para enseñar de nuevo el regreso eterno de todas las cosas", ya había leído a Dostoiewski y sufrido su influencia.

Al hablar del regreso eterno de Nietzsche es posible que surja en el ánimo de quienes no lo han leído, la idea oriental sobre la transmigración de las almas, de donde nació la esperanza cristiana en la resurrección de la carne. La noción de Nietzsche no es religiosa ni metafísica. Su explicación de la vuelta eterna de todos los fenómenos tiene su base en la física matemática. Según él, la esencia del mundo, como lo enseña la física, es fuerza. Donde la fuerza impera, el número es su índice y cooperador necesario. La existencia de la fuerza y de los átomos supone combinaciones de la una con los otros. Enseña la ley de la conservación de la energía que la fuerza es eterna, pero no es infinito el número de átomos ni menos el de células vivas. Por lo tanto, el número de combinaciones entre la fuerza y los átomos, a pesar de su gran variedad, no es infinito: se puede o se podría reducir a cifras, más que fantásticas, es verdad, pero necesariamente limitadas. Si estas combinaciones no son infinitas la fuerza es indestructible, cuando se hayan agotado las combinaciones y la energía de la materia siga actuando, la naturaleza de nuestra inteligencia nos lleva a la conclusión de que las combinaciones han de repetirse. La combinación de fuerza y de átomos de dónde surgió el fenómeno Nietzsche; aquella a la cual debemos el interesante espectáculo de Cleopatra en la batalla de Accio volverán a presentarse no una, sino inmenso número de veces en la sucesión mareante de las edades. "Volveré, dice Zaratustra, con este sol, esta tierra, con esta águila y serpiente, no a una nueva vida o a existencia mejor o semejante, sino a una vida igual y la misma en sus más grandes apariencias y en sus más mínimos detalles, para enseñar de nuevo el eterno regreso de todas las cosas" (Also sprach Zaratustra. III De Genesende).

Con estas palabras inequívocas y perentorias quiere Nietzsche diferenciar su teoría de aquella frase de historiadores barbilindos según la cual la historia es maestra de las gentes, espejo del futuro e imagen del porvenir. Noción inepta que periodistas y políticos de pocas letras suelen expresar diciendo que la historia se repite. Pero esta misma tendencia del género humano a creer en la transmigración de las almas; a acariciar el pensamiento de que resucitaremos un día con los mismos cuerpos y almas que tenemos, parece una intuición milenaria, una conciencia obscura de la materia que se hace presente de un modo elemental en el átomo y en las combinaciones de átomos que hacen posible el pensamiento.

De su lado, el autor de "Los hermanos Karamazov" no fue un filósofo profesional, pero de sus cavilaciones sobre el inquietante enigma de la vida y el móvil oculto de los personajes que ponía en movimiento llegó a una curiosa intuición de las teorías de Nietzsche sobre este curioso problema de la existencia individual.

Anormal fue Nietzsche (el genio es por definición una sucesión de fenómenos anormales para el hombre normal); Dostoiewski no lo fue menos, y así los personajes creados por uno y otro, Zaratustra y los Karamazov, debían de ser gentes excepcionales. En efecto, la familia descripta en esta novela por el enorme talento del autor ruso se compone de anormales. Un monstruo es el padre; una criatura incompleta y abúlica, la madre, los hijos, criminales, ascetas, filósofos extravagantes faltos de sentido moral e incapaces de acomodar su vida a las normas por las cuales se rige la sociedad en que circulan como autómatas, impulsados por la avaricia, la lujuria, el odio o el amor al prójimo. Iván Fedorowitch Karamazov, el hermano filósofo y aventurero, sufre de alucinaciones. Una noche, al llegar de la calle después de las más agitadas y atormentadoras pesquisas para convencerse de si su hermano mayor había o no asesinado a su padre, tuvo en su cuarto una clarísima alucinación. Recordemos, pasando, que Taine afirma no haber entre las sensaciones normales o reales, como nosotros decimos, y las del alucinado, más diferencia que la mayor intensidad de las últimas en comparación con las primeras. Iván Karamazov ve entrar en su cuarto a un caballero que, por su distinción, su frialdad, que casi parece cinismo, su fácil y elegante palabra, se diría pertenecer a la alta sociedad de Moscú o de San Petersburgo. Sin embargo, es el diablo, aunque su huésped le llama en el largo diálogo que con él entabla, sencillamente parásito. Este parásito es un hombre de mundo, versado en ciencias morales y políticas, en filosofía y matemáticas. No es posible dar las interesantes y arduas peripecias de eso diálogo fáustico. Pero a nuestro objeto está ligada la teoría del remordimiento, expuesta por el parásito. Para redondearla, este individuo esboza la teoría de Nietzsche sobre el regreso eterno de las cosas.

El parásito crea la imagen de un hombre condenado a andar durante un cuatrillón de años que se tiende en el camino y rehúsa pasar adelante. Iván afirma que lo mismo es quedarse tendido que recorrer un cuatrillón de kilómetros. "Será una marcha, dice, de un billón de años, pero ¿De dónde ha sacado ese billón de años?".

"Imagínate, dice el parásito, la tierra que habitamos. Pues esta tierra se ha repetido ya tal vez billones de veces. Ya se ha agotado, se ha empedernido, ha saltado, se ha vuelto menudos pedazos, se ha descompuesto en sus elementos fundamentales y luego ha vuelto a ser una costra sólida entre las aguas y ha continuado su ciclo, para convertirse otra vez en un cometa, luego en un sol y nuevamente en la tierra; pero esta evolución se ha repetido ya 'innumerables veces' y, 'siempre en una y la misma forma hasta el más ínfimo detalle', exactamente como era antes" ("Hermanos Karamazov" pág. 1326. Ed. alemana 1918).

Ni es este el solo aspecto de la concepción vital expuesta por Dostoiewski en sus novelas, que rezuma de cuando en cuando en la obra filosófica de Nietzsche. Dostoiewski se duele de que la mayoría del género humano se agite, luche, sufra y sucumba para que los fuertes, los escogidos gocen divinamente de la vida. La libertad del mayor número consiste en usar del derecho de ser esclavos. Nietzsche dice textualmente ("Allende el bien y el mal", pág. 93) (gens): "Un pueblo es el rodeo de la naturaleza para llegar a producir seis o siete grandes hombres", y en su "Genealogía de la moral" deduce de premisas lingüísticas y de las antiguas nociones sobre castas su teoría sobre la moral de los amos y la de los siervos. No hay quien le contenga cuando la emprende contra las ideas de tiempo relativas a la libertad del hombre. La mente de Dostoiewski percibe de manera imprecisa la brecha que ha abierto el análisis moderno en el concepto tradicional sobre la verdad filosófica. Nietzsche formula con la nitidez propia de su estilo, el valor de la mentira como preservativo vital y se exalta en los detalles de su frenética negación. Y aun la teoría de la conciencia y del remordimiento guarda posiciones paralelas en el mayor de los psicólogos narrativos del siglo XIX y el más atrevido y más implacable destructor de las ideas morales de su tiempo.

Buenos Aires, domingo 18 de septiembre de 1927

El centauro de América
Bogotá, agosto de 1927

Al oriente de Bogotá, en las faldas de los Andes, compuesta de valles estrechos, de raras mesetas y planos inclinados donde la edificación de habitaciones para el hombre es casi una temeridad y las labores agrícolas un problema de mecánica asaz complicado, se extiende o mejor dicho, se encoge una región extraordinaria, que a pesar de hallarse tan sólo a cincuenta o sesenta kilómetros de la Capital, dista de ella tanto como la Paz de Buenos Aires. Para llegar al corazón de la comarca nombrada, o sea la ciudad de Gachalá, el viajero necesita emplear tres vidas de su vida, en un esfuerzo continuo, dividido entre él y su cabalgadura. Es una provincia aislada de la vida nacional por falta de muchos caminos y sustraída al contacto con el mundo por esa y por otras causas de más suposición.

La vida allí es interesantísima en algunos de sus aspectos y rudimentaria en la mayor parte de ellos. El hombre, en lucha diaria con la naturaleza y con sus semejantes, se ve forzado a desenvolver paralelamente todas sus facultades, a cada instante solicitadas por las más urgentes necesidades de la existencia. Es imposible especializarse: cada individuo es agricultor, mecánico, abogado, médico, agrimensor, veterinario, ocasionalmente maestro de escuela, y fontanero en las grandes secas o en las tremendas inundaciones a que la región suele estar expuesta. En las grandes ciudades el hombre está espiado por sus semejantes y en ocasiones tiene que espiarlos muy de cerca y con aguda atención para no sucumbir en la lucha diaria. Allí, en el campo, el trabajo de espionaje se extiende también a la naturaleza. Si no se espía cuidadosamente esa planta rastrera llamada calabaza o zapayo, sus sarmientos se extienden con una rapidez increíble, se allegan a los muros de la casa, y sirviendo de apoyo a los tallos numerosos y de varia dirección, suben con ellos, por las paredes, al techo; donde se difunden premurosamente, al paso que otros, penetrando por las ventanas, han llegado al interior de la habitación y se explayan por donde quiera que hay luz en busca de humedad y de apoyo. Dejada a sí misma, esa planta rastrera, destruye en pocas semanas la casa del hombre. La grama de los caminos cubre en pocos días la huella que dejan el hombre y las bestias transitando por ellos. Y el grande, el irreconciliable enemigo del género humano que es, en estas comarcas, el helecho, cubre rápidamente las veredas y borra los senderos si llega a faltar el tráfico tan sólo por unos días.

En las épocas de lluvia, el torrente cristalino que embellecía a su paso el plano inclinado de los pastales, se convierte en río caudaloso de aguas turbulentas y arrolladoras, ante las cuales se detiene el viajero que antes pasaba sobre ellas a pie enjuto. Los ríos, al aumentar su caudal con el agua de las lluvias, no se extienden, porque la naturaleza los ha encerrado entre muros de granito, contra los cuales se estrellan atronando las selvas, socavando las rocas por sus cimientos para hacerlas rodar al abismo y proclamando la fuerza y la libertad con estrépito de olas y coronas de espumas. Por dondequiera la naturaleza acecha al hombre y le señala sus limitaciones, lo exhalado de su destino y la necesidad de estar alerta en todas direcciones para no sucumbir en el diario conflicto. Tiene allí el residente un servidor y un aliado, sin el cual la vida sería un tormento o un imposible. Los historiadores de América han estado acordes en afirmar que sin el caballo habría sido imposible la conquista y mucho más tardía la obra de la colonización. En el segundo cuarto del siglo xx la vida sin el caballo es una imposibilidad física y metafísica para el hombre, colocado por un mandato inexorable del destino en la región oriental de Colombia.

Sin embargo, con todas las acechanzas a que está expuesto en estas comarcas el titulado rey de la naturaleza, su espíritu, en vez de encogerse y obscurecerse, se expande y se ilumina. Hay allí menos analfabetos que en otras regiones de la República. El libro no es absolutamente desconocido. Como el hombre no puede especializarse, tiene su inteligencia abierta a todos los vientos del espíritu. Cuando la naturaleza o los hombres le dan treguas, busca en el libro compañía y sosiego. Lee con candor y no es muy exigente en la escogencia, porque las librerías no existen y las bibliotecas circulantes son un producto de aglomeraciones humanas en principio de disolución cerebral. Toma hoy un volumen de semanario publicado en Londres a principios del siglo pasado en lengua española para distribuir desde la Capital inglesa nociones de libertad y conocimientos útiles a la América en lucha por la libertad. Otro día, en una posada inverosímil, colocada sobre un picacho que le hace fieros al abismo, cae en sus manos una edición con láminas ya bastante fatigada de "La isla del Tesoro", de Stevenson, en un castellano tolerable. Y cambiando de constelaciones y de compañía ya da en una siesta con un tratado de medicina doméstica o un texto de geometría descriptiva, un volumen de historia natural, una colección de discursos de Donoso Cortés o una revista de medicina. Todos son bien venidos. Leer es una necesidad. Adquirir ideas cada día un ejercicio espiritual, semejante al masaje del cuerpo, al cual es preciso entregarse con regularidad y frecuencia para que la mente no se anquilose. Así, el extranjero, el hombre de la Capital, que visita esas regiones por curiosidad o llevado por los negocios o la ciencia, no puede menos de experimentar gran sorpresa

al ponerse en contacto con algunos hombres que las habitan hace tiempo y no han tenido nunca comunicación o la han perdido con el resto del mundo. Poseen los tales una variedad de conocimientos y exponen su saber con frescura que asombra y deleita. Lo mismo hablan de las costumbres de los insectos que de las enfermedades del caballo o de las campañas napoleónicas, y su saber, aunque inmetódico y lleno de lagunas, tiene la fascinación del candor y la frescura de la lección aprendida.

En cierta ocasión no muy lejana vino a la región un europeo fatigado de la vida artificiosa y rutinaria de las grandes ciudades con ánimo de establecerse en esa comarca paradisíaca y reposarse y hacer penitencia de haber sido un supercivilizado. Tomó una casa de hacienda capaz para una compañía de húsares, de cuartos grandes, altos, de paredes blancas y ventanas espaciosas a Oriente y Occidente, por las cuales penetraba durante el día el sol benigno, fecundante, suave como un abrazo de la mujer amada, en las horas matinales, ardiente en las horas postmeridianas, como los deseos ilícitos. Quiso adornarla a su manera. Y para apaciguar un tanto el blanco reverberante de las paredes en el interior de los cuartos, estaba colgando grabados de cuidadosa hechura representativos de obras maestras de la pintura alemana y suiza del siglo pasado. En el momento en que miraba a distancia conveniente un cuadro de Böckling que acababa de suspender en la mitad de un muro, un hombre de campo, vestido sin arreglo a las modas, pero con la amplitud que exigen la temperatura y la sequedad de la región, ponía también sus ojos en la bella y curiosa estampa. Jamás había visto grabado tan grande ni ejecutado con tan exquisita maestría. El grabado era aquella fastuosa creación de un paisaje y una criatura imaginarios revestidos por el artista suizo con todas las apariencias de una realidad cuotidiana. Representaba un centauro detenido por una lesión del casco de la mano derecha en el taller de un herrador foráneo en busca de remedio para el molesto accidente. La pintura es tan incomparable efecto que la fábula se desvanece entre los resplandores de la realidad. En las ancas rigurosamente semisféricas, el blanco y un color leonado juegan admirablemente, bajo la luz solar, con los tonos desvanecidos del resto del cuerpo, que queda a la sombra del miserable techo del taller. La parte humana del centauro inclina la cabeza para enseñarle al herrador, en el casco puesto sobre el yunque, la grieta que allí se ha formado. El antebrazo del animal biforme, extendido a medias, hace un gesto inteligente de molestia de poco momento, pero que necesita inmediata atención. En la cara del centauro, copiosamente cubierta de barbas y cabellos, hay una expresión profundamente humana que trata de captarse la simpatía del herrador, el cual mira sin sombra de maravilla la cara y el callo del centauro, como si se tratara de una bestia de tiro o de silla cualquiera. A la izquierda del cuadro dos mujeres, cada una de ellas

con un niño en brazos, miran al centauro con curiosidad un tanto desdeñosa, pero sin asombro. Parece que estuvieran acostumbradas al espectáculo. Visten de negro; el pintor ha usado de ese recurso de artista para hacer resaltar el rayo de luz blanca africana que se deja ver por entre las patas delanteras del centauro y los broncos postes de madera en que descansa la humilde techumbre del obrador, rayo que ilumina la llanura sin árboles ni yerba y la blanca ciudad perceptible a lo lejos y hacia la cual se dirige sin duda el centauro en su incierto itinerario. No hay en el cuadro detalle ocioso. Quién lo mira despacio halla plausibles las formas y la consulta del centauro, la figura desprevenida y un tanto estólica del herrador, la mirada curiosa de las mujeres y la desazón del bruto. El cuadro deja de ser mitológico para convertirse en una escena de la vida real. Tal fue, sin duda, la voluntad del pintor suizo, para el cual las criaturas de la imaginación helénica llegaron a tener existencia verdadera y puntual.

El extranjero, complacido tal vez con la impresión que el cuadro producía sobre las capacidades artísticas y la reflexión del hombre de campo, le pidió su opinión sobre las formas del "caballo".

–No es un caballo –dijo el campesino, –es un centauro.

–¿Conoce usted el género? –preguntó con sorna el forastero.

–Sí, le he visto en las llanuras del Apure.

–¿Pintado como éste, o vivo? –insinuó el europeo sin abandonar el tono de guasa.

–Vivo, sí, señor y overo como ése –dijo el hombre de campo con tranquilidad y como si dijera la cosa más ordinaria del mundo.

Como sucede siempre, el humorista de ocasión empezó a figurarse que su presunta víctima le tomaba a su turno el pelo. Rió con aire de superioridad y le dijo siempre en tono de mofa:

–¿Estaba colgado su centauro del Apure en el interior de las habitaciones o en el patio de la casa?

–No, –dijo el observador desprevenido –andaba por los campos como el de este grabado.

–¿Es tal cosa posible?

–La vida –insinuó el campesino –es, en estas regiones, más rica en formas y en combinaciones que las de las ciudades populosas de donde usted viene. Allá la regla es la rutina. Aquí lo ordinario es el accidente, lo imprevisto. Si usted pretende aplicar el criterio usual de las academias, congresos y conclaves en la observación y la explicación de los fenómenos vitales en estas regiones, saltará de una confusión inextricable a un error sustancial. Si desea entender la naturaleza de estas latitudes

tiene que desprenderse de sus hábitos mentales y acercarse a la vida con perfecto candor y sin prejuicios.

De la actitud burlona el extranjero pasaba rápidamente al asombro, y casi rogando:

–Hágame usted conocer –dijo –el nacimiento y las costumbres de esa criatura.

–Nació como nacen los hombres y como nacen los caballos –dijo el hombre de la región. –Eran un caballo y un hombre a quien la vida y las circunstancias vinieron a reunir en un solo individuo. Facundo Leal, vaquero de profesión, tenía un caballo overo, de singular inteligencia y abnegación. Conocía la bestia al amo como un amigo a otro e interpretaba sus palabras y gestos con rapidez y cariño manifiesto. Leal vivía la mayor parte del tiempo a lomo de su cabalgadura. En esas regiones sin árboles ni habitaciones, donde la criatura humana pierde la noción de la personalidad y se confunde con los átomos de polvo que el viento lleva a su talante, la comunidad entre el hombre y el caballo es más íntima que entre dos semejantes que habitan bajo un techo en las ciudades populosas. Leal comía, bebía, se entregaba a sus meditaciones de solitario sentado en su caballo; las pocas horas que consagraba al sueño, en aquella vida de sorpresas y afanes, las dormía sobre el bruto amigo, que al sentir la languidez de los músculos del amo, se hacía a un lado de la senda y suspendía la marcha. Facundo Leal no usaba más vestido que unas bragas de algodón delgadas y de escaso peso. Con tanto usarlas a caballo, el tejido se deshizo. Como no usaba silla, en semanas y semanas la piel se desprendió del músculo, y se formó una herida en toda la superficie del cuerpo humano que estaba en contacto inmediato con la piel del caballo, la cual, con el peso y las angulosidades y durezas musculares y óseas del jinete también se había ulcerado. La naturaleza, obrando de por sí, curó lentamente las dos heridas y los cuerpos al sanar quedaron unidos.

Sonrió el extranjero haciendo a un mismo tiempo la consabida mueca de superioridad. Tal cosa le parecía una invención zurcida y lo dijo sin atenuaciones verbales, ni de gesto.

El hombre del campo le preguntó con la mayor seriedad:

–¿Ha leído usted algo sobre las revelaciones que en el problema de la vida han hecho los que investigan la función de las secreciones internas de ciertas glándulas?

–Sin duda. Más no comprendo la ilación…

–Es accidental, como todo en este mundo.

El campesino sacó de un bolsillo del saco un número de una revista extranjera muy ajado y muy sucio y leyó con voz mesurada: "Forschbach unió, suturando a dos perros; es el experimento bien conocido actualmente, después de los grabados de

Sauerbruch y Mopurgo, con el nombre de parabiosis. Si los animales sobreviven por algún tiempo después de la operación, se establece entonces una circulación común, hay un intercambio de sangre entre los dos socios parabióticos".

–El estilo no es elegante, –dijo el naturalista de la región –pero no peca por falta de claridad. Facundo Leal y su caballo eran un caso excepcional y absurdo de parabiosis. Mas, como le he dicho, si no está usted preparado para topar con el absurdo a cada momento en estas montañas, cuya formación misma es de un confuso enunciado, vale más que se abstenga de observar y sacar deducciones.

Calló el extranjero unos instantes bajo la presión de la atmósfera espiritual creada por el campesino, y al fin inquirió, por decir algo.

–¿Tuvo hijos el centauro? ¿Eran hombres, o caballos o centauros?

–Tuvo setenta y dos hijos, hombres todos, por desgracia para ellos. Las modificaciones artificiales de estructura o los "caracteres adquiridos", como dice la ciencia, no se transmiten hereditariamente, según Darwin, Weismann y Mendel.

Buenos Aires, domingo 9 de octubre de 1927

Ante el obstáculo
Bogotá, agosto de 1927

Así, "Devant l'obstacle", ha querido titular su libro acerca de las relaciones entre Francia y los Estados Unidos de Norte América el experimentado escritor y financiero M. André Tardieu. Por su vasta experiencia de la política francesa, en la cual ha figurado en altos y conspicuos lugares; por su amistad con M. Clemenceau; por el amor apasionado con que defendió siempre la imperecedera cultura de su patria; por haber sido catedrático y conferenciante en aquellos Estados Unidos; por haber desempeñado misiones de hacienda en que estaban interesados ambos países; por la serenidad de su pensamiento, no exento, sin embargo, de calor vivo y comunicante; por su valor para decir verdades ingratas al paladar de sus compatriotas y poco lisonjeras para la conciencia acaso demasiado sensible de sus amigos norteamericanos, el señor Tardieu estaba indicado por determinaciones precisas del destino, para escribir obra como ésta. Es desapasionada sin afectación y científica sin aparato. La parte inicial, que parece un capítulo de psicología comparada, se apodera del lector merced a las prendas excelentes del estilo. Las disquisiciones económicas, a pesar de las cifras, cautivan por la lucidez del concepto. El libro abunda en ideas precisas; abre nuevos horizontes en la contemplación de los sucesos inmediatamente anteriores y posteriores a la guerra, no sin trastornar opiniones generalmente admitidas acerca de la vida espiritual de los países.

El obstáculo señalado por el libro y que el autor quisiera eliminar de la ruta de las amistades francesas reside, por desgracia, en la naturaleza de las cosas y, aunque no resulta insalvable, es tal vez indestructible. Parece allanarse por épocas y sin saberse cómo vuelve a ponerse enhiesto y con semblanzas de haber crecido mientras parecía oculto. El obstáculo no es otro que las diferencias fundamentales del carácter nacional entre uno y otro pueblo. En el largo y minucioso análisis que hace M. Tardieu de las discrepancias entre el espíritu norteamericano y del francés se siente el lector a veces impulsado a creer que la serie de antítesis son más bien un procedimiento retórico, una tendencia literaria a la amplificación (tan común en los escritores franceses grandes y pequeños), que una rigurosa exposición de hechos y fenómenos, pero la reflexión enseña, especialmente al comparar ciertos episodios históricos, que la frase vivaz y el razonamiento de una lógica tenaz e insistente están de acuerdo hasta donde es posible con la nuda verdad.

Hay, sin embargo, una gran dosis de ingenuidad en la idea general de este libro, aunque en la manera de exponer el pensamiento y de alinear los hechos en que se apoya, el autor se observa interiormente con desvelada atención. Las diferencias entre dos pueblos, tan separados el uno del otro por razones geográficas, históricas, de raza, de educación, de aspiraciones e ideales, han de ser muchas necesariamente y algunas de ellas insalvables. Al lado nuestro, en un mismo edificio, suele a veces vivir por años un individuo perteneciente a la misma raza, de la misma nacionalidad, que acaso fue educado mediante procedimientos iguales a aquellos por medio de los cuales fue modelado nuestro carácter y, sin embargo, la presión de influencias sociales difíciles de analizar, la diversidad de oficios, el contacto con gentes de tendencias opuestas nos hace ver en él a una persona extraña. Si tratamos de sondear su naturaleza descubrimos que hay entre los dos un obstáculo ante el cual se detiene nuestra voluntad de acercarnos a su alma. Al examinar cuidadosamente la cualidad o cualidades que de él nos separan, hallamos que hay en su naturaleza un residuo final, un precipitado que resiste, como en las operaciones del químico, a todos los reactivos del razonamiento y del análisis. Algunas de sus ideas nos parecen irracionales; en el fondo de su entendimiento hay un aspecto que no podemos percibir claramente ni sirviéndonos de las lentes convexas de la simpatía provisional; pero no es la razón, no es el sentimiento lo que nos separa, es algo indefinible y resistente al estudio más cuidadoso: si fuera susceptible de análisis y definición, acaso sería fácil sobrepasarlo. El caso contrario es también frecuente: andando por los extraños caminos de la vida un hombre solicitado por la curiosidad de sondear el alma humana, se acerca un día a un personaje que no es de su raza, ni de su patria, para hablar con el cual tiene necesidad de usar un idioma que no es el materno de ninguno de los interlocutores; la conversación, que había de durar doce minutos, se prolonga durante hora y media, y al fin de ella estos dos hombres han encontrado tantos puntos de contacto en su noción general acerca de la vida y los hombres, que hablan como si fueran amigos de la infancia.

Tal pasa, en un grado superlativo de complicación, en el caso de dos naciones. El señor Tardieu analiza con su abundante y expertísima inteligencia las relaciones entre Francia y los Estados Unidos de Norte América para señalar el punto muerto, aquel en el cual ya no es posible el contacto entre esas dos grandes almas colectivas. Es un problema de sensibilidad, y para resolverlo faltan los datos de las ciencias que lo han planteado. Todavía no han llegado los disectores de la conciencia humana a señalar las condiciones de órgano y de función que separan en distintas clases ya la sensibilidad, ya la inteligencia. Durante la guerra de independencia de las colonias inglesas

en América, Francia y los colonos se creyeron amigos. "La alianza en sus comienzos, dice M. Tardieu, es fraternidad. Franklin y Jefferson reciben en París las mismas ternuras sensacionales que La Fayette y Rochambeau en las colonias rebeldes". Once años más tarde John Quincey Adams dice que Francia son "treinta millones de ateos envenenados de filosofía", y Hamilton, Noé Webster y otros revuelven el vocabulario en busca de frases injuriosas contra los revolucionarios franceses, que han pasado de la "superstición papista a la superstición racional corrompida por un misticismo demoniaco". En 1871 el embajador norteamericano en Berlín es el confidente más íntimo de Bismarck y el presidente Grant, "sur les ruines de la France demembrée", saluda con mensaje lleno de entusiasmo a la unidad alemana.

El autor de este libro se espacia narrando las alternativas de simpatía y reprobación, de agradecimiento y olvido entre las dos naciones. La literatura francesa es objeto de admiración en círculos restringidos de norteamericanos, y siempre en un lugar secundario en frente de la inglesa. Palabras de aplauso ha habido, sin duda, entre los técnicos norteamericanos para la ciencia y los sabios franceses, pero el corazón de todo el pueblo se ha dejado cautivar por la técnica alemana, objeto de imitación servil y si es posible de cruda competencia.

En una de sus más intencionadas novelas cortas nos da Sudermann tal vez la clave de las diferencias insondables que median entre pueblo y pueblo. En el "Ansarero" dice uno de los personajes: "El abismo de la sensibilidad, más que todas las diferencias de fortuna, posición y conocimientos, tomadas en conjunto, es lo que distingue a la gente culta del pueblo bajo, tanto que pasan unos al lado de otros sin comprender la acción y los impulsos de la clase ajena, como si fueran moradores de planetas diversos. ¡Ay de aquel que pretenda franquear el abismo!". Más tarde hizo Sudermann de este pensamiento la idea dominante de "El honor", y en el "Fin de Sodoma" un personaje dice: "No hay suerte, sino nervios; no existe el amor, sino tan sólo nervios; todo son nervios; no hay deber, no hay más que nervios". Con otro fin en mira, M. Tardieu hace un emocionante resumen de la historia francesa, en que resalta el trágico y hermoso destino de ese pueblo que ha visto las miserias todas, las angustias de la derrota y la opresión, las alegrías de la victoria, templadas por la expectativa constante de nuevos y más tremendos peligros. Del Norte y del Este de Francia puede decirse como de Milán dice Carducci en la "Canción de Legnano":

La primavera en fior mena tedeschi
Pur come d'uso. Fanno pasqua i lurchi
Ne le lor tane, e poi calano a valle.

La vida del pueblo en aquellas comarcas es la guerra, o la preparación continua para ese doloroso ejercicio. En los intermedios florecen las artes y la industria que más tiene de común con la defensa del hogar y de la tierra amada. De continuo están los nervios en una tensión máxima. Así se ha formado en dos mil años de expectativas ansiosas, de sumisión involuntaria al extranjero, de luchas acerbas y de triunfos, una raza de sensibilidad exquisita, cuya virtud más excelsa es el respeto al individuo. En vez de dos mil años los Estados Unidos de Norte América han necesitado ciento cincuenta, y durante ese tiempo sus límites han ido ensanchándose por compra de territorio y por la conquista de vastas regiones ejercida a expensas de pueblos débiles. Carecen de enemigos en los países limítrofes; el mar los ha defendido contra los pueblos que, colocados más cerca, hubieran podido hacerles daño. Las comarcas de que se compone la enorme nacionalidad producen entre todas la mayor parte de los elementos necesarios para la vida común. Son de por sí un mercado interior tan vasto y tan exigente que ni siquiera han tenido que pensar en hacer el comercio con las naciones extranjeras durante un largo período de su historia. Son cuarenta y ocho naciones soberanas, entre las cuales no hay barreras de aduanas. Es algo como si la Europa de nuestros días hubiera, aceptado el libre cambio absoluto de Leningrado a Mesina y de Constantinopla a Brest. Una raza en tales condiciones crece fuerte, en lucha sana con la naturaleza, y sus nervios se tonifican con la rudeza de las estaciones. Su sensibilidad es vibrante, en ocasiones extremada, pero no exquisita. Durante muchos años esos hombres vivieron sin preocuparse de aquellos aspectos de la vida en que concurren la capacidad de crear obras de arte y de gozar en la apacible contemplación de sus encantos. Así se ha formado un pueblo en que el individuo está oprimido a todas horas, no por fuerzas extrañas, sino por las mismas que él ha creado y, aunque se dice individualista, allí lo esencial, lo dominante no es el individuo, sino la asociación, el club, la secta religiosa, el Estado, la Nación. M Tardieu recuerda la definición que se daba del americano del Norte en el siglo XVII. "a meeting going animal", "un animal que va a los mítines". En verdad estamos muy lejos del "zoon politikon" de Aristóteles, pero las dos definiciones se ilustran mutuamente. No descuida el autor un detalle de primer orden. Fue en el momento de las luchas encarnizadamente obscuras de la Reforma cuando vinieron a la América del Norte los peregrinos del Mayflower. Hay sangre de hugonotes y temperamento de perseguidos en numerosas familias del norteamericano.

A la geografía y la historia viene a añadirse la raza en la formación de la nacionalidad. En este procedimiento de la naturaleza media también un abismo entre los dos pueblos. En el uno la raza, compuesta de dos o tres elementos, todos blancos,

se ha desenvuelto armónicamente en un medio sobremanera propicio. En el otro, durante más de un siglo, elementos raciales de vario y profuso género, difundiéndose en opuestas clases de ambientes, han venido a constituir un conglomerado cuya homogeneidad estriba más bien en el concepto que en la realidad. Los lazos nacionales existen, sin duda, pero la noción de patria es más bien un sentimiento de diferencia con respecto a otros pueblos de cohesión nacional. Antes que todo, el americano del Norte es del distrito donde vive; le interesa en seguida el Estado de su nacimiento y en un tercer lugar le inspiran un cierto afecto los Estados Unidos como nación. En Francia el sentimiento nacional prima sobre todos los demás que forman la idea de patria. El meridional y el bretón son más franceses que provincianos. Para desacreditar el movimiento comunista no hubo en Francia palabra más bien aconsejada que "internacional".

En la nomenclatura de estas diferencias prácticas, y sentimentales M. Tardieu casi deslumbra al lector con el lujo de citas, paralelos, contrastes y suposiciones. Su método, su estilo recuerdan la obra encantadora de Taine: el amor del maestro al hecho menudo y característico; su habilidad para sacar la conclusión, después de haber analizado cuidadosamente una serie de hechos o fenómenos que aislados para el observador ordinario, aparecen estrechamente unidos por el lazo de oro del razonamiento. Pero M. Tardieu no quiere llegar a una conclusión. De Taine acá las ciencias y los sabios se han hecho extremadamente cautos. El autor de "Ante el obstáculo" se ha limitado a decirnos que existe uno, pero no se ha atrevido a señalarlo. Cuando en estas líneas se ha dicho que acaso el muro entre las dos naciones sea la diferencia de las dos sensibilidades, se avanza una hipótesis que no pertenece a M. Tardieu, cuya conclusión es que el obstáculo existe y que importa medirlo. Con las siguientes frases termina su libro: "En los días de incertidumbre que la suerte nos ha reservado, las palabras de Kipling murmuran inevitablemente su amenaza en nuestros oídos: 'and never the twain shall meet' (jamás se encontrarán los dos). Es menester que se encuentren y se encontrarán. Dos veces en un siglo se han encontrado en servicio de grandes causas. Para que vuelvan a encontrarse basta una condición y una sola: saber de una parte y otra medir el obstáculo". El libro que cerramos contiene los instrumentos de mensura.

Buenos Aires, domingo 20 de noviembre de 1927

"El judío Suess"
Novela histórica, tempestuosa y fría, por Lion Feuchtwanger
Bogotá, octubre de 1927

En el curso de pocos meses una novela alemana se ha conquistado un público entusiasta en tres imperios densamente poblados. "El Judío Suess" es el título de este libro extraño, que con el entusiasmo del montón semiletrado se ha ganado también el aplauso documentado y discreto de críticos regalones en Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos. Las ediciones inglesas se han sucedido como avenidas de torrente montañoso. En cinco meses la voracidad del público lector en Gran Bretaña solamente ha consumido once ediciones. No señalo estos datos para encarecer la bondad del libro, "Quo Vadis?", del punto de vista literario o artístico, hasta donde puede juzgarse en las traducciones, sin conocer la lengua original, es un libro mediocre, cuya popularidad estriba en el fácil romanticismo de una anécdota sentimental ligada a episodios popularísimos de la historia del cristianismo y puesta al servicio de un símbolo político demasiado transparente. Ya se va perdiendo con justicia el recuerdo de "Trilby", pasadera medianía, que, circulando con abundancia en un público turgente de frivolidad, confirmó el dicho de que leyendo ese libro los ingleses todos habían atrapado una locura de frivolidad: (*they went Trilby-mad*). Los éxitos de esta clase más bien deprimen que exaltan la actividad del cerebro.

En el caso de "El Judío Suess" el entusiasmo del público lector nada tiene que ver con los méritos fundamentales del libro, que son de una realidad inequívoca. El favor con que la traducción de este libro ha sido acogida en Inglaterra acaso provenga del antisemitismo latente y discreto, cuya presencia podía verificarse antes de 1914 tan sólo por medio de reactivos muy sutiles en determinados ambientes científicos y literarios. El antisemitismo, esa enfermedad degenerativa tan extendida y de caracteres tan virulentos en algunos países de Europa, como Rusia y Austria, menos activa en otros como Francia y Alemania, era en Inglaterra un mal raro y oculto. A los ingleses los había gobernado un judío, en tiempo de la reina Victoria, y políticamente, y también del lado cultural, la presencia de ese hombre en los consejos y en la alta sociedad del Imperio le había añadido poder y brillo a la vida inglesa. Destacándose sobre un fondo impropicio, este hombre, perteneciente a una raza privada hasta hacía poco de derechos políticos, logró reducir a un mero ceño de carácter religioso, más bien que social o político, la prevención del pueblo inglés contra la gente de Israel.

Sin embargo, antes de 1914 el sentimiento antisemita, sin hacerse ostensible, crecía seguramente en ciertos medios. Donde parecía más intenso, aunque latente, era en el mundo universitario. Articulaba en veces, con señalada intención pero sin estrépito en la prensa, y en los coloquios íntimos de los periodistas de oficio, en las pálidas auroras del verano londinense, solían adquirir gravedad filosófica, si bien meramente oral, las consideraciones sobre la ola creciente del poder semita.

Además de esto, el libro de Feuchtwanger no insiste sobre el judaísmo del personaje principal, cuyos caracteres de mayor relieve le hacen por momentos digno de admiración, y más frecuentemente de desprecio. De Suess, el judío, sabe el lector, al llegar al momento culminante del drama histórico patentizado en esta novela, que aunque su madre era de puro origen israelita, por el lado de su padre era no solamente cristiano, sino, aunque de falso lecho, noble y de familia casi real. La ambigüedad del origen más bien daría a comprender a los lectores desprevenidos que la intención del novelista fue dar a entender cómo no hay diferencias específicas entre las dos razas cuando sus representantes se ven colocados por la fortuna o por sus propias ambiciones en un medio donde la moral es equívoca.

"El Judío Suess" cae, por definición, entre el género denominado por los alemanes, con la pedantería y la abundancia natural de su lengua, un "kulturhistorischer Roman", es decir, una ficción novelesca destinada a pintar las costumbres de una época fenecida, tomando por base los datos precisos de la historia. La época no puede ser más interesante, la escena obra sobre la imaginación del lector de una manera irresistible. Se trata de las costumbres cortesanas en los mínimos reinos, ducados, principados, electorados en que estaba dividida esa expresión geográfica designada con el nombre de Alemania en el siglo XVIII. Hay personajes históricos en el intrincado laberinto de la novela, y alrededor de éstos giran en un torbellino apasionado criaturas a quienes presta vida tempestuosa o serena, y en todos los casos de una realidad apremiante, la imaginación del autor. Eran de una vehemencia y libertad tan amplias las costumbres de la época, especialmente en lo tocante a las relaciones entre los sexos, que a veces, para la sociedad hipócrita o sofisticada de nuestros días, la narración toca los límites del libertinaje, sin que por esto pueda decirse que haya habido en el autor la intención premeditada de solicitar la curiosidad malsana de sus lectores. La impresión que deja el libro al comparar nuestra época y la de mediados del siglo XVIII es que las cortes, los gobiernos republicanos y las altas capas sociales se han hecho más gazmoñas y los pueblos más intolerantes. En el fondo, los vicios, aunque practicados con mayor discreción, son los mismos que en este libro corren expuestos con exceso de libertad, que a veces toma las apariencias del candor.

Suess, el protagonista del fastuoso y complicado enredo, es un judío cuyas habilidades como financiero le ganan la amistad de uno de tantos reyezuelos que, para libertarse de cuidados económicos, trae al israelita "brasseur d'affaires", a los consejos del reino y le hace administrador del tesoro ducal. En esa posición equívoca de agente de negocios del reino y hábil intermediario entre el monarca y sus amigas duraderas y ocasionales, el israelita, diestro, ambicioso, falto de escrúpulos, sensual como su amo, apasionado de las comodidades, de las bellezas del arte y de la naturaleza, viene a ser, a un tiempo, el hombre más poderoso y más odiado de la comarca. El odio de que es objeto su actividad oficial y privada no alcanza a ponerle trabas a sus ambiciones insaciables, y su poder político aumenta con menos rapidez que sus caudales.

Para complicar la trama en beneficio de su lectores, el autor le ha dado a Suess una hija natural de extraordinaria belleza, de temperamento vivamente religioso, que vive oculta del mundo en una casa de campo, lejos de la capital del reino, en el centro de una plácida floresta, vigilada en su adolescencia por una mujer de confianza y por un tío del protagonista. Este personaje, a quien las gentes señalan con los distintivos del judío errante, que es a la vez místico y, a su pesar, nigromante, pasa por la novela como una visión de pesadilla. Por tiempos abandona la casa donde hace oficio de guardián afectuoso y recorre miserable y fatídico, a pie y en traje israelita, los caminos solitarios de Würtemberg y de los principados vecinos, complaciéndose en la superstición popular que le tiene por el mismo y antiquísimo judío errante. Mientras Gabriel, que así se llama este personaje, andaba en una de sus caprichosas ambulaciones, ocurrió que el Duque, el monarca del día, enterándose de la existencia, de la belleza y del candor místico de la niña, quiso hacer de ella su víctima, a un mismo tiempo para satisfacer su cansado epicureísmo y para humillar al potentado, cuyas maniobras con el dinero propio y ajeno habían puesto al monarca más de una vez en situación de inferioridad y sonrojo. Fracasa la odiosa tentativa de violencia. El terror de la niña sorprendida en sus habitaciones, la hizo escaparse por una ventana que daba a un tejado, de donde cayó en las tinieblas de la noche, sintiendo que allí mismo la perseguía desalentado el añoso fauno. En la caída quedó muerta.

A un tiempo con esta desventura ocurrió que la madre de Suess le hizo llamar para anunciarle, en presencia del mago, su tío, quién era su padre. De esta insufrible revelación se desprendía que Suess no era de raza hebrea sino por parte de su madre. Era de creerse que el magnate de las finanzas, al verse libertado de la mancha original que hacía de él un personaje universalmente odiado, en un tiempo en que la sociedad afectaba una extrema complacencia con los desvíos de la gente noble, hubiera pensado en renegar de la raza y de la religión, acoger el nombre ilustre a que tenía

derecho y tornarse cristiano. Pero un sentimiento de lealtad consigo mismo, cierto pudor recóndito que conservaba sin duda aquel hombre en su estudiada y completa depravación, acaso la creencia de que su capacidad para el mal disminuiría con el cambio de raza y de confesión, le indujeron a perseverar en sus actitudes de rebeldía contra el mundo en que le había tocado desempeñar un papel odioso. Su carácter combativo hallaba más propicia su condición de hebreo para adelantar la lucha contra todos los aspectos vitales que le parecían dignos de su abominación y desprecio.

Con la muerte de su hija, causada por el monarca, la realidad de la posición entre el amo y su agente se hizo manifiesta. Se tornaron más ásperos cada día los lazos de necesidad y artificio con los cuales estaban unidos hacía largos años, y hechos políticos, originados en Viena, fueron destruyendo poco a poco el poder del judío, cuya vida pedía unánimemente la población del reino para castigarle sus propias fechorías y para vengar en él las injusticias de que por su consejo habían sido víctimas. Iba decayendo su poder, y como no hay en tales relaciones como las suyas con el Rey, término medio entre el favor y la desgracia. Suess fue aprehendido un día y encerrado en una mazmorra, donde le atormentaron más de un año, no sin engañarle de tarde en tarde con la promesa de que se le daría libertad y se le restituirían sus bienes confiscados si abjuraba de la ley judaica y se hacía cristiano. Ya en este tiempo el monarca de Würtemberg se había convertido al catolicismo.

Suess, en la cárcel, con la desdeñosa actitud de un gigante a quien apenas logran molestar superficialmente los insectos, sobrellevaba el martirio constante sin quejarse, cuanto más sin solicitar misericordia. Las autoridades vacilaban, le hacían amenazar, escuchaban no sin inquietud las protestas de las juderías en todo el reino; pero al fin, débiles ante el odio popular acumulado en muchos años contra la persona de un hombre inteligente, malvado como la mayor parte de sus contemporáneos de igual estado social, y cínico y burlón por añadidura, le entregaron al verdugo.

Aquí es el lugar de señalar el rasgo que hace de esta novela una obra notable entre las de su género. Tema como éste en manos de un ruso habría servido para mover a piedad el alma de sus lectores con el detalle minucioso de los estados de alma por donde fuera pasando el condenado a muerte. Por todos los episodios de la novela: el abandono de la esposa por el monarca disoluto, el deshonor de sus áulicos en la persona de sus hijas, la muerte de la niña inocente perseguida por innobles deseos, habría corrido una vasta onda de piedad sincera y comunicativa si el libro hubiera sido obra de un Dostoiewski, o habría dado ocasión a Anatole France o a Galsworthy para ironizar levemente, no tanto con ánimo de mover a risa cuanto para hacer más vivo el sentimiento de conmiseración en los lectores de ordinaria sensibilidad. Feuchtwanger

es extraño a la piedad y desconoce el odio. Leemos su libro como si asistiéramos al espectáculo acorazados contra todo influjo sentimental. No nos inspiran lástima las miserias de unos personajes, ni nos previenen contra otros el espectáculo de sus maldades. A lo sumo queda en el paladar de la inteligencia un gusto amargo de desdén por la especie humana. Literariamente, el autor de este libro está, caso excepcional en la historia de la producción artística de ciento cincuenta años, completamente exento de la infección romántica. Parece como si Rousseau, Schiller, Dickens, Balzac, Turguéniev, Tolstoi no hubieran llenado el ambiente de las letras con su irresistible y en ocasiones morbosa personalidad. Ese mal extraño, contagioso, incurable de que están enfermas todas las generaciones literarias desde fines del siglo XVIII ha dejado ilesa la contextura cerebral de Lion Feuchtwanger. Aunque no fuera por otras razones, este libro merecería la aguda consideración de la crítica, como un caso de regresión atávica a la época del buen sentido y de la ferocidad inocente.

Como el autor ha de ser muy joven (no figura en la historia de la literatura del siglo XIX, por Richard M. Meyer, ni en la de Karl Storck, publicada en 1920, que llega hasta ese año), su conciencia literaria y su sensibilidad se han formado, sin duda, en la guerra mundial o en la disolución ética sobrevenida en la paz. Acaso un nuevo temple nervioso empieza a ser necesario para contemplar en toda su irritante fealdad el espectáculo de ciertas actividades humanas.

Buenos Aires, domingo 15 de enero de 1928

Andar
Bogotá, noviembre de 1927

La estación es más fatigosa que la marcha. En situación vertical sobre los pies el hombre no puede estar muchas horas sin experimentar un cansancio que, prolongado, se manifiesta con vértigo y pérdida del conocimiento, en cuanto que hay quienes recorren de una vez, al paso natural, sin detenerse, centenares de kilómetros. En la estación solamente una clase de músculos sostiene en equilibrio el peso total del cuerpo, mientras en la marcha trabajan alternativamente dos o más órdenes de aparatos. Las toxinas que se desarrollan con el exceso de ejercicio producen esa especie de envenenamiento llamado cansancio, se aglomeran más rápidamente cuando el hombre está en pie, sin moverse. Lo ha destinado la naturaleza a la acción, al ejercicio continuo y moderado de sus músculos, para que ponga el mayor número de ellos en movimiento, con alternativas indicadas por la clase de órgano que sirven de utensilio.

La estación, aunque sea de pocos minutos, se siente como esfuerzo y acaba por causar molestia. Andar es un placer en que el esfuerzo, mientras no haya exceso, es imperceptible y por definición inconsciente. En la estación acuden al espíritu de ordinario pensamientos inertes, ideas pasivas, mientras no llega la sensación de la fatiga o el cansancio que hacen imposible toda cerebración. Para pensar, el hombre ha de estar sentado, tendido sobre la espalda o el costado, o mejor, en marcha. Cuando el hombre piensa descansado en una silla o en un diván, la cerebración carece de espontaneidad. Si está acompañado y conversa, la línea de sus pensamientos la trazan el individuo o los individuos que forman parte del coloquio. Si está solo, parece como si tuviera que hacer un esfuerzo para reunir los pensamientos en forma lógica. El hombre sentado piensa por fuerza. Se le antoja que estando sentado no debe conservar inactivas sus potencias, porque la situación de reposo le parece impropia de un ser inteligente creado para moverse. El pensamiento del hombre sentado es una tarea. Los que no tienen una capacidad intelectiva de gran resistencia no soportan la posición repantigada durante mucho tiempo, y para librarse del esfuerzo que le cerebración demanda en tales condiciones echan mano de un libro para morigerar, leyéndolo, el trabajo de pensar. Los libros que generalmente escogen los hombres para quienes el pensamiento constituye una penosa tarea son cuentos inverosímiles en que los ardides sencillos de una inteligencia rudimentaria triunfan en un mundo artificioso y sin complicaciones.

Es una desventura que la marcha dificulte el ejercicio de pensar. Si el ojo del hombre pudiera adaptarse a las distancias sin esfuerzo, si el movimiento de las manos al leer no envolviese una pérdida de energía en el trabajo de enfocación, no habría mejor manera de asimilarnos el contenido de un escrito que poniendo en él la vista durante la marcha.

Tendido, el hombre piensa más rápidamente y con relativa brillantez. Las ideas tienen luminosidad y se precipitan con gran rapidez; pero esa misma abundancia perjudica el pensamiento y el exceso de brillo contribuye a confundir los conceptos. El hombre piensa con entusiasmo en la posición horizontal, y ya sabemos que el entusiasmo enturbia las ideas, como dijo Faguet. Además parece como si el contacto del occipucio con la blandura de las almohadas promoviera una especie de erección cerebral, estado fisiológico apenas favorable al orden lógico del pensamiento.

Tan sólo andando logra el hombre la plenitud de la cerebración. No estaban errados los filósofos griegos que se movían continuamente mientras se ocupaban en pensar para sí mismos y en iluminar los objetos con la luz del conocimiento para que sus discípulos se complacieran en estudiar las sombras que esos objetos proyectaban en el plano idea de la verdad. Atormentado por un pensamiento doloroso o terrible, el hombre se incorpora y tiende a escaparse andando. No es que quiera huir de sí mismo, como lo explica una sicología falta de profundidad; es que, andando, pueden acudir las ideas en cuya masa fluida se disuelva el dolor proveniente de tenaz preocupación.

Pero el andar es, no solamente un incentivo de la ideación, un distintivo de las especies más inteligentes (a Sócrates, a Napoleón, a Goethe, nos los imaginamos naturalmente andando), es, por sobre todo, el más intelectual, el más sano, el más divertido, el más personal y significativo de los deportes. De este punto de vista vamos a considerarlo en estos apuntes. El andar estimula el pensamiento en quienes son capaces de ejercitar esta función; mas para que el trasladarse de un lugar otro, usando de los pies, constituya un verdadero placer, sin mezcla alguna de incomodidad cuanto más de sufrimiento, es preciso, como, por otra parte, es necesario en todos los deportes dignos de ese nombre reducir a un mínimo el ejercicio del pensamiento. Andar por andar es una función humana de la mayor importancia. Andar entre la gente, en una calle populosa, donde son desconocidas todas las caras que se encuentran y donde el hombre, avanzando confundido con miles de semejantes que para él no tienen existencia individual, experimenta la sensación material de ser él mismo un átomo inconsciente de la gran cristalización humana; andar así, sin rumbo, sin premura, tomando el puesto que la ola humana va dejando abierto, es uno de los pocos placeres genuinamente humanos de que la civilización contemporánea no ha

podido privar al individuo. La civilización y la cultura han extremado nuestra sensibilidad, los nervios, como si estuvieran al descubierto, vibran con intensidad dolorosa en los más leves cambios de la temperatura espiritual. Hay un empeño de huir de sí mismos. Como si todos tuviéramos el sentimiento de que ejercemos una grande injusticia o somos víctimas de ella, huimos de nosotros mismos para no pensar en nuestro equívoco destino. Y siendo nuestros pies demasiado lentos para apaciguar en su marcha la voz de la conciencia, hemos echado mano de todo género de inventos mecánicos para disolver el pensamiento en la movilidad. El caballo, el remo, la vela, el vapor, las explosiones consecutivas de la gasolina en el motor de Diesel, todo lo ha puesto el hombre a contribución para curarse por momentos del mal de pensar. A lomo de mula, mientras la velocidad no pase de seis kilómetros por hora, la labor del pensamiento puede ejercitarse. En el ferrocarril es posible leer sino diarios, revistas ilustradas, publicaciones jocosas o que pretenden serlo y novelas destinadas al cinematógrafo por su absoluta innocuidad como droga estimulante del pensamiento. Sin embargo, en los trenes rápidos de Norte América, a una velocidad de noventa y seis kilómetros por hora, cuando la más leve sacudida causada, por una ráfaga de viento o una ligera desigualdad en las conexiones longitudinales, se siente dolorosamente en los músculos y en los huesos de los pasajeros, la lectura es imposible. Tomar en las manos un periódico serio como el "Puck", es cosa que a nadie le ocurre: a lo sumo suele uno ver en los trenes rápidos a tal señora de cierta edad empeñada en no soltar de las manos un número rebelde del "New York American".

Andar en el turbión de gente desconocida es un placer edificante y humilde. Jamás como en ese mar humano se nos hace presente nuestra pequeñez en presencia de nuestros semejantes. Es una meditación provechosa que no requiere grandes esfuerzos mentales, el considerar que así como esa multitud de cabezas de que está hecha la ola humana no son nada para nosotros, nuestra ínfima personalidad tampoco significa nada para los millares de gentes que pasan. "Existo, porque pienso en mí mismo; para los demás no tengo existencia individual. No soy, no, un hombre como en el Registro Civil, ni un número como en los hoteles o en las listas de teléfonos, ni una yema del dedo gordo como en las oficinas dactiloscópicas... nada". ¡Qué placer tan intenso, tan sano! ¡En qué cosa fluida, levísima, se convierte de súbito nuestro "yo" desordenado, convencido de su perennidad y, sin embargo, cambiante como el aspecto del cielo en los días falaces del otoño moribundo!

Es para el extranjero acostumbrado a separarse de sí mismo un placer sutilísimo y rebelde a los ardides del análisis salir en un sábado primaveral, al acercarse la hora meridiana en Buenos Aires, a pasearse en la calle Florida, entre la multitud que allí

circula, por el placer de andar entre las gentes conocidas y desconocidas que forman el oleaje humano. Apenas se perciben más que las caras; la apretura suaviza los movimientos y les da una apariencia de uniformidad. Solamente la extrema belleza rompe el concierto donde parece que todas las mujeres son guapas y todos los rostros masculinos desprevenidos. Esa costumbre porteña de este paseo hebdomadario, de que no tengo experiencia ninguna en ninguna otra ciudad de América ni de Europa, revela a un mismo tiempo intensa vida colectiva y refinada modestia individual. El observador premuroso imagina tal vez que hombres y mujeres van allí para mostrar sus trajes, para hacerse ver, para cambiar miradas con personas conocidas. Sería empeño frustráneo; en dos millones de personas, sin contar los transeúntes, hay personal suficiente de mujeres guapas para renovar semana por semana el personal que llena esta pequeña calle los sábados al mediodía. Allí acude la gente con el anhelo de despersonalizarse por unos momentos, contemplando en los rostros de los que vagan sin rumbo ese delicioso estado de espíritu.

* * *

Andar en compañía de otra persona con ánimo de conversar sobre temas de preferencia es ejercicio muy distinto del andar a secas. Tiene el encanto de la conversación que se vivifica con la marcha, se difunde inesperadamente, con ese estímulo, por comarcas del pensamiento inexploradas y, aunque eriales en apariencia, de una feracidad insospechada. El deporte rompe aquí su equilibrio y desborda sobre lo espiritual. Sin embargo, el ascendiente de la marcha es tan imperioso que al cabo de una hora la conversación, en un principio animadísima, va perdiendo en actividad y viene a ser reemplazada por el silencio. Y el silencio llega tanto más pronto cuanto más íntima es la comunidad de ideas en los paseantes. La marcha les arrebata toda su capacidad dialéctica, haciéndoles sentir que es inútil convertir en frases orales lo que están pensando, que es lo mismo en las dos personas y se expresaría en fórmulas semejantes. Si al cabo de una hora de marcha dos paseantes no han cesado de conversar animadamente, es porque median diferencias abismales entre sus maneras de explicarse el enigma del universo. Si hay conformidad en su noción general sobre la vida y los hombres, el andar impone silencio, y el silencio, con soberana elocuencia, hace resaltar el acuerdo indehiscente de las dos inteligencias.

La rapidez y la baratura de los medios de transporte han desarrollado en la especie humana, durante el siglo xx, una dolencia popularmente designada con el nombre de "vértigo de la velocidad". Hace víctimas numerosas tanto entre los enfermos de

ese mal como entre los que sin estar todavía atacados pasan tranquilamente por la órbita de los enfermos. En recorrer grandes distancias en menor tiempo que otras personas gasta hoy el hombre una parte considerable de sus energías. De esta manera el andar a pie, que antes era un ejercicio honesto, pero casi insignificante, se ha hecho actividad meritoria por el peligro de que está rodeado en las calles congestionadas de las grandes ciudades, en los caminos públicos, hasta en las ventas de licores donde suelen penetrar vehículos indomables, a toda velocidad, con peligro de romper vasos y botellas, quebrantar los mostradores, falsear los muros interiores y hacer que el techo se desplome. En estas arremetidas mueren personas desprevenidas, pero de ello no se sabe sino cuando se han computado los daños materiales.

El "vértigo de la velocidad" es, como otras muchas enfermedades de su género, una mera ilusión. El hombre que desea recorrer el planeta a una velocidad de trescientos kilómetros por hora, si vuela de oriente a occidente, en rigor no lleva esa rapidez, sino una de 1300 kilómetros, y si el vuelo tiene dirección contraria, va a una velocidad de 1900 kilómetros por hora. En verdad, si se está quieto, la tierra le hace recorrer el espacio a razón de 28 kilómetros por minuto alrededor del eje terrestre y a razón de 30 kilómetros por segundo alrededor del sol. Es cierto que no se nota el movimiento porque estamos acostumbrados a ese delirio de velocidad; pero tampoco se nota la velocidad del automóvil si la carretera es plana y el viajero, en vez de mirar hacia el pasaje, observa los ojos de su compañera o compañero de excursión.

Ni se crea que la sensación de la velocidad planetaria de nuestro pequeño globo de fango es absolutamente imperceptible. Observaba este escritor el paisaje desde una de las cumbres andinas, entre Mendoza y los Andes en un día purísimo de verano, en que el cielo parecía permitir a las miradas la contemplación de lo infinito. Sobre la variedad policroma de las crestas desnudas, donde las tierras y las rocas fingen todos los colores y los matices del bosque y del jardín, la luz de una suave y penetrante claridad convertía el espacio en un mar sereno, sin límites, donde flotaba en el confín del horizonte, solitaria y radiante, una nube blanca, de contornos esféricos y bordes turgentes. Los ojos la buscaban para reposarse en ella de la inmensa presión de la soledad. Súbitamente, mirando esa nube, el observador experimentó la sensación de bogar en un pequeño barco, nuestro húmedo planeta, hacia los límites del espacio. Un leve temblor emotivo, causado por la vivacidad de la sensación, le hizo pensar en el leve trepidar de una cubierta de buque en movimiento. Experimentó el vértigo de la velocidad con tan precisa evidencia que empezó a temer por su seguridad personal, colocado sobre aquella cumbre, pensado en que al mismo tiempo que navegaba en un mar sin límites, de una fluidez sin igual, a treinta kilómetros por segundo, esta-

ba realizando un "looping the loop" de cuarenta kilómetros en veinticuatro horas. Gozó por unos instantes, al volver en sí, de la cándida vanidad de estar recorriendo los cielos a una velocidad comparada con la cual la del aeroplano semeja el andar de la oruga sobre la hoja de un árbol, y la desatentada carrera de los vehículos en una apuesta de automóviles imita apenas el paso de las manecillas por la muestra del reloj. ¿A qué afanarnos en la invención de nuevas formas de locomoción impetuosa? Las leyes de Kepler nos producen en la quietud del gabinete, no ya el vértigo, sino el delirio de la velocidad.

Buenos Aires, domingo 19 de febrero de 1928

La escuela y la vida
Bogotá, enero de 1928

Releyendo de cuatro en cuatro páginas, más bien por gozar de las excelencias de la frase, en autor de tan ricas prendas de claridad y elegancia, y por matar el tiempo, que con ánimo de analizar sus ideas, la obra de Otto Jespersen sobre la manera de enseñar idiomas (*Progundervisning*), tropecé con dos frases, la una tan vieja que parece un lugar común muerto por su propia evidencia, y la otra igualmente cierta, pero menos traída y llevada que la primera. En la introducción a su precioso libro dice Jespersen: "La escuela debe equipar adecuadamente a la juventud para la vida, y el maestro no debe, en atención a las exigencias del examen, ponerle obstáculos a ninguna actividad que de cualquier manera realce los valores vitales". Es una antigua verdad expresada en formas no exentas de novedad y atractivo. Más adelante, citando Jespersen a Gabelentz, un autor alemán de extensa fama, por su obra sobre la "Ciencia del lenguaje" (*Sprachwissenschaft*), trae las siguientes palabras: "Gentes parlanchinas y dueñas apenas de un estrecho círculo de ideas son, para el principio, los mejores maestros". Poniendo juntas estas dos citas aparece como falsa la vía que durante seis mil años está siguiendo la especie humana en la formación de la juventud. Desde luego es erróneo el principio de educar al niño para la vida. En mi concepto, la educación debe tener por objeto desenvolver hasta donde sea posible las capacidades intelectuales del alumno, no con el objeto insubsistente de hacerle un sabio, sino de dejarlo crecer armónicamente. Las nociones que se le impartan son a la inteligencia como los movimientos musculares en la calisténica son a la estructura corporal. El chico no va a ser un volatinero porque hace piruetas; ni tampoco un profesor de geografía o botánica, porque aprenda la dirección de las cordilleras o el orden y el nombre de los verticilos. En materia de disciplina mental y desarrollo corpóreo el niño ha de ser educado como la fiera educa al cachorro para la vida en los bosques. Rapidez de pensamiento para asir la presa; fuerza muscular para retenerla y devorarla, serían el objetivo natural del pedagogo y de la sangre con prole si la vida humana fuese una lucha a muerte entre los individuos de cada tribu y entre las tribus unas con otras, como lo aseguran graves filósofos desde hace muchos siglos y lo siguen creyendo las gentes que desconfían de la inteligencia humana. Pero como las gentes de poca inteligencia son muchas y esas tienen graves fundamentos para desconfiar de sus recursos mentales, la teoría de la lucha por la vida tiene numerosos prosélitos. La vida, sin embargo,

no es una lucha. De ella hacen un combate a ultranza precisamente los incapaces. La competencia brutal en que ha venido a convertirse la existencia humana con el exceso de población en algunas comarcas y la injusticia de las leyes a cuya sombra crece cada día la desigualdad de las fortunas y se dificulta para el mayor número el acceso a las oportunidades naturales, la competencia brutal, repito, no procede de los grandes talentos, sino de las inteligencias adocenadas. Con razón exclama Nietzsche: "¡Estos ingleses no son una raza filosófica!... Hay verdades que son mejor entendidas por las capacidades medianas, porque éstas y aquéllas son conmensurables entre sí; hay verdades que sólo tienen fascinación y encanto para espíritus mediocres: con esta incómoda frase, sigue diciendo Zaratustra, habrán chocado ya mis lectores, desde que la inteligencia de respetables y adocenados ingleses (me refiero a Darwin, John Stuart Mill y Herbert Spencer) han llegado a lograr preponderancia en la región mediana del gusto europeo" (Allende el Bien y el Mal, pág. 210). Es, pues, natural que la idea de la lucha por la vida haya sido formulada en cuerpo de filosofía por la inteligencia promedial de los ingleses.

Cabe aquí, antes de redondear estas observaciones, hacer notar la diferencia de posiciones, en el conflicto vital, entre la mera inteligencia y el talento: aquélla teme la competencia, el talento verdadero sabe que contra él se embotan las armas de esa forma de lucha. La competencia o concurrencia no daña al talento en ningún medio humano donde las fuerzas obren bajo la presión ordinaria de la vida; pero justamente cuando se la somete a esta presión es cuando la mera inteligencia se siente amenazada y declara que la vida es una lucha a ultranza. Las medianías son las que han hecho de la vida un combate; el talento vive y florece sin combatir, porque desenvolver el esfuerzo máximo de su organismo es para él un placer. El talento que sucumbe no es vencido por la concurrencia, sino porque rehúsa, en una tendencia frecuente a la autoeliminación, desarrollar el esfuerzo de que es capaz. En otras palabras, el talento sucumbe en el juego de los intereses sociales, porque se deforma o deja de existir, en tanto que la inteligencia ordinaria perece en la lucha suscitada por ella misma.

La educación entendida como el desarrollo armónico de las facultades no ha de preparar al niño para la vida tal como la vida es; debe equiparlo ricamente para vivir una vida distinta, para impulsar a la sociedad en busca de los mejores destinos del individuo y de la especie; debe hacer de él, en suma, un instrumento para transformar la vida en algo mucho mejor. Prepararlo para la vida tal como ella es, vale tanto como destinarlo al estancamiento con la sociedad de que va a formar parte. Leyendo la historia de los progresos humanos en los pocos millares de años de que tenemos testimonio escrito, es sorprendente verificar la insignificancia de los adelantos en lo

moral, en lo político, en las reformas sociales, comparadas con el portentoso desarrollo de la mecánica, de las ciencias físicas y naturales, a manera de ejemplo. No hemos sobrepasado a los moralistas chinos, ni a los filósofos griegos, ni a los imperialistas de Roma; pero hemos avanzado considerablemente en el conocimiento y en el uso de las fuerzas físicas desde Arquímedes y Vitrubio hasta nuestros días. Esa lentitud en el andar del verdadero progreso se explica sin dificultad haciéndonos cargo de la base que se le ha dado desde entonces a la educación de la niñez. Preparar al niño para la vida es dedicarlo al estancamiento moral. Las necesidades de la inteligencia enseñan a una con la comparación de los valores morales, que la labor del maestro es, precisamente, la contraria, quiero decir, equipar a los niños y a los jóvenes desarrollando sus facultades con igualdad y plenitud para transformar la vida en la cual van a tomar parte. Europa se compadece de China por el estancamiento a que la educación somete allí a las inteligencias en cuanto dice relación al dominio de la materia: pero Europa y todo el Occidente es un remanso en lo moral y en lo político hace millares de años. Troels Lund, el filósofo danés, haciendo menudamente el balance de los progresos morales en la Europa civilizada, no deja duda a este respecto, si bien sus investigaciones se refieren apenas a un lapso de los últimos cuatro siglos.

Ni es el caso de asombrarnos, porque, según el dicho de Gabelentz, la educación de la niñez y de la juventud está mejor en manos de "parlanchines" y de "mentes estrechas" que en el de gentes acostumbradas a medir el valor de las palabras y a ensanchar por medio de la meditación y la experiencia el "círculo de las ideas" en que se apacienta su capacidad razonadora y docente. De otra parte, el mundo moderno está organizado de tal manera, que la ley de Gabelentz se cumple de un modo fatal en la escogencia de los hombres dedicados a la enseñanza. Las demás profesiones les abren campo vastísimo a los talentos impulsores. La profesión pedagógica les cierra el horizonte intelectual. Mal pagado está el maestro, lo mismo en Alemania que en Inglaterra; casi tan avaramente en la América del Norte como en la del Sur. De modo que las gentes educadas por el Estado, en las varias latitudes, para asumir el noble empleo de ayudar con su saber y con su método al desarrollo de las mentes juveniles, abandonan a poco andar esta noble tarea, si sus facultades exceden del modesto patrón instituido por Gabelentz, y se precipitan al vórtice de la vida real, en donde se requiere algo más que flujo verbal para el logro de las aspiraciones honestas y en donde el juego ordinario de los intereses legítimos agranda la esfera de las ideas.

De los hombres que hace ya "muchos años" recibieron con el autor de estas líneas el título que los declaraba idóneos para ir a educar a la juventud, la mayor parte, al cabo de pocas vueltas alrededor del sol ingresaron a la banca, a la agricultura, al comercio;

se dieron a la carrera de las armas; tomaron la pluma del periodista, profesiones todas en que no iban a vivir la vida ordinaria sino a impulsarla, en cuanto fuera posible, por nuevas sendas o a hacerla más interesante acelerando su ritmo. Los que creían en la antigua fórmula de que educar es "preparar para la vida" se quedaron "ejerciendo su fatua elocuencia" en el "empeño de no ensanchar sus nociones ni modificar sus ideas".

Buenos Aires, domingo 4 de marzo de 1928

Una burla del hombre invisible
Bogotá, diciembre de 1927

El hombre invisible de Wells había inventado por casualidad, mientras se entretenía en jugar con un giroscópico, la manera de sustraerse y de sustraer otros cuerpos a la acción de la gravedad. Una sencilla combinación de ruedas capaces de dar tres mil vueltas por segundo sin que los ejes, colocados sobre cojinetes de bolas, se calentaran excesivamente, sustraída por la sola velocidad de la rotación, todos los cuerpos colocados encima de ellas a la atracción de la tierra: una dínamo pequeño transformaba en fuerza distinta la atracción neutralizada por la velocidad de los giróscopos.

Cansado de las bromas peligrosas que les había jugado a las gentes en su calidad de invisible, y receloso de que a poco andar, ya conocida su existencia y su secreto, resolvieran matarlo sin temor a la ley que no puede hacer responsable a nadie de dañar una cosa que no existe. El invisible había cesado en sus actividades para continuar, con nombre supuesto, las investigaciones en ciencias físicas y naturales, cuyos secretos tenían para él la fascinación de los de la mujer amada. Pero al añadir a su invisibilidad el recurso supremo de poder substraerse a la acción de la gravedad, pensó nuevamente en burlarse a sus anchas del género humano.

Una cosa odiaba el Invisible con igualdad y plenitud. Los negocios le parecían indignos de la inteligencia y los acusaba de haber envilecido la naturaleza humana. El oro, la moneda en sus diversas formas, por ser el vehículo de los negocios, tenían que soportar igualmente la abominación de que los hacía objeto. Y aunque el Invisible era incapaz de odiar a los hombres, sentía por los de negocios una especie de repugnancia en que no faltaba un cierto matiz de compasión de humorismo. Al meditar en una broma de proporciones planetarias, pensó naturalmente en jugársela a los hombres de negocios y empezó por hurtar en pequeñas cantidades de los varios bancos de Europa, muchos millones de pesos. Como era invisible y la gravedad de la tierra no le impedía penetrar por lugares negados al acceso del público, le era muy fácil entrar a un Banco, esperar a que abriesen las grandes cajas de caudales, penetrar en ellas, quedarse ahí sin ser visto y escaparse de noche con grandes sumas que carecían de peso, como carecía él mismo, por razón de su invento, el cual había llegado yperfeccionar de tal manera, que sirviéndose de él podía despedazar las más fuertes estructuras metálicas, substrayendo una parte de ellas a la gravedad y dejando el resto en condiciones normales. De tal modo, la parte sobre la cual no obraba la atracción

planetaria se desprendía fácilmente y sin ruido. El Invisible penetraba durante el día en las cajas de caudales, esperaba ahí hasta tarde de la noche, y a favor del silencio y las tinieblas juntaba monedas o barras de oro y se escurría con ellas separando una parte de las paredes metálicas por medio de su invento. Al salir volvía a incrustar el bloque y apenas quedaban leves huellas de la perforación. Escapar del edificio era más sencillo.

Ya los grandes bancos del mundo habían sido despojados de pequeñas sumas, dos o tres millones de libras esterlinas cada uno, y solamente en París se habían dado cuenta del desfalco por una casualidad. Más como no era posible sospechar de personas extrañas a la administración de la empresa, el déficit no había trascendido al público.

El Invisible había puesto el resultado de sus hurtos en parte segura, y meditaba en la forma en que debía proceder para que la burla a los negociantes y a las instituciones de crédito resultase más trascendental y más pesada. Había en ese momento un país de la América Meridional señalado en los mapas de hace setenta y cinco años con el nombre de Nueva Granada. El Invisible no lo conocía con otro nombre: su educación en materia de geografía sudamericana había sido, como la de todos sus conciudadanos, muy descuidada. En esos momentos hablaban los diarios de Europa, con asomos de burla, de la grande afluencia de capitales a ese país en la forma de empréstitos cuantiosos, de nuevas instituciones bancarias, de suministros a compañías industriales fundadas recientemente para explotar riquezas naturales y de artificio.

Lo ignorado de la comarca (para el Invisible, se entiende) y el río de oro incontenible que corría hacia ella le sugirieron a este humorista de las fuerzas telúricas un pensamiento de dios funámbulo. Removió todo el resultado de sus hurtos a un picacho helado y desierto en las vecindades de la capital neogranadina y se dispuso a empezar la broma. Colocado, por su propia virtud, es decir, por virtud de su invento, a una grande altura sobre la ciudad, con parte considerable de las monedas hurtadas, empezó a dejar caer una por una, con intervalos de treinta segundos, monedas de a libra esterlina, de a cinco dólares, de a veinte francos, de veinte marcos, de diez florines, sobre un mismo punto de la ciudad. Orientándose, desde la grande altura a que se hallaba, por las torres de la catedral, el Invisible hacía caer sus monedas sobre el atrio, el altozano famoso que según cuenta don Miguel Cané era el rendez-vouz de los políticos, transitoria o habitualmente desocupados, hace cuarenta años. Los tiempos de fragosa actividad en que vivimos son de ocupación insistente para todo el mundo y el atrio está desierto. Además, Bogotá se ufana hoy de tener paseos adonde acuden las mujeres hermosas, las feas, si las hay, y los que van a ver a unas y a otras.

La primera libra esterlina cayó a las diez y treinta y cinco minutos de un primero de abril, martes por más señas. El cielo estaba excepcionalmente claro para aquel día del año. Había llovido reciamente la noche anterior y el azul del cielo tenía una limpieza y profundidad cautivantes. No soplaba el aire. Pasaban las gentes sin premura en busca de las tiendas de modas, o hacia el hogar después de haber visitado las iglesias. Uno de estos paseantes vio caer a sus pies la primera moneda con gran fuerza y, cosa humana, en vez de echarse a correr tras ellas, volvió los ojos al cielo para ver de dónde caía, acaso con el deseo de saber si no tenía dueño para apropiársela. Mas cuando bajó al suelo los ojos vio que una mujer había tomado la moneda y le aplicaba concienzudamente la prueba sacramental de su valor o invalidez mordiéndola con los dientes caninos.

Mientras tanto caía otra moneda; habían transcurrido treinta segundos. La afortunada poseedora de la primera iba a cincuenta pasos de distancia y no escuchó el ruido. El primer paseante que había sido testigo del milagro no miró esta vez hacia arriba sino después de haber recogido la moneda que le pareció maltratada, acaso por la velocidad del descenso, y mientras observaba de nuevo el espacio sintió el golpe que daba la tercera libra esterlina sobre el suelo. La velocidad era tan grande que en el aire no se veían los pequeños discos en su busca de la superficie. El feliz poseedor de la segunda y tercera monedas resolvió no moverse del puesto y esperar el desarrollo de los acontecimientos recogiendo libras esterlinas, pero al caer la sexta ya había competidores en la faena de hacer colección de monedas de oro, y cuando apareció en el suelo la décima ya empezaba la lucha abierta que se convirtió en combate al cabo de los diez minutos entre una multitud que había perdido por completo las nociones de urbanidad y decencia. Rodaban por el suelo muchos sombreros, expuestos a las pisadas de los transeúntes y en alto se veían paraguas y bastones en actitudes de amenaza o defensa. Al silencio del lugar a esas horas de la mañana había sucedido una gritería en que las palabras descomedidas, los denuestos que hendían las carnes, y los términos descaradamente obscenos eran las notas dominantes. A las once de la mañana el atrio estaba obscuro de gente que se movía como un mar tormentoso. Cada unidad humana quería penetrar, con un valor indomable, al punto donde la refriega era más atropellada y furibunda y por todos los ámbitos, de la en otros días tranquila ciudad, entre moderna y cincocentista, repercutía un grito de casa de locos: "están lloviendo monedas de oro". A la hora de haber caído la primera libra toda la población de doscientas mil almas sabía que en la Plaza de Bolívar estaba cayendo una lluvia de monedas de oro. A esa parte de la ciudad había acudido tal multitud que toda su superficie estaba ya ocupada por pies humanos calzados y descalzos. El

murmullo de las voces ensordecía el aire y el oleaje de cabezas humanas, observado de una casa alta, daba la impresión de la locura colectiva. El tránsito de vehículos por aquella Plaza, en tiempo ordinario centro de circulación, había cesado por completo. Carros del tranvía o de caballos, coches, buses, automóviles, camiones, esperaban en las ocho esquinas de la Plaza, unos, espacio para salir, otros para entrar.

En este momento intervino la policía, cuerpos armados de esa institución, a pie unos, montados otros, acudieron a hacer circular las montoneras y a restablecer el tráfico. Fue preciso hacer uso de la fuerza primero, y de llegar a todas manifestaciones de violencia en seguida para dominar la multitud y hacerse paso a través de esa mole fluida. Las maniobras de la policía causaban la impresión de no tener otro objeto que llegar al punto donde caía la supuesta lluvia de oro, porque la multitud que abría paso a infantes y caballos volvía a cerrarse compacta en cuanto éstos avanzaban, y continuaba el clamor y el forcejear inhumano para seguir adelante. Cuando la policía hubo llegado al atrio, formó un cerco alrededor de las monedas que iban cayendo y los agentes miraban con ojos enjutos y disciplinados. En este punto, alguno de los que con más empeño habían estado recogiendo monedas y eliminando competidores a puñetazo limpio, gritó con voz de barítono adiestrado: "¡Ese dinero es del pueblo: nos roban!". Repetida por mil bocas esa doble sentencia, asumió en los ámbitos caracteres de amenaza. En este instante las altas dignidades civiles y eclesiásticas sintieron, no por codicia sino por mera curiosidad científica o por obvias razones de disciplina, el deseo de allegarse al lugar del fenómeno y estudiarlo del punto de vista económico y fiscal, del lado religioso también, en sus relaciones con la tranquilidad pública, naturalmente. Para eso mandaron evacuar la plaza. Para mover a esa gente enardecida fue preciso hacer correr sangre. Hubo accidentes graves: cráneos hendidos, brazos dislocados, mujeres privadas de conocimiento (que jamás antes le habían tenido); hombres desvanecidos (que habían sido, toda su vida durante, la vanidad personificada) y un muerto por asfixia. La plaza, empero, quedó más o menos despejada en el curso de una hora. Era la una y media de la tarde. Llegó primero al cerco de la policía el ministro de Hacienda, mirando siempre hacia unos doscientos metros adelante, "le nez camus", el color rojo, de venas cárdenas; el cabello abundante; un grave sobretodo en el brazo derecho acompañado de un paraguas a pesar del calor y la ausencia de lluvia. Se detuvo ante el cerco policial y viendo caer dos monedas consecutivamente, sacó el reloj para medir la intermitencia. Observó la caída de cuatro o cinco, y dijo con tono magistral y filosófico: "No puede ser obra humana, porque los intervalos son de una regularidad astronómica". No sabía el ministro que el Invisible dejaba caer esas monedas por medio de una máquina por una péndola, se hizo pasar una

moneda, la miró de cara y cruz detenidamente y, en seguida, poniéndola de canto, estudió el condorcillo, como perito en esas materias; hizo ademán de guardársela, pero el agente que la había tomado del montón para enseñársela, le tendió la mano significativamente. "Tómela Vd., dijo el ministro: si continúa la lluvia, dentro de poco eso valdrá como vale el agua", y se retiró. Apareció en seguida el ministro de Gobierno, de gabán, a pesar de la temperatura, sombrero melón, rostro circunspecto y hablar escaso. Se hizo dar una moneda, contempló la caída de algunas, devolvió la que había tomado y viendo que el montón de libras, águilas y luises aumentaba, se volvió a un personaje obscuro de su compañía y le dijo con gran seriedad: "Me anuncian de la Gobernación que ya la casa de abogados Solicito y Ganzúa, especialista en asunto de minas, ha denunciado ésta. El Alcalde pregunta si debe darles posesión a los interesados y el Gobernador ha elevado eso en consulta al Ministerio. Lo pasaré a Industrias". Se alejó no sin volver a mirar varias veces. Las calles que desembocan en la Plaza estaban llenas de la marea humana y había resaca de palabras gordas y gritos amenazantes. Después llegó un sacerdote novel, desembarazado y solícito a tomar lengua. Miró al montón, calculó la distancia a la pared de la catedral y dijo: "cuanto ha caído y lo que siga cayendo en este punto es propiedad de la Iglesia, según ambos derechos". Un economista de visión moderna que no cree en las antiguas especies sobre oferta, demanda, división del trabajo, valores y demás zarandajas, prevalido de sus amistades con cierto empleado de alta categoría, llegó premurosamente, en compañía de un banquero machucho. Observó el montón de monedas, contó con reloj en mano cuantas caían en un minuto y mirando al cielo como tratando de hallar el origen de esa maldición que venía a visitar a este pueblo en plena prosperidad dijo: "Sin duda este es un fenómeno de la naturaleza. Si continúa en este ritmo la caída de monedas de oro, en el curso de cinco años habrá aumentado en 26.280.000 pesos el medio circulante de la República, una suma poco mayor que la caída del cielo por la indemnización de la dentellada saxoamericana de Panamá. Pero allí se sabía que los 25 millones era una suma fija con la cual se podía contar en el curso de cinco años. A esa suma le debemos, empero, el principio del encarecimiento de la vida y de la degradación de los caracteres. La lluvia de oro que ha estado trayendo el ministro de Hacienda en forma de empréstito aumenta la carestía diariamente. Hoy cuesta un par de zapatos importados, que debía de valer seis pesos, nada menos de diez, y mañana, si continúa lloviendo con esta intensidad, el precio habrá subido a catorce. Las subsistencias subirán en una proporción mayor, porque mucha gente dejará de labrar la tierra en la esperanza de que le toque parte de esta lluvia sin trabajar, como en efecto les ha tocado a otros holgazanes parte de la indemnización saxoamericana

y de los empréstitos sin haber producido nada. Probablemente el gobierno nacionalizará este aguacero de oro y lo pondrá en sus cajas para aumentar los sueldos de una burocracia famélica y comprar automóviles para los porteros de los Ministerios, únicos servidores abnegados de la nación que no cuentan hoy con ese aparato de locomoción. Pero la burocracia, los obreros y los mismos comerciantes y banqueros, de quienes se sabe cómo se aprovechan de estas imprevistas golosinas económicas, se llevarán un chasco, porque tendrán más dinero pero a un mismo tiempo les será preciso pagar mucho más por las cosas necesarias para vivir, ya que esa moneda en depósito se irá depreciando mientras dure el aguacero hasta no valer nada o tener el precio de las piedras o de los metales viles. El único arbitrio de que el hombre puede valerse para aumentar la riqueza de las naciones es el trabajo propio o la explotación del ajeno. La moneda no es un valor, ni siquiera es una mercancía, como dicen algunos economistas. No es más que un signo, un mero símbolo cuyo valor depende de representar el trabajo humano. Si la moneda llueve del cielo, o es una dádiva, como los millones de Panamá, o una aventura como los empréstitos desmedidos e inaplicables, no hace más que trastornar las leyes económicas y desvalorizarse a ojos vistas".

El Invisible, que había descendido a reírse de su fantástica broma, oía con deleite y pensaba para sí: "Este sujeto parece bien informado. El dinero que yo he substraído de los bancos era guardado allí en cajitas de madera o talegas, cada una con un letrero que decía su contenido. Para que no se notara la substracción tuve cuidado de reponer con cajas o talegas iguales las que tomé para mí, y escogí las que estaban en lugares más inaccesibles, de manera que los bancos al hacer sus arqueos no se dieran cuenta de lo que faltaba. Hasta ahora ni Londres, ni Berlín, ni Washington o Nueva York se han dado cuenta de la extracción, por lo cual las cajas y talegas llenas de arena que yo puse en vez del oro substraído, representan 26 millones de dólares con la misma virtud y solidez que sus compañeras repletas de moneda genuina. Y aun parece que alguien me había precedido en la hazaña, en el Banco de Inglaterra, pues sucedió en 1913 que habiendo este banco enviado con las debidas formalidades unas cajas de oro amonedado en cantidad muy considerable a un banco de Egipto, los destinatarios fueron sorprendidos con una terrible suplantación. Las cajas contenían ladrillos del mismo peso que el oro. Nunca se supo quién había sido el ladrón y al accidente se le dio la menor resonancia posible. Afirman los economistas que ese dinero amonedado tiene la virtud de hacerles creer a las gentes que hay ahí sumas en metálico suficientes para cambiar por todos los billetes en circulación, no obstante el hecho generalmente sabido de que por cada peso metálico en depósito emiten dos en moneda fiduciaria, grave situación desde luego para un momento de pánico. Pero

nada significa la gravedad de esta convención, si se piensa en que nueve bancos de Londres solamente guardan como depósitos de particulares mil ochocientos millones de libras esterlinas, cantidad superior a todo el oro amonedado de Europa. Si en un momento de pánico, como el de la Unión norteamericana en 1907 o el de Londres en agosto de 1914, los depositantes acudiesen a retirar el saldo de sus cuentas, los bancos desaparecerían como espuma. Así mientras no hay pánico, tanto monto que haya oro o arena en las cajas de caudales bancarias; y si el pánico se presenta, el oro vale como la arena para cubrir la inmensidad de depósitos traídos de banca sin más garantía que una bella ficción, a la cual le han dado el generoso nombre de crédito".

El Invisible no medía su pensamiento. Nadie le escuchaba ni sabía de su presencia. La multitud rugía en las calles amenazante y desbordada, mientras el oro continuaba cayendo y despreciándose con regularidad de cronómetro. Sonriendo a la manera de su creador, el hombre de Wells subió a los cielos por su propia virtud.

Buenos Aires, domingo 7 de octubre de 1928

Los autores y las obras
"Pasajeros, correspondencia y carga"
Bogotá, agosto de 1928.

A esta colección de artículos le ha puesto D. Luis Araquistain un prólogo cuya doctrina hace superflua toda tentativa de análisis en presencia del libro, y Ortiz Echagüe, su autor, ha dicho en la página 143, hablando de Viviani, a quien conoció íntimamente, que "el periodismo, en lo escrito, es lo más cercano a lo oral". Los comentarios de Araquistain y esta jugosa sentencia del gran periodista hispano-argentino pintan al libro, al autor, y dan como una síntesis precisa de su vida. Voy a repetir, seguramente, en los párrafos que siguen mucho de lo que dice en el prólogo el macizo y delicado escritor vasco, pero no me arredra la tentativa. Le admiro con tanta sinceridad y le leo y le he escuchado con tanto deleite, que, en verdad, no me sorprendería que haciendo una comparación entre lo poco que he escrito y su vasta y riquísima labor de pensamiento se hallaran entre las dos obras muchos puntos de contacto, en los cuales no pretendería yo la situación primordial. Creo que sólo una vez llegamos a estar en completo desacuerdo, y ello fue con motivo de mis opiniones acerca de las semejanzas y desemejanzas entre el cinematógrafo y el teatro. Nos sorprendió a los dos tanto la divergencia de ideas, que de ella surgió una correspondencia no escasa de vivacidad y, por su parte, muy llena de interés. La correspondencia quedó inédita. Pero no voy a hablar del prólogo sino del libro y de Ortiz Echagüe, cuya personalidad destaca vivamente en la literatura periodística del mundo y en las letras hispano-argentinas. La prensa de Buenos Aires está llena del nombre de Ortiz Echagüe hace más de diez años. La vida de este incansable auscultador de la civilización contemporánea se ha disipado intelectualmente en labores de información. Cuando hablo de disipación no me refiero al despilfarro de su actividad sino al deleite con que llena una función para la cual está admirablemente organizada. De é1 puede creerse que una providencia inteligente y cautelosa le determinó para llenar este fin dotándolo generosamente de las cualidades que se requieren para llenarlo como es debido. Tuvo de niño una grave enfermedad cuyas consecuencias parecen haber sido darle profundidad y limpidez a su inteligencia. Esa enfermedad formaba parte del plan determinado por aquella providencia acuciosa.

Ortiz Echagüe es el reportero ideal de los tiempos modernos. Observa rápidamente: penetra de una vez en el corazón de los sucesos; fija en su mente con una

justeza y claridad admirables los puntos salientes y primordiales del acontecimiento; atisba al hombre con quien está hablando, y sin dejar de escucharle, lo mira por dentro, no se deja engañar por las apariencias ni por las frases o declaraciones de sus interlocutores, pero (fundamento de mis fuerzas y secreto de su éxito como periodista) hace como si le hubieran engañado. De esta manera se capta la voluntad de los grandes personajes con quienes se pone en contacto y la admiración de las multitudes lectoras, muy afectas a oír que los escritores digan aquello mismo que ellas están pensando sobre los sucesos y los hombres del momento.

Para Ortiz Echagüe el mundo real existe. La vista, el oído y el tacto no le dejan la más leve duda a este respecto; pero esto no supone que el mundo interior, el del pensamiento y las ideas, se le escape. Es un repórter con la capacidad visual de Téophile Gautier y con la habilidad de penetrar en las interioridades humanas de un Ángel Ganivet. Solamente que al ponerse en contacto con el público muestra lo que le enseñan los sentidos y se reserva lo que el más complicado mecanismo del pensamiento le hace guardar para mejores ocasiones. Es un hombre de mundo, nació en España, se ha difundido complacientemente en la alta sociedad de Madrid y no hay nada que le arredre como pensar que le tomen por afectado o pedante. El temor de que vaya alguien a decir que en sus impresiones de la vida cotidiana o en la relación de sus experiencias personales hay toques de malabarismo intelectual le retrae a menudo de poner en negro sobre blanco ideas de mucho provecho. Es, repito, el repórter ideal de la edad moderna; algo así como un corresponsal del "Times" de Nueva York, que tuviese una noción refinada de las conveniencias sociales y escribiese muy bien, con mucho donaire, en lengua castellana.

Sin saberlo, Ortiz Echagüe se educó para periodista. En su niñez y adolescencia había facultades de medicina, de jurisprudencia, tal vez de ingeniería y, probablemente, de teología y comercio. Parece que ninguna de éstas apelaba con carácter exclusivo a su inquieta y desordenada ambición de conocer el mundo. En su familia, según me han dicho, donde había ya un pintor, un militar y un ingeniero, se deseaba traerle a las sagradas órdenes, para las cuales tiene grandes talentos, pero, a juzgar por las apariencias, escasa vocación. Para empezar su educación los padres le enviaron a Burdeos con la esperanza de que allí aprendería por lo menos el francés. Desde luego que lo aprendió y con la lengua de Renán y de Verlaine algunas otras cosas igualmente prácticas y no menos deleitables y hermosas. Dueño de ese instrumento y de otros igualmente válidos, fue a Inglaterra con ánimo de aprender el inglés, lengua de que se apoderó brevemente, no sin conquistar por medio de ella y de la francesa,

conocimientos laterales de igual o mayor utilidad en este mundo sublunar de que formamos parte inocente y candorosa los periodistas.

Con esa experiencia del mundo y con la que adquiriera durante algún tiempo en Buenos Aires, haciendo de funcionario en algún repartimiento administrativo del Ejecutivo Federal Ortiz Echagüe entró al periodismo argentino, de donde no ha salido desde entonces. El diario para el cual ha ejercitado sus múltiples capacidades de investigador y relator tiene a sus lectores en constante y animada comunicación con el mundo, principalmente con el mundo de los hechos, y en esa tarea informativa Ortiz Echagüe es tentáculo de una movilidad súper-orgánica. Su actividad periodística hace pensar en aquellas antenas delgadas, móviles como el espíritu humano, llenas de sutiles ramificaciones con que el insecto se pone en comunicación con el mundo ambiente. Un día nos informa de las discusiones en que están empeñados los salvadores del mundo occidental y de su cultura en Ginebra y al siguiente nos relata sus impresiones de una entrevista con Poincaré en París; con su natural ubicuidad vuela de Berlín a Roma para entrevistarse con Mussolini y de allí va a Madrid para observar minuciosamente, detrás de la manga de la americana, el gesto que pone Primo de Rivera ante la ceremoniosa presencia de la casa sabauda en los palacios reales y en los grandes paseos de Madrid. Una cabeza menos equilibrada habría sentido ya el vértigo de la movilidad, pero un sentido muy firme de las realidades le mantiene siempre en comunicación con la costra sólida del planeta, así viaje en aeroplano o se cierna en las ondas marinas dentro de cómodo y enorme trasatlántico, o atraviese la meseta castellana y las sierras de Andalucía en "sidecar" para alcanzar en Cádiz el buque-correo.

Conoce todo el mundo: al Vicario de Cristo sobre la tierra; a Lloyd George, cuando era el representante de la providencia, en esas enormes porciones del planeta donde flamea perezosamente el Union Jack; a la más agasajada de las bailarinas y al más bruto de los boxeadores, con tal que estén iluminados con la luz de la notoriedad. Cuando Ortiz Echagüe deja de hablar de un personaje es porque el olvidado de su pluma ya no es personaje. Ahora, que sería una injusticia psicológica dar por sentado que las notoriedades a quienes Ortiz Echagüe acude en busca de información le inspiren grande interés. Él sabe que al público se lo inspiran y eso le basta. A veces se me antoja que las ideas de Firpo le parecen tan de poca substancia como las de ciertos políticos a quienes suele acudir para satisfacer, no su propia curiosidad, sino la de los lectores de su diario. Como Echagüe posee un finísimo sentido del humor que no le abandona en ningún instante, pero que su tacto y su profesión no le permiten ostentar, los lectores suyos, capaces de mirar entre líneas, sonríen leyendo entrevistas

como la que tuvo con Mussolini en 1923 o las frases cotidianas que le arrancó a Primo de Rivera en el mismo año de gracia divina o desgracia constitucional. ¡Con qué suave discreción sonríe el periodista, ocultando, sin que nadie lo note, la cara detrás de las emborronadas cuartillas! A algunas personas acaso les parezca que los hombres colocados en las alturas políticas están siempre en disposición y en capacidad de decir frases trascendentales y definitivas sobre la suerte del mundo y las actividades futuras de los pueblos. No falta quien se imagine a Lloyd George o al Sr. La Cierva como una de esas máquinas en las cuales basta insertar una moneda de níquel en una ranura para que suelten un gran pensamiento. A veces no sueltan ni siquiera una pastilla de chocolate. Y cuando Echagüe se ve obligado a transmitir por el aire o por debajo del mar esas pastillas de chocolate, las ornamenta, las decora, a veces les agrega el condimento de su humor para hacerlas presentables, sin variarles la escasa substancia. ¡Qué estupendas y sonoras insignificancias habría leído el mundo, en los rotativos de mayor circulación si los reporteros llevasen el grafófono y le entregaran al público los dichos de los grandes hombres, tal y como suelen salir de la boca de éstos en algunas entrevistas! Lo que su reputación les debe a los buenos periodistas es gran parte de su tesoro intelectual.

Pero Ortiz Echagüe es, además de reportero, un gentil humorista que usa de su lengua con propiedad y elegancia. Es un caso de dualidad perceptiva y descriptiva extraordinario. Puede, como en el triste y angustioso relato de la rendición de la flota alemana en el Firth of Forth, comunicar una sensación de realidad en que los hechos solos componen el último acto de una tragedia. Es capaz, a un mismo tiempo, de envolver las observaciones de una mente muy sagaz en las fuertes sombras y vivos colores de la gracia española, como en "Un almuerzo criollo en Londres" o de rociar una viñeta de pintor realista como la descripta con el título "Del verbalismo meridional y de la sobriedad sajona", con espolvoreos de genuino humor británico.

La lengua es clara, sobria y, por lo regular, el estilo elegante. Obligado a percibir y a devolver la impresión con la rapidez impuesta por las exigencias del oficio, se nota en ocasiones que la concisión y brevedad telegráficas dejan su huella en estas páginas, algunas de las cuales han sido escritas, sin duda originalmente, en inglés o en francés y aparecen aquí vertidas por su mismo autor a diez años de estancia cuando la vívida imagen se ha ido esfumando y acaso deformando o embelleciendo entre las nieblas del recuerdo. Además, los que hemos ejercido la profesión de relatores en los momentos de las arduas transformaciones humanas como las sufridas por Europa en los últimos quince años sabemos de la incertidumbre y de la mueca de sorpresa con que hoy ponemos nuestros ojos en las páginas escritas sincera y desapasionadamente,

en presencia de hechos que hoy parecen remotos. Algunos de los de los personajes a quienes se refieren las entrevistas de este volumen tienen ya menos importancia que las "pantorrillas" de la Spinelly, y sucesos majestuosos desoladores y trágicos a la manera de la rendición de la flota alemana, van perdiendo sus caracteres épicos a medida que se conocen los documentos y que los actores se retiran de la luz de las candilejas. De este punto de vista el libro de Ortiz Echagüe tiene gran valor en su carácter de obra perteneciente a la literatura, surgirá con el tiempo como documento histórico, tal es la capacidad descriptiva de autor y su poder extraordinario de fijar las imágenes en sus aspectos pasajeros y móviles.

Buenos Aires, domingo 18 de noviembre de 1928

Kodak argentino
Gachalá, septiembre de 1928

Victoria Ocampo
Es casi seguro que una de las primeras preguntas dirigidas en Buenos Aires al viajero de preocupaciones intelectuales se refiere a la señora Victoria Ocampo. La actitud del hombre de ideas ante la persona moral e intelectual de doña Victoria, su opinión acerca de los pocos libros que ha escrito y sobre la manera como ella interpreta ciertos aspectos de la vida contemporánea, forman parte de un cuestionario al cual debe responder el literato extranjero, de paso en Buenos Aires, si tiene sobre tales puntos ya formado un concepto. Es muy posible que lo tenga, porque el nombre de la señora Ocampo es muy conocido en Europa entre los americanos del Centro y del Sur, a quienes preocupa el movimiento intelectual de estos países. Si no lo tiene, ha de formárselo a poco andar. En un segmento muy importante de la esfera intelectual porteña, el nombre y la persona de la señora Ocampo llenan considerable espacio, visible a largas distancias. Y el segmento a que ella pertenece se distingue, entre muchos de su misma clase que existen en Buenos Aires, por el valor intrínseco de sus actividades y por la seriedad que lo caracteriza.

Son variadas y crecidas en número las preocupaciones artísticas y meramente intelectuales de la señora Ocampo y del grupo de mentalidades que la rodean. Ella se creería disminuida espiritualmente si descubriese algún día que hay alguna forma de arte extraña a la órbita de su pensamiento. La pintura, la música, la poesía, la escultura, el arte de las edificaciones, la estética de las ciudades y de los trajes, la crítica como género literario y artístico, ocupan regiones adecuadas de su mente hospitalaria, desprovista de prejuicios. No sólo el arte en todas sus manifestaciones ha sido para ella objeto de cuidadosas y largas meditaciones. Por el camino de la estética ha penetrado en los senos de la filosofía y no solamente por el interés cultural de la ciudad, sino por su propio deleite, y para satisfacer sus anhelos de conocimiento ha contribuido a la difusión de teorías nuevas sobre puntos filosóficos en las sociedades donde su voz es atendida en las grandes decisiones.

Sus actividades intelectuales se han hecho presentes, hasta donde llega la información de quien escribió estas apuntaciones, en un profundo y significativo estudio sobre Dante, en algunos trabajos de crítica y en conferencias sobre temas musicales. Recitó alguna vez en público para deleite de conocedores, poesías de Baudelaire, en la

lengua original (que puede considerarse como la suya propia), y en la escogencia de los poemas y en la intención con que eran expresados se percibía el hondo conocimiento de la obra extrañamente hermosa y desconcertantemente del poeta atormentado por un sentido místico y perverso de la vida en sus obscuras derivaciones.

Tiene la señora Ocampo una sed inaplacada e inaplacable de saber. Se diría que para ella la vida es primordialmente un objeto de conocimiento. Posee como suyas las dos lenguas de cultura más ricas en documentos de arte y más difundidas en el occidente europeo. El francés viene siendo para ella, desde la niñez, su natural instrumento de expresión. Con él difunde su pensamiento tan bien como con la lengua de sus padres, y en las obras de esa literatura pasmosamente rica en obras maestras de más de un género, busca inspiración y encuentra especial complacencia. En la conformación de su espíritu se adivinan los caracteres de la inteligencia francesa: la claridad, la sujeción al método, el orden, el respeto a las categorías intelectuales; pero una hada generosa y no exenta de caprichos le otorgó al mismo tiempo el día de su venida al mundo, la dádiva del entusiasmo, del espíritu de libertad y del desprecio de las convenciones, rasgos esenciales del genio tudesco. En su rica organización espiritual la característica francesa del orden y del respeto a la tradición se completan sin chocar ni destruirse mutuamente con la tendencia a la libertad en lo espiritual y a analizar las convenciones antes de adoptarlas. Podría concentrarse en una fórmula esta feliz combinación de facultades diciendo que su cultura es francesa por la predilección de la armonía en los contornos, y su personalidad gótica por el valor con que analiza todo el acervo de la rutina y de la convención. En la señora Ocampo la personalidad es más interesante que su rica y variada cultura. "No es el atildamiento armónico, dice un historiador de la literatura alemana, la aspiración del arte gótico, sino la individualidad, la independencia, la personalidad. En nosotros, agrega, no domina aquel poder de la tradición que en los países románicos ejerce sobre el artista una acción niveladora. El ilimitado ascendiente del individuo es la solución siempre renovada de la literatura en Alemania. Aun el mismo Goethe, en cuya naturaleza se reunieron excepcionalmente, en una extraordinaria armonía, las contradictorias cualidades del espíritu alemán, reconocía expresamente que la personalidad es todo". Guardando las debidas proporciones, de la señora Ocampo puede afirmarse que reúne armónicamente en su donosa mentalidad las cualidades en apariencia antagónicas de dos razas distintas y aun dos conceptos opuestos como son la libertad y la tradición.

Para definir la actitud de Federico Nietzsche ante el conflicto vital de su tiempo, propuso Brandes la fórmula eminentemente comprensiva de "aristocratismo radical", privando a estas dos palabras de todo significado político o de casta. Con esa fórmula

podría también fijarse la ecuación intelectual de la señora Ocampo. Su pensamiento es de aristócrata; su actitud ante la tradición, la rutina y las convenciones es de reforma radical. Anuncia la transformación desde arriba, no en beneficio de una clase ni por conmiseración con el que sufre, sino en provecho de todos y sin pretender la supresión del dolor. En presencia de ella, las mujeres de letras, dadas en América a la difusión de un nuevo evangelio del amor, de la piedad o de los derechos iguales para todos, aparecen en su natural grandeza, pero unilaterales. El concepto filosófico de la señora Ocampo abarca toda la vida y envuelve un anhelo de superioridad.

El distintivo de su ser es lo que Goethe designaba con el nombre de "personalidad". Los tratadistas de psicología han necesitado recurrir a los estados morbosos de la conciencia para estudiar lo que en esa ciencia lleva el nombre de "personalidad"; pero en el lenguaje ordinario se designan con este vocablo el carácter y los modos de obrar en un estado de salud física y moral muy completo como es compatible con el juego armónico de las facultades. La salud completa en rigor no existe; supone un estado de equilibrio permanente que es a todas luces contrario al funcionamiento de los órganos y a la evolución de la vida. Las funciones cerebrales principalmente traen consigo continuas alteraciones de ese equilibrio ideal. La personalidad basada en el carácter puede estudiarse en las naturalezas fundamentalmente sanas, y de ellas es un ejemplo y un ejemplar fastuoso la señora Ocampo.

Arturo Capdevila

Cuando pasa y va solo, aunque su porte es correcto y no gesticula ni habla, se puede inferir de sus ojos puestos siempre en el suelo, de la movilidad de sus brazos y de las leves contracciones de los músculos faciales, que va pensando con mucha rapidez en algún tema para él de suprema y no aplazable importancia. El transeúnte que le conozca y le alcance a ver juzga por esas trazas que en cuanto llegue Capdevila a su casa o a su oficina va a empezar, a terminar o a continuar una obra corta o larga, pero de mucha substancia y de significado argentino o hispanoamericano. Los anteojos forman parte de su fisonomía, como el microscopio es rasgo fisionómico de Pasteur o de Virchow. Capdevila, aunque vaya de prisa, tiene que observarlo todo con espacio. Su actividad intelectual es variadísima, pero no inconexa. Ha escrito sobre muchos temas y cultiva varios géneros, en alguno de los cuales ha realizado obras maestras. Lee mucho, según parece, y tiene una poderosa capacidad asimilativa. Es un trabajador de los que dicen en latín o en castellano "nulla dies sine linea", y se acomodan a ese precepto. Es joven y ya lleva escritas 23 obras, número que sus editores no dejan de poner delante del público. Lee a Borrow con la misma atención ferviente

que a Ricardo Rojas, y conoce también los poetas del Chile contemporáneo como a los gramáticos neogranadinos de hace ochenta años. Pero no obstante su pasmosa erudición, su anhelo infinito de saberlo todo, y su pasmosa versatilidad de intelecto (no de carácter), Capdevila es, ante todo, un poeta, me atrevería a decir que es el poeta, entendiendo por tal una de las numerosas formas en que se hace presente la conciencia humana anhelosa de crear nuevos seres intelectuales, aquella inclinación que Goethe llamaba

Die Lust zu fabulieren

En lengua alemana poeta, ("Dichter") significa, no solamente el que hace versos, sino todo el que crea personajes o inventa situaciones, o sorprende estados de alma, o aspectos de la naturaleza, sea en dramas, novelas, poemas líricos o libros de viajes.

Arturo Capdevila es más aun: es poeta (sin dejar de ser filólogo meticuloso y concienzudo investigador) hasta en sus estudios sobre la lengua española en América y en sus trabajos sobre el romanticismo, período literario que conoce a fondo y le inspira, por conocerlo tan menudamente acaso, escasa simpatía. En todas sus obras Capdevila no es simplemente un poeta, sino un "poeta lírico". Toda su personalidad se explica en esas dos palabras. El paisaje no existe fuera de Capdevila, sino dentro de su espíritu, que como un cristal de variadísimas facetas reproduce el mundo exterior en formas que tienen de la realidad, sin duda, pero mucho más del temperamento, de la personalidad intelectual multiforme y graciosa de Arturo Capdevila. A él es tan aplicable como al más sincero de los poetas líricos y de los filósofos subjetivistas aquella frase en que Hegel puso todo el sentido de su filosofía: "el mundo es la estatua de la inteligencia".

La historia relatada por Capdevila adquiere tonos personalísimos, como suele bajo la pluma de los grandes poetas, sólo que a él no le fascina en la historia el hecho portentoso, sino la situación espiritual, "el estado lírico" de los personajes. Les ha dedicado a los gitanos largas y empeñosas horas de estudio, porque esa gente lleva en sí misma por los meridianos y paralelos del planeta, por donde se la deja extenderse, un secreto e inexplicable lirismo, un enigma que la separa de las demás civilizaciones con las cuales vive y ha vivido en contacto.

El autor de los 23 libros es un archivo de noticias divinas y humanas que él ha ordenado cuidadosamente en su cerebro y de las cuales hace uso con la más donosa oportunidad y no siempre sin intención. Su repertorio de anécdotas abraza todos los aspectos de la vida y suele traerlas a cuento con la mayor naturalidad y como quien no piensa en referir una historia. Y en esto mismo se revela su temperamento lírico.

La anécdota en sus labios se transforma para llegar a ser una curiosa interpretación de un momento psíquico sin perder por ello su gracia ni la posible aplicación moral con que ha atravesado los siglos; porque es el caso de decirlo, no hay anécdotas nuevas sino a lo más renovadas; todos los chascarrillos con que la gente se divierte en los restaurantes de la City de Londres o en el bar del Plaza Hotel en Buenos Aires, vienen del Oriente y algunas ya eran viejas como las castañas en tiempo del patriarca Job, que en paz descanse.

Buenos Aires, domingo 13 de enero de 1929

El guácharo. Un abnegado servidor público
Gachalá, diciembre de 1928

Es un ave nocturna y cavernaria. Parece haber sido estudiada antes que ningún otro por Humboldt, y acaso debido a las opiniones del sabio llegó a creerse que fuera originaria de las regiones donde él la observó por vez primera y donde se la encuentra aun con abundancia. En Caripe, en las vecindades de Cumaná, vio el naturalista alemán, por vez primera estas curiosas criaturas que abundan también en Colombia, en algunas cavernas, formadas por los afluentes del Meta en la Cordillera Oriental, y también en Icononzo, en las vertientes occidentales de la misma cadena. Pertenece al copioso orden de los pájaros y está clasificado en una de las muchas subdivisiones de la antigua familia de los fisirrostros, aves de pico hendido, cuyo tipo más conocido es la golondrina, habitante migratorio de todas las zonas. El guácharo, sin embargo, aunque tiene el pico hendido hasta más allá de los ojos, no pertenece a la tribu de las golondrinas; por sus costumbres y por su apariencia, por su fuerza muscular y por la forma del pico se ha hecho de él una tribu aparte, bautizada con el nombre científico que al tipo le han dado los naturalistas. Se le llama "steatornis", que quiere decir "ave de grasa", y ya veremos cómo está justificado el descortés apelativo, por la estructura de esta curiosa especie volátil.

Es un pájaro de gran fuerza, todo músculos y nervios, de alas muy grandes en proporción al peso y al tamaño del cuerpo. Extendidas las alas llegan a tener sesenta y hasta setenta centímetros. Su color es un pardo rojizo, acanelado, con pequeñas manchas blancas en algunas plumas de las alas. Vuela muy bien, anda torpemente, como las golondrinas, y apenas se posa en los árboles. Vive en las cavernas y no sale de ellas sino cuando ha caído el sol, cuya luz le es intolerable. Cuando lo persiguen de día en las cuevas donde hace su residencia y fabrica su nido, vuela cómodamente en la obscuridad, pero al llegar a la salida del antro, la luz solar le hace retroceder hacia las tinieblas, desafiando cualquier peligro. Es más cavernario que los búhos y mochuelos y más temeroso de la luz que el murciélago. No es raro dar con aquellas aves de día y el mamífero volador, perseguido en las cuevas y zarzas donde habita, suele echarse a campo abierto y buscar refugio en los árboles. El murciélago es casi ciego y se guía por el tacto. La luz le fastidia, pero, como los ciegos de la especie humana, lo mismo se dirige en la luz que en las tinieblas. El guácharo ve en las tinieblas relativas de la caverna, y seguramente la luz del sol le causa dolor en los ojos. Se nota

la sensación penosa viendo la brusquedad del movimiento que hace para retroceder a las tinieblas cuando lo hiere la luz del sol. El guácharo es como los habitantes de la luna, descriptos por Wells en su curiosa nóvela sobre las costumbres de la gente que, según él, habita los senos de nuestro satélite.

Hay un pájaro semejante al guácharo que en algunas regiones de Colombia se conoce por el nombre de "golondrina nocturna" y en otras por el de "guarda caminos". La primera designación la ha recibido, sin duda, porque en su vuelo se asemeja considerablemente al pájaro migratorio, huésped de los tejados, y la otra porque vuela en los caminos, a la hora del crepúsculo vespertino (se le ve también por las mañanas), se posa a la vera y se escapa al paso de los viandantes. Como suele haber machos de estos pájaros en las veredas solitarias, el transeúnte se imagina que es uno solo el que va volando y le enseña el camino. De modo semejante se creó en la Edad Media la leyenda del judío errante. Un judío, parecido a todos los judíos, pasaba de tarde en tarde, por las ciudades góticas, con rumbo a occidente, y las gentes, creyendo, por los rasgos de la fisonomía y por su tendencia al automatismo ambulatorio, que fuese siempre el mismo individuo, le llamaron el judío errante. En España esta golondrina nocturna lleva el nombre de chotacabras. Los campesinos creen que busca las cabras y chupa de sus ubres. La creencia debe ser de toda la rama aria o indoeuropea: chotacabras corresponde al nombre popular de este pájaro en inglés (*goatsucker*), en alemán (*ziegenmelker*), en italiano (*succhiacapre*). Sin duda, el padre ario que contaba con la leche como elemento indispensable de su dieta, necesitó buscar un responsable alado para explicarse la culpa de sus semejantes, cuando las cabras amanecían secas. Los naturalistas, haciendo la venia al sentimiento popular indoeuropeo, llamaron "capri mulgus" al pájaro cargado con este pecado de los hombres. En Francia le llaman "engoulevent", o "tragavientos", acaso por lo desmesurado de su boca abierta, que parece beberse los aires. Si el nombre tuviese una boca proporcional a la del chotacabras, podría tragarse una caja de cuarenta centímetros por lado. Es ésta la misma criatura que en la América sajona (en los estados del Sur) llaman "whip poor will" (azota al pobre Guillermo), designación que tal vez proceda de que este pájaro lanzaba su melancólico chillido cuando los esclavos rendían cuenta de su tarea diaria y recibían en azotes el trabajo no desempeñado.

Volvamos al guácharo, que se diferencia de la especie anterior por su forma y sus hábitos. Aunque de color parecido, las formas recuerdan más bien la estructura musculosa de las especies rapaces. Su pico mismo es fuerte y encorvado hacia la punta como el del milano. Sin embargo, no es rapaz, aunque se distingue por una extraña voracidad como frugívoro. Devora muchas clases de frutas y entre éstas prefiere las

de una palma, desproporcionadas para el tamaño del ave, y cuyo hueso, grande como un huevo de paloma, se encuentra con abundancia en los excrementos y en los nidos de estos pájaros. Los naturalistas que han disecado el ave adulta dicen que entre la piel y los músculos se contiene una delgada capa de grasa, que envuelve también algunas vísceras.

Anida en las cornisas de las cavernas y prefiere aquéllas como el puente natural de Icononzo o la cueva del puente de Jesús, cerca de Gachalá, donde hay corrientes subterráneas. Son animales prolíficos en demasía. Aunque la hembra no pone más de cuatro huevos, como parece que hacen cría dos veces al año, se multiplican pasmosamente, no obstante los enemigos de quienes tienen que defenderse, entre los cuales el más tenaz y el más temido es el hombre. Su multiplicación está además limitada por la escasez de cavernas propias para habitación y para fabricarse un nido. Sin duda anidan en las cavernas, sobre corrientes de agua, para defenderse de las bestias carniceras, por lo común temerosas de aventurarse, en las tinieblas, a las ondas de un torrente precipitado. En el puente de Jesús ya nombrado la caverna se formó por consecuencia de un hundimiento de rocas tan grandes que no llegaron a tocar el cauce del río Murca y quedaron suspendidas entre las dos estribaciones de los cerros, por en medio de las cuales van corriendo las aguas precipitadas y espumantes del río. Pero más al oriente, en el cañón por donde corre el Guavio (afluente del Meta, adonde llega ya con otro nombre), y a dos kilómetros del río hay otras cavernas, abiertas fatídicamente en lo alto de rocas talladas a pico y que parece como si amenazaran derrumbarse momento por momento. El camino de herradura pasa a alguna distancia de esas rocas. La vista es imponente: denuncia el cataclismo pasado y anuncia el estrepitoso derrumbamiento por venir. Todo el paisaje habla de transformaciones ocurridas y de catástrofes por suceder. El Guavio, de linfas glaucas y atropelladas, ruidoso y bravío, canta noche y día la epopeya del cambio perpetuo. "Todo fluye", dicen sus aguas con entonación más alta que las palabras del filósofo griego, y el grito de las ondas cuyo eco se pierde en las enormes rocas vecinas, parece completar la frase de Heráclito señalando el destino de esas cordilleras socavadas en su base por el indómito pasar de las aguas fluviales, y corroídas lentamente, desde arriba, por la acción erosiva de las lluvias. Las cavernas del guácharo, formadas en el medio de la roca, perderán un día sus cimientos y desaparecerán en el estrépito del majestuoso desplome. Al aplanarse la tierra el guácharo y todos los animales cavernarios, en sus variadas formas, habrán desaparecido o cambiado de costumbres. Las especies superiores de vida subterránea se extinguen poco a poco en las regiones planas del globo: su último refugio está en las regiones montañosas.

Aunque vive en las cavernas como algunas almas de encargo, el guácharo no daña al hombre en forma alguna. Los frutos que devora, el hombre no los ha menester ni para sustento ni para deleite. Y sin hacer daño ni privar al hombre de sus materias primas, le suministra un plato que Algabal no tuvo nunca en su mesa y del cual se habría ufanado Lúculo para ofrecerlo a sus amigos. Los polluelos del guácharo, al llegar al tamaño de una torcaz adulta, son una esfera de grasa blanca, de cuya superficie salen el cuello y la cabeza, las patas y las alas. En esa edad afectan un color morado con cambiantes como las que ostenta el cuello en las palomas de ese color, y son de una voracidad burocrática. Abren el pico desmesuradamente, y al asomarse uno a esas profundidades sospecha que podrían tragarse la República. Condenadas a la inmovilidad y a vivir en tinieblas, voraces sin límites y sometidas por sus padres a un régimen de frutas oleaginosas, esas criaturas engordan hasta convertirse en la esfera de grasa ya descripta. En este periodo de su vida son condenados a muerte para adornar la mesa de los regionales y lisonjearles, el paladar. No es preciso hacer gasto ninguno para prepararlos: tan sólo el de combustible. Se vacían, se les quitan el cuello, las alas y las patas, y se echan a freír en su propia substancia, como quien lanza por los caminos de la elocuencia a un orador parlamentario, de los que también se cuecen en su propia substancia. Así, al natural, sin guiso alguno, forman un plato no descripto en ningún manual de cocina y que habría humedecido copiosamente el paladar de Brillat-Savarin, con el mero recuerdo, si lo hubiese probado alguna vez. El arte culinario tiene todavía por delante las excelentes y delicadas combinaciones que pueden ofrecerle este pájaro y algunas otras especies también, cavernarias, aunque no volátiles como el "borugo", un roedor más pequeño que el capibara o carpincho, poseedor de una carne de cuya suavidad, riqueza y substancia no tienen noticia quienes no lo han comido en las regiones templadas de las cordilleras andinas. El capibara o carpincho (en Colombia "ponche") de las regiones bajas da una carne ordinaria y acuosa.

No solamente en la mesa es el polluelo del guácharo eminentemente útil. La grasa extraída de la pobre criatura, preparada convenientemente, da un aceite de propiedades inverosímiles. Si no la hubiera estudiado Alejandro de Humboldt y no constasen sus virtudes culinarias y medicinales en las obras del gran filósofo naturalista, sabría a historias de viajero lo que va a decirse de tal aceite. Nadie lo ha tratado todavía, que yo sepa, científicamente ni para prepararlo, ni para darle claridad y pureza, ni para analizar sus componentes. Los campesinos de esta región, con los procedimientos más elementales, lo extraen del guácharo tierno y lo guardan en botellas de vidrio o en vasijas de barro, donde él mismo se purifica. Lo usan para freír alimentos, y de este punto de vista sobrepasa a la manteca de cerdo, a la mantequilla

y al aceite de olivas, porque, aunque no se le sale (y no debe salársele), no se altera en varios años. Humboldt dice haber visto aceite de este animal, perfectamente puro y sin olor ninguno, al cabo de un año de estar embotellado. El escritor de estas líneas guarda por curiosidad una botella de este aceite, abierta hace tres años, y es sorprendente que no esté rancio, ni dé olor alguno. Con los años, sin haber pasado por filtro, ha llegado a tal grado de pureza que parece una preparación de perfumista por su trasparencia y limpieza. Hay más aún: no hay necesidad de filtro; las substancias sólidas que se ven suspendidas en el líquido recién extraído se precipitan con el tiempo, unas y otras se disuelven a la larga sin empecer la transparencia.

Este aceite maravilloso es un purgante sano, aplicable a las bestias y al hombre con igual eficacia. Sirve como lubricante de virtudes primordiales, porque no teniendo ácido ni necesidad de sales para conservarse, preserva del orín sin alterarse. A estas cualidades ya inverosímiles se añade la principal. Es un insecticida que obra sin dilación. Un perro materialmente plagado de parásitos queda limpio de ellos en el espacio de diez minutos después de haber sido enjalbegado con el dichoso aceite.

Por último, los excrementos del guácharo que se extraen en gran cantidad de las cavernas donde mora el pájaro son un fertilizante insuperable, rival del famoso guano y del salitre.

Estas palabras pueden inducir al lector desprevenido. Acaso imagine que estoy tratando de suscitar la curiosidad de los capitalistas para la creación de una nueva industria. No hay la más tenue sombra de propaganda. El aceite de guácharo (aceite de pichón es el nombre por el cual es conocido en la comarca) no tienta a los millonarios, porque su producción es muy reducida y porque, para transportarlo a largas distancias, no estaría indicada la construcción de oleoductos. De otro lado, el pájaro no se cría, a pesar de su fecundidad, en proporciones comerciales, según ahora se dice para medir los negocios y los hombres. El aceite de guácharo, la carne de sus polluelos y las comarcas donde anida no serán un problema comercial, ni un peligro de los que andan cortejando algunas repúblicas con "insouciance" de coqueta hace muchos años. Nuestras agencias de noticias en el extranjero puedan pasar inadvertidamente este producto de la naturaleza sin lastimar el brillante futuro comercial e industrial dar estas regiones. A no ser que, como decía un famoso promotor de negocios en Londres, a quien le observaban: "Esa mina que usted vende no tiene oro", y replicaba con serenidad de negociante avezado: "Es verdad, pero nosotros no buscamos el oro en la mina, sino en el pavimento de la City, donde la credulidad y la tontería se dan silvestres".

¿Por qué busca el guácharo las cavernas? No es difícil conjeturarlo. Es un habitáculo que le han impuesto sus condiciones de vida y la necesidad de conservar la especie. Si este animal anidara al descubierto, no sólo el hombre, único enemigo, según parece, que hoy le aflige, sino todas las aves rapaces, los animales carniceros y aun las ratas y los insectos se arrojarían sobre ese plato exquisito con avidez irrestañable. Y en dos o tres generaciones desaparecerían del suelo y del aire estos abnegados servidores públicos que convierten la pulpa exterior de algunas nueces en suave y blanda substancia comestible.

Es indomesticable, sin duda, por su horror a la luz. Los naturalistas han hecho tentativas infructuosas. Una señorita, ocasional habitante de estas comarcas, también ha ensayado vanamente, después haber probado con éxito sus capacidades educativas y suasorias con el tucán, el colibrí, el tigre gallinero, la raposa y el pecarí. Cuando se habla de domesticar al tucán y al colibrí no se da a entender que esta señorita los tenía en jaula. Más bien que domesticación, eso se llama confinamiento. El colibrí y el tucán educados por ella andaban por la casa, respondían al llamamiento, volaban a los bosques en busca del trato con sus semejantes y volvían con algunos de éstos, indomesticados, a hacerlos partícipes de comidas preparadas para ellos por entes supercivilizados. Se volvían al bosque los incapaces de apreciar los frutos de la educación y se quedaban con su dueña y en su casa los ya domesticados. Pasaban a veces semanas lejos de la cultura grecoromana-judaica y volvían tan orondos sin haberse descivilizado. No vaya a creerse que el tucán, adornado el rostro entre humorístico y doliente, con su pico tan largo y casi tan pesado como el cuerpo, es una criatura ininteligente y refractaria a la educación. Aprendió pronto a distinguir a los dueños de casa de los gatos y los perros con quienes vivía en neutralidad armada. Y entre los dueños de casa estableció diferencias demasiado sutiles para una mente obtusa. Modificó su dieta alimenticia con una facilidad y rapidez extraordinarias. Recibía en ese apéndice bucal monstruoso y córneo todas las golosinas que una civilización de sesenta siglos ha ido inventando paulatinamente para regalo del paladar humano. No hacía diferencia, es verdad, entre lo crudo y lo cocido sino en muy raros alimentos. Los huevos pasaban por su insaciable esófago, fritos, revueltos, pasados por agua, estrellados y crudos con cascarón y todo, sin que se alterase la mirada triste y burlona de aquel trepador civilizado. Tenía sobre la amistad nociones demasiado sencillas o tal vez muy elevadas para el criterio humano. Se llevaba muy bien con el colibrí, tan bien que un día fue necesario reemplazar al besaflor con otro compañero, porque el tucán, resolvió en un momento de excesiva ternura devorar al antiguo camarada. Su inteligencia (la del tucán) no había llegado todavía a descubrir que no es posible

tener una cosa y conservarla después de habérsela comido. Ignorancia muy explicable en el tucán, ya que de ella no han logrado desprenderse eminentes políticos. Pues la señorita de quien he hablado sin su anuencia no ha logrado domesticar al guácharo ni desasnar algunos hombres.

Buenos Aires, domingo 3 de marzo de 1929

Kodak argentino: la señora N
Bogotá, enero de 1929

Esta designación no corresponde a un individuo, ni esconde filiación personal determinada. Con ella se desean fijar las coordenadas espirituales de un grupo de personalidades argentinas cuyas actividades le han impreso rumbo a la nación y de cuyo influjo hay huellas profundas en la historia, en la cultura, en la vida internacional de la República. La Señora N. es legión. El extranjero da con ella a pocas semanas de vivir en Buenos Aires; la conoce al visitar la ciudad universitaria de Córdoba; en La Plata es parte saliente de la intensa vida cultural característica de la provincia y en Rosario o Mendoza es obvia su presencia en todas las manifestaciones espirituales de la vida local.

No pertenece a un grupo social determinado. Vive por lo general una vida holgada; pero las hay en el grupo que prestan a la nación servicios eficaces y remunerados, atendiendo a los cuales llenan el papel cultural que de su grupo espera la sociedad a que pertenecen. En Buenos Aires no es raro que la Señora N. habite un palacio en alguno de los barrios elegantes de la ciudad. En esa mansión se reúnen periódicamente hombres y mujeres de unas mismas preocupaciones artísticas y aun en ocasiones meramente científicas. La casa es de dimensiones amplísimas y encierra dentro de las exigencias del gusto más moderno todas las comodidades de la antigua residencia española. Los muebles, importados casi siempre satisfacen un exigente concepto de belleza propio de la dueña de casa y forjan un ambiente espiritual. Hay una copiosa biblioteca, donde predominan los autores modernos y el gusto por las cosas de arte. Proust, Girandoux, Gide, Pirandello, Ortega y Gasset, Tomás y Enrique Mann, los rusos de la última hora, los escandinavos nacidos de las cenizas impalpables del fénix ibseniano; Wölflin, Lipps, Osborn representan el precepto. Los que allí se reúnen propenden naturalmente, y como obedeciendo a un imperativo de la vida subconsciente, a ensanchar los ámbitos de la vida argentina, a profundizarla también y a enriquecerla con nuevos aspectos, con nuevas formas de sensibilidad, con aspiraciones por indefinidas más fáciles de difundirse y de fructificar copiosamente. No hay derivaciones vitales que les sean indiferentes a la señora N., a sus amigas y amigos. Todos los aspectos de la vida cultural les inspiran premeditado interés. A unas la música les lleva tras sí todos los sentidos; para otras la pintura y la poesía llenan las horas de mayor actividad intelectual en una vida en que las ideas y las formas solici-

tan de continuo el pensamiento. Y en todas estas actividades nadie pierde de vista la ciudad y la patria. El embellecimiento material de Buenos Aires preside a todas estas funciones, y no por ser esta una preocupación de todos los instantes para las mejoras de sus hijas, queda descuidado un instante el problema de enriquecer y adornar el alma popular haciéndola más fluida, más soluble en el aire de la cultura occidental. El libro pedido a Europa, el bibelot que viene a aumentar la riqueza de la vitrina, el cuadro, la estatua, el agua fuerte, el mueble raro, cada nueva adquisición llena un fin de cultura, no extraño a las necesidades de la vida nacional. Esto parece una arbitraria imaginación del cronista; pero, en la esencia de toda cultura hay una preocupación semejante. No tenemos el testimonio literario de las preocupaciones dominantes en el ambiente intelectual de Pompeya; pero la indiscreción de los excavadores no deja duda sobre el estado de espíritu a que obedecían aquellas gentes, del cual formaba parte esencial el anhelo de embellecer el ambiente donde les tocaba agitarse. Los hombres del Renacimiento tuvieron cuidado de documentar a la posteridad sobre la importancia que ellos le daban a la belleza, viviendo la vida en la plenitud y con la intensidad de que dan testimonio obras y gestos imperecederos. Esos documentos revelan el atento estudio, la consideración prolija que precedía en aquellos tiempos a la elección del objeto destinado a embellecer la mansión del hombre o la residencia general de los ciudadanos, la "polis" moderna.

En otros sectores de la vida argentina, la Señora N. con no menos eficacia y devoción nacional prepara las generaciones nuevas para formas complicadas y generosas de progreso. La Señora N. no se desdeña de asumir funciones oficiales y agitándose en este medio aumenta el tesoro de las bibliotecas escolares, difunde las obras nacionales dignas de ser conocidas, establece premios para estimular la publicación de obras nacionales y canjea libros para facilitar su conocimiento. Viaja dentro del país con la mira puesta en el ensanche de la cultura y viaja por el exterior en busca de simientes culturales de fácil transporte a la patria lejana. El signo característico de la civilización argentina es la huella de fraternidad que se advierte en todas las etapas de su desarrollo. Por fortuna para ese país, después de una prueba de medio siglo, la raza dio en un momento dado los hombres que la nación había menester para surgir y desenvolverse en toda la amplitud de sus posibilidades. La raza produjo hombres de estado, financistas, educadores, diplomáticos, administradores del tipo y las capacidades requeridas por el momento. Es posible que algunos de estos hombres, tan eficaces en la creación de la nacionalidad argentina, hubieran encallado con estrépito en Colombia, en Méjico, en Venezuela. Para llenar su fin en el medio donde les tocó agitarse, la naturaleza los dotó generosamente con las virtudes de resistencia,

elasticidad, previsión y sentido práctico. Ejercieron científicamente la tolerancia e hicieron de la nación una patria generosa para todos los argentinos.

En esta labor de los hombres, la mujer argentina, la Señora N., ha tomado parte substancial desde los primeros días de la trasplantación del hombre blanco a las tierras de América. Nada registra la historia de Colombia sobre la colaboración de la mujer en la conquista de las comarcas hoy designadas con ese nombre geográfico. A la conquista del Río de la Plata hay testimonio escrito de que acudieron con los hombres algunas mujeres, entre ellas doña Isabel de Guevara, y dividieron con ellos todas las penalidades de la conquista. Es un hecho histórico acerca de cuyo significado importa insistir porque le da tono a la historia de la nación argentina. En la suavidad de las costumbres, en el humor caballeresco de las guerras civiles, en el alto nivel a que ha llegado allí el cultivo de las artes, en los caracteres de la lucha política de los últimos cincuenta años durante los cuales los argumentos de fuerza han sido el amor a la patria, su prosperidad y engrandecimiento, se percibe el influjo superior y alado, de la inteligencia y del sentimiento femenino. El haber estado presente la mujer argentina en la creación de la nacionalidad, desde mediados del siglo XVI, como, según el Génesis, se cernía sobre las aguas al principio del mundo otro espíritu creador, ha salvado a la Argentina de crisis de cultura dolorosamente sufridas por otros pueblos nuevos en América y en otras partes del mundo. Hasta los días de la guerra con el Paraguay, las provincias de la República Argentina se componían de las antiguas familias españolas y de la escasa población indígena o mezclada que iba desapareciendo naturalmente, en su contacto con la raza conquistadora. Pero desde el principio del último cuarto en el siglo pasado, la población argentina empezó a aumentar de modo considerable con el flujo abundante de la emigración europea. Es notorio que en la emigración a tierras nuevas el hombre, por razones de prudencia y economía, viaja solo. Raras veces se acompaña de su mujer o de sus hijas. Si las tiene, espera haber probado las alternativas de la suerte antes de traerlas a la patria nueva. Si es soltero, trata de formar un hogar en la nueva residencia. De esta inmigración de hombres solos que buscan esposa en la patria adoptiva nace una escasez manifiesta del elemento femenino en la población total de las tierras a donde acude el emigrante. Es la historia de las colonias griegas y romanas, es la historia de la misma Roma que hubo de procurarse mujeres por medio de un rapto: es la historia de los Estados Unidos saxoamericanos y la de las colonias inglesas en Oceanía. Esa escasez de mujeres agria las costumbres, endurece el carácter del varón y le da a la civilización un aspecto de lucha brutal, como a la vida en las sociedades animales de régimen promiscuo. El europeo que desembarca en Nueva York, o el americano de otras procedencias que

penetra a aquellos Estados Unidos, por el puerto de su vasta metrópoli, sufre, desde el primer momento, un choque sentimental. Sabe que ha cambiado de ambiente por la aspereza de los movimientos en la gente que lo circunda, por la falta de elegancia en el andar, por la premura de los gestos en la turba que se precipita por el placer de precipitarse. Este pueblo sufrió un día de escasez de mujeres y esa falta de proporción en los elementos demográficos desequilibró la existencia y fue el origen de la ausencia de suavidad y armonía en la vida total saxo-americana. Además, la conquista del territorio se hizo allí por los hombres. El Oeste salvaje, el Norte áspero y amenazante llamaban a los tipos de voluntad más recia y movidos por un indomable espíritu de aventura. La mujer apenas podía seguirlos.

En la Argentina, a pesar de la corriente inmigratoria caudalosa y continua, y no obstante haber sido durante muchos años, un país de población femenina escasa, las costumbres no sufrieron la ruda transformación que en Norteamérica, gracias al dulce influjo que la Señora N. ha ejercido en la vida del Plata, desde los tiempos de la conquista, en las horas plácidas de la vida colonial, durante las encarnizadas luchas de la independencia, en las grandes pruebas de la tiranía, mientras se reformaba la República después de Caseros, y en los días de gran prosperidad que vieron surgir en el Sur del Continente una potencia agrícola, un poder político, una nacionalidad respetable, y una cultura de caracteres definidos, notables sobre todo por la suavidad de las costumbres y por la dulzura, y armonía de los contornos.

La teoría puede probarse con la regla de las variaciones concomitantes. Un sistema ya casi secular les ha negado en Colombia a las mujeres toda participación en la cosa pública. Hubo heroínas excepcionales en la gran revolución de la Independencia; pero en la colonia apenas se habla de ellas como de flores de gineceo. Una o dos figuraron en nuestras guerras civiles para desesperación de las más honorables de su sexo. En Colombia no ha habido inmigración digna de ese nombre. En los centros más poblados había mayor cantidad de mujeres que de hombres; por herencia las gentes eran de natural suave y las maneras del hombre se distinguían por la dignidad ante sus iguales y por la refinada cortesía para con las mujeres. Pero la mujer ha tenido tan escaso influjo en la cultura general de este país (no hay todavía institutos de segunda enseñanza para ellas y se les niega el acceso a la universidad) que ha bastado en el curso de cuatro años la invasión de unos pocos miles de hombres del septentrión, para que las gentes hayan empezado a perder el antiguo decoro, la mesura tradicional, la suavidad y gracia de las formas nacionales. Hace seis años era un suceso extraordinario tocarse de codos con una persona en la acera de las calles principales; al hombre de edad nadie le disputaba el turno para entrar o salir; jamás se

veía una mujer privada de su puesto en la taquilla de correos o al penetrar a un edificio público. Hoy el hombre se gloria de haber perdido las nociones de decoro y la mujer está satisfecha de la condición a que la han traído unos pocos años y algunos millares de inmigrantes. La mujer no se defiende por sí misma ni puede influir hondamente sobre la vida colombiana, porque un sistema de gobierno exclusivista y negativo las ha mantenido aparte de la natural agitación que envuelve todo proceso de cultura, y, porque, históricamente, le ha dejado al hombre todo el peso en la formación y la dirección de la nacionalidad.

Buenos Aires, domingo 25 de enero de 1931

Cultura incaica

Como parte interesantísima de una obra monumental que publica la casa editorial prophylaen de Berlín, ha aparecido el volumen dedicado al arte y la cultura de los antiguos peruanos, por el profesor Max Schmidt, que dirige la sección sudamericana en el museo etnográfico de Berlín y dicta el curso de etnografía en la universidad del mismo nombre. Al viajero que visita en Berlín las innumerables salas dedicadas en aquel famoso resumen de las civilizaciones muertas que es el museo etnográfico, a la cultura americana anterior a la conquista le asalta un sentimiento de admiración por la ciencia alemana y la tenacidad del espíritu alemán. Cuanto puede saberse de la cultura precolombina de América está allí reunido con paciencia metódica y comprensión luminosa. Si ignoramos los sudamericanos muchos aspectos de la vida material y espiritual de las naciones que señoreaban este continente antes de la venida de los espanoles, es porque no hemos querido acercarnos al museo etnográfico de Berlín para estudiarlos. La ciencia alemana y la generosidad de los gobiernos tudescos han aglomerado allí todo cuanto es necesario para penetrar en la conciencia de aquellos pueblos, para sorprender su concepto general de la vida, sus nociones metafísicas y su visión del arte.

La conquista de América hubo de caer cronológicamente en uno de los momentos menos propicios para apreciar el sentido de la civilización que tenían de estos pueblos. De haber ocurrido la conquista en tiempo de Julio César, su genio le hubiera revelado al mundo el íntimo significado de la vida azteca, a la manera en que lo hizo con los hombres de las Galias. No hubiera faltado entonces un Tácito que descubriera el alma de los Incas así como el historiador romano les ofreció a sus contemporáneos el cuadro insuperable de la vida y costumbres de los germanos. En los siglos XVI y XVII Europa estaba solicitada por otras preocupaciones. Era el tiempo de las guerras de religión, y el mundo conocido se dividía en católicos y herejes. De otra parte, el hombre a quien el destino señaló para revelar al mundo la existencia del Nuevo Continente vivió y murió obsesionado por la idea de las ingentes cantidades de metal precioso que se podrían trasladar de América a Europa. El sentimiento de que los pueblos habitadores de América eran bárbaros e infieles y la convicción antieconómica y a todas luces falsa de que el oro existente en América había de servir para desviar o aplanar la ola de miseria que en ese momento azotaba los altos y bajos de la sociedad europea, contribuyeron fatalmente a destruir la civilización

americana. No fue el pueblo español. Cualquiera otra potencia contemporánea que se hubiese encargado de la conquista habría procedido de igual modo. No salvaron más los portugueses ni los bátavos en sus exploraciones y conquistas en la parte central y occidental de Sudamérica. Buscar oro y destruir infieles, agrandar el poderío español y propagar en las tierras conquistadas la religión cristiana, eran los objetos primordiales de la conquista. Para hacerlo se usaban los métodos y los instrumentos conocidos entonces.

La conquista fue de este punto de vista algo parecido a los cataclismos geológicos. La comparación en algunos aspectos es de una precisión material y absoluta. Muchos de los ídolos, objetos ornamentales, utensilios domésticos, armas y telas que en abundancia reproduce gráficamente el libro de Max Schmidt, han sido hallados debajo de la tierra y extraídos por la curiosidad científica a la manera en que se desentierran los restos de organismos desaparecidos.

Hubo cronistas de la conquista, sin duda, pero ellos narraban principalmente sus hazañas propias y las de sus compañeros. Tal cual Inca Garcilaso tuvo ojos para ver más allá de la superficie y eso porque tenía en sus venas sangre americana y sentía una piedad infinita por la suerte del pueblo que tal vez le hubiera tocado gobernar sin el advenimiento de los europeos. El "Popol Vuh", no es obra de los conquistadores. Hasta donde puede saberse esta ingenua creación del alma quiché se salvó de la destrucción y el olvido porque dos indígenas educados por los frailes españoles, valiéndose de su conocimiento de las dos lenguas y del arte de escribir en caracteres latinos, compilaron las tradiciones y enseñanzas de la raza a que pertenecían y la pusieron al alcance de los europeos capaces de interpretar el Idioma quiché. Así ha venido hasta nosotros esa biblia de los pueblos que habitaban a Centro América, antes de los pueblos allí encontrados por los conquistadores.

Para extraer de los relatos escritos por los conquistadores la esencia de la cultura americana, anterior a Colón, el investigador de nuestros días ha menester llevar a cabo una obra semejante también a la de los geólogos. El conquistador, aun el que se daba el trabajo de escribir el relato de sus aventuras con los indios y con sus compañeros de hazañas, era hombre de pocas letras. No hablamos de Herrera ni de Solís que pusieron con más o menos fidelidad y retórica en negro sobre blanco los relatos que oyeron de los conquistadores, ni de Fernández de Oviedo, cuya experiencia personal de burócrata se limitó a la Isla de Santo Domingo. Los tres eran escritores de altas dotes y de variada ciencia, pero enfrente de los nuevos sucesos, de la cultura extraña de los aborígenes, su capacidad de penetrar en el alma de los pueblos conquistados resultó inferior a la demanda. No eran psicólogos expertos y carecían de imaginación

histórica. Los nombres que les dieron a los animales y plantas del Nuevo Mundo eran los que su escasa imaginación les sugería comparando estas especies con las europeas. Así llenaron este mundo de tigres, onzas, leones, zorras, comadrejas, cochinillos que por lo general nada tenían que ver con los animales del mismo nombre en el Viejo Continente. En la inteligencia del indio no llegaron a penetrar: era para ellos, cuyas nociones de ética, de psicología y de estética no iban más allá del catecismo, un campo erial y misterioso. El historiador de nuestros días, como el sagacísimo profesor Schmidt, tiene que penetrar en estas pilas de narraciones como el geólogo en las capas terrestres para llegar por inducción y leyendo entre líneas, hasta el fondo del alma indígena. En esa tarea le ayudan maravillosamente las telas, la cerámica, los quipus, las obras de madera, de oro y de bronce que los conquistadores desdeñaban como arte y destruían creyéndolos simulacros de religiones falsas.

El libro del profesor Schmidt hace en 120 páginas en cuarto con paciencia y sagacidad encomiables, la historia natural y espiritual de los incas desde los días de la conquista, apoyándose en los datos de los historiadores y en el lenguaje oculto que hablan los objetos dejados por los incas como testimonio de sus actividades y creencias. La expansión de este pueblo que dominaba una gran parte del Continente, desde el Sur del Perú actual hasta Quito, no se verificaba a la usanza europea y según lo acostumbraban otros reinos americanos por medio de la fuerza, sino por un proceso de asimilación de eficacia irresistible. Al pueblo que deseaban conquistar le enseñaban primero la religión del culto al Sol. La aceptación del rito hacía más fácil, si acaso no era con él una misma cosa, el dominio terrenal. A la comarca donde había puesto sus ojos el Inca para conquistarla, enviaba sacerdotes del culto solar para que enseñasen a los futuros súbditos los dogmas y los ritos de la religión de Estado en el país conquistador. Cuando había cundido la creencia, el pueblo estaba poco menos que sometido. Era tan eficaz el arma espiritual, que la conquista material se daba por añadidura. Cosa semejante pasa en nuestros días, de cultura material excedente, en algunas comarcas de América. La gran república saxoamericana procura que se reúnan en Washington los individuos que por una razón o sin razón ninguna, pueden llegar a puestos elevados en la América del Sur y de allí los mueven en todas direcciones para enseñarles las maravillas de los rascacielos, de los ascensores que van a un piso quincuagésimo en pocos segundos; máquinas de lavar platos, escobas neumáticas, automóviles baratos, espectáculos por medio de los cuales el americano del Sur, desprevenido e insofisticado hasta allí, se convierte en sacerdote de la nueva cultura y vuelve como tal a su tierra que queda, con él, espiritualmente conquistada para aquel poder material.

El Inca propagó de esta manera no solamente la religión sino también sus ideas morales y sus principios sobre la posesión y administración de la propiedad. El sistema social de los antiguos peruanos era una especie de socialismo a base de casta reinante. Había tierras del Inca, había predios que el soberano distribuía entre las familias para su sustento, había parcelas destinadas a los sacerdotes. Las familias pagaban el privilegio de vivir en las tierras que les eran adjudicadas, trabajando para el Inca en las tierras de éste o en los caminos, obras de riego y templos pertenecientes a la nación. En los días libres se ocupaban en sus propios predios. Había familias escogidas de entre las cuales elegía el Inca sus favoritas, sus servidores o vasallos especiales, destinados a hacer faena en el palacio del soberano, del gran capitán del ejército y en la liturgia de los templos. También se les imponía a las familias el tributo de sus hijas más hermosas para destinarlas al servicio del gran capitán o de sus subordinados. Era una especie de nacionalización de las mujeres, porque de entre estas niñas, educadas especialmente, tenían a su turno derecho a escoger compañera sin consultar la voluntad femenina, los servidores del soberano. El sistema social de los Incas, a todas luces basado en un principio colectivista no es todavía bien conocido. La minuciosa explicación del profesor Schmidt sacada de los cronistas de la época deja vacíos de consideración, a pesar de que en muchos puntos su sagaz criterio histórico, su razonadora imaginación descubren rasgos de aquella civilización que los narradores de la época pusieron en sus obras literarias sin haberlos visto ni comprendido.

El capítulo sobre el arte de los Incas es sin duda el más importante del libro de Schmidt. Sus facultades de investigador tienen aquí a su disposición una abundancia de material auténtico, inalterable y permanente, muy superior al documento literario de segunda mano. El Inca no sabía escribir, tenía predisposiciones académicas. Usaba de los quipus para eternizar las fechas históricas y para llevar la estadística de la población, de las tierras cultivadas y de sus productos. Sus ideas, sus sentimientos, sus anhelos y aspiraciones no las confió al alfabeto y al papiro sino al barro de sus cerámicas, al bronce y al oro de sus ídolos, a la piedra, a la madera, a los tejidos. En la obra de arte entrega su alma toda entera a la contemplación de los que saben interpretar las formas. Refiriéndose a Shakespeare, dice Brandes que aunque del autor de Hamlet no sabemos casi nada y apenas se ha conservado su firma en un documento público, bastan los treinta y seis dramas por él escritos, sus sonetos y poemas de mayor extensión, para sacar de ellos completa, rebosante y armoniosa la figura espiritual del más grande entre los creadores de figuras imaginadas. Con el acervo de obras de arte que nos dejaron los Incas, el profesor Schmidt ha penetrado en sus creencias, en sus hábitos de vida, en su actitud ante la naturaleza, en su sentimiento para con los

animales domésticos y nos habría dado el pormenor de sus complicaciones viciosas que los ponen a la altura del mundo moderno, si hubiera penetrado a cierta sala de los museos etnográficos de Berlín y de Lima.

En la obra literaria, suelen el narrador o el poeta hacer esfuerzos para esconder su personalidad como lo intentó por principio el atormentado Flaubert. Frustráneo empeño, porque ese mismo esfuerzo, perceptible en el estilo, sirve para desentrañar las más ínfimas cualidades de su inteligencia. En la obra esculpida el artista se entrega con mayor candor. Y en la época en que florecieron con más riqueza la cerámica y la orfebrería de los Incas, seguramente los artistas no estaban movidos por el propósito de esconder su personalidad. Hacían el ídolo de sus instintos, grababan la metafísica elemental de su tribu y moldeando ídolos o tallando animales en la piedra ponían al desnudo su alma con todos sus apetitos, sus placeres ingenuos y su incoercible tristeza.

Índice onomástico

Achille de Gaultier, Jules: 170, 185, 186, 187, 188, 246
Aita, Antonio: 5, 8, 72,
Albertini, Luigi: 35
Alighieri, Dante: 104, 162, 173, 183, 196, 202, 246, 357
Allen, Grant: 155, 253
Altamirano, Carlos: 5
Altenberg, Peter: 138
Amiel, Henri-Frédéric: 94, 171, 172
Andrade, Olegario Víctor: 85
Ángel Rama, Miguel: 7
Angulo, María de: 192
Araquistáin, Luis: 4, 6, 20, 33, 120, 352
Arata, Tito Lucrecio: 279
Arciniégas, Germán: 8, 51
Aristófanes: 196
Aristóteles: 257, 328
Arnold, Mathew: 171, 184,
Asunción Silva, José: 13, 30, 47, 53, 137, 157, 158
Austria, Carlos V de: 129
Austria, Felipe II de: 129, 280
Avellaneda, Alonso Fernández de: 119
Ayala, Francisco: 20
Azorín, Martínez Ruiz, José Augusto Trinidad, llamado: 33
Bagú, Sergio: 64
Bahr, Hermann: 134-141
Baldwin, Stanley: 146
Balzac, Honoré de: 163, 174, 195, 334
Baralt, Rafael María: 94, 306
Barras, Paul François Jean Nicolas, vizconde de: 175
Barrés, Maurice: 107, 140, 153, 240
Baudelaire, Charles: 357
Beauharnais, Josefina de: 175
Bécquer, Gustavo Adolfo: 106
Bell, Clive: 180, 181, 182
Bellessort, André: 228
Bello, Andrés: 12, 30, 88
Berceo, Gonzalo de: 157
Bernard, Claude: 153
Berton, Germaine: 144
Beuve, Sainte: 135, 179
Bildt, Carl Nils, barón: 178
Bismarck, Otto von: 138, 161, 269, 327
Blanco Fombona, Rufino: 33, 47
Blume, Isabel: 61
Bohr, Niels: 33

Bolívar, Simón: 30, 275, 276, 284
Bonafoux, Luis: 33
Bonaparte, Carlos Luis Napoleón : 162
Bonaparte, Napoleón I: 175, 182, 284, 336
Bonghi, Ruggiero: 104
Bonilla y San Martín, Adolfo: 307
Borah, William: 239
Borgia, Cesar: 261
Borrow, George: 108, 359
Bourget, Paul Charles: 153, 154
Brahe, Tycho: 33
Brandes, Jorge: 9, 33, 121, 135, 136, 145, 174-179, 245, 316, 358, 377
Brantôme, Pierre de: 176
Braun, Otto: 198-203
Braun, Heinrich: 199
Braun, Lily: 199
Brickel, Herschel: 6
Brillat-Savarin, Jean Anthelme: 365
Butler, Samuel: 122, 231
Byron, George Gordon, Lord: 161, 174, 12, 253, 284
Bysshe Shelley, Percy: 161, 253
Cabarico Briceño, Jorge: 31
Calvino, Juan: 273
Camacho Roldán, Salvador: 30
Camba Andreu, Julio: 47
Cancela, Arturo: 47,49, 118, 119, 120, 231, 262, 295-297
Cané, Miguel: 346
Canning, George: 161
Cano, Fidel: 32
Capdevila, Arturo: 359-360
Capmany, Antonio: 306
Caprile, Margarita Abella: 293-295
Carducci, Giosuè: 104, 147, 173, 202, 327
Caro, Miguel Antonio: 88
Carrasquilla, Tomás: 309
Carrel, Armand: 174
Castelar, Emilio: 25
Castro, Rosalía de: 158
Castro, Américo: 307
Cataño, Gonzalo: 29
Cecil, Robert: 91
Cejador y Frauca, Julio: 159, 305-309
Cellini, Benvenutto: 134, 135
Cervantes Saavedra, Miguel de: 119, 135, 160, 168
Chaplin, Carlos: 212
Cheorillón, André: 147
Chesterton, Gilbert Keith: 253, 296,
Christoph Burckhardt, Carl Jacob: 89
Cierva, Juan de la: 355
Cieza de León, Pedro: 190, 198
Clemenceau, Georges: 142, 325
Cobo Borda, Juan Gustavo: 7, 21, 29, 30
Coleridge, Samuel: Taylor 161
Corneille, Pierre: 107, 177
Cortés, Donoso: 101, 320
Costa y Llobera, Miguel: 196
Courier, Paul Louis: 104
Cronwell, Oliver: 257
Cruz, San Juan de la: 157
Cuervo., Rufino José: 88
D'Annunzio, Gabriele: 286
Darío I el Grande: 271
Darmesteter, Arsène: 166

Darwin, Charles: 324, 342
Dastre, Albert: 185
Daudet, Alphonse: 183, 197
Defoe, Daniel: 152
Dempsey, Jack: 16
Díaz del Castillo, Bernal: 190
Dickens, Charles: 334
Dickinson, Lowes: 215
Diez, Friedrich Christian: 306
Díez Canedo, Enrique: 47
Doré, Gustave: 134
Dostoiewski, Fiódor: 24, 147, 289, 314-318, 333
Drayton, William Henry: 296
Dumas, Alejandro (padre): 227
Dumas, Alejandro (hijo): 162
Echagüe, Juan Pablo: 292-293
Edison, Thomas Alva: 232
El Greco, Theotokópoulos, Doménikos, llamado: 112
Ellis, Havelock: 88, 257
Faguet, Émile: 135, 153, 195, 336
Fernández de Oviedo, Gonzalo: 375
Ferrere, Alfonso de la: 47
Ferrero, Guillermo: 26
Fersen, Hans Axel von: 178
Feuchtwanger, Lion: 330-334
Feuillet, Octave: 196
Firpo, Luis Ángel: 16, 354
Fitzmaurice-Kelly, James: 157-159
Flaubert, Gustave: 118, 190, 257, 378
Foscolo, Niccolò Ugo: 173
Fox, Charles James: 161
France, Anatole: 129, 135, 240, 271, 333
Franco, Francisco: 21, 159
Frank, Waldo: 218-223
Franklin, Benjamin: 276, 327
Freud, Sigmund: 24, 83
Gabelentz, Georg von der: 341, 343
Gahisto, Manoel: 195, 196
Gaitán, Jorge Eliecer: 62
Galsworthy, John: 333
Gálvez, Manuel: 194-196
Ganivet, Ángel: 353
García Calderón, Francisco: 26, 33, 287
García del Rio, Juan: 30
García Monge, Joaquín: 6, 9, 68
García Velloso, Enrique: 284-285
Gautier, Teófilo: 112, 168, 262, 353
Gerchunoff, Alberto: 34, 47, 189, 283-284
Gide, André: 369
Girandoux, Jean: 369
Giusti, Roberto: 8, 34, 55
Gladstone, William Ewart: 104, 156, 274
Glusberg, Samuel: 8, 9, 33, 36, 37, 51, 59, 62, 66, 70
Gnoli, Tomasso: 198
Goethe, Johann Wolfgang: 161, 163, 174, 200, 287, 288, 306, 314, 336, 358, 359, 360
Gold, Alfred: 138
Gómez, Juan Carlos: 104
Gómez Carrillo, Enrique: 47
Gómez de la Serna, Ramón: 160
Goncourt, Edmond de: 177-179
Góngora, Luis de: 106, 157
Gontaut Biron, Armand-Louis de: 174

González Martínez, Enrique: 60
González Palencia, Ángel: 160
González Prada, Manuel: 12
Goremykine, Ivan Logginovitch: 244
Gosse, Edmund: 246
Gourmont, Remy de: 26, 185, 186, 188, 308, 309
Goya, Francisco: 112
Grant, Hiram Ulysses: 244, 327
Grimm, Jacob: 165
Grimm, Wilhelm: 165
Grossman, Henryk: 138
Guevara, Isabel de: 371
Guillermo II, Wilhelm Vikto, Friedrich, llamado: 209, 210
Gumilla, Joseph: 191
Gutiérrez, Juan María: 88
Gutiérrez Girardot, Rafael: 7,
Gutiérrez Nájera, Manuel: 47
Habsburgo-Lorena, María Antonieta de: 177, 178, 179
Habsburgo-Lorena, Francisco José I de: 139
Hallam, Arthur Henry: 94
Hamilton, Alexander: 327
Harden, Maximiliano: 38, 42, 141
Hartmann, Eduard von: 269
Hahzfeld, Adolphe: 165
Hearn, Lafcadio: 228
Hedin, Sven: 147
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich: 107, 162, 360
Heine, Heinrich: 120, 147, 163, 184, 225, 284
Henderson, Arthur: 92
Henríquez Ureña, Max: 9
Henríquez Ureña, Pedro: 7, 12, 27, 53, 59
Heráclito: 364
Heredia, Pedro de: 298
Herrera y Tordesillas, Antonio de: 375
Herrlin, Augusto: 119, 296
Hertford, Ingram-Seymour-Conway, Isabel, marquesa de: 266
Hillebrand, Karl: 315
Hipócrates: 256
Hispano, Cornelio: 30
Hita, Arcipreste de: 157
Hitler, Adolf: 21
Höffding, Harald: 33, 119, 120
Hofmannsthal, Hugo von: 138, 140, 141
Hohenzollern, Federico el Grande de: 161
Holbein, Hans: 220
Horacio: 104, 198
Horkheimer, Max: 24
Hsiang, Fu: 151
Humboldt, Alexander von: 362, 365, 366
Hurtado, Juan: 160
Ibsen, Henrik: 141, 201, 285
Iduarte, Andrés: 6
Inaudi, Giacomo: 185
Inca Garcilaso de la Vega, Gómez Suárez de Figueroa, llamado: 375
Ingenieros, José: 8
Iragorry, Briceño: 7
Jaurès, Jean: 142
Jennings Bryan, William: 296
Jespersen, Otto: 168, 341,
Johnson, Lyndon: 239

Jsao Fsoung, Uang: 151
Julio César: 174, 182, 284, 374
Kant, Immanuel: 275, 295
Karpeles, Gustavo: 160
Keats, John: 161
Kérensky, Aleksandr Fiódorovich: 244
Kierkegaard, Sören: 33
Klein, Eva: 7, 8
Klimt, Gustavo: 140, 141
Kracauer, Sigfried: 24
La Fayette, Marie-Joseph Paul Yves Roch Gilbert du Motier, llamado: 327
Lamartine, Alphonse de: 94
Landsbury, George: 92
Larcher, Claude: 290
Larkin, James: 92
Larra, Mariano José de: 111, 120
Larreta, Enrique: 33, 227, 258, 259, 261, 280-282
Lauzun, Armand Louis de Gontaut, Duque de: 174, 177, 178, 179
Le Bon, Gustav: 24, 213
Lemaitre, Georges: 135
Lenin, Vladímir Ilich: 244
Leopardi, Giacomo: 134, 135, 136, 198-203, 296
Lesbos, Safo de: 293
Lessing, Gotthold Ephraim: 162
Leumann, Carlos Alberto: 290-291
Lewis, Sinclair: 237
Liebermann, Max: 181
Lincoln, Abraham: 235
Lipps, Theodor: 369
Lleras Camargo, Alberto: 65
Lloyd George, David: 225, 354, 355
Loncán, Enrique: 47, 282-283
Lope de Vega, Félix: 119, 157, 158, 160
López, Alejandro: 30
López de Mesa, Luis: 67
Loyola, Ignacio de: 107, 240
Lozano y Lozano, Carlos: 67
Lugones, Leopoldo: 8, 31, 33, 78,161, 287-290
Lund, Troels: 343
Lutero, Martín: 90
Macaulay, Rose: 155, 156
Madariaga, Salvador de: 33, 48
Maeterlinck, Maurice: 100, 140, 268-272
Maeztu, Ramiro de: 34
Malagodi, Olindo: 26
Mann, Thomas: 21, 369
Mann, Enrique: 369
Mantegazza, Paolo: 250
Mariátegui, José Carlos: 7
Marinello, Juan: 7, 54
Marinetti, Filippo Tommaso: 175
Martí, José: 12, 53, 54, 67
Maupassant, Guy de: 149
Maya, Rafael: 65
Mendel, Gregor: 324
Mendoza, Pedro de: 192
Menéndez Pelayo, Marcelino: 163
Menéndez Pidal, Ramón: 307
Merchán, Rafael María: 58
Merimée, Próspero: 119, 162, 194, 293
Meyer, Richard M.: 334
Meyer-Lübke, Wilhelm: 109, 110
Miguel Ángel, Michelangelo: 174, 185
Miliani, Domingo: 7

Miliukov, Pável Nikoláyevich: 244
Milton, John: 168
Mir, Miguel: 306
Miranda, Francisco de: 30
Mitre, Jorge: 15, 18, 19
Mitre, Bartolomé: 12, 13, 18, 19, 25, 53, 64, 103, 104
Mitre de Drago, Delfina: 188, 245, 246
Montaigne, Michel de: 196
Montalvo, Juan: 53, 54, 88
Montenegro, Ernesto: 59
Moore, Thomas: 263
Morris, William: 129
Müller, Paludan: 33
Müller, Max: 167
Muñoz Seca, Pedro: 160
Murature, José Luis: 278-279
Muret, Maurice: 213-215
Musset, Alfred Louis Charles de: 120, 174, 188
Mussolini, Benito: 21, 354, 355
Nansen, Peter: 33
Neruda, Pablo: 60, 61
Nietzsche, Friedrich: 40, 141, 216, 256, 269, 272, 295, 314-318, 342, 358
Northcliffe, Harmsworth, Alfred Lord de: 39
Núñez Cabeza de Vaca, Álvar: 193
Núñez de Arce, Gaspar: 145
Ocampo, Victoria: 357-359
Orage, Alfred Richard: 92
Ortega y Gasset, José: 47, 369
Ortiz Echagüe, Fernando: 33, 34, 352-356
Osborn, Max: 369
Ossendowski, Ferdinand: 147-152
Palcos, Alberto: 52
Paléologue, Maurice: 242-246
Pardo Bazán, Emilia: 26
Pascal, Blaise: 136
Pasteur, Louis: 359
Pater, Walter: 196
Payró, Roberto Jorge: 189-193, 238
Peña, Ernesto de la: 88
Pérez de Ayala, Ramón: 33
Pérez Triana, Santiago: 30, 31
Pericles: 89, 212
Petrarca, Francesco: 173
Petzoldt, Josef: 199
Picón Salas, Mariano: 31, 34
Pirandello, Luigi: 369
Pitt, William: 161
Platón: 110, 159, 225
Poincaré, Henri: 354
Porfirio Díaz, José de la Cruz: 123
Portuondo, José Antonio: 7, 58, 59
Posada, Jaime: 46, 47, 49, 65
Prévost, Abbé: 162
Proust, Marcel: 118, 369
Quin, Alejandro: 64
Quincey Adams, John: 327
Quinton, René: 185-188
Rasputín, Grigori: 244
Renán, Ernesto: 92, 102, 153, 162, 283, 353
Renard, Robert: 147
Restrepo, Carlos E.: 8
Reyes, Rafael: 3, 4, 30
Reyles, Carlos: 105-108
Ribera, José: 112
Ribot, Théodule-Armand: 158

Richter, Jean Paul: 155, 292
Rivas Cherif, Cipriano: 47
Rivera, Primo de: 16, 354, 355
Rochambeau, Donatien de Vimeur, Jean-Baptiste, llamado: 327
Rodó, José Enrique: 53, 54, 88
Rodríguez Marín, Francisco: 307
Rodríguez Monegal, Emir: 6
Rojas, Ricardo: 360
Rojas Pinilla, Gustavo: 62
Romer, Heinrich: 315
Romero, José Luis: 12
Roosevelt, Franklin D.: 235
Roque Barcia, Martí: 306
Rousseau, Jean-Jacques: 160, 163, 174, 175, 244, 273, 274, 275, 334
Rubén Darío, García, Félix Rubén, llamado: 19, 47, 157, 158
Russell, Bertrand: 24, 115, 275
Saintsbury, George: 196
Salisbury, Talbot Gascoyne-Cecil, Robert Arthur, Lord: 39, 154
Sánchez, Luis Alberto: 9
Sand, George: 174
Santa Cruz, Mario: 68,121
Santa Teresa, Cepeda y Ahumada, Teresa de, llamada: 280
Santos, Eduardo: 8, 56, 64, 66, 67
Santos Chocano, José: 47
Sarmiento, Domingo Faustino: 31
Savage Landor, Walter: 161
Scherr, Juan: 160
Schiaffino, Eduardo: 247
Schiller, Friedrich: 334
Schlegel, Karl Wilhelm Friedrich: 174
Schlegel, August Wilhelm: 174
Schmidel, Ulrico: 193
Schmidt, Max: 374-378
Schnitzler, Arthur: 138
Schopenhauer, Arthur: 269, 286
Sforza, Francisco: 220
Shakespeare, William: 119, 135, 136, 168, 173, 192, 277, 285, 286, 377
Shaw, Bernard: 24
Sidicaro, Ricardo: 63
Singermann, Berta: 51
Sinner, Ludwig von: 201
Smillie, Robert: 91
Sócrates: 141, 336
Solari Parravicini, Benjamín: 286-287
Solís, Antonio de: 375
Sondereguer, Pedro: 16
Spencer, Herbert: 253, 342
Spengler, Osvald: 24, 211
Spinoza, Baruch: 195
Staë, Germaine Necker, Anne Louise, Madame de: 174
Stendhal, Beyle, Henri, llamado: 94, 174, 315
Stevenson, Robert Louis: 320
Stoddard, Lothrop: 211-215
Storck, Karl: 334
Storni Martignoni, Alfonsina: 170-173
Stuart Mill, John: 342
Sudermann, Hermann: 151, 327
Sulla, Lucius Cornelius: 271
Swift, Jonathan: 120
Taboada y Coca, Luis: 296
Taine, Hippolyte Adolphe: 162, 182, 317, 329

Talleyrand-Périgord, Charles Maurice de: 176
Tamerlán: 210
Tardieu, André: 325-329
Taunay, Vizconde de: 127
Tennyson, Alfred: 94
Thackeray, William Makepeace: 182, 183
Thierry, Augustin: 306
Thomas ,Jimmy: 92
Thorpe, Thomas Edward: 224, 227
Tito Livio: 306
Tolstói, León: 134, 142, 216, 334
Turguéniev, Iván: 334
Turner, Joseph Mallord William: 267
Unamuno, Miguel de: 33, 309
Ungern, von Sternberg, Roman, Barón de: 150
Valdés Leal, Juan de: 112
Valencia, Guillermo: 8, 13, 53, 65
Valencia Goelkel, Hernando: 72
Valera, Juan: 181
Valle Inclán, Ramón María del: 47, 218
Van Buren, Martin: 235
Varona, Enrique José: 59
Vega, Garcilaso de la: 157
Verissimo, Luis Fernando: 88
Verlaine, Paul: 353
Vernon, Edward: 298
Verona, Guido da: 155
Victor Hugo: 183
Victorino, Virginia: 293
Vidales, Luis: 60, 61
Virchow, Rudolf: 359
Viviani, Raffaelle: 26, 352
Voltaire, Arouet, François Marie, llamado: 174, 175
Vorowsky, Vatslav: 144
Vossler, Karl: 198, 202
Wager, Sir Charles: 299
Waldo Emerson, Ralph: 40
Webb, Sidney: 92
Webster, Noé: 327
Weismann, August: 324
Wells, Herbert George: 153, 235, 236, 243, 345, 351, 363
Whistler, James Abbott McNeill: 267
Wied, Gustav: 33
Wilson, Woodrow: 90
Wölfflin, Heinrich: 369
Wordsworth, William: 161
Wyld, Henry Cecil Kennedy: 165
Zalamea, Jorge: 60
Zola, Émile: 140, 153, 195, 257
Zweig, Stefan: 21, 138

Universidad del Rosario
360 años

Editorial Universidad del Rosario
15 años



Este libro fue compuesto en caracteres Adobe Caslon
11,5 puntos, impreso sobre papel propal de 70 gramos
y encuadernado con método *hot melt* en noviembre de
2013, en Bogotá, D. C., Colombia